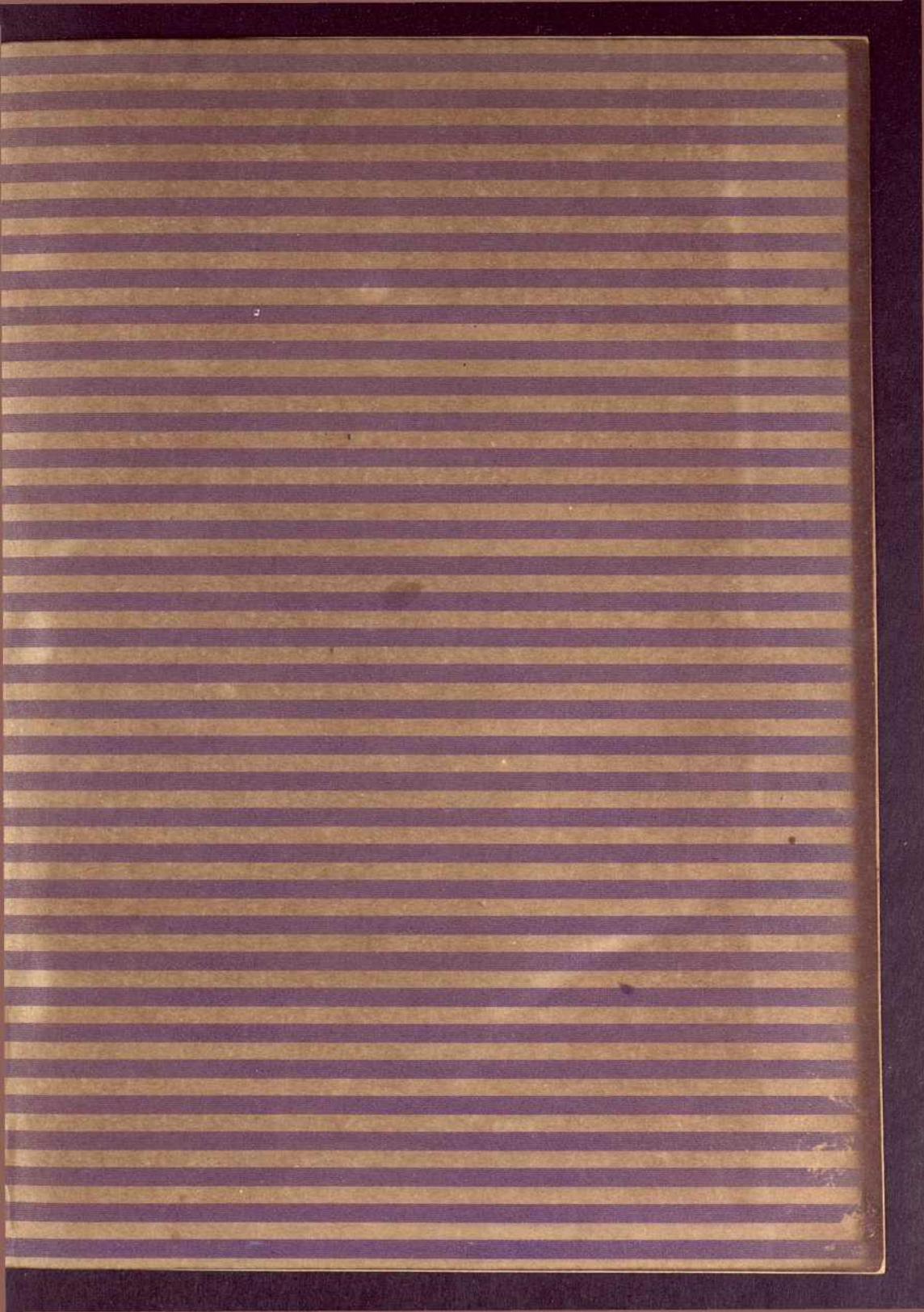
The image shows the front cover of an antique book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of brown, tan, and black. The spine, visible on the left, is bound in worn, reddish-brown leather with several raised bands. A small, rectangular white paper label is affixed to the spine, containing the text 'Ciência' and 'rítica' stacked vertically. The book is set against a dark, solid background.

Ciência
rítica

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
Biblioteca



80002161086



~~3/25~~

~~103-6-18~~

V
1452

b. 12261439
1 21938830

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL.

A la Biblioteca de la Universidad
Litteraria de Valencia

Dr. Mata y Sanchez

901(04)

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.
BIBLIOTECA MORAL.

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR JACOBO BENIGNO BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX,

Traducido al español

POR

DON MANUEL MATA Y SANCHIS.



VALENCIA.

IMPRESA DE JOSÉ MARIA AYOLDI.

1872.

R. 17863

BIOGRAFÍA DE BOSSUET.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto los siguientes apuntes biográficos, para mejor conocer al hombre inmortal tenido hasta hoy como el príncipe de la elocuencia.

6/ Jacobo Benigno Bossuet nació en Dijon el 27 de Setiembre de 1627. Educado en el colegio de Navarra, dió desde muy jóven claras muestras de su talento, y su maestro el célebre Corhet le predijo su suerte futura y que estaba reservado para dar grandes glorias á su patria. Al salir del colegio sufrió exámenes públicos, y fueron éstos tan brillantes, que atrajeron la atención general y le conciliaron la amistad del gran Condé. Sus inclinaciones religiosas le decidieron á abrazar el estado eclesiástico, ordenándose de sacerdote cuando contaba 25 años de edad. Su padre era á la sazón consejero del parlamento de Metz, y allí obtuvo Bossuet una canongía. Los asuntos de su diócesis le hacian ir con frecuencia á París, y allí empezó á adquirirse una gran reputacion por sus sermones y panegíricos. Predicó delante del rey Luis XIV y de su madre Ana de Austria, y produjo un gran número de conversiones entre los protestantes, entre ellos el célebre mariscal Turena.

En todo cuanto ejecutaba ó escribía empleaba grande elocuencia; en la controversia, en el ataque, en la teología, en la política, en el explicar la verdad y en el refutar los errores, transmitiendo á los demás sus propias sensaciones, inspirando el convencimiento sin imponerlo.

¡Bellísimo teatro encontró abierto! Un gran rey á quien recordar la nada de las grandezas en medio de una córte faustosa,

una Valiere á quien consolar, un Fenelon á quien redargüir, protestantes que combatir, libertades clericales que fijar. El ciñe los laureles conquistados por Turena, á quien de protestante hace católico fervoroso; él consuela á la Francia de los males que sufre fijando su esperanza en el Delfin (1) á quien educa; las desgracias de la familia real de Inglaterra y las victorias de Condé se ofrecen á porfia á sus meditaciones y á conmover su ánimo.

En 1667 empieza á componer sus oraciones fúnebres, en donde mas lució su ingenio, consideradas como sus obras maestras. La primera fué la de la reina madre, que le valió el obispado de Condons; la segunda, en 1668, la de la reina de Inglaterra, y en 1670 la de Madame Enriqueta, muger del duque de Orleans, hermano de Luis XIV. En este campo, falto de modelos antiguos, en presencia del trono y de la tumba, con imágenes siempre notables, con pensamientos de vasta aplicacion, discurre sobre la nada de los grandes, complácese en rebajarlos, y ante la severidad del sepulcro-califica de juguetes deleznable las coronas, la ciencia, el valor y la hermosura.

En 1670 es nombrado preceptor del Delfin, y entonces compone para su régio alumno el *Discurso sobre la Historia universal*, en el que despues de haber presentado en un resúmen rápido los acontecimientos, busca la razon en los designios de Dios sobre la Iglesia. Con la mira tambien que sirviese para la instruccion del Delfin escribió la *Historia de Francia* que concluye en Carlos IX, la cual está muy lejos de poderse comparar con la anterior, sin embargo se distingue por la elevacion de sus pensamientos y el orden de los hechos.

Motivó tambien la educacion del Delfin el *Conocimiento de Dios y de sí mismo* y la *Política de las Sagradas Escrituras*, que son textos de los Santos Padres, enlazados unos á otros por medio

(1) En Francia llamaban Delfin al heredero presunto de la corona, así como en Castilla se llama Príncipe de Asturias y en Aragon se denominaba Duque de Gerona. (N. del T.)

de buenas palabras, y donde imita perfectamente su estilo y sus ideas. En el tratado del *Conocimiento de Dios y de sí mismo* espone con sencillez la filosofía de su tiempo, establece la distincion entre la sensacion, la inteligencia que negaron despues los secua- ces de Locke, entre el sentimiento y el juicio confundidos despues por Condillac, y entre la inteligencia y la imaginacion que tam- bien confundieron despues Reid y Stewart. En este tratado siguió en general la doctrina de Descartes, mostrándose tan profundo filósofo como gran escritor.

La academia francesa se apresuró á admitirle en su seno, (1671) y cuando perfeccionó la educacion del Delfin (1681) el rey le nombró obispo de Meaux.

Entregóse única y esclusivamente á los cuidados del obispado; predicó con gran frecuencia y redactó el célebre catecismo cono- cido con el nombre de *Catecismo de Meaux*. (1687) Compuso para unas religiosas de su diócesis dos de sus mas hermosas obras: las *Meditaciones sobre el Evangelio* y las *Elevaciones sobre los mis- terios*.

En la asamblea del clero que se efectuó en 1682 con motivo de las desavenencias entre el rey y el papa, Bossuet se mostró uno de los mas celosos defensores de las libertades galicanas, y redactó las cuatro proposiciones que despues han sido leyes del Estado. Se ocupaba al mismo tiempo y con nuevo ardor en con- vertir los protestantes, escribiendo la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*. (1688) En 1690 trabajó de concierto con el gran filósofo Godofredo Guillermo Leibnitz en la reunion de las Iglesias católica y luterana, y tuvo con él, respecto á este negocio, una correspondencia sostenida, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

En los últimos años de su vida Bossuet tuvo que combatir las doctrinas místicas de Madama Guijon, y se vió comprometido por esta causa con una lucha desagradable con Fenelon que participa- ba de estas doctrinas. Bossuet conservó hasta el fin todo el vigor

de su talento, y murió de mal de piedra en Meaux el 12 de Abril de 1704.

Además de las obras que hemos citado compuso varias obras dogmáticas y polémicas, de las cuales alguna como la *Lógica* no se publicaron hasta despues de su muerte. Sus *sermones* se imprimieron en 1764, y serian su obra maestra si no hubiese compuesto las oraciones fúnebres.

BOSQUEJO GENERAL DE ESTA OBRA.

Á MONSEÑOR EL DELFIN.

Aun cuando la historia fuese inútil é innecesaria á la mayoría de los hombres, indispensable seria el que con perfeccion la poseyesen los príncipes, por ser la historia el mas poderoso medio para descubrirles lo que puede el influjo de las desordenadas pasiones, los intereses de los tiempos, los buenos y los malos consejos. Las historias están compuestas de las acciones que con frecuencia ocupan á los príncipes y reyes, y cuanto hay en ellas parece que está hecho para el uso de éstos. Si la esperiencia les es tan necesaria para adquirir aquella reflexionada prudencia que les hace reinar y gobernar con acierto, nada hay mas útil á su instruccion y enseñanza que juntar á los ejemplos de los siglos pasados las esperiencias que les suceden todos los dias, y de esta manera nunca antepondrán su gloria á la suerte y bienestar de sus vasallos. Con los ausilios que ofrece la historia forman su juicio sobre los sucesos y acontecimientos pasados sin que nada aventuren, y cuando ven hasta los mas ocultos vicios y olvidadas pasiones de los príncipes y reyes espuestos á las miradas de todos los hombres, desvanecidas las falsas alabanzas que durante su vida les dieron sus cortesanos, entonces se avergüenzan de aquella vana complacencia que les causa la adulacion y la lisonja, y conocen que la verdadera gloria solo se debe tributar al mérito, á la virtud, al valor y al patriotismo.

Además fuera vergonzoso y doloroso en sumo grado, no solo que un príncipe sino en general todos los hombres ignorasen el origen y el sér del género humano y los cámbios memorables que la sucesion de los tiempos ha operado en el mundo. Si no se aprende de la historia á distinguirlos, se nos representarán los hombres bajo la ley natural ó bajo la ley escrita como se hallan bajo la ley evangélica; se hablará de los persas vencidos por Alejandro, como de los

mismos victoriosos, audaces y guerreros dominándolos Cyro; se hará la Grecia tan libre en tiempo de Filipo como en el de Temístocles ó Milciades; al pueblo romano tan altivo en tiempo de los emperadores como en el de los cónsules; á la Iglesia tan tranquila en el de Diocleciano como en el de Constantino, y á la Francia tan agitada de guerras civiles en los reinados de Carlos IX y Enrique III como en el de Luis XIV, en que bajo el cetro de este gran monarca triunfa de la Europa entera coaligada contra ella.

Para evitar estos inconvenientes habeis leído, monseñor, muchas historias antiguas y modernas. Fué necesario que primero leyeseis en la escritura la historia del pueblo de Dios, base y fundamento de nuestra religion; tambien habeis aprendido las historias griega y romana, y especialmente la de este gran reino de Francia, al que estais obligado á hacer feliz y dichoso.

Pero con objeto de que todas estas historias y otras que aun debéis aprender no se confundan en vuestra memoria, nada me ha parecido mas necesario que representaros distintamente, aunque de una manera compendiada, toda la série de los siglos.

Esta manera de historia universal es respecto de las historias de cada pais y de cada pueblo, lo que un mapa general respecto á un mapa particular. En los mapas particulares veis todos los detalles de un reino ó de una provincia aun los mas insignificantes; en los mapas universales aprendeis á situar las partes del mundo y veis que París está en la Francia, ésta en la Europa y la Europa en el Universo.

Así las historias particulares nos representan con todos sus detalles el poderío y la decadencia de los pueblos, pero es necesario para entender éste saber la íntima relacion que cada historia pueda tener sobre las demás, lo cual se logra por medio de un compendio, en donde, como vulgarmente se dice, á vista de pájaro podais abarcar con una sola mirada toda la sucesion de los tiempos. Semejante compendio os ofrece un grande y sorprendente espectáculo. Veis todos los siglos pasados desenvolverse, por decirlo así, en pocas horas delante de vos; veis sucederse los imperios los unos á los otros, y la religion en sus diferentes estados sostenerse igualmente desde el principio del mundo hasta nuestros dias

La suerte de la religion y los cambios ocurridos en los imperios es lo que espondré en este tratado que nunca debéis olvidar, y como la religion y el gobierno político son los dos ejes sobre los que giran

los negocios humanos, ver de una sola mirada estas dos cosas incluidas en el presente compendio, y descubrir por este medio las consecuencias de los cambios acontecidos en el mundo, es encerrar en un solo pensamiento cuanto han hecho de grande los hombres, y tener, si se me permite la frase, la clave de todos los negocios humanos.

A la manera que al fijar vuestra vista sobre un mapa universal, salís del país en que habeis nacido y del lugar que lo contiene para recorrer con el pensamiento toda la tierra habitada, del mismo modo en este compendio cronológico salís de los estrechos límites de vuestra edad y os estendeis por todos los siglos.

Pero así como para ayudar á la memoria en el conocimiento de algunos países se retienen ciertas ciudades principales á cuyo alrededor se encuentran situadas las otras poblaciones, del mismo modo en el órden de los tiempos es menester tener ciertos tiempos señalados con algun suceso extraordinario, á que haga relacion todo lo restante.

A este tiempo señalado por algun suceso notable y extraordinario se le designa con el nombre de *época*, derivado de una voz griega que significa detenerse, porque allí se pára á fin de considerar como desde un lugar de reposo todo lo que antes ó despues ha sucedido, evitando de esta manera los *anacronismos*, es decir, el confundir los tiempos

Es, pues, necesario que nos ciñamos á un corto número de épocas para explicar todos los sucesos de la historia antigua, y estas épocas serán doce, á saber:

Adán ó la creacion del mundo.

Noé ó el diluvio universal.

La vocacion de Abraham ó el principio de la alianza de Dios con los hombres.

Moisés ó la ley escrita.

La ruina de Troya.

Salomon ó la fundacion del templo de Jerusalem.

Rómulo ó la fundacion de Roma.

Cyro ó el pueblo escogido de Dios libertado de la cautividad de Babilonia.

Scipion ó Carthago vencida.

Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo

Constantino ó la paz de la Iglesia.

Carlomagno ó el establecimiento del imperio romano de Occidente.

Como veis, pues, el establecimiento del imperio romano de Occidente le considero como el fin de la historia antigua, (1) y por esto termino en este punto tan memorable de la historia universal.

Las consecuencias de todos estos sucesos las espondré en una segunda parte que llegará hasta nuestro siglo, este siglo inmortalizado por las hazañas del rey vuestro padre, (2) al que vos manifestais seguir é imitar, lo que nos hace esperar para nuestra Francia un brillante porvenir.

Despues de haberos explicado el objeto de esta obra, réstame, monseñor, haceros tres advertencias, que juzgo necesarias para sacar el fruto que de la lectura de esta historia espero.

Primeramente es necesario que yo recorra al mismo tiempo que vos las épocas que mas arriba os he espuesto; vos marcareis en pocas palabras los principales acontecimientos de cada una de ellas, y yo colocaré estos acontecimientos en su puesto, sin atender á otra cosa que al órden de los tiempos. Pero como mi intencion principal es el haceros observar en esta sucesion de épocas la suerte de la religion y los cámbios de los imperios, con las reflexiones necesarias os pondré de manifiesto «la duracion perpétua de la religion» y las «causas de los grandes cámbios ocurridos en los imperios.»

Despues de esto cualquier parte que leais de la historia antigua os aprovechará de mucho. No sucederá ningun hecho sin que apreciéis las consecuencias. Admirareis la sabiduría de Dios en todo cuanto atañe á la religion; vereis tambien el encadenamiento de los negocios humanos, y con esto conoceréis con cuánta reflexion y prudencia deben ser gobernadas las naciones.

(1) Aunque Bossuet termina la historia antigua en el establecimiento del imperio romano de Occidente por Carlomagno el año 800, la casi totalidad de los historiadores consideran terminada la historia antigua en la invasion de los pueblos bárbaros del Norte á principios del siglo V. (N. del T.)

(2) Luis XIV.

PRIMERA PARTE.

LAS ÉPOCAS.



PRIMERA ÉPOCA.

ADAN Ó LA CREACION DEL MUNDO.

Primera edad del mundo.

La primera época nos presenta de repente un grande y admirable espectáculo. (1) Dios, que cria el cielo y la tierra por medio de su palabra, y que forma al hombre á su imágen y semejanza. Por estos sucesos comienza Moisés, el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos, el mas sábio de los legisladores.

Este es el fundamento que pone tanto de su historia como de su doctrina y de sus leyes.

Despues nos muestra todos los hombres como incluidos en uno solo y en una muger sacada de una costilla suya; la concordia de los matrimonios y la sociedad del género humano establecida sobre este fundamento; la perfeccion y poderío del hombre en tanto que lleva en su total integridad la imágen y semejanza de la Divinidad; su inocencia y juntamente su felicidad en el paraiso, cuya memoria se ha conservado en la edad de oro de los poetas; el precepto divino dado á nuestros primeros padres; la malicia del espíritu tentador y su aparicion bajo la figura de una serpiente; la caida de Adan y Eva tan funesta á toda su posteridad; el primer hombre

(1) Años del mundo 1.—Antes de Jesucristo 4004.

justamente castigado en todos sus hijos y el género humano maldito de Dios; la primera promesa de la redencion y la victoria futura de los hombres contra el demonio, autor que habia sido de su ruina.

Empieza la tierra á llenarse de gentes y los delitos se aumentan. Cain, (1) el primer hijo de Adan y Eva, muestra al mundo naciente la primera accion trágica, (2) y la virtud comienza desde entonces á ser perseguida por el vicio. Aparecen las costumbres tan opuestas de los dos hermanos, la inocencia de Abel, su vida pastoril y sus ofrendas agradables á la Divinidad, los dones de Cain rechazados y despreciados, su avaricia, su impiedad, su fratricidio y su envidia y celos causa de su crimen, el castigo del fratricida, su conciencia agitada de continuos remordimientos, la primera ciudad edificada por este malvado que busca en ella un asilo contra el odio y horror del género humano, la invencion de algunas artes por sus hijos, la tiranía de las pasiones y la prodigiosa malignidad del corazon humano siempre pronto á hacer el mal, la posteridad de Seth fiel á Dios no obstante tal depravacion, el piadoso Henoch milagrosamente sacado del mundo (3) que no era digno de albergarle, la distincion entre los hijos de Dios y los hijos de los hombres, es decir, de los que vivian segun el espiritu y de los que vivian segun la carne, su maldad y la corrupcion universal del mundo, la destruccion de la raza humana resuelta por un justo juicio de Dios, (4) su cólera anunciada á los pecadores por su fiel servidor Noé, su impenitencia y su endurecimiento castigados por fin con el diluvio, (5) Noé y su familia reservados para la reparacion del género humano.

Esto es cuanto sucedió en el trascurso de 1656 años, y este es el principio y comienzo de todas las historias y en donde descubrimos la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de Dios, la inocencia feliz bajo su proteccion, su justicia en castigar los crímenes, y al mismo tiempo su paciencia en esperar la conversion de los malvados y pecadores, la grandeza y dignidad del hombre en su primera institucion, el carácter del género humano cuando se corrompió,

(1) Años del mundo 129.—Antes de Jesucristo 3875.

(2) *Génesis*, vers. 3, 4.

(3) Años del mundo 987.—Antes de Jesucristo 3017.

(4) Años del mundo 1536.—Antes de Jesucristo 2468.

(5) Años del mundo 1636.—Antes de Jesucristo 2348.

la natural envidia y celos, causas secretas de la violencia y de las guerras, es decir, todos los fundamentos de la religion y de la moral.

Con el género humano, Noé conservó las artes, tanto las que servian de fundamento á la vida humana y que los hombres sabian desde su origen, como las que habian inventado despues. Estas primeras artes que los hombres aprendieron luego y aparentemente de su creador, fueron la agricultura, (1) el arte y vida pastoril, (2) el cubrir su desnudez con toscas vestiduras y quizás el construirse algun albergue. (3) El principio de todas estas artes en el Oriente lo encontramos hácia los lugares en donde el género humano estaba esparcido.

La tradicion del diluvio universal se encuentra en toda la tierra; el arca en donde se salvaron los restos del género humano ha sido en todos tiempos célebre en el Oriente, especialmente en los lugares en que se detuvo despues de la gran inundacion. Otras muchas circunstancias de esta gran catástrofe se encuentran señaladas en los anales y tradiciones de los antiguos pueblos; los tiempos convienen y todo se corresponde tanto como se podia esperar de una antiqüedad tan remota.

SEGUNDA ÉPOCA.

NOÉ Ó EL DILUVIO.

Segunda edad del mundo.

Despues del diluvio acortóse considerablemente la vida humana; hubo una gran mudanza en el modo de vivir, (4) y una nueva alimentacion sustituyó á los frutos de la tierra: algunos preceptos dados á Noé de viva voz solamente, la confusion de las lenguas sucedida en la torre de Babel, (5) primer monumento de la soberbia y

(1) *Génesis II*, 15, *III*, 17, 18, 19, *IV*, 2.

(2) *Génesis IV*, 2.

(3) *Génesis III*, 21.

(4) Años del mundo 1637.—Antes de Jesucristo 2347.

(5) Años del mundo 1757.—Antes de Jesucristo 2247.

orgullo de los hombres, la separacion de los tres hijos de Noé y la primera distribucion de la tierra.

La memoria de estos tres primeros autores de las naciones y de los pueblos se ha conservado siempre entre los hombres. Japhet que pobló la mayor parte del Occidente y que ha sido siempre célebre bajo el nombre famoso de Jafet; Cham y su hijo Chanaan no han sido menos conocidos entre los egipcios y fenicios, y la memoria de Sem ha durado siempre en el pueblo hebreo, que de él reconoce su origen.

Un poco despues de esta primera separacion del género humano, Nemrod, hombre bravo, aunque de costumbres feroces, debia por su carácter belicoso ser el primero de los conquistadores: tal es el origen de las conquistas. Estableció su córte en Babilonia, en el mismo lugar en donde se habia edificado la torre ya elevada á gran altura, aunque no tanto como lo deseaba la vanidad humana. Casi al mismo tiempo se edificaba á Nínive y se fundaban algunos de los antiguos imperios. Estos eran pequeños en sus primeros tiempos, encontrándose en solo el Egipto cuatro dinastías ó principados: la de Thebas, la de Thin, la de Memphis y la de Thanis. Thanis era la capital del bajo Egipto.

Se pueden tambien considerar como de estos tiempos el principio de las leyes y policia de los egipcios, sus pirámides (1) que duran

(1) *Las famosas pirámides de Egipto, una de las maravillas del mundo, son tres y están situadas cerca de Memphis. Todavía se conservan á pesar de haber trascurrido desde que se edificaron 2850 años. La mas alta fué levantada por Cheops, uno de los reyes de Egipto, con objeto, lo mismo que las restantes, de que sirviesen de mausoleo ó sepultura á los reyes. Empleáronse en la construccion de esta pirámide veinte años, y los operarios que la construyeron, segun Diodoro Siculo, pasaban de 360,000. No se sabe quién fué su constructor, aunque en ella se hallaba escrito el nombre de Micerino. Es de base cuadrilátera y está perfectamente orientada, correspondiendo cada uno de sus lados á los respectivos puntos cardinales. Las piedras de que está formada no bajan cada una de treinta pies de largo y fueron cortadas en la cordillera arábiga; respecto de sus dimensiones tanto los autores como viajeros antiguos se hallan en notable discordancia.*

La segunda pirámide, llamada Chefen, situada al occidente de la anterior, es algo menor.

La tercera, llamada de Micerino, es mucho menor que las anteriores.

En la edad moderna se han hecho célebres las pirámides por la famosa batalla que junto á ellas ganó Napoleon á los mamelucos y turcos el 21 de Julio de 1798. Napoleon para animar á sus tropas, antes de dar la batalla les dijo aquellas memorables palabras: «Franceses, desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan.» (N. del T.)

aun y las observaciones astronómicas (1) tanto de este pueblo como de los caldeos; tambien se deben remontar á este tiempo las observaciones que los caldeos, primeros estudiadores de los astros, dieron en Babilonia á Callisthene segun refiere Aristóteles.

Todo comienza; no hay ninguna historia antigua donde se vea no solamente en estos primeros tiempos sino largo tiempo despues vestigios bien manifestados de la novedad del mundo. Se ven establecerse las leyes, mejorarse las costumbres, los imperios se forman, el género humano sale poco á poco de la ignorancia, la esperiencia le instruye y se inventan ó perfeccionan las artes. A medida que los hombres se multiplican, vá poblándose la tierra, se pasan los montes y los valles, se atraviesan los rios y los mares, y en todas partes se establecen habitadores. La tierra que al principio no era sino una selva inmensa, toma otra forma; los bosques talados hacen puesto á los campos, á los pastos, á los pueblos, á las villas y por fin á las ciudades. Se aprende á cazar algunos animales, á domesticar otros y acostumarlos á su servicio. Se tuvo luego que combatir las bestias feroces; los primeros héroes se singularizaron en estas guerras, é inventaron las armas que los hombres volvieron despues contra sus semejantes. Nemrod, el primer guerrero y el primer conquistador, es llamado en la Escritura un gran cazador. Con los animales supo el hombre á lo menos endulzar los frutos y las plantas que habian constituido hasta entonces su único alimento. Empleó los metales para su uso, y poco á poco hizo servir á toda la naturaleza.

Pero como es verosímil que obligase entonces el tiempo á inventar muchas cosas, lo es tambien que hiciese olvidar otras, por lo menos á la mayor parte de los hombres. Las primeras artes que Noé habia conservado y que se veian florecer siempre en aquellos parajes donde se estableció el linaje humano, se fueron perdiendo, y fué necesario con el tiempo volver á aprenderlas ó que las enseñasen á los que las ignoraban aquellos que las habian conservado. Por eso vemos que todo viene de aquellas tierras siempre habitadas, donde los fundamentos de las artes permanecieron en su sér, y que tambien en ella muchas cosas importantes todos los dias se aprendian. El conocimiento de Dios y la memoria de la creacion se conservaban, pero poco á poco iban debilitándose; las antiguas tradi-

(1) Años del mundo 1771.—Antes de Jesucristo 2233.

ciones se olvidaban ó se oscurecian ; las fábulas que sucedian á las tradiciones estaban llenas de groseras ideas ; las falsas divinidades se multiplicaban y esto dió lugar á la vocacion de Abraham.

TERCERA EPOCA.

LA VOCACION DE ABRAHAM.

Tercera edad del mundo.

Cuatrocientos veintiseis años despues del diluvio (1) como los pueblos solo se cuidasen de perfeccionarse y progresar en los bienes terrenos y materiales, olvidando los beneficios que habian recibido del Supremo Hacedor, para impedir éste los progresos del mal, comienza en medio de la general corrupcion á separar un pueblo elegido. Abraham fué escogido para ser el padre y tronco de los creyentes. Dios le llama á la tierra de Chanaan, donde quiere establecer su culto, y los hijos de este patriarca multiplicarlos cual las estrellas del cielo y las arenas del mar. A la promesa que hizo Dios á Abraham de dar la tierra de Chanaan á sus descendientes, añadió otra de gran gozo y alegría, cual fué la gran bendicion que debia ser repartida en todos los pueblos de la tierra por Jesucristo salido de su raza. A Jesucristo era á quien honró Abraham en la persona del gran pontífice Melchisedech que le representaba, (2) y al mismo pontífice es á quien Abraham dió el diezmo del botin que habia ganado á los reyes idólatras por él vencidos, y Melchisedech representante de Jesucristo bendice á Abraham.

Con inmensas riquezas y con un poderío que igualaba al de los reyes, Abraham conservó las costumbres antiguas y llevó siempre una vida pastoril que todavía tenia su magnificencia, la que este patriarca hacia consistir principalmente en ejercer la hospitalidad con todos los que llegaban á sus puertas. Dios le envió tres ángeles vestidos de peregrinos, (3) los cuales le manifestaron que debia de-

(1) Años del mundo 2083.—Antes de Jesucristo 1921.

(2) *Hebreos, cap. VII, vers. I, II, III y siguientes.*

(3) Años del mundo 2148.—Antes de Jesucristo 1896.

jar su tierra y marchar á la de Chanaan: Abraham obedece ciegamente y parte lleno de fé y esperanza.

En este tiempo, Inacho, el mas antiguo de todos los reyes conocidos de los griegos, fundó el reino de Argos.

Despues de Abraham se presenta á nuestra vista Isaac su hijo, y Jacob, hijo de Isaac, imitadores de la fé de Abraham y de su simplicidad, ejerciendo tambien la vida pastoril. Dios les reiteró las mismas promesas que habia hecho á Abraham, y les mostró su voluntad en varias ocasiones. Isaac bendijo á Jacob en perjuicio de Esaú, (1) su hijo primogénito, engañado en la apariencia, aunque esto era la voluntad de Dios.

Jacob, á quien Dios protegía, aventajó en todo á su hermano Esaú. Un ángel que con él peleó en un combate lleno de misterios, le dió el nombre de Israel, que quiere decir *fuerte*, y por eso sus descendientes se llamaron israelitas. Jacob casó con Raquel, hija de Laban, y Dios le dió doce hijos que fueron cabezas de las doce tribus de Israel y se llamaron los doce patriarcas. Estos fueron Ruben, Simeon, Leví, Judá, Zabulon, Isacar, Dan, Gad, Aser, Nephtalí José y Benjamin. De estos doce patriarcas son notables Leví, de cuya tribu debian salir los ministros para las cosas santas; Judá, de quien debia salir Jesucristo, *rey de reyes* y *señor de los señores*, y José, de quien despues hablaremos y á quien Jacob amaba con preferencia.

Aquí tenemos ocasion de descubrir una vez mas los secretos de la Providencia divina. Vese ante todas cosas la inocencia y sabiduría del jóven José, siempre enemigo de los vicios y cuidadoso de reprimirlos en sus hermanos, sus sueños misteriosos y proféticos, sus hermanos envidiosos y la envidia, causa por segunda vez de su crímen, (2) la venta de este grande hombre y varon justo, la fidelidad que guarda á su amo y su castidad admirable, (3) las persecuciones que esta le atrae, su prision y su constancia, sus predicciones, su libertad milagrosa por la famosa esplicacion de los sueños de Faraon, su relevante mérito conocido, su genio elevado y recto, la proteccion de Dios, que hace que no domine en todas las partes en que está, su privanza, sus sábios consejos (4) y su poder

(1) Años del mundo 2215.—Antes de Jesucristo 1759.

(2) Años del mundo 2276.—Antes de Jesucristo 1728.

(3) Años del mundo 2287.—Antes de Jesucristo 1717.

(4) Años del mundo 2298.—Antes de Jesucristo 1706.

absoluto en todo el reino del bajo Egipto. Por este motivo la salida de su padre Jacob y de su familia, de esta familia favorecida de Dios que se establece en esta parte del Egipto, de la que Thanis era la capital y donde los reyes tomaban todos el nombre de Faraon.

Murió Jacob, (1) y un poco antes de morir descubre á sus hijos que su descendencia crecerá extraordinariamente, y á Judá le revela la venida del Mesías que debia salir de su rama.

La casa de este gran patriarca creó un gran pueblo en muy poco tiempo. La prodigiosa multitud de los israelitas escita la envidia de los egipcios, los hebreos son injustamente odiados é impiamente perseguidos, entonces nace Moisés, (2) libertador del pueblo de Dios, que librado milagrosamente en las aguas del Nilo, y caido en manos de la hija de Faraon, es criado y educado como hijo de reyes é instruido en las ciencias, que en tan alto grado poseian los egipcios.

En este tiempo algunos pueblos del Egipto se establecen en varios parajes de la Grecia. La colonia que Cecrops trajo de Egipto, fundó doce ciudades, (3) ó mas bien, doce pequeños lugares, de donde formó el reino de Athenas, y donde estableció con las leyes de su país los ídolos á quienes prestaban adoracion Un poco despues aconteció el diluvio de Deucalion en la Thesalia, confundido por los griegos con el diluvio universal. Heleno, hijo de Deucalion, reinaba en Phithie, país de la Thesalia, y dió su nombre á la Grecia. Sus pueblos, antes de llamarse griegos, tomaron el nombre de helenos, aunque los latinos siempre les llamaron griegos. Casi al mismo tiempo Cadmo, hijo de Agenor, trasportó á la Grecia una colonia de fenicios, y fundó la ciudad de Thebas en la Beotia Las falsas divinidades de la Syria y Fenicia entraron con él en la Grecia.

Entretanto Moisés iba creciendo. (4) A los cuarenta años menosprecia las riquezas de la córte de Egipto, y enternecido con los males que pasaban sus hermanos los israelitas, empleó varios medios para aliviarlos. Esto le atrajo el furor de Faraon, y Moisés tiene que huir del Egipto y buscar su salvacion en la Arabia, en las tierras de los madianitas, donde encontró asilo. Habiendo Moisés perdido la esperanza de libertar á su pueblo ó esperando mejor

(1) Años del mundo 2315.—Antes de Jesucristo 1689.

(2) Años del mundo 2433.—Antes de Jesucristo 1571.

(3) Años del mundo 2448.—Antes de Jesucristo 1556.

(4) Años del mundo 2473.—Antes de Jesucristo 1531.

ocasion, se pone á guardar los ganados de Jetro y permanece en esta ocupacion cuarenta años. Intérnase un dia en el monte Oreb, y vé la zarza que ardía y no se quemaba, y oye la voz de Dios que le dice: «descálzate, porque el lugar donde estás es santo.» Entonces le mandó Dios que volviese á Egipto con Aaron, su hermano, y dijese á Faraon de su parte que diese libertad al pueblo de Israel, para que saliese á ofrecerle sacrificio en el desierto. No obedeció Faraon, y entonces Dios por medio de su siervo Moisés, le envia aquellos terribles castigos que conocemos con el nombre de las plagas de Egipto. La muerte de los primogénitos ejecutada por un ángel, obligó á Faraon á permitir la salida de los israelitas. Arrepíentese tres dias despues de su salida, parte contra ellos resuelto á destruirlos, pero es sepultado con todo su ejército en las aguas del mar Rojo, y los israelitas libres dan gracias á Dios por tantos beneficios.

CUARTA ÉPOCA.

MOISÉS Ó LA LEY ESCRITA.

Cuarta edad del mundo.

Comienzan los tiempos de la ley escrita. (1) Esta es dada á Moisés 430 años despues de la vocacion de Abraham, 856 despues del diluvio, y el mismo año que el pueblo hebreo salió de Egipto. Estos tiempos son notables porque de ellos nos servimos para designar todo el tiempo que media desde Moisés hasta Jesucristo. Todo este trascurso de tiempo es llamado el tiempo de la LEY ESCRITA para distinguirlo del tiempo precedente llamado el tiempo de la LEY NATURAL, en donde los hombres solo se gobernaban por la razon natural y por las tradiciones de sus antecesores.

Dios, pues, habiendo libertado á su pueblo de la tiranía de los egipcios para conducirlo á la tierra donde queria que se le sirviese y prestase culto, quiso establecer la ley segun la cual deberían vivir. La escribió de su propia mano en dos tablas de piedra que dió á Moisés en lo alto del monte Sinaí; el fundamento de esta ley,

(1) Años del mundo 2513.—Antes de Jesucristo 1491.

es decir, del Decálogo ó los Mandamientos, contienen los primeros principios del culto de Dios y de la sociedad humana. Dios dictó á Moisés otros preceptos por los que estableció el tabernáculo, figura del tiempo futuro; (1) el arca de la alianza en donde Dios se mostraba presente por medio de sus oráculos, y que guardaban las tablas de la ley; la elevacion de Aaron, hermano de Moisés, á sumo sacerdote ó pontífice, dignidad única dada á él y á sus hijos; las ceremonias del culto y la forma de sus hábitos misteriosos; las funciones de los sacerdotes y de los levitas con otras observaciones acerca de la religion y lo que es mas bello, mas grande, las reglas de moral, costumbres y gobierno de aquel pueblo elegido del que quiere ser él legislador. Aquí teneis lo que ofrece la época de la ley escrita. Despues vemos aquel continuo viaje por el desierto, viaje que dura cuarenta años, las revueltas, las idolatrías, los castigos, los consuelos del pueblo elegido y que este sapientísimo legislador nos dejó escritos, la consagracion de Eleázar, soberano pontífice, (2) y la muerte de su padre Aaron, el celo de Phinés, hijo de Eleázar, y el sacerdocio asegurado á sus descendientes por una promesa especial.

Durante este tiempo, los egipcios continuaban el establecimiento de sus colonias en diversos estados, principalmente en la Grecia, en donde Danaüs, egipcio, se hace proclamar rey de Argos, desposeyendo á los antiguos reyes.

Hácia el fin de los viajes del pueblo de Dios en el desierto empiezan aquellos combates contra los pueblos que se oponen á su paso. (3) Muere Moisés y deja á los israelitas aquella historia que cuidadosamente habia escrito, y que empieza en el origen del mundo y termina en su muerte. Esta historia es continuada por órden de Josué y sus sucesores, y fué despues dividida en muchos libros, de donde nos vinieron el de Josué, el de los Jueces y los cuatro de los Reyes. La historia que Moisés habia escrito, y en donde estaba incluida toda la ley, fué tambien dividida en cinco libros, llamados el Pentateuco, y que son el fundamento de la religion.

Despues de la muerte de Moisés, vemos las guerras de Josué, la conquista y particion de la Tierra Santa (4) y las rebeliones del

(1) *Hebreos, cap. X, vers. IX, XXIII.*

(2) Años del mundo 2552.—Antes de Jesucristo 1452.

(3) Años del mundo 2553.—Antes de Jesucristo 1451.

(4) Años del mundo 2559.—Antes de Jesucristo 1445.

pueblo, castigado y vuelto á la gracia varias veces. Allí se ven las victorias de Othoniel, que le libra de la tiranía de Chusan, rey de la Mesopotamia, (1) y ochenta años despues la de Aod sobre Eglon, rey de Moab.

Casi al mismo tiempo Pélops, frigio, hijo de Tántalo, (2) reinaba en el Peloponeso, y dió su nombre á este famoso pais. Belo, rey de los caldeos, recibió de sus pueblos homenajes divinos.

Los israelitas, ingratos para con Dios, á quien tantos beneficios debian, le olvidan, (3) y Dios les castiga haciéndoles esclavos de Jabin, rey de Chanaan; pero arrepentidos, Dios les envia á Débora la profetisa y á Barac, hijo de Abinoem, que derrotan á Sisara, general de las tropas de Jabin, y devuelven al pueblo su libertad. (4) Treinta años despues Godeon, victorioso sin apenas combatir, persigue y abate á los madianitas. Abimelec, su hijo, usurpa la autoridad por el homicidio de sus hermanos, la ejerce tiránicamente y la pierde juntamente con la vida. Jephté ensangrienta su victoria con un sacrificio que solo puede hacer excusable una órden secreta de Dios, de que no tenemos luz alguna.

Sucedan en este siglo cosas muy considerables entre los gentiles. Porque siguiendo el cómputo de Herodoto, que parece el mas exacto, es menester colocar por este tiempo, 514 años antes de la fundacion de Roma, á Nino, hijo de Belo, (5) y la fundacion del primer imperio assyrio. La córte de este imperio fué establecida en Nínive, ciudad antigua y ya célebre, pero engrandecida y mejorada por Nino. Los que dan 1300 años á los primeros assyrios se fundan en la antigüedad de la ciudad de Nínive, y Herodoto, que no le dá sino 500, no habla sino de la duracion del imperio, que empezó á estenderse por el Asia menor, bajo la dominacion de Nino, hijo de Belo.

Un poco despues, y durante el reinado de este conquistador, tiene lugar la fundacion ó renovacion de la antigua ciudad de Tyro, (6) á quien su navegacion y colonias han hecho tan célebre. Algun tiempo despues de Abimelec se encuentran los famosos comba-

(1) Años del mundo 2599.—Antes de Jesucristo 1405.

(2) Años del mundo 2682.—Antes de Jesucristo 1322.

(3) Años del mundo 2699.—Antes de Jesucristo 1305.

(4) Años del mundo 2719.—Antes de Jesucristo 1285.

(5) Años del mundo 2737.—Antes de Jesucristo 1267.

(6) Años del mundo 2752.—Antes de Jesucristo 1252.

tes de Hércules, hijo de Amphitrión, y los de Theseo, rey de Atenas, el cual formó una sola ciudad de las doce poblaciones de Cecrops y dió mejor forma al gobierno de los athenienses.

En tiempo de Jephthé, y mientras Semíramis, viuda de Nino y tutora de Ninias, engrandecía con sus conquistas el imperio de los assyrios, la célebre ciudad de Troya, ocupada ya una vez por los griegos en tiempo de Laomedonte, su tercer rey, fué reducida á cenizas en el reinado de Priamo, (1) hijo de Laomedonte, y despues de un memorable sitio que duró diez años.

QUINTA ÉPOCA.

LA TOMA DE TROYA.

Quinta edad del mundo.

La época de la ruina de Troya aconteció por los años 380 despues de la salida de los israelitas de Egipto y 1164 despues del diluvio. Es notable esta época de la historia profana, no solo á causa de la importancia de este suceso, cantado por los dos mas grandes poetas de la Grecia y de la Italia, sino tambien porque en la guerra y destruccion de Troya figuran casi todos los dioses y héroes paganos. A este tiempo se le llama fabuloso ó heróico; fabuloso á causa de las fábulas que envuelven la historia de este periodo, heróico por los héroes de la antigüedad, que como ya hemos dicho, figuran casi todos en la guerra de Troya. Reinando Laomedon, padre de Priamo, aparecen los héroes del vellocino de oro, Jason, Hércules, Orpheo, Castor y Polux y los otros tan conocidos; y en tiempo de Priamo, durante el último sitio de Troya, se ven los Aquiles, los Agamemnon, los Ulyses, los Héctor y los Eneas, hijo de Vénus, y que los romanos se precian de ser su fundador, y de quien muchas ilustres familias y hasta naciones enteras se preciaban de descender. Esta época es, pues, la mas propia para reunir todo cuanto los tiempos fabulosos tienen de mas cierto y mas bello.

Pero lo que vemos en la Historia sagrada es mucho mas notable, mucho mas cierto que lo que encontramos en los dioses y

(1) Años del mundo 2820.—Antes de Jesucristo 1184.

héroes mitológicos: la fuerza prodigiosa de un Sanson (1) y su maravillosa flaqueza; Eli, soberano pontífice, venerable por su piedad y desgraciado por los vicios de sus hijos; Samuel, juez irrepachable y profeta escogido de Dios para ungir y consagrar á los reyes; (2) Saul, primer rey del pueblo escogido, sus victorias, su presuncion en querer ofrecer sacrificio sin los sacerdotes, su desobediencia mal escusada con pretesto de la religion, su reprobacion y su funesta caída.

En este tiempo, Codro, rey de Athenas, muere por salvar á su pueblo, y con su abnegacion y heróico sacrificio consiguen los griegos la victoria. Sus hijos Medon y Nilo pretenden el reino, y entonces los athenienses declaran abolida la dignidad real y Júpiter es elegido único rey de los griegos. Crearon los athenienses en sustitucion de los reyes, dos gobernadores ó presidentes perpétuos, obligándoles á que rindiesen cuentas de su administracion, y á estos magistrados se les llamó Arcontes. Medon, hijo de Codro, fué el primero que ejerció este cargo, el cual quedó vinculado en sus descendientes. Los athenienses difundieron sus colonias por la parte del Asia menor, que fué llamada Jonia. Las colonias de los eolios se fundaron poco mas ó menos en este tiempo (3) y toda el Asia menor se llenó de poblaciones griegas.

Despues de Saul aparece David, este pastor admirable, vencedor del famoso gigante Goliath y de todos los demás enemigos del pueblo de Israel, rey grande, conquistador invicto, profeta escogido y santo, digno de cantar las maravillas de la omnipotencia divina, y que por su penitencia, su crimen sirve para glorificar al Señor.

A este piadoso guerrero sucedió su hijo Salomon, (4) sábio, justo y pacífico, cuyas manos, nunca teñidas en sangre, fueron dignas de edificar el templo del Dios de bondad, del Dios de paz.

(1) Años del mundo 2887.—Antes de Jesucristo 1177.

(2) Años del mundo 2909.—Antes de Jesucristo 1095.

(3) Años del mundo 2949.—Antes de Jesucristo 1055.

(4) Años del mundo 2990.—Antes de Jesucristo 1014.

SEXTA ÉPOCA.

SALOMON Ó LA FUNDACION DEL TEMPLO DE JERUSALEM.

El maravilloso y nunca bien ponderado templo de Jerusalem fué construido de orden del rey Salomon el año 3000 del mundo, 488 años despues de la salida de los israelitas de Egipto, y para ajustar los tiempos de la historia sagrada con los de la profana, 180 años despues de la toma de Troya, 250 antes de la fundacion de Roma y 1000 antes de Jesucristo. Salomon celebró la dedicacion de este templo (1) con una piedad grandísima unida á una magnificencia y una pompa estraordinarias. A la dedicacion de este templo siguieron otras maravillas del reinado de este gran monarca, pero su fin fué triste, y puso de manifesto vergonzosas flaquezas. Abandonóse al amor desordenado de las mugeres ó concubinas que tenia en su palacio, su fé disminuyóse, fué poco á poco olvidándose de Dios, y su piedad degeneró en idolatría. Dios, aunque justamente irritado, no quiso castigarle en memoria de David su siervo; pero no queriendo dejar enteramente impune su ingratitude, su reino fué dividido despues de su muerte (2) al subir al trono Roboan su hijo. El orgullo brutal de este príncipe hizo que se le sublevaran diez tribus, las que eligiendo á Jeroboan, de la tribu de Ephrain, se separaron al mismo tiempo que de Roboan, de Dios. Para tener Jeroboan á sus vasallos apartados de los del rey de Judá (3) erigió varios becerros de oro, á los que dió el nombre de dioses de Israel, á fin de que el cámbio del Dios verdadero (á quien únicamente se daba culto en el templo de Jerusalem) pareciese á sus vasallos menos estraño. La misma razon le hizo retener la ley de

(1) Años del mundo 3001.—Antes de Jesucristo 1003.

(2) Años del mundo 3029.—Antes de Jesucristo 975.

(3) *Cuando Roboan subió al trono, enviáronle las tribus varios mensajeros solicitando se rebajasen los impuestos que eran excesivos; pero Roboan en vez de acceder á tan justa demanda, les dijo: «Que si su padre los habia azotado con varas él los azotaria con escorpiones.» Sublevarónse al saber esto diez tribus, y eligieron por rey á Jeroboan, que puso su córte en Samaria. A Roboan solo le permanecieron fieles las dos tribus de Judá y Benjamin y toda la tribu sacerdotal. La córte de este reino se fijó en Jerusalem. El reino rebelado se llamó reino de Israel y el de Roboan reino de Judá. (N. del T.)*

Moisés, á pesar de que la interpretó á su modo; pero hizo observar casi toda la política, tanto civil como religiosa, de suerte que el Pentateuco quedó siempre en veneracion en las tribus separadas.

De esta manera se creó el reino de Israel separado del de Judá. En aquel triunfó la impiedad y la idolatría: en éste, aunque frecuentemente oscurecida la religion, no dejó de conservarse.

En este tiempo los reyes de Egipto eran muy fuertes y poderosos. Los cuatro reinos en que habia estado dividido se reunieron bajo el de Thebas. Se cree que Sesestris, este famoso conquistador, es el Sésac, rey de Egipto, de quien nos habla la Escritura que se sirvió Dios para castigar la impiedad de Roboan. (1)

En el reinado de Abias, hijo de Roboan, vemos la famosa victoria que la piedad de este príncipe obtiene sobre las tribus cis-máticas. Su hijo Azá, cuya piedad es alabada en la Escritura. En tiempo de este monarca, Amri, rey de Israel, edificó á Samaria (2) donde estableció la capital de su reino.

Despues de Azá se nos presenta el reinado admirable de Josafat, en el que florecieron la piedad y la justicia, como tambien la navegacion y el arte militar. Mientras que Josafat hacia ver en su reino otro David, Achab y su muger Jezabel, que reinaban en Israel, juntaron á la idolatria de Jeroboan todas las impiedades de los gentiles; ambos tuvieron una muerte desastrosa. (3) Dios, que habia soportado sus idolatrías, resolvió vengar la sangre de Naboth, á quien habian mandado dar muerte, porque habia rehusado conforme ordenaba la ley de Moisés, vender á perpetuidad la herencia de sus padres que codiciaba el monarca. El fin de éste lo profetizó el gran profeta Elías. (4) Achab fué muerto algun tiempo despues no obstante las precauciones que continuamente tomaba.

Es preciso colocar hácia este tiempo la fundacion de Carthago, que Didon, venido de Tyro, edificó en un lugar en donde á semejanza de Tyro se podia traficar con ventaja y aspirar al imperio de los mares. Es difícil designar el tiempo en que Carthago se constituyó en república, y la mezcla de las razas tyria ó fenicia y africana, hizo que fuese Carthago guerrera y comercial á la vez. Las antiguas historias que ponen su origen antes de la guerra de Troya, pueden

(1) Años del mundo 3033.—Antes de Jesucristo 971.

(2) Años del mundo 3080.—Antes de Jesucristo 924.

(3) Años del mundo 3115.—Antes de Jesucristo 899.

(4) Años del mundo 3117.—Antes de Jesucristo 897.

hacer conjeturar que Dido la habia antes aumentado y fortificado, pero que no puso los fundamentos de ella.

Los negocios cambiaron de faz en el reino de Judá; Athalfá, hija de Achab y de Jezabel, llevó con ella la impiedad á la casa de Josafat. Joram, hijo de un rey tan piadoso, mas quiso imitar á su suegro que seguir los ejemplos de su padre. La mano de Dios cayó sobre él. (1) Su reinado fué corto y su fin espantoso. En medio de estos castigos Dios hacia inauditos prodigios en favor de los israelitas, á quienes llamaba á hacer penitencia. Estos vieron sin convertirse las maravillas de Elías y de Eliseo que profetizaron durante los reinados de Achab y de cinco reyes mas.

En este tiempo floreció Hesiodo, y treinta años despues Homero. Las costumbres antiguas que nos representan, y los vestigios que no sin grande esplendor muestran, no poco nos sirven para hacernos conocer antigüedades aun mucho mas remotas y la divina sencillez de la Escritura.

Hay dos espectáculos horribles en los reinos de Judá y de Israel; (2) Jezabel es precipitada de lo alto de una torre por orden de Jehú y pisada de los caballos, sin que de nada le hubiese servido su prevenido luciente adorno. Jehú hizo tambien matar á Joran, rey de Israel, hijo de Achab. Toda la casa de Achab fué esterminada, y faltó poco para que arrastrase á la de Judá en su ruina. El rey Ococías, hijo de Joram y de Athalfá, reyes de Judá, fué muerto en Samaria juntamente con sus hermanos como aliado y amigo de los hijos de Achab. Luego que llegó esta noticia á Jerusalem, resolvió Athalfá hacer morir el resto de la familia real sin reservar á sus hijos, sacrificando á la ambicion de reinar ella sola, la vida de todos. Solo Joás, hijo de Ococías, niño aun, fué sustraído al furor de su abuela. Jozabeth, hermana de Ococías y muger de Joiada, sumo pontífice, le escondió en el templo del Señor y salvó de esta suerte este único resto de la casa de David. Athalfá, que le creía muerto con todos los otros, vivia sin temor ni sobresalto.

Por este tiempo daba Licurgo leyes á Lacedemonia (3). Ha sido reprehendido de haberlas ordenado todas para la guerra á ejemplo de Minos, cuyas instituciones habia seguido, y de haber dado poca

(1) Años del mundo 3119.—Antes de Jesucristo 885.

(2) Años del mundo 3120.—Antes de Jesucristo 884.

(3) *Platon de república, lib. 8.º de reg., lib. 1.º Aristóteles, Polit. lib. 2.º*

providencia tocante á la modestia de las mugeres quanto por hacer soldados obligaba á los hombres á una vida tan laboriosa y templada.

No habia entretanto en Judea quien inquietase á Athalfá y ya se creia segura habiendo reinado sola por espacio de seis años. Pero Dios le criaba un vengador dentro del sagrado asilo de su templo. A la edad de siete años (1) le dió Joiada á conocer á algunos principales generales del ejército real, cuya confianza cuidadosamente habia ganado, y asistido de los levitas consagró en el templo al joven rey. Todo el pueblo reconoció sin dificultad al heredero de David y de Josafat, y Athalfá que acudió al rumor para disipar la conjuracion, fué arrancada del recinto del templo y tratada como sus delitos merecian.

Entretanto que Joiada vivió, hizo Joás guardar la ley de Moisés, pero despues de la muerte de aquel santo pontífice, corrompido por las lisonjas de sus cortesanos, se abandonó con ellos á la idolatría. Quiso reprenderle el pontífice Zacarías, que habia sucedido á Joiada, y sin acordarse de lo que debia á su padre, mandó apedrearle; pero bien pronto tuvo sobre sí la venganza, pues derrotado el año siguiente por los syrios cayó en desprecio de los suyos y fué asesinado por ellos. Sucedióle su hijo Amasías que elevado al trono (2) mereció bien de sus pueblos. El reino de Israel, á quien las victorias de los reyes de Syria y las guerras intestinas habian abatido, realzóse y adquirió pujanza y gloria bajo Jeroboan II, mas piadoso que sus predecesores.

Ozías, por otro nombre Azarías, hijo de Amasías, no gobernó con menor gloria el reino de Judá (3). Este es el famoso Ozías infecto de la lepra, tantas veces reprendido en la Escritura por haberse atrevido en sus últimos dias á ofrecer el incienso sobre el altar de los perfumes, usurpando el oficio sacerdotal contra la ley de Moisés. Por esta causa fueron suspendidas sus dignidades de monarca, y Joatán su hijo, que fué despues su sucesor, gobernó con acierto el reino. En el reinado de Ozías los profetas de los que mas notables en estos tiempos fueron Isafas y Oseas, comenzaron á escribir sus profecías, depositando los libros en que estaban contenidas en el templo para que sirvieran de monumento á los siglos futuros. Las profecías

(1) Años del mundo 3126.—Antes de Jesucristo 878.

(2) Años del mundo 3179.—Antes de Jesucristo 825.

(3) Años del mundo 3194.—Antes de Jesucristo 830.

menos estensas y hechas solo de viva voz se anotaban en los registros que habia en el templo de Jerusalem juntamente con los sucesos notables de aquellos tiempos.

Los juegos olímpicos instituidos por Hércules, y largo tiempo interrumpidos, fueron restablecidos. De esta época se derivan las olimpiadas por las que los griegos computaban los años. Aquí concurren los tiempos que Varron llama fabulosos, porque hasta el período de las olimpiadas, las historias profanas están llenas de confusion y de fábulas, comenzando en las olimpiadas los tiempos históricos en donde los sucesos acaecidos en el universo son referidos por relaciones mas fidedignas y verídicas. La primera olimpiada es marcada por la victoria de Coreb; renovábanse de cinco en cinco años en la ciudad de Olimpia en la Élida: en estos famosos combates los vencedores eran coronados con grande aplauso y regocijo y la Grecia iba haciéndose cada dia mas fuerte y culta.

La Italia en este tiempo era aun casi salvaje é incivilizada. Los reyes latinos descendientes de Eneas dominaban en Alba.

Phul era rey de Assyria. Se le cree padre de Sardanápalo, llamado segun la costumbre de los orientales Sardan-Phul, esto es, Sardan hijo de Phul. Se cree tambien que este Phul fué el rey de Nínive, que hizo penitencia con todo su pueblo por la predicacion del profeta Jonás (1). Este monarca, viendo las disensiones y riñas del pueblo de Israel, invadió este reino con un formidable ejército con ánimo de conquistarlo; pero apaeiguado por Manahem, afirmó á éste en el trono que él queria usurpar y recibió en reconocimiento un tributo de mil talentos. Reinando su hijo Sardanápalo concluyeron los arcontes de Athenas en Alemoon, pues este pueblo, al que su carácter conducia insensiblemente á la democracia, restringió la autoridad y poder de sus magistrados reduciendo á diez años la administracion de los arcontes, de los cuales fué el primero Charops.

SEPTIMA EPOCA.

RÓMULO Ó LA FUNDACION DE ROMA.

Rómulo y Remo, descendientes de los antiguos reyes de Alba por su madre Iiia, restablecieron en el reino de Alba á su abuelo

(1) Años del mundo 3233.--Antes de Jesucristo 771.

Numitor, que su hermano Amalio habia desposeido, y fundaron á Roma cuando Joathan reinaba en Judea.

Esta ciudad, que andando el tiempo debia ser la maestra de todas las del mundo y en donde residiria la cabeza visible de la Iglesia católica, fué fundada hácia el fin del tercer año de la sexta olimpiada, cuatrocientos treinta años despues de la toma de Troya, de cuya ciudad creian los romanos que descendian, y setecientos cincuenta y tres años antes de Jesucristo.

Rómulo se habia criado entre unos pastores, ejercitándose siempre en los ejercicios de la guerra, y consagró su ciudad al Dios de los combates, á quien llamaba su padre y protector.

Por los tiempos de la fundacion de Roma, la molicie de Sardanápalo (1) acababa con el primer imperio de los assyrios. Los medos, pueblo belicoso, animados y enardecidos por los discursos de Arbaces su gobernador, dieron á todos los súbditos de este príncipe afeminado el ejemplo de menospreciarle; hicieron armas contra él, y Sardanápalo pereció en su ciudad capital con sus mugeres y sus riquezas, quemados y arrojados ellos mismos al fuego antes que caer en manos de los sitiadores.

De las ruinas de este imperio véense salir tres grandes reinos. Arbaces libertó á los medos, que despues de una larga anarquía fueron un pueblo poderoso y fuerte. Un segundo reino de los assyrios se vé aparecer, (2) cuya capital es Nínive, y un reino de Babilonia llamado así por ser Babilonia la capital. Estos dos últimos reinos de Nínive y Babilonia no son desconocidos á los autores profanos, y son célebres en la historia sagrada. El segundo imperio de los assyrios fué fundado por Thilgath ó Thégloth, hijo de Phalasar, llamado por esta razon Thiglatfalasar y por otro nombre Nino el jóven. Baladan, á quien los griegos llaman Belesis, fundó y estableció el reino de Babilonia, siendo conocido con el nombre de Nabonasar. De este monarca proviene la famosa era que lleva su nombre, célebre entre Ptolomeo y los antiguos astrónomos, que computaban los años por el reinado de este monarca. Es necesario advertir aquí, que esta palabra *era* significa una enumeracion de años empezada en cierto tiempo que algun acontecimiento hace notable.

Achaz, rey de Judá, impío y malvado, (3) apretado por Razin,

(1) Años de Roma 6.—Antes de Jesucristo 748.

(2) Años de Roma 7.—Antes de Jesucristo 747.

(3) Años de Roma 14.—Antes de Jesucristo 740.

rey de Syria y por Phacé, hijo de Romelias, rey de Israel, en lugar de recurrir á Dios que le suscitaba estos enemigos para castigarle, acogiése á Theglathfalasar, primer rey de Assyria, que reduce á la estremidad el reino de Israel y destruye del todo el de Syria, apoderándose al mismo tiempo del de Judá, que habia implorado su asistencia. Así los reyes de Assyria abriendo el camino de la Tierra Santa, resolvieron conquistarla. (1)

Comenzaron por el reino de Israel, que Salmanasar, hijo y sucesor de Theglathfalasar, destruyó enteramente. Oseas, rey de Israel, habia confiado en los socorros y auxilios de Sabacon, llamado tambien Sua, rey de Etiopia, el cual habia invadido el Egipto. Pero este poderoso conquistador no pudo venir á las manos con Salmanasar. Las diez tribus en donde se habia practicado el culto de Dios, fueron trasportadas á Nínive y dispersadas entre los gentiles, y de tal manera se perdieron, que no se puede descubrir ningun vestigio de ellas, solo quedaron algunos pocos que fueron mezclados con los judfos é hicieron una pequeña parte del reino de Judá.

En este tiempo (2) tuvo lugar la muerte de Rómulo. Estuvo siempre en guerra y siempre quedó victorioso, pero en medio de las guerras puso los fundamentos de la religion y de las leyes. Una larga paz dió motivo á Numa Pompilio, su sucesor, (3) para acabar la obra. Este suavizó algo las feroces costumbres del pueblo romano, creó la órden de las vestales, el colegio de los Pontífices y el de los feciales; y en su tiempo, las colonias venidas de Corinto y de otras ciudades de Grecia, fundaron á Siracusa en Sicilia, Crotona, Tarento, y es probable que algunas otras ciudades de esta parte de Italia deban su fundacion á los griegos.

Entretanto Ezequías, el mas piadoso y el mas justo de todos los reyes despues de David, reinaba en Judea. Senacherib, hijo y sucesor de Salmanasar, (4) le sitió en Jerusalem con un grande y formidable ejército; pero una noche un ángel dió muerte á Senacherib. Libre Ezequías de una manera tan portentosa y admirable, sirvió á Dios con todo su pueblo con mas fervor y devocion que antes. Pero despues de la muerte de tan piadoso príncipe, y reinando su

(1) Años de Roma 33.—Antes de Jesucristo 721.

(2) Años de Roma 39.—Antes de Jesucristo 715.

(3) Años de Roma 40.—Antes de Jesucristo 714.

(4) Años de Roma 44.—Antes de Jesucristo 710.

hijo Manasés, el pueblo ingrato olvidóse de Dios y los desórdenes se aumentaron de una manera tan rápida como afflictiva.

El estado popular formábase entonces entre los athenienses (1) y eligieron los arcontes cada año; el primero de éstos fué Créon.

Mientras que la impiedad se aumentaba en el reino de Judá, la pujanza y poderío de los reyes de Assyria que debían ser los escogidos por Dios para castigar al pueblo ingrato, se acrecia en el reinado de Assaradon, hijo de Senacherib. Este rey unió el reino de Babilonia al de Nínive y se asemejó en poder y fuerza á los primeros monarcas assyrios. En su reinado los catheos, pueblos de la Assyria llamados despues samaritanos, fueron enviados á poblar la Samaria. Estos juntaron el culto de Dios con el de los ídolos y obtuvieron de Assaradon que les permitiese tener un sacerdote israelita, que ofreciese sacrificio á Dios segun lo prescribia la ley de Moisés. Dios no quiso que su nombre fuese enteramente abolido en una tierra que habia dado á su pueblo, y les dejó la ley como testimonio suyo. Pero sus sacerdotes no les dieron los libros de Moisés que las diez tribus reveladas habian guardado en el cisma que habian promovido. Las escrituras compuestas despues por los profetas que ofrecian sacrificios en el templo eran detestadas entre ellos, y hé aquí porqué los samaritanos no reciben aun hoy día sino el Pentateuco.

Mientras que Assaradon y los assyrios se establecian tan poderosamente en el Asia, los medos comenzaban á hacerse notables. Déjoces, su primer rey, llamado en la escritura Arphaxad, fundó la grande y magnífica ciudad de Ecbatana y puso los fundamentos de tan gran imperio. Los medos habian elevado á Déjoces al trono como digno premio á sus virtudes y tambien para concluir con los desórdenes que la anarquía causaba entre ellos. Conducidos por tan gran rey se sostuvieron contra todos sus vecinos aunque sin estenderse ni dilatarse.

Roma iba creciendo, aunque flojamente. En el reinado de Tulo Hostilio, su tercer rey, y por el famoso combate de los Horacios y Curiacios, la ciudad de Albalonga fué arrasada y destruida, sus habitantes incorporados á Roma victoriosa y pujante, y con este motivo fué engrandecida y fortificada. Rómulo fué el primero que engrandeció la ciudad, acogiendo y dando asilo á los sabinos y á otros pueblos vencidos, los cuales con el tiempo se amalgamaban

(1) Años de Roma 67.—Antes de Jesucristo 687.

con los romanos y formaban un solo pueblo. Estendiendo Roma sus conquistas regularizaba su milicia, y en el reinado de Tulo Hostilio fué cuando comenzó su táctica y militar disciplina, que la habia de hacer la primera entre las demás naciones.

El reino de Egipto, casi abatido por sus divisiones intestinas, iba poco á poco restableciendo su pujanza y poderío bajo su rey Psamótico. (1) Este príncipe, que debia su salvacion á los jonios y corintios, agradecido, los estableció en Egipto, cerrado hasta entonces á los extranjeros. Con este motivo los egipcios comenzaron á comerciar con los griegos, y desde entonces la historia de este pais, que estaba mezclada con fábulas pomposas y ridículas por los artificios de sus sacerdotes, comienza á tener visos de certidumbre. (2)

Entretanto los reyes de Assyria iban aumentando su poder y se hacian los mas formidables de todo el Oriente. Saosduchin, hijo de Asaraddon, (3) llamado en el libro de Judit Nabucodonosor, des- hizo en una batalla á Arfaxad, rey de los medos. Enorgullecido con su victoria, quiso conquistar toda la tierra. Con este deseo pasa el rio Eufrates, destruyendo cuanto encontraba á su paso, hasta llegar á Judea.

Los judíos habian irritado á Dios y se hallaban entregados á la idolatría, siguiendo el ejemplo que les daba su rey Manasés; mas arrepentidos, y haciendo penitencia juntamente con su rey, tomó- les Dios bajo su proteccion. Las conquistas de Nabucodonosor y de su general Holofernes fueron de repente suspendidas por la débil mano de una muger.

Dejoces, aunque batido por los assyrios, consiguió dejar á sus sucesores poderosos y florecientes sus estados. Mientras que Fraorte, su hijo, y Ciajaro, hijo de Fraorte, subyugaban la Persia y es- tendian sus conquistas (4) en el Asia menor hasta las riberas del rio Halys, la Judea habia presenciado el detestable reinado de Amon, hijo de Manasés; Josías, hijo de Amon, sábio desde su infancia, trabajaba en reparar los desórdenes causados por la impie- dad de los reyes sus predecesores.

Roma, que tenia por rey á Anco Marcio, sojuzgaba á algunos

(1) Años de Roma 84.—Antes de Jesucristo 670.

(2) *Herodoto, lib. II, cap. 95.*

(3) Años de Roma 97.—Antes de Jesucristo 657.

(4) Años de Roma 111.—Antes de Jesucristo 643.

latinos, y haciendo á sus enemigos con su genio y su política ciudadanos romanos, les daba albergue dentro de los muros de Roma, con lo cual crecía desmedidamente su recinto. Anco Marcio llevó sus armas hasta las orillas del mar vecino, y edificó la ciudad y puerto de Ostia en la desembocadura del Tíber.

Hácia este tiempo fué cuando tuvo lugar la invasion del reino de Babilonia por Nabopolasar. Este traidor, á quien Chinaladan, por otro nombre Sarac, habia hecho general de sus ejércitos contra Cyajaro, rey de los medos, pactó alianza con Asytaje, hijo de Cyajaro: preso Chinaladan en Nínive y destruida esta gran ciudad, tan largo tiempo emporio de las artes de todo el Oriente, Nabopolasar se sentó en el trono que usurpó á su rey, y bajo un príncipe tan ambicioso, Babilonia se ensoberbecia y enorgullecia en estremo.

La Judea, en donde la impiedad crecía desmedidamente, debía temerlo todo. El santo rey Josías suspendió por algun tiempo (1) por su humildad profunda el castigo que merecia su pueblo; pero el mal iba en aumento á su muerte. Nabucodonosor II, mas terrible que su padre Nabopolasar, fué el elegido para castigar al pueblo ingrato é infiel. Este príncipe, criado en una córte fastuosa y soberbia, y ejercitándose siempre en la guerra, hizo prodigiosas conquistas en el Oriente y Occidente, y Babilonia parecia amenazar á toda la tierra. Bien pronto las amenazas tuvieron efecto con respecto al pueblo de Dios. Jerusalem fué abandonada á este soberbio vencedor, que la tomó por tres veces. La primera en el principio de su reinado en el cuarto año del reinado de Joakin, en donde comienzan los 70 años de la cautividad de Babilonia anunciados por el profeta Jeremías, (2) la segunda en el reinado de Jeconías, (3) hijo de Joakin, y la tercera y última en el reinado de Sedecías, en que la ciudad fué arrasada y destruida enteramente, el templo quemado y el rey llevado cautivo á Babilonia con Saraía, soberano pontífice, y la mejor parte del pueblo. Los mas ilustres de los cautivos fueron los profetas Ezequiel y Daniel. Se cuentan tambien entre los mas ilustres los tres jóvenes que no consintieron jamás en adorar la estatua de Nabucodonosor, y que arrojados dentro de un horno ardiendo, salieron ilesos de entre las llamas.

(1) Años de Roma 130.—Antes de Jesucristo 624.

(2) *Jeremías*, XXV, 11, 12, XXIX, 10.

(3) Años de Roma 155.—Antes de Jesucristo 599.

La Grecia en este tiempo (1) estaba floreciente, y sus siete sábios se hacian ilustres y célebres. Algun tiempo antes de la última destruccion de Jerusalem, Solon, uno de los siete sábios, dió leyes á los atenienses y estableció la libertad, basada en la justicia; los phoceos de Jonia fundaron á Marsella su primer colonia.

Tarquino Prisco, rey de Roma, (2) llamado el viejo, despues de haber subyugado una parte de la Toscana y adornado la ciudad de Roma con obras magnificas y monumentos admirables, acabó su reinado asesinado por los hijos de su antecesor Anco Marcio. En su tiempo los galos, conducidos por Belloveses, ocuparon en Italia las márgenes del Pó, (3) mientras que Segoveses su hermano introducía en la Germania gran parte de la poblacion gala. Servio Tulio, sucesor de Tarquino, estableció el padron ó enumeracion de los ciudadanos, los que distribuyó en ciertas clases, por cuyo medio esta gran ciudad se encontró regularizada toda ella como si fuese una familia particular.

Nabucodonosor embellecía á Babilonia, que se enriqueció con los despojos de Jerusalem y de todo el Oriente; sin embargo no gozó largo tiempo de paz y de engrandecimiento, (4) y Nabucodonosor, que la habia adornado con tanta magnificencia, pudo entrever al tiempo de su muerte la próxima pérdida de tan soberbia ciudad. Su hijo Evilmerodac, que sus crueldades hacian odioso, no duró mucho tiempo en el trono, (5) y fué muerto por su cuñado Neriglissor que usurpó la corona.

Pisistrato usurpó tambien en Athenas la autoridad soberana, que supo conservar treinta años en medio de contínuas vicisitudes, dejándola á su muerte á sus hijos.

Neriglissor no pudo sufrir la pujanza de los medos que se engrandecian en el Oriente y les declaró la guerra. Mientras que Astyage, hijo de Cyajaro I, se preparaba á la resistencia, le sorprendió la muerte, (6) y dejó sus estados á su hijo Cyajaro II, llamado por Daniel Dario el Medo. Este nombró por general de sus ejércitos á Cyro, hijo de su hermana Mandane y de Cambyses, rey de Persia.

-
- (1) Años de Roma 160.—Antes de Jesucristo 594.
 - (2) Años de Roma 176.—Antes de Jesucristo 578.
 - (3) Años de Roma 188.—Antes de Jesucristo 566.
 - (4) Años de Roma 192.—Antes de Jesucristo 562.
 - (5) Años de Roma 194.—Antes de Jesucristo 560.
 - (6) Años de Roma 195.—Antes de Jesucristo 559.

sujeto al imperio de los medos. La reputacion de Cyro, que se habia señalado en diversas guerras bajo Astyaje su abuelo, hizo que la mayor parte de los reyes de Oriente se alistaran bajo las banderas de Cyajaro. Cyro tomó la capital del reino de Lidia, en donde pereció Creso, su último rey, (1) y se apoderó de sus grandes tesoros é inmensas riquezas; sojuzgó á otros aliados del rey de Babilonia y entendió su dominacion no solamente por la Syria sino tambien por el Asia menor. En fin marchó contra Babilonia, tomola, (2) y la sometió á Cyajaro, su tio, que no estándole menos obligado por su fidelidad que por sus hazañas, le dió á su hija única en matrimonio y sus vastos estados en herencia.

En el reinado de Cyajaro Daniel, (3) ya honrado en los reinados anteriores con muchas visiones celestes, en las que vió pasar ante él en figuras bien manifiestas reyes é imperios, aprendió por una nueva revelacion las famosas setenta semanas que habian de trascurrir hasta la venida de Jesucristo. Estaban estas semanas compuestas de años; siete años formaban una semana, siendo por tanto las setenta semanas un trascurso de 490 años. Este modo de contar era muy usado entre los judíos, que observaban el séptimo año del mismo modo que el séptimo día de la semana con un total descanso de sus faenas.

Algun tiempo despues de esta vision (4) murió Cyajaro y tambien Cambyses, padre de Cyro, y este gran conquistador que le sucedió, juntó el reino de Persia, oscuro y poco importante hasta entonces, al reino de los medos, fuerte y poderoso, y aumentado con sus conquististas. Cyro, pues, fundó y gobernó el mayor imperio que ha habido en el mundo.

Pero lo que hace mas notable la sucesion de las épocas que nosotros seguimos es, que este gran conquistador, en el primer año de su reinado, dió un decreto por el cual restablecia el templo de Jerusalem y daba libertad al pueblo judío, cautivo en Babilonia, para volver á la Judea.

=

Preciso es que nos detengamos un poco en este punto por las dificultades de la cronología antigua y la casi imposibilidad de con-

(1) Años de Roma 206.—Antes de Jesucristo 548.

(2) Años de Roma 216.—Antes de Jesucristo 538.

(3) Años de Roma 217.—Antes de Jesucristo 537.

(4) Años de Roma 218.—Antes de Jesucristo 536.

ciliar la historia profana con la historia sagrada. Vos, monseñor, (1) habreis sin duda notado que lo que yo he referido de Cyro es muy diferente de lo que habeis leído en Justino. Este autor no dice nada del segundo imperio assyrio ni de los famosos reyes de Assyria y Babilonia, tan célebres en la historia sagrada, y habeis tambien notado que mi relacion no conviene con lo que nos refiere el mismo autor acerca de las tres primeras monarquías; la de los assyrios, que concluye en Sardanápalo; la de los medos, que acaba en Astyaje, abuelo de Cyro, y la de los persas, que empieza en Cyro y acaba siendo destruida por Alejandro.

A Justino podeis unir Diodoro Sículo con la mayor parte de los autores griegos y latinos, cuyas obras conservamos, y que refieren la historia de diferente manera á como yo he espuesto.

Por lo que mira á Cyro, los autores profanos no están todos de acuerdo sobre su historia; pero yo creo deber seguir mejor á Jenofonte con San Gerónimo, que á Ctesías, autor fabuloso, á quien han copiado la mayor parte de los griegos, incluso Herodoto, tan exacto siempre en sus juicios. El motivo que me ha impulsado á preferir la historia de Jenofonte, es que su historia, mas seguida y mas verosimil, tiene la ventaja de ser la mas conforme con la Escritura, la cual por su antigüedad y por sus relaciones con los asuntos del pueblo judío, merece ser preferida á todas las historias griegas, máxime cuando creemos que ha sido dictada por el Espíritu-Santo.

En cuanto á las tres primeras monarquías, lo que han escrito acerca de ellas la mayor parte de los griegos, ha parecido dudoso hasta los mas sábios de su nacion. Platon afirma, que los griegos ignoraban quanto se refiere á las antigüedades de Egipto, y Aristóteles ha enumerado entre las fábulas quanto han escrito acerca de los assyrios.

Lo que los griegos han escrito lo tomaron de memorias muy confusas, y solo se han cuidado de ordenarlas algo poéticamente, sin cuidarse mucho de la veracidad. Y ciertamente, la manera que tienen de ordenar las tres primeras monarquías es visiblemente fabulosa, pues despues que han hecho perecer bajo Sardanápalo el imperio assyrio, le muestran sobre el teatro de los medos y despues de los persas, como si los medos hubieran sucedido á toda

(1) *Téngase presente al leer esta obra que Bossuet figura estar hablando con el Delfín, á quien la dedicó. (N. del T.)*

la pujanza de los assyrios, y como si los persas fuesen establecidos sobre las ruinas de los medos.

Pero al contrario, es muy cierto, que cuando Arbaces sublevó los medos contra Sardanápalo solo les libertó sin someter el imperio assyrio. Herodoto, seguido en este punto por los mas hábiles cronologistas, hace aparecer á Dejoces, primer rey de los medos, cincuenta años despues de esta sublevacion, y que en la Assyria habia unos reyes tan pujantes que todo el Oriente les temia. Si, pues, la mayor parte de los griegos y de algunos latinos no nos dicen nada de estos reyes Theglath-Phalasar, Salmanasar, Senachérib, Nabucodonosor y tantos otros tan célebres en la Escritura y en las historias orientales, preciso es que lo atribuyamos á la ignorancia de los griegos, mas elocuentes en sus narraciones que curiosos en sus pesquisas, ó á haberse perdido para nosotros quanto en sus historias haya de mas verídico.

En efecto, Herodoto habia prometido una historia particular de los assyrios, la cual no ha llegado á nosotros, sea que se haya perdido, ó que no la escribió, y no se puede creer de un historiador tan juicioso que hubiera olvidado los reyes del segundo imperio assyrio, ya que el mismo Senachérib, que es uno de ellos, se encuentra nombrado en los libros que tenemos de este gran historiador como rey de los assyrios y de los árabes.

Strabon, que vivia en tiempo de Augusto, cuenta lo que Megasthenes, autor antiguo, contemporáneo de Alejandro, habia escrito sobre las famosas conquistas de Nabucodonosor, rey de los caldeos, á quien hacia atravesar la Europa, penetrar en España y llevar sus armas hasta las columnas de Hércules. Elien, llamado Tilgamo, rey de Assyria, es sin duda el Theglath de la historia sagrada, y tenemos en Ptolomeo una enumeracion de príncipes que han tenido los grandes imperios, entre los que se notan una larga série de reyes de Assyria desconocidos de los griegos y cuyos nombres y hazañas constan en la Escritura.

Si yo quisiera narrar lo que nos refieren los anales de los syrios, un Beros, un Abydeno, un Nicolás de Damas, haria un largo discurso. Flavio Josefo y Eusebio de Cesárea nos han conservado los preciosos fragmentos de todos estos autores y de una infinidad de otros de su tiempo, cuyos testimonios confirman lo que nos refiere la Escritura tocante á las antigüedades orientales, y en particular á las historias assyrias.

Por lo que toca á la monarquía de los medos, que la mayor par-

te de los historiadores profanos cuentan la segunda en la enumeracion de los grandes imperios como separada de la de los persas, la Escritura las pone siempre juntas, y por esto podeis ver que además de la autoridad de los libros sagrados, el solo orden de los hechos nos hace ver que á la Escritura hemos de atender con preferencia.

Los medos, antes de Cyro, aunque pujantes y considerables, estaban oscurecidos por la grandeza de los reyes de Babilonia. Pero Cyro, habiendo conquistado este reino por las fuerzas reunidas de los medos y los persas, de quienes en seguida se hizo el dueño por una sucesion legítima, como notó Jenofonte, parece que el gran imperio, cuyo fundador fué Cyro, tenga que tomar su nombre del de las dos naciones, de suerte que el de los medos y el de los persas no son uno mismo, aunque la gloria de Cyro haya hecho prevalecer el nombre de persas.

Puédese presumir que antes de la guerra de Babilonia, habiendo los reyes de Media extendido sus conquistas por el lado de las colonias griegas del Asia menor, fueron célebres entre los griegos, que les atribuyeron el imperio de la grande Asia, pues los griegos de todos los reyes de Oriente no conocian sino á los de Media. Entretanto los reyes de Nínive y de Babilonia, mas poderosos, pero mas desconocidos á los griegos, han sido de éstos casi olvidados, pues en lo que tenemos de las historias griegas, todo el tiempo transcurrido desde Sardanápalo hasta Cyro, solo se habla de los medos.

Así, no es posible conciliar en este punto la historia profana con la historia sagrada, porque tocante al primer monarca de Assyria la Escritura no dice sino muy poco y como de paso, y no nombra para nada ni á Nino, fundador del imperio assyrio, ni á Phul ni á ningun otro de sus sucesores, porque la historia de estos monarcas no tiene nada de comun con la historia del pueblo de Dios. Por lo que toca á los segundos monarcas de los assyrios, la mayor parte de los griegos, ó los han ignorado por completo, ó por no haberles conocido bastante los han confundido con los primeros.

Cuando se objeta esto de los autores griegos, los cuales ordenaron las tres primeras monarquías, segun la fantasia de cada uno de ellos, venimos en conocimiento que no tuvieron nada conocido de esta parte de la historia, y que son mas contrarios los hechos que ellos refieren, que lo que consta en las santas Escrituras.

Y en una palabra, para terminar todas estas dificultades, los autores sagrados mas cercanos por los tiempos y por los lugares á los países orientales escribieron la historia de un pueblo, cuyos asuntos están tan amalgamados con los de los antiguos imperios, que aunque no tuvieran mas que esta ventaja, podrian por ella ser preferidos á los autores griegos y latinos.

Si muchas veces se obstinan en sostener este célebre orden de las tres primeras monarquías, y por fijarse en los medos solos, se les vé sujetar los reyes de Babilonia, reconociendo muchas veces que casi despues de cien años de sujecion estos son libertados por una rebelion, se saben en algun modo las consecuencias de la historia sagrada, que no se ajusta solo con los mejores historiadores profanos, á los cuales es muchas veces mas favorable, sino que en esto de unir el imperio de los medos al de los persas es mas verdadero y conforme.

Resta aun el descubrir una de las causas de la oscuridad de las historias antiguas. Es la siguiente: como los reyes de Oriente tomaban diversos nombres, ó por mejor decir, muchos títulos que despues pasaban á ser nombres propios, y que los pueblos los traducian ó los pronunciaban de diferente manera segun los distintos idiomas, las historias antiguas, de las que nos quedan pocos fragmentos, tienen que ser por fuerza oscurecidas. La confusion de nombres propios habrá influido mucho en los hechos, y de aquí se deducen los hechos que los griegos han atribuido á los reyes que llevaban el nombre de Asuero, tan desconocidos de los griegos como conocidos de los orientales.

Se cree en efecto que Cyájaro fué el mismo nombre que Asuero, compuesto de la palabra Ky, es decir, del mismo nombre Axare, que bien manifestamente es Axnero ó Asuero. Tres ó cuatro príncipes han llevado este nombre, y si no hubiéramos advertido que Nabuco, Nabucodonosor y Nabocolassar, son el mismo nombre, ó que estos nombres llevó un hombre solo, apenas se hubiera creído, y sin embargo la cosa es cierta. Sargon es lo mismo que Senachérib; Ozías, que Azarías; Sedecías, que Mathanías; Joachas se llama tambien Sellum; Asaraddon, que se pronuncia indiferentemente; Esar-Haddon ó Asorhaddan es llamado Asénaphar por los catheos y Sardanápalo se encuentra nombrado por los griegos Tonos-concoléros. Se podria hacer una gran lista de los orientales, y veríamos que cada uno ha tenido en las historias nombres diferen-

tes, pero basta que sepamos los mas principales. Esta costumbre no es desconocida á los latinos, entre los cuales los títulos y las adopciones han multiplicado los nombres de varios modos. Así los títulos de Augusto y Africano son casi los nombres propios de Julio César y de Scipion, del mismo modo los Neronos se han llamado Césares. Esto ya no es dudoso, y una mas larga discusion sobre esto me parece ser inútil.

Yo no pretendo, monseñor, embarazar en las consecuencias de la historia las dificultades de cronología que os son muy poco necesarias. Era muy importante que esclareciéramos algo este punto; y despues de haberos dicho lo que basta á mi deseo, continúo la série de nuestras épocas.

OCTAVA ÉPOCA.

CYRO Ó LOS JUDÍOS LIBERTADOS DE LA CAUTIVIDAD DE BABILONIA.

Sexta edad del mundo.

En el año 218 de la fundacion de Roma, 536 antes de Jesucristo y 70 despues de su cautividad, fueron los judíos libertados por Cyro, á quien habia Dios elegido para ser el libertador de su pueblo y el restaurador de su santo templo. En seguida de la publicacion del decreto, por el que restituia á los judíos su libertad, Zorobabel, cabeza de la tribu de Judá, y Jesus, hijo de Josedec, soberano pontífice, llevaron consigo á los judíos, los cuales al llegar á Jerusalem restablecieron el altar y pusieron los fundamentos del segundo templo. Los samaritanos, envidiosos de la prosperidad y gloria de los judíos, quisieron tomar parte en la grande obra de reedificar el templo, bajo el pretesto que tambien ellos adoraban al Dios de Israel. Los samaritanos prestaban adoracion á los ídolos; pero á pesar de esto rogaron á Zorobabel que les permitiese reedificar juntamente con él el templo del Señor. Pero los hijos de Judá, que detestaban su culto, rehusaron su proposicion; los samaritanos, irritados, quisieron estorbar el piadoso deseo de los judíos con toda clase de pretestos, artificios y aun amenazas.

Por este tiempo, Servio Tulio, despues de haber engrandecido la

ciudad de Roma, concibió el deseo de establecer la forma popular ó gobierno democrático en lugar de los reyes; pero fué muerto por instigaciones de su misma hija y por mandato de su yerno Tarquino el Soberbio. Este tirano usurpó la autoridad y la ejerció por mucho tiempo, cometiendo toda suerte de violencias.

Entretanto crecía de una manera asombrosa el imperio de los persas. Además de las inmensas provincias del Asia mayor le obedecía todo el vasto continente del Asia menor; los syrios y los árabes fueron sujetados, y el Egipto, tan envanecido con sus leyes, fué conquistado por ellos. Esta conquista la efectuó Cambyses, hijo de Cyro. (1) Este mandó matar á su hermano Smerdis, aunque no se divulgó el crimen, y muerto Cambyses, un impostor que se decía ser Smerdis, ocupó el trono por algun tiempo, pero su engaño se descubrió. Siete señores principales de la Persia se conjuraron contra él, y el falso Smerdis fué muerto. Para ocupar el trono se eligió á Darío, hijo de Histaspes, el cual fué rey por medio de una singular estratagema. Este Darío se llamaba á sí mismo el mejor de los hombres, y algunos quieren suponer que es el Asuero del libro de Esther, aunque datos mas fidedignos contradicen esta opinion. En el principio del reinado de este monarca fué acabado el templo, despues de diversas interrupciones causadas por los envidiosos samaritanos.

En tiempo de Darío comienza la libertad de Roma y de Athenas y la gloria de la Grecia. (2) Harmodio y Aristogiton libertaron á su pais de Hipparco, hijo de Pisistrato, que fué muerto por sus guardas. Hippias, hermano de Hipparco, procuró en vano sostenerse; fué perseguido, y la tiranía de los hijos de Pisistrato quedó enteramente abolida. (3) Los athenienses, agradecidos, erigieron dos estátuas á sus libertadores y restablecieron el estado popular. Hippias echóse en brazos de Darío, al que encontró dispuesto á emprender la conquista de la Grecia, no quedando á Hippias mas esperanza que la proteccion que Darío le dispensara.

En el mismo tiempo en que Hippias era perseguido, Roma sacudia el yugo con que sus tiranos la oprimian. Tarquino el Soberbio habia hecho por sus violencias odiosa la monarquía, y la impruden-

(1) Años de Roma 232.—Antes de Jesucristo 522.

(2) Años de Roma 241.—Antes de Jesucristo 513.

(3) Años de Roma 244.—Antes de Jesucristo 510.

cia de Sexto, su hijo, puso el colmo á la exasperacion de los romanos. (1) Lucrecia, deshonorada, se dió á sí mismo la muerte: su estirpe y las arengas de los Brutos irritaron á los romanos. La dignidad real quedó abolida, y se estableció el consulado tal cual lo habia ideado Servio Tulio; pero fué muy pronto debilitado por las envidias del pueblo. Desde el primer consulado P. Valerio, cónsul célebre por sus victorias, propuso la ley Publícola, en virtud de la cual «todo ciudadano condenado á pena capital por un magistrado, podia apelar al pueblo.» Esta ley dió el primer golpe á la aristocracia romana. Los tarquinos perseguidos encontraron defensores: los reyes vecinos á Roma vieron en su destierro una injuria hecha á la magestad real, y Porsena, rey de Etruria, tomó las armas contra Roma. (2) Reducida esta al último extremo, fué salvada por el valor de Horacio Cocles. Los romanos hicieron heroicidades por su libertad; Mucio Scévola, jóven ciudadano, se abraso la mano con la que habia intentado dar muerte á Porsena; Clelio, jóven romano, asombró á Porsena por su ardimiento y amor patrio, y al fin dejó á Roma en paz, y los tarquinos quedaron abandonados.

Hippias, en cuyo favor se habia declarado Darío, (3) tenia muchas esperanzas; toda la Persia tomaba las armas en su favor, y Athenas estaba amenazada de una gran guerra.

Mientras que Darío estaba ocupado en estos preparativos, (4) Roma, que si bien se defendia muy bien contra los invasores, estaba á punto de perecer por sus luchas intestinas, pues los celos y envidias se renovaron entre patricios y plebeyos. La pujanza consular, aunque ya moderada por la ley del cónsul Valerio, pareció aun escesiva á aquel pueblo, celoso siempre por su libertad, y tomó la resolucion de retirarse al monte Aventino. Los consejos que se emplearon para que tornasen á sus casas fueron inútiles; el pueblo no pudo ser aplacado sino por las pacíficas amonestaciones de Meneyo Agrippa; los patricios transigieron y concedieron tribunos al pueblo para defenderle contra los cónsules. La ley que establecia esta nueva magistratura fué llamada *ley sagrada*, y este fué el principio de los tribunos de la plebe.

(1) Años de Roma 249.—Antes de Jesucristo 509.

(2) Años de Roma 247.—Antes de Jesucristo 507.

(3) Años de Roma 254.—Antes de Jesucristo 500.

(4) Años de Roma 261.—Antes de Jesucristo 493.

Darío, en fin, había roto con la Grecia. Su yerno Mardonio, después de haber atravesado el Asia, creyó acabar con los griegos, gracias al formidable ejército que le seguía; pero Milciades deshizo sus inmensas tropas en las llanuras de Marathon (1) con solos diez mil athenienses.

Roma batía á todos sus enemigos, y parecía no tener que temer nada sino sus discordias intestinas. Coriolano, celoso patricio y el mas grande de sus capitanes, perseguido no obstante sus servicios en favor de la república, meditó la ruina de su patria, acaudilló á los volscos pueblos enemigos de Roma, (2) redujo esta ciudad al último extremo, y no pudo ser aplacado sino cuando su madre le rogó no hiciese armas contra su patria.

La Grecia no gozó largo tiempo del reposo que le habia dado la batalla de Marathon. Para vengar la afrenta hecha á la Persia y á Darío, Jerges, su hijo y sucesor y nieto de Cyro por parte de su madre Artossa, atacó á los griegos con un millon y cien mil combatientes, sin contar su escuadra de mil doscientos bajeles. (3) Leonidas, rey de Esparta, que no tenia sino trescientos soldados, disputó el paso de las Termópilas á veinte mil persas, y fué muerto sin salvarse ni uno solo de los trescientos espartanos. Hecho es este que inmortaliza á la Grecia. Por los consejos y buena direccion de Temístocles atheniense, la armada naval de Jerges es deshecha en el mismo año cerca de Salamina. Este príncipe repasó el Helesponto con miedo, y un año después sus ejércitos que Mardonio mandaba, fueron derrotados cerca de Platea por Pausanias, rey de Lacedemonia y por Aristide atheniense, apellidado el Justo. La batalla se dió por la mañana, y en la tarde de este famoso dia los griegos de la Jonia que habian sacudido el yugo de los persas, dieron muerte á treinta mil de éstos en la famosa batalla de Micala. Leotychides, general de los griegos, para envalentonar á sus soldados les dijo, que el ejército de Mardonio habia sido deshecho en la Grecia: esta noticia hallóse luego ser verdadera, ó por un efecto prodigioso de la fama, ó mas bien por un dichoso encuentro, y todos los griegos del Asia menor se vieron libres de los persas. La Grecia ganó por todos lados grandes ventajas, y un poco antes los cartagineses, poderosos entonces, fueron batidos en la isla de Sicilia, en donde qui-

(1) Años de Roma 264.—Antes de Jesucristo 490.

(2) Años de Roma 265.—Antes de Jesucristo 489.

(3) Años de Roma 274.—Antes de Jesucristo 480.

sieron estender su dominacion á imitacion de los persas. No obstante este desgraciado suceso, no perdieron los carthagineses la esperanza de poseer una isla tan cómoda para asegurarles el dominio de los mares que su república ambicionaba. La Grecia le tenia entonces, pero su vista estaba fija en el Oriente y en los persas. Pausanias venia de libertar la isla de Chipre, (1) cuando concibió el deseo de dominar su país. Todos sus proyectos fueron vanos, á pesar de contar con el apoyo de Jerges; el traidor fué vendido alevosamente por la muger á quien amaba, costándole su amor la vida. El mismo año Jerges fué muerto por Artaban, su capitán de guardias, bien sea que este pérfido ambicionase el trono de su dueño, ó que temiese el rigor de un rey cuyas órdenes crueles no habia ejecutado con presteza.

Artagerges Longiniano, su hijo, que ocupó el trono, tuvo aviso al poco tiempo de su reinado (2) que Temístocles, próscrito y perseguido por sus ciudadanos, le ofrecia sus servicios contra los griegos. Artagerges supo estimar el valor y prendas militares de tan gran capitán, y le acogió en sus dominios, no obstante la envidia y celos de los sátrapas (gobernadores.)

Este rey magnánimo protegió al pueblo judío, y en el vigésimo año de su reinado, que las consecuencias que luego espondremos hacen notable, permitió á Nehémia reedificar á Jerusalem con sus murallas. (3) Este decreto de Artagerges difieria del de Cyro en que este solo les permitió reedificar el templo, mientras que aquel hizo estensiva esta medida á toda la ciudad.

En este decreto, previsto ya por el profeta Dániel, comienzan las setenta memorables semanas. Este importante dato tiene muy sólidos fundamentos. El destierro de Temístocles le pone Eusebio en su crónica en el último año de la olimpiada 76, (4) que corresponde al año 280 de Roma; otros cronologistas lo ponen un poco menos; la diferencia es muy pequeña, y las circunstancias del tiempo parecen confirmar el dato de Eusebio. Tucídides, muy exacto y grave autor contemporáneo, casi tambien conciudadano con Temístocles, dice que envió la misiva á Artagerges en el principio de su reinado. Cornelio Nepote, autor antiguo, y tan juicioso como exacto y ele-

(1) Años de Roma 278.—Antes de Jesucristo 476.

(2) Años de Roma 281.—Antes de Jesucristo 473.

(3) *Esdra*, cap. II, vers. I.

(4) Años de Roma 287.—Antes de Jesucristo 467.

gante, no quiere en manera alguna que se dude de este dato despues de la autoridad de Tucídides, raciocinio tanto mas sólido, cuando un autor mas antiguo aun que Tucídides acuerda en este punto con él. Es este Charon de Lampasco citado por Plutarco, el cual dijo que los anales de éste estaban conformes con los de los dos anteriores. Plutarco no los sigue aun cuando no tiene ninguna razon para ello, y los historiadores que comienzan, sin embargo, ocho ó nueve años mas tarde el reinado de Artagerges, no son de gran autoridad. Parece, pues, indudable que se quiere colocar comunmente el principio de este reinado hácia el fin de la olimpiada 76 y poco menos del año 280 de Roma, por lo que se deduce que el vigésimo año del reinado de este príncipe debe caer hácia el fin de la olimpiada 81 y por el año 300 de Roma. Por lo demás los que ponen mas bajo el reinado de Artagerges para conciliar los autores, parece conjeturar que su padre le habia asociado al reino cuando recibió la carta de Temístocles, y si esto es verdadero nuestro dato es seguro.

Despues del decreto de Artagerges, los judíos trabajaron en restablecer su ciudad y sus murallas, como ya Daniel habia predicho. Nehémias dirigia la obra con mucha prudencia y firmeza, á pesar de los obstáculos que oponian los samaritanos, los árabes y los amonitas. El pueblo hizo un esfuerzo, y Eliasib, soberano pontífice, les animaba con su ejemplo.

Entretanto los nuevos magistrados que habian sido dados al pueblo romano aumentaban las divisiones que ya habia entre ellos, y Roma, gobernada hasta entonces por reyes, carecia de leyes necesarias para la buena constitucion de una república. La reputacion de la Grecia, mas célebre aun por su gobierno que por sus victorias, escitó en los romanos el deseo de regirse con su ejemplo. Así ellos enviaron diputados para que tragesen las leyes de las ciudades de la Grecia, y sobre todo las de Athenas, por ser estas mas conformes con el estado de su república. Sobre este modelo, diez magistrados absolutos, que se crearon el año despues bajo el nombre de *decemviros*, redactaron las leyes dichas de las *doce tablas*, que son el fundamento del derecho romano. El pueblo, muy contento con la equidad de estas leyes, les dejó usurpar el poder supremo, del que abusaron tiránicamente. Apio Claudio, uno de los *decemviros*, abusó de Virginia, y su mismo padre le dió la muerte antes que dejarla abandonada á la pasion de Apio. La sangre de

esta segunda Lucrecia despertó en el pueblo romano deseos de emanciparse de sus tiranos, y los decemviros fueron abolidos.

Mientras que los decemviros formaban las leyes romanas, Esdras, doctor de la ley, y Nehémias, gobernador del pueblo de Dios, nuevamente establecido en la Judea, reformaban los abusos y hacian observar la ley de Moisés, que ellos eran los primeros en guardar. Uno de los principales artículos de esta reforma obligaba á todo el pueblo, y muy especialmente á los sacerdotes, á separarse de las mugeres extranjeras con quienes estaban desposados contra lo prevenido en la ley de Moisés. Esdras puso en órden los libros santos, de los que hizo una exacta revision, y juntó las antiguas memorias del pueblo de Dios para componer los dos libros de los Paralipomenos ó Crónicas, á los que añadió la historia de su tiempo, la cual fué acabada por Nehémias. Con estos libros termina la larga historia que Moisés habia comenzado, y que los autores siguientes continuaron sin interrupcion hasta el restablecimiento de Jerusalem. El resto de la historia sagrada no está escrito con las mismas consecuencias.

Mientras que Esdras y Nehémias daban la última mano á esta grande obra, Herodoto, á quien llaman los autores profanos el *padre de la historia*, comenzaba á escribir. Así los últimos autores de la historia sagrada se eslabonan, si se nos permite la espresion, con el primer autor de la historia griega, y cuando ésta comienza, la del pueblo de Dios, á contar solamente desde Abraham, abraza ya quince siglos. Herodoto no habla nada de los judíos en la historia que nos ha dejado, y los griegos no necesitaban estar informados sino de los pueblos que la guerra, el comercio ó un gran esplendor les hacian conocer. La Judea, que comenzaba entonces á repararse de su ruina, no atraia sus miradas. En estos tiempos tan desgraciados fué cuando la lengua hebrea cesó de ser vulgar. Durante la cautividad de Babilonia por el comercio que habia entre los caldeos y los judíos, éstos aprendieron la lengua caldea, muy semejante á la suya, de la que no se diferenciaba mucho. Este motivo les hizo cambiar las antiguas figuras de las letras hebráicas, y escribieron el hebreo con las letras de los caldeos, mas usadas entre ellos, y mas fáciles y cómodas de escribir. Este cambio fué fácil entre dos lenguas semejantes cuyas letras tenian el mismo valor, no diferenciándose sino en la figura. Despues de este tiempo no se encuentran en la Escritura ni en los judíos sino letras caldeas; pero los samaritanos

observaron siempre el mismo modo de escribir. Sus descendientes han perseverado en este uso hasta nuestros días, (1) y nos han conservado por este medio el Pentateuco, llamado Samaritano, en antiguos caracteres hebreos, tales como se encuentran en las medallas y en todos los monumentos de los pasados siglos.

Los judíos vivieron en paz y calma bajo la autoridad de Artagerges. Este monarca, reducido por Cimon, hijo de Milciades, general de los athenienses, á ajustar una paz vergonzosa, desesperó de vencer á los griegos por la fuerza, y solo pensó para domeñarles aprovecharse de las divisiones que habia entre ellos, principalmente entre athenienses y lacedemonios. Estos dos pueblos, envidiosos el uno del otro, se habian repartido la Grecia. Pericles, atheniense, comenzó la guerra del Peloponeso, (2) durante la cual Therameno, Thrasybulo y Alcibiades, athenienses, se hicieron muy célebres. Brasidas y Mindaro, lacedemonios, murieron combatiendo por su país. Esta guerra duró veintisiete años, y acabó ventajosamente para Lacedemonia, que habia logrado poner de su parte á Darío, llamado el Bastardo, hijo y sucesor de Artagerges. Lisandro, general de la armada naval de los lacedemonios, tomó á Athenas (3) y cambió su gobierno. Los lacedemonios, siempre pujantes, sostuvieron al joven Cyro en sus revueltas contra Artagerges, su hermano primogénito, llamado Mnenon, á causa de su excelente memoria, hijo y sucesor de Darío. Este joven príncipe, salvado de la prisión y de la muerte por su madre Parysatis, soñó en la venganza; ganó á los sátrapas por sus prendas personales, atravesó el Asia menor, y fué á presentar la batalla al rey, su hermano, en el centro mismo de su imperio: le hirió por su propia mano, y creyéndose demasiado pronto vencedor, pereció por su temeridad. Los diez mil griegos que le servian hicieron aquella maravillosa retirada en que fueron mandados al fin por Jenofonte, gran filósofo y gran capitán que escribió este hecho memorable. Los lacedemonios continuaron atacando el imperio de los persas (4) que Agesilas, rey de Esparta, puso en gran aprieto en el Asia menor; pero las divisiones de la Grecia le llamaron á su país.

(1) *Téngase presente que Bossuet escribió á fines del siglo XVII. (N. del T.)*

(2) Años de Roma 323.—Antes de Jesucristo 431.

(3) Años de Roma 350.—Antes de Jesucristo 404.

(4) Años de Roma 358.—Antes de Jesucristo 396.

En este tiempo la ciudad de Veies, que casi igualaba á Roma, despues de un sitio de diez años y muy diversos sucesos, habia sido tomada por los romanos mandados por Camilo. La generosidad de Camilo hizo que se les entregase otra poblacion. Esta fué la de los faliscos, (1) cuyos hijos habian sido puestos en sus manos. Roma no quiso, sin embargo, vencer por traiciones ni aprovecharse de la perfidia de un cobarde. Un poco despues los galos invadieron la Italia y sitiaron á Chusium. Los romanos dieron contra ellos la famosa batalla de Alia; (2) pero fueron derrotados. Roma fué tomada y entregada á las llamas. Mientras los romanos se defendian en el Capitolio acudió Camilo en su auxilio, á pesar de que le habian desterrado, y los derrotó por completo. Los galos dominaron siete meses en Roma, y se retiraron cargados de botin.

Durante las disensiones de la Grecia, Epamimondas, (3) thebano, se señaló por su equidad y por su moderacion casi tanto como por sus victorias. Se cuenta de él que nunca jamás mintió, ni aun en broma. Sus grandes acciones tuvieron lugar en los últimos años del reinado de Mnénon, y al principio del reinado de Darío Ocho. A las órdenes de tan gran capitán, los thebanos, siempre victoriosos, abatieron el poder de los lacedemonios.

Los reyes de Macedonia, hasta entonces desconocidos, comienzan á señalarse en Filipo, (4) padre de Alejandro el Grande. A pesar de las oposiciones de Darío Ocho y de Arsés, su hijo, reyes de Persia, y no obstante las dificultades mas grandes aun que le suscitó en Athenas la elocuencia de Demóstenes, defensor acérrimo de la libertad, este monarca, victorioso durante veinte años, sujetó toda la Grecia, y la batalla de Cheronea, que ganó sobre los athenienses y sus aliados, le dió una pujanza y un poderío asombroso. En esta batalla, mientras él combatia á los athenienses, tuvo el gozo y la alegría de ver á Alejandro, que tenia entonces diez y ocho años, romper los escuadrones thebanos, disciplinados por el gran Epamimondas, entre los que estaban las tropas sagradas, llamadas de los amigos, tenidas hasta entonces por invencibles. De esta manera, dueño de toda la Grecia, y sostenido por un hijo de

(1) Años de Roma 360.—Antes de Jesucristo 394.

(2) Años de Roma 363.—Antes de Jesucristo 391.

(3) Años de Roma 389.—Antes de Jesucristo 371.

(4) Años de Roma 395.—Antes de Jesucristo 359.

tantas esperanzas, concibió un alto deseo, meditando nada menos que la ruina de los persas, (1) contra los que se hizo declarar generalísimo. Pero esta conquista estaba reservada á su hijo Alejandro. En unas suntuosas fiestas que daba por su segundo casamiento, fué asesinado por Pausanias, (2) jóven de ilustre cuna, á quien no habia hecho justicia. El eunuco Bagoas dió muerte en el mismo año á Arsés, rey de Persia, é hizo poner en su lugar á Darío, hijo de Arsame, denominado Codomano, mereciendo por su valor que la opinion pública le creyese salido de la casa real.

Así dos reyes valerosos comenzaron juntos su reinado: Darío, hijo de Arsame y Alejandro, hijo de Philipo. Mirábanse los dos con ojo envidioso y parecian nacidos para disputarse el imperio del mundo. Pero Alejandro quiso adiestrarse mas en el manejo de la guerra antes de emprender nada contra su rival. Vengó la muerte de su padre, sojuzgó á los pueblos que se le habian rebelado menospreciando su poca edad, (3) batió á los griegos que trataron vanamente sacudir su yugo, y arruinó la ciudad de Thebas, de la que solo respetó la casa y la descendencia del poeta Píndaro, cuyas odas admiraba la Grecia entera. Pujante y victorioso marchó despues de estas hazañas á la cabeza de treinta mil infantes y cinco mil caballos contra Darío. Pasó el Helesponto, hoy Dardanelos, atravesó el Gránico á nado, (4) y encontrando y embistiendo en la orilla opuesta á Darío Codomano, que disponia de cien mil infantes y diez mil caballos, le derrotó completamente. Siguiendo su expedicion, fué atacado cerca de la ciudad de Isso por los persas, consiguiendo otra victoria, (5) si cabe mas brillante, conduciéndose con generosidad con la madre, esposa é hijos de Darío á quienes hizo prisioneros, y siendo el fruto de esta batalla la sumision de toda la Syria.

Tomó las ciudades de Tyro y de Gaza, en donde se mostró cruel y vengativo. Marchó contra Jerusalem, la que respetó sin embargo porque los sacerdotes le presentaron la prediccion de sus victorias en las profecías de Daniel. La toma de Gaza le abrió paso al Egipto, cuyo pais se sometió sin resistencia, y á su vuelta de visitar el

(1) Años de Roma 417.—Antes de Jesucristo 337.

(2) Años de Roma 418.—Antes de Jesucristo 336.

(3) Años de Roma 419.—Antes de Jesucristo 335.

(4) Años de Roma 420.—Antes de Jesucristo 334.

(5) Años de Roma 421.—Antes de Jesucristo 333.

templo de Júpiter, Annon levantó sobre el Nilo la famosa Alejandría, fundando hasta veinte ciudades de este mismo nombre. De suerte, que estableciendo por doquiera esos centros de poblacion, que lo eran á la vez de ilustracion y comercio, compensaba en cierto modo las ruinas y devastaciones que causaban sus conquistas. Atravesó enseguida la Assyria, donde se encontró con Darío en las llanuras de Arbela, dándose en este punto la última batalla (1) que valió á Alejandro la sumision y conquista del imperio persa.

Proyectó enseguida la conquista de la India, penetró hasta el Ganges, derrotó á Poro junto al Hydaspes, y hubiera llegado á los mares de Oriente si le hubiese seguido su ejército, y tuvo que hacer alto en sus conquistas. Entonces estableció la córte en Babilonia, donde unas veces halagado por nuevos proyectos de engrandecimiento, y otras impaciente y exacerbado por no encontrar apoyo en los griegos para proseguir sus planes de engrandecimiento, se abandonó á una vida disipada, muriendo víctima de esa misma conducta á los treinta y tres años de su edad y doce de su reinado, (2) suministrándonos un ejemplo palpable de cuan fatales son las pasiones cuando no están dominadas por la razon y dirigidas por la prudencia (3).

En este tiempo Manasés, hermano de Jado, soberano pontífice, excitó disensiones entre los judíos. Habia casado con la hija de Sanaballat, samaritano, á quien Darío habia hecho sátrapa del pais. Primero que repudiar á esta extranjera, á que queria obligarle el consejo de Jerusalem y su mismo hermano Jado, prefirió abrazar el cisma de los samaritanos. Muchos judíos casados con mugeres extranjeras, para evitar parecidas censuras, se unieron á él. Desde entonces resolvió edificar un templo cerca de Samaria sobre el monte de Garizin, que los samaritanos creyeron bendito, y le veneraron como soberano pontífice. Su suegro, muy favorecido de Darío, le aseguró la proteccion de este monarca, y las consecuencias le fueron aun mas favorables. Alejandro se levantó, Sanaballat, despojado Darío, llevó sus armas victoriosas al sitio de Tyro; así obtuvo

(1) Años de Roma 423.—Antes de Jesucristo 331.

(2) Años de Roma 430.—Antes de Jesucristo 324.

(3) *Bossuet al trazar las campañas de Alejandro, lo hace de una manera tan rápida y somera, que apenas les consagra cuatro líneas: nosotros nos hemos tomado la libertad de estendernos un poco mas en un punto de la historia de tanto interés.* (N. del T.)

todo cuanto quiso, el templo de Garizin fué edificado, viéndose satisfecha la ambicion de Manasés. Los judíos entretanto, siempre fieles á los persas, rehusaron á Alejandro los socorros que éste les pedia. Alejandro marchó contra Jerusalem resuelto á vengarse, pero fué su cólera calmada á la vista del sumo sacerdote que salió á su encuentro con todos los levitas vestidos con sus hábitos de ceremonia y precedidos de gran multitud del pueblo todos con trajes blancos. Se le mostraron las profecias que anunciaban sus victorias, estas eran las de Daniel. Acordó dar á los judíos todas cuantas demandas le pidieron, y ellos por su parte le guardaron la misma fidelidad que siempre habian tenido para con los reyes de Persia.

Durante las conquistas de Alejandro, Roma estaba en lucha con los samnitas sus vecinos, (1) y á duras penas podia dominarles, á pesar del valor y conducta de Papiro Cursor, el mas ilustre de sus generales.

Despues de la muerte de Alejandro, su imperio fué dividido; Pérdicas, Ptolomeo, hijo de Lago, Antígono, Seleuco, Lysimaco, Antipater y su hijo Casandro, en una palabra, todos sus capitanes, criados en las guerras bajo tan gran conquistador, pensaron hacerse dueños por las armas, inmolaron á su ambicion toda la familia de Alejandro, su hermano, su madre, sus mugeres y hasta á sus criados, solo se vieron batallas sangrientas y horribles revoluciones.

En medio de tantos desórdenes, muchos pueblos del Asia menor se libertaron y formaron los reinos del Ponto, de la Bithynia y de Pérgamo. La feracidad del pais les hizo muy pronto ricos y poderosos. La Armenia sacudió tambien al mismo tiempo el yugo de los macedonios, formando un gran reino. Los dos Mitrídates, padre é hijo, fundaron el de Capadocia; pero las dos mas poderosas monarquias que se alzaron por entonces fueron la de Egipto, (2) fundada por Ptolomeo, hijo de Lago, de donde vienen los lagidos, y esta de Asia ó de Syria, (3) fundada por Seleuco, de donde vienen los seleucidas. Esta monarquía comprendia, además de la Syria, las vastas y ricas provincias del alta Asia que formaron el imperio persa. Así todo el Oriente reconoció á la Grecia y aprendió su lengua.

(1) Años de Roma 428.—Antes de Jesucristo 324.

(2) Años de Roma 431.—Antes de Jesucristo 323.

(3) Años de Roma 442.—Antes de Jesucristo 312.

La Grecia misma estaba oprimida por los capitanes de Alejandro; la Macedonia, su antiguo reino que daba maestros al Oriente, era presa del primer vencedor, los hijos de Cassandro se echaron los unos á los otros de este reino: (1) Pyrrho, rey de los epirotos, que habia ocupado una parte, fué echado por Demetrio Poliocerte, hijo de Antígono, que fué echado tambien por Lysimaco y Lysimaco por Seleuco, que Ptolomeo Cerauno echó de Egipto porque su padre Ptolomeo I mató á su dueño á pesar de los beneficios que le debia. Este pérfido no bien hubo invadido la Macedonia, cuando fué atacado por los galos, (2) y pereció en un combate que les dió.

Durante las revueltas del Oriente estos pueblos vinieron del Asia menor conducidos por su rey Brenno, y se establecieron en la Gallogrecia ó Galacia, llamada así de su nombre, de allí se echaron sobre la Macedonia, que asolaron y destruyeron, haciendo temblar á toda la Grecia. Pero su armada fué destruida (3) en la empresa sacrilega del templo de Delfos. Esta nacion conmovió varios lugares y en todas partes fué desgraciada en sus empresas.

Algunos años antes los galos de Italia, cuyas guerras continuas y frecuentes victorias causaban el terror de los romanos, fueron excitados contra éstos por los samnitas, los brucios y los etruscos. Ganaron luego una nueva victoria, aunque empañaron la gloria conseguida, pues dieron muerte á los embajadores que les habian enviado los romanos. Estos indignados marcharon contra ellos, (4) les derrotaron, entraron en sus tierras, en donde fundaron una colonia, les batieron aun dos veces mas, sujetaron á una parte de ellos, y obligaron á los restantes á que humildemente les pidiesen la paz.

Luego que los galos de Oriente fueron echados de la Grecia, (5) Antígono Gonnatas, hijo de Demetrio Poliocerte, que reinó doce años despues en la Grecia, aunque muy poco pacífico, invadió sin pena la Macedonia. Pyrrho estaba entonces ocupado en otra parte: echado de este reino quiso satisfacer su ambicion conquistando la Italia, donde fué llamado por los tarentinos; (6) la ba-

(1) Años de Roma 458.—Antes de Jesucristo 296.

(2) Años de Roma 475.—Antes de Jesucristo 279.

(3) Años de Roma 476.—Antes de Jesucristo 278.

(4) Años de Roma 472.—Antes de Jesucristo 282.

(5) Años de Roma 477.—Antes de Jesucristo 277.

(6) Años de Roma 474.—Antes de Jesucristo 280.

talla que los romanos acababan de ganar sobre éstos y sobre los samnitas no fué bastante motivo para apartarle de su resolución. Ganó algunas victorias á los romanos y estos primeros triunfos le perdieron. (1) Los elefantes que Pyrrho llevaba, asombraron á las tropas romanas, pero el cónsul Fabricio hizo bien pronto ver á los romanos que Pyrrho podía ser vencido. El rey y el cónsul parecieron disputarse la generosidad mas aun que la suerte de las armas. Pyrrho volvió al cónsul cuantos prisioneros habia hecho sin rescate ninguno, diciéndole que queria hacer la guerra con el hierro, y nada de rescate ni de dinero, y Fabricio envió al rey á su pérfido médico, que habia ido á ofrecerle envenenar á su dueño y señor.

En estos tiempos la religion y la nacion judía comenzó á ser conocida de los griegos. Este pueblo, tratado bien por los reyes de Syria, vivia tranquilamente segun sus leyes. Antíocho, nieto de Solecuo, les dió algunas regiones del Asia menor, y de allí se extendieron por la Grecia, y gozaron en todos los lugares los mismos derechos y la misma libertad que todos los demás. Ptolomeo, hijo de Lago, les habia dejado establecer en Egipto bajo su hijo Ptolomeo Filadelfo; (2) sus escrituras fueron traducidas al griego, y entonces vió la luz la célebre version llamada de los Setenta. Estos eran sábios ancianos que Eleázar, sumo sacerdote, envió al rey que se los habia pedido. Algunos quieren que no se hayan traducido sino los cinco libros de la ley. El resto de los libros sagrados pudo mas adelante vertirse en lengua griega para el uso de los judíos esparcidos por el Egipto y la Grecia, en donde olvidaron no solamente su antiguo idioma que era el hebreo, sino tambien el caldeo que habian aprendido en la cautividad de Babilonia. Ellos se formaron un griego mezclado de hebraismos, al que llamaron idioma helénico. Los Setenta y todo el Nuevo Testamento está escrito en esta lengua. Durante esta dispersion de los judíos el templo de Jerusalem era célebre en toda la tierra, y todos los reyes del Oriente le presentaban sus ofrendas.

El Occidente estaba atento á la guerra entre los romanos y Pyrrho. En fin, este rey fué deshecho por el cónsul Curio (3) y tuvo que volver á Epyro. Sin embargo, no vivió largo tiempo en

(1) Años de Roma 475.—Antes de Jesucristo 279.

(2) Años de Roma 477.—Antes de Jesucristo 277.

(3) Años de Roma 479.—Antes de Jesucristo 275.

reposo, pues quiso imitar en Macedonia los malos sucesos de la Italia. Antiocho Gonnatas fué obligado á encerrarse en la Thesalónica y dejar á Pyrrho el resto del reino. Recobró ánimo, mientras que Pyrrho, inquieto y ambicioso, hacia la guerra á los lacedemonios y á los argios. Los dos reyes enemigos fueron introducidos en Argos al mismo tiempo y por dos puertas diferentes. Allí se dió un gran combate: una madre que vió á su hijo acosado por Pyrrho mató á éste de una pedrada. Deshecho Antígono de tal enemigo, volvió á entrar en Macedonia, que despues de algunas vicisitudes quedó pacificada y en posesion de su familia. La famosa liga de los acheos le impidió acrecentarse; esta liga fué el último amparo de la libertad de la Grecia, siendo tambien la que produjo los últimos héroes Arato y Filopomen.

Los tarentinos, á quienes Pyrrho daba algunas esperanzas, muerto éste llamaron en su auxilio á los carthagineses. Los socorros de estos les fueron inútiles, pues fueron batidos y derrotados con los brucios y los samnitas sus aliados. Estos, despues de setenta y dos años de continúa guerra, viéronse precisados á sufrir el yugo de los romanos. Tarénto sufrió la misma suerte; los pueblos vecinos no pudieron resistir, y de esta manera todos los antiguos pueblos de Italia fueron subyugados. Los galos, batidos frecuentemente, no osaron moverse.

Despues de 480 años de guerra los romanos se vieron dueños de Italia, y comenzaron á mirar los asuntos de fuera de su pais. Tu vieron envidia de los carthagineses, muy poderosos entonces y casi vecinos suyos, por las conquistas que hacian en Sicilia, y queriendo emprender la conquista del sur de Italia en auxilio de los tarentinos.

La república de Carthago poseía las costas del Mediterráneo. Además dominaba en la mayor parte del Africa, y se estendia por las costas de España, desde el estrecho de Gibraltar. Dueña del mar y del comercio habia invadido las islas de Córcega y de la Cerdeña. La Sicilia apenas podia defenderse, y la Italia estaba amenazada muy de cerca para no temer. De aquí las guerras púnicas, (1) no obstante los tratados mal observados por las dos partes.

La primera obligó á los romanos á combatir en el mar. Ellos fueron dueños luego de un arte que apenas conocian entonces, y el

(1) Años de Roma 490.—Antes de Jesucristo 264.

cónsul Duilio, que dió la primera batalla naval, (1) la ganó. Régulo mantuvo esta gloria, y abordó en Africa, donde tuvo que pelear con aquella prodigiosa serpiente, necesitando emplear contra ella todo su ejército. Todo cedió: Carthago, reducido á la estreñidad, no se hubiera salvado, á no ser por los auxilios del lacedemonio Jantipo. El general romano fué batido y prisionero, (2) pero su prision le hizo aun mas ilustre que sus victorias. Enviado bajo su palabra para tratar del cambio de los prisioneros, sostuvo en el senado la ley que quitaba toda esperanza á los que hubiesen caido prisioneros, y volvió á Carthago seguro de encontrar allí la muerte. Dos espantosos naufragios obligaron á los romanos á abandonar de nuevo el imperio de los mares á los carthagineses. La victoria estuvo largo tiempo dudosa entre los dos pueblos, los romanos estuvieron á punto de ceder; pero repararon su flota, y una sola batalla decidió la suerte de la guerra, (3) que acabó el cónsul Lutacio Carthago quedó obligada á pagar un tributo y á abandonar la isla de Sicilia y las demás islas situadas entre Sicilia é Italia. Los romanos entraron en posesion de la isla de Sicilia, que fué declarada provincia romana, escepto la ciudad de Siracusa, que pertenecia á su aliado el rey Hieron, la cual conservó su gobierno.

Acabada que fué la guerra, estuvieron á punto de perecer los carthagineses por la sublevacion de su armada; ellos la habian compuesto y formado segun su costumbre de gente allegadiza y soldados mercenarios que se sublevaban por la paga. Su cruel dominacion hizo juntar con los amotinados casi todas las ciudades de su imperio, y Carthago, estrechamente sitiada, se hubiera perdido infaliblemente, á no ser por Amilcar, denominado Barca. El solo habia sostenido la última guerra; (4) los carthagineses deben á Amilcar la batalla que ganaron á los rebeldes: sublevada la guarnicion de la isla de Cerdeña, la habia entregado á los romanos: los carthagineses tuvieron miedo á una nueva lucha con los romanos, y cedieron á éstos, aunque de mal grado, una isla de tanta importancia. Pensaron entonces los carthagineses restablecer su imperio, asaz quebrantado por las revueltas en España. Amilcar pasó á esta re-

(1) Años de Roma 495.—Antes de Jesucristo 259.

(2) Años de Roma 499.—Antes de Jesucristo 255.

(3) Años de Roma 513.—Antes de Jesucristo 241.

(4) Años de Roma 516.—Antes de Jesucristo 238.

gion con su hijo Anfibal, (1) que contaba nueve años, y murió en una batalla. Durante nueve años, que estuvo en guerra con tanta destreza como valor, aprendieron sus hijos con tan gran capitán, y todo parecía concebir una lucha implacable con los romanos. Asdrúbal fué designado para suceder á Amilcar. Este gobernó la España con mucha prudencia y edificó á Carthago-nova, á la que estaba sujeta España.

Los romanos estaban ocupados en la guerra contra Teuta, reina de la Illiria, cuyos súbditos ejercian impúnemente la piratería en todas las costas del Mediterráneo. Ensoberbecida con el botín que sus rapiñas hacian á los griegos y á los epirotas, (2) despreció á los romanos y mató al embajador que éstos le enviaron. Muy luego fué oprimida; los romanos no la dejaron sino una pequeña parte de la Illiria, (3) y ganaron la isla de Corfú, que el reino de Teuta habia usurpado. Desde entonces se hicieron respetar en Grecia por una solemne embajada, y esta fué la primera vez que se conoció su pujanza.

Los grandes progresos de Asdrúbal les llenaron de envidia; pero los galos de Italia les impidieron el poder ocuparse en los negocios de España. Hacia cuarenta y cinco años que vivian en reposo; pero la juventud que en este tiempo se formaba queria resarcirse de las pérdidas sufridas anteriormente y empezaban amenazando á Roma. Los romanos, para atacar con seguridad á tan turbulentos vecinos, quisieron antes asegurarse de los carthagineses, é hicieron un pacto con Asdrúbal, que prometió no pasar mas allá del Ebro.

La guerra entre galos y romanos se hizo con furor por ambas partes; (4) los galos transalpinos, á pesar de haberse aliado con los cisalpinos, fueron batidos y derrotados en todas partes. Concolitano, uno de sus reyes, fué preso en una batalla; Anerocesto, otro rey galo, se dió á sí mismo la muerte; los romanos victoriosos pasaron el Pó por primera vez, resueltos á arrojar á sus enemigos de las márgenes de este rio, del que tomaron posesion. La victoria les seguia por doquiera; Milan fué tomado, y casi todo el pais dominado por los victoriosos ejércitos romanos.

(1) Años de Roma 524.—Antes de Jesucristo 230.

(2) Años de Roma 525.—Antes de Jesucristo 229.

(3) Años de Roma 526.—Antes de Jesucristo 228.

(4) Años de Roma 530.—Antes de Jesucristo 224.

Por este tiempo murió Asdrúbal; (1) y Anibal, que no contaba mas que veinticinco años, fué puesto en su lugar. Desde entonces ya se preveía la guerra. El nuevo general quiso abiertamente dominar en España, sin respeto ninguno á los antiguos tratados. (2) Roma entonces oyó los lamentos de su aliada Sagunto; á Carthago fueron embajadores romanos, mas los carthagineses, restablecidos de sus anteriores reveses, no estaban en disposicion de ceder: la Sicilia, de la que habian sido desposeidos, como igualmente de la Cerdeña y los tributos que tenian de pagar, hacian imposible una transaccion. Así, el partido que deseaba la destitucion de Aníbal encontró pocos auxiliares.

Este general pensaba en todo. Secretas confidencias le habian asegurado los galos de Italia, que no estando en estado de emprender nada con sus propias fuerzas, acogieron con júbilo la ocasion que se les presentaba para poder realizarse. Aníbal pasó el Ebro, los Pirineos, la Galia transalpina, los Alpes, y cayó rápido como el rayo sobre Italia. Los galos levantan sus tropas, siendo este el último esfuerzo que hacen por su libertad.

Las batallas de Trebia, Tessino, Trasimeno y Cannas, (3) ganadas por los carthagineses, estuvieron á punto de hacer que Roma sucumbiese. La Sicilia tomó el partido del vencedor. Hieron, rey de Syracusa, declaróse contra los romanos; (4) casi toda la Italia les abandonó, y el último recurso de la república parecia perecer en España con los dos Scipiones. En este extremo Roma debió su salvacion á tres grandes hombres. La constancia de Fabio Máximo, que mostrándose superior á las voces populares, hacia la guerra en retirada, fué una defensa para su patria. Marcelo, que hizo levantar el sitio de Nola (5) y tomó á Syracusa, dando alientos y vigor á sus tropas con sus acciones. Pero Roma, que admiraba á estos dos grandes hombres, creyó ver en el joven Scipion alguna cosa mas grande aun. Sus maravillosos consejos confirmaron la opinion que se tenia de él, haciéndole descender de la divinidad, y en trato y union íntima con los dioses. A la edad de veinticuatro años (6)

(1) Años de Roma 334.—Antes de Jesucristo 220.

(2) Años de Roma 335.—Antes de Jesucristo 219.

(3) Años de Roma 337.—Antes de Jesucristo 217.

(4) Años de Roma 338.—Antes de Jesucristo 216.

(5) Años de Roma 340.—Antes de Jesucristo 214.

(6) Años de Roma 343.—Antes de Jesucristo 911.



marchó á España, donde acababan de perecer su padre y su tío; atacó á Carthago-nova como si obrase por inspiracion divina, y sus soldados la tomaron muy luego. Todos aquellos á quienes veia, eran por él atraidos á la amistad y alianza con el pueblo romano; los carthagineses vense precisados á abandonar la España; (1) á su arribo al Africa, los reyes se le entregan; Carthago tiembla tambien y vé deshechos sus ejércitos. Anfbal, victorioso durante diez y seis años, es llamado sin fruto y no puede defender á su patria. Scipion le impone la ley, (2) y el renombre de Africano es su recompensa. Habiendo el pueblo romano abatido á los galos y africanos, no encuentra ya ningun enemigo poderoso, y en adelante guerrea sin peligro.

A la mitad de la primera guerra púnica, Theodoto, gobernador de la Bactriana, (3) quitó muchas ciudades á Antíocho, apellidado el Dios, hijo de Antíocho Soter, rey de Syria. Casi todo el Oriente siguió este ejemplo. Los parthos se sublevaron, mandados por Arsaces, gefe de la casa de los arcacidas, y fundaron un imperio, que poco á poco fué estendiéndose por toda el Asia mayor.

Los reyes de Syria y los de Egipto, encarnizados con furor entre sí, solo tendian á arruinarse mútuamente, bien por la fuerza ó por la astucia. Damasco y su territorio, que se llamaba la Cæle-Syria, ó la Syria baja, y que confinaba con los dos reinos, fué el tema, que por el afan de poseerlo ambos reyes guerreaban, y los asuntos del Asia estaban enteramente separados de los de Europa.

Durante todo este tiempo, la filosofía florecia en la Grecia, las escuelas de los filósofos itálicos y jonios llenaron la Grecia de hombres grandes, entre los cuales se mezclaron multitud de estravagantes, á quienes la Grecia curiosa no dejó de dar el nombre de filósofos. En los tiempos de Cyro y de Cambises, Pytágoras fué el fundador de la escuela itálica, y despues de algunos viajes por la Fenicia y el Egipto, se estableció en el pais de Italia, llamado la Gran Grecia. Poco despues, Thales de Mileto formaba la escuela jónica. De esta escuela salieron los grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empédocles, Parménides, Anaxágoras, que un poco antes de la guerra del Peloponeso hacia ver el mundo construido por

(1) Años de Roma 548.—Antes de Jesucristo 206.

(2) Años de Roma 552.—Antes de Jesucristo 202.

(3) Años de Roma 504.—Antes de Jesucristo 250.

un Espíritu eterno; Sócrates, que un poco despues aplicó la filosofía al estudio de las buenas costumbres, y fué el padre de la filosofía moral; Platon, su discípulo, maestro de los académicos; y Aristóteles, discípulo de Platon y preceptor de Alejandro, gefe de los peripatéticos, bajo los sucesores de Alejandro, florecieron; Zenon, denominado Cittion, de una ciudad de la isla de Chipre, en donde habia nacido, gefe de los estóicos, y Epicúreo, ateniense, gefe de los filósofos de su nombre, si filósofos pueden llamarse á los que abiertamente niegan la Providencia, y que ignorando lo que es este deber, definen la virtud por el placer. Tambien se puede contar entre los mas grandes filósofos á Hipócrates, el padre de la medicina, que floreció en la época de los filósofos anteriores, en estos dichosos tiempos de la Grecia.

Los romanos tenian en este tiempo otra especie de filosofía, que no consistia en disputas ni en discursos, sino en la frugalidad, en la pobreza, en los trabajos de la vida rústica y en los de la guerra, que tanta gloria dió á su patria y al nombre romano, y que por último les hizo dueños de Italia y de Carthago.

ÉPOCA NOVENA.

SCIPIÓN Ó CARTHAGO VENCIDA.

En el año 552 de la fundacion de Roma, cerca de 250 despues de la fundacion de la monarquía de los persas, y 202 años antes de Jesucristo, Carthago fué sujeta por los ejércitos romanos. Aníbal no dejó de suscitarles enemigos por todas partes donde podia verificarlo; pero no hizo sino arrastrarles á todos en la ruina de su patria y aun en la suya propia. Por las victorias del cónsul Flaminio, Filipo, rey de Macedonia, aliado de los carthagineses, fué abatido; (1) los reyes de Macedonia reducidos al estrecho, y la Grecia libertada de su yugo. (2) Los romanos determinaron hacer morir á Aníbal, al que, á pesar de su derrota y ruina de su patria, temian en gran manera. Este gran capitán, precisado á huir de su país, removi6 el Oriente contra los romanos, atrayendo sus ejércitos al

(1) Años de Roma 256.—Antes de Jesucristo 198.

(2) Años de Roma 538.—Antes de Jesucristo 196.

Asia. Vencido por sus fuertes razonamientos y discursos Antíocho, subnominado el Grande, rey de Syria, celoso de la pujanza y poderío de los romanos, (1) movióles guerra, pero no siguiendo los consejos y advertencias de Aníbal, fué batido por mar y por tierra, y le fué forzoso recibir la ley que le impuso el cónsul Lucio Scipion, hermano de Scipion el Africano. Aníbal, refugiado en la córte de Prusias, rey de Bithynia, (2) libróse de caer en manos de los romanos, tomando un veneno, que siempre llevaba consigo. Los romanos, pues, fueron temidos de toda la tierra, y ellos no quisieron sufrir otra pujanza que la suya. Los reyes se obligaban á dejarles sus hijos en rehenes: Antíocho, llamado despues el ilustre, segundo hijo de Antíocho el Grande, rey de Syria, estuvo en rehenes en Roma largo tiempo; pero al fin del reinado de Seleuco Philopator, su hermano primogénito, fué puesto en libertad, y los romanos quisieron tener en su lugar á Demetrio Soter, hijo del rey, de edad entonces de diez y ocho años. En este tiempo murió Seleuco, (3) y Antíocho usurpó el reino á su sobrino. Los romanos tenian por aquel entonces fija su atencion en los negocios de la Macedonia, en donde los persas, siempre turbulentos, habian puesto en aprieto á su rey.

Por aquel entonces comenzaron las persecuciones del pueblo de Dios. (4) Antíocho el Ilustre gobernaba como un tirano, volviéndose con furor contra los judíos, y quiso arruinar el templo, abolir la ley de Moisés y destruir toda la nacion. La autoridad de los romanos le impidió hacerse dueño de Egipto; estos hicieron la guerra á Perseo, que mas pronto en emprender que en ejecutar, perdió á sus aliados por su avaricia, y sus ejércitos por su flojedad y cobardía. Vencido por el cónsul Pablo Emilio, (5) pudo librarse de caer en sus manos. Gentio, rey de Illiria, batido en solos treinta dias por el pretor Anicio, acababa de tener una suerte semejante. El reino de Macedonia, que habia durado 700 años, y hacia cerca de 200 que habia dado dueños, no solamente á la Grecia, sino tambien á todo el Oriente, quedó reducido á provincia romana.

Los furores de Antíocho contra el pueblo escogido de Dios iban en aumento. Entonces es cuando aparece la resistencia de Matha-

(1) Años de Roma 559.—Antes de Jesucristo 195.

(2) Años de Roma 572.—Antes de Jesucristo 182.

(3) Años de Roma 579.—Antes de Jesucristo 179.

(4) Años de Roma 581.—Antes de Jesucristo 173.

(5) Años de Roma 586.—Antes de Jesucristo 168.

tías de la casa de Phinés é imitador de su celo, las órdenes que daba muriendo por la salud de su pueblo, (1) las victorias de Judas Machabeo, su hijo, á pesar del prodigioso número de enemigos, la elevacion de la familia de los machabeos, la nueva dedicacion del templo que habian profanado los gentiles, el gobierno de Judas Machabeo y la gloria del sacerdocio restablecido, (2) la muerte de Antíocho, víctima de su impiedad y de su orgullo, su falsa conversion durante su última enfermedad, y la implacable cólera de Dios sobre este rey soberbio. Su hijo Antíocho Eupator, de poca edad, aun le sucedió bajo la tutela de Lysias, su gobernador. Durante esta minoridad, Demetrio Soter, que estaba en Roma en rehenes, creyó podria restablecerse en el trono; pero no pudo conseguir del senado romano que le permitiese marchar á su pais: la política romana preferia mejor un rey niño.

Bajo el gobierno de Antíocho Eupator continuaba la persecucion del pueblo de Dios, y aumentaban las victorias de Judas Machabeo. (3) La division penetró en el reino de Syria. Demetrio se escapó de Roma, los pueblos le reconocieron y le aclamaron, y el jóven Antíocho es muerto con Lysias, su tutor. Pero los judíos no son mejor tratados por Demetrio, y éste tuvo la misma desgracia que sus antecesores; sus generales fueron batidos por Judas Machabeo, y la mano del soberbio Nicanor, que habia á menudo amenazado el templo, es atada. Pero un poco despues, Judas, oprimido por la multitud, fué muerto (4) combatiendo con heróico ardimiento. Su hermano Jonatás le sucedió en el cargo de generalísimo del pueblo, y supo sostener su reputacion. Reducido al último extremo, jamás le abandonó el valor. Los romanos, que habian humillado á los reyes de Syria, acordaron proteger á los judíos, y la alianza que Judas les habia propuesto fué aceptada sin auxilio ninguno por entonces; pero la gloria del nombre romano no dejó de ser un gran apoyo al pueblo afligido.

Los tumultos de la Syria iban en aumento de dia en dia. Alejandro Balas, que se jactaba de ser hijo de Antíocho el Ilustre, fué puesto en el trono (5) que habia ocupado aquel monarca. Los reyes

(1) Años de Roma 587.—Antes de Jesucristo 167.

(2) Años de Roma 590.—Antes de Jesucristo 164.

(3) Años de Roma 592.—Antes de Jesucristo 162.

(4) Años de Roma 593.—Antes de Jesucristo 161.

(5) Años de Roma 600.—Antes de Jesucristo 154.

del Egipto, perpétuos enemigos de los de Syria, se mezclaban en estas divisiones, y siempre se aprovechaban de ellas en su provecho. Ptolomeo Philometor sostuvo á Balas. La guerra fué sangrienta; demetrio Soter fué muerto, (1) y no dejó para vengar su muerte sino á dos hijos de tierna edad, Demetrio Nicator y Antíocho Sideto. De esta manera el usurpador vivió pacíficamente, y el rey de Egipto le dió en casamiento á su hija Cleopatra. Balas, que se creía superior á todos, se entregó á los vicios, y se concilió el ódio y el desprecio de sus súbditos.

En este tiempo Philometor juzgaba el famoso proceso que los samaritanos hicieron á los judíos. Estos cismáticos, siempre opuestos al pueblo de Dios, no omitian nada por unirse á sus enemigos, y con el fin de agradar á Antíocho el Ilustre, su perseguidor, habian consagrado su templo de Garizim (2) á Júpiter Hospitalario. No obstante esta profanacion, estos impíos no dejaron de sostener algun tiempo despues delante de Ptolomeo Philometor á Alejandro, que este templo debia sobrepujar al de Jerusalem. Las dos partes hablaron delante del rey, y se empeñaron en justificar sus pretensiones, segun los términos de la ley de Moisés. Los judíos ganaron su causa, y los samaritanos fueron castigados de muerte, segun el pacto que anteriormente habian hecho. El mismo rey permitió á Onías, de la tribu sacerdotal, edificar en Egipto el templo de Heliópolis sobre el modelo del de Jerusalem, empresa que fué condenada por todo el consejo de los judíos, y juzgada contraria al espíritu de la ley.

Entretanto, Carthago movíase y sufría con pena las leyes que Scipion Africano le habia impuesto. Los romanos resolvieron su total ruina, la que tuvo efecto en la tercer guerra púnica.

El jóven Demetrio Nicator, (3) salido ya de la infancia, pensaba restablecerse en el trono que sus antecesores habian ocupado, y la molicie del usurpador le adelantaba mucho el camino. A su proximidad Balas se turba, su suegro Philometor se declara contra él, (4) porque Balas no quiso dejarle tomar su reino; la ambiciosa Cleopatra, su muger, le deja para desposarse con su enemigo, y por fin

(1) Años de Roma 604.—Antes de Jesucristo 150.

(2) Años de Roma 587.—Antes de Jesucristo 167.

(3) Años de Roma 606.—Antes de Jesucristo 148.

(4) Años de Roma 608.—Antes de Jesucristo 146.

es asesinado despues de haber perdido una batalla. Philometor murió pocos dias despues á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla, y la Syria quedó libre de sus dos poderosos enemigos.

Viéronse caer en este mismo tiempo dos grandes ciudades. Carthago fué tomada y reducida á cenizas por Scipion Emiliano, que confirmó por esta victoria el nombre de Africano en sus descendientes, y se mostró digno heredero del grande Scipion, su abuelo. Corintho tuvo la misma desgracia que Carthago, y la república ó la liga de los acheos pereció con ella. El cónsul Mummio arruinó enteramente esta ciudad, la mas voluptuosa de la Grecia, y tambien la mas suntuosa y adornada. El vencedor trasportó á Roma las incomparables estátuas, sin conocer su mérito y valor artístico; los romanos ignoraban las artes de la Grecia, solo se contentaban en saber ser militares y políticos, y en conocer las artes agrícolas.

Durante las guerras de la Syria los judíos se habian fortificado; Jonatás se vió solicitado por los dos partidos, y Nicator, victorioso, le trató bien. Este fué muy pronto recompensado; en una sedicion (1) los judíos acudieron en su auxilio y le sacaron de entre las manos de los rebeldes. Jonatás fué colmado de honores; pero cuando el rey se creyó seguro, repitió los intentos de sus antecesores, y los judíos fueron oprimidos como antes.

Las turbulencias de la Syria comenzaron otra vez: Diodoto, denominado Tryphon, elevó al trono á un hijo de Balas, á quien llamaba Antfocho el Dios, y le sirvió de tutor durante su tierna edad. El orgullo de Demetrio sublevó los pueblos, la Syria toda se levantó, y Jonatás supo aprovecharse de esta coyuntura (2) para renovar la alianza con los romanos. Tryphon, faltando á su palabra, le hizo morir con todos sus hijos. Sucedióle su hermano Simon, el mas prudente y el mas dichoso de los machabeos, y los romanos le favorecieron del mismo modo que á sus predecesores. Tryphon no fué menos infiel á su pupilo Antfocho que á Jonatás, é hizo matar al tierno infante por medio de los médicos, bajo pretesto de operarle, pues padecía mal de piedra, cosa falsa, pues el príncipe no padecía tal mal, y se hizo dueño de una parte del reino. Simon abrazó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo, y despues de haber obtenido de él la libertad de su pais, sostúvose armado contra el re-

(1) Años de Roma 610.—Antes de Jesucristo 144.

(2) Años de Roma 611.—Antes de Jesucristo 143.

belde Tryphon. Los syrios fueron echados de la posicion que indebidamente ocupaban en Jerusalem, como tambien de todas las fortalezas y ciudades de la Judea. De este modo libertados los judíos del yugo en que los tenian los gentiles, por el valor de Simon acordaron tributarle honores reales á él y á su familia, y Demetrio Nicator consintió en esto. Aquí empieza la nueva monarquía del pueblo de Dios, y el principado de los asmoneos siempre junto al sumo sacerdote.

En este tiempo el imperio de los parthos se estendia por el pais de los Bactriana y por las Indias, por el valor de Mithrídates, el mas valiente de los arsacidias. Mientras que avanzaba hasta el Eufrates Demetrio Nicator, llamado por los pueblos comarcanos que Mithrídates acababa de someter, esperaba reducir á la obediencia á los parthos, á quienes los syrios trataban siempre como pueblos rebeldes. Demetrio consiguió muchas victorias, y preparado para volver á la Syria para caer sobre Tryphon, cayó en una emboscada que un general de Mithrídates le tendió, y fué hecho prisionero de los parthos. Tryphon, que se creyó seguro por la mala suerte de Demetrio, vióse de repente abandonado de los suyos, que no podian sufrir su orgullo. (1) Durante la prision de Demetrio, su rey legítimo, se pusieron bajo la dependencia de su muger Cleopatra y de sus hijos; pero fué necesario é indispensable buscar un defensor y protector de estos príncipes, niños aun. Este cargo recayó, como era natural, en Antíocho Sideto, hermano de Demetrio. Cleopatra le hizo reconocer como tal por todo el reino; hizo mas aun. Phraate, hermano y sucesor de Mithrídates, trató á Nicator como á rey, y le dió su hija Rodogune en matrimonio. En ódio á esta rival, Cleopatra la destronó juntamente con su marido, y casó con Antíocho Sideto, resuelta á reinar aun á costa de los mas grandes crímenes. Antíocho, ya rey, fué atacado por Tryphon. Simon se unió á él en este atentado, y el tirano, arrojado de sus fortalezas, acabó como sus crímenes merecian. Antíocho, dueño del reino, (2) olvidó bien pronto los servicios que Simon le habia prestado en esta guerra, y le hizo perecer. Mientras que llevaba contra los judíos todas las fuerzas de la Syria, Juan Hyrcano, hijo de Simon, sucedió en el pontificado á su padre, y todo el pueblo se sometió á él. Este sostu-

(1) Años de Roma 614.—Antes de Jesucristo 140.

(2) Años de Roma 619.—Antes de Jesucristo 135.

vo el sitio de Jerusalem con gran valor, y la guerra que Antíocho meditaba contra los parthos para librar á su hermano cautivo, le hizo acordar con los judíos una paz con soportables condiciones.

Al mismo tiempo que esta paz se concluía, los romanos que comenzaban á enriquecerse encontraron terribles enemigos en la multitud de esclavos que tenían. Euno, esclavo, los sublevó en la Sicilia, (1) y fué preciso para reducirles emplear todo el poderío de los romanos.

Un poco despues, Attalo, rey de Pérgamo, hizo testamento, designando al pueblo romano como heredero de sus estados. Por entonces comenzaban las divisiones en Roma, promovidas por los gracos. Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, pereció por las medidas que quiso tomar en su tribunado; el senado entero ordenó su muerte, la que le dió Scipion Nasica, y no vió que por este medio impedía la distribucion del dinero con que este elocuente tribuno habia lisonjeado al pueblo. Scipion Emiliano restableció la disciplina militar, y este grande hombre, que habia destruido á Carthago, arruinó tambien en España á la invicta y sin par Numancia, terror y espanto de los romanos.

Los parthos se hallaron débiles ante Antíocho Sidetes; sus tropas, aunque corrompidas por un lujo escesivo y una molicie estremada, presenciaron un suceso maravilloso. (2) Juan Hyrcano, que les habia seguido en esta guerra con sus tropas, señalándose por su valor y por hacer respetar la religion judía, cuando el ejército determinó darle el tiempo necesario para celebrar un dia de fiesta. Todo cedió, y Phraarte vió su imperio reducido á sus antiguos límites; pero lejos de perder las esperanzas, creyó que su prisionero le serviría para restablecer y aun para invadir la Syria. En esta coyuntura Demetrio tuvo una suerte caprichosa: fué frecuentemente soltado y tantas veces retenido, segun que la esperanza ó el temor prevalecian en el ánimo de su suegro; en fin, un momento dichoso en que Phraate no halló otro recurso sino en la expedicion que queria hacer á la Syria por este medio, le dió la libertad. En este momento cambió la suerte: Antíocho Sideto, que no podia sostener los inmensos gastos que hacia sino á fuerza de rapiñas insoportables, fué oprimido por una repentina sublevacion de los pueblos, y pere-

(1) Años de Roma 621.—Antes de Jesucristo 133.

(2) Años de Roma 622.—Antes de Jesucristo 132.

ció con su ejército tantas veces victorioso. Fué en vano que Phraarte corriese tras Demetrio, ya no era tiempo; este príncipe volvió á entrar en su reino. Su muger Cleopatra, que no queria otra cosa sino reinar, entró con él, y Rodogune fué olvidada.

Hircano entretanto se aprovechaba del tiempo; tomó la ciudad de Sichen á los samaritanos, y destruyó enteramente el templo de Garizim, doscientos años despues de haber sido edificado por Sana-ballat. Su ruina no impidió que los samaritanos continuasen su culto en este monte, y los dos pueblos quedaron enemigos irreconciliables. Un año despues, toda la Idumea unida por las victorias de Hyrcano al reino de Judea, recibió la ley de Moisés con la circuncision. (1) Los romanos continuaron prestando su proteccion á Hyrcano, é hicieron que los syrios le devolviesen las poblaciones que injustamente les habian quitado.

El orgullo y las violencias de Demetrio Nicator no dejaron largo tiempo tranquila la Syria. Los pueblos, indignados, se sublevaron. Para mantener su sublevacion, el Egipto les dió un rey; este fué Alejandro Zebyna, hijo de Balas. Demetrio fué batido y derrotado, y Cleopatra, que creyó reinar mas despóticamente bajo sus hijos que bajo su marido, le hizo dar muerte. No trató mejor á su hijo primogénito Seleuco, que quiso reinar á despecho de su madre. Su segundo hijo Antíoco, (2) llamado Grypo, habia vencido á los rebeldes y volvía victorioso. Cleopatra le presentó ceremoniosamente la copa emponzoñada; pero su hijo, preveyendo lo que contenía, y sabiendo sus planes ambiciosos, hizo que bebiera ella. Como era natural, murió, y dejó profundas divisiones entre los hijos que habia tenido de los dos hermanos Demetrio Nicator y Antíoco Sídeto. La Syria, agitada de este modo, no pudo ya turbar á los judíos. Juan Hyrcano tomó á Samaria, pero no pudo convertir á los samaritanos. Cinco años despues murió, y la Judea quedó pacífica en sus hijos Aristóbulo y Alejandro, que reinaron el uno despues del otro sin ser incomodados por los reyes de la Syria.

Los romanos dejaron que este reino se fuera arruinando poco á poco, mientras ellos se estendian por la parte del Occidente. Durante las guerras de Demetrio Nicator y de Zebina (3) comenzaron á

(1) Años de Roma 625.—Antes de Jesucristo 129.

(2) Años de Roma 630.—Antes de Jesucristo 124.

(3) Años de Roma 629.—Antes de Jesucristo 125.

estenderse por la otra parte de los Alpes, y Sextio, vencedor de los galos llamados saliscos, estableció en la ciudad de Aix una colonia, que todavía lleva su nombre. Los galos se defendieron mal. Fabio sujetó á los allobregos y todos los pueblos vecinos, (1) y el mismo año que Grypo hizo beber á su madre la copa que le habia preparado, la Galia Narbonense reducida á provincia recibió el nombre de provincia romana. De este modo se engrandeció el imperio romano é iba poco á poco ocupando todas las tierras y todos los mares del mundo conocido. Pero así como la república nos parece bella por fuera en las conquistas que hacia, estaba carcomida y desfigurada en su interior por la ambicion desordenada de sus ciudadanos y por sus guerras intestinas. Los mas ilustres romanos fueron los mas perniciosos para el bien público. Cayo, hermano de Tiberio, no podia sufrir que se hubiese hecho morir á tan grande hombre de una manera tan trágica, animado á la venganza por los movimientos de la plebe, que creyó inspirados por la sombra de Tiberio, armó los ciudadanos unos contra otros, y la víspera de pelear entre sí pereció de una manera semejante á la muerte que queria vengar.

El dinero era omnipotente en Roma. Yugurta, rey de Numidia, manchado con el homicidio de sus hermanos, á los que el pueblo romano protegía, se defendió mas largo tiempo por sus liberalidades que por sus armas, (2) y Mario, que acababa de vencerle, no pudo lograr un acomodamiento entre el pueblo y la nobleza.

Los esclavos se armaron otra vez en la Sicilia, y su segunda revuelta (3) no costó á los romanos menos sangre que la primera. Mario batió á los teutones, los cimbrios y otros pueblos del Norte que penetraron en las Galias, en la España y en Italia. Las victorias que consiguió fueron una ocasion para proponer de nuevo repartición de la tierra. Metelo, que se oponia á esto, tuvo que ceder por el tiempo, y las divisiones no se acabaron sino con la sangre de Saturnino, tribuno del pueblo.

Mientras que Roma protegía á la Capadocia contra Mitrídates, rey del Ponto, y que tan gran enemigo cedía (4) á las fuerzas romanas con la Grecia que habia entrado en sus proyectos, la Italia ejercitada en el manejo de las armas por tanta multitud de guerras

(1) Años de Roma 631.—Antes de Jesucristo 123.

(2) Años de Roma 640.—Antes de Jesucristo 114.

(3) Años de Roma 651.—Antes de Jesucristo 103.

(4) Años de Roma 668.—Antes de Jesucristo 86.

sostenidas, ora contra los romanos, ora entre ellos mismos, puso su dominación é influencia en gran peligro por una revuelta universal. Roma se vió desgarrada á un mismo tiempo por los favores de Mario (1) y de Sila. El uno hacia temblar el Mediodía y el Norte, el otro era el vencedor de la Grecia y del Asia. Sila, que se llamaba el dichoso, lo fué si acaso á costa de su patria, pues su dictadura tiránica degeneró en servidumbre, (2) y no pudo impedir los efectos del mal ejemplo que daba; cada uno queria dominar.

Sertorio, ardiente partidario de Mario, acantonado en España, se alió con Mitrídates. Contra tan valeroso capitán la fuerza fué inútil, y Pompeyo no pudo reducir esta parte del imperio.

Spartaco, gladiador del circo de Cápua, creyó poder aspirar al gobierno. Este esclavo no dió menos pena á los pretores y á los cónsules que Mitrídates á Lúculo. La guerra de los gladiadores hizo formidable el poderío romano. Craso tenia pena en hacerla, y fué enviado contra ellos el gran Pompeyo.

Los romanos pasaron el Eufrates; (3) pero Lúculo, su general invencible contra el enemigo, no pudo retener en su deber á sus propios soldados. Mitrídates, batido frecuentemente sin perder nunca su valor, se rebeló, y la dicha de Pompeyo parecia necesaria para terminar esta guerra. Acababa de limpiar los mares de los piratas que los infestaban desde la Syria hasta las columnas de Hércules, cuando fué enviado contra Mitrídates. (4) Su gloria pareció entonces elevarse al colmo. Acabó de someter á este valiente rey; la Armenia, en donde se habia refugiado Mitrídates; la Iberia y la Albania que le sostenian; la Syria, desgarrada por sus divisiones; la Judea, en donde la division de los asmoneos no dejó á Hyrcano II, hijo de Alejandro, sino una sombra de poderío; en fin, el Oriente entero recibió la ley del vencedor. Pero no hubiera podido triunfar de tantos enemigos, á no ser por el célebre tribuno Ciceron, que salvó á Roma de la conjuracion tramada por Catilina, seguido por la mas ilustre nobleza romana. Este partido formidable fué deshecho por la elocuencia de Ciceron, mejor que por las armas de Antonio su colega.

La libertad del pueblo romano no estuvo, sin embargo, asegu-

(1) Años de Roma 666.—Antes de Jesucristo 88.

(2) Años de Roma 675.—Antes de Jesucristo 79.

(3) Años de Roma 686.—Antes de Jesucristo 68.

(4) Años de Roma 687.—Antes de Jesucristo 67.

tada por esto. Pompeyo dominaba el senado, y su renombre le hacia dueño absoluto de todas las deliberaciones. Julio Cesar, dominando las Galias, (1) hizo á su patria la mas útil conquista de todas cuantas hicieron los romanos. (2) Un servicio tan grande le abrió camino para establecer su dominacion en su propio pais. Julio César quiso primero igualarse á Pompeyo, y sobrepujarle despues.

Las inmensas riquezas de Craso le hicieron creer que podria partir la gloria de estos dos grandes hombres, como habia partido su autoridad. Empeñó temerariamente la guerra contra los parthos, (3) tan funesta para él como para su patria. Los arrojados vencedores insultaron con sus crueles burlas y sangrientos epigramas la ambicion de los romanos y la insaciable avaricia de su general.

Mas la afrenta del nombre romano no fué el peor efecto de la derrota de Craso. Su pujanza contrabalanceaba con las de Pompeyo y César, no obstante la alianza que les unia. Por su muerte rompióse el lazo que les ligaba. Los dos rivales que disponian de las fuerzas todas de la república decidieron su querrela en Farsalia por una sangrienta batalla. (4) César, victorioso en Egipto, en Asia, en Mauritania, en España, vencedor en todas partes, fué reconocido como soberano de Roma y de todo el imperio. Bruto y Casio creyeron libertar á sus conciudadanos, dándole muerte como á un tirano, no obstante su clemencia. (5)

(1) Años de Roma 696.—Antes de Jesucristo 58.

(2) *Que la Galia sea la mas útil conquista de cuantas hicieron los romanos, cosa es bastante dudosa; mucho empeño tendrían en la conquista de nuestra España cuando emplearon tres siglos en conquistarla, y una de sus ciudades, la sin par Numancia, era por ellos mismos llamada «terror imperii.»* (N. del T.)

(3) Años de Roma 700.—Antes de Jesucristo 54.

(4) Años de Roma 706.—Antes de Jesucristo 48.

(5) *Al hablar el autor de las expediciones y demás hechos de Julio César lo hace de una manera tan rápida como en las conquistas de Alejandro; así es que nosotros nos tomamos la libertad de añadir lo siguiente para completar lo que el autor refiere acerca de este grande hombre, uno de los mayores héroes del mundo antiguo.*

César, querido por sus liberalidades, aventajado talento, carácter simpático y ánimo esforzado, fué muy amigo de Craso, con el cual y unido á Pompeyo formó el primer triumvirato, por el que haciéndose los tres árbitros de la república, se distribuyeron por cinco años sus mas ricas provincias. Craso se llevó las provincias del Asia, César las Galias (Francia) y la Germania (Alemania), y Pompeyo el Africa y la España. César, despues de esto estrechó sus relaciones con Pompeyo casándose con su hija; mas al poco

Roma volvió á caer en manos de Marco-Antonio, de Lépido y del jóven César Octavio, sobrino de Julio César, é hijo adoptivo suyo: tres insoportables tiranos, cuyo triumvirato y las proscripciones que hicieron causan horror al leerlas. Pero ellos fueron muy violentos para durar largo tiempo. Se repartieron el imperio entre sí. El jóven César se quedó con la Italia, y aunque al principio fué cruel, poco á poco fueron humanizándose sus actos. Los últimos restos de la república perecieron con Bruto y Casio. Antonio y César, desembarazados de Lépido, volviéronse el uno contra el otro. Toda la pujauza y poder de Roma se metió en el mar.

Octavio César ganó la batalla de Actio; (1) las naves del Egipto y del Oriente que Antonio llevaba con él fueron dispersadas, todos

tiempo, Craso, que peleaba en el Asia contra los parthos, fué muerto; el triumvirato quedó deshecho, y César y Pompeyo eran los dos demasiado grandes y demasiado poderosos para dominar ambos el mundo. Después de algunas contestaciones entre los dos, el senado se declaró en favor de Pompeyo. César atravesó el Rubicon, pequeño río que separaba la Galia cisalpina del resto de Italia, á la cabeza de numerosas tropas, se apoderó de Roma, y Pompeyo, no encontrándose seguro en Italia, se embarcó con sus parciales para la Grecia. Allí fué á buscarle César después de haber sido nombrado cónsul, y en los campos de Farsalia se dió la gran batalla que decidió del imperio del mundo entre los dos hombres mas célebres de aquella época; el ejército de Pompeyo fué completamente derrotado, y él muerto al huir á Egipto.

César, después de la batalla de Farsalia, se dirigió contra Farnaces, rey del Ponto, de cuya expedición dió cuenta al senado con aquellas tres célebres palabras: «allegué, vi, venci.»

Marchó después á Roma, y único y absoluto señor de la república, fué elegido cónsul y dictador por tercera vez.

Scipion y Caton sostenían el partido republicano en Africa, y los hijos de Pompeyo el de su padre en España. Contra todos se dirigió César; derrotó completamente á los primeros, y los hijos de Pompeyo vieron desbaratados sus escuadrones en Munda.

Libre ya César de enemigos dirigió su atención al bienestar de la república, mejoró la entonces capital del mundo, arregló los ramos de la administración pública, y manifestó en todos sus actos un espíritu de humanidad y tolerancia. El Senado declaró su persona sagrada é iniolable, y le confirió el título de Imperator (general). Entonces setenta ardientes republicanos, á cuya cabeza estaban Bruto y Casio, tramaron una conspiración contra César haciendo correr la voz para justificar su intento criminal que trataba de agregar á sus muchos títulos el de Rey. El 14 de Marzo al ocupar César la silla en el Senado, fué embestido por los conjurados que le dieron de puñaladas, contando 55 años de edad.

César, Alejandro y Napoleon, forman el triumvirato histórico de los genios de la política y de la guerra.

César nos ha dejado sus «Comentarios» que son la historia de sus campañas. (N. del T.)

(1) Años de Roma 723.—Antes de Jesucristo 31.

sus amigos le abandonaron, inclusa la misma Cleopatra, que fué la causa de su perdicion. Herodes, idumeo, que se lo debía todo á Antonio, tiene que entregarse al vencedor, aunque éste le deja en pacífica posesion del reino de Judea, que la debilidad del viejo Hircano habia hecho perder enteramente á los asmoneos.

Todo cede á la fortuna de César: Alejandría le abre sus puertas; el Egipto es convertido en provincia romana; Cleopatra, desesperada, se dá á sí misma la muerte antes que caer en poder del vencedor. Roma tiende los brazos á César, (1) que con el nombre de Augusto y el título de emperador queda único dueño de todo el imperio. Domina á los cántabros y astures (2) que se habian levantado con armas; la Ethyopia le demanda humildemente la paz; los parthos espantados le envian los estandartes tomados á Craso con todos los prisioneros romanos que tenian; los indos solicitan su alianza; sus armas derrotan á los rhetios y grisonos, á quienes sus encumbrados montes no pueden servir de refugio; la Panonia le reconoce; la Germania le teme y el Weser recibe sus leyes. Victorioso por mar y por tierra cierra el templo de Jano. Todo el universo vé en paz su pujanza y poderío, y JESUCRISTO viene al mundo.

DÉCIMA ÉPOCA.

NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Séptima y última edad del mundo.

Hemos por fin llegado al tiempo tan deseado y esperado por nuestros padres, la venida del Mesías. Este nombre quiere decir el Cristo, ó el unguido del Señor, y Jesucristo es mirado como pontífice, como rey y como profeta.

No todos están precisamente de acuerdo sobre el año en que vino al mundo, aunque han convenido que su nacimiento aconteció algunos años antes de la era vulgar que nosotros seguimos con todos los autores por una mas grande comodidad. Sin entrometernos mas en averiguar el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, es

(1) Años de Roma 727.—Antes de Jesucristo 27.

(2) Años de Roma 730.—Antes de Jesucristo 24.

suficiente que nosotros sepamos que este acontecimiento memorable tuvo lugar por los años 4000 del mundo. Unos adelantan un poco esta cifra, otros la atrasan, y no faltan autores que la fijan en este mismo año, diversidad que proviene, tanto de la incertidumbre de los años del mundo, como de la fecha del nacimiento del Redentor. En suma, lo que de esto sea, es lo cierto que sobre 1000 años después de la dedicación del templo y el año 754 de Roma, Jesucristo, hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una virgen. Esta época es la más notable de todas, no solamente por la importancia que en sí tiene tan gran suceso, sino también porque desde aquí hace ya muchos siglos que los cristianos empiezan á computar los años. Tiene esta fecha también de notable, que concuerda con el tiempo en que Roma volvió á la forma de gobierno monárquico, bajo el tranquilo y pacífico imperio de Augusto.

Todas las artes florecen en este tiempo, y la poesía latina es llevada á la última perfección por Virgilio y por Horacio. (1) Augusto, no solamente es notable por el apoyo que dió á las letras, sino también por el gusto que despertó, el cual duró mucho después de él.

El nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo fué casi seguido de la muerte de Herodes. (2) Su reino fué dividido entre sus hijos, y la principal parte no tardó en caer en manos de los romanos. Augusto acabó su reinado con mucha gloria.

Tiberio, á quien había adoptado, le sucedió sin contradicción alguna, y el imperio fué reconocido hereditario en la casa de los Césares. Roma tuvo mucho que sufrir de la cruel política de Tiberio, mientras que el resto del imperio permaneció bastante tranquilo. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó el ejército que se había sublevado, rehusó el imperio que le fué ofrecido, derrotó al fiero Arminio, (3) y llevó sus conquistas hasta el Elva; y habiéndose atraído por sus prendas el amor de los pueblos, la envidia se apoderó de su tío y mandó darle muerte.

En el décimoquinto año del reinado de Tiberio, San Juan Bautista comienza su predicación. Jesucristo se hace bautizar por este divino precursor, el *Padre Eterno* reconoce á su *hijo* muy amado

(1) *Horacio es la antorcha luciente de la literatura latina.* (N. del T.)

(2) Años de Jesucristo 8.

(3) Años de Jesucristo 16.

por una voz que desciende de lo alto, y el *Espiritu Santo* baja sobre el Salvador bajo la figura simbólica de una paloma: toda la *Trinidad* se manifiesta en este acto. Aquí comienza con la setenta semana de Daniel la predicacion de Jesucristo. Esta última semana era la mas importante y notable de todas. Daniel la habia separado de las otras, como la semana en que debia ser confirmada la alianza y en la cual debian los antiguos sacrificios perder su virtud. (1) Nosotros podemos llamar á esta semana la semana de los misterios. Jesucristo estableció su mision y su doctrina, primero por innumerables milagros, despues por su muerte. Esta tuvo lugar en el cuarto año de su predicacion, que foé tambien el cuarto año de la última semana de Daniel, y esta gran semana se encuentra de esta suerte justamente cortada en medio por esta muerte.

Así la cuenta de estas semanas es muy fácil de hacer; no hay sino ajustar á los 453 años que se encuentran desde el año 300 de Roma y el vigésimo del reinado de Artagerges hasta el principio de la era vulgar; los treinta años de esta era, que se ven terminar en el décimoquinto año del imperio de Tiberio y bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, y tendremos 483 años, siete años que faltan aun para componer 490 años, que son las setenta semanas de Daniel de siete años cada una, componen la última semana, en medio de la cual murió Jesucristo: todo lo que Daniel hubo, pues, profetizado, es visiblemente cumplido al espirar el término que habia prescrito.

Por otra parte tampoco es necesario tanta puntualidad, y nada hay que obligue á entender en este estremado rigor aquella mitad de semana notada por Daniel, y los mas escrupulosos se satisfarian con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos. Digo esto, á fin de que los que creyesen tener razones para poner algo, antes ó poco despues, el principio del reinado de Artagerges y la muerte de nuestro Divino Redentor, no se fatiguen en su cálculo, y los que intentaren embrollar una cosa tan clara con argumentos cronologicos, depongan sus inútiles sutilezas.

Esto es lo que es necesario saber para no confundirse con los autores profanos y para entender las antigüedades judáicas. Cualquier otra discusion cronológica es aquí ya inútil é innecesaria. Que se ponga algunos años mas pronto ó mas tarde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y en seguida que se prolongue su vida un poco

(1) *Daniel*, IX, 27.

mas ó un poco menos, es una pequeña diversidad que proviene, tanto de la incertidumbre de los años del mundo, como de la de los años de Jesucristo. Y lo que de esto sea, cualquier lector discreto y prudente no dejará de reconocer que esta diversidad no tiene nada que ver con el cumplimiento de los consejos de Dios. Es preciso que evitemos los anacronismos que mezclan el orden de los tiempos, y despues de esto dejemos á los sábios en sus inútiles disputas.

En cuanto á aquellos que quieren encontrar en las historias profanas las maravillas de la vida de Jesucristo y de sus apóstoles, á los que el mundo no quiso creer, y que al contrario, combatió con todas sus fuerzas, hablaremos de su injusticia en otra parte. Veremos tambien que esto se encuentra en los autores profanos mas verdaderos, que se creen favorables al cristianismo, y yo daré solamente para ejemplo de las maravillas de Dios el eclipse acontecido en la crucifixion de su divino Hijo.

Las tinieblas que cubrieron toda la superficie de la tierra en pleno dia, y en el momento que Jesucristo fué crucificado, (1) están consideradas por los autores paganos (2) como un eclipse ordinario. Pero los primeros cristianos que hablaron de él á los romanos como de un prodigio, no solamente señalado por sus autores, si que tambien por los registros públicos, hicieron ver que ni al tiempo de la luna llena en que Jesucristo murió, ni en todo aquel año en que se observó este eclipse, podia haber alguno que no fuese sobrenatural. Acerca de esto tenemos las propias palabras de Phlégon, libertado de Adriano, citadas en tiempo en que estaba su libro en manos de todos, así como las historias syricas de Thallo que le siguió, y el cuarto año de la olimpiada 202, notada en los anales de Phlégon, es el mismo año de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Para acabar con los misterios Jesucristo resucitó triunfante y glorioso el tercero dia, apareció á sus discípulos, subióse á los cielos en presencia suya, y les envió el Espíritu Santo; la Iglesia aparece, la persecucion contra ella comienza, San Estéban es apedreado y San Pablo convertido.

Un poco despues murió Tiberio. (3) Calígula, sobrino suyo, y

(1) *S. Mateo, cap. XXV, vers. 43.*

(2) *Phlegon., 13 Olimp., Tall., Hist. 3, Tertuliano, Apologias 21, Origenes 2 cont. Cels. et Tr. 35 in Math. Ens. et Hieron. in chron.*

(3) Años de Jesucristo 37.

su hijo por adopcion, le sucedió. Asombró al mundo por su locura cruel y brutal, se hizo adorar como Dios, y mandó que su estatua fuese colocada en el templo de Jerusalem. (1) Chereas libró al mundo de este mónstruo.

Claudio le sucedió, á pesar de su estupidez. (2) Es deshonrado por Mesalina, su muger, (3) y despues de haberla ordenado dar muerte se arrepiente de ello. Cásase despues con Agripina, hija de Germánico.

Los apóstoles celebraron el concilio de Jerusalem, (4) en donde San Pedro habló el primero, como lo hacia en todo lo demás. Los gentiles son convertidos y libertados de las ceremonias de la ley. La sentencia en ellos se pronuncia en nombre del Espíritu Santo y de la Iglesia. San Pablo y San Bernabé llevan los decretos de los concilios á las Iglesias, y enseñan á los fieles á someterse á ellos. Tal fué la forma del primer concilio. (5)

El estúpido emperador Claudio desheredó á su hijo Británico y adoptó á Neron, (6) hijo de Agripina. En recompensa de esto Agripina envenenó á su marido; pero el imperio de su hijo no le fué menos funesto á ella que al resto de la república. Corbulon honró este reinado con las victorias que consiguió de los parthos y armenios. (7)

Neron comenzó á un mismo tiempo la guerra contra los judfos y la persecucion contra los cristianos. (8) Este es el primer emperador que afligió y persiguió á la Iglesia. Crucificó á San Pedro y degolló á San Pablo. Pero como al mismo tiempo perseguia á todo el género humano, éste se alzó contra él, y llegando á sus oidos que el senado le habia condenado, se dió á sí mismo la muerte. (9) Cada legion eligió un emperador; combatieron primero cerca de Roma,

(1) Años de Jesucristo 40.

(2) Años de Jesucristo 41.

(3) Años de Jesucristo 48.

(4) Años de Jesucristo 50.

(5) Act. XV.

(6) Años de Jesucristo 54.

(7) Años de Jesucristo 58.

(8) Años de Jesucristo 66.

(9) *En la cabeza de Neron se juntaron todos los vicios, crímenes y liviandades de que puede ser capaz un hombre. Entre las victimas de su tirania se cuenta el gran Séneca. Mandó pegar fuego á la ciudad de Roma para tener el placer de contemplar desde una alta torre el incendio, y decia que desearia que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla.* (N. del T.)

y despues dentro de ella: Galba, Othon y Vitelio perecieron en estas revueltas.

El imperio oprimido disfrutó alguna calma bajo Vespasiano; pero los judíos fueron reducidos al último extremo. Jerusalem fué tomada y destruida. Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, alegró y regocijó al mundo, aunque por poco tiempo, y sus días, que él creía perdidos, cuando no estaban señalados por algun beneficio, fueron cortos. ¡Cuán breve pasó el tiempo en su imperio! ¡Cuánto no le lloraron sus súbditos! (1) Vióse aparecer á Neron en la persona de Domiciano.

La persecucion contra los cristianos empieza de nuevo. San Juan, milagrosamente salido ileso de una caldera llena de aceite hirviendo, es relegado á la isla de Patmos, en donde escribe su Apocalipsis. Poco despues (2) escribió su evangelio, casi cuando contaba noventa años de edad. Unió á la cualidad de evangelista la de apóstol y profeta. (3)

Desde este tiempo los cristianos fueron siempre perseguidos, tanto bajo los buenos como bajo los malos emperadores, y estas persecuciones se hacian lo mismo por los decretos de los emperadores, como por el ódio particular de los magistrados; lo mismo por las sublevaciones de los pueblos, que por los decretos auténticos pronunciados en el senado en presencia de los príncipes. En este último caso la persecucion era mas universal y mas sangrienta, y así la saña y ódio de los infieles, siempre obstinados y pertinaces en perseguir á la Iglesia, se saciaban con furor. Las historias eclesiásticas cuentan diez de estas persecuciones bajo otros tantos emperadores. A pesar de tan largos sufrimientos, los cristianos jamás hicieron la menor sublevacion. Entre todos los fieles, los obispos eran los primeros á quienes se martirizaba; entre todas las iglesias, la cabeza de ellas, la de Roma fué perseguida con mayor furor, y los papas confirmaban á menudo con su sangre el Evangelio que anunciaban y predicaban á toda la tierra. (4)

(1) *Era conocido con el nombre de uel amor y las delicias del género humano.* «Oh, si todos los príncipes mereciesen este epíteto! (N. del T.)

(2) Años de Jesucristo 95

(3) *San Juan Evangelista fué el discipulo amado de Jesucristo, y aquel que en la noche de la cena tenia reclinada la cabeza sobre el hombro de su Divino Maestro* (N. del T.)

(4) *Los 23 pontífices romanos desde San Pedro hasta San Sixto II todos murieron mártires, y á todos la Iglesia venera en sus altares.* (N. del T.)

Muere Domiciano, (1) y el imperio comienza á respirar bajo Nerva. Su avanzada edad no le permitió poner en órden los negocios; pero para hacer duradero el reposo público, eligió á Trajano por sucesor. (2) El imperio, tranquilo dentro y triunfante fuera, no cesó de admirar y alabar á tan sábio é ilustrado príncipe. Tenia por norma el que le encontrasen los ciudadanos de tal manera, que á no ser emperador, fuese elegido por sus prendas para este tan alto cargo. Dominó á los dációs y á su rey Decébales, (3) y estendió sus conquistas por el Oriente. Dió un rey á los parthos, é hizo temer el poder de los romanos. Escelente príncipe hubiera sido si no manchasen sus prendas la embriaguez y amores livianos, vicios tan deplorables en los príncipes y que le hicieron ser injusto algunas veces.

A estos tiempos, tan ventajosos para el imperio, sucedieron los de Adriano, en que el bien anduvo frecuentemente confundido con el mal. Este monarca mantuvo la disciplina militar; vivió él mismo militarmente y con gran frugalidad; alivió las provincias oprimidas con impuestos onerosos; hizo florecer las artes, y tambien la Grecia, madre de ellas. Los bárbaros fueron tenidos sujetos por sus armas y autoridad (4) Restableció la ciudad de Jerusalem, á la que dió su nombre, desde cuyo tiempo fué llamada Elia, y desterró á los judíos siempre rebeldes al imperio. Estos obstinados encontraron en él un implacable vengador. Pero Adriano deshonoró por sus crueldades y por sus amores monstruosos un reinado tan esclarecido, y el infame Antonino, al que hizo adorar como Dios, cubrió de afrenta toda la vida del emperador. Este quiso al último reparar sus faltas, y restablecer su gloria, casi ya oscurecida, y adoptó á Antonino Pio, (5) y éste, á su vez, á Marco Aurelio el sábio y el filósofo.

En estos dos príncipes se nos presentan dos bellos caractéres. El padre siempre en paz, (6) y siempre pronto á hacer la guerra cuando necesario fuere; el hijo siempre en guerra y siempre pronto á conceder la paz á sus enemigos y al imperio. Su padre Antonino le habia dicho muchas veces, que valia mas salvar á un solo ciudada-

(1) Años de Jesucristo 96.

(2) Años de Jesucristo 97.

(3) Años de Jesucristo 102.

(4) Años de Jesucristo 130.

(5) Años de Jesucristo 138.

(6) Años de Jesucristo 139.

no que deshacer mil enemigos. Los parthos y los marcomanos experimentaron el valor de Márco Aurelio. Los marcomanos eran los mismos germanos á quienes este emperador acabó de dominar al tiempo de su muerte. (1) La virtud de estos dos Antoninos hizo las delicias de los romanos.

La gloria de nombre tan bello no fué oscurecida ni por la molición de Lucio Vero, hermano de Marco Aurelio y su sucesor en el imperio, ni por las brutalidades de Commodo, su hijo y sucesor. Indignados de tener un padre que tan bellos ejemplos les habia dado, olvidaron sus enseñanzas. El senado y el pueblo los detestaron, y sus mas asíduos cortesanos les dieron muerte. Su sucesor Elio Pertinax, (2) vigoroso defensor de la disciplina militar, se vió inmolado al furor licencioso de los soldados, (3) que le habian elevado un poco antes, aunque á su pesar, al imperio.

El imperio, sacado por las tropas á pública subasta, encontró un postor. El jurisconsulto Didio Juliano concertó con ellos este atrevido ajuste, y le costó la vida. (4) Severo Africano, vengando á Pertinax, fué quien le hizo morir. Severo pasó del Oriente al Occidente. Triunfó en la Syria, en la Galia y en la Bretaña. Valeroso conquistador, (5) igualóse á César con sus victorias, pero no imitó su clemencia; no pudo poner paz entre sus hijos. Basieno ó Caracalla, su hijo primogénito, falso imitador de Alejandro, luego que murió su padre (6) mató á su hermano Geta, emperador como él que, huyendo de su furor, se habia echado en brazos de su madre Julia: pasó su vida ejerciendo crueldades por doquiera, y se atrajo una muerte digna de su miserable vida. Severo se habia ganado el corazón de los soldados y de los pueblos; se dió el nombre de Antonino, pero no supo sostener su gloria. El syrio Heliogábalo, su hijo, (7) ó al menos tenido y reputado por tal (aunque el nombre de Antonino le fué dado luego por sus soldados con motivo de la victoria que alcanzó sobre Macrino), debia ser por sus infamias el horror del género humano, y se perdió á sí mismo. Alejandro Se-

(1) Años de Jesucristo 180.

(2) Años de Jesucristo 192.

(3) Años de Jesucristo 193.

(4) Años de Jesucristo 194.

(5) Años de Jesucristo 207.

(6) Años de Jesucristo 211.

(7) Años de Jesucristo 218.

vero, (1) hijo de Mamés, deudo suyo y sucesor, vivió muy poco para el bien del mundo. Se cuidaba mas de contener los vicios de sus soldados que de marchar contra los enemigos del imperio. (2) Su madre, por quien era aconsejado, fué la causa de su perdicion, como antes lo habia sido de su gloria. (3) Durante su reinado, Artagerges, persa de nacion, mató á su dueño Artaban, (4) último rey de los parthos, y con esta muerte restableció el imperio de los persas en el Oriente.

En estos tiempos la Iglesia, naciente aun, llenaba toda la tierra, (5) y no solamente el Oriente en donde habia comenzado, es decir, la Palestina, la Syria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia recibia su doctrina, sino que tambien la acogian en el Occidente, además de la Italia las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, el Africa, la Germania, la Gran-Bretaña, todos los lugares impenetrables á las armas romanas, y aun fuera del vasto imperio romano, la Armenia, la Persia, las Indias, los pueblos mas bárbaros, como los sármatas, dacios, scythas, gétulos, y tambien los mas desconocidos. La sangre de sus mártires la fecundizó sobremanera. Imperando Trajano, San Ignacio, obispo de Antiochía, fué arrojado á las bestias feroces. Marco Aurelio, desgraciadamente prevenido por las calumnias que se imputaban á los cristianos, hizo morir á San Justino el filósofo y el apologista de la religion cristiana. San Policarpo, (6) obispo de Smyrna, discípulo del evangelista San Juan, fué quemado vivo cuando contaba ochenta años de edad. Los santos mártires de Lyon y de Vienna sufrieron inauditos suplicios, siguiendo el ejemplo de su santo obispo Phocion. La iglesia galicana llenó de gloria al universo entero. (7) San Ireneo, discípulo de San Policarpo y sucesor de San Pho-

(1) Años de Jesucristo 222.

(2) Años de Jesucristo 233.

(3) Años de Jesucristo 234.

(4) Años de Jesucristo 235.

(5) *Tertuliano, adv. Jud. 7, Apologia 37.*

(6) Años de Jesucristo 167.

(7) *Tambien dieron grandes dias de gloria á la Iglesia católica inclitos y valerosos españoles que con su sangre sellaron la verdad de la doctrina de Jesucristo. El invicto San Lorenzo, en Huesca; el glorioso San Vicente, en Valencia; los inocentes niños Justo y Pastor, en Alcalá; los atletas de la fe Fructuoso, en Tarragona; Cucufate, en Barcelona; Narciso y Félix, en Gerona; Hemeterio y Celedonio, en Calahorra, y hasta poblaciones enteras, como los innumerables mártires de Zaragoza, ejemplo dieron á las generaciones futuras de constancia de fé y de fortaleza. (N. del T.)*

tion, imitó á su predecesor, y murió mártir en el imperio de Severo con gran número de fieles de su Iglesia.

Algunas veces aflojaban las persecuciones. En una gran sequía que Marco Aurelio sufrió en la Germania, una legion cristiana obtuvo una lluvia capaz de apagar la sed del ejército, y seguida de rayos y truenos que espantaron á sus enemigos. Esta legion recibió el nombre de Fulminante por este milagro. El emperador, impresionado por esto, escribió al senado en favor de los cristianos. Los adivinos y falsos sacerdotes hicieron atribuir á sus dioses y á sus plegarias un milagro, que los paganos desearon y no lo consiguieron.

Otras causas suspendian, ó cuando menos suavizaban la persecucion por algun breve espacio de tiempo; pero la supersticion; vicio que Marco Aurelio no pudo evitar, el ódio que se les tenia y las calumnias que se les imputaban á los cristianos volvian á renovar con furor la persecucion suspendida. El furor de los paganos volvíase á encender, y la sangre de los mártires corria á torrentes por todo el imperio.

Durante el imperio de Severo y aun despues, Tertuliano, sacerdote de Carthago, iluminó á la Iglesia con sus admirables escritos, y la defendió en su Apologética; pero al fin de su vida fué seducido por las visiones del falso profeta Montano. Poco despues de esto, el santo sacerdote Clemente Alejandrino desterró el paganismo confundiéndole. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, se hizo célebre en toda la Iglesia desde sus primeros años, y enseñó una doctrina admirable, aunque algunas veces erró muchísimo. El filósofo Amonio aplicó ó hizo servir á la religion la filosofía de Platon, y se atrajo el respeto y veneracion hasta de los mismos paganos.

Entretanto los valentinianos, los gnósticos y otras sectas, combatieron á la Iglesia con falsas tradiciones; San Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, sobre todo la de Roma, fundada por los apóstoles los Santos Pedro y Pablo, y la principal de todas. (1) Tertuliano hizo lo mismo; (2) y la Iglesia no se atemoriza, ni por las heregías, ni por los cismas, ni por la caída de sus doctores mas ilustres. La santidad de sus costumbres

(1) *Ireneo, lib. 3.*

(2) *De Præsc. ad hæ. c. 36.*

resplandece de tal modo, que concluyé por atraerse las alabanzas de sus mas furiosos perseguidores y encarnizados enemigos.

Los asuntos del imperio iban embrollándose de una manera tan rápida como terrible y desconsoladora. (1) Despues de la muerte de Alejandro el tirano, Maximino, que fué quien le asesinó, se hizo dueño del imperio, aunque era godo de nacion. El senado le opuso cuatro emperadores, que perecieron en menos de dos años. Entre ellos estaban los dos Gordianos, padre é hijo, muy queridos ambos del pueblo romano. El jóven Gordiano, aunque muy jóven, mostró una sabiduría consumada, y defendió, aunque débilmente, contra los persas el imperio romano, debilitado por tantas divisiones. Les habia tomado muchas ciudades importantes cuando el árabe Philippe mató á tan buen príncipe. Philippe, de miedo de ser oprimido por dos emperadores, (2) que el senado eligió uno despues de otro, hizo una paz afrentosa con Sapor, rey de los persas. (3) Y este es el primero de los romanos que abandonó por traicion algunas de las tierras del imperio. Se dice que abrazó la religion cristiana; y en efecto, hubo un tiempo en que de repente mostróse muy justo; y lo que es cierto que fué muy favorable á los cristianos. (4) En odio á este emperador, Dacio que le mató, renovó la persecucion con mas violencia que nunca. (5)

La Iglesia se estendia por todas partes, especialmente por las Galias, (6) y el imperio perdió bien pronto á Dacio, que lo defendió vigorosamente. (7) Galo y Valentiniano pasaron muy luego; Emilian solo duró dias, y la dignidad suprema fué conferida á Veleriano, venerable viejo que subió por todas las dignidades. (8) Este no fué cruel para con los cristianos. Durante su reinado, el papa San Estéban y San Cipriano, obispo de Carthago, (9) á pesar de todas sus disputas, que jamás pudieron quebrantar la comunion, sufrieron la corona del martirio. El error de San Cipriano, que rechazaba el bautismo impuesto por los hereges, no dañó ni á él ni á la

(1) Años de Jesucristo 235.

(2) Años de Jesucristo 244.

(3) Años de Jesucristo 245.

(4) Años de Jesucristo 249.

(5) *Eusebio, lib. 6, cap. 39.*

(6) *Greg. Tur. Hist. de Francia, lib. 1.*

(7) Años de Jesucristo 251.

(8) Años de Jesucristo 257.

(9) Años de Jesucristo 258.

Iglesia. La tradicion de la santa silla se sostuvo por su propia fuerza contra los especiosos razonamientos y contra la autoridad de tan grande hombre, aunque otros eminentes varones defendian la misma doctrina. Otra disputa hizo aun mas mal. (1) Sabelio confundió el conjunto de las *tres personas divinas*, y no reconoció en Dios sino una sola persona, aunque con tres nombres distintos. Esta novedad asombró á la Iglesia; y San Dionisio, obispo de Alejandría, (2) descubrió al papa Sixto II los errores de este heresiarca. (3) Este santo papa siguió muy cerca en el martirio á su predecesor San Estéban; cortáronle la cabeza, y dejó á un glorioso combatiente en su diácono el invicto San Lorenzo.

En esta época (4) comienza la inundacion de los bárbaros. Los borgoñones y otros pueblos germánicos, los godos llamados tambien gotas y otros pueblos que habitaban por las riberas del Pontus Eximus (hoy día mar Negro) y del rio Ister (Danuvio) penetraron en la Europa. El Oriente fué invadido por los sythas asiáticos y por los persas. Estos desafiaron á Valeriano, y haciéndole prisionero por medio de una traicion, le tuvieron en una esclavitud penosa hasta que murió. (5) Desolláronle é hicieron que su piel sirviese como de monumento de su victoria. Galion su hijo y sucesor acabó de perderlo todo por su molicie. Treinta tiranos se repartieron el imperio.

Odenat, rey de Palmira, ciudad antigua fundada por Salomon, fué el mas ilustre de sus reyes, y salvando las provincias de Oriente de manos de los bárbaros, se hizo reconocer rey. Su muger Zenobia marchó con él á la cabeza de sus ejércitos, que ella mandó sola despues de la muerte de su marido, y se hizo célebre en toda la tierra por haber juntado la castidad con la belleza y el saber con el valor. (6) Claudio II y Aureliano sucesor suyo, restablecieron algo los asuntos del imperio. Mientras que abatian con señaladas victorias á los godos y germanos, (7) Zenobia guardaba á sus hijos las conquistas que su padre habia hecho. Esta reina inclinábase al ju-

(1) Años de Jesucristo 257.

(2) Años de Jesucristo 259.

(3) *Eusebio, Hist. Eccles., lib. 7, cap. 6.*

(4) Años de Jesucristo 258 á 260.

(5) Años de Jesucristo 261.

(6) Años de Jesucristo 268.

(7) Años de Jesucristo 270.

daismo. Para atraerla á esta secta, Pablo de Samosate, obispo de Antiochía, hombre vano é inquieto, le enseñó su opinion judáica en la persona de Jesucristo, á quien hacia un hombre cualquiera.

(1) Despues de una larga disimulacion de tan nueva doctrina, fué convicto y condenado en el concilio de Antiochía. (2) La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, (3) que no se desdenó de triunfar de tan célebre muger. Entre combates perpétuos supo hacer guardar á sus gentes de guerra la disciplina romana, y mostró que siguiendo las antiguas costumbres y frugalidades, se podian armar grandes ejércitos dentro y fuera, sin ser gravosos al imperio.

Los francos comenzaban entonces á hacerse temer; los francos eran una liga de pueblos germánicos, que habitaban á lo largo de las riberas del Rhin. Su nombre nos muestra que estaban unidos por el amor á la libertad; Aureliano les habia batido siendo simple ciudadano, y se hizo de temer de ellos cuando fué emperador. Este monarca se hizo odioso por sus acciones sanguinarias. Su cólera tan temida fué la que le causó la muerte. (4) Aquellos que se creian en peligro le preveyeron, y su secretario amenazado se puso á la cabeza de la conjuracion. El ejército que le vió perecer por la conspiracion de tantos gefes rehusó elegir un emperador por miedo de poner sobre el trono á uno de los asesinos de Aureliano, y el senado, restablecido en su antiguo derecho, eligió á Tácito. Este era muy venerable por su edad y por su virtud, pero se hizo odioso por las violencias de un pariente suyo á quien dió el mando del ejército y pereció con él en una sedicion el sexto mes de su reinado. (5) Así su elevacion no hizo sino precipitar el curso de su vida. Su hermano Florian pretendió el imperio por derecho de sucesion, como su heredero mas próximo; pero este derecho no fué reconocido. Florian fué muerto, y Probo fué obligado por los soldados á coronarse emperador, á pesar de hacerles saber que les haria vivir en orden.

Todo se dobló y cedió bajo capitan tan grande y esforzado. (6) Los germanos y los francos que quisieron penetrar en las Galias fueron rechazados; y en Oriente, lo mismo que en Occidente, todos

(1) Eusebio, *Hist. Ecles.*, lib. 2, cap. 27 et seq. Athan. de *Synod.*, n. 26, 43, tomo 1, *Theod.*, lib. 2, etc.

(2) Años de Jesucristo 273.

(3) Años de Jesucristo 274.

(4) Años de Jesucristo 275.

(5) Años de Jesucristo 276.

(6) Años de Jesucristo 277.

los bárbaros respetaron las armas romanas. Un guerrero tan notable aspiraba á la paz, é hizo entender al imperio que no deseaba tener muchas gentes de guerra. El ejército se vengó de esta palabra y de la regla severa que su emperador les hacia guardar. Mas poco despues, asombradas las tropas por lo que habian hecho, nombraron para suceder á tan gran monarca á Caro, no menos celoso en la observancia de la disciplina militar. (1) Este valiente príncipe vengó á su antecesor y reprimió á los bárbaros que por la muerte de Probo se habian envalentonado. Fué despues al Oriente á combatir á los persas, en compañía de su hijo Numerino, encargando á Carino, su hijo primogénito, y á quien habia hecho César, el que marchase contra los enemigos de la parte septentrional. La dignidad de César con que condecoró á su hijo, era la segunda dignidad y el más próximo grado para subir á la silla imperial. El Oriente entero tembló ante el ejército de Caro. Sometiósele la Mesopotamia, y divididos los persas no pudieron resistirle. Mientras que todo esto sucedia, Caro fué muerto por un rayo. A fuerza de llorarle Numerino casi pierde la vista, ¡que el amor filial no deseaba subir al trono, sino que luengos años su padre le ocupase! Pero lejos de conmovérse á vista de un amor tan profundo, su suegro Aper le dió la muerte, Diocleciano vengó á Numerino, y logró por este medio ascender al imperio, que con tanto ardor habia deseado. Carino levantóse contra Diocleciano, y á pesar de su molicie pudo derrotarlo; (2) pero empeñándose en perseguir á los fugitivos, fué muerto por uno de los suyos que deseaba vengarse por haber Carino seducido á su muger.

Diocleciano, libre ya, gobernó con vigor, pero con una tiranía insoportable. Para resistir á tantos enemigos que se le levantaban por todos lados, nombró á Maximiniano emperador juntamente con él; pero no obstante este nombramiento, conservó Diocleciano la autoridad principal. Cada emperador fué un César; Constancio, Cloro y Galerio fueron elevados á este alto rango. Los cuatro príncipes apenas pudieron sostener el peso de tantas guerras. Diocleciano salió de Roma, cuya ciudad encontraba demasiado libre, y se estableció en Nicomedia, en donde se hizo adorar segun la costumbre de los pueblos del Oriente. Entretanto los persas, vencidos por

(1) Años de Jesucristo 283.

(2) Años de Jesucristo 285.

Galerio, abandonaron á los romanos grandes provincias y hasta reinos enteros. (1) Despues de tan grandes sucesos, Galerio no quiso estar sujeto á otros, y desdeñó el nombre de César. Comenzó por intimidar á Maximiniano. Una larga enfermedad habia abatido el ánimo de Diocleciano, y Galerio, aunque yerno suyo, pensó apoderarse del imperio é hizo que Maximiniano siguiese su ejemplo. (2)

De este modo el imperio quedó en manos de Constancio Cloro y de Galerio, (3) y dos nuevos Césares, Severo y Maximino, fueron creados en vez de los dos emperadores depuestos. Las Galias, la España y la Britania fueron dichas bajo el gobierno de Constancio Cloro, aunque desgraciadamente esta dicha solo por poco tiempo la pudieron disfrutar. Enemigo de las exacciones y de los tributos onerosos, fué acusado de arruinar el tesoro imperial, y entonces dijo él que tenia inmensos tesoros, y que estos eran la buena voluntad de sus súbditos. El resto del imperio sufrió mucho, oprimido por tanto emperador y tanto César; los gefes y oficiales con tanto príncipe se multiplicaron extraordinariamente, y los tributos abrumaban los pueblos. (4)

El jóven Constantino, hijo de Constancio Cloro, se hacia muy célebre, pero se hallaba en poder de Galerio. Envidioso éste de su gloria, le esponia todos los dias á peligrosas empresas. Le hizo combatir con fieras como una especie de juego; pero Galerio no era menos de temer que los animales feroces. Constantino pudo escapar; fuese para con su padre, y hallóle moribundo. Por este mismo tiempo Magencio, (5) hijo de Maximiniano y yerno de Galerio, se hizo coronar emperador en Roma, á pesar de vivir aun su suegro, y las divisiones intestinas se unieron á los ya numerosos males del Estado. El busto ó retrato de Constantino, que acababa de suceder á su padre, llevado que fué á Roma, fué sacado de allí de órden de Magencio. La recepcion de estas imágenes era la forma ordinaria de reconocer á los nuevos príncipes. Rechazada la de Constantino por Magencio, se prepararon ambos á guerrear. El César Severo, á quien Galerio envió contra Magencio, le puso en Roma en gran

(1) Años de Jesucristo 297.

(2) Eusebio, *Hist. Eccles.*, lib. 8, 13. *Orat. Const. ad. Sanct. cat.* 25. *Lact. de Mort. Persec.*, cap. 17, 18.

(3) Años de Jesucristo 304.

(4) *Lact. id.*, cap. 24.

(5) Años de Jesucristo 306.

aprieto. (1) Lleno Magencio de miedo, llamó en su auxilio á su padre Maximiniano. El viejo ambicioso salió de su retiro en donde estaba, á su pesar, y trató en vano de hacer salir á Diocleciano, su colega, del jardin que cultivaba en Salone. Al nombre de Maximiniano, emperador por segunda vez, los soldados de Severo le abandonan. El viejo emperador le manda matar, y para obligar á Constantino á ir contra Galerio, le dá á su hija Fausta en matrimonio. Despues de la muerte de Severo, para contar un apoyo con que combatir á Galerio, fué nombrado Licinio emperador; pero esto picó el amor propio de Maximino, que en su calidad de César, se creyó mas próximo á obtener este honor. Nada pudo persuadir á someter á Licinio, y él se hizo independiente en el Oriente. Ya no le quedaba á Galerio sino la Illiria, y allí se retiró despues de haber sido arrojado de Italia.

El resto del Occidente obedecia á Maximiniano, á su hijo Magencio y á su yerno Constantino. Maximiniano no quiso por compañeros en el imperio á sus hijos, así como no habia querido antes á los extranjeros. Pretendió echar de Roma á su hijo Magencio, pero éste echó á su padre. Constantino, que le recibió en las Galias, no le encontró menos pérfido. Despues de diversos atentados, Maximiniano tramó una conjuracion, en la cual creyó engañar á su hija Fausta para que tambien ésta fuese contraria á su marido. Fausta le engañó, y Maximiniano, que creia haber muerto á Constantino, se encontró con que el muerto era un eunuco que se habia acostado en el lecho de su amo. Maximiniano dióse á sí mismo la muerte.

Encendióse una nueva guerra, pues Magencio, bajo pretexto de vengar á su padre, (2) se declaró contra Constantino, y éste marchó á Roma con sus tropas. (3) Al mismo tiempo hacia derribar las estátuas de Maximiniano, y las de Diocleciano, que estaban juntas con las anteriores, fueron tambien derribadas. El reposo de Diocleciano se turbó con este menosprecio, y algun tiempo despues murió, mas bien de pesadumbre que de vejez.

En este tiempo Roma, siempre enemiga del cristianismo, hizo un último esfuerzo para abolirle y estinguirle. Galerio, señalado en la historia como el autor de la última persecucion, (4) dos años

(1) *Lact. de Mort. Persec.*, cap. 26, 27.

(2) *Años de Jesucristo* 312.

(3) *Lact. de Mort. Persec.*, cap. 42, 43.

(4) *Eusebio, Hist. Eccles.*, lib. 8, cap. 16. *De vita Constan.*, lib. 1, cap. 57.

antes de que hubiese obligado á Diocleciano á retirarse, le apremió para que publicase aquel sangriento edicto que ordenaba fuesen los cristianos perseguidos, pero de una manera mas violenta y cruel que en las anteriores persecuciones. Maximiano, que les odiaba y aborrecia, no habia cesado jamás de atormentarles, animando á los jueces y verdugos; pero su persecucion, por cruel que fuese, no igualaba á la de Galerio y Maximino. Todos los dias se inventaban nuevos suplicios, á cual mas horrendos. La castidad de las puras vírgenes cristianas no era menos atacada que su fé. Se buscaban los libros sagrados con un furor extraordinario para abolir hasta la memoria del cristianismo, y los cristianos no osaban tenerlos en sus casas. Despues de trescientos años de persecucion, el odio y la saña de los verdugos era mas fuerte y rencorosa que el primer dia. Los cristianos llegaron á cansarles por su paciencia. Los pueblos, admirados al ver su constancia y su irrepreensible vida, se convertian de una manera asombrosa. Galerio desesperó ya de poderles vencer. Enferma de un mal extraordinario y raro, revoca sus sanguinarios edictos, (1) y muere lo mismo que Autsocho y haciendo una falsa penitencia. Maximino continúa la persecucion, pero Constantino el Grande, príncipe sábio, á la par que victorioso, abraza públicamente el cristianismo. (2)

UNDÉCIMA ÉPOCA.

CONSTANTINO Ó LA PAZ DE LA IGLESIA.

La célebre declaracion de Constantino aconteció el año 312 de la era cristiana. Cuando sitiaba á Magencio en Roma una cruz luminosa (3) aparece en el aire ante él y su ejército con una inscrip-

(1) Años de Jesucristo 311.

(2) Años de Jesucristo 312.

(3) *El emperador Constantino pasaba los Alpes, pensando únicamente en la guerra que iba á emprender. Convencido de la inutilidad de ofrecer sacrificios por el buen éxito de la empresa á los dioses que los romanos adoraban, reflexionó que el Dios Autor de la naturaleza era aquel á quien su padre veneraba, y el único Dios verdadero. Persuadido de esto, vió un dia en el cielo, y á la hora de medio dia, una hermosa cruz, cerca de la cual estaban escritas estas palabras: «IN HOC SIGNO VINCES.» (con esta señal vencerás;) y este prodigio, que llevó á Constantino de admiracion y sorpresa, fué visto tambien por otros muchos del ejército. Desde entonces el lábaro de Constan-*

cion al rededor en la cual le prometía la victoria; y esto mismo se le confirmó en un sueño que tuvo. Al día siguiente ganó esta célebre batalla, que libró á Roma de un tirano, y á la Iglesia de un perseguidor. Desde entonces fué la cruz la defensa del pueblo romano y del imperio. Poco despues fué Maximino vencido por Licinio, puesto de acuerdo con Constantino, y tuvo un fin semejante al de Galerio. La paz fué dada á la Iglesia, colmándola Constantino de honores. La victoria le siguió por todas partes y los bárbaros fueron reprimidos, tanto por él como por sus hijos. Licinio tuvo algunas diferencias con Constantino, y con este motivo renovó la persecucion; pero batido por mar y por tierra, (1) le fué forzoso abandonar el imperio y aun perder la vida.

Por entonces Constantino congregaba en Nycea, en la Bythinia, el primer concilio general, (2) y en el que trescientos diez y ocho obispos, que representaban toda la Iglesia, condenaron al sacerdote Arrio enemigo de la divinidad del *Hijo de Dios*, y compusieron el «*símbolo de la fé*,» en el que establecieron la consustanciabilidad *del Padre y del Hijo*. Los sacerdotes de la Iglesia romana enviados por el papa San Silvestre, precedieron á todos los obispos en esta asamblea, y un antiguo autor griego (3) incluye entre los legados de la Santa Sede al célebre Osio, obispo de Córdoba, que fué quien presidió el concilio. Constantino asistió á las sesiones, y recibió las decisiones como un oráculo de la divinidad. Los errores de los arrianos fueron condenados, y estos disimularon por entonces.

Mientras que el valor de Constantino mantenía tranquilo el imperio, (4) el reposo de su familia fué turbado por los artificios de su muger Fausta. Crispo, hijo de Constantino, aunque no de Fausta, fué acusado por ésta de haber pretendido seducirla, y su padre mostróse inflexible con él. Su muerte fué bien pronto vengada. Fausta, convicta, fué ahogada en el baño. Pero Constantino, deshonorado por el adulterio de su muger, recibió al mismo tiempo muchos ho-

tino fué el estandarte del imperio, que hasta entonces habia estado adornado de atributos gentílicos, y Constantino substituyó á ellos la cruz y las dos letras griegas X y P. (N. del T.)

(1) Años de Jesucristo 324.

(2) Años de Jesucristo 325.

(3) *Geogr. Byzic.*, *Historia del concilio de Nicea*, lib. 4, cap. 6, 27.

(4) Años de Jesucristo 325.

nores por la piedad de su madre. Ella descubrió en las ruinas de la antigua Jerusalem la verdadera cruz fecunda en milagros. El Santo Sepulcro fué tambien encontrado. La nueva ciudad de Jerusalem que Adriano habia mandado edificar, la gruta ó cueva de Bethleem en donde habia nacido el Salvador del mundo, y todos los demás lugares santos fueron adornados con soberbios templos por Elena y por Constantino. Cuatro años despues el emperador reedificó á Byzanthio, (1) llamada de su nombre Constantinopla, á la que hizo la segunda ciudad del imperio.

La Iglesia, tan pacífica bajo Constantino, fué cruelmente aflagrada en la Persia, y una infinidad de mártires se señalaron por su fé, no menos que por su constancia. (2) El emperador trató en vano de apaciguar á Sapor su rey y de atraerlo al cristianismo; la protección de Constantino solo sirvió para ofrecer á los perseguidos cristianos una guarida ó algun asilo. Este príncipe bendecido por la Iglesia murió lleno de alegría y de esperanza despues de repartir el imperio entre sus tres hijos, Constantino, Constante y Constancio. La paz y concordia fué turbada muy luego. Constantino murió en la guerra que le hizo á su hermano Constante por cuestiones sobre los límites de sus respectivos estados. Este y Constancio estuvieron tambien unidos por poco tiempo. Constante sostuvo la fé promulgada en el concilio de Nicea contra Constancio que la combatia. Entonces era cuando admiraba la Iglesia los largos padecimientos del patriarca de Alejandria San Atanasio, defensor ardiente del concilio de Nicea. Echado de su silla episcopal por Constancio, (3) fué en ella restablecido canónicamente por el sumo pontífice Julio I, apoyando Constante este decreto. (4) Este escelente emperador no vivió por desgracia mucho tiempo. El tirano Magencio le mató por traicion; (5) pero muy pronto, vencido por Constancio, se dió á sí mismo la muerte. (6)

En la batalla en que pereció, Valeno, obispo arriano, avisado secretamente por sus amigos, díjole á Constante que el ejército del tirano estaba destruido y disperso, y le hizo creer al débil empera-

(1) Años de Jesucristo 330.

(2) Años de Jesucristo 336.

(3) Años de Jesucristo 341.

(4) *Scor. Hist. Eccles., lib. 2, cap. 15, Sozom., lib. 3, cap. 8.*

(5) Años de Jesucristo 350.

(6) Años de Jesucristo 351.

dor que lo sabia por revelacion divina. Persuadido de esto Constante apoyó á los arrianos; los obispos ortodoxos fueron echados de sus sillas; toda la Iglesia se llenó de confusion y espanto; el papa Liberio, aunque d-sterrado, se mantuvo firme; los tormentos hicieron sucumbir al anciano Osio, obispo de Córdoba, sostén firmísimo y columna inquebrantable de la Iglesia; cerróse luego el concilio de Rímíni en medio de grandes violencias, y la autoridad del emperador era la sola y única ley; pero los arrianos nunca pudieron ponerse de acuerdo entre sí, y así es que todos los días cambiaban su símbolo: la fé de Nicea subsistió, San Atanasio y San Hilario, obispo de Poitiers, sus principales defensores, se hicieron célebres en toda la tierra.

Mientras que el emperador Constancio, ocupado en los negocios del arrianismo, se cuidaba poco de los asuntos del imperio, los persas consiguieron grandes ventajas; los alemanes y los francos amenazaban penetrar en las Galias. Juliano, pariente del emperador, los derrotó. El mismo Constancio marchó contra los sármatas, y despues de haberlos pnesto en precipitada y vergonzosa fuga se dirigió contra los persas. (1) Juliano se rebela contra el emperador, apóstata de la religion; muere Constancio, y Juliano que le sucede persigue á la Iglesia con un género de persecucion hasta entonces desconocido; excluye á los cristianos, no solamente de los honores y dignidades, si que tambien de los estudios y de las artes liberales, é imitando la disciplina santa de la iglesia, cree volver contra ella sus propias armas. Con el mismo pretesto de religion se ordenan los suplicios. Los cristianos permanecieron fieles á su emperador; pero la gloria que éste con tanto ardor buscaba, le perdió, pues empeñándose temerariamente en penetrar en la Persia, pereció allí. Su sucesor, Joviano, celoso cristiano, vió á punto de perecer y de arruinarse el imperio, y no encontró otro remedio para salvarle sino ajustar una paz, aunque afrentosa.

Despues de Joviano viene Valentiano, que continuó la guerra, á la que llevó á Graciano su hijo; mantuvo la disciplina militar, derrotó á los bárbaros, fortificó las fronteras del imperio, y protegió en el Occidente la fé promulgada en Nicea. Valente, su hermano, y al que hizo su colega en el imperio, la persiguió en el Oriente, pero no pudo alucinar ni tampoco abatir á los santos Basilio y Gregorio

(1) Años de Jesucristo 360.

Nazianceno, desesperando de poderles vencer. Algunos arrianos juntaron nuevos errores á los antiguos dogmas que sustentaban. Aerio, sacerdote arriano, es señalado en los escritos de los Santos Padres (1) como el autor de una nueva heregía por haber igualado la dignidad sacerdotal á la episcopal, y haber juzgado inútiles las plegarias y oblacones que ofrece la Iglesia por los difuntos. Otro de los errores de este heresiarca era el de contar entre los servidores de la ley ciertos jóvenes señalados y pretender que éstos siempre fuesen libres. Aerio vivia aun cuando San Epifanio se hizo célebre por su historia de las heregías, en donde están todas refutadas. San Martin fué hecho obispo de Tours, (2) y llenó todo el mundo con la fama de su santidad y de sus milagros, aun despues de muerto. Valentiniano murió despues de un discurso violento que hizo á los enemigos del imperio; su impetuosa cólera que le hacia temible á todos, le fué fatal á él mismo. Su sucesor Graciano vió sin envidia la elevacion de su hermano Valentiniano II, que se coronó emperador, aunque no tenia sino nueve años de edad. Su madre Justina, gran protectora de los hereges arrianos, gobernó durante su minoría.

Véanse ahora en pocos años maravillosos sucesos. La revuelta de los godos contra Valente, (3) y éste dejarse á los persas para reprimir á los rebeldes, unírsele Graciano despues de haber conseguido una señalada victoria sobre los alemanes. Valente, que quiere vencer él solo, precipita el combate y es muerto junto á Adrinópolis; los godos victoriosos le queman en la poblacion en que se habia retirado. Graciano, cargado con el peso, harto enojoso de los negocios del imperio, asoció al gran Teodosio, al que dejó el Oriente. Los godos son vencidos, todos los bárbaros se llenan de temor, y lo que Teodosio deseaba mas aun, las heregías macedónicas derivadas de la dividad del Espíritu Santo, fueron condenadas en el concilio de Constantinopla, (4) que el consentimiento del papa San Dámaso y de todo el Occidente que le llamó segundo ecuménico ó general.

Mientras Teodosio gobernaba con tanto esplendor el imperio, Graciano, que no era menos valiente ni menos piadoso, abandonado de sus tropas, compuestas de estranjeros y advenedizos, fué inmo-

(1) *S. Epifanio, lib. 3, hæc. Aug. hæc.*

(2) Años de Jesucristo 375.

(3) Años de Jesucristo 377.

(4) Años de Jesucristo 381.

lado al furor del tirano Magencio. La Iglesia y el imperio lloraron á tan buen príncipe; el tirano dominó las Galias y pareció contentarse con esta parte del imperio; la emperatriz Justina publicó con el nombre de su hijo algunos edictos en favor de los arrianos. San Ambrosio, obispo de Milan, no le opuso sino la sana doctrina católica, las oraciones y las penitencias, y con estas armas pudo conservar incólumes las basílicas que los hereges querían ocupar; y mas que esto aun, supo ganar el ánimo del jóven emperador. Entretanto Maximino se levanta y Justina no encuentra servidor mas fiel que el Santo Ambrosio, á quien injustamente habian tratado de rebelde, y le envia al tirano; pero sus vehementes discursos no logran apagarlo. El jóven Valentiniano se vé precisado á huir juntamente con su madre. Maximo se hace dueño de Roma, y restablece los sacrificios de los ídolos y dioses falsos por complacencia hácia el senado, cuyos miembros eran casi todos paganos. Despues que ocupó casi todo el Occidente, y cuando se creia pacífico del todo, Teodosio, auxiliado por los francos, le deshizo en la Panonia, sitiándole en Aquilea, en donde fué muerto por los soldados de Teodosio sin pretender éste impedirlo.

Dueño absoluto de los dos imperios, dejó el de Occidente á Valentiniano que no le gobernó largo tiempo. (1) Este jóven monarca elevó y abatió demasiado á Arbogasto, un capitán de los francos, valiente y desinteresado, pero capaz de mantener por toda clase de crímenes el poder que sobre las tropas habia adquirido. Elevó al tirano Eugenio, que no supo que discurrir y mató á Valentiniano porque no habia querido tener por maestro al soberbio Frana. Esta acción detestable aconteció en las Galias, cerca de Viena. San Ambrosio, á quien habia llamado el jóven emperador para recibir de su mano el bautismo, deploró mucho su pérdida. Su muerte no quedó impune, un milagro bien palpable dió la victoria á Teodosio sobre Eugenio y sobre los falsos dioses, cuyo culto habia restablecido este tirano; fué hecho prisionero (2) y fué preciso sacrificarle á la venganza pública y de este modo se abatía la rebelion. El fiero Arbogasto se dió á sí mismo la muerte primero que recurrir á la clemencia del vencedor, que se mostró clemente y magnánimo con todos los rebeldes.

(1) Años de Jesucristo 392.

(2) Años de Jesucristo 394.

Teodosio, ya único emperador, fué la alegría y la admiracion de todo el universo. Apoyó la religion y enmudecieron las heregias, hizo abolir los sacrificios impuros de los paganos, persiguió la molice y el vicio y puso coto á los gastos supérfluos é innecesarios. Confesaba humildemente sus faltas y las expiaba haciendo penitencia. Escuchó humildemente á San Ambrosio, célebre doctor de la Iglesia, que le reprendió su cólera, único defecto que tenia tan grande y esclarecido monarca. Siempre victorioso, jamás hizo la guerra á no ser en una necesidad estrema. Hizo dichosos á los pueblos y murió en paz. (1) Príncipe mas ilastre por su fé que por sus victorias.

En su tiempo San Gerónimo retirado en la gruta de Bethleem (2) emprendió inmensos y colosales trabajos para esplicar la Santa Escritura, leyó todas sus interpretaciones, consultó cuantas historias sagradas y profanas la podian esclarecer, y compuso sobre el original hebreo la version de la Biblia, que toda la Iglesia ha recibido con el nombre de la *Vulgata*.

El imperio que parece invencible bajo Teodosio, cambia poco á poco bajo sus hijos, Arcadio en el Oriente y Honorio en el Occidente. Los dos gobiernan por medio de sus ministros, que mas cuidan de sus particulares intereses que de la gobernacion justa y acertada. Rufino y Eutropio, sucesivamente favoritos de Arcadio, y tan malos el uno como el otro, perecen muy pronto, (3) y los asuntos del reino están completamente abandonados gobernando tan débil príncipe. Su muger Eudoxia hace que persiga á San Juan Crisóstomo, patriarca de Antiochía, lumbrera y esplendor del Oriente. (4) El papa San Inocencio apoya y sostiene á tan gran prelado, y condena y anatematiza á Teóphilo, patriarca de Alejandría y cómplice en las violencias de la Emperatriz.

En este tiempo comienzan los bárbaros á invadir el Occidente; Radagasio, godo y gentil, asoló y destruyó la Italia. Los vándalos, nacion de origen godo, y que profesaba el arrianismo, ocuparon una parte de la Galia y pasaron despues á España, pasándolo todo á sangre y fuego. Alarico, rey de los visigodos, pueblo arriano tambien,

(1) Años de Jesucristo 395.

(2) Años de Jesucristo 386.

(3) Años de Jesucristo 399.

(4) *Crisóstomo equivale á boca de oro; y llamósele asi por su veheméntisima elocuencia y su uncion evangélica.* (N. del T.)

obliga á Honorio á cederle gran parte de sus provincias, las que son ocupadas por ellos. El valiente general Stilicon, á pesar de tan gran número de bárbaros, logra batirlos y derrotarlos, y por este medio se sostiene algo el carcomido imperio romano que Stilicon deseaba gobernar como rey y no como general.

Mientras esto sucedía murió Arcadio; (1) y estaba entonces el Oriente tan desprovisto de personas de valimiento y talento, que puso á su hijo Teodosio, que contaba ocho años de edad, bajo la tutela de Isdegerde, rey de Persia; pero Pulqueria, hermana de Teodosio, fué muger de gran talento y capaz de dirigir el imperio, el que se sostuvo por la prudencia y piedad de tan gran princesa.

El imperio de Occidente ó de Honorio estaba muy próximo á su ruina. El emperador mandó matar á Stilicon y no supo ó no pudo poner en su lugar á un ministro tan hábil como el general romano. La rebelion de Constantino, la pérdida de la Galia y de la España (2) y la toma y saqueo de Roma por las tropas de Alarico, fueron todo consecuencias de la muerte de Stilicon. Athaulfo, mas furioso que Alarico, tomó de nuevo á Roma; todo su afan era abolir el nombre romano, pero para dicha del imperio, vió á Placidia, hermana del emperador, y esta princesa con quien casó, dulcificó su carácter. Los godos consiguieron avenirse con los romanos y se establecieron en España (3) reservándose en las Galias las provincias inmediatas á los Pirineos. Su rey Wala condújose sábio y grande en sus empresas. La España demostró entonces su constancia, y su fé no se alteró no obstante la dominacion de los visigodos que eran todos arrianos.

Entretanto los borgoñones, pueblos germánicos, ocuparon las orillas del Rhin, de donde fueron saliendo poco á poco y ocupando el país que lleva todavía su nombre. Los francos, resueltos á apoderarse de las Galias, elevaron al trono á Faramundo, hijo de Marcomir; y la monarquía francesa, la mas antigua y mas noble de cuantas hay en el mundo, comienza en Faramundo. (4)

(1) Años de Jesucristo 408.

(2) Años de Jesucristo 409.

(3) Años de Jesucristo 414.

(4) *La monarquía francesa ni es la mas noble ni la mas antigua del mundo. Si por monarcas nobles se entienden los que gobiernan las naciones con arreglo á los sanos principios de la moral y del derecho, la España en las diversas dinastías que la han regido y gobernado, puede presentar mayor número de reyes nobles, generosos, esforzados é invictos que ninguna otra nacion*

El desgraciado Honorio murió sin hijos y sin nombrar ningún sucesor. Teodosio, hijo de Arcadio y emperador del Oriente, nombró emperador de Occidente á su primo Valentiniano III, hijo de Placidia y de Constancio, segundo marido de Placidia, y le puso durante su menor edad bajo la tutela de su madre á quien dió el título de emperatriz.

En estos tiempos Celestio y Pelagio negaron el *pecado original* (1) y la *gracia* en virtud de la cual somos cristianos. A pesar de las pruebas que presentaron en apoyo de su doctrina, los concilios de Africa les condenaron. (2) Los Pontífices San Inocencio y San Zózimo y despues San Celestino, autorizaron la condenacion, la que estendieron por todo el universo. San Agustin confundia estas peligrosas heregias y alumbraba á la Iglesia entera con sus admirables escritos. (3) El mismo San Agustin, secundado por su discípulo San Próspero, pulverizó á los semi-pelagianos, que atribuian el principio de la *justificacion de la fé* á las solas fuerzas del *libre albedrio*.

Un siglo tan desgraciado para el imperio y en el que se levantaron tantas heregias, no dejó de ser dichoso para el cristianismo. Nada le confunde ni le tarba, ninguna heregia altera en lo mas mínimo su sana doctrina. La Iglesia fecunda en grandes hombres confunde todos los errores. Despues de las persecuciones Diosse complacia en hacer esclarecer la gloria de sus mártires. Todas las historias y todos los escritos de aquellos tiempos están llenos de los milagros por ellos obrados, y aun despues de muertos el sitio donde descansaba su cuerpo era fecundo en obras sobrenaturales y celebrado en

del universo. ¿ En qué nacion encontraremos como dechado de fé y de heróico ardimiento á un Pelayo, á un Alfonso el Católico, á un Jaime el Conquistador, á un Fernando el Santo, á un Alfonso el Magnánimo, á un Felipe el Prudente? ¿ En qué nacion encontraremos reyes que hayan hecho la felicidad de sus pueblos como un Recaredo, un Wamba, un Fernando VI y un Carlos III? La Francia de Felipe el Hermoso y de Luis el Magno, de Francisco el Caballero y de Enrique el Grande, es muy inferior á la España de Recaredo, y de los reyes Católicos, de Carlos I y Felipe II. En cuanto á la antigüedad de la monarquia, el primer monarca frances, Meroveo, (pues Faramundo no fué rey sino jefe ó caudillo de las hordas bárbaras llamadas francos saliseos) fué reconocido como rey en 448 cuando España constituida monarquia desde 414 habia tenido á los reyes Ataulfo, Sigerico, Walfia y Teodoro. (N. del T.)

(1) Años de Jesucristo 411.

(2) Años de Jesucristo 416.

(3) Entre los admirables escritos del gran padre de la Iglesia San Agustin, ha alcanzado justa y merecida fama su obra inmortal La Ciudad de Dios, modelo de filosofia de la historia. (N. del T.)

toda la tierra. Vigilance que se oponia á estos sentimientos tan justos, refutado que fué por San Gerónimo no encontró prosélitos. La fé cristiana se afirmaba y se estendia de dia en dia.

No sucedia lo mismo con el imperio de Occidente atacado por tantos y tan multiplicados enemigos, y como si no bastase esto fué debilitado por las envidias de sus generales. Por las maquinaciones y artificios de Aecio, Bonifacio, conde (gobernador) de Africa, se hizo sospechoso á Placidia (1) y ofendido por esto hizo venir de España á Genserico y los vándalos, quienes eran perseguidos por los godos, y se arrepintió luego aunque tarde pues se apoderaron del Africa.

La Iglesia sufría males infinitos por las violencias de los arrianos y vió coronar de gloria multitud de mártires. Dos furiosos hereges se levantaron en este tiempo. Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividia la persona de Jesucristo, y veinte años despues el abad Eutiquio confundia las dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandría, se opuso á Nestorio (2) que fué condenado por el Papa San Celestino. El concilio de Efeso, (3) tercero general, en ejecucion de esta sentencia, depuso á Nestorio y confirmó los decretos de San Celestino, á quien llamaron padre los obispos reunidos.

La Santisima Virgen María fué reconocida como MADRE DE DIOS y la doctrina de San Cirilo fué celebrada por toda la tierra. Teodosio, despues de algunas dudas y vacilaciones se sometió al concilio y abandonó á Nestorio. Eutyches que no pudiendo combatir esta heregía cayó en otra, no fué menos despreciado. El papa San Leon el Grande le condenó despues de refutarle su doctrina en una epístola que fué reverenciada en todo el universo. El concilio de Calcedonia, cuarto general, en el que este gran papa tenia la primera silla, ocupando el primer lugar tanto por su autoridad como por su doctrina y elocuencia, anatematizó á Eutyches y á su protector Dioscoro, patriarca de Alejandría. La Carta del concilio á San Leon hace ver que este papa presidia por medio de sus legados como un gefe á sus subordinados. El emperador Marciano asistió á esta gran asamblea siguiendo el ejemplo de su ilustre antecesor Constantino, y recibió sus decisiones con el mismo respeto. Un poco antes Pulqueria le habia elevado al imperio casándose con él,

(1) Años de Jesucristo 427.

(2) Años de Jesucristo 430.

(3) Años de Jesucristo 431.

pues Pulqueria habia sido reconocida emperatriz despues de la muerte de su hermano que no habia dejado hijos. Era preciso que el imperio tuviese un dueño, y la virtud de Marciano le hizo ascender al imperio. Durante la época de estos dos concilios, Teodoreto, obispo de Cyr, se hizo célebre y su doctrina seria sin tacha, si los violentos escritos que publicó contra San Cirilo no tuviesen necesidad de grandes esclarecimientos. De todos modos él los publicó de buena fé, y así fué contado entre los obispos ortodoxos.

Los galos comenzaban á reconocer á los francos. Aecio les habia defendido contra Faramundo y contra Clodion el Cabelludo, pero Meroveo fué mas dichoso, se estableció muy fuertemente poco mas ó menos en el mismo tiempo en que los ingleses, pueblos de origen sajón, ocuparon la Gran Bretaña, diéronle su nombre y fundaron allí varios reinos.

Entretanto los hunos que habitaban en las orillas del Palus Meotis (1) desolaron todo el universo con sus innumerables é indisciplinadas hordas conducidas por Atila su rey, el mas horrible y espantoso de los hombres. (2) Aecio que le derrotó en las Galias, no pudo impedir que asolase y destruyese la Italia. Las islas del mar Adriático sirvieron de refugio y asilo á cuantos huian de su furor, y de esta manera se fundó Venecia en medio de las aguas. El papa San Leon, mas fuerte que Aecio y que los ejércitos romanos, logró hacerse respetar de este rey bárbaro y pagano, y salvó á Roma del pillaje y del saqueo, pero estuvo muy luego despues espuesta al robo y al incendio por las travesuras y crueldades de su emperador Valentiniano. Máximo, cuya muger habia violado Valentiniano, buscó la manera de perderle, y aunque disimulando su dolor y aun haciendo un mérito en complacerle. Por sus engañosos consejos el ciego emperador hizo matar á Aecio, el único que podia defender el imperio. Máximo, verdadero autor de esta muerte, inspiró deseos de venganza en los amigos de Aecio, y concluyó por hacer matar al emperador. Máximo usurpó la corona y logró obligar á la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio el jóven, á que se desposase con él. Para evadirse de este compromiso se echó en brazos de Genserico. Roma fué presa del bárbaro y el papa San Leon fué el único que lo-

(1) *El Palus Meotis es el actual mar de Azof, al N. del mar Negro y al S. de la Rusia europea.* (N. del T.)

(2) *Atila se llamaba á sí mismo «el azote de Dios» y decia que allí donde ponía los pies su caballo no volvia á crecer la yerba.* (N. del T.)

gró impedir el que lo llevase todo á sangre y fuego; el pueblo logró mover á dolor á Máximo, y este fué el único consuelo que recibió en medio de sus males.

En el Occidente todo se trastornaba mas y mas. Viéronse levantarse y caer casi á un tiempo muchos emperadores. Majorien (1) fué el mas ilustre de todos. Avito (2) no adquirió gran fama ni reputacion, y un obispo fué quien le salvó la vida. No se pudieron defender las Galias contra Meroveo ni contra Childerico su hijo; y este último estuvo á punto de perecer por sus crueldades. Sin embargo, sus enemigos le temieron por su valor, y sus conquistas se estendieron sobre una buena parte de las Galias. El imperio de Oriente estaba muy pacífico bajo el mando de Leon, (3) de nacion tracio, sucesor de Marciano, y bajo Zenon, yerno y sucesor de Leon. (4) La sublevacion de Basílisco, (5) oprimida muy luego, no causó gran inquietud á Zenon, pero el imperio de Occidente parecia sin remedio. Augusto, á quien se denominó Augústulo, hijo de Oreste, fué el último emperador reconocido en Roma, y éste fué muy luego depuesto por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran unos pueblos venidos del Ponto Euxino (6) y cuya dominacion no fué muy larga.

En el Oriente, el emperador Zenon quiso señalarse de una manera inaudita. Fué el primero de los emperadores que quiso regular las cuestiones de la fé. Mientras que los semi-entichianos se oponian al concilio de Calcedonia, publicó contra este mismo concilio su Henotique, es decir su decreto de union, detestado por los católicos y condenado por el papa Felix III. Los hérulos fueron muy luego echados de Roma por Teodorico, rey de los ostrogodos (7) ó de los godes orientales, el cual fundó el reino de Italia, (8) y aunque arriano, dejó libre á sus súbditos el ejercicio y prácticas de la religion cristiana. El emperador Anastasio la afligió y persiguió en Oriente. Quiso seguir las mismas huellas que su predecesor Zenon, y apoyó las sectas heréticas, por esto se enagenó el cariño de sus

(1) Años de Jesucristo 456.

(2) Años de Jesucristo 457.

(3) Años de Jesucristo 474.

(4) Años de Jesucristo 475.

(5) Años de Jesucristo 476.

(6) *El Ponto Euxino es el actual mar Negro al S. de la Rusia europea.*
(N. del T.)

(7) Años de Jesucristo 490.

(8) Años de Jesucristo 491.

súbditos y el afecto de sus pueblos, y ya no pudo nunca recobrarlo imponiéndoles onerosos impuestos. La Italia obedecía á Teodorico; Odoacro, prisionero en Rávena, trató de salvarse por medio de un tratado que Teodorico no quiso aceptar; y los hérulos se vieron obligados á abandonar todos los países que dominaban y poseían. Teodorico además de la Italia poseía también la Provenza, y en este tiempo, San Benito, retirado en un desierto de la Italia, (1) comenzó desde sus más tiernos años á practicar las santas máximas y preceptos, sobre los que luego compuso su regla; regla que los monjes de Occidente recibieron con el mismo respeto que los de Oriente habían aceptado la de San Basilio.

Los romanos perdieron definitivamente las Galias por las victorias de Clovis, hijo de Childerico. (2) Este ganó á los alemanes la batalla de Tolbiac por el voto que hizo de abrazar la religion cristiana, vencido por los ruegos de su muger la santa reina Clotilde. Esta descendía de los reyes de Borgoña y fué católica celosísima á pesar de que su familia estaba inficionada de la secta arriana. Clovis, instruido por San Vasat, fué bautizado en Reims con todo su ejército por San Remigio, obispo de esta antigua metrópoli. El solo, entre todos los príncipes del mundo, sostuvo la fé católica y mereció el título de CRISTIANISIMO para él y sus sucesores. (3) Por la batalla en que por su propia mano mató á Alarico, rey de los visigodos, (4) fueron unidas á su reino Tolosa y Aquitania. Mas la victoria de los ostrogodos le impidió tomar todo el país hasta los Pirineos, y al fin de su reinado (5) terminó la gloria que se puede decir estaba en sus principios. Sus cuatro hijos se repartieron el reino, y no cesaron de combatirse unos á otros. Anastasio murió herido de un rayo.

Justino, de humilde cuna, pero valiente y hábil, y muy católico, fué elegido emperador por el Senado. (6) Sometióse con todo su pueblo á los decretos del papa San Hormisdas, y puso fin á las con-

(1) Años de Jesucristo 494.

(2) Años de Jesucristo 495.

(3) *El papa San Anastasio II dió á Clovis y á sus sucesores el título de reyes «Cristianísimos.» y cuando Carlomagno fué coronado en Roma emperador de Occidente, la Francia recibió el título de «hija primogénita de la Iglesia.» (N. del T.)*

(4) Años de Jesucristo 495.

(5) Años de Jesucristo 508.

(6) Años de Jesucristo 518.

fusiones entre la Iglesia y el Oriente. En su tiempo Boecio, (1) varón célebre por su doctrina, como igualmente por su nacimiento, y Symaco su suegro, elevados ambos á los cargos mas eminentes, fueron inmolados al furor y envidia de Teodorico, que sospechó conspiraban contra el Estado. El rey confuso y arrepentido de su crimen, creyó ver la cabeza de Symaco en un plato que se le sirvió en una comida, y murió algun tiempo despues. Amalasonte, su hija, y madre de Atalarico, que debia ser rey por muerte de su abuelo, fué impedida por los godos en hacer instruir al jóven príncipe como su nacimiento requeria, y obligada á abandonarle en compañía de jóvenes de su edad, vió que se perdía y se depravaba de dia en dia y no pudo poner remedio.

Al año siguiente (2) murió Justino, despues de haber asociado al imperio á su sobrino Justiniano, cuyo reinado es célebre por los trabajos de Triboniano, compilador del derecho romano, y por las hazañas de Belisario y del eunuco Narsés. Estos dos famosos capitanes reprimieron á los persas, deshicieron á los ostrogodos y á los vándalos, restituyeron á su dueño el Africa, la Italia y Roma; (3) pero el emperador, envidioso de la gloria que habian adquirido, y sin haber él tomado parte en sus trabajos, siempre les puso estorbos y no les envió socorros.

El reino de Francia iba en aumento. Despues de una larga guerra, Childeberto y Clotario, hijos de Clovis, conquistaron el reino de Borgoña, y al mismo tiempo inmolaron á su ambicion á los hijos menores de su hermano Clodomiro, y se repartieron entre los dos el reino. Algun tiempo despues, y mientras que Belisario atacaba tan vivamente á los ostrogodos, los que de esta nacion habia en las Galias fueron abandonados á los francos. La Francia se estendió entonces mucho por las orillas del Rhin, pero los repartimientos de los príncipes que formaban diversos reinos, impidieron que se reuniese bajo una misma dominacion. Sus principales partes fueron la Neustria, es decir la Francia occidental y la Australia, ó sea la Francia oriental.

En el mismo año que Roma fué tomada por Narsés, Justiniano hizo reunir en Constantinopla el quinto concilio ecuménico ó general, el cual confirmó lo autorizado por los precedentes, y con-

(1) Años de Jesucristo 526.

(2) Años de Jesucristo 527.

(3) Años de Jesucristo 529 á 533.

denó algunos escritos favorables á Nestorio, entre los que se contaban los tres capítulos llamados así, á causa de tres autores ya muertos hacia mucho tiempo, y cuyos escritos se agitaban mucho. Se condenaron tambien la memoria y los escritos de Teodoro, obispo de Mopsuete; una carta de Ibas, obispo de Edessa, y entre los escritos de Teodoro, muy especialmente los que habia compuesto contra San Cirilo; los libros de Orígenes, que turbaban el Oriente entero hacia ya mas de un siglo, fueron reprobados tambien. Este concilio, comenzado con malos deseos, tuvo una feliz conclusion, y fué recibido por la Santa Sede que estaba opuesta luego.

Dos años despues del concilio, (1) Narsés, que habia arrebatado la Italia á los godos, la defendió contra los francos, y consiguió una gran victoria sobre Bucelin, general de las tropas de la Austria; pero á pesar de todas estas ventajas la Italia no estuvo en guerra con los emperadores. Reinando Justino II, sobrino de Justiniano, (2) y despues de la muerte de Narsés, se fundó el reino de Lombardia por Alboin. Este tomó á Milan y á Pavía; (3) Roma y Rávena estuvieron á punto de caer en sus manos, y los lombardos hicieron sufrir á los romanos multitud de males. Roma fué mal socorrida por sus emperadores; pues los avaros, nacion scythica, los sarracenes pueblos de la Arabia y los persas estaban acechando de continuo el Oriente. Justino, que no creia en nada sino en sí mismo y en sus pasiones, fué siempre batido por los persas y por su rey Chosroes. Turbóse de tal manera por las pérdidas sufridas, que perdió el juicio, y su muger Sofía sostuvo el imperio. El desgraciado monarca recobró, aunque muy tarde, el entendimiento, y reconoció á su muerte la malicia de sus cortesanos aduladores y lisonjeros. Despues de él Tiberio II, al que habia nombrado emperador, reprimió á los enemigos, alivió á los pueblos, y se enriqueció por las cuantiosas limosnas que hacia. Las victorias de Mauricio Capadocio, general de sus tropas, (4) hicieron morir de despecho al soberbio Chosroes. Ellas fueron recompensadas por medio del imperio que Tiberio le dió á su muerte, (5) juntamente con su hija Constantina.

(1) Años de Jesucristo 555.

(2) Años de Jesucristo 568.

(3) Años de Jesucristo 570.

(4) Años de Jesucristo 581.

(5) Años de Jesucristo 583.

En este tiempo la ambiciosa Fredegunda, muger del rey Childerico I, puso en combustion la Francia entera, y no cesó nunca de escitar guerras crueles entre los reyes francos.

En medio de las desgracias de la Italia, y mientras que Roma era afligida por una peste espantosa, San Gregorio el Grande fué elevado, á su pesar, á la silla de San Pedro. Este gran pontífice aplacó con sus fervorosas plegarias é incesantes oraciones, la peste que afligia á los romanos, instruyó á los emperadores, y todo parecia hacer volver á la silla de Pedro la obediencia que le es debida; consoló al Africa y la fortificó en la fé; confirmó en España á los visigodos convertidos del arrianismo y á su rey Recaredo que acababa de entrar en el seno de la Iglesia; (1) convirtió la Inglaterra; reformó la disciplina en la Francia, cuyos reyes exaltó; aplacó á los lombardos; salvó á Roma y tambien la Italia, á la que no pudieron socorrer los emperadores; reprimió el orgullo naciente de los patriarcas de Constantinopla; esclareció toda la Iglesia por su maravillosa y santa doctrina; gobernó el Oriente y el Occidente con tanto vigor como humildad, y dió al mundo un cumplido y perfecto modelo de gobierno eclesiástico.

La historia de la Iglesia no tiene nada mas bello que la entrada del santo monge Agustin en el reino de Kent con cuarenta de sus compañeros que, precedidos de la cruz y de la imágen del Salvador del mundo Nuestro Señor Jesucristo, hacian votos solemnes por la conversion de la Inglaterra. San Gregorio, que les habia enviado, les instruyó por medio de unas cartas verdaderamente apostólicas, y enseñó á San Agustin á temblar en medio de los milagros continuos que Dios hacia por su ministerio. Berta, princesa de Francia, pudo atraer al cristianismo al rey Edilberto, su marido. Los reyes de Francia y la reina Brunehaut protegieron eficazmente la nueva mision enviada á la Inglaterra; los obispos de Francia tambien entraron en esta buena obra, y fueron ellos los que por órden del papa (2) consagraron á San Agustin. El refuerzo que San Gregorio

(1) *Los primeros reyes de España, comenzando por Ataulfo, estaban inficionados de la heregia arriana. San Hermenegildo, hijo del rey godo Leovigildo, fué el primer principe español que abrazó la religion católica; pero no subió al trono, pues despues de atroces persecuciones, su mismo padre mandó quitarle la vida. Recaredo, su hermano, convertido por San Leandro, abrazó públicamente el cristianismo en el tercer concilio toledano el 8 de Mayo de 589. (N. del T.)*

(2) Años de Jesucristo 601.

envió al nuevo obispo produjo nuevos frutos, y la Iglesia anglicana tomó entonces su forma. El emperador Mauricio, habiendo sentido la fidelidad del santo pontífice, se corrigió por sus avisos; y recibió de él esta alabanza, tan digna de un príncipe cristiano, «que la boca de los hereges no osaba á abrirse en su tiempo.» Un emperador tan piadoso cometió empero una gran falta; un número infinito de romanos perecieron en manos de los bárbaros, y no pudieron rescatarse por pedir un escudo por cabeza. Se vió inmediatamente la penitencia, y los remordimientos del buen emperador, los ruegos que elevaba á Dios para que le castigase en este mundo mas bien que en el otro, la rebelion de Focas, que degolló ante sus ojos á toda su familia, y Mauricio, que fué muerto el último, no dijo otra cosa al caer en sus manos que este versículo del salmista: «Vos sois justo, ¡oh Señor! y todos vuestros juicios son muy derechos.» (1) Focas, elevado al imperio por una accion tan detestable, trató de ganar el afecto de los pueblos honrando la Santa Sede, cuyos privilegios confirmó; pero su sentencia estaba pronunciada. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de Africa, marchó contra él. Entonces Focas sintió que frecuentemente las travesuras perjudican mas á los príncipes que las crueldades; pues Photin, á quien habia arrebatado la muger, le entregó á Heraclio, y éste le mandó matar.

La Francia contempló un poco despues una tragedia mucho mas estraña. La reina Brunehaut, que libró á Clotario II, fué inmolada á la ambicion de este príncipe; su memoria fué detractada, y su virtud, tan loada por San Gregorio, apenas pudo hallar alguna defensa.

El imperio entretanto estaba desolado. Chosroes II, rey de Persia, con pretesto de vengar á Mauricio, habia resuelto perder á Phocas, y arrebató á Heraclio algunos paises. Entonces el emperador fué batido y derrotado, y la cruz en que fué crucificado nuestro adorable Redentor, fué robada por los infieles. Cambia la suerte, siendo tan favorable para los romanos como antes les habia sido contraria. Heraclio vence en cinco batallas; la Persia es invadida por los romanos; Chosroes muere á manos de su propio hijo, y la santa cruz es rescatada.

Mientras que la pujanza y poderío de los persas era reprimida.

(1) *Salmos CXVIII, 137.*

del modo que hemos visto, un mal mucho mas grande se levantaba contra el imperio y contra toda la cristiandad en general. Mahoma se erigió en profeta entre los sarracenos, (1) y fué echado de la Meca por sus mismos habitantes. En esta huida comienza la famosa *egira* por la que computan sus años los mahometanos. El falso profeta ganó algunas batallas, y esta fué toda la señal de su mision. En el espacio de nueve años sometió toda la Arabia, de grado en algunas partes, por la fuerza en otras, y puso los fundamentos al imperio de los celebrados *califas*.

A estos males unióse la heregía de los monothelistas, (2) que por una rareza casi inconcebible reconocian dos naturalezas en nuestro Señor Jesucristo, y no querian encontrar sino una sola voluntad. El *hombre*, segun ellos, no significaba nada, y no habia en Jesucristo sino la sola voluntad del «*Verbo*.» Estas heregías escondieron sus errores con palabras ambiguas y frases pomposas, un falso amor de la paz les hizo proponer que no hablaban de una ni de dos voluntades. Engañaron con estos artificios al papa Honorio I, que participó de estos perniciosos manejos, y consintió en silencio esta mezcla de mentiras y verdades. Para colmo de tanto mal, (3) algun tiempo despues el emperador Heraclio quiso decidir la cuestion por medio de su poder y fuerza, y publicó su edicto ó esposicion favorable á los monothelistas. Pero los artificios de estas heregías fueron al fin descubiertos. El papa Juan IV condenó el edicto del emperador; mas Constante, nieto de Heraclio, (4) sostuvo el edicto de su abuelo por otro que publicó llamado Typo. La Santa Silla y el papa Teodoro se opusieron á este atentado que atacaba su jurisdiccion, y el papa Martin I congregó el concilio de Letran que anatematizó los edictos y condenó la heregía que los motivaba. San Máximo, célebre en todo el Oriente por su piedad y por su doctrina, introducido en la córte infestada por la naciente secta herética, reprendió abiertamente á los emperadores que habian osado entrometerse en las cuestiones relativas á la fé, y con este motivo sufrió atroces persecuciones por su laudabilísimo celo en la defensa de la religion católica. (5) El Sumo Pontífice, llevado siem-

(1) Años de Jesucristo 622.

(2) Años de Jesucristo 629.

(3) Años de Jesucristo 639.

(4) Años de Jesucristo 648.

(5) Años de Jesucristo 650.

pre de destierro en destierro, y tratado dura é inhumanamente por el emperador, murió en medio de grandes y contínuos padecimientos, (1) sin exhalar la menor queja, ni mostrarse débil y apocado.

Entretanto la nueva Iglesia anglicana, fortificada por los cuidados de los papas Bonifacio V y Honorio, se hacia ilustre y célebre por toda la tierra. Los milagros se multiplicaban, las virtudes iban en aumento como en los tiempos de los apóstoles, y no habia nada mas esclarecido que la santidad de los reyes. El rey Edwin abrazó con todo su pueblo (2) la religion, á la que debia las victorias conseguidas contra sus enemigos, y convirtió tambien á sus vecinos. Oswaldo sirvió de intérprete á los predicadores del Evangelio, y príncipe muy célebre por sus conquistas, prefirió á estas la gloria y singular dicha de ser cristiano. Los marcios fueron convertidos por el rey de Northumberland Oswin, sus sucesores y sus pueblos siguieron las mismas huellas, y las buenas obras que ejecutaron fueron innumerables.

Todo perecia en el Oriente, mientras que los emperadores malgastaban el tiempo en disputas religiosas ó en invencion de heregías, los sarracenos penetraban en el imperio. Ocuparon la Siria y la Palestina, como tambien la ciudad santa de Jerusalem: la Persia por las divisiones que la destrozaban tambien se les entregó, y casi sin resistencia penetraron en ella. Tambien invadieron el Africa, á la que muy luego convirtieron en una provincia suya; la isla de Chypre obedecia sus leyes, y en menos de treinta años juntaron todas estas conquistas á las que habia hecho su legislador el falso profeta Mahoma.

La Italia, desgraciada siempre, y siempre abandonada, gemia bajo la tiranía de los lombardos. Constante desesperó de poderlos arrojar de ella, y resolvió destruirla y asolarla ya que no podia defenderla. Mas cruel aun que los mismos lombardos, dirigióse á Roma con el objeto de apoderarse de los tesoros que albergaba en su recinto; sus iglesias no pudieron salvarse de esta depredacion: pasó despues á las islas de Cerdeña y Sicilia, las que asoló tambien, y habiéndose hecho odioso á todos, fué muerto por mano de uno de sus mismas tropas. Bajo su hijo Constantino el Barbudo, los sarracenos se apoderaron de la Cilicia y de la Lycia; Constantinopla, si-

(1) Años de Jesucristo 654.

(2) Años de Jesucristo 627.

tiada por ellos, solo pudo salvarse por un milagro; los búlgaros, pueblos vecinos á la embocadura del Volga, se unieron á tantos enemigos como oprimian el imperio, y ocuparon la parte de la Thracia, llamada despues Bulgaria, que era la antigua Mysia.

La Iglesia anglicana produjo nuevas iglesias, y San Wilfredo, obispo de Yorck, arrojado de su sede, convirtió la Frisa.

La Iglesia entera recibió nuevo esplendor con el concilio de Constantinopla, sexto general ó ecuménico, (1) en el que el papa San Agaton presidió por medio de sus legados, y esplicó la fé católica en una admirable carta. El concilio hirió con un mismo anatema á un obispo, célebre por su doctrina, á un patriarca de Alejandria, y á cuatro patriarcas de Constantinopla; es decir, á todos los autores de la secta de los monothelistas, sin esceptuar al papa Honorio que las habia atendido. Despues de la muerte de Agaton, que sucedió durante el concilio, el papa San Leon II confirmó las decisiones y recibió todos los anatemas. Constantino el Barbudo, imitador del gran Constantino y de Marciano, entró en el concilio siguiendo el ejemplo de sus ilustres antecesores, y como ellos hizo tambien su sumision, y fué honrado con los títulos de ortodoxo, religioso, pacífico emperador y restaurador de la religion. Sucedióle su hijo Justiniano II, niño aun. En este tiempo la fé se estendia por las regiones del Norte. San Kilien, enviado por el papa Conon, predicó el evangelio en la Franconia. (2) En tiempo del papa Sergio, Ceadual, uno de los reyes de Inglaterra fué en persona á Roma á reconocer á la Iglesia, cuya doctrina habia penetrado en su isla, y despues de recibir el bautismo por manos del papa, murió como habia deseado.

La casa de Clovis habia caido en una impotencia deplorable. Frecuentes minoridades habian dado ocasion para que los príncipes cayesen en una molicie, de la que no salian aun al ser mayores. Sucedió, pues, que salió una larga série de reyes *haraganes*, que solo tenian de rey el nombre, y cuyo poder y autoridad le ejercian unos *mayordomos de palacio*. Con este título gobernaba Pepino de Heristal, que elevó á sus descendientes á los mas altos puestos. Por su autoridad y despues del martirio de San Vigbert (3) la fé se estable-

(1) Años de Jesucristo 680.

(2) Años de Jesucristo 689.

(3) Años de Jesucristo 695.

ció en la Frisia, país que la Francia acababa de juntar á sus conquistadas. San Swibert, San Willebrod y otros varones apostólicos predicaron el evangelio por las vecinas provincias.

Entretanto habia terminado dichosamente la minoridad de Justiniano. Las victorias de Leoncio habian abatido á los sarracenos, y por ende restablecido la gloria del imperio en el Oriente. Mas este valeroso capitán, injustamente arrestado y luego puesto en libertad, vengóse cortando la nariz al emperador y arrojándole del trono. (1) Leoncio fué tratado de la misma manera por Tiberio, denominado Absimaro, el cual no duró tampoco mucho. Restablecido Justiniano en el trono, fué ingrato para con sus amigos; al paso que se vengó de sus enemigos, hízose muy temible, pero al fin fué muerto. Las imágenes de Filipico, su sucesor, no fueron recibidas en Roma (2) por el motivo de favorecer á los monothelistas, y ser declarado enemigo del sexto concilio ecuménico ó general. Entonces se aclamó en Constantinopla á Anastasio II, príncipe católico, y á Felipico le fueron sacados los ojos. (3)

Por esta época la molicie de los godos y las estragadas costumbres de su rey Rodrigo fueron causa de la invasion de los moros en la España. El conde Julian, para vengar á su hija, (4) de la que habia abusado Rodrigo, llamó á estos infieles y les favoreció en la invasion de la Península. Los sarracenos desembarcaron en la Bética con un ejército formidable, la España se les somete (5) y el imperio de los godos queda abolido. La Iglesia española pasó entonces por durísimas pruebas; pero del mismo modo que se habia conservado bajo los arrianos, se conservó bajo los infieles mahometa-

(1) Años de Jesucristo 694.

(2) Años de Jesucristo 711.

(3) Años de Jesucristo 713.

(4) Algunos historiadores niegan todo lo relativo á Florinda ó la «Caba» hija del conde D. Julian, y esplican la entrada de los moros en España del modo siguiente: Habiéndose Witiza hecho odioso á todos sus súbditos por sus crueldades y mas aun por su deshonestidad, fué arrojado del trono, y colocado en su lugar Rodrigo. Los hijos de Witiza, ayudados por algunos magnates (entre ellos el conde D. Julian,) proyectaron vengar á su padre y destruir á Rodrigo, y concertaron una alianza con los moros que debian servirles como aliados, y así es como se explica la defeccion de los hijos de Witiza en la batalla del Guadalete. Ya en España los moros de aliados de una parte de los españoles volviéronse dominadores y resolvieron la conquista de España, lo que efectuaron (N. del T.)

(5) Despues de la batalla de Guadalete dada el 31 de Julio de 711, en que pereció la flor de la nacion goda, incluso su rey Rodrigo. (N. del T.)

nos. De repente concedieron á los cristianos mucha libertad, pero en los siglos siguientes fueles preciso sostener grandes combates; mas la castidad de sus vírgenes, unida á la fé de sus mártires, permaneció incólume bajo la tiranía de nacion tan brutal como infiel.

El emperador Anastasio no duró mucho tiempo, y el ejército obligó á Teodosio III á investirse con la púrpura. Fuele necesario combatir, ganó á Anastasio una batalla, y á éste no le quedó otro recurso que encerrarse en un monasterio.

Dueños los moros de España, quisieron muy luego estenderse mas allá de los Pirineos. Cárlos Martel, destinado á reprimirles, habia heredado, aunque bastardo, los dominios y el poder de su padre Pepino de Heristal, que dejó la Austrasia vinculada en su familia como una especie de principado soberano, y mandaba además en la Neustria por su cargo de mayordomo de palacio. Cárlos Martel reunió todos estos países por su gran valor.

Los asuntos del Oriente iban de mal en peor. (1) Leon Isáurico, prefecto del Oriente, no reconoció á Teodosio, y éste dejó sin repugnancia el imperio, el cual no habia aceptado sino por la fuerza, y retirado á Epheso ocupóse en verdaderas grandezas.

Los sarracenos recibieron terribles golpes durante el imperio de Leon. Levantaron afrentosamente el sitio de Constantinopla, mientras Pelayo reunia en las montañas de Asturias un puñado de valientes y con ellos comienza la reconquista. La primera hazaña de Pelayo es la milagrosa victoria de la cueva de Covadonga. A pesar del formidable ejército de Abderramen, Cárlos Martel le derrota en la batalla de Tours, (2) en donde pereció un número infinito de estos infieles, incluso su general. Esta victoria fué seguida de otras ventajas, por las cuales Cárlos quitó á los moros cuanto poseian en Francia, y estendió su reino hasta los Pirineos. Entonces los galos, deponiendo sus antiguas querellas, reconocieron á Cárlos Martel. Poderoso en la paz, valeroso y conquistador en la guerra y dueño absoluto del reino, reinó sobre muchos reyes, que hizo y deshizo á su capricho, sin osar él tomar este título por la envidia de los magnates y cortesanos.

La religion iba estableciéndose entre los alemanes: (3) el gran

(1) Años de Jesucristo 716.

(2) Años de Jesucristo 725.

(3) Años de Jesucristo 723.

San Bonifacio convirtió estos pueblos y fué elegido obispo por el papa Gregorio II, que fué quien le habia enviado á predicar el evangelio.

El imperio estaba en esta época muy pacífico, cuando Leon turbó por largo tiempo. Quiso derribar como si fuesen ídolos las imágenes de Jesucristo y de los Santos. Como no pudo atraer á sus ideas al patriarca de Constantinopla San German, promovió una cuestion sobre su autoridad, y despues de un decreto del senado viósele de repente romper una imagen de Jesucristo, que estaba colocada en la puerta principal de la iglesia de Constantinopla. Este fué el principio de la persecucion de las imágenes por los iconoclastas, llamados así por ser perseguidores de imágenes. Otras imágenes que los obispos, los emperadores y todos los fieles habian erigido despues de la paz de la Iglesia en los lugares y sitios públicos y privados, fueron tambien derribadas. A la vista de estos atentados el pueblo enmudece, mas las estátuas del emperador son derribadas de varios sitios en que estaban. Creese éste ultrajado en su persona, y no repara que un ultraje semejante hacia él á Jesucristo y á sus Santos, y que por confesion propia la injuria hecha á la imagen, recae sobre la persona que aquella representa. Los males de la Italia fueron aun mayores. La impiedad del emperador fué causa de que se le rehusasen pagar los ordinarios impuestos. Luitprando, rey de los lombardos, aprovechóse de esto mismo para tomar á Rávena, residencia de los exarcas, llamados tambien gobernadores, y que los emperadores enviaban á Italia. El papa Gregorio II se opuso al derribo de las imágenes, pero al mismo tiempo se oponia á los enemigos del imperio, y trataba de retener á los pueblos en la obediencia debida á los emperadores. Hecha la paz con los lombardos, (1) el emperador persigue las imágenes con mas furor que antes. Pero el célebre Juan de Damasco le dice, que en materia de religion él no conoce ni observa otros decretos que los que emanan de la silla apostólica, y esta conducta le hace padecer mucho. El emperador arroja de Constantinopla y de su sede al patriarca San German, que murió en el destierro á la edad de 90 años,

Poco despues los lombardos hicieron sufrir grandes males al pueblo romano, y fueron reprimidos por la autoridad, poder y fuer-

(1) Años de Jesucristo 730.

za de Cárlos Martel, (1) á quien se habia dirigido el papa Gregorio II implorando auxilio.

El nuevo reino de España, que se llamaba en estos primeros tiempos reino de Asturias, se aumentaba rápidamente por las gloriosas victorias de Alfonso I el Católico, yerno del gran Pelayo, quien á ejemplo de Recaredo, de quien descendia, habia tomado el nombre de Católico.

El emperador Leon murió (2) y dejó el imperio lo mismo que la iglesia en gran agitacion. Artabaces, gobernador de la Armenia, se hizo proclamar emperador en lugar de Constantino Coprónimo, hijo de Leon, y restableció el culto de las imágenes.

Los dos hijos de Cárlos Martel, Carloman y Pepino, (3) habian heredado el poderío de su padre, pero Carloman, hastiado del siglo y del bullicio y en medio de su grandeza y de sus victorias, abraza la vida monástica y se encierra en un convento. Por esto su hermano Pepino queda solo y único dueño. Supo sostenerse con gran valor cuando empezó á abrigar el deseo de elevarse á la dignidad real. Childerico, el mas despreciable de todos los príncipes, le abrió el camino. Los francos, disgustados de los reyes haraganes (4) y acostumbrados tanto tiempo á la casa de Cárlos Martel, fecunda en grandes hombres, no estaban ya ligados á los reyes sino por el juramento que habian prestado á Childerico. Habiendo consultado con el papa Zacarías, se creyeron libres, tanto mas cuanto sus reyes parecia que despues de cien años reconocian tácitamente el derecho de los mayordomos de palacio. De este modo fué Pepino puesto en el trono, y el título de rey le quedó ya para sí y para sus sucesores.

El papa Estéban III (5) encontró en Pepino el mismo celo que Cárlos Martel habia mostrado en defensa y favor de la silla apostólica contra los ataques de los lombardos. Despues de haber vanamente implorado los auxilios del emperador, el papa se echó en brazos de los francos. El rey le recibió en Francia con gran respeto y

(1) Años de Jesucristo 740.

(2) Años de Jesucristo 730.

(3) Años de Jesucristo 747.

(4) *Llamábanse así porque entregaban toda su autoridad á unos funcionarios llamados mayordomos de palacio. En nuestros tiempos han aparecido otra vez esta raza de reyes, designados con el nombre de constitucionales, que son aquellos que reinan pero que no gobiernan.* (N. del T.)

(5) Años de Jesucristo 753.

quiso ser consagrado y coronado por su mano. Al mismo tiempo pasó los Alpes, libró á Roma y al exarcado de Rávena, (1) y redujo á Astolfo, rey de los lombardos, á aceptar una paz justa.

Entretanto el emperador hacia la guerra á las imágenes. Para contar con el apoyo de la autoridad eclesiástica, congregó un numeroso concilio en Constantinopla. (2) A este concilio no acudieron, segun la costumbre, ni los legados del pontífice romano, ni los obispos, ni los legados de otras sillas patriarcales. (3) En este concilio no solamente se condenó como idolatría todo el honor debido á las imágenes representantes del original, sino que se condenó tambien la escultura y la pintura como artes detestables. Esta era la opinion de los sarracenos de quienes se dice que Leon era aconsejado cuando derribó las imágenes. Sin embargo de esto no fueron condenadas las reliquias. El concilio que convocó Coprónimo no prohibió honrar las imágenes y anatematizó á los que negasen ser auxiliados en sus plegarias á la Virgen y á los Santos. Los católicos, perseguidos por el honor que tributaban á las imágenes, hicieron saber al emperador que preferian sufrir toda suerte de padecimientos antes que dejar de honrar á Jesucristo hasta en su mismo nombre.

Entretanto Pepino habia repasado los Alpes y castigado al rebelde Astolfo que rehusaba ratificar el tratado de paz. (4) La Iglesia romana jamás recibió mejor don que el que le ofreció entonces este piadoso príncipe. Le dió las ciudades reconquistadas á los lombardos mofándose de Coprónimo que se les pedia, ¿él que no habia podido defenderlas! A contar desde este tiempo, los emperadores fueron muy poco reconocidos en Roma, en donde se habian hecho despreciables por su impotencia, y odiosos por sus errores. Pepino fué considerado como protector del pueblo y de la Iglesia romana, y esta cualidad pasó como hereditaria á sus sucesores y á todos los reyes de Francia.

Carlomagno, hijo de Pepino, sostuvo la Iglesia con tanto valor como piedad. El papa Adriano I recurrió á él contra Didier, rey de los lombardos, que habia tomado muchas ciudades y amenazado toda la Italia. Carlomagno pasó los Alpes. (5) Todo cedió, Didier se

(1) Años de Jesucristo 754.

(2) *Conc. Nic. II, act. 7, tom. 7, Concil. col. 395.*

(3) *Conc. Nic. Defín. Pseudo-syn. C. P. col. 458 506.*

(4) Años de Jesucristo 755.

(5) Años de Jesucristo 772.

entregó, y los reyes lombardos enemigos de Roma y de los papas, fueron derrotados. Carlomagno se hizo coronar rey de Italia y tomó el título de «Rey de los francos y de los lombardos.» Al mismo tiempo ejerció en la misma Roma la autoridad soberana en calidad de patricio, y confirmó á la Santa Sede las donaciones del rey su padre. Los emperadores apenas podian resistir á los búlgaros, y auxiliaban aunque vanamente contra Carlomagno á los desposeidos lombardos.

La querella de las imágenes duraba aun. Leon IV, (1) hijo de Constantino Coprónimo, pareció haberse ablandado repentinamente, pero renovó la persecucion tan pronto como se vió poderoso. Murió muy luego. Sucedióle Constantino, hijo suyo, que solo contaba diez años de edad, y reinó bajo la tutela de su madre la emperatriz Irene. Entonces comenzaron los asuntos á cambiar de faz. (2) Pablo, patriarca de Constantinopla, declaró al fin de su vida que habia combatido el culto de las imágenes contra lo que le dictaba su conciencia, y se retiró á un monasterio, en donde deploró en presencia de la emperatriz las desgracias de la Iglesia de Constantinopla, separada de las cuatro sedes patriarcales; y le propuso la celebracion de un concilio ecuménico como único remedio á tan gran mal. Taraise, su sucesor, sostuvo que esta cuestion no habia de ser juzgada por solo el consejo del emperador, porque habia comenzado por un decreto del imperio, seguido por un conciliábulo, y que en materia de religion, los emperadores no podian juntar concilio sino someterse á las decisiones de la Iglesia. Apoyado en esto, no aceptó el patriarcado sino á condicion de reunir un concilio general, el cual fué comenzado en Constantinopla, (3) y continuado en Nicea. (4) El papa envió sus legados, el concilio de los iconoclastas fué condenado, y fueron detestados como gentes que á ejemplo de los sarracenos acusaban á los cristianos de idolatría. Decidióse que las imágenes fuesen honradas y veneradas en memoria y por amor de los originales, lo cual se llamó en el concilio «culto relativo, adoracion y salutacion honoraria» que es opuesta al culto supremo que el concilio reservó únicamente á Dios. Además de los legados de la Santa Sede y de la asistencia del patriarca de Constantinopla, asis-

-
- (1) Años de Jesucristo 780.
 - (2) Años de Jesucristo 784.
 - (3) Años de Jesucristo 787.
 - (4) *Conc. Nic. II, act. 7.*

tieron los legados de otras sillas patriarcales, oprimidas entonces por los infieles. Algunos prelados hicieron sus objeciones desde sus sedes, pero lejos de desconocer los decretos del concilio, todos lo aceptaron incondicionalmente y sus decisiones fueron recibidas por toda la Iglesia.

Los franceses, rodeados de idolatras ó de nuevos cristianos cuyas ideas eran algo confusas, y por otra parte embarazados con las palabras equivocadas de adoracion, titubearon largo tiempo. Entre todas las imágenes no querian prestar adoracion sino á la de la cruz, absolutamente diferente de las figuras que los paganos creian divinas. Conservaron por tanto en sitios sagrados y honorables las otras imágenes, y detestaron á los iconoclastas. Esta diversidad de pareceres no llegó á producir ningun cisma. Los franceses conocieron al fin que los padres del concilio de Nicea no pedian para las imágenes el mismo género de culto, que el que daban á las reliquias, al libro del Evangelio y á la cruz; este concilio fué honrado por toda la cristiandad bajo el nombre de séptimo concilio ecuménico ó general.

Hemos, pues, presentado los siete concilios generales que el Oriente y el Occidente, la Iglesia griega y la Iglesia latina reciben con igual reverencia, con el mismo respeto. Los emperadores convocaban estas grandes asambleas por la autoridad soberana que tenian sobre todos los obispos, ó al menos sobre los principales de los que dependian todos los otros, y que estaban entonces sujetos al imperio. Los concilios regularmente se congregaban en el Oriente, en donde tenian su residencia los emperadores, que ordinariamente enviaban comisarios para mantener el orden. Los obispos así congregados tenian la autoridad emanada del Espíritu Santo y la tradicion de la Iglesia. Desde el origen del cristianismo, ya hubo tres sedes principales que precedieron á todas las demás, la de Roma, la de Alejandría y la de Antiochía. El concilio de Nicea habia aprobado que el obispo de la ciudad santa tuviese el mismo rango que los de Alejandría y Antiochía. El segundo y el cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla queriendo que fuese la segunda. De esta manera fueron creadas estas cinco sillas, que andando los tiempos se llamaron patriarcales. Tenian la presidencia en los concilios, y entre las cinco sedes la de Roma fué siempre mirada como la primera, regulando el concilio de Nicea las otras sedes sobre esta de Roma. Habia además obispos metropolitanos que eran gefes de las provin-

cias y que precedian á los otros obispos; comenzóse despues á llamarles arzobispos y su autoridad no fué por esto menos reconocida. Cuando el concilio estaba reunido, se les proponia á los prelados las Sagradas Escrituras, leíanse algunos pasajes de los antiguos Padres testigos de la tradicion, cuya tradicion interpretaba la Escritura; creíanse verdades cuanto los siglos pasados habian convenido en creer, y no se creia tener derecho para esplicarlo de otro modo. Aquellos que rehusaban someterse á las decisiones del concilio, eran anatematizados. Despues de esplicar la fé, se regulaba la disciplina eclesiástica y se fijaban los cánones, es decir, las reglas por las que se rige la Iglesia. Creíase que la fé no cambiaba jamás, y que aunque la disciplina pudiese sufrir diversos cámbios segun los diferentes tiempos y lugares, era necesario aproximarse cuanto ser pudiese á los primitivos tiempos. Por último, los papas asistieron por medio de legados á los primeros concilios generales, y aprobaron espresamente su doctrina, no habiendo en toda la Iglesia mas que una sola y única fé.

Constantino é Irene hicieron ejecutar religiosamente los decretos del séptimo concilio general, pero con todo su conducta no fué de las mas justas. El jóven monarca á quien casó su madre con una muger que no amaba, se entregó á vergonzosos y deshonestos amores, y cansado de obedecer ciegamente á una madre tan imperiosa, procuró apartarla de los asuntos y negocios públicos en los que se mantenía á pesar suyo.

Alfonso II, llamado el Casto, reinaba en España. La continencia perpétua que guardó este príncipe le hicieron digno de merecer tan bello título, libró á su nacion del infame tributo de cien doncellas, que su tio Mauregato habia acordado entregar á los moros (1) Setenta mil de estos infieles muertos en una batalla con Mugait, su general, atestiguaron la valentía del rey Alfonso.

Constantino trató tambien de señalarse contra los búlgaros; pero los acontecimientos no correspondieron á sus esperanzas. Destruyó al fin todo el poderío de Irene, (2) é incapaz de gobernar por sí mismo, antes que ver el trono ocupado por otro, repudió á su muger María, para casarse con Teodora á quien amaba. Irritada su madre fomentó las turbulencias, que causaron gran escándalo. Constanti-

(1) *La critica historia no admite este hecho.* (N. del T.)

(2) Años de Jesucristo 795.

no pereció por sus artificios. Ganó las voluntades Irene, moderando los impuestos, y se atrajo á los monjes y al clero por una piedad aparente. El resultado fué quedar ella reconocida por sola y única emperatriz.

Los Romanos menospreciaron su gobierno, y se entregaron á Carlomagno, el cual subyugando á los sajones, reprimiendo á los sarracenos, destruyendo las heregias, protegiendo á los Papas, atrayendo al cristianismo las naciones infieles, restableciendo las ciencias y la disciplina eclesiástica y congregando famosos Concilios en donde se hizo admirar por su profunda doctrina, hizo sentir no solamente por Francia y por Italia, sino tambien por España, por Inglaterra y por la Germania, los efectos de su piedad y de su justicia.

DUODÉCIMA EPOCA.

CARLOMAGNO Ó EL ESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

En fin, en el año 800 de Nuestro Señor Jesucristo, este gran protector de Roma y de Italia, ó por mejor decir, de toda la Iglesia y de toda la cristiandad, elegido emperador por los romanos, sin que remotamente pensase serlo, y coronado por el Papa León III, vino á ser el fundador del nuevo imperio y de la grandeza temporal de la Santa Sede.

Ved aquí monseñor, las doce épocas que yo hé seguido en este compendio. Hé señalado á cada una los hechos principales y de más nota. Ahora podeis vos sin fatigaros gran cosa, disponer, segun el orden de los tiempos, los grandes y nobilísimos acontecimientos de la historia antigua, y ordenarlos por decirlo así, cada uno bajo su bandera.

Yo no hé olvidado en este compendio, esta célebre division

que hacen los cronologistas sobre la duracion del mundo dividiéndole en siete edades. Así os lo hé presentado con el objeto de que el órden de los tiempos se desenvuelva ante vos con la menor confusion posible.

Al hablaros del órden de los tiempos, estoy muy lejos de pretender, que cotejeis con escrupulosidad todos los datos, y menos aún que os fijeis en las disputas de los cronologistas que varias veces suelen discrepar en muy pocos años. La cronología contenciosa que escrupulosamente se ajusta á estas minuciosidades no es nuestro objeto, y sirve muy poco para la educacion de los príncipes; yo no he querido hacer nuevos descubrimientos sobre esta discusion de los tiempos, y entre los cálculos ya hechos hé seguido los que me han parecido más verídicos sin empeñarme, sin embargo, en garantizarlos.

Porque en la suposicion que se hace de los años desde los tiempos de la creacion hasta Abraham, es preciso seguir la version de los «Setenta» que hace el mundo mas viejo, ó el hebreo que le adelanta algunos siglos aunque la autoridad del original hebreo parece ser mas atendible, con todo, es una cosa de tan poca importancia en sí, que la Iglesia que ha seguido con San Gerónimo la suposicion del hebreo en nuestra vulgata, ha dejado la version de los «Setenta» en su martirologio. Y en efecto, ¿qué importa á la historia el disminuir ó aumentar en algunos años en los que no hay nada que narrar y referir? ¿No es suficiente que los tiempos en los que haiga algun suceso importante tengan caracteres fijos y que la distribucion de los demás sea apoyada sobre estos fundamentos ciertos? De este modo cuando en estos tiempos haya alguna disputa, por algunos años mas ó menos, no será esto motivo de dificultades. Por egemplo, cuando sea necesario colocar algunos años mas pronto ó mas tarde, bien la fundacion de Roma, ó el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, podreis reconocer y apreciar que esta diversidad no significa nada para la continuacion de las historias ó para el cumplimiento de los avisos de Dios; una vez que eviteis los anacronismos que mezclan el órden de los tiempos, debéis ya sin importaros gran cosa, dejar que los sábios disputen entre si.

Yo no quiero tampoco cargar vuestra memoria con el cómputo de las Olimpiadas, aunque los griegos que se guiaban por

ellas las hacen necesarias para fijar el orden de los tiempos. Es preciso saber lo que son las Olimpiadas, á fin de que podamos contestar cuando se nos pregunte sobre esto, pero por lo demás atended á los datos que os hé propuesto que son los mas seguidos, estos son: desde el principio del mundo hasta la fundacion de Roma, desde la fundacion de Roma hasta el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y desde el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en toda la continuacion.

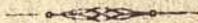
Pero el verdadero deseo de este compendio, no es el de quereros explicar el orden de los tiempos, aunque esto sea absolutamente necesario para ligar todas las historias, y para señalar las narraciones. Ya os hé dicho antes que mi principal objeto es el de haceros considerar en el orden de los tiempos, LA CONTINUACION DEL PUEBLO DE DIOS Y LOS GRANDES IMPERIOS.

Estas dos cosas parecen girar ambas en el gran movimiento de los siglos, en donde por decirlo así siguen un mismo curso, pero es menester para comprender esto bien, separarlos entre sí y considerar separadamente lo que corresponde á cada uno de ellos.



SEGUNDA PARTE.

La continuacion de la Religion.



CAPITULO I.

LA CREACION Y LOS PRIMEROS TIEMPOS.

La religion y la continuacion del pueblo de Dios considerados ambos de esta suerte, es el mas grande y el mas útil de cuantos objetos se puedan proponer á los hombres. Es muy bello presentar á las miradas de los hombres los estados diferentes del pueblo de Dios bajo la ley natural y bajo los patriarcas; bajo Moisés y bajo la ley escrita; bajo David y bajo los profetas; desde la vuelta de la cautividad de Babilonia hasta Jesucristo, y en fin bajo Jesucristo mismo, es decir, bajo la ley de gracia y bajo el Evangelio, en los siglos en que se espera la venida del Mesías y en los tiempos en que aparece, en el tiempo en que el culto del verdadero Dios está reducido á un solo pueblo, y en aquellas épocas en que conforme con las antiguas profecias, está difundido por toda la tierra, y por último en aquellos tiempos en que los hombres aunque rústicos y groseros es necesario sean contenidos por recompensas y castigos temporales, y en aquellos en que los fieles menos instruidos que al presente, no se sostenian mas que por la fé, atraidos á

los bienes eternos ó imperecederos, y sufriendo todos los males alentados con la esperanza de poseerlos.

Seguramente, monseñor, no se puede concebir nada más digno de Dios que la elección que se hace de un pueblo que nos presenta un ejemplo palpable de su eterna providencia, un pueblo en que la buena ó mala fortuna depende de la mayor ó menor piedad y religion que tenga, y en que rinde testimonio á la sabiduría y á la justicia de los que lo gobiernan. Por esto es por donde comienza Dios, y esto es lo que nos hace ver en el pueblo judío. Pero despues de haber establecido por tan sensibles pruebas este inmutable fundamento que solo él conduce á su voluntad todos los acontecimientos de la vida presente, llegó un tiempo de elevar los pensamientos de los hombres á más altas consideraciones, y de enivar Jesucristo á quien habia reservado descubrir al nuevo pueblo maltratado de los demás pueblos del mundo, los secretos de la vida futura.

Podreis seguir fácilmente la historia de estos dos pueblos, y notar como Jesucristo une al uno y al otro, ya que ha sido en todos tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios.

Allí la religion se mantiene siempre uniforme, ó más bien siempre la misma desde el origen del mundo, y allí se ha reconocido siempre al mismo Dios como autor, y al mismo Jesucristo como salvador del género humano.

De este modo veis claramente monseñor, que no hay nada más antiguo entre los hombres que la religion que profesais (1) y que en esta misma religion no sin poderosos motivos han cifrado vuestros antepasados su más grande y mayor título de gloria constituyéndose en defensores y protectores de ella.

Que testimonio tan verdadero tenemos al ver que en aquellos remotos tiempos las historias profanas no nos cuentan sino fábulas, ó á lo menos hechos confusos y á menudo olvidados. La Sagrada Escritura es sin ningún género de duda, el libro más antiguo del mundo, nos atrae por tantos acontecimientos ciertos, y por la sucesion misma de las cosas á su verdadero principio,

(1) Aunque ya lo hemos hecho notar en otra parte, conviene advertir aqui para mejor inteligencia de los lectores, que en todo el trascurso de la historia Bossuet figura estar hablando con el Delfín de Francia, cuya educacion motivó la presente obra.

es decir, á Dios que lo ha hecho todo y nos enseña tan distintamente la creacion del mundo, la del hombre en particular, la dicha y la felicidad de su primer estado, la causa de sus miserias y de sus debilidades, la corrupcion del mundo, y como consecuencia de esto el diluvio universal, los orígenes de las artes y de las primeras naciones, la distribucion de las tierras, la propagacion del género humano, y en fin otros hechos de menor importancia que en las historias profanas están llenos de confusion, y que nos obligan á buscar en otra parte lo que haga de cierto en esto.

Vemos en la Escritura que la antigüedad de la religion dá á esta tanta autoridad, su continuacion seguida sin interrupcion y sin alteracion durante tantos siglos, y á pesar de tantos obstáculos sobrevenidos, todo esto nos hace ver manifestamente que la mano de Dios la sostiene.

Por otra parte, ¿qué hay de mas maravilloso que verla siempre subsistir sobre los mismos fundamentos desde la creacion del mundo sin que ni la idolatría y la impiedad que por todas partes la rodean, ni los tiranos que la persiguen, ni los hereges ni los infieles que han tratado de corromperla, ni los cobardes que alevosamente la han vendido, ni los partidarios indignos que la han deshonorado por sus crímenes é infamias, ni en fin, la duracion del tiempo que basta por sí solo para abatir todas las cosas humanas hayan sido capaces no solamente de estinguirla sino de alterarla en lo mas mínimo?

Y si ahora nos paramos á considerar la idea que esta religion reverenciada en la antigüedad nos dá de su objeto, es decir de su primer ser, confesaremos que ella está sobre todos los pensamientos humanos, y que es digna de ser mirada como venida del mismo Dios.

El Dios á quien han servido siempre los Hebreos y los cristianos no tiene nada de comun con las divinidades llenas de imperfecciones y aún de vicios que adoraban los paganos. Nuestro Dios es «uno» es «infinito» es «perfecto» y es el solo digno de vengar los crímenes, y de premiar y de coronar la virtud, por cuanto es Él en sí la santidad misma.

Él está infinitamente por encima de esta causa primera y de este primer motor que han conocido los filósofos, aunque sin adorarlo. Aquellos filósofos mas lejanos nos han propuesto un

Dios que encontrando una materia eterna y existente por sí misma, lo mismo que él, la ha labrado de la misma manera que un vulgar artesano modela una estatua, y constreñido en su obra por esta materia y sus disposiciones que él no ha hecho, sin poder comprender jamás que si la materia «es» por sí misma, no necesita para su perfeccion ninguna mano estraña, y que si Dios es infinito y perfecto no necesita para hacer cuanto quiera, sino á «sí mismo» y á su voluntad omnipotente. Pero el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios cuyas maravillas nos ha escrito Moisés, no solamente ha ordenado el mundo, sino que lo ha «hecho» y «sacado por sí de la nada» en la materia y forma de que se compone. Antes que él le hubiese dado el ser, nada habia, nada existia, sino Él solo, solo Dios (1).

Y para seguir la historia de la creacion ya que la hemos comenzado, Moisés nos refiere que este arquitecto poderoso al que cuestan las cosas tan poco, las ha querido hacer á continuacion unas de otras, y crear el universo en seis dias para mostrar que no obra por una necesidad ó por una ciega impetuosidad como se lo han imaginado algunos filósofos. El sol formado de un solo cuerpo y sin apoyo ninguno en el espacio circundado de rayos, pero Dios que obra por inteligencia y con una soberana voluntad, aplica su accion allí donde le place y del modo que quiere, y como al crear el mundo por medio de su palabra nos enseña que nada le estorba ni le impide, al hacerlo á continuacion unas cosas de otras, nos hace ver que es dueño de la materia, de su accion, de cuanto se forma con esta, y que creando él no tiene mas regla que su voluntad siempre recta en sí misma.

Esta conducta de Dios nos hace ver tambien que todo sale inmediatamente de su mano. Los pueblos y los filósofos que han creido que la tierra mezclada con el agua y ayudada tambien del calor del sol habia producido en sí misma y por su propia fecundidad las plantas y los animales, están en un error

(1) En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y la tierra estaba desnuda y vacia y las tinieblas estaban sobre la híz del abismo. y el Espiritu de Dios era llevado sobre las aguas.

Génesis. cap. I, ver. 1, 2.

asáz deplorable. La Escritura nos enseña que los elementos son estériles si la palabra de Dios no les fecundiza. Ni la tierra, ni el agua, ni el aire, hubieran jamás hecho las plantas y los animales que vemos, si Dios que había creado y preparado la materia no lo hubiera formado todo por su voluntad omnipotente y no hubiera dado á cada cosa su semen proporcionado para multiplicarse en todos los tiempos.

Aquellos que ven las plantas tomar su nacimiento y su sucesivo acrecentamiento por el calor del sol, pudieran creer que el sol es su creador. Pero la Escritura nos hace ver la tierra revestida de yerbas y de toda clase de plantas antes que el sol hubiese sido creado para que nosotros concibamos que todo depende únicamente de Dios.

Plugo también á este gran obrero crear la luz antes que reducir la á la forma que le ha dado por medio del sol y de los astros (1), porque quiso enseñarnos que estas grandes y magnificas luminarias no hubiesen tenido por sí mismas la materia de que se componen ni la forma admirable á que las vemos reducidas.

En una palabra, la relacion de la creacion tal como está hecha por Moisés, nos descubre este gran secreto de la verdadera filosofia, á saber: que en Dios solo reside la fecundidad y la poder absoluto. Dichoso, sabio, omnipotente, se basta á sí mismo, obra sin necesidad, nunca apremiado ni embarazado por su materia de la que hace lo que quiere, pues lo ha dado por su sola voluntad el fundamento de su ser. Por este derecho soberano la labra y pule sin ninguna pena, todo depende inmediatamente de él, y si segun el orden establecido en la naturaleza una cosa depende de otra (por ejemplo el nacimiento y crecimiento de las plantas del calor del sol) es á causa de que este mismo Dios que ha hecho todas las partes de que se compone el universo, ha querido liarlas las unas con las otras para hacer resplandecer su sabiduria por medio de este maravilloso encadenamiento.

Pero todo lo que nos enseñan las Santas Escrituras sobre la

(1) Y dijo Dios, sea hecha la luz, y fué hecha la luz. Genesis, cap. I. vers. III.

creacion del universo, es nada comparado con lo que nos refiere acerca la creacion del hombre.

Hasta aquí Dios lo habia hecho todo mandando. «Que la luz sea, que el firmamento se estienda en medio de las aguas, que las aguas se retiren, que se descubra la tierra, que germine, que haiga grandes astros que dividan el dia de la noche, que las aves y los peces salgan del seno de las aguas, que la tierra produzca los animales segun sus especies diferentes.» Pero cuando quiere crear al hombre, Moisés le hace emplear un nuevo language. «Hagamos al hombre dice, á nuestra imágen y semejanza.

No es esta una palabra imperiosa y dominante, es una palabra muy dulce aunque no menos eficaz. Dios toma consejo de sí mismo como para hacernos ver que la obra que vá á emprender supera á todas las obras que ha hecho hasta entonces.

Hagamos al hombre. Dios se habla á sí mismo. Habla á alguno que crea como él, á otro él, habla á aquel por quien han sido hechas todas las cosas, á aquel que dice en su Evangelio: «Todo lo que el Padre hace, el Hijo lo hace tambien juntamente.» Hablando á su *Hijo* ó con su *Hijo* habla al mismo tiempo con el *Espritu* omnipotente igual y coeterno al uno y al otro.

Es una cosa inaudita en el language de la Escritura, que otro que Dios, haya hablado de sí mismo en nombre plural. *Hagamos.* Dios mismo en la Escritura no habla á sí, sino dos ó tres veces. Este language extraordinario comienza á aparecer cuando vá á crear al hombre.

Cuando Dios cambia de language y en alguna manera de conducta, no es que cambie en sí mismo, pero nos muestra que vá á comenzar, siguiendo sus consejos eternos, un nuevo orden de cosas.

De este modo el hombre, elevado sobre todas las otras criaturas cuya generacion nos ha escrito Moisés, es producido de una manera enteramente nueva. Comienza á declararse la Trinidad haciendo razonable á la criatura, cuyas operaciones intelectuales, son una imágen, aunque harto imperfecta, de las eternas operaciones por las que Dios es fecundo en sí mismo.

La palabra de consejo que se sirve Dios señalar para notar

que vá á ser formada la criatura, nos muestra tambien que solo el hombre puede obrar por consejo y por inteligencia.

Todo lo demás que resta, no es menos extraordinario. Hasta aquí nosotros hemos podido ver en la historia del Génesis el dedo de Dios aplicado sobre una materia deleznable y corruptible. Para formar el cuerpo del hombre, toma él mismo un poco del barro terrestre, y esta tierra formada por tal mano, recibe la mas bella figura de cuantas cosas existen en el mundo. La talla del hombre es derecha, elevada su cabeza, las miradas dirigidas al cielo, y esta conformacion que le es particular, le señala su origen y le muestra el sitio al que tiene derecho.

Esta particular atencion que aparece en Dios cuando hace al hombre, nos enseña que tiene por él un cuidado particular, aunque por otra parte, todo sea conducido inmediatamente por su sabiduría.

(Pero la manera como produce el alma, es todavía mas maravillosa; no la saca de la materia, la inspira de lo alto, la infunde por medio de un *sópl*o de vida que procede, que viene de él mismo.)

(Al crear las bestias, dice: «Que el agua produzca los peces.» y crea de esta suerte los mónstruos marinos y toda alma viviente y moviente que deben llenar las aguas. Tambien dice: «Produzca la tierra toda alma viviente, las bestias de cuatro piés y los reptiles.»)

Así es del modo que debian nacer estas almas vivientes de una manera tan bruta y bestial y á las que Dios no dá por toda accion, sino movimientos dependientes del cuerpo. Dios los saca del seno de las aguas y de la tierra, pero el alma, cuya vida debia ser una imitacion de la suya que debia vivir como su creador por medio de la razon y de la inteligencia, que debia estar unida á él, contemplándole y amándole, y que por esta razon estaba hecha á su semejanza, no podia ser sacada de la materia bruta. Dios fabricando la materia, puede muy bien formar un cuerpo bellissimo, pero modele como quiera su figura, nunca, jamás encontrará en ella su imágen y semejanza. El alma hecha á imágen suya y que puede ser feliz y dichosa poseyendo á su Dios, debe ser producida por una crea-

cion enteramente nueva, debe venir de lo alto, y esto es lo que significa este *soplo de vida* (1) que Dios le infunde, que Dios saca de su boca.

Sabemos que Moisés propone á los hombres carnales, por medio de imágenes sensibles, verdades puras é intelectuales. No vayamos á creer que Dios sopla á la manera que lo hacemos nosotros, no creamos que sea nuestra alma un aire sutil y un delicado vapor; el soplo que Dios inspira que lleva en sí mismo la imagen de Dios, no es aire ni vapor. No creamos que nuestra alma sea una parte y porcion de la naturaleza divina, como han soñado algunos filósofos: Dios no es un todo que se parte. Si Dios tuviera partes, estas no serian hechas, pues el Creador y el sér increado, no podria estar compuesto por cosas creadas por criaturas. El alma es hecha, y hecha de modo que no tiene nada de la naturaleza divina, sino solamente formada á imagen y semejanza de la naturaleza divina, debiendo siempre permanecer unida al que la ha formado: esto es lo que significa este soplo divino, esto es lo que nos representa este espíritu de vida.

Ved, pues, la manera como el hombre ha sido formado. Dios forma tambien de una costilla suya la compañía que quiera darle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, á fin de no formar por mas dispersos y multiplicados que estén sino una sola y única familia.

Formados nuestros primeros padres del modo que hemos visto, son colocados en aquel delicioso jardin, al que se llamó: *Paraiso terrenal*. Allí da un precepto al hombre para hacerle sentir que tiene un dueño, un precepto ligado á una cosa sensible, porque el hombre habia sido hecho con sentidos; un precepto fácil, porque quiso hacerle cómoda la vida en tanto que fuera inocente.

El hombre no debia guardar sino un mandamiento de muy fácil observancia, pero escucha al espíritu tentador, se escucha á sí mismo, en lugar de escuchar únicamente á Dios, su pér-

(1) Génesis, cap. II, vers. 7.

dida es inevitable, pero es preciso considerar esta falta en su origen lo mismo que en sus consecuencias.

Dios habia hecho al principio sus ángeles espíritus puros y separados de toda materia. Dios, que no hacia nada que no fuese bueno, los habia creado á todos en la santidad, y ellos podian asegurar su felicidad, entregándose voluntariamente á su Criador. ¡Pero todo lo que es sacado de la nada es defectuoso! una parte de estos ángeles se dejó seducir por su soberbia y su amor propio. ¡Cuánta desdicha tiene consigo la criatura que se complace en sí misma, y no tiene su complacencia en Dios! Ella pierde en un momento todos sus dones. ¡Estraños efectos del pecado! Estos espíritus luminosos y resplandecientes, volviéronse espíritus tenebrosos y oscuros. Sus luces degeneraron en maliciosas astucias. Una envidia maligna sustituye á su caridad, su natural grandeza se convierte en orgullo y soberbia, su felicidad se cambia por el triste consuelo de hacer compañía con los de su miseria, y su anterior dichoso ejercicio, en el miserable empleo de tentar á los hombres. El mas perfecto de todos, que era tambien el mas soberbio, se encontró el mas dañoso y desgraciado de todos. El hombre que Dios habia creado *«poco menor que los ángeles (1)»*, uniendo un espíritu á su cuerpo movido tambien por la envidia, es arrastrado á la rebelion de los ángeles, y como ellos es envuelto en su pérdida. Las criaturas espirituales tenian como el mismo Dios medios sensibles para comunicar con el hombre que se asemejaba á ellos en su parte principal. Los malos espíritus de quienes quiso Dios servirse para probar la fidelidad del género humano, no habian perdido el medio de mantener correspondencia con nuestra naturaleza, como igualmente cierto imperio y dominio que se les habia dado luego sobre la criatura corporal. El demonio usó de este poder contra nuestros primeros padres. Dios permitió que les hablase en figura de serpiente, como la mas conveniente para representar la malignidad con el suplicio de este dañoso espíritu, como veria mas adelante. El diablo no temió intimidar á Adan tomando esta

(1), Salmos Viii. 6.

figura, pues todos estos animales habian sido igualmente atraidos á los pies de Adan para recibir un nombre que les fuese propio y para reconocer el soberano que Dios les habia dado (1). De manera que ninguno de los animales causaba horror al hombre, porque en el estado en que estaba ninguno le podia dañar ni hacer mal.

Oigamos cómo le habla el demonio, y penetremos el fondo de sus artificios. Diríjese á Eva como la mas débil, pero en la persona de Eva habla á su marido lo mismo que á ella: «Por qué os ha impuesto Dios ese precepto? Si os ha hecho razonables, debéis saber y conocer la razon y el motivo de todo: este fruto es un veneno, vosotros no morireis.» Ved por donde y cómo empieza el espíritu de rebelion. Se discurre y razona sobre el precepto divino, y se pone en duda la obediencia. «Sereis como dioses, independientes y libres, felices, dichosos y sábios; sabreis y conoceréis el bien y el mal, nada os será impenetrable, nada desconoceréis.» Por estas palabras se subleva el espíritu contra su Criador, contra su Dios y Señor (2).

Eva, medio engañada, casi fascinada y seducida, mira el fruto, cuya hermosura parece ofrecerle un gusto excelente (3). Viendo que Dios habia unido en el hombre el espíritu y el cuerpo, creyó ella que en favor del hombre podria todavía Dios atraer á las virtudes sobrenaturales y á los dones intelectuales los objetos sensibles. Despues de haber comido de tan bello fruto, presentóle por sí misma á su marido. Adan es atacado peligrosamente. El ejemplo por una parte, y la complacencia de su mujer por otra, fortifican la tentacion, penetra los sentimientos del tentador, ayúdale en su obra una curiosidad engañosa, un halagüeño pensamiento de orgullo, el secreto placer de obrar por sí mismo y segun sus propios pensamientos, le atrae, le ciega, quiere hacer una peligrosa prueba de su

(1) Génesis, cap. II, vers. 19 20.

(2) Sereis dioses: esta espresion dicha á los primeros hombres, hizo en el mundo la primera revolucion. Sereis reyes: esta espresion dicha á los pueblos, ha hecho la última. ¡Siempre el orgullo! ¡Cuán verdadera y profunda es la doctrina que recomienda la humildad!—Aparisi y Gujarro.—(N. del T.)

(3) Génesis, cap. III, vers. 6.

libertad, y gusta con el fruto prohibido la perniciosa dulzura de contentar su espíritu; los sentidos mezclados y revueltos, le atraen á este nuevo hechizo, á este nuevo encanto, les sigue, no sin vacilaciones y sin dudas, y queda convertido en cautivo quien antes era dueño y esclavo de las pasiones, quien poco antes no las conocía.

Inmediatamente cambia todo para él. La tierra ya no le ofrece espontáneamente sus frutos como antes, y será preciso para alcanzarlos emplear un porfiado trabajo: el cielo no llevará ya á su rostro aquellas perfumadas brisas y juguetones céfiros que antes lo embelesaban, los animales que le eran todos hasta los mas odiosos y feroces motivo de inocente esparcimiento, tomaron para él horrorosas formas. Dios que todo lo habia creado para su dicha, en un instante lo convierte en suplicio suyo. Hágase odioso á sí mismo, el que antes tanto se amaba. La rebelion de los sentidos le hace notar en él no sé qué cosa afrentosa. Ya no es la primera obra del Creador, el tipo de todos los encantos: el dechado de dulzura, delicadeza, candor é inocencia, cuyo cuerpo era todo primores, cuya alma era toda bellezas, el pecado ha creado una cosa que debe estar escondida. El hombre no puede soportar su vergüenza, y quiere cubrirla á sus propios ojos. Pero Dios debia serle aun mas insupportable. Este Dios grande, este Dios omnipotente que le habia hecho á imágen y semejanza suya, y que le habia puesto los sentidos como un auxilio y un socorro necesario para su espíritu, se complace en mostrársele bajo una forma sensible y cognoscible. El hombre no puede sufrir su presencia (1), corre á los bosques para sustraerse á las miradas de Dios, para esconderse de aquel que poco antes era su dicha y su consuelo. Su conciencia le acusa antes que Dios le hable, sus desdichas le confunden, le aterran, le anonadan. La voz de Dios semejante al trueno, y al huracan impetuoso, le llama: «Adan, Adán. ¿Dónde estas?»—Adan tiembla y solo balbucea, «Señor, ¿qué quereis?»—«¿Por qué has comido de la fruta del árbol prohibido?» La mujer dice: «La serpiente me engañó.»—«Es preciso,

(1) Génesis, cap. III, vers. 8.

pues, que el hombre muera; hásele quitado la inmortalidad.» Y una muerte mas afrentosa, que es la muerte del alma, le es figurada por la muerte corporal, á la cual es condenado.

Ved aquí nuestra sentencia pronunciada en nuestros primeros padres. Dios que habia resuelto recompensar su obediencia en toda su posteridad, luego que se revela le condena hiriéndole de muerte, no solamente en su persona, sino tambien en todos sus hijos, como la mas viva y cara parte de él, y nosotros estamos todos maldecidos desde que nacemos, y nuestro nacimiento está dañado desde su origen.

Examinemos ahora estas reglas terribles de la Justicia Divina por las que la raza humana es maldita desde su origen, adoremos los juicios de Dios que mira á todos los hombres como á uno solo y de quien proceden todos los demás, y veamos tambien como somos degradados en nuestro padre rebelde, como estamos infamados para siempre por la sentencia que le condena, siendo desterrados con él y escludidos del paraíso en donde debíamos haber nacido.

Las reglas de la justicia humana nos pueden ayudar á penetrar en las profundidades de la Justicia Divina, de las que las humanas son un débil y pálido reflejo, pero con todo no pueden ellas descubrirnos el fondo de este abismo. Nosotros creemos que la justicia lo mismo que la misericordia de Dios, no están reguladas como las de los hombres teniendo efectos mas estendidos y mas íntimos.

Pero mientras que nos espantan los rigores de Dios sobre el género humano, admiramos como vuelve nuestra vista hácia un agradabilísimo objeto, y nos descubre nuestra futura libertad desde el dia mismo de nuestra perdicion. Bajo la figura de una serpiente cuyo arrastramiento tortuoso era una viva imagen de las peligrosas insinuaciones y tortuosos designos del espíritu maligno, Dios le muestra á nuestra madre Eva el carácter odioso y el justo suplicio de su enemigo vencido. La serpiente debia ser el mas odioso de todos los animales, así como el demonio es la mas maldita de todas las criaturas. Y del mismo modo que la serpiente se arrastra sobre la tierra, el demonio justamente precipitado desde el cielo en donde habia sido creado, no puede nunca volver á levantarse. La tierra de la que

Dios dijo se nutriría la serpiente, significa los bajos pensamientos que el demonio nos inspira, él mismo no piensa nada que no sea bajo y rastrero, y casi todos sus pensamientos son pecaminosos. En la enemistad eterna entra toda la raza humana, el demonio nos muestra que lograremos la victoria, pues que allí se nos presenta aquella sentencia por la cuál nuestro vencedor debería ver *quebrantada su cabeza* (1), es decir, debería ver humillado su orgullo y su imperio abatido por toda la tierra.

Este vencedor del pecado y de la muerte es Jesucristo, nacido de una Virgen, y este Hombre-Dios no había tenido parte en el pecado de Adán, pues aunque debía salir de él sería de una manera divina, conocida no del hombre sino del Espíritu Santo.

Según las diversas lecciones de este pasaje advertimos, pues, que la pérdida del género humano debía ser reparada, como también el poderío que le había sido quitado por el pecado.

Pero antes que se nos diese al Salvador del mundo, era necesario que el género humano conociese por una larga experiencia la necesidad que tenía de tal socorro. El hombre fue abandonado á sí mismo, sus inclinaciones se corrompieron, sus disoluciones fueron escesivas, y la iniquidad cubrió toda la faz de la tierra.

Entonces Dios medita una venganza cuyo recuerdo quiere que permanezca siempre entre los hombres, el diluvio universal; cuya memoria dura aun en todas las naciones lo mismo que las maldades que la motivaron.

Creyeron los hombres que el mundo estaba hecho por sí solo, y que no se acabaría jamás. Dios, autor de cuanto existe, va á anegar los animales todos juntamente con los hombres, es decir, va á destruir la mas bella parte de su obra.

El no tenía necesidad sino de él mismo para destruir lo que había creado con una sola palabra, pero encuentra mas digno de él hacer servir á los elementos como instrumentos de su

(1) Génesis, cap. III, vers. 14, 18.

venganza, y las aguas inundan la tierra que estaba cubierta de crímenes y de infamias.

Dios no encontró en toda la redondéz de la tierra sino un solo justo, al que antes de salvarle del diluvio de las aguas le habia preservado por su gracia del diluvio de la iniquidad. Su familia fué reservada para poblar la tierra que era un inmenso desierto. Por los ruegos de este hombre justo, Dios, salva los animales, á fin de que conozca el hombre que han sido creados para él, y de los que se debe servir para glorificar á su Criador (1).

Pero Dios hace mas aun, y como si se arrepintiese de haber ejercido sobre el género humano una justicia tan rigurosa, promete solemnemente no enviar jamás otro diluvio que inunde la tierra, y se digna hacer este tratado, no solamente con los hombres, sino tambien con todos los animales tanto de la tierra como de los aires, para demastrar que su providencia infinita se estiende á todo cuanto tiene vida. Entonces aparece el arco-iris, Dios escogiendo los colores mas agradables y vistosos sobre una azulada nube, despues de las lluvias ofrece y presenta al hombre como testimonio eterno, que las lluvias que enviará en adelante no llegarán á causar una inundacion universal. Desde este tiempo el arco-iris aparece en las bóvedas celestes, como uno de los principales ornamentos del trono de Dios, y que lleva como impreso una muestra de sus misericordias.

El mundo se renueva, y la tierra sale otra vez del seno de las aguas, pero en esta renovacion permanece como grabada una impresion eterna de la venganza divina. Hasta el tiempo del diluvio, toda la naturaleza era mas fuerte y mas vigorosa, por la inmensa cantidad de aguas que Dios arrojó sobre la tierra y por el mucho tiempo que permanecieran en ella, las sustancias y jugos que encerraba, sufrieron una notable alteracion; el aire cargado é impregnado de una excesiva humedad, empezó á señalar los principios de la corrupcion que luego se notó

(1) Bossuet alude aqui á los sacrificios de la ley antigua, y por esto dice que «se servira de los animales para glorificar al Criador.» (N. del T.)



mas y mas, y la primera constitucion del universo se encontró debilitada y floja; la vida humana que llegaba casi á los mil años (1), disminuyó poco á poco, las yerbas y los frutos no tuvieron ya su primitivo gusto, y fué preciso y necesario dar á los hombres un régimen alimenticio mas substancial, empezóse entonces á comer la carne de los animales (2).

De este modo debian borrarse poco á poco los restos y vestigios de la primera institucion y la naturaleza cambiada, parecia advertir al hombre que Dios no era el mismo para él despues de haber sido irritado por tantos vicios y tan multiplicados crímenes.

Por lo demás, la larga vida de los primeros hombres señalados en los anales del pueblo de Dios, no ha sido desconocida á los otros pueblos, y sus antiguas tradiciones se han conservado en la memoria (3). La muerte que avanzaba rápidamente, hizo sentir á los hombres una venganza muy próxima, y como todos los dias se sumergian mas y mas en los crímenes, fué preciso tambien, por decirlo así, que de dia en dia tuviesen mas patente su suplicio.

El solo cambio de los manjares les podia señalar tambien lo que su naturaleza física habia empeorado, pues que habiéndose esta debilitado, eran al mismo tiempo mas voraces y sanguinarios.

Antes de los tiempos del diluvio, los alimentos que los hombres tomaban sin esfuerzo alguno de los frutos de la tierra y de las yerbas que tan prontamente consumian, era sin ninguna duda algun resto de la primitiva inocencia con que habian sido creados, ahora para nutrirnos nos es necesario derramar sangre, á pesar del horror que naturalmente nos causa, y todas las sutilezas de que nos servimos para cubrir nuestras mesas, apenas nos bastan para encubrir los cadáveres que nos es preciso comer para nutrirnos y alimentarnos.

(1) Los primitivos hombres y en especial los diez primeros patriarcas, llegaron á los novecientos años: Matusalem vivió novecientos sesenta y nueve. (N. del T.)

(2) Génesis cap. IX, vers. 3.

(3) Mameth, Beros, Hestia, Nic. Damas, Josefo, Hesiodo, etc.

Peró no és esto la menor parte de nuestros males. La vida acortada ya, se abrevia aun mas por los escesos y violencias á que se entrega la mayor parte del género humano. El hombre á quien se vé en los primeros tiempos conservar la vida de las bestias, poco á poco se acostumbra á qui ar la vida á sus semejantes. En vano es que Dios prohiba despues del Diluvio vertir sangre humana, para que quedase algun vestigio de la primitiva dulzura de nuestro carácter, si bien es verdad, que permitió comer la carne de los animales, habia reservado la sangre (1), pero las muertes se multiplicaban sin tasa y sin medida. (2) Bien es verdad que antes del Diluvio Cain habia muerto á su hermano Abel movido por la envidia, que Lamech descendiente de Cain habia sido el segundo homicida, pudiéndose creer que estos dañosos egemplos se multiplicaron estraordinariamente, pero las guerras no fueron conocidas. Despues del Diluvio es cuando aparecen estos asoladores de provincias y destructores de ciudades, á los que se ha dado el nombre de conquistadores que cifran toda su gloria en el esterminio de sus semejantes: Nembrod, retoño de Cham comienza á guerrear solamente con el objeto de establecer un imperio, (3) Desde este tiempo la ambicion se estiende ya sin ningun cuidado por la vida de los hombres, llegando hasta el punto de matarse entre sí aun sin aborrecerse, y el colmo de la gloria y la mas bella de los artes es matarse unos á otros

Unós cien años despues del Diluvio, Dios hirió al género humano con otra plaga, la confusion de las lenguas. En la dispersion que debia hacerse de la familia de Noé por toda la tierra habitable, era aun un vínculo de la Sociedad que la lengua que habian hablado los primeros hombres, y que Adan habia enseñado á sus hijos, fuese la única y comun. Mas este resto de la antigua concordia pereció en la torre de Babel, sea que los hijos de Adan siempre incrédulos, no hubiesen dado bastante

(1) Génesis, cap. IX, vers. 4.

(2) Génesis, cap. IV, vers. 8.

(3) Génesis, cap. X, vers. 9.

crédito á la promesa de Dios, que les habia asegurado que no enviaria otro Diluvio, estando ellos preparándose un refugio contra un parecido accidente en la solidéz y altura de tan soberbio edificio, ó sea que ellos no tuviesen otro objeto que el de hacer su nombre inmortal, por medio de esta grande obra, antes que separarse unas familias de otras; pero el Génesis nos dice, (1) que Dios no les permitió que edificasen hasta las nubes, segun era su designio, ni de amenazar al cielo, si se nos permite la frase, por la elevacion de este atrevido edificio. Dios hizo que se confundiesen, haciéndoles olvidar su propia lengua, y entonces comenzaron á dividirse en tribus que mas adelante formaron naciones. El nombre de *Babel* que significa «confusion» le quedó á la torre como testimonio de este desorden, y para monumento eterno que muestra al género humano que el orgullo es el origen de la division y de las confusiones que separan la humanidad.

Ved aquí los principios del mundo segun nos los presenta la historia de Moisés. Los principios del hombre son dichosos y felices, luego se llenan de males infinitos por corresponder mal á Dios, admirable siempre en sus juicios. Consideremos al estudiar la obra de la creacion, al universo y al género humano, siempre bajo la mano del Criador, salidos de la nada por medio de su palabra, conservados por su bondad inmensa, gobernados por su sabiduría infinita, castigados por su recta justicia, librados por su misericordia y sujetos siempre á su Omnipotencia.

No es así como los filósofos han considerado el universo, formado segun unos por un concurso fortuito de los primeros cuerpos diseminados y esparcidos antes en el espacio, segun otros, que pasan por mas sábios, la materia ha bastado al autor, y que por consecuencia no depende ni del fondo de su ser ni de su primer estado, viéndose obligado y constreñido á ciertas leyes que él mismo no puede violar.

Moisés y nuestros antiguos patriarcas de los que Moisés reco-

1) Génesis, cap. XI, vers. 4, 7.

gió las tradiciones, nos sugieren otros pensamientos por cierto mas elevados. El Dios que los libros santos nos muestran, tiene otro poder, otra sabiduría, puede hacer y deshacer segun se le antoje y quiera, dá leyes á la naturaleza, y las quita cuando le place y es su voluntad.

Para hacerse conocer en los tiempos en que la mayor parte de los hombres le habian olvidado, ha hecho maravillosos milagros, ha forzado á la naturaleza á salir de sus leyes mas constantes, y ha continuado siempre mostrando que él era el dueño absoluto, y que su voluntad es el solo vínculo que mantiene el orden del mundo.

Esto es justamente lo que los hombres habian olvidado; la estabilidad de tan bello orden, no servia sino para persuadirles que tan bello orden habia existido siempre, que procedia de sí mismo; de aquí que adoraban al mundo en general, á los astros, á los elementos y á todos los grandes cuerpos que componen y forman el Universo. Dios, pues, ha manifestado al género humano una bondad digna de Él, trastornando en ruidosas ocasiones este orden que no solamente no les admiró mucho porque estaban acostumbrados á ello, sino que les incitó tanto que llegaron á imaginarse que estaban fuera de los atributos de la Divinidad la eternidad y la independenciam.

La historia del pueblo de Dios atestiguada por su propia consecuencia y por la religion, tanto de los que la han escrito, como de los que la han conservado con tanto cuidado, ha guardado como en un fiel registro, la memoria de estos milagros, y nos dá por esto la verdadera idea del supremo imperio de Dios, dueño omnipotente de sus criaturas, bien sea para tenerlas sujetas á las leyes generales que ha establecido, bien sea para darles otras cuando juzgue que es necesario para despertar por medio de algun golpe sorprendente al género humano adormecido.

Ved aquí el Dios que Moisés nos habia propuesto en sus escritos, como él solo á quien es preciso servir, ved aquí el Dios al que los patriarcas anteriores á Moisés habian adorado, en una palabra, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob á quien nuestro padre Abraham habia querido inmolar su hijo único, de quien Melchisedec figura de Jesucristo era el sacerdote, á

quien nuestro padre Noé habia ofrecido sacrificio al salir del arca, á quien el justo Abel habia reconocido ofreciéndole en sacrificio cuanto tenía de mas precioso, á quien Seth dado á Adán en puesto de Abel lo habia hecho conocer á sus hijos, llamados tambien los hijos de Dios, á quien el mismo Adán habia mostrado á sus descendientes, de cuyas manos habian salido recientemente, y que era el único que podia poner fin á los males de su desgraciada posteridad.

La bella filosofia es la que nos ha dado estas ideas tan puras acerca del autor de nuestro sér, la bella tradicion es la que nos ha conservado la memoria de sus obras magnificas. El pueblo de Dios es Santo, pues que por una continuacion no interrumpida desde el origen el mundo hasta nuestros dias, nos ha conservado una filosofia y una tradicion tan santa!

CAPÍTULO II.

ABRAHAM Y LOS PATRIARCAS.

Como el pueblo de Dios, tomó bajo la direccion del patriarca Abraham una forma mas arreglada y regular, es necesario que nos detengamos un poco al llegar á este grande hombre y varon justo.

Nació Abraham sobre unos trescientos cincuenta años despues del diluvio, en un tiempo en que la vida humana aunque reducida á mas estrechos limites, era, sin embargo muy larga.

Noé había muerto entonces, Sem, su hijo primogénito vivía aun, y Abraham tiene que pasar con él casi toda su vida.

Representaos, pues, el mundo nuevo aun, y por decirlo así, mojado todavía por las aguas del Diluvio, cuando los hombres tan cerca del origen de las cosas, no tenían necesidad para conocer la unidad de Dios y el servicio que les había hecho, sino servirse solo de la tradición que se conservaba desde Adán y Noé, tradición por otra parte tan conforme con las luces de la razón, que parecía que una verdad tan clara y tan importante no pudiese obscurecerse jamás, ni ser olvidada de los hombres. Tal es el primer estado de la religión, estado que dura hasta Abraham en cuyo tiempo para conocer las grandezas de Dios, los hombres solo debían recurrir á su razón y á su memoria.

Pero la razón era débil y se iba corrompiendo, y á medida que se olvidaba el origen de las cosas, los hombres mezclaban y olvidaban las ideas que habían recibido de sus antepasados, los hijos indóciles no querían creer á sus abuelos decrepitos, á quienes apenas conocían despues de tan largas generaciones, los sentidos humanos embrutecidos, no podían elevarse á las luces intelectuales, y los hombres no querían adorar sino lo que veían, la idolatría se esparció por todo el universo.

El espíritu maligno que había engañado al primer hombre, gozó entonces todo el fruto de su seducción, y vió el efecto producido por su palabra «Sereis como Dioses». Desde el momento en que las profirió, tendió á confundir en el hombre la idea de Dios con la idea de la criatura, y á dividir un nombre cuya magestad consistía en ser incomunicable. Logró ver cumplida su idea. Encenegados los hombres en la carne y en la sangre habían conservado una idea oscura é imperfecta de la omnipotencia divina que se mantenía por su propia fuerza, pero que mezclada con las imágenes creadas por sus sentidos carnales, se adoraba en todas las cosas en donde había alguna actividad, ó existía algun poder y fuerza. Así el sol y los astros que se hacían sentir desde tan lejos, y el fuego y los demás elementos cuyos efectos eran universales, fueron los primeros objetos que se adoraron públicamente. Los reyes poderosos, los conquistadores invictos que cifraban todo su poder en la tierra, y los autores de invenciones útiles á la vida humana, recibieron muy

luego honores divinos. Los hombres fueron sometiéndose á los sentidos, los sentidos fueron los únicos árbitros de todo, y formaron á pesar de la razon, todos los dioses que se adoraron sobre la tierra. El hombre pareció entonces apartado del objeto y fin para que habia sido creado, de su primitiva institucion, y la imágen de Dios se corrompió en su corazon ¿Podia Dios haberle creado con estas perversas inclinaciones que aumentaban mas y mas de dia en dia? ¿y esta inclinacio peligrosa que tenia en sujetarse á todas las cosas excepto á su Señor natural, no mostraba de un modo muy visible la mano estraña por la cual la mano de Dios habia sido tan visiblemente alterada en el espíritu humano que apenas se podia reconocer la mano que la habia trazado? Incitado por esta ciega impresion que le dominaba mas y mas, se hizo ya idólatra sin que nada pudiese contenerle.

Un mal tan grande hacia inusitados progresos. Con el objeto de que no se infectase todo el género humano, y no perdiese del todo el conocimiento de Dios, este gran Dios llamó desde los cielos á su fiel servidor Abraham y á su familia, en la cual queria establecer su culto y conservar las antiguas creencias tanto de la creacion del Universo como de la providencia particular, con la cual gobierna Dios todas las cosas humanas.

Abraham ha sido siempre célebre en el Oriente. No son solamente los Hebreos los que le miran como su padre (1), los Idu-meos se vanaglorian de reconocer el mismo origen, Ismael hijo de Abraham es tenido entre los Arabes como su fundador, la circuncision permanece entre ellos como la señal de su origen, y la han recibido en todos tiempos no el octavo dia á la manera de los judíos, sino á los trece años segun nos enseña la Escritura, que fue la edad en que se circuncidó á Ismael, costumbre que dura aun entre los mahometanos. Otros pueblos árabes reconocen á Abraham y á Sara y son los mismos que la Escritura hace descendientes de este matrimonio. Este patriarca era de nacion caldeo, y estos pueblos célebres por sus grandes y admirables observaciones astronómicas cuentan á Abraham

(1) Génesis, cap. XVI, XVII.

como á uno de sus mas sábios astrónomos. (1) Los historiadores de la Siria le han hecho rey de Damasco, aunque estrangero y oriundo de los alrededores de Babilonia, y dicen que dejó el reino de Damasco, para establecerse en el pais de los Cananeos llamado despues Judea (2). Pero mas vale que narremos lo que la historia del pueblo de Dios nos refiere acerca de este grande hombre.

Hemos visto que Abraham seguia el mismo género de vida que habian seguido los antiguos hombres antes que todo el universo se hubiese dividido en naciones; dominaba en su tribu ó familia con la cual habia abrazado la vida pastoril tan celebrada por su simplicidad y por su inocencia; rico en ganados, en esclavos y en dinero, pero sin tierras ni heredades, de todos respetado, independiente como un monarca (3); su piedad y rectitud protegidas por Dios, le atrajeron este respeto. Trató de igual á igual á los reyes que solicitaban su alianza, y de aquí procede la antigua opinion de algunos historiadores que han querido hacerlo rey. Aunque su vida fue sencilla y de costumbres pacíficas sabia tambien hacer la guerra. aunque solamente recurria á este extremo cuando tenia que defender á alguno de sus aliados injustamente oprimidos (4). Defendióles y les vengó por una señalada victoria, y les dió cuantas riquezas habia tomado á sus enemigos sin reservarse mas que el diezmo de la victoria, el cual ofreció á Dios, y la parte que dió á las tropas que le auxiliaron en el combate. Despues de tan gran servicio, rehusó los presentes que le ofrecieron los reyes con una magnanimidad y un desprendimiento sin segundos, y nadie pudo decir que Abraham hubiese tomado la menor cosa de cualquier hombre. El no quiso deber nada á nadie sino al Dios que le protegia y al que obedecia con una fé sin igual.

Guiado por esta fé habia salido de su tierra natal para marchar al pais que Dios le señaló. Dios que le habia llamado, y

(1) Génesis, cap. XVII vers. 23. Flavio Josefo, lib. I, cap. 13.

(2) Nic. Damas. Flavio Josefo. Eusebio, etc.

(3) Génesis, caps. XIV, XXI, vers. 22, 27.

(4) Génesis. cap. XIV.

que le habia hecho digno de su alianza, sujetó esta á la condicion de abandonar su pais.

Dios le prometió la tierra de Chanaan para servir de morada á su posteridad y de silla á la religion (1), y le declaró que seria el Dios de él y de sus hijos (2), es decir, que seria su protector, y que la descendencia suya le serviria como al solo Dios criador del cielo y de la tierra.

Abrahan no tenia ningun hijo, su muger Sara era estéril, pero Dios le prometió que de él y de su muger naceria un hijo, cuyos descendientes se multiplicarian tanto cual las estrellas del cielo y las arenas del mar (3).

Pero ved lo que tiene de mas memorable esta promesa divina. Todos los pueblos habian caído en la idolatría. Dios prometió al santo patriarca, que en él y en su descendencia, todas estas naciones idólatras que olvidaban á su criador, serian benditas (4), es decir, llamadas al conocimiento del verdadero Dios.

Por esta promesa Abrahan es considerado como el padre de todos los creyentes, y su posteridad es elegida para ser el origen de la bendicion divina que debia estenderse por toda la tierra.

En esta promesa estaba incluida la venida del Mesías, tantas veces predicha á nuestros padres, pero anunciada siempre como seria este Mesías el Salvador de todos los gentiles, y el Redentor de todos los pueblos del mundo.

De este modo el gérmen bendito prometido á Eva, debia ser el gérmen y el renuevo de Abrahan.

Tal es el fundamento de la alianza, tales son sus condiciones. Abrahan recibió la señal de esta alianza en la Circuncision, (5) ceremonia cuyo propio efecto era señalar que este santo varon pertenecia á Dios como igualmente toda su familia.

Abrahan no tenia hijos cuando Dios bendijo su posteridad, y

(1) Génesis caps. XII, XVII.

(2) Idem.

(3) Génesis, cap. XII, vers. II, cap. XV, vers. IV, V, cap. XVII, vers. XIX.

(4) Génesis, cap. XII, vers. III, cap. XVII vers. XVIII.

(5) Génesis cap. XVII.

estuvo aun muchos años sin tenerlos. Al cabo de algun tiempo tuvo á Ismael que debia ser padre de un gran pueblo, pero no de el pueblo elegido prometido á Abrahan. El padre del pueblo elegido debia ser hijo de Abrahan y de Sara, estéril hasta entón-ces. Trece años despues de Ismael tuvo á este otro hijo tan deseado, y le puso por nombre Isaach que significa *Risa*, es decir hijo de alegría, hijo milagroso, hijo prometido, y que señala por su nacimiento que los verdaderos hijos de Dios nacen de la gracia.

Habia crecido ya este bendito hijo, y era de una edad en la que podia Abrahan esperar tener otros hijos cuando de repente Dios le manda inmorarlo y sacrificarlo en obsequio suyo.

¡A cuántas pruebas no espone Dios la fé! Abrahan sube con Isaach al monte que Dios le señala y va á sacrificar este hijo en quien Dios le prometió hacerle padre del pueblo elegido y del Mesías verdadero. Isaach está pronto á recibir el golpe que la diestra de su padre va á descargarle. Dios contento con la obediencia del padre y del hijo, impide que se consuma el sacrificio. Un angel le detiene el brazo que va á descargar Abrahan sobre el cuello de su único hijo. Despues que estos dos grandes hombres dan al mundo una imágen tan viva y tan bella de la oblacion voluntaria de Jesucristo, despues que ha gustado su espiritu las amarguras de su cruz, son juzgados verdaderamente dignos de ser los antecesores del Redentor de lá humanidad. La fidelidad de Abrahan agrada tanto á Dios, que le confirma todas las promesas que anteriormente le habia hecho, y bendice de nuevo, no solamente á su familia, sino tambien por esta familia á todas las naciones del mundo.

En efecto, Dios continuó protegiendo á Isaach su hijo y á Jacob su nieto. Estos fueron sus imitadores unidos como él á la antigua creencia, y á la antigua manera de vida que era la pastoril, al antiguo gobierno del género humano en el que cada padre de familia era como rey en su casa. Así á pesar de los cambios que todos los dias iban introduciéndose entre los hombres, la santa antigüedad revivia en la religion y en la conducta de Abrahan y de sus hijos.

Dios reiteró á Isaach y á Jacob las mismas promesas que ha-

bia hecho á Abraham, y así como Dios se habia llamado el Dios de Abraham, llamóse ahora el Dios de Isaach y de Jacob.

Bajo su proteccion, estos tres grandes hombres comenzaron á morar en la tierra de Canaan aunque como extranjeros, y sin poseer un pié de tierra (1) hasta que el hambre atrajo á Jacob al Egipto en donde sus hijos multiplicados bien pronto, constituyeron un gran pueblo conforme á la promesa de Dios.

Por lo demás aunque este pueblo que Dios hacia nacer de su alianza, debia estenderse por la generacion, este gran Dios no dejó de señalar la eleccion de su gracia. Pues despues de haber elegido á Abraham de entre las naciones idólatras, entre los hijos de Abraham eligió á Isaach y de los dos gemelos de Isaach eligió á Jacob á quien dió el nombre de Israel.

La preferencia de Jacob fué señalada por la solemne bendicion que recibió de Isaach por estratagemas en la apariencia, pero real y efectiva por una espresa disposicion de la sabiduría divina. Esta accion profética y misteriosa, habia sido preparada por un oráculo, desde el tiempo en que Rebeca madre de Esaú y de Jacob los llevaba á los dos en su seno. Turbada esta piadosa mujer con el combate que tenian entre si los hijos que llevaba en sus entrañas, consultó con Dios de quien recibió esta respuesta. «Llevais en vuestro seno dos pueblos y el primogénito estará sujeto al mas jóven.» Con sujecion, pues, á este oráculo, Jacob habia recibido de su hermano la cesion de su derecho de primogenitura (2) confirmada por medio de juramento é Isaach al bendecirle no hizo otra cosa sino ponerle en posesion del derecho que el mismo cielo le habia dado. La preferencia de los Israelitas hijos de Jacob, sobre los Idumeos hijos

1 Act. VII. 5.

(2) No podemos al llegar á este punto dejar de referir brevemente cómo se verificó esta venta ó cesion. Isaach tuvo dos hijos y Esaú que era el mayor, heredó el derecho de primogenitura ó mayorazgo como diríamos hoy. Cierta dia que volvía de caza estenuado de hambre y de fatiga, vió á su hermano Jacob comiendo con gran placer un plato de lentejas. Esaú le dijo.—Si me das ese plato que comes, te cederé mis derechos de primogénito. Conviene en ello Jacob, y de esta manera perdió Esaú la primogenitura. (N. del T.)

de Esaú, está predicha por esta accion, que señala tambien la preferencia futura de los gentiles nuevamente llamados á la alianza por Jesucristo sobre el antiguo pueblo.

Jacob tuvo doce hijos que fueron los doce patriarcas cabeza de las doce tribus. Todos debian entrar en la alianza, pero Judá fué elegido entre todos sus hermanos para ser el padre de los reyes del pueblo santo, y el padre del Mesías tantas veces prometido á sus antecesores.

Habia de venir un tiempo en que diez tribus serian separadas del pueblo de Dios por su infidelidad, la posteridad de Abraham no conservaria su antigua bendicion, es decir la religion, la tierra de Chanaan y la esperanza del Mesías; solo la tribu de Judá debia dar nombre al resto de los israelitas á los que se llamó judios y al pais que habitaban Judea.

De este modo la eleccion divina parece siempre la misma en este pueblo carnal que debia conservarse por la propagacion ordinaria.

Jacob vió en espíritu el secreto de esta eleccion. Estando á punto de espirar y viendo á sus hijos alrededor de su cama, pidiendo la bendicion á tan buen padre, Dios le descubrió el estado de las doce tribus cuando estarian en la tierra prometida, Jacob lo esplicó á sus hijos en pocas palabras, llenas de grandes misterios.

Aunque todo lo que dijo de los hermanos de Judá, fué expresado de un modo extraordinario, pareciendo un hombre trasportado á otras regiones por el espíritu de Dios, cuando se dirigió á Judá pareció elevarse aun mas y mas. «Judá, dijo, tus hermanos te alabarán y honrarán, tu mano oprimirá á tus enemigos, los hijos de tu padre se posternarán ante tí. El cetro, es decir, la autoridad, no saldrá nunca de la casa de Judá y se verán siempre valerosos capitanes é insignes magistrados ó jueces salir de su rama, hasta que vendrá el que debe ser enviado, que será la salvacion de los pueblos.»

La continuacion de esta profecia, señala la comarca ó porcion de territorio que la tribu de Judá ocuparia en la Tierra prometida. Pero las últimas palabras que hemos espuesto de cualquier manera que se las quiera tomar no significan otra cosa sino que aquel que debia ser el enviado de Dios, el ministro é

intérprete de sus volun'ades, en una palabra, el Mesías prometido, debia salir de la casa de Judá.

Jacob no dice espresa y terminantemente que en solo la descendencia de Judá debia nacer el Mesías, sino que él comprende en el destino de Judá solo, el destino de toda la nacion, que despues de su dispersion debia ver los restos de las otras tribus reunidas bajo las banderas de la tribu de Judá.

Todos los términos de la profecía están claros, tener el cetro nos parece ser rey, pero en la lengua santa esto significa en general el poderío, la autoridad, la magistratura. El uso de la palabra tener el cetro se encuentra en varios pasages de la Escritura, y parece bien manifestamente en la profecía de Jacob. que el patriarca quiere decir que en los dias del Mesías toda autoridad cesará en la casa de Judá, lo que lleva en sí la ruina total de un Estado.

Así los tiempos del Mesías son aquí señalados por una doble mudanza. Por la primera, el reino de Judá y el pueblo judío están próximos á su total ruina. Por la segunda, debe salir un nuevo reino no de un solo pueblo sino de todos los pueblos juntos, de los cuales el Mesías debe ser el consuelo y la esperanza.

En el estilo de la Escritura el pueblo judío es llamado en nombre singular y por escelencia *El pueblo ó el pueblo de Dios*, y cuando dice *los pueblos*, se entiende, los otros pueblos de la tierra, á quienes tambien se habian prometido el Mesías en la profecía de Jacob.

Esta gran profecía comprende, pues, en pocas palabras toda la historia del pueblo judío y del Cristo que les estaba prometido. Ella señala toda la continuacion del pueblo de Dios, y en efecto dura aun.

No pretendo yo ahora hacer aquí ningun comentario, y vos monseñor, no teneis ninguna necesidad de ello, pues señalando simplemente la continuacion del pueblo de Dios, vereis el sentido del oráculo irse desenvolviendo ante vos y los solos acontecimientos serán sus intérpretes.

CAPITULO III.

MOISES, LA LEY ESCRITA Y LA INTRODUCCION DEL PUEBLO EN
LA TIERRA PROMETIDA.

Despues de la muerte de Jacob, el pueblo de Dios permaneció en Egipto hasta los tiempos de la mision de Moisés, es decir, unos doscientos años. Así es que pasaron cuatrocientos treinta años antes que Dios diese á su pueblo la tierra que le habia prometido.

Quiso acostumbrar á sus elegidos á que fiasen en su promesa, asegurándoles que al fin se habia de cumplir en el tiempo señalado por su eterna providencia.

Las iniquidades de los Amorehos á los que Dios queria despojar de la tierra para dársela á su pueblo elegido, no habian llegado aun á su colmo como Dios habia declarado á Abraham; era preciso dar al pueblo elegido tiempo para multiplicarse, á fin de que estuviese en estado de llenar la tierra que le era destinada la que habia de ocupar por la fuerza, y esterminando á sus habitadores que eran malditos de Dios.

Quiso el Señor que los Israelitas sufriesen en Egipto una dura ó insoportable cautividad á fin de que libertados por inauditos prodigios amasen á su libertador y celebrasen eternamente sus misericordias.

Ved aquí el órden de los consejos de Dios, tales como él mismo nos los ha revelado, para enseñarnos á temerle, á adorarle, á amarle y á confiar en sus promesas con fé y con paciencia.

Habia llegado ya el tiempo, oye los gritos de su pueblo cruelmente afligido por los Egipcios, y les envia á Moisés para librar á sus hijos de la tiranía.

Dios se dá á conocer á este grande hombre, el único entre todos los nacidos que ha tenido la dicha inmensa de ver á Dios. Aparecesele de una manera tan magnífica como consoladora (1) y le declara que *él es el que es*. Todo lo que está ante Moisés no es mas que una sombra. *Yo soy el que soy* (2), dícele Dios. El *sér* y la *perfeccion* me pertenecen á mí solo. Entonces toma un nuevo nombre que designa el *sér* y la vida en él como en su origen y fuente, y bajo el nombre grande de Dios terrible, misterioso é incomunicable quiere ser en adelante adorado, ensalzado y glorificado.

Yo no referiré ni las plagas de Egipto, ni la dureza de Pharaon, ni el pasage del mar Rojo, ni los relámpagos y truenos que contempla espantado el pueblo acampado al pie del monte Sinaí. Dios graba por su misma mano sobre dos tablas de piedra los preceptos fundamentales de la religion y de la sociedad y dicta el resto á Moisés en alta voz. Para mantener esta ley en su vigor manda Dios que se forme una venerable asamblea de setenta consejeros á la que puede llamarse el senado del pueblo de Dios y el consejo perpétuo de la nacion.

Dios se aparece publicamente y hace publicar su ley en su presencia, como una maravillosa demostracion de su magestad y de su poderio.

Hasta aquí no habia Dios dado nada por escrito que pudiese servir de regla á los hombres. Los hijos de Abraham tenian solamente la circunscricion y las ceremonias que la acompañaban para marcar y señalar la alianza que Dios habia contraído con su pueblo elegido. Los Israelitas estaban separados por esta señal de los pueblos que adoraban las falsas divinidades, por lo demás ellos se conservaban en alianza con Dios por el recuerdo que tenian de las promesas hechas á sus padres, y eran tenidos como un pueblo que servia al Dios de Abraham, de Isac y de Jacob.

(1) Exodo, cap. 111.

(2) Exodo, 14.

Dios estaba muy olvidado y, para conocerle era preciso señalarle con el nombre de los que habían sido sus adoradores, de los cuales era protector declarado.

No quiso Dios abandonar por mucho tiempo á la sola memoria de los hombre, los misterios de la Religion y de su alianza. Habia llegado tiempo de poner fuertes diques á la idolatria que cubria la faz de la tierra, y apagaba los pocos restos que quedaban de la ley natural.

La ignorancia y la ceguedad se habian acrecentado desmedidamente desde el tiempo de Abrahan, el conocimiento y culto del verdadero Dios solo se encontraba en la Palestina y en el Egipto. Melquisedech rey de Salem, era el Sacerdote del Dios mas alto que ha hecho el cielo y la tierra (1). Abimelech rey de Gerar y su sucesor temia á Dios jurando en su nombre y admirando su omnipotencia. (2) Las amenazas en este gran Dios eran temidas por Pharaon rey de Egipto (3); pero en los tiempos de Moisés las naciones se habian pervertido enteramente. El verdadero Dios no era conocido en Egipto como el Dios de todos los pueblos del mundo, sino como el Dios de los Hebreos. (4) Adorábanse las bestias y los reptiles mas inmundos. (5) Todo era Dios excepto Dios mismo, y el mundo que Dios habia hecho para manifestar su poder, parecia ser un templo de ídolos y Dioses falsos. El género humano llegó á estraviarse hasta el punto de adorar sus propios vicios y perversas inclinaciones, reinaba pues, el diablo y era todo un caos completo. No habia ningun poder mas tiránico que el del hombre. Acostumbrado este á creer divino todo lo que era poderoso, como se sentia arrastrado al vicio por una fuerza invencible, creyó fácilmente que esta fuerza estaba fuera de él, y muy luego se hizo un Dios. Este es

(1) Génesis cap. XIV. vers. 18. 19.

(2) Génesis cap. XXI. vers. 22. 23.

(3) Génesis cap. XII vers. 17. 18.

(4) Exodo, cap. V. vers. 1. 2. 3.

(5) Uno de los principales dioses de los egipcios era un toro de formas colosales, al que llamaban el Buey Apis. Daban tambien gran culto y veneración á los inmundos escarabajos. (N. del T.)

el motivo porqué el amor impúdico tuvo tantos altares, y torpezas que causan horror, comenzaron á ser mezcladas en los sacrificios. (1)

La crueldad conmenzó tambien en este tiempo. El hombre culpable, era turbado por el sentimiento de su crimen, cuya conciencia miraba á la Divinidad como enemiga del hombre, y creyó que no podia apaciguarla sacrificándola ordinarias víctimas. Entonces mezcló la sangre humana con la de las bestias, un ciego temor y miedo, obligó á los padres á inmolar sus propios hijos, y á quemarles en lugar de incienso para aplacar á los dioses. Estos sacrificios eran conocidos desde los tiempos de Moisés, y no formaban sino una pequeña parte de las horribles iniquidades de los Amorehos, cuya venganza encomendó Dios á los israelitas.

Pero no estaban vinculados estos horrendos sacrificios en solo los Amorehos, en todos los pueblos del mundo sin escepcion, los hombres sacrificaban á sus semejantes, y no habia ningun lugar ni sitio en la tierra, en que no se rindiese culto á estas falsas y horrendas divinidades, cuyo implacable ódio al género humano exigia tales victimas.

En medio de tanta ignorancia, llegó el hombre á adorar hasta la obra que salia de sus manos. Creyó que podria incluir el espíritu divino en las estátuas, olvidó que Dios le habia creado, y creyó que tenia poder para fabricar Dioses á su capricho.

¿Quién pudiera creer tales absurdos si la esperiencia no nos demostrase que un error tan estúpido y tan brutal no era solamente el mas estendido sino tambien el mas arraigado é incorregible entre los hombres? Así, es preciso reconocer en la confusion del género humano que la primera de las verdades que el mundo pregona aquella cuya impresion es mas poderosa, era la que mas se apartaba de las costumbres de los hombres. La tradicion que la conservaba en sus espíritus aunque clara todavia, y muy presente si hubiese sido atendida estaba muy pronta á desvanecerse, fábulas prodigiosas y tan llenas de impiedad como de estravagancias, ocupaban el sitio de las tradiciones,

(1) Levítico cap. XX. vers. 2. 3.

era llegado el momento en que la verdad, mal guardada en la memoria de los hombres, no podia conservarse sin ser escrita, y Dios por otra parte habiendo vuelto á encaminar á su pueblo por el sendero de la virtud por medio de leyes espresadas y en número mas considerable, resolvió al mismo tiempo darlas escritas.

Moisés fué el escogido y llamado para esta obra. Este sapientísimo escritor, recogió la historia de los siglos pasados, la de Adam, la de Noé, la de Abraham, la de Isaach, la de Jacob, la de José ó mejor dicho la de Dios mismo, y la de sus hechos admirables.

No le fué necesario desenterrar de muy lejos las tradiciones de sus antecesores. Moisés habia nacido cien años despues de la muerte de Jacob, los ancianos de su tiempo habian podido hablar muchos años con este santo patriarca, la memoria de José y las maravillas que Dios habia hecho por medio de este gran ministro de los Reyes de Egipto estaban aun muy recientes. La vida de tres ó cuatro hombres remontada hasta Noé que habia visto á los hijos de Adam, y tocaba por decirlo así al origen de las cosas.

Así las tradiciones antiguas del género humano y las de la familia de Abraham no eran dificiles de recoger y coleccionar, la memoria estaba viva aun y no causa admiracion si Moisés en el Génesis habla de cosas sucedidas en los primeros siglos con gran certidumbre como cosas que se veian aun, y habiendo por otra parte en los pueblos vecinos y en la tierra de Canahan monumentos notables.

En los tiempos en que Abraham, Isaach y Jacob habian habitado esta tierra, habian elegido por muchas partes memorias de las cosas que les habian acontecido. Aun se veian los lugares que habian habitado, los pozos que habian ahondado en aquellos secos paises para apagar la sed de su familia y de sus ganados, las montañas en que habian ofrecido sacrificio á Dios, y los lugares en que este se les habia aparecido, las piedras que habian erigido ó amontonado para que sirviesen de memoria á la posteridad y las tumbas en que reposaban sus benditas cenizas. Las memorias de estos grandes hombres estaba reciente no solamente en todo aquel pais, sino tambien en todo el Oriente, en

donde muchas naciones célebres, no habían olvidado que descendían de estos países.

Así es, que cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, todos les recordaba sus antecesores, y las ciudades y las montañas y las mismas piedras les hablaban de estos hombres maravillosos, y de las esclarecidas visiones por las cuales Dios les había confirmado en la antigua y verdadera creencia.

Aquellos que conocían tan poco las antigüedades, sabían sin embargo, cuanto se cuidaba en los primitivos tiempos de erigir y de conservar estos monumentos, y cuanto la posteridad retenía en la memoria cuidadosamente los motivos que les habían impulsado á erigir estos monumentos. Esta era una de las maneras de escribir la historia. Posteriormente se labraron y pulieron las piedras, y las estatuas y monumentos han sucedido á las masas groseras y sólidas que se eregían en los primeros tiempos.

Hay también grandes motivos para creer que en el linaje en que se había conservado el conocimiento de Dios, se conservaban también por escrito memorias de los antiguos tiempos, pues los hombres no hubieron podido estar jamás sin transmitir á la posteridad algunos de los sucesos más notables. Al menos es seguro que se componían cánticos que los padres enseñaban á sus hijos, cánticos que se cantaban en las fiestas y en las asambleas públicas y que perpetuaban la memoria de las acciones más notables de los siglos pasados.

De aquí nació la poesía, cambiada por la sucesión de los tiempos en varias formas, de las cuales la más antigua se conserva aun en las odas y en los cánticos usados por todos los pueblos antiguos y aun al presente, por todos aquellos pueblos que no conocen la escritura y se sirven de ellos para alabar á la Divinidad ó narrar algun hecho notable.

El estilo de estos cánticos atrevido, extraordinario y natural, es muy propio para representar á la naturaleza, que marca por esta razón vivos y agudos pensamientos libertado de las trabazones ordinarias que afectan aun el estilo más llano y limitado, por otra parte en las cadencias numerosas que aumentando la fuerza sorprende el oído, ocupa la imaginación, conmueve el corazón y se imprime más fácilmente en la memoria. Entre todos

los pueblos del mundo que han usado de semejantes cánticos, el pueblo de Dios ha sobresalido sobremanera. Moisés señala un gran número (1) de los que solo marca los primeros versos, pues el pueblo sabia el resto. El mismo compone dos de esta naturaleza. El primero desenvuelve ante nuestras miradas el paso triunfante del mar Rojo (2) y los enemigos del pueblo de Dios los unos sumergidos ya en las aguas, los otros vencidos por el terror y asombro. Por el segundo cántico (3) Moisés confunde la ingratitud del pueblo y celebra las bondades y las maravillas de Dios. Los siglos siguientes le han imitado; este mismo Dios y sus maravillosas obras son el asunto de las odas y cánticos que han compuesto, Dios mismo les inspira, y la poesía del pueblo de Dios es propiamente conmovedora.

Jacob habia pronunciado en lenguaje místico los oráculos que contenian el destino de sus hijos, á fin de que cada tribu retuviese mas fácilmente en la memoria lo que á ella correspondia, y aprendiese á alabar á Aquel que no era mas magnífico en sus predicciones que fiel en cumplirlas.

Ved aquí los medios de que Dios se sirvió para conservar hasta los tiempos de Moisés la memoria de los sucesos pasados. Este grande hombre instruido por todos estos medios é inspirado además por el Espíritu-Santo, ha escrito las obras de Dios con una exactitud y una sencillez tan bella, que atrae la fé y la admiracion al grande y supremo Hacedor.

Moisés ha juntado á las cosas pasadas que contenian el origen y las antiguas tradiciones del pueblo de Dios, las maravillas que Dios obraba entonces para libertarlos de la cautividad. Por esto no alega otros testimonios que sus propios ojos. Moisés no les cuenta ninguna de las cosas que pasan en retiros impenetrables ó en antros profundos, no se deja nada por explicar, él particulariza, él circunscribe todas las cosas, como hombre que no teme ser desmentido. Funda sus leyes y su gobierno sobre las maravillas que ha visto. Estas maravillas no eran otra cosa sino la naturaleza cambiada de repente y en diferentes ocasio-

(1) Números cap. XXI. vers. 14, 17, 18, 27, etc.

(2) Exodo cap. XV.

(3) Deuterimonio XXXII.

nes para librarles á ellos y castigar á sus enemigos, el mar dividiéndose á su paso, un manjar celestial, aguas abundantes sacadas de las peñas con solo tocarlas la vara de Moisés, el cielo dándoles una señal visible para marcar su marcha y otros milagros y prodigios semejantes que vieron por espacio de cuarenta años.

El pueblo de Israel no era mas inteligente que los otros pueblos que estaban á su lado y no podian concebir un Dios invisible. Al contrario, era grosero y rebelde tanto ó mas que ningun otro pueblo. Pero este Dios invisible en su naturaleza, se hacia tan sensible por sus continuos milagros, y Moisés lo inculcaba con tanta fuerza, que al fin este pueblo carnal creyó en la idea tan pura de un Dios que lo hacia todo por su palabra, de un Dios que no era sino espíritu, razón é inteligencia.

De esta suerte mientras que la idolatría que habia tomado tan gran incremento despues de Abraham, cubria toda la faz de la tierra, la sola posteridad de este patriarca, estaba exenta de dar culto á los dioses falsos. Sus enemigos le rindieron testimonio de esto, y los pueblos en los que la verdad de la tradicion no estaba aun abolida del todo, exclamaban con admiracion y asombro: «No se ve ningun ídolo en la casa de Jacob, no se ven tampoco ningunos presagios supersticiosos, ni adivinos, ni sortilegios, es un pueblo que confia solo en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible, cuya sabiduría es infinita.»

Para grabar en los corazones la unidad de Dios y la perfecta uniformidad que les pedia en su culto, Moisés repetia amenudo, que en la tierra prometida escogeria un lugar en donde solo y únicamente se harian las fiestas, los sacrificios y todo el servicio público. Entre tanto, este deseado lugar, mientras que el pueblo andaba errante por el desierto, se construyó por Moisés el Tabernáculo, templo portátil, en el que los hijos de Israel presentaban sus ofrendas al Dios que habia hecho el cielo y la tierra, y que no se desdeñaba por decirlo así, de viajar con ellos y de conducirles.

Sobre este principio de religion, sobre este fundamento sagrado estribaba toda la ley, ley santa, justa, benéfica, sábia, próspera y simple, que ligaba la sociedad de los hombres entre sí por la santa sociedad del hombre con Dios.

A estas santas instrucciones juntó Moisés ceremonias magestuosas, fiestas que les traían á la memoria los milagros por los que el pueblo de Israel había sido librado de la opresion de los Egipcios y que ningun otro legislador hubiera osado hacer, seguridades precisas que les sucedían tanto como vivieran sometidos á la ley mientras que si desobedecían su desobediencia sería seguida de una manifiesta é inevitable venganza. Era necesario estar inspirado por Dios para poner este fundamento á sus leyes, y los acontecimientos posteriores han justificado que Moisés no hablaba por sí propio.

En cuanto al gran número de observancias que encargó á los Hebreos, aunque ahora nos parecen supérfluas eran entonces necesarias para separar al pueblo de Dios de los otros pueblos y servían como de barrera y dique al ímpetu furioso de la idolatría, para que no arrastrase á este pueblo, elegido entre todos los de la tierra.

Para mantener la religion y las tradiciones del pueblo de Dios entre las doce tribus, eligió Dios una de entre ellas, á la cual debían darse los diezmos y las oblaciones por el cuidado que debían tener de las cosas sagradas. La tribu de Leví fué la consagrada para ejercer el sagrado ministerio, y en esta tribu á Aaron fué el escogido para ser el soberano pontífice, y el sacerdocio es hecho hereditario en su familia.

De esta manera los altares tienen sus ministros, la ley tiene sus defensores particulares y la continuacion del pueblo de Dios está justificada por la sucesion de sus pontífices que continua sin interrupcion desde Aaron el primero de todos.

Pero lo que hay de mas bello en esta ley es que prepara el camino á una ley mas augusta, menos cargada de ceremonias y mas fecunda en virtudes.

Moisés para que el pueblo esperase esta ley, les confirmó la venida del gran profeta que debía salir de Abraham, de Isaach y de Jacob. «Dios, les dijo (1) os suscitará de entre vuestra nacion y de vuestros mismos hermanos un profeta semejante á mí, oíde y atendedle.» Este profeta semejante á Moisés, legis-

(1) Dent. cap. XVIII. vers. 15, 18.

lador como él ¿quién puede ser sino el Mesías, cuya doctrina debia un día regular y santificar el universo?

El Cristo deberia ser el primero que formaria un pueblo nuevo y á quien dijo tambien; «Os doy un nuevo mandamiento» añadiendo; »Si me amais guardad mis mandamientos» (1) y aun mas espresamente «Oisteis que fué dicho á los antiguos.» No matarás; mas cualquiera que matare será culpado del juicio.» 2) y el resto de los preceptos por el mismo estilo y con la misma fuerza.

Ved, pues, aquí á este nuevo profeta semejante á Moisés y autor de una ley nueva, cuya venida ya nos anunció el mismo Moisés cuando nos dijo (3) «Oidle.» y para que se cumpliese esta promesa, Dios enviando á su hijo hace oír desde el cielo esta voz: «Este es mi hijo muy amado y en quien tengo todas mis complacencias, oidle.»

Este mismo profeta es el Cristo que Moisés habia figurado en la serpiente de bronce que erigió en el desierto; la mordedura de la antigua serpiente que estaba esparcida por todo el mundo, y cuyo veneno nos ha herido de muerte, debia ser sanada creyendo en él, como él mismo lo ha explicado. Mas ¿porqué recordar aquí solamente la serpiente de bronce? Toda la ley de Moisés, todos sus sacrificios, el sumo pontífice que estableció con tan misteriosas ceremonias, su entrada en el santuario, en una palabra, todos los sagrados ritos de la religion judaica en donde todo era purificado por la sangre, el cordero mismo que se inmolaba en la solemnidad principal de la Pascua en memoria de la libertad del pueblo, todo esto no significaba otra cosa, sino el Cristo salvador por su propia sangre de todo el pueblo de Dios.

Hasta aquí que es hasta donde llega la narracion de Moisés deberia leerse en todas las asambleas y consejos como el único legislador. Tambien vemos que hasta su aparicion, el pueblo en todos tiempos y en todas sus dificultades, no se establece sino sobre Moisés. Del mismo modo que Roma veneraba las leyes de

(1) S. Juan cap. XIV. vers. 15.

(2) S. Mateo cap. V. vers. 21.

(3) Denteronomio cap. XVIII. vers. 15.

Rómulo de Numa y de las doce tablas, lo mismo que Athenas recurria á las de Solon, y Lacedemonia conservaba las de Licurgo, acudia el pueblo hebreo á las de Moisés. Además el legislador habia regulado muy bien todas las cosas, no teniendo nunca necesidad de cambiar nada. El cuerpo del derecho judío, no era una recopilacion de diversas leyes hechas en diferentes tiempos y en distintas ocasiones. Lleno Moisés del Espíritu de Dios lo habia previsto todo. No se veía ninguna ordenanza de David, ni de Salomon ni de Josaphat ni de Ezequias, aunque todos estos reyes eran muy celosos por la justicia. Los buenos monarcas no necesitaban mas que hacer observar la ley de Moisés y se contentaban con recomendar la observancia á sus sucesores (1) y añadir ó cercenar un solo artículo, era un atentado que el pueblo hubiera mirado con horror. Era necesaria la ley á cada momento para regular no solamente las fiestas, los sacrificios, las ceremonias, sino tambien todas las otras acciones públicas y particulares, los juramentos, contratos, casamientos sucesiones, funerales, la forma misma de los vestidos, y en general todo lo tocante á las costumbres y usos sociales. No habia ningun otro libro en donde se estudiasen los preceptos de la vida. Era necesario hojearle y meditarle día y noche, para recoger sus preceptos y sentencias y tenerlos siempre ante la vista. En este libro era en donde los niños aprendian á leer. Las solas reglas de conducta que les daban sus padres, eran inculcarles y hacerles guardar y observar esta ley santa, la sola y única que podria hacerles sabios desde su infancia, y así la Escritura debia estar siempre en manos de todo el mundo. Además la lectura asidua que cada uno en particular debia hacer, se hacia cada siete años, en el año solemne del descanso y del reposo, en que se tenia una lectura pública á manera de una nueva publicacion, durante la fiesta de los Tabernáculos (2) en la cual todo el pueblo estaba congregado por espacio de ocho dias. Moisés hizo depositar cerca del Arca el original de la ley (3),

(1) Libro de los Reyes.

(2) Deuteronomio cap. XXXI. vers. 10 II. de Esdras, cap. VIII, vers, 17 y 18.

(3) Deuteronomio cap. XXXI. vers. 26.

pero temiendo que andando los tiempos fuese alterada, bien por malicia ó por negligencia de los hombres, además de las copias que corrian de mano en mano por entre el pueblo, se hicieron ejemplares auténticos que cuidadosamente revisados por los sacerdotes y levitas, valian tanto como los mismos originales. Los reyes (pues Moisés habia muy bien previsto que este pueblo al fin querria tener reyes como todas las naciones) los reyes digo, estaban obligados por una ley espresa del Deuteronomio (1) á recibir de las manos de los sacerdotes uno de estos ejemplares, tan escrupulosamente revisados, á fin de que le leyesen toda su vida. Los ejemplares así revisados por autoridad pública y competente, teníanse en singular veneracion por todo el pueblo, que les miraba como salidos inmediatamente de las manos de Moisés, tan puros y enteros como el original dictado por Dios. Habiéndose encontrado en el templo de Jerusalem y en el reinado de Josías un antiguo volúmen de esta severa y religiosa correccion, (aunque puede ser que fuese el original mismo que Moisés hizo colocar cerca del Arca) escitó la piedad y devocion de este santo rey y fuele ocasion para atraer á su pueblo á la penitencia. Los grandes efectos que en todos tiempos ha operado la lectura pública de esta ley son maravillosos y sorprendentes. En una palabra, este es un libro perfecto, que habiendo sido juntado por Moisés á la historia del pueblo de Dios, le enseña en conjunto su orijen, religion, policía, costumbres, filosofía, todo lo que sirve para regular la vida, todo lo que une y forma la sociedad, los buenos y los malos ejemplos, la recompensa de los unos y los castigos rigurosos que sufren los otros.

Por esta admirable disciplina, un pueblo salido de la esclavitud, y andando cuarenta años por un desierto, consigue llegar á la tierra que debia ocupar. Moisés les conduce, y advertido de su próximo fin, encomienda á Josué lo que restaba hacer. Pero antes de morir compuso aquel admirable cántico que comienza: «Escuchad cielos mi voz, que la tierra preste oido á las palabras que salen de mi boca.» En el silencio de la naturaleza toda, habla de repente al pueblo con una fuerza inimitable, y preveyen-

(1) Deuteronomio cap. XVII. vers. 18.

do sus infidelidades les descubre todo el horror de ellas. Muy luego se esfuerza de manera, que parece que todo discurso humano esté ya muy por debajo de lo que canta tan grande hombre; refiere lo que Dios le inspira, y habla con tanta altivez y grandeza, al mismo tiempo que con tanta bondad y mansedumbre, que no es posible saber qué es lo que le inspira mas, si el temor y la confusion, ó la confianza y el amor.

Todo el pueblo aprendió este divino cántico por orden de Dios y de Moisés. Este grande hombre poco despues murió en paz, como varon que no ha olvidado nada para conservar entre los suyos la memoria de los beneficios y preceptos de Dios. Dejó á sus hijos en medio del pueblo sin distincion de ninguna clase y sin preeminencias ningunas. Ha sido la admiracion, no ya de su pueblo sino de todos los pueblos del mundo, y jamás legislador alguno se ha visto tan honrado entre los hombres.

Todos los profetas de la antigua ley sucesores de Moisés y todos los escritores sagrados, tienen por gran gloria y extraordinario mérito, seguir sus huellas. Y en efecto, Moisés habla como un maestro, señalase en sus escritos por un estilo esclusivamente suyo, en su misma simplicidad ostenta una sublimidad tan magestuosa, que nada le puede igualar, y si al leer á los otros profetas creemos leer á los hombres inspirados por Dios, es por decirlo así, al mismo Dios en persona, el que leemos en los sublimes é inimitables escritos de Moisés.

Créese que él ha escrito el libro de Job. La sublimidad de los pensamientos y la magestad del estilo, hacen este libro digno de ser escrito por mano misma de Moisés. Temiendo que los Hebreos se enorgulleciesen y quisiesen atribuirse á ellos solos la gracia de Dios, hízoles entender que Dios tambien tenia elegidos en la raza misma de Esaú. ¿Qué doctrina era mas importante? ¿y qué entretenimiento mas útil podia dar Moisés al pueblo afligido en el desierto, que el de la paciencia de Job que cayó en manos de Satanás para ser ejercitado en toda clase de penas y sufrimientos, como fueron verse privado de sus bienes, de sus hijos y de toda consolacion sobre la tierra, arrojado luego á un horrible é inmundó muladar y tentado por blasfemias y desesperacion, y no obstante, permaneciendo firme, muestra que una alma fiel sostenida por los consuelos divinos, aun en medio

de las mas horribles pruebas, y á pesar de los mas negros pensamientos que el espíritu maligno puede sugerir, puede no solamente conservar una santa é invencible confianza, sino tambien elevarse por sus propios males á la mas alta contemplacion y reconocer en las penas que aguanta, la nada del hombre y el supremo imperio de Dios y su sabiduría infinita? Ved, pues, lo que enseña el libro de Job. (1) Para observar el carácter de los tiempos se vé la fé del santo varon coronada por prosperidades temporales, pero entretanto el pueblo de Dios aprende á conocer cual es la virtud de los sufrimientos y á gustar la gracia que debia algun dia, ser atraida á la cruz.

Moisés la habia gustado, cuando prefirió los sufrimientos y la ignominia que debia sufrir con su pueblo, á las delicias y á la abundancia de la casa del rey en el Egipto. (2) Desde entonces Dios le dió á gustar los oprobios que mas adelante sufriria Jesucristo. Moisés los gustó aun mas en su precipitada fuga, y en su destierro de cuarenta años. Apuró hasta las heces el caliz de Jesucristo, cuando elegido para salvar á su pueblo, le fué necesario soportar las continuas revueltas que pusieron su vida en peligro. (3) Entonces supo lo que cuesta salvar los hijos de Dios y mostró aunque de una manera pálida lo que debia sufrir algun dia el Salvador del mundo para librar al hombre de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna.

Este grande hombre no tuvo el consuelo de entrar en la tierra prometida, solamente la vió de lo alto de un monte y no se desdeñó de escribir que estaba excluido por una incredulidad que tuvo en cierta ocasion y que por mas ligera que pareciese, merecia ser castigada tan severamente en un hombre en que la gracia la poseyó tan superabundantemente. Moisés es un ejemplo de la severa justicia de Dios, y al juicio tan terrible á que están destinados aquellos cuyos dones y méritos, obligan á una fidelidad perfecta.

(1) Job. cap. XXIII, v. 5. XIV. 14 15. XVI. 21 XIX. 25, etc.

(2) Exodo, cap. II v. 10, 11, 15.

(3) Números. cap. XIV. v. 10.

Pero aun nos enseña un misterio mas alto la exclusion de Moisés de la Tierra prometida. Este sábio legislador que no hizo con tantas maravillas, sino conducir al pueblo de Dios por el desierto, nos sirve él mismo de prueba, que *su ley no acompaña nada á la perfeccion* (1) y que sin poder dar cumplimiento á las promesas, ella nos las hace *saludar de lejos* (2) y todo lo mas que hace es conducirnos á las puertas de nuestra herencia. Es un Josué, es un Jesús, pues este era el verdadero nombre de Josué, el que por este nombre y por su oficio representaba al Salvador del mundo, y este es el hombre fuerte en todas las cosas, y superior solamente por el nombre que lleva, en una palabra, este es el que debia introducir al pueblo de Dios en la Tierra prometida.

Por las victorias de este grande y valeroso capitan, el Jordan cambia de cauce, las murallas de Jericó caen ellas solas, y el sol se para en la mitad de su carrera. Dios establece á sus hijos en la tierra de Chanaan de donde echó los pueblos abominables que la habitaban. Una parte de estos pueblos que Josué echó de su tierra, se establecieron en el Africa en donde se encontró largo tiempo despues en una antigua inscripcion (3) su huida y las victorias de Josué.

Despues que estas victorias milagrosas pusieron á los Israelitas en posesion de la mas gran porcion de la tierra prometida á sus padres, Josué y Eleazar soberano pontífice con las cabezas de las doce tribus, hicieron el reparto de la tierra segun la ley de Moisés, (4) y asignaron á la tribu de Judá la primera y mas gran parte. Desde los tiempos de Moisés esta tribu sobresalia entre todas las otras en renombre, en valor y en dignidad. (5)

Josué murió y el pueblo continuó la conquista de la Tierra Santa. Dios quiso que la tribu de Judá marchase á la cabeza de

(1) Hebreos, cap. VII. v. 19.

(2) Hebreos, cap. XI, v. 13.

(3) Procop. de Vell. Vand, libro II.

(4) Josué, caps. XIII y siguientes.

(5) Números, cap. II. v. 3, 9.

las demás tribus, y declaró que ella había libertado el país. (1) En efecto, la tribu de Judá derrotó á los Cananeos y tomó á Jerusalem, que debía ser la ciudad santa y la capital del pueblo de Dios. Esta poblacion era la antigua Salem, en la que habia dominado Melquisedech, hallá por los tiempos de Abraham. Melquisedech, este *rey de justicia* (pues es lo que significa su nombre), y al mismo tiempo *rey de paz*, pues que *Salem* quiere decir *paz*, que Abraham reconoció como el mas grande pontífice que ha habido en el mundo, como si Jerusalem hubiese sido desde entonces destinada á ser una ciudad santa y centro de la Religion. Esta ciudad fué dada luego á los hijos de Benjamin, que débiles y poco numerosos no pudieron hechar á los Jebuseos, antiguos habitantes del país, y moraron confundidos con ellos. (2)

Bajo el gobierno de los jueces, el pueblo de Dios fué tratado de diversa manera, segun que se inclinaba al bien ó al mal. Despues de la muerte de los ancianos que habian visto los milagros de la mano de Dios, la memoria de estas grandes obras se debilitaba y la propension del género humano arrastraba al pueblo á la idolatría. Tantas veces como caia en ella era castigado, y tantas veces como se arrepentía se le levantaba el castigo. La fé de la Providencia y la verdad de las promesas y de las amenazas de Moisés, se confirmaban mas y mas en el corazon de los verdaderos fieles. Pero Dios preparaba aun mas grandes ejemplos. El pueblo pidió un rey y Dios le dió á Saul, reprobado bien pronto por sus pecados. Por fin, resolvió Dios establecer una familia real, de la cual debia salir el Mesías y escogió la tribu de Judá. David, jóven pastorcito perteneciente á esta tribu, y el menor de los hijos de Jessé, cuyo padre y familia no conocian su mérito, pero que Dios lo encontró digno de tomar el cetro, fué consagrado por Samuel en Bethleem su pátria. (3)

(1) Judit, libro I.

(2) Judit. cap. I. v. 21.

(3) Libro I. de los Reyes. XVI.

CAPITULO IV.

DAVID, SALOMON, LOS REYES Y LOS PROFETAS.

Al llegar á este punto, el pueblo de Dios toma una forma de gobierno mas digna. La dignidad real se afirma en la casa de David. Comienza esta casa por dos reyes diferentes en las costumbres, pero admirables ambos. David, belicoso y conquistador, subyuga los enemigos del pueblo de Dios, sus ejércitos son temidos por todos los pueblos del Oriente, y Salomon célebre por su sabiduría hace dichosos á los Israelitas por una paz duradera. Pero la continuacion de la religion nos precisa á hablar algo de la vida de estos dos grandes monarcas.

David reinó primero en la casa de Judá, victorioso y pujante, y poco despues fué reconocido por todo Israel. Tomó á los Jebuseos la fortaleza de Sion, que era como la ciudadela de Jerusalem. Dueño de esta ciudad quedó obligado por orden de Dios á establecer en ella la capital de su reino y la silla principal de la religion. Sion fué demolida, y en sus ruinas edificó una poblacion á la que se llamó la ciudad de David. (1) Joab, hijo de una hermana del Rey, edificó lo restante de la ciudad, y Jerusalem con estas nuevas edificaciones tomó una nueva forma. La tribu de Judá ocupó todo el pais, y la de Benjamin poco numerosa, vivió mezclada con la de Judá.

El Arca de la alianza construida por orden de Moisés en donde Dios reposaba entre medio de los querubines y en donde se guardaban las dos tablas del Decálogo, no tenia sitio ni paraje

(1) Libro II de los Reyes, cap. V, vers. 6, 7, 8, 9,

hijo. David la llevó en triunfo á Sion (1) conquistada con auxilio de Dios, á fin de que Dios reinase en Sion y que fuese allí reconocido como protector de David, de Jerusalem y de todo el reino. Mas el Tabernáculo en donde el pueblo servia á Dios cuando peregrinaba por el desierto, estaba aun depositado en Gabaon, ofreciéndose allí los sacrificios sobre el altar que habia edificado Moisés. Sin embargo, no es decir esto que allí hubiese otro Templo y otro altar, pues reunido juntamente con el Arca se hizo allí todo el servicio divino. Cuando David hubo derrotado á todos sus enemigos, y llevado las conquistas del pueblo de Dios hasta las orillas del Eufrates, (2) victorioso lo mismo que prudente, volvió todos sus pensamientos al establecimiento del culto divino (3) y sobre el monte en donde Abraham pronto á inmolar en obsequio de Dios su hijo único, fué detenida su mano por un ángel enviado del Señor, designó por orden de Dios como paraje en donde se habia de edificar el templo.

Hizo el bosquejo de la casa del Señor, amontonó ricos y preciosos metales, y destinó los despojos de los pueblos y de los reyes vencidos para adorno de tan santuoso y vasto edificio. Pero este templo que debia estar dispuesto por el conquistador debia ser construido y edificado por el pacífico.

Salomon lo edificó sobre el modelo del Tabernáculo. El altar de los holocaustos, el altar de los perfumes, el candelero de oro, las tablas de los panes de proposicion, todo el resto de los objetos sagrados del templo, fué colocado sobre dos piezas semejantes que Moisés habia hecho en el desierto (4) Salomon lo que hizo fué reunir y juntar la magnificencia y la grandeza. El arca que el gran Moisés habia construido fué colocada en el *Sancta Sanctorum* lugar inaccesible, simbolo y figura de la impenetrable magestad de Dios y del cielo, suspenso á los hombres hasta que Jesucristo abriese la entrada con su sangre. El dia de

(1) Libro II de los Reyes, cap. VI, v. 18.

(2) Libro II de los Reyes, cap. VIII, v. 1.

(3) Libro II de los Reyes, cap. XXIV, v. 25.

(4) Libro III de los Reyes.

la dedicacion del templo, Dios aparece en toda su magestad. Escogió este lugar para establecer en él su nombre y su culto, y prohibió que se ofreciesen sacrificios en otra parte. Demostróse la unidad de Dios por la unidad de su templo. Jerusalem debia ser una ciudad santa, imágen de la Iglesia, en donde debia habitar Dios como en su templo verdadero y en donde nos hace eternamente dichosos por la manifestacion de su gloria.

Despues que Salomon hubo edificado el templo, edificó tambien el palacio de los reyes, (1) cuyo órden arquitectónico fué digno de Rey tan grande. Su sitio de recreo llamado el Bosque del Líbano, era igualmente soberbio y delicioso. El palacio que edificó para la reina, fué una nueva decoracion de Jerusalem. Todo era grande en estos edificios, las salas, los vestibulos, las galerías, el trono del rey y el tribunal en donde oía á sus vasallos y hacia justicia á sus súbditos; el cedro era la única madera que se empleaba en estas construcciones. Todo relucía por la gran cantidad de oro y pedrería que se empleaba en alhajar las habitaciones. Propios y estraños admiraban la magestad de los reyes de Israel. El resto del reino correspondia á esta gran magnificencia, las ciudades, los arsenales, los caballos, los ejércitos y la guarda del príncipe. (2) El comercio, la navegacion y el buen órden con una paz profunda habian convertido á Jerusalem en la ciudad mas rica del Oriente. El reino estaba tranquilo, y todo parecia representar la gloria celeste. En los combates de David, se veian los trabajos por cuales alcanzó tan gran renombre, y en el reinado de Salomon se admiraban los goces pacíficos de tan gran rey.

Por lo demás, la elevacion de estos dos grandes reyes y de la familia real, fué efecto de una eleccion particular. David celebró él mismo las maravillas de esta eleccion por medio de estas palabras: «Dios ha elegido los príncipes en la casa de Judá. De entre todas las casas de Judá ha elegido la de mi padre. De entre todos los hijos de mi padre me ha elejido á mí para reinar sobre todo el pueblo de Israel, y entre mis hijos (pues el

(1) Libro III de los Reyes caps. VII y X.

(2) Libro III de los Reyes cap. X.

Señor me ha dado muchos) ha elegido á Salomon para sentarse en el trono del Señor y reinar sobre todo Israel.»

Esta eleccion divina tenia un objeto mas alto que el que á primera vista parece. Este Mesias tantas veces prometido como el hijo de Abraham, debía tambien ser hijo de David y de todos los reyes de Judá. Por este Mesias, Dios prometió á David que su trono subsistiría eternamente. Salomon, elegido para sucederle, estaba destinado á representar la persona del Mesias, y por esto Dios dijo de él: «Yo seré su padre y él será mi hijo.» (1) cosa que no ha dicho jamás á otro rey ni á otro hombre.

Así desde los tiempos de David y bajo los reyes sus hijos, el misterio del Mesias se declaró entonces mas que nunca, por medio de magníficas profecías claras como la luz del sol.

David habia visto al Mesias aunque de lejos, y lo cantó en sus Psalmos con una sublimad á la que no iguala nadie. Muchas veces no pensaba mas que en celebrar la gloria de Salomon su hijo, y de repente como fuera de sí, y trasportado mas allá del firmamento, ve á «quien es mas que Salomon en gloria y en sabiduría» (2.) El Mesias se presenta á su vista sentado sobre un trono mas resplandeciente que el sol y que la luna, y ve á sus pies «todas las naciones vencidas» y juntas todas «benditas en él» (3) conforme á la promesa hecha á Abraham. David eleva su vista mas alto aun. Ha visto «en las luces de los santos y delante de la aurora saliendo eternamente del seno de su padre pontífice eterno» y sin sucesor, no sucediendo así á persona creada extraordinariamente, no segun el orden de Aaron, sino «el orden de Melquisedech», orden nuevo que la ley no conocia. Ha visto «sentados á la derecha de Dios», mirando mas alto que los cielos, á «sus enemigos abatidos»; se asombra y admira á vista de tan gran espectáculo, y enagenado con la gloria de su hijo le llama *su Señor*. (4)

[1] Libro II de los Reyes, cap. VII, vers. 14.

[2] S. Mateo cap. VI vers. 29.

[3] Psalmos LXXI. 5.

[4] Salmo CIX.

Ha visto que «Dios le había ungido» para hacerle reinar por toda la tierra «por su dulzura», «por su verdad» y «por su justicia». Ha asistido en espíritu al consejo de Dios, y ha oído de la propia boca del Padre Eterno esta palabra que ha dirigido á su hijo único. «Yo te he engendrado hoy» á la cual Dios junta la promesa de su imperio perpétuo que se extenderá sobre todos los gentiles, y cuyos límites serán los del mundo. (1) En vano se estremecen los pueblos, inútil es que los reyes y los príncipes fraguen complots. El Señor desde lo alto se ríe de ellos, de sus proyectos insensatos y establece á su pesar el imperio de su Hijo. Se establece sobre ellos mismos, y hace que sean ellos los primeros súbditos de este Cristo, cuyo yugo querían sacudir. (2) Y aunque el reinado de este gran Mesías sea profetizado amenudo en las Sagradas Escrituras bajo pensamientos grandes é ideas magníficas, Dios no ha escondido á David las ignominias que sufriría este bendito fruto de sus entrañas. Esta instrucción era necesaria al pueblo de Dios. Si este pueblo débil aun, tenía necesidad de ser atraído por medio de promesas temporales, no era necesario dejar de mirar las grandezas humanas como su soberana felicidad y como su única recompensa, y por esto Dios mostraba de lejos este Mesías tantas veces prometido y tantas veces deseado, como el mo lelo de la perfección y el objeto de sus complacencias, abismalo en el dolor. La cruz parecía á David como el trono verdadero de este nuevo rey. Veía «sus manos y sus pies agujerados, todos los huesos marcados sobre su piel» (3) por todo el peso de su cuerpo violentamente suspendido, «sus vestidos divididos y su túnica sorteada, amargada su lengua con hiel y vinagre, sus enemigos estremecidos y temblando á su alrededor, y hartándose con su sangre». (4) Pero al paso que todo esto veía, veía también las gloriosas consecuencias de todas estas humillaciones; «todos los pueblos de la tierra se acordaban de su

[1] *Psalmo II. 7, 8.*

[2] *Psalmo II. 10.*

[3] *Psalmo XXXI. vers. 17, 18, 19.*

[4] *Psalmo LXVIII. vers. 22.*

Dios» olvidado despues de tantos siglos, «los pobres acudir los primeros á la mesa del Mesías», y á continuacion «los ricos y los poderosos todos le adoraban y le bendecian», él, dirigiendo lá grande y numerosa «Iglesia», es decir, la asamblea de las naciones convertidas y «anunciando á sus hermanos el nombre de Dios» y sus verdades eternas. (1) David que ha visto estas cosas ha reconocido al verlas, que el reino de su hijo no era de este mundo. «David no se asombra», pues sabe que el mundo pasa y es deleznable, y un príncipe tan humilde en el trono, vé sabe muy bien que un cetro y una corona no son el límite de las esperanzas.

Los otros profetas no han visto menos el misterio del Mesías. No hay nada grande ni glorioso que se les haya pasado por alto. El uno ve á «Bethleem el mas pequeño lugar de Judá» ilustre por su nacimiento; y al mismo tiempo elevado mas alto ve otro nacimiento por el cual «sale por toda la eternidad» del seno de su Padre. (2) El otro ve la virginidad de su madre, un «Emmanuel», un «Dios con nosotros», salir de este seno virginal y un «admirable» infante al que llama «Dios». (3) Este le vé «entrar en su templo» (4) aquel le vé «triumfante salir de entre los muertos», y la muerte vencida por él. Al publicar sus magnificencias no callan tampoco sus oprobios; véne vendido por «treinta monedas de plata» (5), y al mismo tiempo que le ven «grande y elevado» sobre todos los hombres (6), le contemplan tambien «despreciado y desfigurado en medio de los hombres, la admiracion del mundo», tanto por su humildad como por su grandeza, «el último de los hombres, el hombre cargado con el peso de todos nuestros pecados, benéfico y sufrido, desfigurado por sus llagas, tratado como un criminal, llevado al suplicio entre dos malvados, y dejándose llevar á la muerte como

[1] Salmo. XXI. vers. 26, 27, y sig.

[2] Miqueas cap. V. vers. 2.

[3] Isaias, cap. IX. vers. 6.

[4] Malaquias, cap. III.

[5] Zacarias, cap. XI. vers. 12, 13.

[6] Isaias, cap. LII. vers. 13.

«cordero» inocente, «una larga posteridad nacer de él» (1) por este medio y la venganza desplegada sobre su pueblo incrédulo.» A fin de que nada faltase á la profecía, han contado los años que faltaban para su venida, (2) y á no ser un ciego y obstinado no se puede menos de reconocer por exacto el cómputo.

No solamente los profetas veían á Jesucristo, sino que ellos eran su figura y representaban sus misterios, especialmente el de la cruz. Casi todos sufrieron persecuciones por la justicia, y sus padecimientos son una figura de la inocencia y de la verdadera persecucion del Señor. Se vé á Elías y á su discípulo Eliseo continuamente amenazados. ¡Cuántas veces Isaías ha sido el escarnio y la burla del pueblo y de los reyes! los cuales al fin como lleva la tradicion constante de los judíos le han inmolado á su furor. Zacarías, hijo de Joiada, es apedreado. Ezequiel está continuamente afligido, los males de Jeremías son continuos é inesplicables, Daniel se ve dos veces arrojado á los leones. Todos han sido maltratados, y todos nos enseñan con su ejemplo, que si los achaques del antiguo pueblo, obligaba á que se sostuviese por medio de bendiciones temporales, no obstante, las fuerzas de Israel y los hombres de una santidad extraordinaria, eran nutridos desde entonces con el pan de dolor y bebían de antemano para santificarse en el caliz preparado al hijo de Dios, caliz tanto mas lleno de amargura, cuanto mas santa era la persona de Jesucristo.

Pero lo que los profetas han visto mas claramente y lo que han declarado así con las frases mas magníficas, es la bendicion repartida sobre los gentiles por el Mesías. Este *renuevo de Jessé* y de David, ha parecido al santo profeta Isaías «como una señal» dada por Dios «á los pueblos y á los Gentiles, con el objeto de

(1) Isaías. LIII.

(2) Daniel IX.

que le invocaren.» (1) El hombre lleno de dolor, cuyas llagas «debían ser nuestra curación» es elegido para «lavar á los Gentiles por medio de una santa aspersion» que se reconoce en su sangre y en el bautismo. «Los reyes» llenos de respeto en su presencia, «no osaban desplegar los labios ante él. Los que jamás habían oído hablar de él le veían, y aquellos para quienes era desconocido, eran llamados á contemplarle.» (2) «Es el testimonio dado á los pueblos, es el jefe y preceptor de los Gentiles.» Bajo él, «un pueblo desconocido se juntará al pueblo de Dios y los Gentiles acudirán de todas partes.» (3) «Es el justo de Sion que resplandecerá como fanal luminoso, y será su Salvador siendo encendido como un candelero. Los Gentiles verán á este justo y todos los reyes conocerán al hombre tan célebre en las profecías de Sion.» (4)

Vedle descrito aquí con un carácter mas particular aun. Un hombre de un candor admirable, singularmente «elegido de Dios, y el objeto de sus complacencias, declarando á los Gentiles su juicio, y las islas atendiendo su ley.» Es de advertir, que los Hebreos llamaban así á la Europa y á los países lejanos. «No hará ningun ruido,» á penas le entenderán; tanta será su dulzura y su mansedumbre. «Léjos de oprimir á los débiles y á los pecadores, su voz les llamará y su mano bienhechora será su sostén y apoyo. Abrirá los ojos á los ciegos y sacará los cautivos de su prision.» (5) Su poder no será menor que su bondad, su carácter esencial es el de juntar la dulzura de su palabra con la eficacia, y por esto esta voz dulce llegará muy pronto del uno al otro extremo del mundo, y sin causar ninguna sedición entre los hombres, escitará y conmoverá toda la tierra. No es ni «desagradable ni impetuoso», apenas le conocerán cuando esté en la Judea, y no será solamente el fundamento de «la alianza del

(1) Isaías cap. XI, vers. 10.

(2) Isaías cap. LII vers. 13, 14, 15.

(3) Isaías cap. LV, vers. 4, 5,

(4) Isaías cap. LXII, vers. 12.

(5) Isaías cap. XLII, vers. 1, 2, 3.

pueblo», sino tambien la «luz de todos los gentiles». (1) Bajo su reinado admirable «los Asirios y los Egipcios, serán juntamente con los Israelitas un mismo pueblo de Dios». (2) Todo parecerá Israel, todo parecerá santo. Jerusalem no es mas que una ciudad comun, es la imágen de una nueva sociedad, cuyos pueblos se asemejarán. La Europa, el Africa y el Asia, recibirán predicadores, en los cuales «Dios ha puesto su señal á fin de que descubran su gloria á los gentiles. Los elegidos hasta entonces llamados con el nombre de Israel, «tomarán otro nombre» el cual marcará el cumplimiento de las promesas. «Los sacerdotes y los levitas que hasta entonces salian de la casa de Aaron «saldrán ahora del medio de los pueblos gentiles. (3) Un nuevo sacrificio mas puro y mas agradable que los antiguos, sustituirá al que al presente tiene lugar, (4) y se sabrá el motivo por qué David habia celebrado un sacerdocio de nuevo orden. (5) «El justo descenderá del cielo, la tierra producirá su gérmen y este será el Salvador, con el cual se verá nacer la justicia.» (6) El cielo y la tierra se unirán para producir como por su comun parte, el que será enseguida terrestre y celeste; nuevas ideas de virtud aparecerán al mundo con sus ejemplos y con su doctrina, y la gracia que repartirá, la imprimirá en los corazones. Todo cambia por su venida, y «Dios jura por él mismo, que toda rodilla se inclinará ante él, y que toda lengua cantará su omnipotencia soberana (7).

Ved aquí una parte de las maravillas que Dios ha mostrado á los profetas durante los reinados de los hijos de David y aun al mismo David antes que á los otros. Todos han escrito por adelantamiento la historia del hijo de Dios que debia tambien ser hecho hijo de Abraham y de David. Así es, que todo es continuo en el orden de los consejos divinos. Este Mesías mostrado de lejos como el hijo de Abraham es aun mostrado de mas cerca

(1) *Isaias* cap. XLIX, v. 6.

(2) *Isaias*, cap. XIX, v. 24.

(3) *Isaias*, cap. LX, vers. 1, 2, 3, 4.

(4) *Malaquias* cap. I, vers. 10, 11.

(5) *Psalmo* CIX, v. 4.

(6) *Isaias*, cap. XLV, vers. 8, 23

(7) *Isaias*, 24.

como hijo de David. Un imperio eterno le está prometido, el conocimiento de Dios difundido por todo el universo, es señalado como la señal cierta y como el fruto de su venida, la conversion de los gentiles y la bendicion de todos los pueblos del mundo prometida despues de tan largo tiempo á Abrahan, á Isaach y á Jacob, es confirmada de nuevo, y todo el pueblo de Dios permanece en expectativa.

Entretanto, Dios continua gobernándole de una manera admirable. Hace un nuevo pacto con David, y se obliga á protegerle á él y á los reyes sus descendientes, si estos por su parte observan los preceptos que les ha dado por medio de Moisés, y si no, le anuncia horrorosos castigos, (1)

David que los olvida durante un corto tiempo, es el primero en experimentarlos, pero habiendo reparado su falta con su penitencia, es colmado de bienes y propuesto como modelo de un rey cumplido. El trono es afirmado en su casa.

En tanto que Salomon su hijo imita su piedad, le rodea la dicha por todas partes, extravióse siendo viejo, y Dios que le favorece por amor á su servidor David, le anuncia que será castigado en la persona de su hijo. (2) De esta manera hace ver á los padres que segun el órden secreto de sus juicios hace durar hasta despues de su muerte sus recompensas ó sus castigos, y les tiene sometidos á sus leyes por su mas querido interés, cual es el de la familia.

En ejecucion, pues, de estos decretos de la Divinidad, Roboan, temerario para sí mismo, presta oidos á un insensato consejo, y diez tribus se sublevan y se apartan de su obediencia. Mientras que estas diez tribus rebeldes y cismáticas se separan de su Dios, de su Patria y de su Rey, los hijos de Judá fieles á Dios y á David elegido por él, permanecen en la alianza y en la fé de Abraham. Los levitas se unieron á ellos con Benjamin, el reino del pueblo de Dios subsiste por su union, con el nombre de reino de Judá, y se mantiene y conservá con todo su rigor la ley de Moisés. A pesar de las idolatrías y de la horrenda corrupcion de las tribus separadas, Dios continuó la alianza de

(1) Libro II de los Reyes. VIII vers. 8 y sig.

(2) Libro III de los Reyes, cap. XI.

Abraham, Isaac y Jacob. Su ley no se estinguió en las tribus rebeladas, y no cesó de llamarles á la penitencia por medio de innumerables milagros y por las continuas advertencias que les enviaba por conducto de los profetas. Encenegados en sus vicios llegó un tiempo en que Dios no les pudo soportar, y les arroja de la tierra prometida sin esperanza de ser jamás restablecidos. (1)

La historia de Tobías acaecida en este tiempo, al principio de la cautividad de los Israelitas (2) nos muestra la conducta de los elegidos de Dios que quedaban en las tribus separadas. Este varon justo permaneciendo entre ellos antes de la cautividad, supo no solamente conservarse puro de las idolatrias de sus hermanos, sino tambien practicar la ley y adorar públicamente á Dios en el Templo de Jerusalem, sin que los malos ejemplos ni el temor de ser perseguido pudieran contenerle. Cautivo y perseguido en Nínive persistió en la piedad juntamente con su familia, (3) y la manera admirable como él y su hijo ven recompensada su fé aun en esta tierra, nos muestra que á pesar de la cautividad y de la persecucion, Dios tenia secretos medios para hacer sentir á sus servidores las bendiciones de la ley, y elevándoles á menudo por medio de los males que habian de sufrir, á mas altos pensamientos y contemplaciones. Por los ejemplos y advertencias de Tobías, reconocieron los Israelitas ser la mano de Dios la que les castigaba, pero á pesar de esto, casi siempre estuvieron obstinados en sus crímenes; la tribu de Judá lejos de aprovecharse de los castigos de los Israelitas, imitaba sus malos ejemplos. Dios no cesó de advertirles por medio de sus profetas que les enviaria tremendos castigos, «se despertarian en la noche y se levantarían en la mañana», como dijo él mismo (4) para señalar sus cuidados paternales. Disgustado con su ingratitud les amenazó tratarles como habia tratado á los Israelitas.

(1) Libro IV de los Reyes, cap. XVII, v. 6, 7, y sig.

(2) Tobias cap. I, v. 5, 6, 7.

(3) Tobias cap. II v. 12, 21, 22.

(4) Libro IV. de los Reyes, Jeremias.

CAPITULO V.

LA VIDA Y EL MINISTERIO DE LOS PROFETAS.—LOS JUICIOS DE DIOS
DECLARADOS POR LAS PROFECIAS.

No hay nada mas notable en la historia del pueblo de Dios que el ministerio de los profetas. Véanse unos hombres separados del resto del pueblo por una vida retirada y unas costumbres particulares (1), tienen varias moradas en las que viven en una especie de comunidad y bajo un superior que el mismo Dios les dá (2). Su vida penitente y pobre era figura de la mortificación que debia ser anunciada en el Evangelio. Dios se comunicaba con ellos de una manera particular, y hacia divulgar por el pueblo esta maravillosa comunicacion, sin que apareciese nunca con tanta fuerza como durante los tiempos de desórden y de confusion, en que parecia que la idolatría iba á abolir la ley de Dios. En estos calamitosos tiempos los profetas hacian resonar por todos lados, bien de viva voz ó bien por escrito, las amenazas de Dios y el testimonio que debian rendir á su verdad. Todo cuanto escribian andaba en manos del pueblo, siendo cuidadosamente conservado, como recuerdo eterno á los siglos futuros (3). Aquellos de entre el pueblo que permanecian fieles á Dios, se unian á ellos, y así vemos que en Israel en donde imperaba la idolatría, todos los fieles que habia, celebraban juntamente con los profetas el sábado, y las fiestas esta-

[1] Libro I. de los Reyes, cap. XXVIII vers. 14.—Libro III de los Reyes, cap. XIX vers. 19. Libro IV de los Reyes cap. I, vers. 8. Isaías.

[2] Libros de los Reyes I, III. y IV.

[3] Exodo. Isaías. Jeremías.

blecidas por la ley de Moisés (1). Y era esto que los profetas animaban á las gentes pacíficas á permanecer firmes en la alianza. Muchos de ellos sufrieron la muerte, y se vió que á su egemplo en los tiempos tan turbados y sombríos del reinado de Manasés (2), una infinidad de fieles sellaron con su sangre la verdad de las doctrinas que profesaban, de suerte, que ella no estuvo un solo momento sin servidores leales.

De este modo la sociedad del pueblo de Dios subsistía siempre, los profetas moraban unidos, un gran número de fieles permanecía atrevidamente con ellos observando la ley de Dios, y juntamente con algunos piadosos sacerdotes, que persistían en las observancias de sus predecesores.

En los reinados mas impíos como fueron los de Achaz y Manasés, lamentaban Isaías y los otros profetas al ver interrumpido el uso de la circuncision que era el sello de la alianza, y en la cual se encerraba segun la doctrina de San Pablo, toda la observancia de la ley. Aboliéronse los sábados y otras fiestas públicas, y si Achaz cerró durante algun tiempo el templo, en el que sin interrupcion se habian ofrecido sacrificios, fué una violencia que no impidió que aquellos que confesaban públicamente el nombre de Dios, callasen á vista de tanto escándalo, pues Dios no permitió jamás que esta voz fuese estinguida entre su pueblo; y cuando Amán quiso destruir la herencia del Señor, tramsuñar sus promesas y hacer cesar, no sabia lo que Dios hizo para impedir todo esto. Su poder se asemejó al de Anteocho cuando quiso abolir la religion. ¡Qué no dijeron los profetas á Achaz y á Manasés para sostener la verdad de la religion y la pureza del culto! «Las palabras de los vivos que le hablaban en nombre de Dios de Israel, estaban escritas» como señala el testo sagrado «en la historia de estos reyes.» (3) Si Manasés se arrepintió é hizo penitencia, no se puede negar que su doctrina no pudo apartar á gran número de fieles de la obediencia debida á la ley, y el bando de los justos era tan fuerte, que en el

[1] Libro IV de los Reyes, cap. IV, vers. 23.

[2] Libro IV de los Reyes, cap. XXI vers. 16.

[3] Libro II de los Paralipomenos cap. XXXIII, v. 18.

juicio que se hizo de estos reyes despues de su muerte, se les declaró impíos é indignos de ocupar el sepulcro de David y de sus pios predecesores. Pues aunque estaba escrito que Achaz fué enterado en la ciudad de David, la Escritura marca espresamente, «que no se le recibió en el sepulcro de los reyes de Israel.» (1)

No se esceptuó Manasés del rigor de este juicio, á pesar de su penitencia, y dejó un monumento eterno del horror en que se habia visto su conducta. Y á fin que no se pudiera pensar que la multitud de los que se adherian públicamente al culto de Dios con los profetas fuesen destituidos por la sucesion legitima de sus pastores ordinarios. Ezequiel señala espresamente en dos lugares, «que los sacrificadores y los levitas hijos de Sadoc, en los tiempos de estravío habia persistido en la observancia de las ceremonias del santuario.» (2)

Sin embargo, á pesar de los profetas, de los sacerdotes fieles y del pueblo unido con ellos en la práctica de la ley, la idolatría que habia arruinado el reino de Israel penetraba á menudo en Judá. Aunque los reyes olvidaban el Dios de sus padres, el Supremo Hacedor soportó largo tiempo sus iniquidades, acordándose de David su siervo. David estaba siempre presente á su vista, y cuando los reyes hijos de David seguian los buenos ejemplos de su padre, Dios obraba en favor suyo portentosos y sorprendentes milagros, pero cuando degeneraba su fé y se entibiaba su obediencia, sentian la fuerza invencible de su mano, que sobre ellos caía. Los reyes de Egipto, los de Asiria y sobre todo los de Babilonia, servian de instrumento á la venganza de Dios. La impiedad aumentaba de una manera espantosa, y Dios suscitó en Oriente, un rey mas soberbio y mas terrible de cuantos habian aparecido hasta entónces. Fué este Nabucodonosor, rey de Babilonia, el mas temerario y formidable de cuantos conquistadores han existido. Mostróse de lejos á los pueblos y á los reyes, como el vengador elegido por Dios para castigar sus

[1] Libro II de los Paralipomenos, cap. XXXVIII, v. 27.

[2] Ezequiel, cap. XLV, v. 15. cap. XLVIII, v. 11.

crímenes. (1) Miradlo como se acerca, vedle por vanguardia, la desolacion, el saqueo y la ruina, contempladle siendo terror de los pueblos, azote y verdugo de los hombres. Sitia y toma á Jerusalem y lleva cautivos sus habitantes á Babilonia. (2) Ni los pocos que quedan en el pais, ni los que son llevados cautivos, aunque advertidos los unos por Jeremías, los otros por Ezequiel, quisieron arrepentirse y hacer penitencia. Prefirieron á estos santos profetas «profetas que les halagaban» y que adulaban sus crímenes. (3) Nabucodonosor fuè otra vez á la Judea, agravó el yugo de Jerusalem, pero no llegó á destruirla del todo. En fin, llegó á su colmo la iniquidad, el orgullo creció con la impotencia, y entonces Nabucodonosor la arrasò del todo. (4)

Dios no favoreció su santuario. Este bellissimo templo una de las maravillas del mundo, que debia ser eterno si los hijos de Israel hubiesen perseverado en la piedad, (5) fué consumido por el fuego de los Asyrios. En vano fué que los judios dijessen sin cesar: *El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros*, (6) como si este templo hubiese de protegerlos por sí solo. Dios habia resuelto hacerles ver, que no queria estar en un edificio de piedra, sino que queria morar en los corazones de los fieles. Así destruyó el templo de Jerusalem cuyo tesoro fué entregado al pillage, y todos aquellos riquísimos vasos sagrados, consagrados por tan piadosos reyes, cayeron en manos de un rey impío.

Mas la caída del pueblo de Dios, debia ser la instruccion de todo el universo. Nosotros vemos en la persona de este rey impío y tambien victorioso, lo que son y representan los conquistadores. Las mas de las veces no son mas que instrumentos de la venganza divina, Dios con ellos ejercita su justicia y aun los ejercita á sí mismos. Nabucodonosor revestido con tanto poder

[1] Jeremias, cap. XXV.—Ezequiel, cap. XXVI.

[2] Libro IV de los Reyes, cap. XXI. v. 1.—Libro II. de los Paralipomenos, capitulo XXXVI vers. 5, 6.

[3] Jeremias, cap. XIV, v. 14.

[4] Libro IV. de los Reyes, cap. XXV.

[5] Libro III de los Reyes cap. IX. vers. 3. Libro IV, de los Reyes cap. XXI. vers. 7, 8.

[6] Jeremias cap. VII, vers. 4.

y hecho invencible por este mismo poder, castiga á los enemigos del pueblo de Dios. Destruye á los Idumeos, á los Ammonitas y á los Moabitas, derriba á los reyes de Syria, el Egipto bajo cuyo poder habia gemido tanto la tribu de Judá, es conquistado por este rey soberbio, y le hace tributario suyo (1), su poder no es menos fatal á la misma Judea que no sabe aprovecharse de las dilaciones que Dios le dá para su arrepentimiento. Todo cae, todo es abatido por la justicia divina, cuyo brazo era Nabucodonosor. El caerá á su vez, y Dios que se sirve de él para castigar á sus hijos y abatir á sus enemigos, le reserva para otros fines.

CAPITULO VI.

JUICIOS DE DIOS SOBRE NABUCODONOSOR, SOBRE LOS REYES SUS SUCE- SORES, Y SOBRE TODO EL IMPERIO DE BABILONIA.

Dios no ha dejado de ignorar á sus hijos el destino de este rey que les castiga y del imperio de los Caldeos, bajo el cual debian ser cautivos. Temiendo que se sorprendiesen al ver la gloria de los impíos y de su orgulloso reinado, les denunciaban los profetas la corta duracion de este.

Isaias á quien habia sido revelado mucho tiempo antes del nacimiento de Nabucodonosor la gloria de este y su insensato orgullo, les profetizó que su autoridad duraría poco. (2) Babi-

[1] Libro IV. de los Reyes cap. XXIV. vers. 7.

[2] Isaias caps. XIII, XIV. XXI. XLV. XLVI. XLVII. XLVIII,

lonia no era aun muy notable cuando este profeta anunció y á su poderío y su ruina despues. De este modo. las revoluciones de las ciudades y de los reinos que atormentaban al pueblo de Dios, ó se aprovechaban de su ruina, eran escritas en sus profecías. Estos oráculos eran seguidos de una pronta ejecucion, y los Judíos tan rudamente castigados, veían caer ante ellos ó juntamente con ellos, y algunas veces un poco despues, segun las predicciones de sus profetas, no solamente Samaria, Idu-meá. Gaza, Ascalon, Damas, las ciudades de los Ammonitas y de los Moabitas, sus perpétuos enemigos, sino tambien las capitales de los mas grandes imperios, como Tyro, la reina de los mares en la antigüedad; Tanais y Menphis muy célebres, Tebas ciudad de cien puertas, con grandes riquezas acumuladas por Sesostrís, Nínive capital de los reyes de Asyria perseguidores de los judíos y hasta la ensoberbecida Babilonia, triunfante de todas las otras y enriquecida con sus despojos.

Es verdad que Jerusalen fué arruinada tambien por sus pecados, pero Dios no la dejó sin esperanza. Isaias que habia profetizado su ruina, habia visto su glorioso restablecimiento, habia dicho tambien que Ciro, sería el libertador de los judíos, y todo esto lo dijo doscientos años antes del nacimiento de Ciro. (1) Jeremías cuyas profecías fueron tan precisas para señalar á este pueblo ingrato su pérdida cierta, les habia pronosticado su vuelta despues de setenta años de cautividad. (2) Durante estos años este pueblo abatido, estaba respetado en sus profetas, y estos cautivos anunciaban á los reyes y á los pueblos sus terribles destinos. Nabucodonosor que queria hacerse adorar, adoró él mismo á Daniel, asombrado de los secretos divinos que el profeta le descubrió. Por boca de Daniel supo su sentencia, á la que bien pronto se siguió la ejecucion. Este príncipe victorioso hizo de Babilonia la ciudad mas grande, mas bella y mas fuerte que ha existido. (3) Aquí es donde Dios le

(1) Isaias caps. XLIV. XLV.

(2) Jeremias cap. XXV. vers. 11, 12.

(3) Daniel.

aguardaba para humillar su orgullo. Dichoso é invulnerable á la cabeza de su ejército, y durante todo el curso de sus conquistas, debia perecer en su casa, segun la profecia de Ezequiel. (1) Cuando admirando su grandeza y la magnificencia de Babilonia, se creyó elevado por encima de todos los hombres, Dios fulminó contra él su terrible anatema, quitóle el espíritu, y su cuerpo convirtióle en bestia inmunda. Al cumplirse el tiempo señalado por Daniel, (2) recobró su antigua figura, y entonces reconoció al Dios del cielo que le habia hecho sentir su omnipotencia, pero sus sucesores no se aprovecharon con su ejemplo. Confundíanse los asuntos de Babilonia, y el tiempo señalado por las profecias para el restablecimiento de Judá, llegó entre estas turbaciones. Cyro á la cabeza de los Medos y de los Persas lo conquista todo. (3) Avanza hácia el pais de los Caldeos, y su marcha se interrumpe con frecuencia. Las nuevas de su venida llegan de tarde en tarde como habia profetizado Jeremías (4), y por fin, se determina á marchar contra Babilonia. Babilonia á menudo amenazada por los profetas, y siempre soberbia é impenitente, ve llegar al vencedor á quien menosprecia. Sus riquezas, sus altas murallas, su gran poblacion, su prodigioso circuito que abarcaba todo un gran pais, segun atestiguan todos los antiguos, y sus provisiones que parecian no acabarse jamás, todo esto fué causa de que despreciase al conquistador. Sitiada durante algun tiempo, sin sentir por esto gran incomodidad, se reñan de los sitiadores y de los fosos que á su alrededor abrían. No se hablaba dentro de la ciudad, ni se pensaba en otra cosa que en festines y placeres. Su rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor, y tan soberbio como él, aunque mas hábil, dió un gran banquete al que convidó á todos los grandes de su córte. La fiesta se celebraba con escesos inauditos. Baltasar hizo servir en ella los vasos sagrados robados al templo de Jerusalem, y mezcló la profanacion con el lujo. La cólera de Dios se declaró entonces. Aparecese una mano que escribe en la pared de la sala en la que se celebraba el festin tres terribles palabras (5). Daniel

[1] Ezequiel cap. XXI. vers. 30.

[2] Daniel cap. IV ver. 31.

[3] Herodoto, lib. I. Jenofonte. lib. II.

[4] Jeremias, cap. LV, v. 56.

[5] Mane. Thezel, Phares.

interpreta su sentido, y este profeta que habia pronosticado la caída funesta de su abuelo, muestra al nieto la suya. Con arreglo á los designios de Dios, Cyro de repente penetra en Babilonia, el Euphrates desviado del cauce por el que corría tanto tiempo, descubre su inmenso lecho, y el ejército de Cyro penetra en Babilonia por este punto imprevisto. Le este modo fué tomada por los Medos, por los Persas y por Cyro, como habian anunciado los profetas la soberbia Babilonia (1). De este modo concluyó el reino de los Caldeos ó Babilónicos que habia destruido tantos otros reinos, y aquel imperio que tenia atemorizado todo el universo, concluyó de una manera tan rápida como desconsoladora, segun habia profetizado Jeremias.

(2) *El Señor rompió el azote con el que habia herido á tantas naciones.* Isaías lo habia previsto ya. (3) Los pueblos acostumbrados al yugo de los reyes caldeos, se admiraban de verlos subyugados. Hélo aquí herido como nosotros, habeis sido hechos semejantes á nosotros, vos que deciais en vuestra corazon: Yo elevaré mi trono sobre todos los otros, y seré semejante al mas alto de ellos. (4) Esto es lo que habia anunciado el profeta Isaías. El imperio cayó, y cayó como habia dicho este gran profeta (5). «Babilonia y sus ídolos fueron destruidos. Belo es derribado, y Nabo su gran dios de quien los reyes tomaban el nombre, cae en tierra,» pues los Persas enemigos, adoradores del sol, no sufrían ningunos ídolos hechos dioses por los reyes.

Mas ¿como pereció esta Babilonia? Como habian declarado los profetas. *Sus rios fueron secados* como habia profetizado Jeremias (6) para dar por su cauce paso al vencedor. Acariciada por la lisonja, engañada en medio de su propia alegría, segun el mismo profeta habia dicho, se encontró en poder de sus enemigos, y caída en la red aun sin poderlo sospechar. (7) Todos sus

[1] Isaías cap. XIII vers. 17, cap. XXI, vers. 2, caps. XLV, XLVI, XLVII.

[2] Jeremias, cap. L, v. 23.

[3] Isaías, cap. XIV, vers 8, 6.

[4] Isaías.

[5] Isaías, cap. XXI, v. 9.

[6] Jeremias, cap. L, v. 38, cap. LI, v. 36.

[7] Jeremias, cap. L, v. 24, cap. LI, vers. 39, 57.

habitantes fueron pasados á cuchillo, pues los Medos vencedores como habia dicho Isaías (1), no buscaban el oro ni las joyas sino saciar su venganza y hartar su furor con la pérdida de un pueblo cruel que su orgullo hacía enemigo de todos los pueblos del mundo. *Los avisos llegaban el uno detrás del otro anunciándole al rey que el enemigo entraba en la ciudad.* Jeremías lo habia dicho así. (2) Sus astrólogos en quienes Babilonia creyó y que le prometian un imperio eterno no pudieron salvarla. Isaías y Jeremías lo habian anunciado ya de comun acuerdo. En esta horrenda carnicería advertidos los Judíos, acuchillaron con la espada de la victoria. Hecho Cyro por esta conquista dueño de todo el Oriente, reconoció en los Judíos tantas veces vencidos algo de divino. Muy contento con los oráculos que habian predicho sus victorias comprendió que debia su imperio *al Dios del cielo* á quien los Judíos servian, y señaló el primer año de su reinado por el restablecimiento de su templo y de su pueblo. (3)

CAPITULO VII.

DIVERSIDAD DE LOS JUICIOS DE DIOS.—JUICIO DE RIGOR SOBRE BABILONIA.—JUICIO DE MISERICORDIA SOBRE JERUSALEN.

¿Quién no admira aquí la Providencia divina tan evidentemente declarada sobre los Judíos y sobre los Caldeos, sobre Jerusalem y sobre Babilonia? Dios castiga á estos dos pueblos

[1] Isaías cap. XIII. vers. 13, 16, 17, 18. Jeremías cap. L. vers. 35, 36, 37, 42.

[2] Jeremías cap. LI. vers 31.

[3] Libro II. de los Paralipomenos cap. XXXVI. vers. 23. Libro I de Esdras cap. I. vers. 2.

y á fin que no se ignore que es él quien les envia el castigo, lo hace decretar así por medio de cien profecias. Jerusalem y Babilonia amenazadas al mismo tiempo y por los mismos profetas caen una despues de otra en el tiempo señalado. Pero Dios descubre aquí el gran secreto de los dos castigos de que se sirve. Un riguroso castigo cae sobre los Caldeos, un castigo paternal cae sobre los Judíos, que al fin son sus hijos. El orgullo de los Caldeos, (este era el carácter de la nacion y el espíritu que predominaba en todo este imperio) es completamente abatido. *La soberbia cae y ya no se levantará mas*, dijo Jeremías (1) é Isaias antes que él habia dicho: *La orgullosa y soberbia Babilonia de la que los Caldeos insolentes se envanecian, ha sido castigada como Sodoma y Gomorra* (2). No sucedió esto con los Judíos. Dios les ha castigado como hijos desobedientes á quienes es preciso castigar cuando faltan á su deber y despues enternecido con sus lágrimas y conmovido con sus sollozos, olvida sus faltas. «No temas nada, oh Jacob, dice el Señor (3), porque yo soy contigo. Te castigaré con justicia, y no te perdonaré como si fueses inocente, pero no te destruiré como he destruido las naciones entre las que te he dispersado.» Por esto Babilonia quitada para siempre á los Caldeos es dada á otro pueblo, y Jerusalem restablecida por un cambio maravilloso, mira volver á sus hijos de todas partes del Asia.

(1) Jeremias, cap. L, vers. 31, 32, 40.

(2) Isaias, cap. XIII, vers. 19.

(3) Jeremias, cap. XLVI, vers. 23.

CAPITULO VIII.

VUELTA DEL PUEBLO DE DIOS CONDUCCIO POR ZOROBABEL,
ESDRAS Y NEHEMIAS.

Zorobabel, cabeza de la tribu de Judá y de sangre real, fué quien les condujo á Jerusalem. Volvió, pues, la tribu de Judá y llenó todo el pais. Las diez tribus dispersadas se perdieron entre los gentiles, escepto los que con el nombre de Judá, y reunidos bajo sus banderas, volvieron á la tierra de sus padres.

Entretanto, levantóse el altar, redificóse el templo y se reconstruyeron las murallas de Jerusalem. La envidia y celos de los pueblos vecinos, fué reprimida por los reyes de Persia, hechos ahora protectores del pueblo de Dios. El Sumo Pontífice volvió otra vez á sus funciones juntamente con los sacerdotes que probaban su descendencia por los registros públicos; los que no eran de la casa sacerdotal, fueron rechazados (1). Esdras, sacerdote y doctor de la ley, y Nehemías gobernador, reformaron todos los abusos que la cautividad habia introducido, é hicieron guardar y observar la ley en toda su pureza. El pueblo lloró con ellos las transgresiones que habian atraído sobre su cabeza tan grandes castigos, y reconoció que Moisés lo habia ya predicho. Todo parecia leer en los libros santos las amenazas del hombre de Dios (2), y lo creian tanto mas cuanto que veían cumplirse fielmente. El oráculo de Jeremías (3) y la

[1] Libro I de Esdras, cap. II, vers. 62.

[2] Libro II de Esdras, cap. I, vers. 8, cap. VIII y IX.

[3] Libro I de Esdras, cap. I, vers. 1.

vuelta tantas veces prometida, despues de setenta años de cautividad, les admiraba y consolaba, adoraron los juicios de Dios, y reconciliados con él vivieron con santa paz.

CAPITULO IX.

DIOS PRONTO A HACER CESAR LAS PROFECIAS, DIFUNDE SUS LUCES
MAS ABUNDANTES QUE NUNCA.

Dios que todo lo hace á su debido tiempo, habia elegido este para hacer cesar en su pueblo las voces extraordinarias, esto es, las profecías, estando bastante instruido ya. Faltaban aun quinientos años para la venida del Mesías. Dios concedió á la magestad de su hijo el hacer callar las profecías durante todo este tiempo para tener á su pueblo en espera de aquel que debia ser el cumplimiento de todos estos oráculos.

Pero cerca ya el tiempo, en que Dios habia resuelto poner fin á las profecías, parece que quiso difundir y esparcir todas sus luces y descubrir todos los consejos de su providencia al espresar claramente los secretos de los tiempos venideros.

Durante la cautividad y sobre todo por los tiempos en que concluía esta, Daniel reverenciado por su piedad, hasta de los mismos reyes infieles, y consultado por su prudencia en los mas árduos asuntos del Estado, vió sucesivamente en diversas veces y bajo diferentes figuras, cuatro monarquías que debian dominar á los Israelitas (1). Daniel señala estas monarquías por sus propios caractéres. Vese pasar como un torrente impetuoso el imperio de un rey de los griegos, este era el imperio de Alejandro. Por su caída se vé establecer otro imperio menor que

(1) Daniel caps. II. VII. VIII. X. XI.

el anterior, y dividido por sus luchas intestinas (1), este imperio era el de los sucesores de Alejandro, entre los cuales hay cuatro señalados en la profecía (2). Antipater, Seleuco, Ptolomeo y Antígono los cuales son señalados bien claramente. Nos refiere la historia, que estos imperios fueron mas poderosos que los otros y los únicos cuya pujanza y poderío pasó á sus hijos. Se ven sus guerras, sus envidias, sus alianzas engañosas, la dureza y la ambicion de los reyes de Syria, el orgullo y las otras señales que designaba, Antíocho él ilustre, enemigo implacable del pueblo de Dios, la brevedad de su reinado y el pronto castigo de sus escesos. Por fin, se ve nacer como del seno de estas monarquías el reinado del *Hijo del hombre*. Con este nombre reconocemos á Jesucristo, pero este reino del hijo del hombre, es tambien llamado, *el reino de los santos de mas alto*. Todos los pueblos se someten á este grande y pacífico reino, la eternidad le es prometida, y él debe ser el solo *cuya pujanza no pasará á ninjun otro imperio* (3).

Cuando llegue este *Hijo del hombre*, y este Cristo tan deseado, y como debe cumplir la obra que le está encomendada, es decir, la redencion del género humano, solo Dios á Daniel lo descubre. Mientras que se ocupa de la cautividad de su pueblo en Babilonia, y de los setenta años en que Dios habia querido incluirla, en medio de los avisos que daba para la libertad de sus hermanos, es de repente elevado á mas altos misterios. Entónces vió Daniel otro número de años y otra libertad mucho mas importante. En lugar de los setenta años predichos por Jeremías, vió setenta semanas que comienzan desde la ordenanza dada por Artagerges á la de Longinano, en el vigésimo año de su reinado, ordenando se redificase la ciudad y templo de Jerusalem (4). Allí está señalado en términos exactos y precisos hácia el fin de estas semanas, *la remision de los pecados, el reinado eterno de la justicia, el entero cumpli-*

(1) Daniel cap. VII. vers. 6, cap. VIII. vers 21. 22.

(2) Daniel, cap. VIII. vers. 8.

(3) Daniel, cap. lvers. 44. 45.

(4) Daniel, cap. IX. vers. 23.

miento de las profectas y la unción del Santo de los Santos (1). El Cristo despues de cargar con los pecados del mundo, debe aparecer como *conductor* del pueblo. Despues de sesenta y nueve semanas, *el Cristo debe ser llevado á la muerte* (2), debe morir crucificado, y es preciso que sea inmolado para que los misterios tengan cumplimiento. Entre otras es señalada una semana, es la última de las sesenta y nueve, en esta semana el Cristo será inmolado, la alianza será confirmada, y los sacrificios de la ley antigua serán abolidos por la muerte de Cristo. Despues de la muerte de Cristo y de la abolicion de los sacrificios no se vé sino horror y confusion por todas partes, se admira y contempla la ruina de la ciudad santa y del santuario, un pueblo y un general que todo lo devasta, que todo lo arruina, la abominacion en el santo templo, y la última é irremediable desolacion del pueblo ingrato para con su Salvador.

Nosotros hemos visto que estas semanas reducidas á un cierto número de años, segun el uso de la Escritura componen un total de cuatrocientos noventa años, que se estienden precisamente desde el vigésimo año del reinado de Artagerges, hasta la última de estas semanas (3), semana llena de misterios en la cual es inmolado Jesucristo, concluyendo por esta causa los sacrificios de la ley antigua, y teniendo las profecías su debido cumplimiento. Los doctos hacen diferentes suposiciones para hacer que este tiempo venga justo. Lo que he propuesto es lo mas exacto y desembarazado. Lejos de oscurecer la continuación de la historia de los reyes de Persia, la esclarece, y aunque no se encuentre nada sorprendente, cuando se encuentra alguna incertidumbre en los datos de estos monarcas, es muy poca cosa si se atiende á un cómputo de cuatrocientos noventa años. Pero ¿por qué hablar mas sobre esto? Dios ha cortado esta dificultad, por medio de una decision que no sufre ninguna réplica. Un acontecimiento manifesto nos pone por encima de todas las sutilezas de los cronologistas; la ruina total de los Judíos que

(1) Daniel, cap. IX vers. 24.

(2) Daniel.

(3) Acerca de esro véase lo que llevamos dicho en las páginas 29 y 38.

ha seguido tan de cerca á la muerte del Salvador, nos muestra bien claramente el cumplimiento de la profecía.

Ya no nos resta sino hacer notar una circunstancia bastante notable.—Daniel nos descubre un nuevo misterio. El oráculo de Jacob nos había dicho, que el reino de Judá debería cesar á la venida del Mesías, pero no nos dice que la muerte de Jesucristo será la causa de la caída de este reino. Dios ha revelado este importante secreto á Daniel y le ha declarado que la ruina de los Judíos será la continuacion de la muerte de Jesucristo. Señalad, pues, este paraje, y en la continuacion de estos acontecimientos nos servirá luego de bellissimo comentario.

CAPITULO X.

PROFECÍAS DE ZACARÍAS Y DE AGEO.

Hemos visto todo lo que Dios mostró al profeta Daniel un poco antes de las victorias de Cyro y del restablecimiento del templo. En el tiempo en que se edificaba el templo, suscitó Dios á los profetas Ageo y Zacarías, y luego despues envió á Malaquías que debia ser el último de los profetas de la antigua ley.

¿Quién hay que no haya leído á Zacarías? Parece que el libro en donde estan los divinos decretos, haya sido abierto á este profeta y que allí haya leído toda la historia del pueblo de Dios desde su cautividad.

Las persecuciones de los reyes de Syria y las guerras que hicieron á Judá, le son reveladas á este profeta. Vé á Jerusalem tomada y saqueada por sus enemigos, una horrible devastacion seguida de infinitos desórdenes, el pueblo huyendo hácia el desierto, incierta su suerte entre la muerte y la vida, y la víspera de su última desolacion una nueva luz se aparece de re-

pena, los enemigos son vencidos, los ídolos son derribados en toda la Tierra Santa, se vé la paz y la abundancia en la ciudad y en el país, y el templo es venerado en todo el Oriente.

Una memorable circunstancia de estas guerras se le revela al profeta. «La misma Judá—dice Zacarías,—combatirá contra Jerusalem (1)» es decir, que muchos de sus hijos le harán traición y que entre sus enemigos se encontrarán muchos judíos.

Alguna vez vé Zacarías una larga continuacion de prosperidades (2), Judá se llena de fuerza, (3) los reinos que la han oprimido son humillados, (4) los pueblos vecinos que no han cesado de atormentarla son castigados, y algunos se convierten y quedan incorporados al pueblo de Dios. El profeta vé este pueblo colmado de beneficios divinos, entre los cuales se cuenta el triunfo tan modesto como glorioso del rey pobre, del rey pacífico, del rey salvador del pueblo, que entra montado en un asno en su ciudad de Jerusalem. (5)

Después de referir las prosperidades, reprende desde el origen toda la suerte de los males. El vé el fuego en el templo, todo el país arruinado lo mismo que la capital, muertes por todas partes, violencias por todos sitios, desolacion por todos párajes, y un rey lo autoriza todo. Dios, por fin, tiene piedad de su pueblo abandonado, del cual es él el pastor, y su proteccion le sostiene. Enciéñdense después terribles guerras civiles y los asuntos públicos van en decadencia. Los tiempos de este cambio se designan por un cierto carácter, y tres pastores, es decir, tres príncipes degradados según el estilo antiguo, señalan su comienzo. Las palabras del profeta son exactas y precisas. «Yo he dividido, dice, mi casa entre tres pastores, y mi corazon se ha acercado hácia ellos (hácia mi pueblo), porque también ellos han variado para conmigo, y no han permanecido firmes en mis preceptos, y yo he dicho, yo no seré más vuestro pastor, yo no os

[1] Zacarías, cap. XIV vers. 14.

[2] Zacarías caps. IX y X.

[3] Zacarías cap. X. ver. 6.

[4] Zacarías, cap. II.

[5] Zacarías, cap. IX. vers. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.

governaré mas. Con esta aplicacion particular quiere decir, yo os abandonaré á vosotros mismos, á vuestro desgraciado destino, el espíritu de division que se meterá entre vosotros, sin tomar de ahora en adelante ningun cuidado por desviar los males que os amenazan. *De esta manera lo que deba morir irá á la muerte, lo que debe ser dividido será dividido, y habrá quien coma la carne de su prójimo.* Ved aquí el fin que deberá tener el pueblo judío justamente abandonado de Dios, y ved aquí en términos precisos el comienzo de la decadencia en la caída de estos tres príncipes. Mas adelante tendremos ocasion de ver, que el cumplimiento de esta promesa no ha sido menos manifiesto.

En medio de tantas desgracias predichas tan claramente por Zacarías aparece un mal mas grande aun. Un poco despues de estas divisiones, y en los tiempos de la decadencia, Dios es *vendido en treinta dineros* por su pueblo ingrato, y el profeta lo vé todo, hasta el campo del alfarero comprado con el dinero del precio de la sangre del justo. De aquí previenen aquellos desórdenes estremados entre los pastores del pueblo, y despues que se ciegan son destruidos.

¿Qué diré yo de la maravillosa vision de Zacarías que ve *herido el pastor y descarriadas las ovejas?* (1) ¿Qué diré yo de *la mirada que echa el pueblo sobre su Dios al que ha entregado* y de las lágrimas que le hace derramar una muerte mas lamentable que la de un hijo único (2), y qué la de Josías? Zacarías ha visto todas estas cosas, pero lo que ha visto mas grande aun es al Señor enviado por Dios para habitar en Jerusalem, de donde llama á los gentiles para agregarles á su pueblo y permanecer en medio de ellos. (3)

El profeta Ageo dice menos cosas, pero estas son mas sorprendentes. Mientras que por segunda vez se edificaba el templo y los viejos que habian visto el primero lloraban al comparar la probeza de este edificio con la magnificencia del anterior,

(1) Zacarías, cap. XIII vers. 7.

(2) Zacarías cap. XII vers. 10.

(3) Zacarías, cap. II. vers. 8, 9, 10, 11.

(1) el profeta que veía mas lejos, publicaba la gloria del segundo templo, y la prefería al primero. (2) Ageo esplicó de donde vendría la gloria de esta nueva morada de Dios, diciendo que pronto llegaría *el Deseado de los Gentiles*: el Mesías prometido hacía ya dos mil años, desde el origen del mundo como el Salvador de los gentiles aperecería en este nuevo templo. *La paz se restablecería, todo el universo enmudeciendo* rendiría testimonio de la venida de su Redentor, faltaba poco para que sucediese tan notable acontecimiento, y el tiempo destinado á esperarle entraba ya en su último período.

CAPÍTULO XI.

PROFECIAS DE MALAQUIAS, ULTIMO DE LOS PROFETAS.—CONCLUSION DEL SEGUNDO TEMPLO DE JERUSALEN.

La redificacion del templo tocó á su término, y las víctimas fueron inmoladas, pero los Judíos avaros, ofrecieron sacrificios defectuosos. Malaquías que les reprendió, se elevó á una muy alta consideracion, y con motivo de las ofrendas de los Judíos, vió la *ofrenda* siempre pura que seria presentada á Dios, no solamente como hasta entónces en el templo de Jerusalem, sino por todas las partes en que alumbrare el sol, no solo por los Judíos, si que tambien por los Gentiles, entre los cuales profe-

[1] Libro I de Esdras, cap. III vers. 12.

[2] Ageo, cap. II. vers. 7, 8, 9, 10.

tizó diciendo que seria grande el nombre de Dios. (1) Este profeta vió lo mismo que Ageo, la gloria del segundo templo de Jerusalem y el Mesias que le honraria con su presencia, pero vió al mismo tiempo que el Mesias es Dios á quien el templo estaba dedicado. «Yo he enviado mi ángel dijo el Señor, para que me prepare los caminos, é inmediatamente veréis llegar á este santo templo al Señor que os buscará y al ángel de la alianza á quien deseareis.»

Un ángel es un enviado, pero ved aquí un enviado de una dignidad maravillosa, un enviado que tiene un templo, un enviado que es Dios y que entra en el templo como en su propia casa, un enviado deseado por todo el pueblo, que viene á hacer una nueva alianza, y que es llamado por esta razon el «Angel de la alianza ó del testamento.»

Era, pues, á este segundo templo al que habia Dios de aparecer, pero otro enviándole precede y le prepara los caminos. Aquí vemos nosotros al Mesias precedido por su precursor, cuyo carácter es tambien mostrado al profeta. Este debia ser un nuevo Elías notable por su santidad, por la austeridad de su vida, por su autoridad y por su celo. (2)

De esta manera, el último profeta del antiguo pueblo, señala el primer profeta que debia venir despues de él, es decir, este *Elías* precursor del Señor que debia venir. Hasta este tiempo el pueblo de Dios no tenía ningun profeta á quien aguardar, la ley de Moisés le debia bastar, y por esta razon Malaquías concluye con estas palabras. «Acordaos de la ley que yo he dado sobre el monte Horeb á Moisés mi fiel servidor, para todo el pueblo de Israel. Yo os enviaré al profeta Elías que unirá los corazones de los padres con el corazon de los hijos, y que mostrará á estos lo que han aprendido los otros.

A esta ley de Moisés, Dios habia unido los profetas que habian hablado en conformidad, y la historia del pueblo de Dios hecha por los mismos profetas en la cual estaban confirmadas por es-

(1) Malaquías, caps. I. II.

(2) Malaquías, cap. III.

perencias sensibles las promesas y las amenazas de la ley. Todo era cuidadosamente escrito, todo era dirigido por el orden de los tiempos, y ved aquí lo que Dios dejó para la instruccion de su pueblo cuando hizo cesar las profecías.

CAPÍTULO XII.

LOS TIEMPOS DEL SEGUNDO TEMPLO DE JERUSALEN, FRUTOS DE LOS CASTIGOS Y DE LAS PROFECIAS PRECEDENTES.—CONCLUSION DE LA IDOLATRIA Y DE LOS FALSOS PROFETAS.

Las precedentes instrucciones causaron una gran mudanza en las costumbres de los Israelitas. No habian de menester ya mas, ni predicaciones tan manifiestas, ni los prodigos tan inauditos que Dios tan frecuentemente hacia por su salud. Los testimonios que ellos habian recibido les eran muy suficientes, y su incredulidad no solamente convencida por los acontecimientos, sino tambien á menudo castigada, les habia hecho mas dóciles.

Esta es la causa porqué despues de este tiempo no se les vé volver á caer en la idolatría, á la que eran tan estrañamente arrastrados. Sintieron mucho el haber tantas veces olvidado el Dios de sus padres. Acordábanse mucho de Nabucodonosor y de su fin desastroso tantas veces anunciado con todas sus circunstancias, y sucedido tanto mas exacto quanto habia sido menos creido. No estaban menos admirados de verse restablecidos en Jerusalem, suceso que estaban muy lejos de esperar atendida la situacion de los tiempos. Nunca veian el segundo templo que no recordasen el motivo por el que habia sido derribado el primero, y de esta manera se confirmaban en la fé de las Escrituras en las que todo rendia testimonio.

No se vieron entre ellos falsos profetas. Se habían desprendido á un mismo tiempo de la inclinacion que tenían á dar crédito á todo y de la propension á la idolatría. Zacarías habia predicho por un mismo oráculo, que estas dos cosas sucederian. Ved aquí sus propias palabras: «En estos dias dijo el Señor Dios de los ejércitos, yo destruiré el nombre de los ídolos en toda la Tierra santa, y no se hablará mas de esto, ya no aparecerán ni profetas falsos, ni espíritu impuro para que les inspire; y si alguno pretendé profetizar segun su propio espíritu, su padre y su madre le dirán: Morirás muy luego, porque habeis mentido en el nombre del Señor. Se puede ver en el texto de las santas Escrituras que el resto del pueblo no estaba menos fuerte. Esta profecía tuvo un manifiesto cumplimiento. Los falsos profetas cesaron con la construccion del segundo templo, el pueblo disgustado con sus engaños no estaba en estado de prestarles atencion. Las verdaderas profecias de Dios eran leidas y releidas sin cesar, no se cansaban nunca de comentarlas y meditarlas, y las cosas que acontecian todos los dias en cumplimiento de las profecias, tenían muy fieles intérpretes.

CAPITULO XIII.

DE COMO HABIA SIDO YA ANUNCIADA LA LARGA PAZ QUE GOZAN LOS ISRAELITAS.

Todos los profetas habian prometido una paz profunda al pueblo de Dios. Léese aun con alegría la bella pintura que hacen Isaías y Ezequiel de los dichosos tiempos que debian seguir á la cautividad de Babilonia. Todas las ruinas y devastaciones anteriores, se reparan poco á poco, las ciudades y los pueblos se van redificando, el pueblo va en aumento, los enemigos son

a batidos, reina la abundancia en las ciudades y en las campiñas y por todas partes, en fin, se vé la alegría y el reposo dignos frutos de tan larga paz. Dios prometió tener á su pueblo en una duradera y perfecta tranquilidad (1). Esta paz la gozaron bajo los reyes de Persia. Tanto cuanto se sostenia este imperio, aseguraban el reposo de los judíos los favorables decretos de Cyro, fundador del imperio de los Persas. Aunque habian estado amenazados de ser completamente arruinados en el reinado de Asuero, es lo cierto que aplacado Dios por sus lágrimas cambia de repente el corazon del rey y se venga ruidosamente de Anan su enemigo (2). Escepto esta guerra que pasó velozmente, estuvieron los Israelitas constantemente sin temor. Instruidos por los profetas en obedecer á los reyes, á los que Dios les habia sometido, la fidelidad que les guardaron fué inviolable. De este modo fueron siempre tratados benignamente. A favor de un tributo muy ligero que pagaban á sus soberanos, que eran por otra parte sus protectores y sus maestros, vivian segun sus propias leyes; la pujanza de los sacerdotes no sufrió menoscabo alguno, los sumos pontífices conducian y gobernaban el pueblo, el consejo público establecido primeramente por Moisés gozaba toda su autoridad, tenian autoridad para disponer de la vida y muerte del pueblo, y nadie se mezclaba en sus asuntos ni murmuraba de ellos. Los reyes lo ordenaban así (3). La ruina del imperio de los Persas no cambió los negocios del pueblo judío. Alejandro el Grande respetó su templo, admiró sus profecías y aumentó sus privilegios (4). Tuvieron sin embargo, que sufrir algo bajo los sucesores de Alejandro. Ptolomeo hijo de Lago, sorprendió á Jerusalem y llevó cien mil cautivos á Egipto (5), pero su persecucion cesó muy luego, por mejor decir no les persiguió nunca, y si les affigió fué por molestar á los reyes de la Siria, y tanto es así, que los Judíos que se llevó pri-

(1) Jeremias, cap. XLVI. vers. 27.

(2) Esther, caps. IV. V. VII. VIII. IX.

(3) Libro I. de Esdras, cap. VII. vers. 25, 26.

(4) Josefo Antonino, libro XI, cap. 8.

(5) Josefo Antonino, lib. XII. cap. 1.

sioneros fueron destinados á poblar la ciudad de Alejandria, de donde los hizo ciudadanos, ó mas bien confirmó el derecho que Alejandro fundador de esta ciudad habia ordenado, y no tuvo en todo su Estado vasallos mas fieles que los judíos, con los que armó sus egércitos y les concedió las guardas de las mas importantes ciudades de su reino. Si los Lágidos tuvieron consideracion á los judíos, los Seleucos les trataron mejor aun. Seleuco Nicanor jefe de esta familia los estableció en Antioquía (1) y Antiocho el Dios su nieto, les destinó á poblar varias ciudades del Asia Menor; nosotros les hemos visto difundirse y estenderse por toda la Grecia; vivir segun su ley y gozar los mismos derechos que los otros ciudadanos, como sucedia en Alejandria y en Antioquía. Su ley se vertió á la lengua griega por orden Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto (2). La religion judáica es conocida entre los gentiles, el templo de Jerusalem es enriquecido por los dones de los reyes y de los pueblos, los judíos vivian en paz y al mismo tiempo en libertad bajo el dominio de los reyes de Siria, y la tranquilidad que gozaban ahora no la habian disfrutado jamás.

CAPITULO XIV.

INTERRUPCION Y RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ.—DIVISION EN EL PUEBLO SANTO.—PERSECUCION DE ANTIOCHO.—COMO TODO ESTO HABIA SIDO PROFETIZADO.

Parecia que la paz que gozaban los Israelitas debia ser eterna y no interrumpirse jamás por nuevas divisiones. Hacia ya

[1] Josefo Antonino, lib. XII. cap. III.

[2] Josefo Antonino.

trescientos años que gozaban este reposo, cuando la ambicion y la envidia que reinaba entre ellos, les hicieron perder tan bellísimo estado. Algunos de los mas poderosos fueron traidores al pueblo, adulando á los reyes, y quisieron hacerse ilustrados á la manera de los griegos, prefiriendo esta vana pompa á la gloria sólida que hubieran adquirido entre sus conciudadanos si hubieran observado las leyes de sus antecesores. Celebraron juegos á la manera de los gentiles (1), esta novedad deslumbró al pueblo y la idolatría revestida con esta magnificencia pareció bella al pueblo Judío. A estos cambios se unieron las disputas que reconocian por causa el pretender el sumo sacerdocio dignidad la mas elevada y principal de la nacion. Los ambiciosos adularon á los reyes de Syria para prevenirles en su favor, y esta dignidad tan sagrada fué el precio de la lisonja de los cortesanos. Las envidias y divisiones de los particulares no tardaron en causar segun costumbre, grandes males al pueblo y desgracias á la ciudad Santa. Entonces sucedió lo que dejamos indicado que habia profetizado Zacarías. «La misma Judá peleará contra Jerusalem,» y esta ciudad fué vendida por sus mismos habitantes. Antiocho el ilustre rey de Syria, concibió el deseo de perder á este pueblo dividido, con el objeto de aprovecharse de sus riquezas. Entónces apareció este monarca con todos los caractéres que habia señalado Daniel. Ambicioso y avaro, artificioso y cruel, insolente é impío, enorgullecido cuando triunfaba, vengativo cuando era derrotado. Entró en Jerusalem, gracias á las divisiones de los Judíos, que nó á sus propias fuerzas, como Daniel lo habia ya previsto (2). Allí ejerció crueldades inauditas, su orgulló le arrastró hasta los últimos excesos, y vomitó horribles blasfemias contra Dios, todo lo cual lo habia previsto el profeta. En cumplimiento de estas profecias, y á causa de los pecados del pueblo, se le dió fuerza contra el sacrificio perpétuo. Profanó el templo de Dios reverenciado por los reyes sus antecesores, se apodoró de sus riquezas, y de las preciosidades del tesoro. Con el pretesto de uniformar

(1) Libro I. de los Macabeos, cap. I. vers. 12, 13.

(2) Daniel cap. VIII, vers. 24.

las costumbres de todos sus súbditos, aunque lo que deseaba era hartar su avaricia con todo lo que encerraba la Judea, ordenó que los Judíos adorasen los mismos dioses que los Griegos, sobre todo, quiso que se adorase á Júpiter Olímpico, cuya imagen colocó él mismo en el templo, y mas impío aunque Nabucodonosor, quiso abolir las fiestas, la ley de Moisés, los sacrificios, la religion y hasta el pueblo mismo. Pero los hechos de este monarca, tenían su limite en las profecias. Matatías se opuso á sus violencias y reunió unos cuantos Judíos valerosos que pensaban como él, Judas Macabeo, su hijo con solo un puñado de gentes ejecutó inauditas hazañas, y purificó el templo del Señor tres años y medio despues de su profanacion; todo lo cual lo habia profetizado Daniel (1). Persiguió á los Idumeos y á todos los otros gentiles que se habian unido á Antíocho, y habiéndoles tomado sus mejores plazas, volvió á su patria victorioso y humilde, tal como lo habia visto Isaias, cantando alabanzas á Dios que le habia libertado de caer en manos de los enemigos de su pueblo. Judas Macabeo continuó sus victorias á pesar de los ejércitos prodigiosos de los capitanes de Antíocho; Daniel no habia concedido sino solo *seis años* (2) á este príncipe impío para atormentar al pueblo de Dios, y ved aquí que al llegar al término prefijado, cayó en una profunda melancolía, y murió como habia anunciado el santo feta, miserablemente *aunque no de mano del hombre* y despues de haber reconocido aunque muy tarde, el poderío del Señor Dios de Israel.

No tengo necesidad de narraros de qué manera sus sucesores prosiguieron la guerra contra la Judea, ni la muerte de Judas su libertador, ni las victorias de sus dos hermanos Jonatás y Simon, sucesivamente soberanos pontífices, cuyo valor restableció la gloria antigua del pueblo de Dios. Estos tres grandes hombres vieron conjurados contra ellos á los reyes de Siria y á los demás pueblos vecinos, y lo que era mas deplorable aun vieron en diversas veces y en distintas ocasiones á los

[1] Daniel, c. VII, vers. 25.

[2] Daniel, cap. VII, vers. 14

mismos de la tribu de Judá marchar contra su patria y contra Jerusalem, cosa inaudita hasta entonces, pero como ya hemos dicho espresamente señalada por los profetas (1). En medio de tantos y tan multiplicados males la confianza que tenían en Dios, les hacia intrépidos é invencibles. El pueblo fué siempre dichoso bajo su mando, y en los tiempos en que gobernaba Simon libertado del yugo de los gentiles, se sometió gustoso al libertador y á sus hijos, previo consentimiento de los reyes de Syria.

Mas el acto por el cual el pueblo de Dios trasmitió á Simon toda la pujanza y poderío público acordándole los derechos reales, es sumamente notable. El decreto dice «que gozará en él y en su posteridad hasta que venga un fiel y verdadero profeta.» (2)

El pueblo acostumbrado desde su origen á un gobierno divino y sábio que desde el tiempo de David habia sido puesto en el trono por orden de Dios, el soberano poder perteneciente á su casa hasta los tiempos del Mesías, puso espresamente esta restriccion aunque de una manera mas misteriosa y mas alta al poder que dió á sus pontífices, y continuó viviendo bajo la dependencia de los hijos de los Macabeos, esperando al Mesías tantas veces prometido. Así es como este reino absolutamente libre usaba de su derecho y procuraba su gobierno. La posteridad de Jacob por la tribu de Judá y por los restos de las otras tribus que se ordenaban bajo las banderas de la de Judá se conservó en cuerpo de Estado, y gozó independiente y pacíficamente de la tierra que le habia sido asignada.

La religion judía adquirió un gran esplendor, y recibió de nuevo marcadas muestras de la proteccion divina. Jerusalem sitiada y reducida al último extremo por Antíocho Sideto, rey de Syria fué libertada de una manera admirable. Este monarca se enterneció repentinamente al ver un pueblo célebre mas ocupa-

[1] Zacarias, cap. XIV vers. 14. Libro I de los Macabeos, cap. I. vers. 12. Libro II. de los Macabeos, cap. IV. vers. 22.

[2] Libro I. de los Macabeos, cap. XIV. vers. 41.

do en su religion que en su desgracia, y le acordó una tregua de siete dias para celebrar la semana santa de la fiesta de los Tabernáculos (1). Muy lejos de inquietar á los sitiados durante este santo tiempo, les envió con una magnificencia verdaderamente régia, gran número de víctimas para inmolarlas en el templo sin inquietarse gran cosa al abstecerlos de víveres por este motivo. Segun la docta señal de los cronologistas, los judíos acababan entonces de celebrar el año sabático ó de reposo, es decir, el séptimo año en que como dice Moisés (2), la tierra que continuamente se sembraba debía descansar y reposar un poco. Todo parecia perecer en la Judea, y el rey de Syria podia muy bien aniquilar á un pueblo al que se le hacia ver como enemigo y rebelde siempre. Dios para guardar á sus hijos de una pérdida inevitable, no envió como otras veces sus ángeles esterminadores, pero lo que no es menos maravilloso, tocó el corazon del rey, y este admirando la piedad de los Israelitas á quienes ningun peligro hacia desviarse de las observancias aun incómodas de la religion, les acordó la vida y la paz. Los profetas habian anunciado, que no seria por medio de prodigios semejantes á los de los tiempos pasados como Dios salvaria á su pueblo, sino por medio de una providencia mas suave que no dejaria de ser igualmente eficaz. Por un efecto de esta conducta, Juan Hircano cuyo valor se habia señalado grandemente peleando contra Antíocho, despues de este, continuó gobernando su pais.

Bajo su gobierno los judíos se engrandecieron por algunas considerables conquistas que efectuaron. Sometieron á Samaria segun Ezequiel y Jeremías habian profetizado (3), dominaron y sujetaron á los Idumeos, Philisteos y Ammonitas sus perpétuos enemigos, y estos pueblos abrazaron su religion como habia anunciado el profeta Zacarias (4). En fin, apesar de la

[1] Flavio Josefo. Antigüedades judáicas, lib. XIII. cap. 16.

[2] Exódo cap. XXIII. vers. 10, 11. Levitico, cap. XXV. vers. 4.

[3] Ezequiel, cap. XVI. vers. 53, 55, 61. Jeremias, cap. XXXI. vers. 5. Libro I. de los Macabeos, cap. X. vers. 30.

[4] Zacarias, cap. IX. vers. 1, 2. y siguientes.

envidia y del ódio de los pueblos que les rodeaban, bajo la autoridad de sus pontífices que venían á ser como sus reyes, fundaron el nuevo reino de los Asmodeos ó Macabeos, mas grande aun que el que tuvieron antes, si se exceptúan los tiempos de David y de Salomon.

Ved, pues, de qué manera subsistió siempre el pueblo de Dios á pesar de tantos y tan multiplicados cambios; y este pueblo tantas veces castigado y consolado en sus desgracias segun los diferentes tratamientos que recibió, rinde un público testimonio á la Providencia divina que rige y gobierna el mundo.

CAPITULO XV.

DE COMO ESPERABAN AL MESÍAS Y DE LA PREPARACION Á SU REINO Y Á LA CONVERSION DE LOS GENTILES.

En cualquiera estado que el pueblo estuviese, se le vé siempre en espera del Mesías, de quien esperaba nuevas gracias mas grandes que todas las que hasta entonces habia recibido, y no hay ninguno que no sea capaz de ver que esta fé en el Mesías y en sus maravillas, la cual dura aun entre los judíos, la tenían por sus patriarcas y profetas desde el origen de su nacion (1). Porque en este largo tiempo en que ellos mismos reconocian que por un secreto de la Providencia no se elevaba ya entre ellos ningun profeta, y que Dios no hacia ningunas nuevas predicaciones ó nuevas promesas, esta fé en el Mesías que esperaban estaba mas viva que nunca. La fé estaba posesionada

(1) Flavio Josefo.

del corazon de todos cuando se edificó el segundo templo, y ya no tenian ninguna necesidad de profetas para confirmar el pueblo. Los judíos vivian bajo la fé de las antiguas profecias que habian visto cumplirse tantas veces ante sus mismos ojos, ya no podian dudar en manera alguna, y creian firmemente que Dios tan fiel en todo, no cumplia aun en su tiempo (aunque esperaban seria mas adelante), todo lo tocante al Mesias, es decir, la principal de sus promesas fundamento de todas las demás.

En efecto, toda su historia, todo lo que les sucedia de dia en dia, no era sino un perpétuo y constante desenvolvimiento de los oráculos que el Espíritu Santo les habia dejado. Si restablecidos en su tierra despues de la cautividad, gozaban durante trescientos años una paz profunda y nunca interrumpida, si su templo fué reverenciado y su religion honrada y respetada por todo el Oriente, si en fin, su paz fué turbada por sus disensiones, si este soberbio rey de Syria hizo esfuerzos inauditos para destruirles, si prevaleció su poder algun tiempo, si un poco despues fué castigado, si la religion judaica y todo el pueblo de Dios fué realzado con un esplendor y lustre mas maravilloso que nunca, y si el reino de Judá fué acrecentado en estos tiempos por nuevas conquistas, hemos visto que todo esto se encontraba escrito en sus profecias. Sí, todo estaba señalado, hasta el tiempo que debian durar las persecuciones, hasta los lugares en que se darian los combates, hasta las tierras que deberian ser conquistadas.

Yo he contado aunque á grandes rasgos algunas de estas profecias, descender á los detalles seria materia de un largo discurso, habeis visto ya lo bastante para convenceros de estas famosas predicaciones que son el fundamento de nuestra creencia, cuanto mas se las profundiza mas verdaderas se las encuentra, y las profecias referentes al pueblo de Dios, han tenido en todos estos tiempos un cumplimiento tan manifesto, que despues cuando los mismos paganos, cuando un Porfiro, un Juliano el Apóstata (1), enemigos de las Escrituras, han queri-

(1) Porfiro de Abstin, libro IV.

do dar ejemplos de predicciones proféticas las han buscado entre los Judíos. Y yo mismo os puedo decir con verdad, que si durante quinientos años el pueblo de Dios estuvo sin profetas, todo lo que sucedía en este espacio de tiempo había sido profetizado, la obra de Dios iba disponiéndose, y los caminos se preparaban insensiblemente para el entero cumplimiento de estos antiguos oráculos.

La vuelta de la cautividad de Babilonia no era sino una sombra de la libertad mas grande y necesaria que el Mesías debería llevar á los hombres cautivos por el pecado. El pueblo dispersado en diversos sitios por el alta Asia, el Asia menor, el Egipto y la Grecia, comenzaba á hacer resplandecer entre los gentiles el nombre y la gloria del Dios de Israel. Las Sagradas Escrituras que debían ser un día la luz del mundo, fueron traducidas á la lengua mas comun del universo, y su antigüedad quedó reconocida. Al paso que el templo era reverenciado, y las Escrituras repartidas entre los Gentiles, Dios daba alguna idea de su conversion futura y echó aunque de lejos los fundamentos.

Esto que pasaba entre los Gentiles era como una especie de preparacion para el conocimiento de la verdad. Los filósofos paganos conocieron que el mundo era regido por un Dios bien diferente de los que el vulgo adoraba, y á quienes servian ellos mismos. Las historias griegas certifican que esta bella filosofia venia de Oriente y de los lugares en que los Judíos habían estado dispersos, pero de cualquier punto que viniese, una verdad tan importante difundida entre los Gentiles, aunque combatida y de muy pocos seguida, comenzaba á renovar al género humano, y sugería de antemano pruebas ciertas á aquellos que debían algun dia salir de su ignorancia,

CAPITULO XVI.

PRODIGIOSA CEGUERA DE LA IDOLATRIA ANTES DE LA
VENIDA DEL MESIAS.

Como todavía la conversion de la gentilidad era una obra reservada al Mesías, y el propio carácter de su venida, el error y la impiedad prevalecian por todas partes. Las naciones mas esclarecidas y mas sabias, los Caldeos, los Egipcios, Fenicios, Griegos y Romanos, eran los mas ignorantes en punto de Religion, y era necesario para que saliesen de su ceguera una gracia particular y una sabiduría mas que humana. ¿Quién seria capaz de referir las ceremonias de sus dioses y sus impuros misterios? Sus amores, sus crueldades, sus envidias y otros varios excesos eran los asuntos de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que cantaban y de las pinturas que tenian en sus templos. Así el crimen era adorado y reconocido necesario para el culto de los dioses. Los mas graves filósofos recomendaban el haber con exceso, en las fiestas que tributaban á Baco, otro despues de haber vituperado severamente todas las imágenes deshonestas exceptuaba las de los dioses que querian ser honrados por estas infamias. No se puede leer sin asombro los honores que tributaban á Venus y las prostituciones que establecian para adorarla (1). La Percia tan culta y sábia como

[1] Baruch, cap. VI. vers. 10, 42, 43. Herodoto lib. I. cap. 199. Strabon lib. VIII.

era, habia recibido y adoptado estas abominaciones. En los negocios urgentes, los particulares y las naciones, consagraban á Venus varias cortesanas, y la Grecia no se avergonzaba de atribuir su salvacion á los ruegos que dirigian á la diosa sus cortesanas (1). Despues de la derrota de Gerges y de suformidable armada, se colocó en el templo un cuadro, en el cual estaban representas sus votos y sus procesiones con esta inscripcion de Simonides, poeta famoso. «Estas han rogado á la diosa Venus que por su amor ha salvado á la Grecia.»

Si necesario era adorar el amor, debía ser al menos el amor honesto, pero nada menos que eso. Solon (¡quién pudiera creerlo!) estableció en Athenas el templo de Venus la prostituta ó de el amor impúdico (2). Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á esta diosa, y el amor puro y conyugal no tenia ni uno solo en todo el pais.

Sin embargo, detestaban el adulterio en los hombres y en las mugeres, y la union conyugal era sagrada entre ellos. Mas cuando se aplicaban á la religion, parecian como poseidos por un espíritu extraño, y su luz natural les abandonaba por completo.

La gravedad romana no trataba mas seriamente la religion, pues que consagraba al honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores, es decir, todo lo que habia de mas corrompido y de mas bárbaro.

Pero yo no se si las locuras ridículas que se mezclaban en la religion, eran aun mas perniciosas, pues que atraían tanto menosprecio. Se podia guardar el respeto que es debido á las cosas divinas en medio de las impertinencias que contenian las fábulas, cuya representacion ó recuerdo formaban tan gran parte del culto divino. Nada de esto sucedia sin embargo, y así es que todo el servicio público no era mas que una continua profanacion ó mejor dicho una irrision del nombre de Dios, y era preciso que hubiera algun poder enemigo de este nombre sagrado, que queriendo envilecerle, forzaba á los hombres á emplearse en cosas tan despreciables y en tributar culto á objetos tan viles, indignos y degradados.

(1) Athen. lib. XIII.

2 Idem.

Verdad es que los filósofos habían al fin reconocido que había un Dios diferente y opuesto en un todo al que el vulgo adoraba, pero no osaban ni se atrevían á confesarle. Al contrario, Sócrates decía que era necesario que cada uno siguiese la religion que se profesaba en su país (1). Platon discípulo de Sócrates que veía la Grecia y todos los pueblos del mundo llenos de un culto escandaloso, no dejaba de asentar como fundamento de su república (2) que no quería cambiar nada de la religion que encontraba establecida y que era haber perdido el juicio solo el pensarlo. Filósofos tan graves y que han dicho tan bellas cosas sobre la naturaleza divina, no osaron oponerse á los públicos errores y se desesperaban de no poderlos vencer. Cuando Sócrates fué acusado de negar los dioses que el público adoraba, él se defendió como si se defendiese de un crimen (3), y Platon hablando del Dios que había formado el universo, dijo que era muy difícil el encontrarle, y que estaba prohibido declararlo al pueblo. Protestó de no hablar nunca sino en enigma, por miedo de que se mofasen de tan gran verdad.

¡En qué abismo se encontraba el género humano que no podía soportar la menor idea del verdadero Dios! Athenas, la mas culta y sabia de todas las ciudades griegas, tenía en el concepto de ateos á aquellos que hablaban de cosas intelectuales, y esto fué uno de los motivos que hicieron condenar á Sócrates. Si algunos filósofos osaban enseñar, que las estatuas no eran dioses como entendía el vulgo, se veían obligados á desdecirse, y aun despues de esto eran desterrados como impíos, por sentencia del Areópago (4). Toda la tierra estaba poseida del mismo error, y la verdad no osaba presentarse al público. El Dios criador del mundo no tenía mas templo ni mas culto que en Jerusalem. Cuando los Gentiles enviaban sus ofrendas, no hacían otro honor al Dios de Israel que considerarlo igual á los otros Dioses. Sólo la Judea conocía su santidad y su celo, y sabia que repartir la religion entre él y los otros dioses era destruirla.

(1) Jenofonte. Memor, lib. I.

(2) Platon de Leg. lib. V.

(3) Apol. Sócrates, Platon, Jenofonte.

(4) Diog. Laert, lib. II.

CAPÍTULO XVII.

CORRUPCION Y SUPERSTICIONES ENTRE LOS JUDIOS.—FALSAS DOCTRINAS DE LOS FARISEOS.

Sin embargo, por este tiempo los Judíos mismos que conocian á Dios, y que eran los depositarios de la religion, comenzaron á entibiarse algo en la fé, no podian olvidar al Dios de sus padres, pero mezclaron la religion con supersticiones indignas de él. Bajo el reinado de los Asmoneos y desde los tiempos de Jonatás comenzó á aparecer entre los Judíos la secta de los Fariseos. (2) Estos adquirieron de repente un gran crédito, por la pureza de su doctrina y por la observancia exacta de la ley unida á su conducta quieta y pacífica y á la grande union que reinaba entre ellos. Las recompensas y los castigos de la vida futura que sostenian con tanto celo, les atraian muchos honores. Pero la ambicion se dejó ver en ellos. Quisieron gobernar, y en efecto se dieron así mismos un poder absoluto sobre el pueblo; ellos se hicieron los árbitros de la doctrina y de la religion, la cual insensiblemente volvian á las prácticas supersticiosas, útiles á su interés propio y particular y á la dominacion que querian establecer sobre las conciencias, de esto resultaba que el verdadero espíritu de la ley estaba muy próximo á su ruina.

A estos males se unió otro mas grande aun: el orgullo y la presuncion, pero una presuncion que estribaba en atribuirse á

[2] Joséfo Ant. lib. XIII. cap. 9.

si mismos el don de Dios. Los Judíos acostumbrados á sus beneficios, y aclarado ya su conocimiento, olvidaron que su sola bondad les habia separado de los otros pueblos, y miraban su gracia y misericordia como una deuda y una obligacion. Raza elegida y siempre bendita despues de dos mil años, se creyeron los solos únicos y dignos de conocer á Dios, pensando ser de una esfera superior á los demás hombres á quienes veian privados de su conocimiento. Apoyados, pues, en esto miraban á los Gentiles con un desdén insoportable. Ser salido de Abraham segun la carne, les parecia una distincion que les ponía naturalmente encima de todos los demás hombres, é hinchados de tener tan bello origen, se creyeron santos por naturaleza y no por gracia, error que dura aun entre ellos. Estos fueron los Fariseos que buscaban glorificarse con sus luces y guardar una exacta y fiel observancia de las ceremonias de la ley introduciendo esta opinion hasta el fin de los tiempos. Como no pensaban otra cosa sino hacerse distinguir de los demás hombres, multiplicaron las prácticas exteriores y encaminaban todos sus pensamientos, por contrarios que fuesen á la ley de Dios, como tradiciones auténticas.

CAPÍTULO XVIII.

CONTINUACION DE LAS CORRUPCIONES ENTRE LOS JUDIOS.

SEÑAL DE SU DECADENCIA SEGUN HABIA ANUNCIADO

EL PROFETA ZACARIAS.

Aunque los sentimientos Fariseos reseñados en el capítulo anterior no hubiesen pasado por decreto público como dogma de la Sinagoga, iban insensiblemente introduciéndose entre el pueblo,

que se hacia inquieto, turbulento y sedicioso. Las divisiones que debian sugerir entre ellos que los profetas habian anunciado como el principio de su decadencia, estallaron con motivo de las disensiones suscitadas en la casa de los Asmoneos. A penas faltaban sesenta años para la venida de Jesucristo, cuando Hircano y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janer, movieron guerra con motivo del sacerdocio al que estaba anexo la dignidad real. Aquí aparece el fatal momento que señala la historia como causa primera de la ruina de los Judíos. (1) Pompeyo á quien llamaron los dos hermanos para arreglar sus asuntos, les sujetó á los dos al mismo tiempo que destronaba á Antíocho, denominado el Asiático último rey de Syria. Estos tres príncipes igualmente degradados, fueron el señal de la decadencia señalada en términos precisos por el profeta Zacarías. (2) Sabemos por la historia, que este cambio de los asuntos de la Siria y de la Judea, fue hecho por Pompeyo en un mismo tiempo, cuando despues de haber acabado la guerra contra Mitridates, próximo ya á regresar á Roma quiso arreglar los asuntos del Oriente. El profeta ha expresado lo que contribuiria á la ruina de los Judíos, de dos hermanos que habian visto reyes, al uno le verian prisionero, servir de triunfo á Pompeyo, y al otro (el débil Hircano) á quien Pompeyo quitó juntamente con la corona una gran parte de su señorío, no retener mas que un vano título de autoridad, que perdió bien pronto. Entonces fué cuando los judíos fueron hechos tributarios de los Romanos, y la ruina de la Syria atrajo la suya propia, pues que este gran reino, reducido á provincia cercana á la Judea, aumentó de tal manera el poder de los Romauós, que no quedaba otro medio de salvacion que obedecerles. Los gobernadores de la Syria cometieron continuos atentados sobre la Judea, los Romanos se hicieron dueños absolutos, y debilitaron al gobierno en muchas cosas. Por ellos, en fin, el reino de Judea, pasó de la casa de los Asmoneos á quien estaban sometidos á la de Herodes, estrangero natural del pais de la Idumea. La política cruel y am-

(1) Josefo Ant. Apiano.

(2) Zacarías cap. XI, vers. 8.—Véase lo que llevamos dicho en esta segunda parte, cap. X.

biciosa de este rey, que no profesaba sino en apariencia la religion judáica, cambió las máximas del antiguo gobierno. Ya no son mas los Judíos dueños de su suerte bajo el vasto imperio de los Persas y de los primeros Seleucidas, con quienes vivian en paz. Herodes que les quiere servir como de medio para su poderío, enreda todas las cosas, arregla á su placer la sucesion de los pontífices, debilita al pontificado al que hace arbitrario, reduce á la impotencia la autoridad del consejo de la nacion, que no puede hacer nada contra su opresor, todos los poderes públicos pasan á las manos de Herodes y de los romanos de quienes es esclavo, y atemoriza á la república judáica.

Los Fariseos y el pueblo que no escuchaba sino los sentimientos de estos, sufrió este estado y este yugo con impaciencia. Quanto mas presos se sentian del yugo de los Gentiles, mas se sentian desdeñosos y vengativos. Querian que el Mesías prometido fuese un guerrero mas valiente que David y mas rico que Salomon que les libertase del cautiverio de los Romanos. De esta manera olvidaban todas aquellas profecías que hablaban espresamente de sus humillaciones y pobreza, y no vieron ni escucharon otras profecías mas que aquellas que les anunciaban sus triunfos, por cierto bien diferentes de los que ellos creían y de los que ellos esperaban.

CAPITULO XIX.

JESUCRISTO Y SU DOCTRINA.

En los tiempos en que acontecia esta decadencia de la Religion y de los demás asuntos de los Judíos, hácia el fin del reinado de Herodes y en la época en que los Fariseos introducian tantos abusos, fué Jesucristo enviado al mundo para estable-

cer la dignidad real en la casa de David, de una manera mas elevada que los Judíos carnales entendian, y para predicar la doctrina que habia resuelto Dios, anunciar á todo el universo, á todo el mundo conocido. Este admirable niño, este infante sobrenatural, llamado por Isaias el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro y el Autor de la Paz (1), nace de una vírgen *pura y sin mancha* en el humilde portal de Betlehem, y allí reconoce el origen de su linage. Concebido en su nacimiento por obra y gracia del Espíritu Santo, él solo digno de reparar la mancha del nuestro, recibe el nombre de Salvador (2) porque viene á salvarnos de nuestros pecados. Así que nació, una estrella maravillosa, figura y símbolo de la luz que habia de dar á los Gentiles, se aparece en el Oriente y conduce y lleva al Salvador recién nacido las primicias de la gentilidad convertida. Poco despues este tierno niño tan deseado por el pueblo de Dios, se dirige á su santo Templo en donde el anciano Simeon le mira no solamente como *la gloria de Israel*, sino tambien como *la luz de las naciones infieles* (3). Al acercarse el tiempo de predicar su Evangelio, San Juan Bautista que habia de preparar los caminos á su predicacion llamó á los pecadores á penitencia, é hizo resonar sus clamores en todo el desierto, en el cual desde su edad mas temprana habia morado con tanta austeridad y penitencia como inocencia y santidad. El pueblo que por espacio de quinientos años no habia visto ningun profeta, reconoció este nuevo Elías enteramente dispuesto á recibirle por el Salvador, tan grande y admirable parecia su santidad, pero él mismo decia á las turbas que él solo era un profeta, que venia á preparar los caminos de aquel *cuya correa de sus zapatos no era digno de desatar*. (4) Jesucristo empieza á predicar su Evangelio y á revelar los secretos que veia «ab eterno» en el seno de su Padre celestial. Pone los fun-

[1] Isaias, cap. IX, vers. 6.

[2] S. Mateo cap. I, vers. 21.

[3] S. Lúcas cap. II, vers. 33.

[4] S. Juan Evangelista cap. I, vers. 27.

damentos de su Iglesia con la vocacion de doce pescadores (1) y coloca á San Pedro al frente de todo el rebaño con una prerogativa tan manifiesta que los Evangelistas que en la enumeracion que hacen de los apóstoles no observan orden alguno, concuerdan en nombrar á San Pedro antes que á los demás como al primero y de mas elevada gerarquía. (2).

Recorre Jesucristo toda la Judea sembrándola de beneficios, socorriendo y sanando enfermos, apiadándose de los pecadores, cuyo verdadero Mesías se muestra en la franqueza con que los admite cerca de sí, y haciendo sentir á los hombres una autoridad y una mansedumbre que jamás se habia visto en su persona. Anuncia grandes misterios confirmándolos al mismo tiempo con grandes milagros, ordena practicar las virtudes, pero dá al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Muéstrase tambien por esto, *lleno de gracia y de verdad y nosotros lo recibimos todo de su plenitud.* (3)

Todo se manifiesta en su persona, su vida, su doctrina, sus milagros. Allí la misma verdad resplandece en todo: todo concurre á hacer ver en él el maestro del género humano y el modelo de la perfeccion.

El solo viviendo entre los hombres y á vista de todo el mundo, pudo decir sin temor de ser desmentido: *¿Quién de vosotros me reprenderá de pecado?* y tambien: Yo soy la luz del mundo, mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, aquel que me ha enviado está conmigo y jamás me deja solo, porque siempre hago lo que es de su agrado (4).

Sus milagros pertenecen á un orden particular y tienen un nuevo carácter. No son *señales en el cielo* como pedian los judíos (5). Casi todos los obra en los hombres mismos y por sanar

[1] Aunque la mayor parte de los apóstoles antes de su vocacion fueron de oficio pescadores, con todo no todos tuvieron esta profesion. S. Mateo era recaudador de los tributos que los Judios pagaban á los romanos y S. Felipe era hombre de muchos estudios y meditacion. [N. del T.]

[2] Actas de los Apóstoles cap. I. vers. 13. = S. Mateo cap. XVI. vers. 18.

[3] San Juan, cap. I, vers. 14, 18, 16.

[4] San Juan, cap. VIII vers. 12, 29.

[5] San Mateo, cap. XVI vers. 1.

sus enfermedades, todos sus milagros mas tienen de bondad que de poder, y no es tanto lo que sorprenden á los espectadores como lo que en lo íntimo de sus corazones les penetran. Los hace con imperio, los demonios y las enfermedades le obedecen, á su voz los ciegos de nacimiento reciben la vista, los muertos salen del sepulcro, y los pecados son perdonados: el origen de sus milagros está en sí mismo.

Salen del manantial. *Yo siento que una virtud ha salido de mí*, dice Jesús. Así es que nadie los había hecho ni tan grandes ni en tanto número, y no obstante, promete que sus discípulos, aun harán en su nombre *mayores cosas* (1), tan fecunda é inagotable es la virtud que en sí tiene.

¿Quién no se admira al ver la condescendencia con que temple la dulzura de su doctrina? Leche es para los niños y juntamente pan para los fuertes. Se le vió lleno de los secretos de Dios, pero se vé que no está pasmado de ellos como los demás mortales á quienes Dios se comunica, de todos habla naturalmente como nacido en este secreto y en esta gloria, y lo que tiene sin tasa ni medida (2) lo reparte y difunde con mesura, á fin de que nuestra debilidad pueda llevarlo con holgura.

Aunque es enviado para todo el mundo, solo se encamina desde luego á las ovejas perdidas y descarriadas de la casa de Israel, á las cuales era principalmente enviado, pero prepara el camino á la conversion de los Samaritanos y de los Géntiles. Una muger Samaritana le reconoce por el Cristo, que su nación no menos esperaba que los Judíos, y aprende de él el misterio del nuevo culto, que no estaría ya limitado á un lugar cierto: (3) Otra muger, Cananea (4) é idólatra, aunque desechada le arranca por decirlo así la salud de su hija (5). Reconoce en di-

(1) S. Juan cap. XIV. vers. 12.

(2) S. Juan, cap. III. vers. 34.

(3) San Juan, cap. IV, vers. 21, 25.

(4) *El país de los cananeos era lo que conocemos con el nombre de Fenicia. Estaba situado al N. O. de la Judea á lo largo de las costas del mar.* (N. del T.)

(5) San Mateo, cap. XV vers. 22 y siguientes.

versos parages á hijos de Abraham dentro del Gentilismo; y habla de su doctrina como que habia de ser predicada, impugnada y recibida de toda la tierra. El mundo no habia visto jamás cosa semejante, y sus apóstoles quedan pasmados de esto. El no encubre á los suyos las tristes pruebas por las que habia de pasar. Háceles ver empleadas contra ellos las violencias y la seducción, las persecuciones y falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra por dentro y por fuera, la Fé acrisolada (1) por estas pruebas, al fin de los tiempos la debilidad de esta Fé y la suma tibieza de la caridad entre sus discípulos, en medio de tantos peligros su Iglesia y la verdad siempre invencibles. (2)

Ved aquí una nueva conducta y un nuevo orden de cosas; no se habla mas á los hijos de Dios de recompensas temporales: Jesucristo les muestra una vida futura y teniéndoles pendientes de esta esperanza, les enseña á desprenderse de todas las cosas terrenas, la cruz y la paciencia han de ser en el mundo su patrimonio y se les propone el *Cielo* como que ha de *ser alcanzado por fuerza*. Jesucristo que muestra á las gentes este nuevo camino, es el primero que entra en él, predica verdades puras que aturden á los hombres soberbios aunque ignorantes: descubre la altivez encubierta y la hipocresía de los Fariseos y de los doctores de la Ley, que con sus falsas interpretaciones la adulteraban. A pesar de estas reprensiones, honra su ministerio y la *Cátedra de Moisés en la que están sentados* (3). Frecuenta el templo cuya santidad hace respetar, y envia á los sacerdotes los leprosos que habia sanado. Con esto enseña á los hombres como deben reprender y reprimir los abusos, sin perjuicio del ministerio establecido por Dios, y muestra con esto, que no dejaba de subsistir el cuerpo de la Sinagoga por la corrupcion de los particulares. Pero visiblemente declinaba esta á su ruína. Los pontífices y los Fariseos incitaban al pueblo judáico contra Jesucristo, pues ya hemos dicho que la religion de los Fariseos

1 San Lucas, cap. XVIII, vers. 8.

2 San Mateo, cap. XVI, vers. 18.

3 S. Mateo, cap. XXIII, vers. 2.

degeneraba en supersticion. No puede sufrir este pueblo al Salvador del mundo que le llama á prácticas sólidas pero difíciles. Lo mas santo y mejor de los hombres, la santidad y bondad por esencia, se hace lo mas envidiado y aborrecido del mundo. Jesucristo no por esto se ofende ni deja de hacer bien á sus conciudadanos apesar de ver su ingratitude. Con lágrimas amargas les profetiza su próximo castigo, y denuncia á Jerusalem su caída muy cercana. Profetiza tambien que los Judíos enemigos de la verdad que les predicaba, serian entregados al error y se harian el juguete de los profetas falsos.

Con todo, los celos y envidia de los Fariseos y de los Sacerdotes, le conducen á un infame suplicio, al suplicio mas afrentoso que habia entonces; sus Discípulos le abandonan, uno de ellos le vende, el primero y mas celoso de todos, tres veces le niega. Acusado ante el Consejo honra hasta el fin el ministerio de los Sacerdotes, y responde en términos precisos al Pontífice que juridicamente le preguntaba. Mas habia llegado ya el momento en que la Sinagoga debia ser reprobada. El Pontífice y todo el Consejo, condenó á Jesucristo porque se llamaba el Cristo hijo de Dios. Es entregado á Poncio Pilato, presidente romano, su inocencia es reconocida por su juez, pero la política y el interés le hacen proceder contra su conciencia; el Justo es condenado á muerte, el mayor de todos los delitos da lugar á la mas perfecta obediencia que jamás hubo. Jesús dueño de su vida y de todas las cosas, se somete voluntariamente y se abandona al furor de los impíos, y ofrece el Sacrificio que habia de ser la espiacion del género humano. Crucificado mira en las profecías lo que le falta que hacer, acábalo y pronuncia esta última palabra: *Todo está consumado* (1). A esta palabra todo cambia en el mundo. Cesa la ley antigua, pasan sus figuras, y sus sacrificios se cambian por una oblacion mas perfecta. Hecho esto, dá Jesucristo una gran voz y espira. La naturaleza entera se estremee á la muerte del Hombre-Dios, el centurion que le custodiaba, asombrado de tal muerte, esclama que aquel es verdade-

deramente el Hijo de Dios, y los circunstantes se retiran dándose golpes de pecho y sintiendo vivamente su muerte. Pero llega el tercer día y la losa del sepulcro salta, y Jesucristo resucita triunfante y glorioso, aparécese á los suyos que le habian abandonado, y que se obstinan en no creer su Resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan, quedan convencidos. Para confirmar la fé de su resurreccion, se muestra en diversas veces y en circunstancias diferentes. Sus Discípulos le ven en particular, y le ven tambien todos en comun (1). Una vez se aparece á mas de quinientos hombres juntos. Un Apóstol que ha escrito esto, asegura que la mayor parte de ellos vivian aun cuando él lo escribía. Resucitado Jesucristo dá á sus Apóstoles todo el tiempo que desean para reconocerle bien; y despues de haberse puesto á este fin en sus manos de la manera que han querido ellos para que no les quedase la menor duda, les ordena que lleven testimonio de lo que han visto, de lo que han oido y de lo que han tocado. Y para que ni de su buena fé ni de su persuasion pueda dudarse, les obliga á sellar con sangre su testimonio. De este modo, su predicacion es incontrastable, su fundamento un hecho positivo, testificado uniformemente por todos los que le vieron. Su sinceridad está justificada con la prueba mas fuerte que imaginarse pueda, que es la de los tormentos y la de la misma muerte. Estas son las instrucciones que los Apóstoles reciben. Sobre este fundamento emprenden doce pobres pescadores la conversion del mundo entero, mundo que veian enteramente opuesto á las leyes que iban á prescribirle y á las verdades que iban á anunciarle.

Ordénaseles empezar por Jerusalem (2) y separarse de allí por toda la tierra, *para instruir todas las naciones*, (3) *bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Jesucristo les promete *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos* y por esta gran promesa asegura la perpetuidad del ministerio

(1) Epistola I. á los Corintios cap. XV vers. 6.

(2) San Lucas cap. XXIV vers. 47. Actas de los Apóstoles, cap. I. vers. 3.

(3) San Mateo, aap. XXVIII. vers. 19, 20.

eclesiástico. Hecha esta promesa se sube á los cielos á la vista de sus discípulos.

Las promesas van á ser cumplidas; las profecías van á tener su última declaracion. Los Gentiles son llamados al conocimiento de Dios de orden de Jesucristo resucitado; una nueva ceremonia queda instituida para la regeneracion del nuevo pueblo, y los fieles aprenden entonces que el verdadero Dios, el Dios de Israel, este Dios uno ó indivisible á quien están consagrados por el Bautismo, es juntamente Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aquí, pues, se nos proponen las profundidades del Ser Divino, la inefable grandeza de su Unidad y las riquezas infinitas de aquella naturaleza, aun mas fecunda dentro de sí misma que fuera de ella, capaz de comunicarse sin dividirse, á tres personas iguales.

Aquí se hallan esplicados los misterios que estaban envueltos y como sellados en las antiguas Escrituras. Con esto entendemos el secreto de aquellas palabras: «Hagámos al hombre á nuestra imágen y semejanza» (1) y la Trinidad señalada en la creacion del hombre, está espresamente declarada en su regeneracion.

Con esto aprendemos nosotros lo que es aquella Sabiduría concebida, segun Salomon (2) *antes de todos los tiempos en el Seno de Dios*. Sabiduría que es toda su delicia, y por quien están ordenadas todas sus obras. Con esto sabemos quien es aquel á quien David ha visto engendrado *antes de la Aurora*, (3) y el Nuevo Testamento nos dice que este es el Verbo, la palabra interior de Dios, engendrado por su pensamiento eterno que está siempre en su Seno, y por quien han sido creadas todas las cosas.

Con esto respondemos á la misteriosa cuestion que está propuesta en el libro de los Proverbios: *Dime el nombre de Dios y*

(1) Génesis cap. I. vers. 26.

(2) Libro de los Proverbios cap. VIII. vers. 23.

(3) Salmo CIX. vers. 3.

el nombre de su hijo si le sabes. (1) Porque sabemos que este nombre tan misterioso y tan oculto, es el nombre de su Padre, entendido en este sentido profundo, que le hace concebir en la eternidad Padre de un hijo igual á sí; y que el nombre de su hijo es el nombre de Verbo, Verbo que él engendra eternamente, contemplándose á sí mismo el cual es la espresion perfecta de su verdad, su imagen, su Hijo único, *el resplandor de su claridad y la impresion de su substancia.* (2)

Con el Padre y con el Hijo conocemos tambien el Espíritu Santo, el amor del uno y del otro y su eterna union. Este es aquel Espíritu que hace los Profetas y que está en ellos para descubrirles los consejos de Dios y los secretos del tiempo futuro. Espíritu de quien está escrito (3). *El Señor me ha enviado, y su Espíritu,* que está distinguido del Señor, y que tambien es el Señor mismo; pues envia los Profetas y les descubre las cosas futuras. Este Espíritu que habla á los Profetas y por los Profetas está unido al Padre y al Hijo é interviene con ellos á la consagracion del nuevo hombre.

De este modo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo un solo Dios en tres personas, mostrado mas obscuramente á nuestros padres, está claramente revelado en el Nuevo Testamento. Instruidos de tan alto misterio, y atónitos de su profundidad incomprendible, cubrimos nuestro rostro delante de Dios con los Querubines que vió Isaias (4) y adoramos con ellos á aquel que es tres veces Santo.

Tocaba al Hijo único *que estaba en el Seno de el Padre* (5) y que sin salir de él venia á nosotros, tocaba el descubrirnos plenamente estos admirables secretos de su naturaleza divina, que Moisés y los Profetas solo habian conocido muy superficialmente.

A él tocaba hacernos comprender de que proviene que el Me-

[1] Libro de los Proverbios vers. XXX. cap. 4.

[2] Hebreos, cap. I. vers. 3.

[3] Isaias, cap. XLVIII. vers. 16.

[4] Isaias cap. VI.

[5] S. Joan. cap. I. vers. 18.

sías, prometido como un hombre que habia de salvar á los demás, fuese al mismo tiempo mostrado como Dios en número singular, y absolutamente al modo conque se nos ha sido manifestado Creador nuestro, y esto es tambien lo que ha ejecutado, enseñándonos que aunque hijo de Abraham, *era antes que Abraham tuviese ser; que ha bajado del cielo, y que al mismo tiempo está en el cielo.* (1) Que es Dios, hijo de Dios, y juntamente hombre hijo de el hombre el verdadero *Emanuel*, Dios con nosotros, en una palabra, el Verbo hecho carne, uniendo en su persona la naturaleza humana con la divina, á fin de reconciliar en sí mismo todas las cosas.

De esta manera se nos han revelado los dos principales misterios, el misterio de la Santa y Beatísima Trinidad, y el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Mas el que nos los ha revelado, nos ha hecho hallar la imágen de ellos en nosotros mismos, á fin de que los tengamos siempre presentes, y reconozcamos la dignidad de nuestra naturaleza.

En efecto, si imponemos silencio á nuestros sentidos y nos retiramos por un breve espacio de tiempo al interior de nuestra alma, esto es, á aquella parte en donde la verdad se hace entender, allí veremos alguna imágen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como fruto de nuestra mente, como hijo de nuestra inteligencia, nos dá alguna idea del Hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Por esto el Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, á fin de que entendamos que nace en el seno del Padre, no de la manera como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esta palabra interior que allí sentimos cuando contemplamos la verdad (2).

Pero la fecundidad de nuestro espíritu, no se termina en esta

(1) S. Juan cap. III. vers. 13.

(2) San Gregorio Nacianceno; San Juan Evangelista, San Agustin en su libro «De Civitate Dei.»

palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imagen de la verdad que en nosotros se forma. Nosotros amamos así esta palabra interior, como la mente de quien nace, y al amarla sentimos en nosotros cierta cosa que no apreciamos menos que nuestra mente y nuestro pensamiento, que es el fruto de ambos que nos une y se une á ellos, y no hace con ellos sino una misma vida.

Así, en cuanto puede hallarse alguna relacion entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que conoce, y del Hijo que es engendrado por este conocimiento, para ser con los dos una misma naturaleza igualmente perfecta y bienaventurada.

En una palabra, Dios es perfecto, y su Verbo imagen viva de una verdad infinita no es menos perfecto que él; y su amor que saliendo del manantial inagotable del bien, tiene de él toda la plenitud, no puede dejar de tener una infinita perfeccion; y siendo la idea de lo infinitamente perfecto la única que tenemos de Dios, cada una de estas tres cosas consideradas en sí misma, merece ser llamada Dios, pero por la razon de que todas tres convienen necesariamente á una misma, sola y única naturaleza, se sigue de aquí, que todas tres juntas hacen un solo verdadero y único Dios.

Nada, pues, debe concebirse desigual ó separado, en esta Trinidad adorable, y por incomprensible que sea esta igualdad, nuestra alma si la escuchamos nos dirá de ella alguna cosa.

Creada el alma y cuando sabe perfectamente lo que ella es, no es menor su inteligencia que la verdad de su ser. Amando ella su ser con su inteligencia, todo lo que merecen ser amados es su amor igual á uno y á otro en la perfeccion que tienen. Nunca estas tres cosas se separan, antes bien en cada una se incluyen las demás. Nosotros entendemos que somos y que amamos, é igualmente amamos este ser y esta inteligencia que tenemos. ¿Quién que á sí mismo se supiere conocer podrá negar esto? Y no solamente cada una de estas cosas no es mejor que la otra, sino que todas tres juntas no son mejores que cada una en particular; porque cada una lo incluye todo, y en las tres consiste la felicidad y la dignidad de la naturaleza racional. Así y con infinita superioridad es perfecta é inseparable,

una en su esencia y en su igual en todo sentido es la Trinidad á quien servimos y á quien estamos consagrados por el Bautismo.

Pero nosotros mismos que somos la imágen de la Trinidad, somos tambien por otra parte la imágen de la Encarnacion.

Nuestra alma de una naturaleza espiritual é incorruptible, tiene así unido un cuerpo corruptible, de cuya union resulta un todo que es el hombre espíritu y cuerpo todo junto incorruptible y corruptible, inteligente y puramente animal. Estos atributos convienen al todo por relacion á cada una de sus dos partes: así el Verbo divino, cuya virtud todo lo sostiene, se une de un modo particular, ó por mejor decir, él mismo se hace por una perfecta union Hijo de María, por la cual es Dios y hombre juntamente, engendrado en la eternidad y engendrado en el tiempo, siempre vivo en el seno de su Padre y muerto en la cruz por salvarnos.

Pero en donde entra Dios, las comparaciones sacadas de cosas humanas siempre son imperfectas. Nuestra alma no tiene ser antes de nuestro cuerpo, y cuando está de él separada ya le falta algo de lo que tenia. El Verbo perfecto en sí mismo desde la eternidad, solo por honrarla se une á nuestra naturaleza. Esta alma que preside al cuerpo y causa en él diversas mudanzas, tambien tiene que padecer por causa suya. Si el cuerpo está alterado obedeciendo al alma, queda ella turbada, queda affigida, queda agitada de mil maneras ó molestas ó agradables, segun las disposiciones del cuerpo, y la suerte que como el alma deba el cuerpo así gobernándole, queda inferior á él en lo que por su causa padece. Pero en Jesucristo el Verbo preside á todo, el Verbo lo tiene todo bajo su mano. Así el hombre en él está elevado y el Verbo de ningun modo llega á estar abatido. Inmóvil é inalterable, domina en todo y por todo á la naturaleza que le está unida.

De aquí proviene que en Jesucristo el hombre absolutamente sujeto á la direccion íntima del Verbo que le eleva así, no tiene pensamientos y movimientos que no sean divinos sin dejar de ser humanos. Todo lo que piensa, todo lo quiere; todo lo que dice, todo lo que en lo interior oculta; todo lo que en lo exterior manifiesta, es animado por el Verbo, conducido por el Verbo, digno de el Verbo, esto es, digno de la razon misma, de la Sabidu-

ría misma y de la verdad misma. Todo es por esto luz en Jesucristo, su conducta es una regla, sus milagros son instrucciones y sus palabras son espíritu y vida.

No á todos es dado el entender estas verdades sublimes, no á todos es dado el ver perfectamente en sí mismos esta maravillosa imagen de las cosas divinas, que San Agustín y los otros Santos Padres han creído tan ciertas. Nos dejamos gobernar mucho por los sentidos, y nuestra imaginación que en todos nuestros pensamientos quiere ingerirse, no siempre nos permite detenernos en una luz tan pura. No nos conocemos á nosotros mismos, ignoramos las riquezas que traemos en el fondo de nuestra naturaleza, y solamente los ojos más puros pueden percibir las. Pero por poco que penetremos este secreto, y que sepamos observar en nosotros la imagen de estos dos misterios que son el fundamento de nuestra Fé, es lo suficiente para elevarnos sobre todas las cosas sin que haya cosa mortal que pueda inclinarnos más á sí.

También nos llama Jesucristo á una gloria inmortal, y este es el fruto de la Fé que tenemos por los Misterios.

Este Dios hombre, esta verdad y esta sabiduría encarnada, que sobre su sola autoridad nos hace creer cosas tan grandes, nos promete en la eternidad la clara y beatífica visión como recompensa cierta de nuestra Fé.

De esta suerte la misión de Jesucristo tiene una infinita superioridad sobre la misión de Moisés.

Moisés era enviado para despertar con temporales recompensas á los hombres sensuales y embrutecidos. Porque habiéndose hecho todo materia y toda corrupción era preciso desde luego atraer á los hombres por medio de los sentidos, é imprimir en ellos por este medio el conocimiento de Dios y el horror á la idolatría á que estaba el género humano tan espantosamente inclinado.

Este era el ministerio de Moisés: á Jesucristo estaba reservado inspirar al hombre pensamientos más altos y hacerle conocer con total evidencia la dignidad, la inmortalidad y la felicidad eterna del alma humana.

Durante el tiempo en que imperaba la ignorancia, es decir, durante los tiempos que precedieron á Jesucristo, lo que el alma conocía de su dignidad y de su inmortalidad, la inducía de ordina-

rio al error. El culto de los hombres muertos era casi todo el fondo de la Idolatría, casi todos los hombres sacrificaban á los *manes*, esto es, á la memoria y á las almas de los difuntos. Tan antiguos errores, verdaderamente nos manifiestan, cuan antigua era la creencia de la inmortalidad del alma, tradicion colocada sin duda entre las primeras del linage humano. Pero el hombre que lo viciaba todo, habia abusado de ella tan estrañamente, que le inducia á sacrificar á los difuntos. Llegábase hasta el exceso de sacrificarles hombres vivos, daban la muerte á sus propios esclavos y aun á sus propias mugeres para que fuesen á servirles en el otro mundo. Los Galos lo practicaban con otros muchos pueblos, y las Indios segun dicen los Autores paganos así como eran los primeros defensores de la inmortalidad del alma, fueron tambien los primeros en introducir en la tierra con el pretesto de religion estos abominables homicidios. Los mismos Indios se daban á sí mismo la muerte por adelantarse la felicidad de la vida futura, y esta lamentable ceguedad aun permanece hoy entre algunos de estos pueblos (1). Tan dañoso es enseñar la verdad en diferente orden que el que Dios ha seguido, y esplicar claramente al hombre todo lo que es antes de que haya conocido á Dios.

Falta de conocer á Dios fué la de la mayor parte de los Filósofos que no pudieron creer inmortal el alma, sin creerla parte de la Divinidad. ¿Qué diré de aquellos que creian en la trasmigracion de las almas las cuales hacía girar desde los cielos á la tierra, despues desde la tierra á los cielos, desde los animales á los hombres y desde los hombres á los animales, desde la felicidad á la miseria y desde la miseria á la felicidad sin que estas evoluciones jamás tuviesen término ni orden cierto? (2) Cuan

[1] Son innumerables las victimas que se sacrifican en algunos pueblos bárbaros del Asia á la muerte del rey. Las armas de la Inglaterra y de la Francia introduciendo la civilizacion en aquellos paises van aboliendo tan cruentos sacrificios. [N. del T.]

[2] Cuan lejos estaba Bossuet de imaginar que en pleno siglo XIX. en el siglo del vapor y de la electricidad, en el siglo del progreso y de la civilizacion se sentarian las doctrina siguientes, las cuales no solamente se lanzarian á la publicidad sino que encontrarían hombres dispuestos á ponerlas en práctica, hélas aqui: «Dios consta de dos fases ó modos de ser

oscurecida estaba la justicia, la providencia y la bondad divina entre tantos errores! ¡Cuán necesario era conocer á Dios y conocer tambien las reglas de su sabiduría antes de conocer el alma y su naturaleza inmortal!

Por esola ley de Moisés daba solamente á los hombres una primera demostracion de la naturaleza del alma y de su felicidad. Hemos visto el alma hecha al principio por el poder de Dios, así como las demás criaturas, pero con este carácter particular que fué hecha á su Imágen y por su divino aliento á fin de que entendiése á quien pertenecia por su ser, y no se creyese jamás de la misma naturaleza que los cuerpos ni formada de su concurso. Pero las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura, no fueron por entonces universalmente declaradas, tocaba al dia del Mesías cuando esta gran luz debia descubrirse del todo.

Habia esparcido Dios algunos rayos de ella en las antiguas Escrituras, Salomon habia dicho, que *del mismo modo que el cuerpo vuelve á la tierra de que ha salido, el espiritu vuelve á Dios, que le ha dado*. Los Patriarcas vivieron en esta esperanza, y Daniel habia profetizado que vendria un tiempo *en el cual los que duermen en el polvo se despertarian, unos para la vida eterna y otros para una eterna confusion, á fin de ver siempre*. Pero al mismo tiempo, que se le revelan estas cosas, ordénasele, que *selle el libro y le tenga cerrado hasta el tiempo ordenado por Dios*, para darnos á entender que estaba reservado para otra razon, y para otro siglo el entero descubrimiento de aquellas verdades.

Aunque los Indios tuviesen en sus Escrituras algunas promesas de felicidades eternas, y hácia los tiempos del Mesías en

interiores, el espiritu universal y la materia universal. No puede haber materia sin espiritu, ni espiritu sin materia, porque ni el espiritu ni la materia universales son seres por si, sino modo de ser de Dios, puntos de vista ó aspecto de su esencia. Por la ley del progreso los minerales se trasforman en vegetales, estos en animales, los animales en hombres, estos en seres aun mas perfectos, y asi hasta lo infinito. Las piedras y las plantas tienen «derecho» á que no las destruyamos ni perjudiquemos pues allí hay parte de nuestro ser» [Catecismo de la Religion natural por Alonso y Eguilaz], ¡Habrás visto Metafisica mas absurda, ridicula é inverosímil! Cuán real y verdadero es que «Majaderorum infinitus est numerus.» [N. del T.]

que habian de declararse hablasen mucho de ellas, como parece por los libros de la Sabiduria y de los Macabeos; tenia á pesar de esto, esta verdad tan poca fuerza para hacer un dogma universal de el antiguo pueblo, que los Saduceos sin reconocerla, no solamente eran admitidos en la sinagoga, sino elevados tambien al Sacerdocio, pues el poner por fundamento de la Religion la Fé de la vida futura, es uno de los caracteres del nuevo Pueblo y este habia de ser el fruto de la venida del Mesías.

No quiso por eso contentarse con decirnos que estaba reservada á los hijos de Dios una vida eternamente bienaventurada sino que nos ha explicado en qué consistia. La vida bienaventurada es estar con él en la gloria de Dios su Padre; es ver la gloria que tiene en el seno de su Padre desde el origen del mundo; es que Jesucristo esté en nosotros como en sus miembros, y que el amor eterno que el Padre tiene á su Hijo, entendiéndose sobre nosotros, nos colme de los mismos dones; es en una palabra, la vida bienaventurada conocer al solo verdadero Dios y á Jesucristo enviado por él, pero conocerle de aquel modo que se llama la vision clara, *cara á cara* (1) la vision que reforma en nosotros y perfecciona la Imágen de Dios, como dice San Juan. *Que le seremos semejantes porque le veremos como él es* (2).

Esta vision será seguida de un amor inmenso, de un regocijo inesplicable, de un triunfo sin fin. Un *Alleluja* eterna y un eterno *Amen* que se oye resonar en toda la Jerusalem celestial, hacen ver desterradas todas las miserias y satisfechos todos los deseos, no hay allí sino alabanzas de la bondad divina.

Con tan nuevas recompensas era necesario é indispensable que Jesucristo propusiese tambien nuevas ideas de virtudes; ejercicios mas perfectos y mas acendrados. El fin de la Reli-

(1) San Pablo, Epistola I, á los Corinthios cap. XIII. vers. 12.

(2) San Juan cap. III. vers. 2.

gion, el alma de las virtudes y el compendio de la ley, es la caridad. Pero hasta Jesucristo se puede decir que la perfeccion y los efectos de esta virtud no eran enteramente conocidos. Jesucristo es propiamente quien nos enseña á contentarnos con Dios solo. Para establecer el reinado de la caridad y descubrirnos todas sus obligaciones, nos propone el amor de Dios hasta aborrecernos á nosotros mismos, y perseguir con incesante ardor el principio de corrupcion que en nuestro corazon tenemos todos. Nos propone el amor del prójimo hasta estender sobre todos los hombres esta inclinacion benéfica sin esceptuar á nuestros enemigos, nos propone la moderacion de los deseos sensuales hasta troncar nuestros propios miembros, esto es, lo que mas viva y mas íntimamente está asido á nuestro corazon; nos propone la sumision á las órdenes de Dios hasta regocijarnos de las penalidades que nos envia; nos propone la humildad hasta amar los oprobios por la gloria de Dios, y creer que ninguna injuria puede abatirnos tanto á la vista de los hombres, que no estemos aun mas abatidos en la presencia de Dios por nuestros pecados.

Sobre este fundamento de la caridad perfecciona él todos los estados de la vida humana. De allí nace que el matrimonio esté reducido á su forma primitiva, ya no se divide al amor conyugal, ni una tan santa sociedad tiene otro término que el de la vida, ni ven los hijos despedir á su madre para poner en su lugar una madastra. El celibato se nos muestra como una imitacion de la vida de los ángeles, vida ocupada única y esclusivamente en Dios y en las castas y purísimas delicias de su amor. Aprenden los grandes que deben servir á los demás y dedicarse á su bien; los inferiores reconocen el orden del cielo en las potestades legítimas aun cuando abusen de su autoridad, esta consideracion suaviza las penas de la sujecion, y ya no le es molesta al verdadero cristiano la obediencia, aunque sea á un dueño impertinente y molesto.

A estos preceptos junta consejos de perfeccion eminentes: renunciar á todos los gustos, vivir en el cuerpo como si se estuviese sin cuerpo, dejarlo todo; darlo todo á los pobres, para no poseer sino á Dios solo, vivir de poco y casi de nada, y aun ese poco esperararlo de la providencia divina.

Pero la ley mas ajustada al Evangelio es la de llevar su cruz. La cruz es la verdadera prueba de la Fé, el verdadero fundamento de la Esperanza, el perfecto acrisolamiento de la Caridad, en una palabra, el camino del cielo; á este precio pone Dios la vida eterna. El primero á quien promete en particular el reposo del siglo futuro, es á un compañero de su cruz, *Hoy serás conmigo en el Paraíso* (1). Así que estuvo en la cruz el velo del templo se rasgó de arriba abajo, y se abrió el cielo á las almas santas. Al salir de la cruz y de los horrores de su suplicio, fué cuando se apareció á sus apóstoles glorioso y vencedor de la muerte, á fin de que comprendiesen que la cruz era la puerta por donde habia de entrar en su gloria, y que no mostrará á sus hijos otro camino.

Así fué dada al mundo en la persona de Jesucristo la imágen de una virtud cumplida, que nada tiene y nada espera sobre la tierra, que no halla en los hombres otra recompensa que persecuciones continuas, que no cesa de hacerles bien, y se atrae con sus propios beneficios el último suplicio. Muere Jesucristo sin hallar reconocimiento en los que obliga, ni fidelidad en sus amigos, niequidad en sus jueces. Su inocencia aunque reconocida no le salva, su mismo Padre en quien solo tenia puesta su esperanza; retira todas las señales de su proteccion. El Justo es entregado á sus enemigos, y muere abandonado de Dios y de los hombres.

Pero era necesario hacer ver al hombre que sirve á Dios que en los mayores extremos no necesita de consuelo humano ni aun de señal alguna sensible de el socorro divino: que solamente ame y confie, asegurado de que Dios cuida de él aunque no se lo manifieste, y que le está reservada una eterna felicidad.

Buscando el mas sábio de los Filósofos la idea de la virtud, halló que como de todos los malos aquel seria el peor que sabiendo encubrir diestramente su malicia, fuese tenido por bueno y gozase con este artificio de todo el crédito que puede gran-

(1) San Lucas, cap. XXIII, vers. 43.

gear la virtud. Así había sin duda de ser el mas virtuoso aquel á quien su virtud atragese por su proteccion la envidia de todos los hombres, de suerte, que no tuviese en su favor, sino su propia conciencia, y se viese espuesto á todo género de injurias hasta ser clavado en una cruz sin que su virtud pudiese darle el débil socorro de eximirse de tal castigo (1). No parece que Dios puso esta maravillosa idea de la virtud en el entendimiento del filósofo sino para hacerla efectiva en la persona de su Hijo y manifestar que el Justo tiene otra gloria, otro reposo, otra felicidad que la que puede gozarse en la tierra.

El establecer esta verdad y mostrarla tan visiblemente cumplida en sí mismo á costa de su propia vida, era la mayor y mas grande obra que podía hacer un hombre, y Dios la consideró tan grande, que la reservó á este Mesías tan prometido, á este hombre á quien ha hecho una misma persona con su único Hijo.

En efecto, ¿qué mayor cosa podia reservarse viniendo al mundo? ¿y qué podia hacer el mas digno de sí, que mostrar la virtud en toda su pureza, y la bienaventuranza eterna á donde la conducen los mayores males del mundo?

Pero si llegamos á considerar lo mas alto é íntimo que hay en el misterio de la cruz, ¿qué delicado entendimiento humano podrá comprenderlo? Allí se nos muestran virtudes que solo un Hombre Dios era capáz de practicar. ¿Quién sino él mismo podia ponerse en lugar de todas las víctimas antiguas y anularlas sustituyéndolas una víctima de dignidad y mérito infinito y hacer que en adelante solo él fuese ofrecido á Dios? Este es el acto de Religion que ejerce Jesucristo en la cruz. ¿Podia el Padre Eterno hallar entre los ángeles ó entre los hombres una obediencia igual á la que encuentra en su muy amado hijo cuando no habiendo poder para quitarle la vida él voluntariamente la dá por complacerlo? ¿Qué diré de la perfecta union de todos sus deseos con la divina voluntad y de el amor con que

(1) Sócrates.

se mantiene unido á Dios que estaba en él reconciliándose con el mundo (1)? En esta union incomprensible abraza á todo el género humano; pacifica el cielo y la tierra; se sumerge con ardor inmenso en aquel diluvio de sangre en que *habia de ser bautizado* con todos los suyos, y hace salir de sus llagas aquel fuego del amor divino que *habia de abrazar toda la tierra* (2). Pero lo que escede á toda inteligencia es la justicia practicada por este Dios hombre que se deja condenar por el mundo á fin de que el mundo quede enteramente condenado por la enorme iniquidad de esta sentencia: *Ahora el mundo es juzgado y el Príncipe de este mundo está para ser espedido*, como lo dice el mismo Jesucristo. El infierno que habia avasallado el mundo está á punto de perderle, insultando al inocente, será forzado á dejar los culpados que tenia cautivos, la infeliz obligacion que nos tenía en las manos de los ángeles rebeldes, es anulada, Jesucristo la ha fijado á su cruz para borrarla con su sangre, el infierno despojado gime, la cruz es lugar de triunfo á nuestro Salvador, las potencias enemigas siguen el carro del vencedor. Pero otro mayor triunfo se descubre á nuestra vista, la misma justicia divina queda tambien vencida, el pecador que le era debido como su víctima es arrancado de sus manos, ha hallado una caucion capaz de pagar por él un precio infinito. Jesucristo une así eternamente los escogidos, por quienes se dá: sus miembros son, y su cuerpo, ya el Padre Eterno no puede mirarlo sino como cabeza de ellos, así estiende sobre todos el infinito amor que tiene á su Hijo. Su mismo Hijo es quien se lo pide que no quiere estar separado de los hombres á quienes ha redimido: ¡O Padre mio yo quiero que estén conmigo! (3) Llenos estarán de mi espíritu, gozarán de mi gloria, yo partiré con ellos hasta mi trono.

Despues de tan gran beneficio ya no hay sino voces de alegría que püedan espresar nuestro reconocimiento. «¡O maravilla!—esclama un gran filósofo y un gran mártir (4)—¡oh cám-

(1) Epistola II. de S. Pablo á los Corinthios cap. V. vers. 19.

(2) S. Lucas, cap. XII. vers. 49, 50.

(3) S. Juan cap. XVII vers. 24, 25, 26.

(4) S. Justino.

bio incomprensible y pasmoso artificio de la Sabiduría divina.» Uno solo padece y todos quedan libres. Deja Dios condenar á su Hijo inocente en atencion á los hombres culpados y perdona á los hombres culpados en atencion á su Hijo inocente. El Justo paga lo que no debe y libra á los pecadores de lo que deben; porque ¿quién podia mejor encubrir nuestros pecados que su justicia? ¿Cómo se podia espiar mejor la rebelion de sus siervos que por la obediencia de su Hijo? La iniquidad de muchos está oculta dentro de un solo justo, y la justicia de uno solo, hace que muchos sean justificados (1). ¿Qué no podremos, pues, pretender? Aquel que nos ha amado siendo pecadores hasta dar la vida por nosotros ¿qué nos negará despues que nos ha reconocido y justificado por su sangre? Todo es para nosotros por Jesucristo la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza, el reino del Hijo de Dios es nuestra herencia, nada hay que nos sea desproporcionado, como nosotros mismos no nos envilezcamos.

Al paso que Jesucristo colma nuestros deseos y escede nuestras esperanzas, consuma la obra de Dios empezada bajo los Patriarcas y en la ley de Moisés.

Entonces queria Dios hacerse conocer por medio de esperiencias sensibles, mostrábase magnífico en promesas temporales, bueno colmando á sus hijos de bienes que lisongean los sentidos, poderoso en librarlos de las manos de sus enemigos, fiel en mantenerlos en la tierra prometida á sus padres, justo por las recompensas y los castigos que manifestamente les enviaba segun sus merecimientos.

Todas estas maravillas preparaban el camino á las verdades que Jesucristo venia á enseñar. Si Dios es tan bueno que nos dá hasta lo que desean nuestros sentidos. ¿Cuánto mejor nos dará lo que apetece nuestro espíritu hecho á su imagen y semejanza? Si es tan tierno y benéfico con sus hijos incluirá su amor y sus liberalidades en estos pocos años que cumponen nues-

(1) Epistola de S. Pablo á los Romanos cap. V. vers. 6. 7. 8. 9. 10.

tra vida. ¿Dará solamente á los que ama una sombra de felicidad y una tierra fértil en trigo y aceite? ¿No habrá otro país en que con abundancia reparta los verdaderos bienes?

Sin duda que le habrá, y Jesucristo nos le viene á mostrar. Porque en fin el Omnipotente no habria hecho sino obras poco dignas de sí cuando toda su magnificencia se terminase en grandezas espuestas á nuestros débiles sentidos. Todo lo que no es eterno no corresponde á la Magestad de un Dios eterno, ni á las esperanzas del hombre á quien ha hecho conocer su eternidad y aquella inalterable fidelidad que guarda á sus siervos, jamás tendria un objeto proporcionado sino se estendiese á lo inmortal y subsistente.

Era, pues, necesario que al fin Jesucristo nos abriese los cielos para descubrir á nuestra fé aquella *Ciudad permanente* en que todos hemos de descansar despues de esta vida (1). Hacemos ver que si Dios toma por su título eterno el nombre de Dios de Abraham, de Isaach y de Jacob, es porque siempre están presentes á sus ojos aquellos Santos varones. *Dios no es el Dios de los muertos* (2) no es digno de él obrar como los hombres que acompañan á sus amigos hasta el sepulcro sin dejarles para mas allá esperanza alguna, ni le sería decoroso llamarse con tanta fuerza el Dios de Abraham, sino hubiese fundado en el cielo una ciudad eterna en que Abraham y sus hijos pudiesen vivir felices.

En esta forma nos ha declarado Jesucristo las verdades de la vida futura. Tambien nos las muestra en la ley. La verdadera tierra prometida es el reino celestial. Esta es la bienaventurada tierra por la que suspiraban Abraham, Isaach y Jacob (3), la Palestina no merecía que en ella se terminasen todos sus deseos, ni ser el único objeto de tan larga esperanza de nuestros padres.

(1) Hebreos cap. XI. vers. 8. 9. 10. 13. 14. 15. 16.

(2) S. Mateo cap. XXII. vers. 32. S. Lucas. cap. XX. vers. 38.

(3) Hebreos, cap. XI. vers. 14. 15. y 16.

El Egipto de que es necesario salir, el desierto que es preciso pasar, la Babilonia cuyas cadenas es forzoso romper para entrar ó para volver á nuestra pátria, es el mundo con sus placeres y vanidades, en él es donde estamos verdaderamente cautivos y errantes, engañados por el pecado y por sus apetitos; es forzoso que sacudamos este yugo para hallar en Jerusalem y en la ciudad de nuestro Dios la verdadera libertad, y un Santuario *no hecho de mano de hombre* donde se nos manifieste la gloria del Dios de Israel (1).

Esta doctrina de Jesucristo nos ha descubierto el secreto de Dios, la ley es toda espiritual, sus promesas nos introducen en las del Evangelio y sirven allí de fundamento, una misma luz nos alumbraba siempre en tiempo de los Patriarcas, se levanta, crece en el de Moisés y de los Profetas, Jesucristo mayor que los Patriarcas, mas autorizado que Moisés y mas ilustrado que todos los Profetas nos la muestra en su plenitud.

A este Cristo, á este hombre-Dios, á este que ocupa sobre la tierra como habla San Agustin el lugar de la verdad, y personalmente la hace ver residente entre nosotros, á este estaba reservado el mostrarnos toda la verdad, es decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios ha destinado á los que ama.

Estas eran las grandezas que debian los judíos buscar en su Mesías, que no hay cosa tan grande como llevar en si mismo y descubrir entera á los hombres toda la verdad que los alimenta, que les dirige y que purifica sus ojos hasta hacerlos capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad habia de mostrarse á los hombres con esta plenitud, estaba tambien ordenado, que fuese anunciada por toda la tierra y en todos tiempos. Dios no dió á Moisés sino un solo pueblo y un tiempo determinado, todos los siglos y todos los pueblos del mundo están dados á Jesucristo, en todas partes tiene sus escogidos; y su Iglesia difundida por todo el Universo no cesa jamás de producirlos: «Id, dice Jesu-

(1) Epistola II. de San Pablo á los Corinthios, cap. V. vers 1.

cristo, id, enseñad á todas las Naciones, bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é instruyéndolas en guardar todo lo que os he mandado, y mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1).»

CAPITULO XX.

VENIDA DEL ESPIRITU SANTO.—ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA, JUICIOS DE DIOS SOBRE LOS JUDÍOS Y SOBRE LOS GENTILES.

Para difundir en todos lugares y en todos siglos verdades tan altas, y poner en vigor en medio de la corrupcion general prácticas tan acendradas, era necesaria una virtud sobrehumana. Por estos motivos, pues, promete Jesucristo enviar el Espíritu Santo para fortificar sus Apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para manifestar la fuerza del Espíritu Santo, habia esta de aparecer durante la enfermedad. «Yo os enviaré—dice Jesucristo á sus apóstoles,—yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido, el Espíritu Santo, entretanto reposad en Jerusalem y nada intentéis hasta que esteis revestidos de la virtud del cielo (2).»

Por conformarse con esta orden se mantienen encerrados ciertos dias. El Espíritu-Santo desciende en el tiempo señalado, las lenguas de fuego asentadas sobre ellos, denotan la eficacia

[1] San Mateo cap. XXVIII. vers. 19, 20.

[2] San Lucas cap. XXIV. vers. 49.

de su palabra, la predicacion empieza, los Apóstoles dan testimonio de Jesucristo dispuestos á padecerlo todo por sostener que le han visto resucitado; los milagros acompañan sus palabras, en dos sermones de San Pedro, ocho mil Judíos se convierten, y llorando sus errores pasados, se lavan en la sangre que habian vertido.

De este modo fué fundada la Iglesia de Jerusalem y entre los Judíos, á pesar de la incredulidad de casi toda la nación. Los discípulos de Jesucristo hacen ver al mundo una caridad, una fuerza y una dulzura que jamás sociedad alguna habia tenido. La persecucion se levanta y la fé aumenta, los hijos de Dios aprenden mas y mas, á no desear sino el cielo, los Judíos con su obstinada malicia se atraen la venganza de Dios, y se anticipan las extremas calamidades de que estaban amenazados; su Estado y sus cosas empeoraban mas y mas. Dios continuaba separando de ellos un gran número que colocaba entre sus escogidos, y San Pedro bautiza al centurion romano Cornelio. El mismo San Pedro sabe primero por una vision celestial y despues por esperiencia, que los gentiles son llamados al conocimiento de Dios. Jesucristo que queria convertirlos habla desde lo alto á San Pablo que habia de ser el doctor de ellos, y con un milagro inaudito hasta entonces, se hace de perseguidor acérrimo no solamente zeloso defensor, sino tambien ardiente predicador de la fé. Descúbrese el secreto profundo de la vocacion de los Gentiles, por la reprobacion de los Judíos ingratos que cada dia se hacen mas indignos del Evangelio. San Pablo abre sus brazos á los Gentiles, y con fuerza maravillosa trata estas importantes cuestiones: «Si Cristo debia padecer y si era el primero que debia anunciar su verdad al pueblo y á los Gentiles despues que hubo resucitado de entre los muertos.» Prueba la afirmativa con Moisés y con los profetas, y llama á los idólatras al conocimiento de Dios en nombre de Jesucristo resucitado. Multitud de ellos se convierten, y San Pablo muestra que su vocacion es un efecto de la gracia que ya no distingue Judíos ni Gentiles. El furor y la envidia se apoderan de aquellos, maquinan terribles conjuraciones contra San Pablo irritados principalmente de que predique á los Gentiles, y los conduzca al verdadero Dios. Por último, lo entregan á los Romanos como habian hecho con Jesucristo.

Conjúrase todo el imperio contra la naciente Iglesia, y Neron perseguidor del género humano, es el primer perseguidor de los cristianos. Hace este tirano morir en Roma á los Santos Pedro y Pablo. Roma queda consagrada con su sangre, y el martirio de San Pedro, príncipe de los apóstoles, establece en la capital del imperio la Silla principal de la Religion. Acercábase entretando el tiempo en que habia de manifestarse la venganza divina contra los impenitentes Judíos. Introdúcese el desórden entre ellos, un falso celo les ciega y les hace odiosos á todos los hombres. Sus falsos profetas les embelesan con promesas de un reino imaginario. Seducidos por sus engaños no pueden sufrir que nadie les domine. Tito que arruina á Jerusalem reconoce que solo es el instrumento de que Dios se vale para castigarles irritado como está por sus pecados. Adriano acaba de esterminarlos y perecen con todas las señales de la venganza divina. Arrojados de sus hogares y errantes por todo el mundo, no tienen ya ni Templo ni Altar, ni Sacrificio, ni se vé en Judá forma alguna de pueblo.

Dios entretanto habia provisto la eternidad de su culto. Los Gentiles abren los ojos y se unen espiritualmente con los Judíos convertidos. Entran por este medio en la estirpe de Abraham y hechos sus hijos por la fé, heredan las promesas que le habian sido hechas. Fórmase un nuevo pueblo, y el nuevo sacrificio tan celebrado por los profetas empieza á ofrecerse por toda la tierra.

Así se cumplió puntualmente el antiguo oráculo de Jacob. Judá desde el principio se multiplica mas que todos sus hermanos, y habiendo siempre conservado una cierta preeminencia, recibe en fin el reino como hereditario. Es mas adelante reducido el pueblo de Dios á sola su estirpe, y contenido en su tribu toma su nombre. Continuase en Judá este gran pueblo prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob, en él se perpetuan las demás promesas, el culto de Dios, el Templo, los sacrificios, la posesion de la tierra prometida que ya no se llama sino la Judea. No obstante, sus diversos estados permanecen siempre los judíos en forma de pueblo reglado, y de reino usando de sus leyes. Vense salir de allí reyes ó magistrados y jueces hasta la venida del Mesías. Llega este, y poco á poco se vá arruinando el reino de Judá. Queda enteramente destruido y el

pueblo judío arrojado de la tierra de sus padres, pierde hasta la esperanza de volverla á poseer. El Mesías se hace el único objeto de todas las naciones y reina sobre un nuevo pueblo.

Pero para guardar la sucesion y la continuidad, era preciso que este nuevo pueblo fuese ingerido, por decirlo así en el primero y como dice S. Pablo « El acebuche en el olivo, á fin de participar de su buena substancia » (1). Así, pues, ha sucedido que la Iglesia establecida primeramente entre los Judíos, recibió al fin á los Gentiles para formar con ellos un mismo árbol, un mismo cuerpo, un mismo pueblo y hacerlos participantes de sus gracias y de sus promesas. Lo que despues de esto sucede á los Judíos incrédulos bajo Vespasiano y Tito, no corresponde ya á la continuacion del pueblo de Dios. Este es un castigo de por su infidelidad á la semilla prometida á Abraham y á David, no son ya Judíos ni hijos de Abraham sino segun la carne, y renuncian á la promesa que aseguraba la bendicion á las naciones.

De esta manera esta última y espantosa desolacion de los Judíos, no es ya una trasmigracion como la de Babilonia, no es una suspension del gobierno y del estado del pueblo de Dios, ni de el servicio solamente de la religion. El nuevo pueblo ya formado y continuado con el antiguo en Jesucristo, no es trasportado, se estiende y se dilata sin interrupcion desde Jerusalem donde debia nacer hasta las estremidades de la tierra. Los Gentiles agregados á los Judíos se convierten de aquí en adelante en los verdaderos Judíos, en el verdadero reino de Judá, opuesto á aquel cismático y separado del pueblo de Dios, y en el verdadero reino de David por la obediencia que rinden á las leyes y al Evangelio de Jesucristo hijo de David.

Despues del establecimiento de este nuevo reino, no es maravilla que todo pereciese en la Judea. El segundo templo de nada servia ya despues que el Mesías habia cumplido en él, todo lo cual con anticipacion lo habian anunciado las profecias. Ha-

(1) Epistola de S. Pablo á los Romanos cap. XI. vers. 17.

bia tenido este templo la gloria que se le prometió cuando el deseado de las naciones vino á él. La Jerusalem visible habia obrado lo que le restaba, pues que la Iglesia habia tomado allí su nacimiento, y todos los dias estendia desde allí sus ramas por toda la tierra. De nada sirven ya á Dios y á la Religion la Judea ni los Judíos, y es justo que en castigo de su dureza estén esparcidos sus restos por todo el mundo.

Esto es lo que les habia de suceder en tiempo del Mesías segun Jacob, segun Daniel, segun Zacarías y segun todos sus profetas (1). Pero como han de volver algun dia á este Mesías que desconocieron, y el Dios de Abraham no ha gotado sus misericordias sobre la estirpe aunque infiel de este Patriarca, ha encontrado un medio de que solo este ejemplar hay en el mundo de conservar los judíos fuera de su pais y dentro siempre de su ruina, aun mas largo tiempo que las naciones que los han vencido. Ya no se vé reliquia alguna de los antiguos Medos, ni de los antiguos Persas, ni de los antiguos Griegos, ni aun de los Romanos. Sus restos se han perdido y están confundidos con los demás pueblos. Los Judíos que han sido el despojo de estas naciones antiguas tan célebres en las Historias, les han sobrevivido y conservándolos Dios nos tiene en espectacion de lo que todavia quiere hacer de estas infelices reliquias de un pueblo, en otro tiempo tan favorecido. Entretanto su obstinacion sirve á la salud de los Gentiles y les dá la ventaja de hallar en manos no sospechosas las Escrituras donde es tan profetizados, Jesucristo y sus misterios. Entre otras cosas vemos en estas Escrituras que tan cuidadosamente conservan los Judíos su ceguedad y sus calamidades. Así nos utilizamos de su desgracia; su infidelidad es uno de los fundamentos de nuestra fé: ellos nos enseñan á temer á Dios, y nos sirven de un espectáculo eterno de los juicios, que egerce sobre sus hijos ingratos, á fin de que aprendamos á no gloriarnos de las gracias hechas á nuestros padres.

(1) Oseas, cap. III, vers. 4, 5.—Isaias, cap. LIX, vers. 20, 21.—Zacarías, cap. XI, versículos 13, 16, 17.

Un misterio tan maravilloso y tan útil á la instruccion de género humano, es muy digno de consideracion. Pero no necesitamos de discursos humanos para entenderle. El Espíritu Santo ha cuidado de esplicárnosle por boca de San Pablo, escuchad lo que este Apóstol escribe á los Romanos (1).

Despues de haber hablado del pequeño número de Judíos que habian recibido el bautismo y de la ceguedad de los demás, entra en una profunda consideracion acerca del destino que ha de tener un pueblo, favorecido con tantas gracias y juntamente nos descubre el provecho que sacamos de su caída y los frutos que producirá algun dia su conversion. ¿Han caido pues, —dice,—los judíos para no volver á levantarse? No lo quiera Dios. Pero su caída ha ocasionado la salud de los Gentiles á fin de que esta les cause una emulacion que los haga volver en sí. Si su caída ha sido la riqueza de los Gentiles que se han convertido en tan gran número, ¡qué gracia no veremos resplandecer cuando volverán ellos con plenitud! Si su reprobacion, ha sido la reconciliacion en el mundo, su nueva vocacion, ¿no será una resurreccion de muerte á vida? Si las primicias sacadas de este pueblo son santas, la masa lo es tambien; si la raiz es santa las ramas asimismo lo son, y si algunas ramas han sido cortadas y tú Gentil que no eras sino un acebuche, has sido ingerido entre las ramas que han quedado en el olivo de modo que participas de la substancia que fluye de su raiz, cuida de no levantarte contra las ramas naturales. Si te levantas, advierte que no eres tú quien sostiene la raiz sino que la raiz es quien te sostiene á tí. Puede ser que digas las ramas naturales han sido cortadas á fin de que yo fuese ingerido en su lugar. Es verdad la incredulidad ha causado este tallo y tu fé es la que te sostiene. Pero ten cuidado de no desvanecerte y vive siempre temeroso, porque si Dios no ha reservado las ramas naturales debes ceder que aun finos te reservará á tí.

¿Quién no temblaría al escuchar estas palabras del Apóstol? ¿Podemos mirar sin espanto la venganza que tantos siglos há

(1) Epistola de S. Pablo á los Romanos, cap. XI. vers. 1, 2, y sig.

se manifiesta contra los Judíos cuando San Pablo de parte de Dios nos advierte que nuestra ingratitud nos traerá un semejante tratamiento? Pero escuchemos la continuacion de este gran misterio. Prosigue el Apóstol en hablar á los Judíos convertidos. «Considerad la clemencia y severidad de Dios, su severidad con los que han decaido de su gracia, y su clemencia con vosotros si permanecéis siempre firmes en el estado en que su bondad os ha puesto; de otro modo sereis como ellos contados. Si cesare su incredulidad serán nuevamente ingeridos, pues Dios que los ha cortado es bastante poderoso para volver á unirlos. Porque si vosotros habeis sido desunidos del acebuche en donde la naturaleza os habia hecho nacer, para ser ingeridos en el olivo contra el orden natural; cuanto mas fácilmente las ramas naturales del mismo olivo serán ingeridas en su propio tronco.» Aquí se remonta el Apóstol sobre todo lo que acaba de decir, y entrando en las profundidades de los consejos de Dios prosigue así: «No quiero, hermanos míos, que ignoreis este misterio, á fin de que aprendais á no presumir de vosotros mismos. Una parte de los Judíos es la que ha caido en la ceguedad, á fin de que entretanto la multitud de los Gentiles, entrase en la Iglesia, y que así todo Israel se salvase segun está escrito (1). Saldrá de Sion un libertador, que desterrará la impiedad de Jacob: y hé aquí la alianza que yo seré con ellos cuando habré borrado sus pecados.»

Este lugar de Isaiás que cita aquí S. Pablo segun los Setenta como acostumbraba, por ser su version conocida por toda la Iglesia es aun mas fuerte en su origen, y atendida su continuacion. Porque ante todas cosas predice el Profeta la conversion de los Gentiles con estas palabras (2): «Los de Occidente temerán el nombre del Señor y los de Oriente verán su gloria.» Bajo la figura de *un rio rápido impedido de un viento impetuoso*, vé Isaiás desde lejos las persecuciones que harán creer la Iglesia. En fin, el Espíritu Santo le descubre el destino de los Ju-

(1) Isaiás, cap. LIX. vers. 20.

(2) Isaiás, cap. LIX. vers. 19.

dios y se declara (1). «Que el Salvador vendrá á Sion y se acercará á los de Jacob, que entonces se convertirán de sus pecados, y hé aquí la alianza que hará con ellos. Mi espíritu que está en tí y las palabras que en tu boca he puesto, permanecerán eternamente, no solamente en tu boca, sino tambien en la de tus hijos ahora y siempre, dice el Señor.»

Hacenos, pues, ver claramente, que despues de la conversion de los Gentiles, el Salvador á quien Sion habia desconocido y los hijos de Jacob habian desechado, se apiadará de ellos, borrará sus pecados y les restituirá la inteligencia de las profecías que durante un largo tiempo habrán perdido para que pase sucesivamente y de mano en mano á toda la posteridad y no esté mas olvidada.

Así los Judíos volverán un dia y volverán para no estraviarse jamás, pero no volverán sino despues *que el Oriente y el Occidente*, esto es, todo el Universo hayan sido llenos de temor y del conocimiento de Dios.

El Espíritu Santo hace ver á San Pablo que esta bienaventurada restitucion de los Judíos, será efecto del amor que Dios ha tenido á sus padres. Por este motivo concluye así su razonamiento (2). «En cuanto al Evangelio que ahora os predicamos, los judíos son enemigos por causa vuestra; si Dios los ha reprobado esto, ha sido ¡oh Gentiles! por llamaros, pero en cuanto á la eleccion, por la cual eran escogidos desde el principio de la alianza jurada con Abrahan, siempre permanecerá en su amor por causa de sus padres; porque los dones y la vocacion de Dios son sin arrepentimiento. Y como vosotros nada creierais en otro tiempo y habeis ahora alcanzado la misericordia por la incredulidad de los judíos, habiendo Dios querido escogeros para que ocupeis su lugar, así los judíos no han creído que Dios haya querido tener misericordia de vosotros á fin de que algun dia ellos la reciban, porque todo lo ha incluido Dios en la incredulidad para tener de todos misericordia y que todos conozcan la necesidad que tienen de su gracia. ¡Oh pro-

(1) Isaias, cap. LIX. vers. 20, 21.

(2) Epistola de S. Pablo á los Romanos, cap. XI, vers. 28 y sig.

fundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios y que impenetrables sus arcanos! ¿Por quién ha conocido los designios de Dios ó ha penetrado sus consejos? ¿Quién ha sido el primero que le ha dado para merecerle la recompensa siendo de él, por él, y en él todas las cosas? Séale, pues, tributada la gloria por el curso de todos los siglos.

Esto es lo que dice San Pablo sobre la eleccion de los Judíos, sobre su caída, sobre su levantamiento, y en fin, sobre la conversion de los Gentiles que son llamados para ocupar su lugar y para restituirlos al fin de los siglos á la bendicion prometida á sus padres, esto es, á Cristo, á quien han desconocido. Hácenos ver este gran Apóstol la gracia que pasa de pueblo á pueblo para tener á todos en el temor de perderla, y nos muestra su fuerza invencible en el hecho en que despues de haber convertido los idólatras se reserva por última obra el convencer la dureza y la perfidia judaica.

Por este profundo consejo de Dios subsisten aun los Judíos entre las naciones en que están esparcidos, pero subsisten con el carácter de su reprobacion, decaidos visiblemente por su infidelidad de las promesas hechas á sus padres; desterrados de la tierra prometida sin tener un solo pedazo de tierra que cultivar, esclavos en cualquier parte que se hallen, sin honor, sin libertad, sin figura alguna de pueblo.

En este estado cayeron treinta y ocho años despues que crucificaron á Jesucristo, y despues de haber empleado en perseguir á sus discípulos el tiempo que se les dejó para arrepentirse. Pero en tanto que el antiguo pueblo está reprobado por su infidelidad, se aumenta el nuevo todos los dias entre los Gentiles: la alianza hecha en otro tiempo con Abraham se estiende segun la promesa á todos los pueblos del mundo que habian olvidado á Dios; la Iglesia cristiana llama á él todos los hombres: y durando tranquila muchos siglos en medio de inauditas persecuciones, les enseña á no esperar su felicidad sobre la tierra.

Este era Monseñor, el mas digno fruto del conocimiento de Dios, y el fruto de aquella gran bendicion que debia el mundo esperar por Jesucristo. La doctrina de Dios iba difundiéndose

cada dia de familia en familia y de pueblo en pueblo, y cada dia los hombres abrian mas los ojos para conocer la ceguedad, en que los habia sumergido la Idolatría; y á pesar de todo el poder romano, se veia á los Cristianos sin rebelion, sin causar alboroto alguno y sufriendo solamente todo género de crueldades, mudar el semblante del mundo y estenderse por todo el universo.

La prontitud inaudita con que se llevó á cabo esta gran mudanza, es un milagro visible. Jesucristo habia profetizado que su Evangelio seria bien pronto predicado por toda la tierra, esta maravilla habia de suceder inmediatamente despues de su muerte, y él habia dicho que *despues que le habrian elevado de la tierra*, esto es, que despues que le habrian clavado en la Cruz, *atraerla á sí todas las cosas* (1). Aun no habian muerto los Apóstoles cuando ya San Pablo decia á los Romanos: «Que su fé estaba anunciada á todo el mundo (2).» Decia á los Colosenses que el Evangelio estaba oido de toda criatura que se hallase bajo el cielo, que estaba predicado, que fructificaba, que crecia por todo el universo (3).

Una tradicion constante nos asegura que Santo Tomás lo llevó á las Indias, y los demás Apóstoles á otros paises remotos. Pero no se necesita ya de historiadores para confirmar esta verdad, los efectos hablan y bastante se vé con cuánta razon San Pablo aplica á los Apóstoles estas palabras del Salmista (4). Sus voces se han hecho por toda la tierra, y su palabra ha sido conducida hasta las estremidades del mundo. Casi no habia pais tan desconocido donde bajo sus discípulos no hubiese penetrado el Evangelio. Cien años despues de Jesucristo contaba ya San Justino entre los fieles muchas naciones salvages y hasta aquellos pueblos vagamundos errantes sobre carros de

(1) San Juan, cap. VIII vers. 23.

(2) Epistola de San Pablo á los Romanos. cap. I vers. 8.

(3) Epistola de San Pablo á los Colosenses, cap. I vers. 5, 6.

(4) Salmos cap. XVIII, vers. 5.

una parte á otra sin tener domicilio fijo (1). No era esta una vana exageracion, era un hecho constante y notorio que esponia en presencia de los emperadores y á vista de todo el universo. Viene un poco despues San Ireneo y se vé crecer la numeracion que se hacia de las Iglesias. Su concordia era admirable, lo que se creia en las Galias, en las Españas y en la Germania, se creia en el Egipto y en el Oriente, y como «no habia sino un mismo sol en todo el universo, así se veian en toda la Iglesia desde la una hasta la otra extremidad del mundo la misma luz de la verdad (2).»

Por poco que pasemos adelante pasman los progresos que se ven en medio del tercer siglo. Orígenes y Tertuliano muestran dentro de la Iglesia pueblos enteros que poco antes no estaban incluidos en ella. Los que Orígenes esceptuaba que eran los mas distantes del mundo conocido, son puestos un poco despues por Arnobio (3). ¿Qué es lo que el mundo podia haber visto para rendirse con tanta prontitud á Jesucristo? Si vió milagros visiblemente se manifestó en ellos la mano de Dios. Y si fuera posible que no los hubiese visto «no seria un nuevo milagro» mayor y mas increíble que los que no son creidos «haber convertido el mundo sin milagro» haber hecho penetrar á tantos ignorantes tan altos misterios, haber inspirado á tantos sábios una humilde sumision y *haber persuadido tantas cosas increíbles á los incrédulos* (4).

Pero el milagro de los milagros si me es lícito espresar así es, que con la fé de los Misterios las virtudes mas eminentes y las prácticas mas penosas se han esparcido por toda la tierra. Por los caminos mas difíciles han seguido á Jesucristo sus discípulos, el sufrirlo todo por la verdad ha sido entre sus hijos un egercicio ordinario y por imitar á su Salvador han corrido con mas ardor á los tormentos que los demás á las delicias. No se

(1) Justino Apologia del cristinismo.

(2) San Ireneo.

(3) Arnobio, libro II.

(4) San Agustin, La Ciudad de Dios,

pueden enumerar los egemplos de los ricos que se han empobrecido para ayudar á los pobres ni de los pobres que han preferido a pobreza á las riquezas, ni de las vírgines que han imitado en la tierra la vida de los Angeles, ni de los Pastores caritativos que se han reducido á todo por todos, siempre prontos á dar á su rebaño no solo sus desvelos y sus trabajos sino sus propias vidas. ¿Qué diré de la penitencia y de la mortificacion? No administran los Jueces mas severamente la justicia contra lo reos que los pecadores penitentes la han ejercitado consigo mismos. Mucho mas los inocentes han castigado en sí con rigor increíble esta espantosa inclinacion que tenemos nosotros al pecado. La vida de San Juan Bautista que tan asombrosa pareció á los Judíos se ha hecho comun entre los fieles: los desiertos han estado poblados de sus imitadores, y ha habido allí tantos solitarios, que algunos mas perfectos se han visto precisados á buscar soledades mas profundas; tanto se ha huido del mundo y tanto se ha apetecido la vida solitaria.

Tales eran los frutos preciosos que habia de producir el Evangelio, que no es menos rica la Iglesia en egemplos que en preceptos, y su doctrina ha parecido santa produciendo una infinidad de Santos. Dios que sabe que las mas robustas virtudes nacen entre las penalidades, la fundó con el martirio, y por espacio de trescientos años, la tuvo en este estado sin que un solo momento tuviese de reposo. Despues que hizo ver por tan larga esperiencia que no necesitaba ni socorro humano, ni de las potencias de la tierra para establecer su Iglesia, llamó á ella á los Emperadores, é hizo del gran Constantino un protector declarado del cristianismo. Despues de este tiempo los Reyes han acudido á la Iglesia de todás partes; y todo lo que estaba escrito en las profecias tocante á su gloria futura se ha cumplido y realizado á vista de todo el mundo.

Pues si ella ha sido invencible contra los esfuerzos de afuera, no menos lo ha sido contra las divisiones intestinas. Llegaron aquellas heregias tan profetizadas por Jesucristo y por sus Apóstoles, y la Fé perseguida de los Emperadores padecia al mismo tiempo otra persecucion mas dañosa aun por parte de los Hereges. Pero nunca fué esta mas violenta que cuando se vió cesar la de los Paganos. Hizo el infierno entonces sus mayores

esfuerzos para destruir por sí misma esta Iglesia, á quien los combates de sus enemigos declarados habian dado mayor firmeza. Apenas comenzaba á respirar con la paz que le dió Constantino, cuando he aquí, que Arrio aquel infeliz eclesiástico le suscitó mayores turbaciones que las que antes habia padecido. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos, cuyo dogma autoriza, atormenta los Católicos por toda la tierra, nuevo perseguidor del Cristianismo y tanto mas espantoso y temible quanto bajo el nombre de Jesucristo, hace la guerra á Jesucristo mismo. Para colmo de desgracias, dividida así la Iglesia cae en las manos de Juliano el Apóstata que nada hay que no practique para detruir el Cristianismo, y no halla mejor medio que el de fomentar las divisiones que le tenian despedazado. Sucédele un Valente, tan afecto á los Arrianos como Constancio, aunque mas violento que este. Otros Emperadores protegen otras heregías con igual furor. La Iglesia aprende por tantas experiencias que no tiene menos que sufrir bajo los Emperadores Cristianos que lo que habia sufrido bajo los Emperadores Infieles, y que debe verter hasta la última gota de su sangre por defender no solo el todo de su doctrina, sino aun cada artículo en particular. En efecto, muchos de sus hijos mismos la han impugnado. Mil y mil sectas y heregías apóstatas de su doctrina se han levantado contra ella. Pero si ha visto su nacimiento segun las predicciones de Jesucristo, tambien ha visto su caída segun sus promesas. Sus verdaderos hijos han sido como dice San Pablo, reconocidos por esta prueba; la verdad ha quedado mas justificada quanto mas ha sido combatida, y la Iglesia ha permanecido inmutable é incontrastable al través de tantos cúmulos de trastornos y calamidades.

CAPITULO XXI.

REFLECCIONES PARTICULARES SOBRE EL CASTIGO DE LOS JUDIOS Y
SOBRE LAS PROFECÍAS DE JESUCRISTO QUE LE HABIAN
PREVISTO.

Mientras que he trabajado en hacer ver sin interrupcion la continuacion de los consejos de Dios en la perpetuidad de su pueblo, he pasado aceleradamente por muchos sucesos que merecen reflexiones profundos. Séame, pues, permitido retroceder á ellos para no dejar perder cosas tan grandes.

Y primeramente, Monseñor, yo os suplico que considereis con una atencion mas particular la caida de los judíos cuyas circunstancias todas, dan testimonio del Evangelio. Tenemos las explicadas por autores infieles, por Judíos y Paganos, los cuales sin entender la continuacion de los consejos de Dios nos han contado los hechos importantes con que han querido declararla.

Tenemos á Flavio Josefo, autor Judío, historiador muy fiel y veráz, y muy instruido en las cosas de su nacion, cuya obra sobre las antigüedades es admirable. Este autor ha descrito la última guerra que causó la ruina del pueblo judío, despues de haberse hallado presente á todo y servido á su país en un empleo notable.

Tambien nos suministran los judíos, autores muy antiguos, cuyos testimonios veréis muy luego. Tienen antiguos comentarios sobre los libros de la Escritura, y entre otros la Paráfrasis Caldea que imprimen con sus Biblias. Tienen tambien el libro denominado Talmud, esto es, doctrina, libro que no respetan y veneran menos que la misma Escritura. Este es una recopilación

cion de los tratados y de las sentencias de sus antiguos maestros, y aunque las partes de que se compone esta gran obra no sean todas de una misma antigüedad, los últimos autores que en ella se citan, han vivido en los primeros tiempos de la Iglesia. Mezcladas entre una infinidad de fábulas, se hallan admirables recuerdos de las tradiciones antiguas del Pueblo Judáico y de las pruebas para convencerle. Y es muy cierto, por confesion de los mismos judíos, que jamás la venganza divina se ha declarado mas terrible ni mas visiblemente que en esta última desolacion.

Es tradicion constante asegurada en su Talmud, y confirmada por todos sus Rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem que con poca diferencia conviene con la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se veian incesantemente en el templo cosas estrañas. Todos los dias se dejaban allí ver nuevos prodigios, de suerte, que un famoso Rabino exclamó un dia. --¡Oh templo, oh templo! ¿Quién es el que te mueve y por qué te atemorizas á ti mismo?

Que cosa hay mas notada que aquel ruido espantoso y terrible que fué oido por los sacerdotes en el Santuario el dia de la Pascua de Pentecostés y aquella voz clara que salió del interior de aquel lugar sagrado: «Salgamos de aquí, salgamos de aquí.» Los ángeles protectores del templo altamente declararon que le abandonaban, porque Dios que durante tantos siglos habia establecido su mansion en él lo acababa de reprobar.

Flavio Josefo y Tácito han referido tambien este prodigio (1) el cual solamente fué advertido de los sacerdotes; pero aquí hay otro que resaltó á vista de todo el pueblo, y tal que ninguno habia visto jamás cosa semejante. «Cuatro años antes de la declaracion de guerra dice un pasage de Flavio Josefo (2), un paisano empezó á gritar: Una voz ha salido de hácia el Oriente, una voz ha salido de hácia el Occidente, una voz ha salido de hácia los cuatro vientos, voz contra Jerusalem y contra el Tem-

(1) Flavio Josefo de Bello, Jud. lib. VII. cap. 12. Tácito, Historia, lib. V. cap. 13

(2) Flavio Josefo de Bello Jud. lib. VII. cap. 12. Tácito, Historia, lib. V. cap. 13.

plo, voz contra los recién casados y recién casadas, voz contra todo el pueblo.» Y desde entonces no cesó día ni noche de gritar. ¡Ay de tí Jerusalem! ¡Ay de tí Jerusalem! Los días de fiesta redoblaban sus gritos y ninguna palabra más que las anteriores salió de su boca; los que le compadecían, los que le maldecían, los que le socorrian en sus necesidades, jamás le oyeron sino esta terrible palabra, ¡Ay de tí Jerusalem! Fué preso, interrogado y condenado á azotes por los magistrados, á cada palabra y á cada azote, solo decia: ¡Ay de tí Jerusalem! Echado de allí como un insensato, corria todo el país repitiendo sin cesar su triste prediccion, así continuó por espacio de siete años gritando siempre de aquel modo sin descansar jamás y sin que nunca se le debilitase la voz. Durante el último sitio de Jerusalem, se encerró en la ciudad dando vueltas por las murallas y gritando con toda su fuerza: ¡Ay del Templo! ¡Ay de la Ciudad! ¡Ay del pueblo! Y finalmente añadió: ¡Ay de mí mismo! á cuyo tiempo una piedra lanzada de una máquina le dió muerte.

¿Podrá negarse que la venganza divina, se habia hecho como visible en aquel hombre, el cual no subsistia sino para pronunciar su sentencia? ¿Que la venganza divina le habia llenado de fuerza á fin de que sus gritos igualasen á las desventuras de su pueblo? Y por último ¿debía él perecer por un efecto de aquella venganza que tan largo tiempo habia anunciado á fin de hacerla más palpable y más presente cuando fuese no solamente el profeta y el testigo sino también la víctima?

Este profeta de las calamidades de Jerusalem se llamaba Jesús. Parecia que el nombre de Jesús, nombre de salud y de paz, debiese convertirse á los Judíos que le despreciaban en la persona de nuestro Salvador en un funesto presagio, y que habiendo aquellos ingratos deshechado un Jesús que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviase otro Jesús que no tenia que anunciarles sino males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina.

Penetremos más en lo interior de los juicios de Dios, bajo la luz de sus Escrituras, Jerusalem y su templo han sido dos veces destruidos. Una vez por Nabucodonosor, otra por Tito. Pero en cada uno de estos dos tiempos la Justicia de Dios se ha de-

clarado por unos mismos medios, aunque mas descubiertamente en la última.

Para entender mejor este orden de los consejos de Dios, supongamos primero esta verdad, tan frecuentemente establecida en las Sagradas Letras, «uno de los mas terribles efectos de la venganza divina, es cuando en castigo de nuestros pecados precedentes nos abandona á nuestro sentido réprobo, de suerte, que estamos sordos á todas las sábias advertencias, ciegos á los caminos de la salud que se nos muestran; prontos á creer todo lo que nos pierde, como nos lisongee y atrevidos é intentarlo todo sin medir jamás nuestras fuerzas con las de los enemigos que irritamos.»

De este modo perecieron la primera vez bajo la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Jerusalem y sus Príncipes. Débiles y siempre derrotados por aquel monarca victorioso sabian por propia esperlencia que todos cuantos esfuerzos hiciesen contra él, serian vanos é infructuosos, y no quedádoles ningun remedio viéronse precisados á jurarle fidelidad.

El profeta Jeremías les declaraba de parte de Dios, que Dios mismo los habia puesto en manos de aquel príncipe, y que no les restaba otro medio de salvacion, sino sujetarse á su yugo. Decía á Sedecías rey de Judea y á todo su pueblo: «Sujetaos á Nabucodonosor, rey de Babilonia, á fin de que podais conservar la vida, ¿por qué quereis perecer y hacer de esta ciudad un desierto?» Ellos no le creyeron, y teniéndolos Nabucodonosor estrechamente cercados, se dejaban engañar por sus falsos profetas que les prometian victorias y les decian en nombre de Dios aunque no eran enviados de él, «Yo he roto el yugo del rey de Babilonia, dos años solos os faltan que soportarles, y despues vereis á este príncipe forzado á volveros los vasos sagrados que ha robado al Templo.» Engañado el pueblo por estas falsas promesas, sufría el hambre y la sed y los males mas extremos, y tanto hizo con su audacia insensata, que no hubo para él mas miricordia. La Ciudad fué arruinada, el Templo quemado, arrasado y desolado, y todo se perdió.

Por estas señales conocieron los Judfos que la mano de Dios estaba sobre ellos, pero á fin de que la venganza divina les fuese tan manifiesta en la última ruina de Jerusalem como lo ha-

bia sido en la primera, se vió en una y en otra la misma seducción, la misma temeridad y la misma obstinacion.

Aunque su rebelion hubiese atraido sobre sí las armas romanas y sacudiesen temerariamente un yugo bajo el cual habia doblado la cerviz todo el universo, no queria Tito arruinar á Jerusalem y destruir el pueblo Judío, antes bien, frecuentemente les ofreció el perdon, no solamente al comienzo de la guerra sino tambien cuando ya no les quedaba ningun medio de salvacion.

Habian los romanos levantado al rededor de Jerusalem una larga y fortísima muralla, flanqueada por torres espesas y reducidos formidables, pero no queriendo Tito á pesar de las obras de circunvalacion que poseía combatir la ciudad, envió á sus moradores un aviso por medio de uno de sus capitanes, por nombre Josefo, para que se entregasen á los romanos antes de esponerse á las consecuencias de un asalto. ¡Qué de cosas les dijo este para mover sus ánimos! ¡De cuán fuertes razones no se sirvió para reducirles! Hízoles ver el Cielo y la tierra conjurados contra ellos, su ruina inevitable en la resistencia, y su salvacion si se acogian á la clemencia de Tito. «Salvad-les decia-la Ciudad Santa; salvaos á vosotros mismos. Salvad ese vuestro Templo maravilla del mundo, que los Romanos respetan y que no sin pesar suyo le vé perecer Tito.» ¿Pero cómo se habian de salvar gentes tan obstinadas en perderse? Seducidos por sus falsos Profetas no escuchaban ningun acomodamiento. Estaban reducidos al último extremo, el hambre causaba mas víctimas que la guerra, y ¡horror! hubo madres que llegaron á comerse sus propios hijos. Compadecido Tito á la vista de tal cúmulo de desdichas, ponía á sus Dioses por testigos de no ser él la causa de la ruina del pueblo de Israel, sino la obstinacion de los empedernidos Judíos. A todo esto, los Judíos de dia en dia, daban mas crédito á las falsas predicciones que les prometian el Imperio del mundo. A tanto llegó su fanatismo, que estaba ya tomada la ciudad, prendido fuego á sus cuatro costados, y aquellos insensatos creian todavia á los falsos Profetas que les aseguraban haber llegado el dia de su salvacion (1) á fin de que siempre resistiesen y no hubiese mas misericordia para ellos.

[1] Flavio Josefo.

En efecto, todo fué mortandad, la ciudad fué totalmente arruinada, y esceptos algunos miserables restos que dejó Tito para que sirviesen de memoria á la posteridad no quedó allí piedra sobre piedra.

Ya veis, pues, manifestarse sobre Jerusalem la misma venganza que otra vez se dejó ver en tiempo de Sedecías. Tito fué un enviado de Dios como antes lo habia sido Nabucodonosor, los Judíos perecen del mismo modo; en Jerusalem se vé la misma rebelion, la misma hambre, las mismas desdichas, los mismos caminos de salud abiertos, la misma seducción, la misma obstinacion, la misma caída, y á fin de que todo sea semejante el segundo templo, es abrasado por Tito el mismo mes y día que lo habia sido el primero por Nabucodonosor. Preciso era que todo estuviese señalado y que el pueblo no pudiese abrigar ninguna duda acerca de la venganza divina.

Hay con todo esto entre estas dos caídas de Jerusalem y de los Judíos notables diferencias, pero todas se dirigen á hacer ver en la última una justicia rigurosa mucho mas declarada. Nabucodonosor hizo poner fuego al templo, Tito hizo cuanto pudo por salvarle á pesar de que sus capitanes le decian, que mientras subsistiese, los Judíos que creian dependiente de él su destino, no cesarian jamás de ser rebeldes. Pero el dia fatal habia llegado; amaneció el 10 de Agosto, dia que ya habia visto abrasar el templo de Salomon, cuando á pesar de las prohibiciones de Tito pronunciadas delante de los Romanos y de los Judíos, y á pesar de la inclinacion natural de los soldados que mas pronto se inclinaban á saquear que á quemar tantas preciosidades, un soldado impelido, dice Josefo de «inspiracion divina,» se hizo levantar por sus compañeros á una ventana é introdujo el fuego en este Templo augusto. Tito acude, manda que apresuradamente se estinga la naciente llama, pero es tarde, y al poco rato la segunda maravilla del mundo no era mas que un monton de humeantes escombros.

Y si la obstinacion de los Judíos en tiempo de Sedecías era el efecto mas terrible y la señal mas segura de la venganza divina. ¿Qué diremos de la ceguedad que mostraron en el de Tito? En la primera ruina de Jerusalem habia á lo menos paz entre los Judíos, en la última, sitiada Jerusalem por los romanos,

estaba despedazada por tres facciones enemigas (1). Si el odio que tenían contra los romanos, tocaba ya en el furor, no estaban menos encarnizadas las unas facciones contra las otras, menos sangre se derramaba entre romanos y Judíos que la que derramaban los Judíos entre sí; aun despues de resistidos los asaltos de los invasores, renovaban los Judíos sus luchas intestinas, la violencia y el latrocinio reinaban en toda la ciudad. Parecía esta y no parecía sino un gran campo cubierto de cadáveres, pues las cabezas de las facciones peleaban por el mundo. ¿No sería esto una imágen del infierno en donde los condenados no menos se aborrecen los unos á los otros que aborrecen á los demonios que son sus enemigos comunes y donde todo está lleno de soberbia, de confusion y de rabia?

«Confesemos, pues, que la justicia que Dios hizo de los Judíos por medio de Nabucodonosor, solo era una sombra y un débil reflejo de la que hizo Dios por medio de Tito. ¿Qué ciudad ha visto jamás perecer un millon y cien mil hombres en siete meses de tiempo y en un solo sitio? Esto es lo que vieron los Judíos en el último de Jerusalem. Nada semejante habían padecido con los Caldeos. Bajo su dominacion solo setenta años duró su cautiverio, mil seiscientos hace que son esclavos de todo el mundo.

No hay, pues, que admirarse, si Tito, victorioso despues de la toma de Jerusalem, rehusó las alabanzas de los pueblos vecinos, y las coronas que le enviaban para honrar su victoria. Tantas memorables circunstancias, la cólera de Dios tan manifiesta y su mano que aun estaba presente á su vista, le tenían en un profundo estupor, y esto es, lo que motivó que dijese lo que mas arriba hemos referido, es á saber, que no era el vencedor, sino un débil instrumento de la venganza divina.

Y esto que no sabía aun que todavía no era llegada la hora en la que los Emperadores debiesen reconocer á Jesucristo. Este

(1) Flavio Josefo.

era el tiempo de las humillaciones y de las persecuciones de la Iglesia. Por eso Tito, aunque bastante ilustrado para conocer que parecia la Judea por un efecto manifiesto de la justicia divina, no comprendió qué delito habia Dios querido castigar tan terriblemente y era el delito mayor de todos los delitos; delito hasta entonces no oido, el delito del deicidio que tambien mereció una venganza de que aun no habia visto ejemplo alguno el mundo.

Pero si nos fijamos un poco y consideramos la continuacion de las cosas, ni este delito de los judios ni su castigo puede ocultárse nos.

Acordémonos solamente de lo que Jesucristo les habia profetizado. Habia predicho la total ruina de Jerusalem y del templo *no quedará piedra sobre piedra*. Habia tambien profetizado la manera con que seria sitiada esta ciudad ingrata y aquella espantosa circunvalacion que habia de ceñirla, habia por último profetizado aquella horrible hambre que atormentaria á sus ciudadanos y no habia olvidado los falsos profetas de quienes se dejarían seducir. Y por último habia advertido á los Judios que el tiempo de su destruccion estaba muy cerca, habia dado señales ciertas que denotasen la hora precisa, les habia explicado la larga continuacion de delitos que les atraeria este castigo, en una palabra, les habia hecho toda la historia del sitio y desolacion de Jerusalem.

Y observad que estas predicciones las hizo el Señor al tiempo de su Pasion, á fin de que conociesen mejor la causa de todos sus males. Acercábase el tiempo de su Pasion cuando les dijo: «La Sabiduria divina os ha enviado Profetas, Sábios y Doctores, vosotros mataréis los unos, crucificaréis los otros, los azotaréis en vuestras Sinagogas, los perseguireis de pueblo en pueblo, á fin de que toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra, recaiga sobre vosotros, desde la sangre de Abel el Justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barrachías, que habeis muerto entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre la generacion presente. ¡Jerusalem, Jerusalem, que matas los Profetas y que apedreas los que te son enviados, cuántas veces he querido recoger tus hijos como una gallina recoge sus polluelos bajo sus alas y tú lo has rehusado!

el tiempo se acerca en que vuestras casas quedarán desiertas (1).

Hé aquí la historia de los Judíos. Ellos han perseguido á su Mesías en su persona y en la de los suyos, ellos han conmovido todo el universo contra sus discípulos, y no los ha dejado reposar en parte alguna, ellos han armado los Romanos y los Emperadores contra la naciente Iglesia, ellos han apedreado á San Estéban, han quitado la vida á los dos Santiagos á quienes su santidad hacia venerables entre ellos mismos, han sacrificado á San Pedro y San Pablo con la espada y con las manos de los gentiles; preciso es que perezcan. Tanta sangre mezclada en la de los Profetas, á quienes han quitado la vida, está clamando por la venganza delante de Dios, «sus casas y su ciudad están próximas á quedar desiertas (2).» Su desolacion no será menor que su delicto: Jesucristo se lo ha advertido, el tiempo se acerca.» «Todas estas cosas sucederán sobre la generacion presente (3).» Y tambien. «Esta generacion no pasará sin que estas cosas sucedan (4)», como si dijese, que los hombres que vivian entonces debian ser testigos de todas ellas.

Pero oigamos la continuacion de las profecias de nuestro Salvador. Al hacer su entrada en Jerusalem algunos dias antes de su muerte, movido de los males que su muerte iba á atraer á aquella ciudad infeliz, la mira llorando: «Ah, ciudad desgraciada, si tú á lo menos consiguieses en este dia que aun te se ha dado para arrepentirte, lo que podria traerte la paz. Pero todo esto está ahora oculto á tus ojos. Vendrá el tiempo en que tus enemigos te circumbalarán de trincheras, te cerrarán y estrecharán de todas partes y te destruirán enteramente á tí y á tus hijos, y no dejarán de tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado.»

Esto era mostrarles bastante claro, tanto el modo y manera

(1) San Mateo, cap. XXIII. vers. 34, 35, 36, 37 y 38.

(2) San Mateo, cap. XXIV vers. 34.

(3) San Marcos, cap. XXIII. vers. 30.

(4) San Lucas, cap. XIX vers. 32.

del sitio, como los últimos efectos de la venganza. Pero era tambien preciso, que no fuese Jesucristo al suplicio, sin denunciar á Jerusalem en qué tiempo seria castigada por haberle tratado con tanta iniquidad. Cuando marchaba al Calvario llevando la cruz sobre sus hombros, «era seguido de una gran multitud de pueblo y de mugeres que se daban golpes en los pechos y lloraban su muerte (1).» Detúvose Jesus, y volviéndose hácia ellas les dijo: «Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, pero llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque se acerca el tiempo en que se dirá: ¡Dichosas las estériles! ¡Felices las entrañas que no han traído hijos y los pechos que no los han alimentado! Entonces dirán á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos, porque si la teña verde es tratada así, ¿qué le sucederá á la seca?

Si, pues, el inocente y el justo padecen tan rigurosos castigos, ¿qué deben esperar los culpados?

¿Ha llorado nunca Jeremías mas amargamente la ruina de los Judios? De qué palabras mas fuertes podia usar el Salvador para hacerles entender sus calamidades y su desesperacion, y aquella horrible hambre tan funesta á los hijos como á las madres que veian secarse sus pechos, que no tenian sino lágrimas que dar á sus hijos, y que hubo algunas de ellas que llegaron á comerse el fruto de sus entrañas.



(1) San Lucas, cap. XXII, vers. 27.

CAPITULO XXII.

ESPLÍCENSE DOS MEMORABLES PROFECIAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Y SE JUSTIFICA SU CUMPLIMIENTO POR LA HISTORIA.

Tales han sido las profecías que hizo Jesucristo á todo el pueblo, las que hizo en particular á sus discípulos, aun son dignas de mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y maravilloso discurso en que junta la ruina de Jerusalem con la del universo, enlace que no carece de misterio, hé aquí su diseño:

Jerusalem, ciudad bienaventurada, escogida del Señor, fué en tanto que se mantuvo en la alianza y en la fé de las promesas, figura de la Iglesia y figura del cielo donde Dios se deja ver á sus hijos. Por eso vemos frecuentemente que juntan los Profetas en la continuacion de un mismo discurso lo que corresponde á Jerusalem con lo que toca á la Iglesia y á la gloria celestial. Este es uno de los secretos de las profecías y una de las llaves que abren su inteligencia: pero Jerusalem reprobada é ingrata á su Señor, habia de ser la imágen del infierno. Sus pérfidos ciudadanos habian de representar los condenados, y el juicio terrible que Dios ejercería sobre ellos, era la figura del que ejercerá sobre todo el Universo, cuando vendrá al fin de los siglos en su Magestad, á juzgar los vivos y los muertos. Es estilo de la Escritura y uno de los medios de que se sirve para imprimir los misterios en los entendimientos, mezclar para nuestra instruccion, la figura con la verdad. Así nuestro Señor ha juntado la historia de Jerusalem desolada con la del fin de los siglos, y esto es lo que se deja ver en el discurso de que hablamos.

No creamos con todo esto que se hallen estas cosas de tal

modo confusas, que no podamos discernir lo que pertenece á la una de lo que mira á la otra. Jesucristo las ha distinguido con caracteres ciertos, que yo podria fácilmente señalar si esto se disputase. Pero me basta ahora hacer entender á V. A. lo que mira á la desolacion de Jerusalem y de los Judíos.

Juntos los Apóstoles (esto era aun en el tiempo de la Pasion) (1) al lado de su Maestro, le mostraban el Templo y los edificios del contorno, admirábanse de las piedras, del órden, de la belleza, de la solidéz, y él les dijo: *¿Veis estas grandes fábricas? no quedará piedra sobre piedra en ellas* (2). Atónitos de estas palabras, le preguntaron el tiempo de un suceso tan terrible, y Jesucristo que no queria fuesen sorprendidos en Jerusalem al tiempo de su saqueo (porque queria que en el de aquella ciudad tuviese una imágen de la postrera separacion de los buenos y de los malos), empezó á referirles todas las calamidades conforme habian de suceder una despues de otra.

Primeramente les señala las pestes, hambres y terremotos, y las historias dan fé (3) que jamás estas cosas habian sido ni mas frecuentes ni mas notables que durante este tiempo (4). Añade que habria por todo el Universo *alborotos, rumores de guerra, guerras sangrientas, que todas las naciones del mundo se sublevarian unas contra otras*, (1) y que se veria toda la tierra en agitación. ¿Podia representarnos mejor los últimos años de Neron, cuando todo el imperio Romano, esto es, todo el Universo tan tranquilo desde la victoria de Augusto y debajo del poder de los Emperadores comenzó á vacilar, y que se vieron las Galias, las Españas, y todos los reinos de que estaba el imperio compuesto moverse de improviso, levantarse cuatro Emperadores casi á un mismo tiempo contra Neron, y los unos contra los otros, las Cohortes Pretorianas, los ejércitos de Syria, de Ger-

(1) Matth. cap. XXIV. vers. 1, 2.

(2) Marc. cap. XIII. vers. 1, 2. Luc. cap. XVI. vers. 5, 6.

(3) Matth. cap. XXIV. vers. 7.

(4) Marc. cap. XII. vers. 1, 8. Luc. cap. XXI. vers. 9.

(5) Matth. cap. XXIV. vers. 6, 7. Marc. cap. XIII. vers. 7. Luc. cap. XXI. vers. 9, 10.

manía y todos los demás que estaban repartidos en Oriente y Occidente [recíprocamente] combatirse y atravesar debajo de la conducta de los Emperadores desde la una á la otra extremidad del mundo, para decidir su contienda con sagrientas batallas? Grandes males son estos, dijo nuestro Salvador, *pero aun no se terminarán aquí*. (1) Los Judíos padecerán como los demás en esta conmocion universal del mundo; pero despues bien presto les sobrevendránles calamidades mas particulares, y *solo será esto el principio de sus dolores* (2).

Añade que su Iglesia siempre afligida desde su primer establecimiento, veria encenderse contra ella la persecucion durante estos tiempos, con mas violencia que nunca. V. A. ha visto que Neron en sus primeros años intentó la ruina de los cristianos, é hizo morir á San Pedro y á San Pablo. Esta persecucion, excitada por la envidia y por las violencias de los Judíos, adelantaba su perdicion, pero no denotaba todavia su término preciso. La venida de los falsos Cristos y de los Profetas falsos, parecia ser una vereda mas próxima á su última ruina, porque la suerte ordinaria de los que rehusan dar oidos á la verdad, es dejarse llevar de engañosos Profetas á su perdicion (3). No ocultó Jesucristo á sus Apóstoles que sucederia esta desgracia á los Judios (4). Se levantarán, dijo, *un gran número de falsos Profetas que engañarán á mucha gente* (5). Y tambien: *Guardaos de los falsos Profetas* (6).

No se diga, que esto era una cosa fácil de divinar á quien conocia el genio de la Nacion: porque al contrario, yo os he hecho ver que incomodados los judíos con estos seductores, que

[1] Matth. cap. XXIV, vers. 6, 8. Marc. cap. XIII, vers. 7, 8. Luc. cap. XXI, vers. 9.

[2] Matth. cap. XXIV, vers. 9. Marc. cap. XIII, vers. 9. Luc. cap. XXI, vers. 12.

[3] Matth. cap. XXIV, vers. 11.

[4] Matth. cap. XXIV, vers. 23, 24.

[5] Marc. cap. XIII, vers. 22, 23.

[6] Luc. cap. XXI, vers. 8.

habian causado tan frecuentemente su ruina, principalmente en tiempo de Sedecias, de tal modo se desengañaron de ellos, que no les dieron mas oidos. Mas de quinientos años pasaron sin que profeta alguno pareciese en Israel. Pero el infierno, que los escita, se despertó á la venida de Jesucristo; y Dios que tiene sujetos en tanto que es de su agrado los espíritus engañosos, les soltó la rienda, á fin de enviar al mismo tiempo este castigo á los judíos y esta prueba á sus fieles. Jamás aparecieron tantos profetas falsos como en los tiempos siguientes á la muerte de nuestro Señor. Sobre todo hácia los de la guerra Judaica, y debajo de el reinado de Neron, que la empezó, nos hace ver Josepho una infinidad de aquellos impostores, que atraian el pueblo al destierro con vanos, prestigios y secretos de magia, prometiéndoles una pronta y milagrosa libertad. Esta es tambien la razon de estar señalado el desierto en las profecías de nuestro Señor, como uno de los lugares donde estarían encubiertos aquellos falsos libertadores, que habeis visto que en fin arrastraron el pueblo á su postrera ruina. Y bien podeis creer que el nombre de Jesucristo, sin el cual ninguna libertad perfecta podian alcanzar los judíos, estarían mezclados en aquellas promesas imaginarias; y V. A. verá en la continuacion de este discurso motivos que de esto le convengan.

No fué la Judea la única provincia espuesta á estas ilusiones. Comunes fueron en todo el Imperio; y no hay tiempo alguno, en que las historias nos hagan ver mayor número de estos impostores, que se jactan de predecir lo futuro, y engañan á los pueblos con sus prestigios. Un Simon el Mago, un Elymas, un Apolonio Tyaneo, un número infinito de otros Encantadores, notados en las Historias Sagradas y Profanas, se levantaron durante este siglo, en que parecia hiciese el infierno sus mayores esfuerzos, para sostener su desquiciado imperio. Por eso Jesucristo señala en este tiempo, principalmente entre los judíos, aquel número espantoso de falsos profetas. Quien considerarse atentamente sus palabras, verá, que estos habian de multiplicarse antes y despues de la ruina de Jerusalem; pero principalmente hácia estos tiempos y que entonces seria, cuando fortificada la seduccion con falsos milagros y con falsas doc-

trinas, seria tan sutil y justamente tan poderosa que los *escogidos mismos, si fuese posible, serian engañados* (1).

No digo que al fin de los siglos no haya asimismo de suceder alguna cosa semejante, y aun mas perjudicial: pues tambien acabamos de ver que cuanto acaece en Jerusalem, es figura manifiesta de aquellos últimos tiempos, pero es cierto que Jesucristo nos ha predicho esta seduccion como uno de los efectos palpables del enojo de Dios contra los Judíos, y como una de las señales de su ruina. El suceso ha justificado su profecía, y todo está autorizado por testimonios irrefragables. En el Evangelio leemos la prediccion de sus errores; y en sus historias, principalmente en la de Josefo, vemos su cumplimiento.

Despues que Jesucristo predijo esto como era de su agrado preservar los suyos de las calamidades de que estaba Jerusalem amenazada, viene á las señales próximas á la última desolacion de esta ciudad.

No siempre dá Dios á sus escogidos señas semejantes. En aquellos terribles castigos, que hacen sentir su poder á naciones enteras, hiere frecuentemente al justo con el culpado: por que tiene mejores medios de separarlos que los que se descubren á nuestros sentidos. Los mismos golpes, que quebrantan la paja, separan el buen trigo: (2) el oro se acrisola en el mismo fuego en que la paja se consume, y los mismos castigos que exterminan los malos, purifican los buenos. Pero en la desolacion de Jerusalem, á fin de que la imágen del Juicio final fuese mas espesa y la venganza divina mas manifiesta sobre los incrédulos, no quiso que los Judíos que habian recibido el Evangelio, fuesen confundidos con los otros; y Jesucristo dió á sus discípulos señas ciertas, que les hiciesen conocer, cuando seria tiempo de salir de aquella ciudad reprobada. Fundóse, segun su costumbre, en las antiguas profecías, de que era así el intérprete, como el fin: y repasando el lugar, en que la última ruina de Jerusalem fue mostrada tan claramente

(1) Matth. cap. XXIV, vers. 24. Marc. cap. XXII, vers. 22.

(2) Aug. I de Civ. Dei cap. VIII.

á Daniel, dijo estas palabras: *Cuando viereis la abominacion de la desolacion que Daniel ha profetizado: que el que lee entienda, cuando la viereis establecida en el lugar Santo, (1) ó como está en San Marcos, en el lugar donde no debe estar, entonces los que se hallen en la Judea huyan á las montañas. (2) San Lucas refiere lo mismo en otros términos: Cuando viereis los egércitos circundar á Jerusalem, sabed, que su desolacion está próxima: entonces los que están en la Judea, retrense á las montañas.*

Un evangelista esplica al otro; y combinando estos pasos, es fácil de comprender que esta abominacion predicha por Daniel, es lo mismo que los egércitos al rededor de Jerusalem. (3) Los santos padres lo han entendido así, y la razon nos convence.

La palabra abominacion en el estilo de la lengua santa, significa ídolo; ¿y quién ignora que los egércitos romanos llevaban en sus banderas las imágenes de sus dioses y de sus césares que eran los mas respetados de todos sus dioses? Eran estas banderas un objeto de culto á los soldados; y porque los ídolos, segun la órdenes de Dios, no debian jamás parecer en la tierra santa, estaban de ella desterradas las banderas romanas. Así vemos en las historias, que en tanto que conservaron los romanos alguna atencion á los judíos, jamás hicieron parecer en la Judea sus banderas. (4) Por eso Vitelio cuando pasó por aquella provincia, para llevar la guerra á la Arabia, hizo marchar sin ellas á sus tropas, porque todavía era entonces respetada la religion Judaica, y no querian violentar aquel pueblo á sufrir cosas tan contrarias á su ley. Pero al tiempo de la última guerra, bien se puede creer que los romanos no contemplarian á un pueblo que querian esterminar. Así, cuando Jerusalem sitiada, estaba cercada de no menos ídolos que banderas roma-

(1) *Math. cap. XXIV. vers. 15.*

(2) *Marc. cap. XIII. vers. 14. Luc. cap. XXI. vers. 20. 21.*

(3) *Orig. Tr. 23. in Math. Aug. epist. 80. ad Hecych.*

(4) *Joseph cap. XVIII, vers. 7.*

nas allí habia; y la abominacion nunca estuvo tanto como entonces *donde no debia estar*, esto es, en la tierra santa y al redor del templo.

¿Es esta, pues, se dirá aquella gran señal que habia de dar Jesucristo? ¿Era el tiempo de huir, cuando Titò sitió á Jerusalem y le cerró tan de cerca los pasos que ya no habia forma de escapar? Aquí es donde está la maravilla de la profecía (1). Jerusalem fué dos veces sitiada en aquellos tiempos: la primera, por Cestio, gobernador de Syria, el año sesenta y ocho de nuestro Señor; la segunda, por Tito, cuatro años despues, que fué en el setenta y dos. En el último sitio ya no habia modo de salvarse. Hacía Tito la guerra con mucho ardor; sorprendió á toda la nacion encerrada en Jerusalem durante la fiesta de Pascua, sin que nadie escapase; y aquella formidable circunvalacion que hizo al redor de la ciudad, cerró tambien del todo á sus habitantes la puerta de la esperanza. Pero nada hubo á esto semejante en el sitio de Cestio: (2) estaba acampado á cincuenta estadios, que es á seis millas de Jerusalem. Su ejército se estendia por su contorno, pero sin hacer trincheras; y él hacia la guerra con tal negligencia, que malogró la ocasion de tomar la ciudad, cuyo terror, sediciones, y aun inteligencias, le abrian las puertas. En este tiempo tan lejos estuvo de ser imposible la fuga, que la historia espresamente refiere, haberse retirado muchos judíos. Entonces, pues, era cuando se debia salir; esta era la señal que el hijo de Dios daba á los suyos. Así distinguió muy claramente los dos sitios: el uno en que *la ciudad seria cercada de fosos y de fuertes*; (3) entonces no habria sino muerte para todos los que se hallasen dentro; el otro en que solo seria *ceñida del ejército* (4) y mas propiamente embesitada, que formalmente sitiada; entonces es cuando era preciso huir y retirarse á las montañas.

(1) *Joseph .II de bell. Jud. cap. 23. 24.*

(2) *Joseph. lib. II, c. XXIII, XXIV.*

(3) *Luc. cap. XIX. vers. 41.*

(4) *Luc. cap. XXI, vers. 20, 21.*

Obedecieron los cristianos á la palabra de su Maestro: (1) y aunque hubiese millares de ellos en Jerusalem y en la de Judea, no leemos en Josefo ni en las demás historias, que se hallase alguno en la ciudad cuando fué tomada (2) Al contrario, es constante por la historia eclesiástica y por todos los monumentos de nuestros antepasados, que se retiraron á la pequeña ciudad de Pella, en un pais montuoso vecino al desierto, en los confines de la Judea y de la Arabia.

De aquí se puede conocer cuan individualmente habian sido advertidos; y nada hay mas notable que esta separacion de los judíos incrédulos, de entre los judíos convertidos al cristianismo; los unos quedados en Jerusalem para padecer allí la pena de su infidelidad; y los otros retirados como los de Sodoma á un pequeña ciudad, donde temblando consideraban los efectos de la divina venganza de que Dios habia claramente querido preservarlos.

A mas de las profecías de Jesucristo, hubo otras de muchos discípulos suyos, y entre ellas las de San Pedro y San Pablo. Cuando iban al suplicio aquellos dos fieles testigos de Jesucristo crucificado, denunciaron á los Judíos, que los entregaban á los Gentiles, su próxima ruina. Dijéronles: «Que Jerusalem seria enteramente arruinada: (3) que ellos perecerian de hambre y desesperacion: que serian desterrados para siempre de la tierra de sus padres y enviados cautivos por todo el mundo; que el término no estaba distante, y que todos estos males les sobrevendrian por haber insultado con tan crueles irrisiones al muy amado hijo de Dios, que con tantos milagros se les habia manifestado.» La piadosa antigüedad nos ha conservado esta profecía de los Apóstoles, cuyo cumplimiento habia de ser tan inmediato. San Pedro habia hecho otras muchas, sea por inspiración particular, sea esplicando las palabras de su Maestro;

(1) *Euseb. III. Hist. Eccl. cap. V. Epip. bær. vit.*

(2) *Nazar. et lib. de pond. et mens.*

(3) *Lact. div. Inst. lib. IV. c. XXI.*

y Phlegon, autor Pagano, cuyo testimonio produce Orígenes, dejó escrito, que todo lo que aquel Apóstol había predicho, se cumplió puntualmente.

Así nada sucede á los Judíos que no les haya sido profetizado. La causa de sus calamidades está claramente señalada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y de sus discípulos: el tiempo de las gracias había pasado, y su ruina era inevitable.

En vano, pues, serenísimo señor, quería Tito salvar á Jerusalem y al templo. La sentencia había bajado de arriba; no debía quedar allí piedra sobre piedra. Que si un emperador Romano intentó inútilmente impedir la ruina de el Templo, aun mas inútilmente otro emperador Romano intentó su restablecimiento.

Después de haber Juliano Apóstata declarado la guerra á Jesucristo, se creyó con bastantes fuerzas para desvanecer sus profecías. Deseoso de suscitar en todas partes enemigos á los Cristianos, se humilló hasta solicitar los Judíos, que eran la escoria de el mundo (1). Escitóles á reedificar su Templo: dióles sumas inmensas, y les asistió con toda la fuerza de el Imperio. Escuche V. A. el suceso, y vea como Dios confunde los Príncipes soberbios. Los Santos Padres y las historias eclesiásticas lo refieren uniformemente, y lo justifican con monumentos que todavía duraban en su tiempo. Pero era necesario que el caso fuese atestado por los mismos paganos. Ammiano, Marcelino, gentil de religion y celoso defensor de Juliano, lo ha referido en estos términos. «En tanto que Alipio, ayudado del gobernador de la pròvincia adelantaba la obra cuanto podia, salieron de los fundamentos terribles globos de fuego, después de haberlos desquiciado con vaivenes violentos: los obreros que volvieron muchas veces á empezar su labor, fueron en varias ellas abrasados; el lugar se hizo inaccesible y la empresa cesó.

Los autores eclesiásticos mas exactos en representar un suceso tan memorable, juntan el fuego del cielo con el fuego de la

(1) Amm. Marc. lib. XXIII, c. últ.

tierra. Pero en fin, la palabra de Jesucristo permaneció firme. San Juan Crisóstomo exclama: «Él ha fabricado su Iglesia sobre la piedra: nadie ha podido derribarla, Él ha derribado el Templo, nadie ha podido volver á levantarle: ninguno puede abatir lo que Dios levanta: ninguno puede levantar lo que Dios abate.»

No hablemos mas de Jerusalem ni del Templo. Pongamos los ojos en el pueblo mismo, otras veces Templo vivo del Dios de los ejércitos, y ahora el objeto de su aborrecimiento.

Los Judíos están mas abatidos que su Templo y que su ciudad. El Espiritu de verdad no se halla mas entre ellos: ¿la profecía está allí extinguida? las promesas sobre que apoyaban su esperanza, se han desvanecido: todo ha caido en este pueblo, *y no ha quedado en él piedra sobre piedra.*

Y vea V. E. hasta qué punto se han abandonado á su error. Jesucristo les habia dicho: «Yo he venido á vosotros en nombre de mi Padre, y no me habeis recibido, otro vendrá en su nombre y le recibiréis (1).» Desde aquel tiempo reina de tal suerte entre ellos el espíritu de seducción que aun están prontos cada momento á dejarse llevar de él. No bastaba que los falsos profetas hubiese puesto á Jerusalem en las manos de Tito: no estaban aun los Judíos desterrados de la Judea, y el amor que tenian á Jerusalem habia obligado á muchos á escoger su morada entre aquellas ruinas. Pues he aquí un falso Cristo que vá á acabar de perderlos. Cincuenta años despues de la toma de Jerusalem, en el siglo de la muerte de Nuestro Señor, el infame Barchochevas, un ladron, un hombre depravado, por significar su nombre el hijo de la estrella, se llamaba la estrella de Jacob, predicha en el libro de los números y se fingió el Cristo (2). Akibas, el mas autorizado de todos los rabinos, y á su ejemplo todos aquellos que los judíos llaman sábios, entraron en su partido sin que el impostor les diese otra señal de su mision, que decir

(1) Joan. cap. V, vers. 43.

(2) Num. XXIV, vers. 17. Euseb. Hist. Eccl. cap. IV, vers. 6, 8.

Akibas, que ya el Cristo no podia tardar mucho. Subleváronse los judíos por todo el imperio romano, debajo de la conducta de Barchochevas, que les prometia el imperio del mundo. Adriano mató seiscientos mil: el yugo de aquellos infelices se hizo mas gravoso, y fueron para siempre desterrados de la Judea.

¿Quién no vé, que el espíritu de seducción se ha apoderado de su corazón? *El amor de la verdad que les trata la salud, se ha extinguido en ellos. Dios les ha permitido una fuerza de error que les hace creer la mentira* (1). No hay impostura por necia que sea, que no crean. En nuestros dias un impostor se llamó el Cristo en Oriente. Todos los Judíos empezaban á juntarse en tropas á su lado: Vímoslos en Orlanda, en Alemania y en Metz, disponerse á venderlo todo y á dejarlo todo por seguirle. Ya se imaginaban dueños del mundo, cuando supieron que su Cristo se habia hecho Turco, abandonando la Ley de Moisés.

CAPITULO XXIII.

CONTINUACION DE LOS ERRORES DE LOS JUDÍOS, Y EL MODO CON QUE ESPLICAN LAS PROFECIAS.

No hay que pasmarse de que hayan caido en tales desvarios, ni que la tempestad los haya disipado, despues que han dejado su derrota. Estábales esta mostrada en sus profecias, principalmente en las que señalaban el tiempo de Cristo. Déjaron pasar, sin aprovecharse aquellos preciosos momentos, y por

(1) Theff. cap. II. vers. 1. 2.

eso se les vé desde entonces entregados á la mentira, sin que sepan ya en qué fijarse.

Permitame V. A. todavía un instante, para referirle la continuación de sus errores, y todos los pasos que han dado para sumergirse en el abismo. Las sendas para perderse, dependen siempre del camino real: y en considerando donde comenzó el extravío, se marcha mas seguramente por la vía derecha.

Hemos visto, Señor, que dos profecías señalan á los Judíos el tiempo de Cristo, la de Jacob y la de Daniel. Ambas denotan la ruina del reino de Judá en el tiempo que Cristo vendría; pero Daniel esplicaba, que la total destruccion de aquel reino seria una consecuencia de la muerte de Cristo; y Jacob decia claramente, que en la decadencia del reino de Judá, Cristo que vendria entonces, seria *la expectation de los pueblos*, esto es, que seria su libertador; y que se haria un nuevo reino, no ya compuesto de un solo pueblo, sino de todos los pueblos del mundo. Las palabras de la profecía no pueden tener otro sentido; y era tradicion constante de los Judíos, que debian entenderse de este modo (1).

De allí viene la opinion difundida entre los antiguos Rabinos, que aun se vé en su Talmud, que en el tiempo que Cristo vendría habria ya cesado toda la autoridad de sus tribunales, de modo, que nada les importaba mas para conocer el tiempo de su Mesías, que el observar cuando caian en aquel estado miserable.

En efecto, bien habian ellos empezado; y sino hubiesen tenido el espíritu ocupado de las grandezas humanas, que querian hallar en el Mesías para tener parte en ellas debajo de su imperio, no habrian podido desconocer á Jesucristo. El fundamento que habian puesto era cierto: porque luego que la tiranía del primer Herodes y la mudanzas de la república Jadaica que sucedió en su tiempo, les hizo ver el punto de la decadencia notada en la profecía, no dudaron que Cristo debiese venir

(1) Gem. Tr. Sanbed. c. XI.

y que bien presto se veria aquel nuevo reino, en que habian de reunirse todos los pueblos.

Una de las cosas que observaron, es, que les fué quitado el derecho de la vida y de la muerte: que era una grande novedad, porque en cualquier dominacion á que hubiesen estado sujetos y aun dentro de Babilonia, durante su cautiverio, siempre se les habia conservado hasta entonces (1).

La historia de Susana bastantemente lo manifiesta, y es entre ellos tradicion constante. Los reyes de Persia que los restablecieron, les dejaron ese Regalia por un decreto espreso que notamos en su lugar (2); y tambien hemos visto, que los primeros Seleucos mas habian aumentado que restringido sus privilegios.

No necesito de hablar aquí otra vez del reinado de los Macabeos, en que no solo fueron libertados sino poderosos y formidables á sus enemigos. Pompeyo que los debilitó del modo que hemos visto, contento del tributo que les impuso, y de reducirlos á estado que pudiese el pueblo Romano, necesítandolo disponer de ellos, les dejó su príncipe con toda la jurisdiccion. No se ignora que así lo estilaban los Romanos; y que no se mezclaban en el gobierno interior de los países, á quien dejaban sus naturales reyes.

Los judíos, en fin, están conformes en que perdieron este derecho de la vida y de la muerte, solo cuarenta años antes de la desolacion del segundo Templo; y no se puede dudar, que fuese el primer Herodes, quien empezó á violar su libertad (3). Porque despues que por vengarse del Senedrin que le habia obligado á comparecer en él antes de ser rey; y en su consecuencia por arrogarse toda la autoridad, se opuso á aquel tribunal que era como el senado fundado por Moisés, y el consejo perpétuo de la nación, donde la suprema jurisdiccion se ejercía; aquel gran pueblo perdió lentamente su poder, y le quedaba

(1) Dan. XIII.

(2) I. Esd. VII, 25, 26.

(3) Joseph. Ant. 16, 17.

muy poco cuando vino al mundo Jesucristo. Empeoraron las cosas en tiempo de los hijos de Herodes, cuando el reino de Archelao, cuya capital era Jerusalem, reducido á provincia romana, fué gobernado por los presidentes que enviaban los emperadores. En este infeliz estado conservaron tan mal los judíos el derecho de la vida y de la muerte, que para hacer morir á Jesucristo á quien á cualquier costa querian quitar la vida, les fué necesario recurrir á Pilatos; y habiéndoles dicho aquel tímido gobernador que le hiciesen ellos morir, respondieron todos á una voz: *No tenemos nosotros el poder de hacer morir á nadie* (1). Así por mano de Herodes quitaron tambien la vida á Santiago, hermano de San Juan, y prendieron á San Pedro. Cuando tuvieron resuelta la muerte de San Pablo, le entregaron á los romanos como habian hecho con Jesucristo, y el voto sacrilego de sus falsos celosos, que juraron no comer ni beber hasta que hubiese muerto á aquel santo apóstol muestra claramente que se creian decaidos del poder de hacerle morir jurídicamente (2). Cuando apedrearon á San Estéban, fue tumultuariamente, y como efecto de aquellos furoros sediciosos que no siempre los Romanos podian reprimir en los que se llamaban entonces los celadores. Se debe, pues, tener por ciertos así por las historias, como por el consentimiento de los judíos y por el estado de sus cosas, hácia los tiempos de nuestro Señor y principalmente en los que empezó á egercer su ministerio, perdieron enteramente la autoridad temporal. No pudieron ver ellos esta pérdida, sin acordarse del antiguo oráculo de Jacob, que les predecia que en tiempo del Mesias no habria ya entre ellos, ni poder, ni autoridad, ni jurisdiccion. Uno de sus mas antiguos autores lo observa y confiesa con razon que el cetro no estaba ya entonces en Judá, ni la autoridad en las cabezas del pueblo: pues todo el poder público se le habia quitado, y que estando degradado el Sanedrin, no eran ya considerados los

(1) *Joan.* cap. XVIII. vers. 31. *Act.* cap. XII. vers. 1, 2, 3.

(2) *Act.* cap. VII. vers. 56, 57.

miembros de aquel gran cuerpo como jueces, sino como simples doctores. Así segun ellos mismos, era tiempo de que viniese Cristo. Como veían aquella señal cierta del próximo arribo de aquel nuevo rey, cuyo imperio había de estenderse sobre todos los pueblos, creyeron que en efecto estaba para manifestarse. Esparcióse la voz por los contornos: y se persuadieron en todo Oriente, que no pasaría mucho tiempo sin ver salir de Judea los que reinarian sobre toda la tierra (1).

Tácito y Suetonio refieren esta voz como establecida por una opinion constante y por un antiguo oráculo que se hallaba en los libros sagrados del pueblo judáico. Josefo cuenta esta profecía en los mismos términos, y dice como ellos que se hallaba en los Santos Libros (2). La autoridad de estos libros, cuyas predicciones se habían visto tan visiblemente cumplidas en tantas ocasiones, era grande en todo el Oriente; y los Judíos mas atentos que los demás á observar las circunstancias que estaban principalmente escritas para su instruccion, reconocieron en su decadencia el tiempo del Mesías señalado por Jacob. Así fueron justas las reflexiones que hicieron sobre su estado y sin engañarse en los tiempos de Cristo, conocieron, que había de venir cuando en efecto vino. ¡Pero ó flaqueza del entendimiento humano! ¡O vanidad, origen inevitable de la ceguera! La humildad del Salvador encubrió á aquellos soberbios las verdaderas grandezas, que debían buscar en su Mesías. Querían, que fuese un rey semejante á los de la tierra (3). Por eso los lisongeros del rey Herodes, deslumbrados de la grandeza y magnificencia de aquel príncipe que aunque tirano, no dejó de enriquecer la Judea, digeron que él era aquel rey tan prometido. De ahí vino la secta de los herodianos de que tanto se habla en el Evangelio, y que los paganos han conocido (4):

(1) Suet. *Ves. pas.* Tac. lib. V. *Hist.* cap. 13.

(2) *Joseph de bell. Jud.* cap. VII, vers. 12. *Heges. de exid.* Fer. cap. V, vers. 44.

(3) *Epiph. lib. 1. bar.* 20. *Herodia.*

(4) *Matth.* cap. XXII, vers. 16. *Marc.* cap. III vers. 6. *cap. XII,* vers. 13.

pues Persio y su escoliador nos informan de que aun en tiempo de Neron era celebrado el nacimiento del rey Herodes por sus sectarios con la misma solemnidad que el sábado. Josefo cayó tambien en otro semejante desvario: Este hombre *instruido*, como él mismo dice, *en las profectas judáicas por ser sacerdote y descendiente de extirpe sacerdotal*, reconoció en la verdad que la venida de aquel rey prometido por Jacob, convenia á los tiempos de Herodes en que él mismo nos muestra con tanto cuidado un principio manifiesto de la ruina de los Judíos; pero como no vió en su nacion cosa que llenase aquellas ambiciosas ideas que habia ella concebido de su Cristo, estiró un poco mas adelante el tiempo de la profecia: y aplicándola á Vespasiano aseguró que *aquel oráculo de la Escritura significaba este Príncipe declarado emperador en la Judea* (1).

Así torcia la Sagrada Escritura, para autorizar su lisonja: ciego que transferia á los estrangeros la esperanza de Jacob y de Judá; que buscaba en Vespasiano al hijo de Abraham y de David, y atribuía á un príncipe idólatra el título de aquel, cuyas luces habian de sacar á los Gentiles de las tinieblas de la idolatria.

La conyuntura del tiempo le favorecia. Pero en tanto que atribuía él á Vespasiano lo que Jacob habia dicho de Cristo, los celosos que defendian á Jerusalem, se le aplicaban á sí mismos. Sobre este solo fundamento se prometian el imperio del mundo, como refiere Josefo (2), mas racionales que él, en que á lo menos no salian de su nacion, para buscar el cumplimiento de las promesas hechas á sus padres.

Peró ¿cómo no habrian los ojos al gran fruto, que hacia desde entonces entre los Gentiles la predicacion del Evangelio; y á aquel nuevo imperio, que establecida Jesucristo en toda la tierra? ¿Podia haber cosa tan admirable como un imperio; don-

(1) Lib. III de bell. Jud. cap. VII vers. 14; 12.

(2) Joseph. de bell. Jud. lib. VII.

de la piedad reinaba; donde el verdadero Dios triunfaba de la Idolatría; donde la vida eterna se predicaba á las Naciones infieles; y que en su comparacion el Imperio mismo de los Césares era solamente una sombra vana? Pero no era aun este Imperio bastantemente brillante á los ojos del mundo.

¡Que necesario es estar desengañados de las grandezas humanas para conocer á Jesucristo! Los Judíos conocieron los tiempos; los Judíos veian los pueblos llamados al Dios de Abraham, segun el Oráculo de Jacob por Jesucristo y por sus discípulos; y con todo eso desconocieron á este Jesus que les estaba declarado con tantas señas. Y aunque en el curso de su vida y despues de su muerte, confirmarse su mision con tantos milagros, le desecharon aquellos ciegos, porque solamente tenia en sí la sólida grandeza, destituida de todo aquel aparato, que llena los sentidos y que más venia para condenar, que para coronar la ciega ambicion de ellos.

Y con todo eso forzados de las coyunturas y circunstancias del tiempo, y á pesar de su ceguedad, daban alguna vez señas de salir de sus engaños (1). Todo se disponia de tal suerte en tiempo de nuestro Señor para la manifestacion del Mesías, que sospecharon que San Juan Bautista podia serlo (2). La manera de su vida austera, estraordinaria, pasmosa, los aturdió y en defecto de las grandezas humanas, parecia que desde luego querian contentarse con el resplandor de una vida tan prodigiosa. La de Jesucristo sencilla y comun, era enfadosa á aquellos espíritus tan necios como soberbios, que incapaces de ser ganados sino por los sentidos, y fuera de esto distantes de una conversion sincera, nada querian admirar, sino lo que miraban como inimitable. Así San Juan Bautista, á quien juzgaron digno de ser el Cristo, no fue creído, cuando mostró el Cristo verdadero; y Jesucristo á quien era necesario imitar, cuando

(1) Luc. cap. III. vers. 45.

(2) Joan. cap. I. vers. 19, 20.

se le creyese, pareció muy humilde á los Judíos para seguirle.

Con todo eso la impresion que habia concebido, de que Cristo debia venir en aquel tiempo, era tan fuerte que permaneció entre ellos casi un siglo. Creyeron que el cumplimiento de sus profecias podia tener una cierta estension y que no siempre estaba todo él reducido á un punto preciso, de modo que cerca de cien años no se hallaban entre ellos sino falsos Cristos que se hacian seguir y falsos profetas que los anunciaban. Los siglos precedentes no habian visto cosa semejante, ni los Judíos fueron pródigos del nombre de Cristo, ni cuando Judas Macabeo obtuvo contra su tirano tantas victorias, ni cuando su hermano Simon los libertó del yugo de los Gentiles, ni cuando el primer Hyrcan hizo tantas conquistas. Los tiempos y las demás señas no convenian, y solamente en el siglo de Jesucristo se comenzó á hablar de todos aquellos Mesías. Los Samaritanos que leian en el Pentateuco la profecia de Jacob, igualmente se fabricaron sus Cristos, como los Judíos, y un poco despues de Jesucristo reconocieron á su Dositheo. Simon el Mago del mismo país, tambien blasonaba de ser el hijo de Dios, y Menandro su discípulo, se llamaba el Salvador del mundo. Desde que Jesucristo vivia, la Samaritana habia creido que estaba próximo á venir el Mesías: tan constante era en la nacion y entre todos los que leian el antiguo Oráculo de Jacob, que se manifestaria Cristo en aquella coyuntura.

Cuando el término hubo de tal modo pasado, que no habia ya que esperar, y hubieron los Judíos visto por esperiencia que todos los Mesías que habian seguido en vez de sacarlos de sus males no habian hecho, sino sumergirlos mas en ellos: estuvieron entonces largo tiempo sin que pareciesen nuevos Mesías, y Barchochevas fué el último que reconocieron en aquellos primeros tiempos del cristianismo. Pero su antigua impresion no pudo enteramente quedar borrada. En vez de creer que se habia Cristo manifestado, como aun se persuadieron en tiempo de Adriano, dieron en decir debajo de los Antoninos sus sucesores, que su Mesías estaba en el mundo, aunque no se hubiese aun dejádo ver, porque esperaba al profeta Elías que habia de venir á consagrarle. Era entre ellos comun este discurso en tiempo de San Justino; y hallamos tambien

en su Talmud la doctrina de uno de sus mas antiguos maestros, que decia: «Que Cristo habia venido, segun las predicciones de los profetas, pero que se mantenia oculto en Roma entre los pobres mendigos.»

No pudo tal desvario introducirse en los ánimos, y en fin forzados los Judios á confesar que no habia el Mesías venido cuando tenian segun sus antiguas profecias, razon justa de esperarle, cayeron en otro abismo. Casi estuvieron para renunciar á la esperanza de su Mesías, que les faltaba en el tiempo; y muchos siguieron á un famoso Rabino, cuyas palabras se conservan en su Talmud, que viendo pasado el término tanto tiempo habia, concluyó, que «los Israelitas no tenian ya otro Mesías que esperar, porque se les habia dado en la persona del rey Ezechias.»

Disgustó tanto esta opinion, que no solo no fué recibida, sino detestada de los Judios. Pero como no se estiende á mas su conocimiento en los tiempos señalados por sus profetas, y no saben como salir de este laberinto, han hecho un artículo de fé de estas palabras, que leemos en el Talmud: «Todos los términos que estaban señalados para la venida del Mesías han pasado (1), y han pronunciado de comun acuerdo: Malditos sean los que computarán los tiempos del Mesías;» como se vé en una tempestad, que ha desviado el vagel muy lejos de su rumbo, desesperado al piloto, abandonar su calculo y dejarse ir á donde le lleva la fortuna.

Desde este tiempo todo su estudio ha sido de eludir las profecias, en que el tiempo de Cristo estaba señalado, y no reparando en trastornar todas las tradiciones de sus padres, como pudiesen quitar á los cristianos aquellas admirables profecias, han llegado hasta decir que no miraba á Cristo la de Jacob.

Pero sus mismos libros antiguos los desmienten. (2) Esta pro-

[1] Gen. Sam. cap. X.

[2] Gen. trac. Saned. cap. XI.

fecia está en su Talmud, entendida del Mesías; y el modo de que la esplicamos, se encuentra en sus parafrases, que son los comentarios mas auténticos y respetados que tienen.

Allí hallamos en propios términos, que la casa y el reino de Judas, á que habia de reducirle toda la posteridad de Jacob y todo el pueblo de Israel, produciría *jueces y tribunales*, hasta la venida del Mesías, debajo del cual se formaría un reino, compuesto de todos los pueblos.

Este es el testimonio que aun daban á los judíos en los primeros tiempos del cristianismo sus mas célebres y recibidos doctores. Una tradicion antigua, tan firme y tan establecida, no podia borrarse de repente; y aunque los judíos no aplicasen á Jesucristo la profecía de Jacob, no se habian aun atrevido á negar que no conviniese al Mesías; ni llegaron á este esceso hasta mucho tiempo despues, cuando estrechados por los cristianos, han en fin advertido, que su propia tradicion militaba contra ellos.

En quanto á la profecía de Daniel, en que la venida de Cristo estaba incluida en el término de cuatrocientos y noventa años, contando á su tiempo, desde el vigésimo de Artaxerxes; como este plazo llegaba al fin de los cuatro mil años del mundo, era así mismo tradicion muy antigua en los judíos, que el Mesías se manifestaría hácia el fin de estos cuatro mil años, y cerca de dos mil despues de Abrahan. Un Elías, cuyo nombre, aunque no es el profeta, es grande entre los judíos; (1) lo habia así enseñado antes del nacimiento de Jesucristo, y la tradicion se ha conservado en el libro del Talmud. V. A. ha visto cumplido este término á la venida de nuestro Señor; pues en efecto vino cerca de dos mil años despues de Abrahan, y hácia el cuatro mil del mundo. Los judíos con todo eso no le han conocido; y frustrados de su espectacion, han dicho que sus pecados habian retardado la venida del Mesías que debia venir. Nuestras datas, no obstante, están aseguradas por su propia confesion; y es muy

(1) *Gem. Tr. San.* cap. XI.

grande ceguedad, querer que dependa del arbitrio de los hombres, un término que Dios ha señalado tan precisamente á Daniel.

Cáusales tambien un gran embarazo, ver que este profeta ponga el tiempo de Cristo antes de la ruina de Jerusalem; de suerte, que cumplido este último tiempo, debe estarlo tambien el que le precede. (1)

Aquí se engañó muy neciamente Josefo (2). Él bien contó las semanas que debían ser seguidas de la desolacion del pueblo judaico; y viéndolas cumplidas en el tiempo que Tito puso el sitio á Jerusalem, no dudó que el punto fatal de la ruina de aquella ciudad, hubiese llegado; pero no consideró, que esta desolacion debia de ser precedida de la venida de Cristo y de su muerte; de suerte, que no entendió sino la mitad de la profecía.

Los judíos que vinieron despues de él, quisieron suplir este defecto; y nos forjaron un Agrippa descendiente de Herodes, á quien los romanos, dicen ellos, hicieron morir un poco antes de la ruina de Jerusalem; y quieren que este Agrippa, Cristo por su título de rey, sea el Cristo de que se ha hablado en Daniel, nueva prueba de su ceguedad. Porque fuera de que Agrippa no pudo ser el justo, ni el santo de los santos, ni el fin de las profecias, como habia de serlo el Cristo que Daniel señalaba en aquel lugar; y que la muerte de este Agrippa de que los judíos estaban inocentes, no podía ser la causa de su desolacion, como lo sería la muerte del Cristo de Daniel; lo que dicen sobre esto los judíos, es una fábula. Este Agrippa, descendiente de Herodes, fué siempre del partido de los romanos; siempre bien tratado de los emperadores; y reinó en un ángulo de la Judea, largo tiempo despues de la toma de Jerusalem, como lo testifica Josefo y los demás contemporáneos. (3)

(1) *Ant. X. cap. ult.*

(2) *De bell. Jud. cap. VII. vers. 4.*

(3) *Joseph lib. VII. de bell. Jud. Justus Tiber Biblioth. Phot. cod. 33.*

Así todo lo que los Judíos inventan para eludir las profecías, los confunde. Ellos mismos no se fían en invenciones tan necias, y su mejor defensa está en la ley que han establecido de no computar mas los días del Mesías. Con eso cierran voluntariamente los ojos á la verdad, y renuncian á las profecías en que el mismo Espíritu Santo ha contado los años: perolas cumplen al paso que las renuncian y hacen ver la verdad de lo que dicen de su ceguedad y de su caída.

Que respondan lo que quisieren á las profecías: la desolacion que predecian, les ha llegado en el tiempo señalado: el suceso es mas poderoso que todas sus sutilezas; y si Cristo no vino en aquella fatal coyuntura, los profetas en quienes esperan, los han engañado.

CAPITULO XXIV.

CIRCUNSTANCIAS MEMORABLES DE LA CAIDA DE LOS JUDÍOS.— CONTINUACION DE SUS FALSAS INTERPRETACIONES.

Y para acabar de convencerlos, note V. A. dos circunstancias que han acompañado su caída, y la venida del Salvador del mundo: la una, que la sucesion de los pontífices perpétua é inalterable desde Aaron, concluyó entonces: la otra, que la distincion de las tribus y de las familias, sien pre conservada hasta aquel tiempo, pereció en él, segun ellos mismos confiesan.

Esta distincion era necesaria hasta en los tiempos del Mesías. De Leví habian de nacer los ministros de las cosas sagradas. De Aaron habían de salir los sacerdotes y pontífices. De Judá habia de descender el Mesías mismo. Si la distincion de las familias no hubiese subsistido hasta la ruina de Jerusalem y hasta la venida de Jesucriso, hubieran los Sacrificios Judáicos

terminado antes de tiempo, y se le habria frustrado á David la gloria de ser reconocido por padre del Mesías. ¿Ha llegado el Mesías? ¿El nuevo Sacerdocio segun el orden de Melchisedech, ha tenido principio en su persona, y el nuevo reino que no era de este mundo se ha dejado ver? Ya no se necesita de Aaron, ni de Levi, ni de Judá, ni de David, ni de sus familias. Ya no es Aaron necesario, cuando deben segun Daniel cesar los Sacrificios (1). La casa de David y de Judá, dió cumplimiento á su destino desde el punto que el Cristo de Dios nació de ella; y como si los mismos Judíos renunciasen á su esperanza, olvidan precisamente en este tiempo la sucesion de las familias, hasta entonces tan cuidadosa y religiosamente retenida.

No omitamos una de las señales de la venida del Mesías; y puede ser la principal, si la sabemos entender bien; aunque sea el escándalo y el horror de los Judíos. Esta es la remision de los pecados, en nombre de un Salvador paciente, de un Salvador humillado y obediente hasta la muerte (2). Daniel entre sus semanas habia notado la semana misteriosa que hemos observado en que seria Cristo sacrificado, la alianza confirmada con su muerte, y extinguida la virtud de los Sacrificios antiguos. Juntemos Daniel con Isaias (3), y hallaremos todo el fondo de tan grande misterio: veremos «el hombre de dolores que está cargado de las iniquidades de todo el pueblo, que dá su vida por el pecado y le cura con sus llagas:» Abrid incrédulos los ojos: ¿no es verdad que se os ha predicado la remision de los pecados en nombre de Jesucristo Crucificado? ¿Se habia jamás pensado en tal misterio? ¿Algún otro, que Jesucristo antes ó despues de él se ha gloriado de lavar los pecados con su sangre? ¿Si se habrá hecho crucificar espresamente por adquirir un vano honor y cumplir en sí mismo una tan funesta profecía? ¿Pero quién tal pronuncia? Calleemos y adoremos en el Evange-

(1) Dan. cap. IX vers. 27.

(2) Dan. cap. IX, vers. 26 27.

(3) Isaias, cap. LIII.

lio una doctrina, que ni aun al pensamiento de hombre alguno podia ofrecer no siendo verdadera.

Es estremo en este punto el embarazo de los Judios: hallan en sus Escrituras muchos lugares en que se habla de las humillaciones de su Mesías. ¿Qué será, pues, que hablen otros de su gloria y de sus triunfos? El modo natural de conciliarlos, es que vendrá á los triunfos por los combates, y á la gloria por las tolerancias. ¡Cosa increíble! Mas han querido los Judios admitir dos Mesías. En su Talmud vemos y en otros libros de igual antigüedad, que esperan un Mesías paciente y un Mesías lleno de gloria; el uno muerto y resucitado; el otro siempre feliz y siempre vencedor: el uno á quien convienen todos los lugares en que se ha hablado del abatimiento: el otro, á quien se ajustan todos los que hablan de grandeza: el uno en fin, hijo de Joseph; porque no se le ha podido negar uno de los caracteres de Jesucristo, que ha sido reputado por hijo de Joseph: y el otro hijo de David, sin querer jamás entender, que este Mesías hijo de David, habia segun David, *de beber de el torrente antes de levantar la cabeza*(1), esto es, ser affigido antes de ser triunfante, como lo dice el mismo hijo de David. *¡O insensatos y tardos de corazon, que no podeis creer lo que han dicho los Profetas! No era preciso que Cristo padeciese todo esto, y que entrase en su gloria por este medio* (2).

En cuanto á lo demás, si entendemos del Mesías aquel gran lugar en que Isaías tan vivamente nos representa *el hombre de dolores, herido por nuestros pecados* y desfigurado *como un leproso* (3), tambien nos hallamos apoyados en esta esplicacion, como en las demás de la antigua tradicion de los Judios; y á pesar de cuantas impresiones tenian concebidas, el capítulo tantos veces citado de su Talmud nos enseña, que *este Leproso cargado de los pecados del pueblo, será el Mesías*. Los dolores

(1) Psal. cap. CIX.

(2) Luc. cap. XXIV, vers. 26 27.

(3) Isa. cap. LIII.

del Mesías, que le serán causados por nuestros pecados, son célebres en el mismo lugar y en los demás libros de los Judíos. Allí se habla frecuentemente de la entrada no menos gloriosa que humilde, que había de hacer en Jerusalem, montado sobre un jumento, y se le aplica aquella célebre profecía de Zacarías. ¿Pues de qué se lamentan los Judíos? Todo les estaba prevenido en términos precisos por sus profetas: su antigua tradicion habia conservado la esplicacion natural de aquellas célebres profecias, y no hay cosa mas justa que esta reprehension que les dió el Salvador del mundo: «Hipócritas, vosotros sabeis juzgar por los vientos, y por lo que aparece en el cielo, si el tiempo será sereno ó lluvioso; ¿y no sabeis conocer por tantas señales que se os han dado, el tiempo en que estais?» (1).

Concluyamos, pues, que los Judíos han tenido razon en decir que *todos los términos de la venida del Mesías han pasado*. Ya no es Judá reino ni pueblo, otros pueblos han reconocido al Mesías que habia de ser enviado. Jesucristo ha sido mostrado á los Gentiles, á esta señal han acudido al Dios de Abraham, y la bendicion de este patriarca se ha difundido por toda la tierra. El hombre de dolores ha sido predicado y la remision de los pecados anunciada por su muerte. Todas las semanas han pasado; la desolacion del pueblo y del santuario, justo castigo de la muerte de Cristo, ha tenido su último cumplimiento; en fin, Cristo ha venido con todos los caractéres que la tradicion de los Judíos reconocia en él y su incredulidad no tiene mas excusa.

Así vemos desde aquel tiempo señales indubitables de su reprobacion. Despues de Jesucristo no han hecho sino sumergirse mas y mas en la ignorancia y en la miseria, de donde sola la extremidad de sus males y la ignominia de haber sido tan frecuentemente esclavos de su error los hará salir; ó por mejor decir, la bondad de Dios cuando el tiempo decretado por su providencia para castigar su soberbia estará cumplido.

(1) Matth. cap. XVI, vers. 2, 3, 4. Luc. cap. XII, vers. 56.

Entretanto son la risa de los pueblos y el objeto de su aversión, sin que un tan largo cautiverio los haga volver en sí, aunque debia bastar para convencerlos. Porque, en fin, como les dice San Gerónimo. «¿Qué esperas ó incrédulo Judío? Tú has cometido muchos delitos durante el tiempo de tus jueces: tu idolatria te ha hecho esclavo de todas las naciones vecinas, pero Dios bien presto ha tenido piedad de ti, y no ha tardado enviarte á quien te salvase. Tú has multiplicado tus idolatrias debajo de tus reyes; pero las abominaciones en que has caído en los tiempos de Achaz y de Manasés, solo te se han castigado con setenta años de cautiverio. Cyro ha venido y te ha vuelto tu patria, tu templo y tus sacrificios. Al fin has sido arruinado por Vespasiano y por Tito. Cincuenta años despues, Adriano ha acabado de exterminarte, y há cuatrocientos años que permaneces oprimido.»

Esto es lo que decía San Gerónimo. El argumento se ha fortificado despues; y mil doscientos años se han añadido á la desolacion del pueblo judáico. Digámosle, pues, en vez de cuatrocientos años, que diez y seis siglos han visto durar su cautiverio, sin que se aligere su yugo. «¿Qué has hecho ó pueblo ingrato? Esclavo en todos los paises y de todos los príncipes; pues tú no sirves Dioses estrangeros (1). Como Dios que te habia elegido, te ha olvidado y ¿qué se han hecho sus antiguas misericordias? (2) Qué delito, qué atentado mayor que la Idolatria te hace sentir un castigo que jamás tus idolatrias te habian causado. ¿Enmudeces? ¿No puedes comprender lo que hace á Dios tan inexorable? Acuérdate de aquella palabra de tus padres: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y tambien: Nosotros no tenemos otro rey que á César. El Mesías, pues no será tu rey; mira bien lo que has escogido, quédate esclavo de César y de los reyes, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y que en fin todo Israel sea salvo.

(1) Matth. cap. XXVII. vers. 26.

(2) Joan. cap. XIX, vers. 15.

CAPITULO XXV.

REFLEXIONES PARTICULARES SOBRE LA CONVERSION DE LOS GENTILES. PROFUNDO CONSEJO DE DIOS QUE QUERIA CONVERTIRLOS POR LA CRUZ DE JESUCRISTO. RAZONAMIENTO DE SAN PABLO SOBRE ESTE MODO DE CONVERSION.

Esta conversion de los gentiles era la segunda cosa que habia de suceder en tiempo del Mesias y la señal mas segura de su venida. Hemos visto como lo habian claramente predicho los profetas, y como se han verificado sus promesas en los tiempos de nuestro Señor.

Es cierto que solo entonces y no antes ni despues, lo que los filósofos no osaron intentar lo que los profetas, ni el pueblo judáico cuando estaba mas protegido y mas fiel, no pudieron hacer; doce pescadores enviados por Jesucristo, y testigos de su resurreccion, lo han cumplido. Esto es, que la conversion del mundo no habia de ser obra de filósofos ni aun de profetas: á Jesucristo estaba reservada, y este era el fruto de su cruz.

Era en la verdad necesario que Cristo y sus Apóstoles fuesen de la estirpe Judáica, y que la predicacion del Evangelio empezase en Jerusalem (1). *Un monte elevado habia de padecer en los últimos tiempos* segun Isaias, este era la Iglesia cristiana. «Todas las gentes habian de venir á él y muchos pueblos congregarse alli. En este dia, solo el Señor debia ser elevado y quedar los Idolos totalmente rotos.» Pero Isaias, que vió estas cosas, tambien vió al mismo tiempo, que «la ley que habia de

(1) Isai. cap. II. vers. 2.

juzgar á todas las gentes saldría de Sion, y que la palabra de Dios que habia de corregir los pueblos, saldría de Jerusalem.» lo cual hizo decir al Salvador: *Que la salud habia de venir de los Judios* (1). Y era conveniente que la nueva luz con que los pueblos sumergidos en la idolatría, habian algun dia de ser alumbrados, se derramase por todo el universo desde el lugar en que siempre habia estado. Jesucristo, hijo de David y de Abraham, era en quien habian de ser benditas y santificadas todas las naciones. Frecuentemente lo hemos notado, pero no hemos aun observado la causa, porque este Jesus paciente, este Jesus crucificado y anonadado, habia de ser el único autor de la conversion de los Gentiles y el único vencedor de la idolatría.

San Pablo nos explica este grande misterio en el primer capitulo de la Epístola primera á los Corintios, cuyo admirable lugar conviene, que enteramente se considere. «El Señor, dice, me ha enviado á predicar el Evangelio, no con la sabiduría ni con el discurso humano, para no hacer inútil la cruz de Jesucristo: porque la predicacion del misterio de la cruz es locura para los que perecen, y no parece efecto del poder divino, sino á los que se salvan, está es, á nosotros. En efecto, está escrito: yo destruiré la sabiduría de los sábios y desecharé la ciencia de los doctos. ¿Dónde están ahora los sábios? ¿dónde están los doctores? ¿Qué se han hecho los que indagaban las ciencias de este siglo? ¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este mundo?» Sin duda: pues no ha podido sacar á los hombres de su ignorancia. Pero hé aquí la razon que dá San Pablo: «Que viendo Dios que el mundo con la sabiduría humana no le habia reconocido por las obras de su sabiduría» que son las criaturas que tan maravillosamente habia ordenado, ha tomado otro medio, *y ha resuelto salvar sus fieles con la locura de la predicacion*, esto es, con el misterio de la cruz en que nada puede comprender la humana sabiduría.

(1) Joan. cap. IV. vers. 22.

¡Nueva y admirable idea de la divina Providencia! Había Dios puesto al hombre en el mundo, donde á cualquiera parte que volviese los ojos, resplandecía la sabiduría del Creador, en la grandeza, en la riqueza y en la disposicion de tan maravillosa obra. Con todo eso le desconoció el hombre, las criaturas que se le ofrecian á la vista, para elevar mas altamente su espíritu, sirvieron solo de detenerle, sirviélas el ciego y embrutecido, y no contento de adorar la obra de las manos de Dios, llegó á adorar la obra de sus propias manos. De fábulas mas ridiculas, que las que se cuentan á los niños, compuso su religion, olvidóse de su razon enteramente: pues Dios quiere ahora hacerla olvidar de otro modo. Una obra, cuya sabiduría entendia, no le hizo fuer. a, hásele presentado otra obra, en que su discurso se pierde y en que todo le parece locura, esta es la cruz de Jesucristo. No es racionando como se entiende este misterio es, «cautivando la propia inteligencia debajo de la obediencia de la fé, es destruyendo los discursos humanos, y toda la altivez que se eleva contra la ciencia de Dios.»

En efecto, ¿qué comprendemos nosotros de este misterio, en que el Señor de la gloria está cargado de oprobios; en que la Sabiduría divina es tratada de locura, en que aquel que asegurado en sí mismo de su natural grandeza, «no ha creído atribuirse mucho, cuando se ha declarado igual á Dios, se ha anonado él mismo hasta tomar la forma de esclavo y padecer la muerte de la cruz?» Todos nuestros pensamientos se confunden; y como decia San Pablo, nada hay que parezca mas insensato á los que no están ilustrados del cielo.

Este era el remedio que Dios preparaba á la idolatria. Conocía la mente humana; y sabia que no se habia de destruir con discursos un error, que no habia establecido el discurso. Hay errores en que caemos discuriendo, porque á fuerza de discutir, se confunde frecuentemente nuestra razon; pero la idolatria habia venido por el extremo contrario; esto es, estinguendo nuestro discurso, y dejando dominar los sentidos, que querian revestirlo todo de las calidades de que estaban prendados. Por eso se habia hecho visible y material la divinidad. Los hombres le dieron su figura; y lo que era aun mas vergonzoso, sus vicios y sus pasiones. No tenia parte el discurso en un error tan

brutal, esto era un desorden de la razon, un delirio, un frenesí. Discurra V. A. con un frenético, y con un hombre á quien una fiebre ardiente obliga á delirar; no hará sino irritarle y hacer irremediable el mal; es forzoso ir á la causa, reparar el temperamento y calmar los humores, cuya violencia causa tan extraños arrebatamientos. Así no ha de ser el discurso quien cure el delirio de la idolatría. ¿Qué han ganado los filósofos con sus discursos pomposos, con su estilo sublime, con sus arengas tan artificiosamente ordenadas? ¿Platon, con su elocuencia creída divina, ha derribado un solo altar en que aquellas monstruosas deidades eran adoradas? Al contrario, él y sus discípulos y todos los sábios del siglo, han sacrificado á la mentira. (1) «Se han perdido en sus pensamientos; su corazon insensato se ha llenado de tinieblas; y debajo del nombre de sábios que se han dado, se han hecho mas locos que los demás; pues han adorado las criaturas contra lo que su propia razon les dictaba.

¿No la ha tenido, pues, San Pablo para esclamar en nuestro texto? ¿Dónde están los sábios, dónde están los doctores? ¿Qué han obrado los que indagaban las ciencias de este siglo?» ¿Han podido destruir solamente las fábulas de la idolatría? ¿Han sospechado á lo menos, que era necesario oponerse descubiertamente á tantas blasfemias, y padecer, no digo el último suplicio, pero la menor afrenta por la verdad? Tan lejos estuvieron de hacerlo, que *la han retenido cautiva* (2) y han puesto por máxima, que en materia de religion, era preciso seguir al pueblo; el pueblo que tanto despreciaban, ha sido su regla en la materia mas importante de todas, donde las luces de su entendimiento parecian mas necesarias. ¿De qué, pues, has servido, ó filosofia? ¿Dios no te ha convencido de que es locura la sabiduría de este mundo, como nos decia San Pablo? ¿No ha destruido la sabiduría de los sábios, y ha mostrado la inutilidad de la ciencia de los doctos?

(1) Rom. cap. I. vers. 21, 22.

(2) Rom. cap. I. vers. 18.

Así hizo Dios ver por esperiencia, que la ruina de la Idolatria no podía ser obra de solo el discurso humano. En vez de cometerle la cura de esta enfermedad, Dios ha acabado de confundirle con el misterio de la Cruz, y juntamente ha traído el remedio hasta el origen del mal.

La Idolatria, si sabemos entenderlo, traía su nacimiento de este profundo apego que tenemos á nosotros mismos. Esto nos había hecho inventar dioses semejantes á nosotros. Dioses que en efecto, no eran sino hombres, sujetos á nuestras pasiones, á nuestras flaquezas y á nuestros vicios, de suerte que debajo del hombre de falsas deidades, eran en realidad sus propios pensamientos, sus propios placeres y sus fantasías lo que adoraban los Gentiles.

Jesucristo nos dirige por otras sendas. Su pobreza, sus ignominias y su cruz le hacen objeto horrible á nuestros sentidos. Es menester salir de sí mismo, renunciar á todo, crucificarse todo por seguirle. El hombre arrancado á sí mismo y á todo lo que su corrupcion le obligaba á amar, se hace capaz de adorar á Dios y su verdad eterna, cuyas reglas quiere en adelante seguir.

Con esto acaban y se desvanecen todos los Idolos, así los que eran adorados en los altares, como los que cada uno servia en su corazon. Estos habían elevado aquellos. Adoraban los hombres á Venus, porque se dejaban dominar del amor y amaban su poder. Baco el mas placentero de todos los dioses, tenía sus altares porque se abandonaban y sacrificaban por decirlo así, al gusto de los sentidos mas dulce y eficaz en embriagar que el vino. Jesucristo, con el misterio de la cruz viene á imprimir en nuestros corazones el amor á los trabajos, en vez del amor á los gustos. Los Idolos, á quienes el culto exterior se dedicaba, fueron disipados, porque los que interiormente se adoraban, ya no subsistian, el corazon purificado como dice Jesucristo, se ha hecho capaz de ver á Dios; y el hombre está ya tan lejos de querer hacer á Dios semejante á sí, que antes bien procura en cuanto lo permite su miseria de hacerse él mismo semejante á Dios (1).

(1) Matth. cap. V. vers. 8.

El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver, como podia la divinidad sin envilecerse, estar unida á nuestra naturaleza y revestirse de nuestras flaquezas. El Verbo se ha encarnado: aquel que tenia *la forma* y la naturaleza *de Dios*, sin perder lo que era *ha tomado la forma de esclavo* (1). Inalterable en sí mismo, se une y se apropia una naturaleza estrangera, ¡Oh hombres! Vosotros queriais dioses que no fuesen, á decir la verdad, sino hombres y aun hombres viciosos. Grande ceguedad era esta. Pero veis aquí un nuevo obgeto de adoracion, que se os propone; este es un Dios y juntamente un hombre, pero un hombre, que nada ha perdido de lo que era, tomando lo que somos. La divinidad permanece en él inmutable, con que no siendo capáz de abatirse, no puede dejar de elevar lo que une consigo.

¿Pero qué ha tomado Dios de nosotros? ¿Nuestros vicios y nuestros pecados? ¿Quién tal pronuncia? No ha tomado del hombre, sino lo que en el hombre habia hecho, y bien cierto es que no habia hecho ni el pecado ni el vicio, habia hecho la naturaleza, tomóla. Puede decirse que habia hecho la mortalidad con la enfermedad que la acompaña, porque aunque no fuese parte del primer diseño, era justo castigo del pecado y en esta calidad obra de la justicia divina. Tampoco se desdeñó Dios de tomarla, y tomando la pena del pecado sin el pecado mismo, mostró que no era él un culpado á quien se castigaba, sino el justo que espiaba los pecados de los culpados.

De modo, que en lugar de los vicios que atribuian los hombres á sus dioses, se han descubierto todas las virtudes en este Dios-Hombre, y á fin de que se manifestasen en las mayores pruebas, han resplandecido entre los mas horribles tormentos. No busquemos, pues, otro dios visible despues de este, él es

(1) Phil. cap. II. vers. 6.

solo el digno de abatir todos los dioses, y la victoria que habia de obtener contra ellos está fijada á su cruz.

Esto es, está fijada á una aparente locura: *Porque los Judios*, prosigue San Pablo, *piden milagros*, con los cuales desquiciando Dios con ostentacion de su poder, toda la naturaleza, como hizo á la salida de Egipto, los haga visiblemente superiores á sus enemigos, *y los Griegos ó los Gentiles buscan la sabiduria*, y oraciones artificiosas, como las de su Platon ó su Sócrates. Y nosotros, continúa el apóstol, *predicamos á Jesucristo crucificado, escándalo para los Judios*, no milagro: *locura para los Gentiles*, no sabiduria; «pero qué es para los Judios y para los Gentiles, llamados al conocimiento de la verdad, el poder y la sabiduria de Dios: porque lo que en Dios parece locura, es más sabiduria que toda la sabiduria humana; y lo que parece debilidad es mayor fortaleza, que toda la fortaleza humana. Este es el postrero golpe, que era forzoso dar á nuestra soberbia ignorancia. La sabiduria á que nos conduce, es tan sublime, que parece locura á nuestra sabiduria; y sus reglas son tan altas que todo ello nos parece un estravío.

Pero si esta divina sabiduria no es impenetrable en sí misma, se nos hace por sus efectos manifiesta. Una virtud sale de la cruz, y no hay idolo que no vacile, vemos caer todos á tierra, aunque apoyados del poder Romano. No son los sábios: no son los nobles; no son los poderosos los que han hecho tan grande milagro. La obra de Dios ha tenido un mismo curso, y lo que él empezó por las humillaciones de Jesucristo, ha consumado con las humillaciones de sus discipulos, *Considerad: hermanos mios*, que así acaba San Pablo su admirable discurso, *considerad los que Dios ha llamado entre nosotros* y de qué ha compuesto está iglesia vencedora del mundo: *pocos sábios hay en ella*, de los que el mundo admira: «pocos poderosos y pocos nobles; pero Dios ha elegido lo que es loco segun el mundo para confundir los sábios: ha escogido lo que era débil para confundir los poderosos: ha elegido lo mas despreciable y lo mas vil, y en fin, lo que nada era para destruir lo que era: á fin de que ningun hombre se glorifique á su vista.» Los apóstoles y los discipulos, la escoria del mundo y la misma nada á mirarlos con los ojos humanos, han prevalecido á todos los emperadores y

á todo el imperio. Habian los hombres olvidado la creacion, y Dios la ha renovado, sacando de esta nada su Iglesia, á la cual ha hecho todo poderosa contra el error. Ha confundido con los Idolos toda la grandeza humana que se interesaba en defenderlos; y ha hecho una tan gran obra del mismo modo que la del Universo con sola la fuerza de su palabra.

CAPITULO XXVI.

DIVERSAS FORMAS DE IDOLATRIA: LOS SENTIDOS, EL INTERÉS, LA IGNORANCIA, UN FALSO RESPETO DE LA ANTIGUEDAD, LA POLÍTICA, LA FILOSOFÍA Y LAS HEREGÍAS VIENEN EN SU SOCORRO: LA IGLESIA TRIUNFA DE TODO.

Parécenos la idolatría la misma flaqueza, y al mismo tiempo nos es difícil de comprender, como ha sido necesario tanta fuerza para poderla destruir. Pero su estravagancia hace ver la dificultad que habia para vencerla; y un tan gran desconcierto de la razon, muestra bastantemente cuan viciado estaba el principio. Habia el mundo envejecido en la idolatría; y encantado por sus ídolos, se habia hecho sordo á toda la naturaleza que clamaba contra ellos. ¿Qué poder no sería necesario para renovar en la memoria de los hombres el verdadero Dios tan profundamente olvidado, y despertar al género humano de tan espantoso letargo?

Todos los sentidos, todas las pasiones, todos los intereses militaban por la Idolatría. Ella estaba hecha para el gusto: los divertimientos, los espectáculos, y en fin, la licencia misma, formaban una parte del culto divino. Las fiestas no eran sino juegos: no habia ejercicio de la vida humana de donde estu-

viese mas cuidadosamente desterrado el pudor que de los misterios de la religion. ¿Cómo se podrian acostumbrar espíritus tan corrompidos á la regularidad de la religion verdadera, casta, sencilla, enemiga de los sentidos y únicamente fijada en los bienes invisibles? San Pablo hablaba á Félix, gobernador de Judea, *de la justicia de la castidad* y del juicio futuro (1). Atemorizado este hombre le dijo: *En cuanto á esto vete por ahora, que mandaré llamarte cuando sea necesario*. Esta era una conversacion para muy diferida por un hombre que deseaba gozar sin escrúpulo, y á cualquier precio de los bienes de la tierra.

¿Quiere V. A. ver, cómo se mezcla el interés aquel prodigioso ingenio que dá movimiento á las cosas humanas? En aquel gran Bando contra la Idolatría que comenzaban á causar en toda el Asia las predicaciones de San Pablo, los plateros que ganaban su sustento haciendo pequeños templos de plata de la diosa de Efeso, se juntaron, y el mas acreditado entre ellos, les representó que estaba para cesar su ganancia. «Y no solamente dijo corremos riesgo de perderlo todo, sino que el templo de la gran Diana está expuesto á un próximo desprecio; y la magestad de la que es adorada en toda el Asia y aun en todo el Universo, se aniquilará poco á poco (2).

¡Qué poderoso es el interés y qué atrevido cuando puede cubrirse con el velo de la religion! No se necesitó de mas para conmover á aquellos artifices. Salieron todos juntos gritando como furiosos: *La gran Diana de los Efesios*, y arrastrando los compañeros de San Pablo al teatro, donde toda la ciudad estaba junta. Redoblaron entonces los gritos, y por el espacio de dos horas resonaron en la plaza estas palabras: *La gran Diana de los Efesios*. San Pablo y sus compañeros fueron con dificultad arrancados de las manos del pueblo por los magistrados, que temieron sucediesen mayores desórdenes en aquel tumulto.

(1) Act. cap. XXIV, vers. 25, 26.

(2) Act. cap. XIX, vers. 24, 25, 26, 27.

Junte V. A. al interés de los particulares el interés de los sacerdotes, próximos á caer en sus mismos Dioses; junte á todo esto el interés de las ciudades que su falsa religion hacia ilustres, como la ciudad de Efeso que debia á su templo sus privilegios y al concurso de los forasteros sus riquezas. ¡Qué tempestad se levantaria contra la Iglesia que iba naciendo! ¿Y causará maravilla ver á los apóstoles tan frecuentemente maltratados, apedreados, dejados por muertos en medio del vulgo? Pero otro mayor interés vá á mover otra mayor máquina: el interés del Estado vá á dar impulso al Senado, al pueblo Romano y á los emperadores, para que hagan suya esta causa.

Habia ya largo tiempo que las ordenanzas del Senado prohibian las religiones estrangeras. Los emperadores habian abrazado la misma política, y en aquella prudente deliberacion en que se trataba de reformar los abusos del gobierno, uno de los principales reglamentos que Mecenas propuso á Augusto, fue de impedir las novedades en la religion, que siempre causaban peligrosas alteraciones en los estados, la máxima es verdadera, ¿pues, qué cosa hay que mas violentamente mueva los ánimos y los conduzca á los mas estraños escesos? Pero queria Dios hacer ver, que el establecimiento de la religion verdadera no escitaba semejantes turbaciones, y esta es una de las maravillas que muestran, que él era el que dirigia esta obra. Porque ¿quién no se pasmará de ver, que en el espacio de treientos años que la Iglesia tuvo que padecer todo lo mas cruel, que la rabia de sus perseguidores podia inventar, entre tantas sediciones y guerras civiles, y entre tantas conjuraciones contra la persona de los emperadores, jamás se mezclase un solo cristiano, ni bueno ni malo? Los cristianos desafian sus mayores enemigos, á que les nombren uno solo; jamás le hubo, tanta veneracion inspiraba la Doctrina cristiana por la autoridad pública, y tan profunda fue la impresion, que hizo en todos ánimos esta palabra del hijo de Dios: *Dad al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios* (1).

(1) Matth. cap. XXII, vers. 21.

Esta gran distincion ilustró los ánimos con una luz tan clara que jamás los cristianos dejaron de respetar la imágen de Dios, en los príncipes perseguidores de la verdad. Brilla de tal modo este carácter de sumision en todas sus Apologías, que aun el dia de hoy inspiran á quien las lee el amor del estado público; y hacen ver, que solo esperaban de Dios el establecimiento del cristianismo. Ni una vez sola en tantos siglos de padecer, se desviaron de este precepto unos hombres tan determinados á la muerte que llenaban todo el imperio y á todos los ejércitos, á si mismos se prohibian no solamente las acciones sediciosas, sino aun las murmuraciones. El dedo de Dios estaba en esta obra; y ninguna otra mano que la suya, hubiera podido contener ánimos estremadamente violentados con tantas injusticias.

Duro les era en la verdad ser tratados de enemigos públicos y de enemigos de los emperadores; ellos que no respiraban sino obediencia, y cuyos votos mas ardientes tenian por objeto la salud de los príncipes y la felicidad del Estado. Pero la política romana se creía combatida en sus fundamentos, cuando se despreciaban sus dioses. Gloriábase Roma de ser una ciudad santa por su fundacion; consagrada desde su origen con auspicios divinos, y dedicada por su autor al Dios de la Guerra. Poco faltó para que no creyese á Júpiter mas presente en el Capitolio que en el cielo. Creía deber sus victorias á su religion: por eso habia sujetado las naciones y sus dioses, que así se discurría en aquel tiempo; de suerte, que los dioses romanos debian ser señores de los otros dioses, como los romanos lo eran de los demás hombres. Luego que Roma sujetó la Judea habia contado el Dios de los Judíos entre los que habia vencido: querer hacerla reinar, era desquiciar los fundamentos de la República; era aborrecer las victorias y el poder Romano. Así los cristianos, enemigos de los Dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la República. Mas cuidado ponian los emperadores en exterminarlos, que en aniquilar los Parthos, los Marcomanos y los Dácios: con tanta pompa se dejaba ver en sus inscripciones al Cristianismo abatido, como los Sarmatas deshechos. Pero sin razon se jactaban de haber destruido una Religion, que cuanto mas la oprimian, mas se dila-

taba. Las calumnias se juntaron sin fruto á la crueldad. Eran acusados de vicios que horrorizan á la naturaleza, hombres que practicaban virtudes superiores al hombre. Eran acusados de incestuosos, aquellos cuyas delicias eran la castidad. Eran acusados de comer sus propios hijos, aquellos que eran benéficos con quien los perseguía. Pero á pesar del ódio público, la fuerza de la verdad sacaba favorables testimonios de la boca de sus enemigos. Todos saben lo que Plinio el Menor escribió á Trajano acerca de las costumbres de los Cristianos. (1) Ellos fueron justificados; pero no fueron eximidos del último suplicio, porque aun necesitaban de esta última mano para perfeccionar en ellos la Imágen de Jesucristo, y debían como él ir á la Cruz con una declaracion pública de su inocencia.

No ponía la Idolatria toda su fuerza en el rigor; porque aunque fuese su fondo una ignorancia brutal y una entera depravacion del sentido humano, quería adornarse de razones. ¿Cuántas veces procuró disfrazarse y en cuántos modos se transformó para cubrir su ignominia? Mostrábase alguna vez respetuosa hácia la divinidad; todo lo que es divino decia, es desconocido; y sola la divinidad es la que así misma se conoce; no es para nuestro corto entendimiento discurrir de cosas tan altas; y así es preciso creer á los antiguos y seguir cada uno la Religion que halla establecida en su país. Con estas máximas, aquellos errores tan crasos como impíos que llenaban toda la tierra, eran irremediabiles: y la voz de la naturaleza que anunciaba al verdadero Dios, estaba ahogada.

Motivo habia para pensar, que la flaqueza de nuestra razon descaminada necesita de una autoridad que la restituía al principio; y que la antigüedad es de quien se debe aprender la Religion verdadera. Ya ha visto V. A. su continuacion inmutable desde el principio del mundo. ¿Pero de qué antigüedad habia de gloriarse el Paganismo que no podia leer sus propias historias sin hallar el origen, no solo de su Religion sino tambien

(1) Plin. lib. X. ep. 97.

de sus Dioses? Varron, Ciceron y otros autores, lo han hecho ver bien claramente. ¿Si recurriamos á aquellos millares infinitos de años que llenaban los Egipcios de fábulas confusas é impertinentes para establecer la antigüedad de que blasonaban? Pero allí se veian nacer y morir las deidades de Egipto; y este pueblo no podia hacerse antiguo sin señalar el principio de sus Dioses.

He aquí otra forma de idolatría. Quería ella que se diese culto á todo lo que se reputaba por divino. La política romana, que tan severamente prohibía las religiones estrangeras, permitía que fuesen adorados los dioses de los bárbaros como los hubiese ella adoptado; queriendo mostrar su equidad no menos con los dioses que con los hombres. Alguna vez ofrecía incienso al Dios de los Judíos con todos los otros. Una carta hallamos de Juliano Apóstata, en que promete á los judíos restablecer la santa ciudad, y sacrificar con ellos á Dios, creador del universo. Este era un error comun. Hemos visto que los paganos querian adorar al verdadero Dios, pero no á él solo; y no consistió en los emperadores que tambien Jesucristo, cuyos discipulos perseguian, no tuviese Altares entre los Romanos.

Pues ¿que los Romanos pudieren pensar en honrar como Dios á aquel á quien sus Magistrados habian condenado al último suplicio y que muchos de sus autores cargaron de oprobios? No hay que pasmarse de esto, el hecho es incontestable.

Distingamos primeramente lo que hace decir en general un ódio ciego de los hechos positivos, cuya prueba se alega. Es cierto que los Romanos, aunque condenasen á Jesucristo, jamás le imputaron algun delito particular: así Pilatos le condenó con repugnancia, violentado de los gritos y de las amenazas de los Judíos. Pero lo que es mucho mas maravilloso, los Judíos mismos á cuya instancia fué crucificado, no han conservado en sus libros antiguos memoria de alguna accion que manchase su vida, y mucho menos que le hiciese merecer el último suplicio: por donde manifestamente se confirma lo que leemos en el Evangelio, que todo el crimen de Nuestro Señor fue, el haberse nombrado el Cristo Hijo de Dios.

En efecto, Tácito nos refiere bien el suplicio de Jesucristo debajo de Poncio Pilatos, y durante el imperio de Tiberio; pero

no cuenta otro delito que le hiciese merecer la muerte, que ser autor de una nueva secta convencida de aborrecer el género humano ó de serle odiosa. Este es el delito de Jesucristo y de los cristianos: y sus mayores enemigos nunca han podido acusarlos sino en términos vagos, sin alegar jamás un hecho positivo que se les haya podido imputar.

Es verdad, que en la última persecucion, trescientos años despues de Jesucristo, los Paganos que no sabian ya que reprehender en él ni en sus discípulos, publicaron unos actos falsos de Pilatos, pretendiendo que se verian en ellos los delitos, por qué habia sido crucificado. Pero como no hay memoria de estos autos en todos los siglos precedentes y ni bajo Neron, ni Domiciano, que reinaban en el origen del Cristianismo y eran de él tan enemigos, nada de todo esto se encuentra: parece que los fabricaron á su gusto, y que como veian á los romanos sin prueba alguna constante contra Jesucristo, se hallaron sus contrarios reducidos á inventarlas para tenerlas.

Hé aquí el primer hecho, la inocencia irrepreensible de Jesucristo. Juntémosle el segundo, la santidad de su vida y de su doctrina reconocida. Uno de los mayores Emperadores Romanos, quiero decir, Alejandro Severo, estaba admirado de nuestro Señor y hacia escribir así en las obras públicas, como en su Palacio, algunas de su Evangelio. El mismo emperador alababa y proponia por ejemplo las santas precauciones con que los cristianos ordenaban á los ministros de las casas sagradas. No es esto todo, se veía en su palacio una especie de capilla en que sacrificaba desde la mañana. Allí habia consagrado las imágenes *de las Almas Santas*, entre las cuales colocaba á Orfeo, á Jesucristo y Abraham. Tenia otra capilla, ó como se quiera traducir la palabra latina *Dararium*, de menor dignidad que la primera, en que se veía la imagen de Achilles y de otros hombres grandes; pero Jesucristo estaba puesto en la primera clase, un pagano es quien lo ha escrito, y cita por testigo un autor de el tiempo de Alejandro. He allí dos testigos de un mismo hecho, y he aquí otro hecho, que no es menos pasmoso.

Aunque en abjurar Porfirio el Cristianismo, se declaró su enemigo, no dejó de confesar en su libro intitulado: *La Filoso-*

fta por los Oráculos, que los hubo muy favorables á la santidad de Jesucristo.

No quiera Dios que sepamos por Oráculos engañosos la gloria de su Hijo, que los hizo enmudecer con su nacimiento. Pero bueno es saber lo que los paganos hacian decir á sus dioses sobre nuestro Señor. Porfirio, pues, nos asegura, que ha habido oráculos *en que Jesucristo es llamado un hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y los cristianos, al contrario, hombres impios y seducidos*. Refiere despues el oráculo de la diosa Hecates, en que habla de Jesucristo, como «de un hombre ilustre por su piedad, cuyo cuerpo ha cedido á los tormentos, pero cuya alma está en el cielo entre las bienaventuradas. Esta Alma, (decia la diosa de Porfirio,) por una especie de fatalidad ha inspirado el error á las almas, á quienes el destino no ha asegurado los dones de los dioses, y el conocimiento del gran Júpiter: y que por eso son sus enemigas. Pero tened cuidado de no blasfemar de él. (Prosigue hablando de Jesucristo) y compadece solamente el error de aquellos, cuyo infeliz destino os he contado.» Palabras pomposas y enteramente vacías de sentido; pero que muestran que la gloria de nuestro Señor ha forzado su enemigos á tributarle elogios.

A mas de la inocencia y santidad de Jesucristo, aun hay un tercer punto, no menos importante, que es el de sus milagros. Es cierto, que los Judíos jamás los han negado; y en su Talmud hallamos algunos de los que sus discípulos hicieron en su nombre. Solamente han dicho por oscurecerlos, que los habia hecho por los encantamientos, que habia aprendido en Egipto ó por el nombre de Dios: aquel nombre desconocido é inefable, cuya virtud todo lo puede y que Jesucristo habia descubierto, no se sabia como, en el Santuario ó en fin porque era uno de aquellos profetas señalados por Moisés, cuyos milagros engañosos habian de llevar el pueblo á la Idolatría. Jesucristo, vencedor de los Idolos, cuyo Evangelio ha hecho reconocer un solo Dios por todo el mundo, no necesita de ser justificado de esta calumnia: los verdaderos profetas no han predicado su divinidad menos que él; y lo que debe resultar de el testimonio de los Judíos es, que Jesucristo hizo milagros, para justificar su mision.

En cuanto á lo demás, cuando le calumnian de haberlos he-

cho por Mágia, deben advertir, que Moisés fué acusado del mismo delito. Esta era opinion antigua de los Egipcios, que atónitos de las maravillas que habia Dios obrado en su pais, por medio de aquel grande hombre, le habian puesto en el número de sus principales Magos. Puede tambien verse esta opinion en Plinio y Apuleyo, donde Moisés se halla nombrado con Jannes y Marbré; aquellos célebres encantadores de Egipto, de quien habla San Pablo y á quien habia Moisés confundido con sus milagros. Las ilusiones de los Magos jamás tienen un efecto durable, ni se dirigen á establecer, como hizo Moisés, el culto del Dios verdadero y la santidad de la vida: demás, que bien sabe Dios mostrarse el Omnipotente y hacer obras, que sea incapáz el poder enemigo de imitarlas. Las mismas razones hacen á Jesucristo superior á una tan vana acusacion, que desde su origen solo sirve de justificar, como hemos notado, que son incontestables sus milagros.

En efecto, lo son tanto, que igualmente imposible ha sido á los Gentiles como á los Judios desconocer en ellos. Celso, el gran enemigo de los cristianos y que desde los primeros tiempos les hace guerra con toda la habilidad imaginable, inquiriendo con infinita diligencia cuanto podia dañarles, no ha negado todos los milagros de nuestro Señor; defiéndese de ellos diciendo con los Judios que Jesucristo habia aprendido los secretos de los egypcios, esto es, la mágia, y que quiso atribuirse la divinidad con las maravillas que obró en virtud de este arte detestable. Por eso pasaban por mágicos los cristianos; y tenemos un lugar de Juliano Apóstata que desprecia los milagros de nuestro Señor, pero sin ponerlos en duda. Volusiano en su carta á San Agustin hace lo mismo, y este discurso era comun entre los paganos (1).

No es, pues, maravilla, que acostumbrados los paganos á hacer dioses de todos los hombres en quienes alguna cosa extraordinaria resplandecía, quisiesen colocar á Jesucristo entre

(1) Ap. Aug. tom. II. Ep. 3, 4.

sus deidades. Tiberio por los informes que le iban de Judea, propuso al Senado el acordar á Jesucristo los honores divinos. No es este un hecho que sin fundamento se expone: Tertuliano le refiere como público y notorio en su Apología que presenta al Senado en nombre de la Iglesia, y no queria desacreditar una tan buena causa como la suya, en cosas en que tan fácilmente se le podia confundir no siendo verdaderas. Y si se quisiere el testimonio de un autor pagano, Lampridio nos dirá: Que Adriano habia levantado á Jesucristo templos que aun duraban cuando él escribia, y que Alejandro Severo despues de haberle venerado como particular, queria erigirle públicamente altares y ponerle en el número de los dioses, siendo emperador.

Mucha injusticia es verdaderamente no querer dar crédito en lo tocante á Jesucristo, sino á lo que escriben los que no han estado alistados entre sus discípulos: porque esto es buscar la fé en los incrédulos ó el cuidado y la diligencia en los que ocupados de todas las demás cosas, miraban la religión como indiferente. Pero no obstante, es cierto que la gloria de Jesucristo ha tenido tan grande lustre, que no ha podido el mundo resistirse á darle algun testimonio; y yo no puedo referir á V. A. otro mas auténtico que el de tantos emperadores.

No dejo con todo esto de reconocer que tambien tenian otro designio. Mezclábase algo de política en los honores que tributaban á Jesucristo. Pretendian que al fin todas las religiones se unirian, y los dioses de todas las sectas se harian comunes. Los cristianos que no conocian este culto mixto, no menos despreciaron las condescendencias que los rigores de la política romana. Pero quiso Dios que otro principio hiciese desechar á los paganos los templos que destinaban los emperadores á Jesucristo. Los sacerdotes de los Idolos, segun refiere el autor pagano tantas veces citado, declararon al emperador: «Que si para el uso de los cristianos consagraba aquellos templos, todos los demás serian abandonados, y todo el mundo abrazaría la religion cristiana.» La Idolatría misma sentia en nuestra religion una fuerza invencible á que no podian resistir los falsos dioses; y ella misma justificaba la verdad de esta sentencia del apóstol: «¿Qué convencion puede haber entre Je-

sucristo y Belial? ¿y cómo puede concordar el templo de Dios con los ídolos (1).

Así por la virtud de la cruz, la religion pagana confundida por sí misma se iba arruinando, y la unidad de Dios de tal modo se establecia, que al fin la idolatría no se mostró distante de reconocerla. Decia que la naturaleza divina tan grande y tan extendida, no podia expresirse con un nombre solo, ni debajo de una sola forma; pero que Júpiter, Marte, Juno y los demás dioses no eran en sustancia sino un mismo Dios, cuyas virtudes infinitas se explicaban y representaban con tantos nombres diferentes. Cuando despues se llegaba á las historias impuras de los dioses á sus infames genealogías, á sus amores deshonestos, á sus fiestas y á sus misterios, que no tenian otro fundamento que aquellas espantosas fábulas, toda la religion se convertia en alegorías. El mundo ó el sol era á quien reconocian por único Dios; las estrellas eran, y el fuego, y el aire, y el agua, y la tierra y sus diversas conjunciones, las que estaban ocultas debajo de los nombres de los dioses en sus amores. Débil y miserable refugio: porque á más de que las fábulas eran escandalosas, y todas las alegorías frias y violentas ¿qué se hallaba al fin, sino que este Dios único era el universo con todas sus partes? De suerte que el fondo de la religion era la naturaleza y siempre la criatura adorada en lugar de su Criador.

Estas flacas excusas de la Idolatría, aunque sacadas de la filosofia de los Estoycos, no contentaban mucho á los filósofos. Celfo y Porfirio buscaron nuevos socorros en la doctrina de Platon y de Pytagoras; y hé aquí como conciliaban la unidad de Dios con la multiplicidad de los Dioses vulgares. No habia, decian ellos, sino un Dios Supremo; pero era tan grande, que no se mezclaba en las cosas pequeñas. Contento con haber hecho el cielo y los astros, no sé habia dignado poner la mano en

(1) Macrob. cap. I. Satur. cap. 17, et seq. Apul. de Deo Soc. Aug. de Civ. cap. IV, versículo 10, 11,

este mundo inferior, el cual habia dejado formar á sus subalternos; y el hombre, aunque nacido para conocerle, no era por ser mortal obra digna de tales manos. Era así mismo inaccesible á nuestra naturaleza: habitaba una region muy elevada para nosotros: los espíritus celestiales que nos habian hecho, nos servian de mediadores con él, y esto es lo que precisaba á adorarlos (1)

No trato de refutar estos sueños de los Platónicos, que por sí ellos mismos se desvanecen. El misterio de Jesucristo los destruía por el fundamento. Enseñaba este misterio á los hombres que no los habia hecho Dios á su imágen para despreciarlos: que si tenian necesidad de mediador, no era por defecto de su naturaleza, la cual como todas las otras, habia debido el ser á su poderosa mano, sino por causa de su pecado de que ellos eran los únicos autores: en cuanto á lo demás, que su naturaleza los alejaba tan poco de Dios, que no se desdeñaba de unirse á ellos haciéndose hombre; y les daba por mediador, no aquellos espíritus celestiales que los filósofos llaman demonios y la Escritura ángeles, sino un hombre, que juntando la fuerza de Dios con nuestra naturaleza enferma, nos hizo un remedio de nuestra flaqueza.

Y ¿si la soberbia de los Platónicos no podia abatirse hasta las humillaciones del Verbo hecho carne, no debia á lo menos comprender que no por ser el hombre de menos escelente naturaleza que el ángel, deja de ser capáz como él de gozar de Dios, y que así mas es su compañero que su súbdito, no obligado á adorarle, sino á adorar con él en espíritu de sociedad al que creó á entrambos á su semejanza? Era, pues, no solo mucha bageza en el género humano, sino aun mucha ingratitud tributar sacrificios á quien no fuese Dios, ni podia haber igual ceguedad á la del Paganismo que en vez de reservarle este supremo culto, le rendia á tantos demonios.

Mas aquí es donde la Idolatría que parecia reducida al ma-

(1) Aug. Epist. III. ad Volus, etc.

yor aprieto, descubrió enteramente su flaqueza. Al fin de las persecuciones, estrachado Porfirio por los cristianos, se vió precisado á decir que el sacrificio no era el culto supremo. Vea V. A. á qué punto llegó su estravagancia. Este Altísimo Dios, decia, no recibe sacrificios: todo lo que es material, es para el impuro y no puede ofrecérsele (1). Aun la palabra no debe emplearse en su culto, porque la voz es cosa corporal: es necesario adorarle en el silencio y con simples pensamientos: que todo otro culto es indigno de magestad tan alta.

Así Dios era muy grande para ser alabado; y era delito esprimir como podemos lo que concebimos de su grandeza. El sacrificio, aunque solamente sea un modo de declarar nuestra profunda dependencia y un reconocimiento de su soberanía, era indigno de su Magestad: así lo decia espresamente Porfirio; ¿y qué era todo esto sino aniquilar la Religion y dejar enteramente sin culto á aquel que era reconocido por el Dios de los Dioses?

¿Pero qué significaban aquellos sacrificios que ofrecian los Gentiles en sus Templos? Porfirio habia encontrado ese secreto. Habia, decia él, espíritus impuros, engañosos, malignos, que con soberbia insensata querian ser tenidos por Dioses y hacerse servir de los hombres. Era forzoso aplacarlos para que no hiciesen daño. Unos mas alegres y festivos se dejaban ganar con los espectáculos y juegos: el humor mas melancólico de otros quería el humo de la carne humana y se alimentaba de sacrificios sangrientos. ¿De qué sirve refutar estos absurdos? Sobraron razones para que los cristianos ganasen su causa y quedase por constante que todos los Dioses á quien sacrificaban los Gentiles, eran espíritus malignos cuya soberbia se atribuia la divinidad: de suerte, que la Idolatría mirándola en si misma, parecia solamente efecto de una ignorancia brutal; pero buscando el origen, era una obra conducida de lejos y adelantada hasta el mayor exceso por maliciosos espíritus. Esto es lo

(1) Porph. lib. II. de abst. Aug. de Civ. X.

que los cristianos habian siempre pretendido: esto es lo que enseñaba el Evangelio: esto lo que cantaba el Psalmista: *Todos los Dioses de los Gentiles son demonios, pero el Señor ha hecho los cielos* (1).

Y con todo eso, serenísimo Señor, ¡extraña ceguedad del género humano! La idolatría reducida al extremo y confundida por sí misma, no dejaba de sostenerse. No era menester mas que revestirla de alguna apariencia, y explicarla con voces de sonido agradable á los oídos para introducirla en los ánimos. Porfirio era admirado. Jamblico su secuáz era tenido por un hombre divino, porque sabia envolver los dictámenes de su maestro en términos misteriosos, aunque en efecto nada significativos. Juliano Apóstata con toda su astucia, fue preso de estas apariencias, los mismos paganos lo refieren. Los encantamientos verdaderos ó falsos de que aquellos filósofos blasonaban, su austeridad mal entendida; su abstinencia ridícula, que llegaba á hacer delito de comer los animales, sus purificaciones supersticiosas. en fin, su contemplacion que se exhalaba en vanos pensamientos, y sus palabras tan poco sólidas, cuanto en la apariencia magnificas, engañaban al mundo. Pero aun no he tocado en la raíz. La santidad de las costumbres cristianas, el desprecio que ordenaba de los placeres y sobre todo la humildad, que es la basa del cristianismo, era insufrible á los hombres, y si sabemos comprenderlo, la soberbia, la sensualidad y la disolucion, eran las únicas defensas de la idolatría.

Iba la Iglesia desarraigándola todos los días con su doctrina, y aun mas con su paciencia. Pero aquellos espíritus malignos que jamás habian cesado de engañar á los hombres, y que los habian sumergido en la idolatría, no pusieron en olvido su malicia. Suscitaron en la Iglesia aquellas heregías que V. A. ha visto. Algunos hombres curiosos, y por eso vanos é inquietos, quisieron ganarse nombre entre los fieles, y no supieron con-

(1) Psal. cap. XCV.

tentarse con aquella sabiduría sobria y templada que el apóstol habia recomendado tanto á los cristianos (1). Profundizaban mucho en los misterios que pretendian medir con nuestras débiles inteligencias: nuevos filósofos que mezclaban las razones humanas con la fé é intentaban disminuir las dificultades del cristianismo; no pudiendo digerir toda la locura que hallaba el mundo en el Evangelio. Así sucesivamente, y con una especie de método, fueron impugnados todos los artículos de nuestra fé: la Creacion: la Ley de Moises: fundamento necesario de la nuestra; la Divinidad de Jesucristo; su Encarnacion; su Gracia; sus Sacramentos; todo en fin dió materia á divisiones escandalosas. (2) Celso y los otros nos redarguian con ellas. ¡Qué triunfante se ostentaba la Idolatría! Pareciale la Iglesia una obra humana y ya próxima á caer por si misma. Y se concluia que en materia de Religion, no debíamos sutilizar mas que nuestros antepasados, ni intentar novedades en el mundo.

En esta confusion de sectas que blasonaban de ser cristianas, no faltó Dios á su Iglesia. Conservóle siempre un carácter de autoridad, que las heregías no podian adquirir (3). Ella era católica y universal, abrazaba todos los tiempos y se estendia por todas partes. Era apostólica: la continuacion, la sucesion, la cátedra de la unidad, la autoridad primitiva, eran sus propias dotes. Todos los que la dejaban, la habian primero reconocido, y no podian borrar el caracter de su novedad, ni el de su rebeldía. Los mismos paganos la miraban como á quien era la raiz, como á quien era el todo, de donde se habian desunido aquellas particillas: siempre vivo el tronco y siempre entero, sin que las ramas cortadas le hubiesen disminuido. Celso, que redarguía á los cristianos con sus divisiones en tantas iglesias cismáticas, que veía levantarse, la observaba una iglesia distinguida de todas las demás y siempre mas fuerte; y por eso la lla-

(1) Rom. cap. XII. vers. 6.

(2) Orig. lib. V. cont. Cels.

(3) Iren. III. 1, 2, 3, 4.

maba tambien «la Gran Iglesia. (1) Hay (decia) entre los cristianos algunos que no reconocen el Creador, ni las Tradiciones de los Judios;» queria hablar de los Marcionistas; *pero*, proseguia él, *la Gran Iglesia las recibe.* (2) En la turbacion que escitó Paulo de Samosates, no tuvo dificultad el Emperador Aureliano, en conocer la verdadera Iglesia cristiana, á la cual pertenecía *la casa de la Iglesia*, fuese esta el lugar de la Oracion, ó la casa del Obispo; y la adjudicó á los *que estaban en Comunión con los Obispos de Italia y el de Roma*, porque en todos tiempos veía lo principal del cristianismo en esta comunión.

Cuando el emperador Constancio causó tanta turbacion á la Iglesia: no pudo la confusion que introdujo en ella, protegiendo á los Arrianos, impedir, que Ammiano Marcellino, aunque pagano, conociese, que aquel Emperador se desviaba del camino derecho *de la Religion Cristiana, sencilla y por sí misma precisa* en sus dogmas y en su conducta (3). Esto es, que la verdadera Iglesia tenia una magestad y una derecha, que las heregias no podian imitar ni oscurecer; antes bien sin advertirlo, daban testimonio de esto á la Iglesia católica. Constancio que perseguia á San Atanasio, defensor de la antigua fe, *deseaba con ardor*, dice Ammiano Marcellino, *hacerle condenar por medio de la autoridad que el obispo de Roma tenta sobre lo demás*, y solicitando este apoyo, hacia conocer á los mismos paganos el defecto de su secta, y honraba la Iglesia de que le habian separado los Arianos; así los gentiles conocian tambien la Iglesia católica. Si alguno les preguntaba donde tenian sus congregaciones y quiénes eran sus obispos, jamás se equivocaban. Las heregias por mas que hiciesen, no podian deshacerse del nombre de sus autores. Los Sabellianos los autianistas, los Arrianos, Pelagianos y los demás, en vano se ofendian del título del partido que se les daba; y el mundo, por mas que les pesase,

(1) Orig. lib. V.

(2) Euseb. Hist. Eccl. lib. VII, c. 30.

(3) Amm. Marcell. lib. XXI.

queria hablar naturalmente y distinguia cada secta por su autor. Pero por lo que mira á la gran Iglesia, á la Iglesia católica y apostólica, jamás ha podido atribuírsele otro que el mismo Jesucristo; ni contarle sus primeros pastores, sin subir hasta los apóstoles, ni darle otro nombre que el que ella tomaba. Asi por mas que hicieron los hereges, no podian ocultarla á los paganos. Abríales ella su seno por toda la tierra y acudian á tropas. Puede ser que algunos se perdiesen en las sendas torcidas, pero la Iglesia católica era el camino real en que siempre entraba la mayor parte de los que buscaban á Jesucristo, y la experiencia ha hecho ver, que solo á ella se habia concedido el privilegio de recoger á los gentiles. Tambien era la combatida de toda la fuerza de los emperadores infieles. Pocos hereges han padecido por la fé, segun nos informa Origenes (1). San Justino mas antiguo que él, nota que la persecucion preservaba los marcionistas y demás hereges. No perseguian los paganos sino á la Iglesia, que veían extenderse por toda la tierra, y á quien únicamente conocían por la Iglesia de Jesucristo. ¿Qué importa que se le arrancasen algunas ramas? No por eso su virtud se perdia, brotaba en otras partes, y el corte de la madera supérflua solo servia de mejorar sus frutos. En efecto, si la historia de la Iglesia se considera, se verá que siempre que una heregia la ha disminuido, la misma Iglesia ha reparado sus pérdidas: asi extendiéndose por de fuera como aumentándose por de dentro la luz y la piedad, en tanto que ha visto secarse en algunos remotos las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia, pero la de Dios ha subsistido, y la Iglesia ha triunfado de la idolatría y de todos los errores.

(1) Orig. conts. Celf. cap. V. Just. Apol. vers. 2.

CAPITULO XXVI.

REFLEXION GENERAL SOBRE LA CONTINUACION DE LA RELIGION Y
SOBRE LA RELACION QUE HAY ENTRE LOS
LIBROS DE LA ESCRITURA.

Esta Iglesia, combatida siempre y jamás vencida, es un milagro perpétuo y un manifiesto testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios. En medio de la agitacion de las cosas humanas, se mantiene siempre con una fuerza invencible; de suerte, que por una série no interrumpida de casi mil y setecientos años la vemos llegar hasta Jesucristo, en quien recogió la sucesion del antiguo pueblo, y se halla reunida con los profetas y con los patriarcas.

Así tantos milagros asombrosos como vieron los antiguos hebreos, sirven tambien el dia de hoy á confirmar nuestra fé. El gran Dios que los obró por dar testimonio de su unidad y omnipotencia ¿qué otro podia hacer mas auténtico para conservar esta memoria, que dejar entre las manos de tan gran pueblo los autos que los atestan dispuestos segun el orden de los tiempos? Esto es lo que tambien tenemos en los libros del Testamento Antiguo, quiero decir, en los libros mas ancianos que hayen en el mundo, en los libros que son los únicos de la antigüedad, en que el conocimiento del verdadero Dios se haya enseñado y ordenado su servicio en los libros que el pueblo judáico siempre ha guardado tan religiosamente. Es cierto que este pueblo es el único que desde su origen ha conocido á Dios Creador del cielo y de la tierra, el único consiguientemente que debia ser el depositario de los secretos divinos.

Así los ha guardado con una religion sin ejemplar. Los libros que los egypceios y demás pueblos llamaban divinos, há ya muchos siglos que se perdieron, y apenas nos ha quedado alguna memoria confusa de ellos en las historias antiguas (1). Los libros sagrados de los romanos en que habia Numa, autor de su religion escrito sus misterios, perecieron á manos de los romanos mismos, y el Senado los hizo abrasar como libros que se dirigian á destruir la religion. Los mismos romanos dejaron al fin perecer los libros Sibylinos, tan largo tiempo venerados entre ellos como proféticos, y donde querian se creyese que hallaban los decretos de los dioses inmortales sobre su imperio; sin embargo, de no haber jamás mostrado al público, no digo un solo volúmen, pero ni un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos, cuyas Sagradas Escrituras tanto mas han sido veneradas, cuanto han sido mas conocidas. De todos los pueblos antiguos ellos son el único que haya conservado los primitivos monumentos de su religion, aunque estén llenos de testimonios de su infidelidad y de la de sus antepasados. Y aun el dia de hoy subsiste en el mundo este mismo pueblo para llevar á todas las naciones en que ha estado disperso con la continuacion de la religion, los milagros y las predicciones que la manifiestan incontrastable.

Cuando vino Jesucristo y enviado por su Padre á cumplir las promesas de la ley, confirmó su mision y la de sus discípulos con nuevos milagros, fueron estos escritos con la misma puntualidad. Sus actos se publicaron á todo el mundo: las circunstancias de los tiempos, de las personas y de los lugares hicieron fácil su exámen á quien tuvo cuidado de su salvacion; el mundo lo ha considerado, lo ha creído, y por poco que se premediten los antiguos monumentos de la Iglesia, se confesará que jamás negocio alguno sea juzgado con mas reflexion y conocimiento.

(1) Tit. Liv. lib. 40, cap. 29.

Pero en la relacion que entre sí tienen los libros de los dos Testamentos, hay una diferencia que considerar: esta es, que los libros del pueblo antiguo fueron compuestos en diversos tiempos: unos son los tiempos de Moisés, otros los de Josué y de los jueces, otros los de los Reyes, otros en los que el pueblo fué sacado de Egipto y en que recibió la ley, otros en los que conquistó la tierra prometida, otros en los que fué restablecido en ella por milagros visibles. Para convencer la incredulidad de un pueblo entregado á los sentidos, tomó Dios una larga extension de siglos, en cuyo curso distribuyó sus milagros y sus profecías á fin de renovar frecuentemente los testimonios palpables con que testificaba sus santas verdades. En el nuevo Testamento ha seguido Dios otra conducta. Nada más quiere revelar de nuevo á su Iglesia despues de Jesucristo. En él está la perfeccion y la plenitud, y todos los libros divinos que han sido compuestos en la nueva Alianza, lo fueron en tiempo de los apóstoles.

Esto es, que el testimonio de Jesucristo y de los que Jesucristo mismo se dignó de elegir por testigos de su Resurreccion, ha bastado á la Iglesia Cristiana. Todo lo que ha venido despues, la ha edificado; pero ella no ha mirado como inspirado de Dios, sino lo que sus Apóstoles escribieron ó confirmaron con su autoridad.

Pero en esta diferencia que se halla entre los libros de los dos testamentos, Dios guardó siempre este órden admirable de hacer escribir las cosas en el tiempo que habian sucedido, ó estaba reciente su memoria. Así los que las sabian, recibieron los libros que daban de ellas testimonio: los unos y los otros las dejaron á sus descendientes como una preciosa herencia, y la piedad las ha conservado.

De este modo, pues, se formó el cuerpo de las Escrituras Sagradas, así del antiguo como del nuevo Testamento; Escrituras que han sido miradas desde su origen como verdaderas en todo, como dadas de Dios mismo; y conservadas por eso con tanta Religion que no se ha creído poder sin impiedad alterarlas en una sola letra.

Así han llegado hasta nosotros siempre santas y siempre sagradas y siempre inviolables; conservadas las unas por la tra-

dicion constante del pueblo judáico, y las otras por la tradicion del pueblo cristiano, tanto mas cierta quanto que ha sido confirmada con la sangre y el martirio, así de los que escribieron estos libros divinos como de los que los han recibido.

San Agustín y los demás Padres preguntan sobre qué fé atribuimos los libros profanos á tiempos y autores ciertos. Todos responden luego que los libros están distinguidos por las diversas relaciones que hacen á las leyes, á las costumbres y á las historias de un cierto tiempo; tambien por el estilo que lleva impreso el carácter de las edades y de los autores particulares; y sobre todo, por la fé pública y por una tradicion constante. Todas estas cosas concurren á establecer los libros divinos, á distinguir sus tiempos y á observar sus autores; y quanto mayor ha sido el celo de la religion en conservarlos en su integridad, tanto mas incontrastable es la tradicion que los conserva.

Así ha sido siempre reconocida, no solo por los ortodoxos, sino tambien por los hereges y aun por los infieles. Moisés ha sido siempre tenido en todo el oriente y despues en todo el Universo, por el Legislador de los judíos y por el autor de los libros que se le atribuyen. Los samaritanos que los recibieron de las diez Tribus separadas, los han conservado tan religiosamente como los judíos. V. A. ha visto en este discurso su tradicion y su historia.

Dos pueblos tan opuestos no la han recibido el uno del otro, sino ambos de su origen comun desde los tiempos de Salomon y de David. Los antiguos caracteres hebreos que aun retienen los samaritanos, muestran suficientemente que no han seguido á Esdras que los ha mudado.

Así el Pentateuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos, independientes el uno del otro. La perfecta conformidad que allí se vé en la sustancia del texto, justifica la buena fé de los dos pueblos. Estos son testigos fieles que convienen sin estar convenidos, ó por mejor decir, que convienen á pesar de sus enemistades; y que sola la tradicion inmemorial de una y otra parte, los ha unido en el mismo pensamiento.

Aquellos, pues, que han querido decir aunque sin razon alguna, que habiéndose perdido estos libros ó no habiéndolos ha-

bido, fueron ó restablecidos ó compuestos de nuevo ó alterados por Esdras, á mas de estar desmentidos por Esdras mismo como han podido observarlo en la continuacion de su historia, lo están tambien por el Pentateuco que aun se halla en el dia de hoy entre las manos de los samaritanos, tal como le habian leído en los primeros siglos Eusebio de Cesárea, San Gerónimo y los demás autores eclesiásticos, tal como los pueblos le habian conservado desde su origen; y parece que una secta tan débil no dure tan largo tiempo sino para dar este testimonio de la antigüedad de Moisés.

Los autores que escribieron los cuatro Evangelios, no le reciben menos seguro del unánime consentimiento de los fieles, de los paganos y de los hereges. El gran número de pueblos diversos que recibieron y tradugeron estos libros divinos luego que fueron hechos, convienen todos en su data y en sus autores. Los paganos no contradigieron esta tradicion, ni Celso que impugnó estos libros sagrados casi en el origen del cristianismo, ni Juliano Apóstata, aunque nada hay que ignorase ni omitiese de lo que podia desacreditarlos, ni otro algun pagano, jamás los sospecharon de supuestos, al contrario, todos les atribuyeron á los mismos autores que los cristianos. Los hereges, aunque oprimidos de la autoridad de estos libros, no osaban decir que no fuesen de los discípulos de nuestro Señor: y hay entre ellos, hereges que vieron los principios de la Iglesia y que á su vista se escribieron los libros del Evangelio. Así no era dable que pudiese lograrse un fraude que desde luego habia de descubrirse. Es cierto que despues de los Apóstoles y cuando estaba ya la Iglesia extendida por todo el mundo, Marcion y Manes, sin duda los mas temerarios y los mas ignorantes de todos los hereges, no obstante la tradicion venida de los Apóstoles, continuada por sus discípulos y por los Obispos á quien habian dejado su cátedra y la direccion de los pueblos y recibida uniformemente de toda la Iglesia cristiana, osaron decir que tres Evangelios eran supuestos; y que el de San Lucas que ellos preferian á los demás, no se sabe por qué; pues no habia este venido por diverso camino que los otros, habia sido falsificado. Pero ¿qué pruebas daban de esto? Puros delirios; ningunos hechos positivos. Su única razon era, que todo lo contrario

á su sentir no podia dejar de haberse inventado por otros que los Apóstoles, y su única prueba eran las mismas opiniones que sustentaban; opiniones fuera de eso tan extravagantes y tan manifestamente insensatas, que aun no se sabe cómo pudieron caber en el entendimiento humano. Pero ciertamente para acusar la buena fé de la Iglesia, era necesario tener en la mano originales diferentes de los suyos ó alguna prueba constante. Interpelados ellos y sus discípulos á producirlos, enmudecieron; y dejaron con su silencio una prueba indubitable, de que en el segundo siglo del cristianismo en que escribian, no habia ni un solo indicio de falsedad, ni la menor congetura que pudiese oponerse á la tradicion de la Iglesia.

¿Qué diré de la conformidad de los libros de la Escritura, y del testimonio admirable que todos los tiempos del pueblo de Dios se dan unos á otros? los tiempos del segundo Templo suponen los del primero, y nos llevan á Salomon. Como no ha venido la paz sino por medio de los combates, las conquistas del pueblo de Dios nos hacen subir hasta los jueces, hasta Josué y hasta la salida de Egipto. Al mirar todo un pueblo salido de un reino en que era extranjero, viene á la memoria como habia entrado en él. Los doce Patriarcas se descubren al punto: y un pueblo que jamás ha sido mirado sino como una misma familia, naturalmente nos conduce á Abraham, que es su cabeza. ¿Es este pueblo mas sábio y menos dado á la idolatría despues de su vuelta de Babilonia? Este era efecto natural de un gran castigo que sus culpas pasadas le habian causado. Si se gloria de haber visto por el curso de muchos siglos milagros que los demás pueblos jamás han visto, puede tambien gloriarse de haber tenido el conocimiento de Dios, que ningun otro pueblo tenia. ¿Qué pueden significar la Circuncision, la fiesta de los Tabernáculos, la Pascua, las demás fiestas celebradas por la nacion de tiempo inmemorial, sino las causas que se hallan notadas en los libros de Moisés? Que un pueblo distinguido de los otros por una religion y unas costumbres tan particulares, que conserva desde su origen sobre el fundamento de la creacion y sobre la fé de la providencia, una doctrina tan seguida y tan elevada; una memoria tan viva de una larga serie de hechos tan necesariamente encadenados: ceremonias tan regladas y costum

bres tan universales, estuviese sin una historia que le manifestase su origen; y sin una ley que le prescribiese sus costumbres por el espacio de mil años que permaneció en aquel estado: y que empezase Esdras á querer darle de repente debajo del nombre de Moisés con la historia de sus antigüedades la ley que formaba sus costumbres, cuando hecho cautivo este pueblo vió su antigua monarquía totalmente arruinada: ¿qué fábula mas increíble podría jamás inventarse? ¿Y podrá dársele crédito, sin juntar la ignorancia á la blasfemia?

Para perder semejante ley ya una vez recibida, es preciso que un pueblo sea exterminado ó que por diversas mudanzas haya llegado á no tener sino una idea confusa de su origen, de su religion y de sus costumbres. Si esta desgracia sucedió al pueblo judáico, y la ley tan conocida en tiempo de Sedecias, se perdió setenta años despues, á pesar de los cuidados de un Ezequiel, de un Jeremías, de un Baruch, de un Daniel, sin contar los otros; y en el tiempo que esta ley tenia sus mártires, como lo muestran las persecuciones de Daniel y de los tres niños: si esta santa ley, digo, se perdió en tan poco tiempo y quedó tan profundamente olvidada, que tuvo Esdras el arbitrio de restablecerla á su gusto, no es este el único libro que le era forzoso fabricar. Eracle necesario componer al mismo tiempo todos los profetas antiguos y nuevos, esto es, todos los que antes y despues del cautiverio habian escrito: así los que habia el pueblo visto escribir como aquellos cuya memoria conservaba, y no solamente los profetas, sino tambien los libros de Salomon, los Psalmos de David y todos los libros de Historia: pues apenas se hallará en toda ella un solo hecho considerable, ni en todos los demás libros un solo capitulo, que separado de Moisés, tal como le tenemos, pueda solo un momento subsistir. Todo habla allí de Moisés, todo está fundado en Moisés, y así debía ser; pues Moisés, su ley y la historia que escribió, era en efecto en el pueblo judáico todo el fundamento de la conducta pública y particular. Era verdaderamente para Esdras una maravillosa empresa, y bien nueva en el mundo, hacer hablar tantos hombres de carácter y de estilo diverso, y cada uno de una manera uniforme y siempre semejante á sí misma; y hacer creer de repente á todo un pueblo, que éstos son los libros antiguos que

siempre ha venerado y los nuevos que ha visto hacer, como si jamás hubiese oído hablar de nada de ellos, y como si su conocimiento así del tiempo presente como del pasado se hubiese borrado de improviso. Tales son los prodigios que es preciso creer, cuando no se quiere dar fé á los milagros del omnipotente, ni recibir el testimonio, por el cual consta, que se dijo á todo un gran pueblo, que él los habia visto con sus propios ojos.

Pero si este pueblo ha vuelto de Babilonia á la tierra de sus padres tan nuevo y tan ignorante, que apenas se acuerda de lo que ha sido, de suerte que ha recibido sin examinarlo todo lo que Esdras ha querido darle, ¿cómo vemos en el libro que Esdras ha escrito, y en el de Nehemias su contemporáneo, todo lo que allí se dice de los libros divinos? ¿cómo tan arrojadamente Esdras y Nehemias osan hablar de la Ley de Moisés en tantos lugares y públicamente como de una cosa conocida de todos y que todos tenían entre sus manos? ¿cómo se vé á todo el pueblo obrar naturalmente en consecuencia de esta ley, como si la hubiese siempre tenido presente? Pero ¿cómo se dice en el mismo tiempo y en la vuelta del pueblo que todo él se admiró del cumplimiento del oráculo de Jeremias, tocante á los setenta años de cautiverio? ¿Aquel Jeremias que Esdras acaba de forjar con todos los demás profetas, ¿cómo de repente se granjeó tanto crédito? ¿Con qué nuevo artificio se pudo persuadir á todo un pueblo y á los ancianos que habian visto aquel profeta, y esperado siempre la liberacion milagrosa que en sus escritos les habia anunciado? Pero todo esto será tambien supuesto: Esdras y Nehemias tampoco habrán escrito la Historia de su tiempo; algun otro la habrá compuesto en su nombre; y los que fabricaron todos los demás libros de el antiguo Testamento habrán sido tan favorecidos de la posteridad, que otros falsarios se los habrán imputado á aquellos mismos por dar crédito á su impostura.

Sonrojo causará sin duda el proferir tantas extravagancias; y en vez de decir que Esdras haya hecho parecer de repente tantos libros, tan distintos unos de otros por los caracteres del estilo y del tiempo, se dirá, que habrá podido ingerirles los milagros y las predicciones que les daban la fama de divinos: error aun mas craso que el precedente, porque aquellas predicciones

y milagros están de tal modo esparcidos en todos aquellos libros, de tal modo inculcados y tan frecuentemente repetidos por tantos modos diversos, y con tan grande variedad de eficaces figuras: en una palabra, componen de tal suerte todo aquel cuerpo, que seria necesario, ni aun haber abierto aquellos Santos libros, para no conocer, que mas fácil seria fundirlos de nuevo, por decirlo así, que ingerirles cosas que con tanto disgusto suyo hallan en ellos los incrédulos. Y aun cuando se les concediese lo que pretenden, es lo milagroso y lo divino de tal manera el fondo de aquellos libros, que por mas que lo resistiese la voluntad, seria forzoso el encontrarlo allí. Aceptemos que Esdras, si se quiere haya despues del suceso juntado las predicciones cumplidas en su tiempo; las que despues se cumplieron, que V. A. ha visto en tan grande número ¿quién las habrá añadido? ¿Puede ser, ¡qué delirio! que Dios hubiese dado á Esdras el don de profecía á fin de que su impostura fuese mas verosimil? ¿Y se querrá mas, que un falsario sea profeta, que Isaías ó Jeremías ó Daniel? ¿O bien habrá cada siglo producido un falsario feliz á quien todo el pueblo haya creído y nuevos impostores por un celo admirable de religion, habrán siempre continuado las adiciones á los libros divinos, aun despues de estar cerrado el Canon, los cuales esparcidos con los judíos por toda la tierra, habrán sido traducidos en tantas lenguas extranjeras? ¿No hubiera sido esto destruir la Religion por el fundamento en vez de querer establecerla? ¿Deja por ventura todo un pueblo mudar tan fácilmente lo que cree ser divino, créalo por razon ó por error? ¿podrá alguno esperar, que persuadirá á los cristianos ó aun á los turcos á añadir un solo capítulo, al Evangelio, ó al Alcorán? ¿Si serian los judíos mas dóciles, ó menos religiosos que los demás pueblos, en conservar sus santos libros? ¡Qué monstruosas opiniones es forzoso introducir en el entendimiento cuando quieren los hombres sacudir el yugo de la autoridad divina y no reglar sus dictámenes ni sus costumbres sino por su razon descaminada!

CAPITULO XXVII.

LAS DIFICULTADES QUE SE HAN FORMADO CONTRA LA ESCRITURA
SON FÁCILMENTE VENCIDAS POR LOS HOMBRES DE RECTO
SENTIDO Y BUENA FÉ.

No se diga que el exámen de este hecho es embarazoso; pero aun cuando lo fuese, seria necesario ó referirse á la autoridad de la Iglesia y á la tradicion de tantos siglos, ó apurar la cuestion y no creer que se cumple, diciendo que esto pide mas tiempo que el que se quiere dar á la propia salud. Pero realmente sin revolver con un trabajo infinito los libros de los dos Testamentos, basta leer el libro de los Psalmos en que están recogidos tantos Cánticos antiguos del pueblo de Dios, para ver en la mas divina poesia que jamás hubo, inmortales monumentos de la historia de Moisés, de los jueces y de los reyes, impresos por el canto y por el metro en la memoria de los hombres. Y por lo que mira al nuevo Testamento solas las Epístolas de San Pablo tan vivas, tan originales, tan propias del tiempo de los negocios y de los movinientos que entonces habia, y en fin, de un carácter tan distinguido: estas Epístolas, digo, recibidas de todas las Iglesias á quien se dirigian, y comunicadas por ellas á las demás, bastarian para convencer los entendimientos bien ordenados, de que todo es sincero y original en las Escrituras que nos han dejado los Apóstoles.

Así ellas se sostienen las unas á las otras con una fuerza invencible. Los actos de los Apóstoles no hacen sino continuar el Evangelio: sus Epístolas necesariamente le suponen; pero á fin de que todo sea uniforme, los Actos, las Epístolas, los

Evangelios, en todo citan los libros antiguos de los judíos. San Pablo y los demás Apóstoles no cesan de alegar lo que *Moisés dijo*, lo que *escribió*, lo que los profetas han dicho y escrito despues de Moisés (1). Jesucristo trae por testimonio la ley de Moisés, los profetas y los Psalmos, como testigos que todos deponen de la misma verdad. Si quiere explicar sus misterios, *empieza por Moisés y por los profetas* (2): y cuando dice á los judíos que *Moisés ha escrito de él*, pone por fundamento lo mas constante que entre ellos habia, y los conduce al mismo origen de sus tradiciones.

Veamos, no obstante, lo que se opondrá una autoridad tan reconocida y al consentimiento de tantos siglos: porque habiendo en nuestros dias habido osadía para publicar en todo género de lenguas, libros contra la Escritura, no debe disimularse lo que se dice para desacreditar sus antigüedades. ¿Qué se dice, pues, para autorizar la suposicion del Pentateuco; y qué se puede oponer á una tradicion de tres mil años sostenida por su propia fuerza y por la continuacion de las cosas? Nada consiguiente, nada positivo, nada importante, cavilaciones sobre números, sobre lugares, sobre nombres; y unas observaciones que en cualquier otra materia pasarian á lo sumo por vanas curiosidades, incapaces de penetrar el fondo de las cosas, aquí se nos alegan como decisivas del negocio mas sério que jamás ha habido.

Hay, se dice, dificultades en la Historia sagrada: Sin duda las hay, que no las habria si el libro fuese menos antiguo ó hubiese sido supuesto, como osan decir por un hombre hábil é industrioso: si hubiese habido menos religiosidad en darle tal cual se hallaba y se hubiese tomado la libertad de corregir en él lo que causase embarazo. Hay las dificultades que motiva un largo tiempo cuando los lugares han mudado de nombre ó de estado, cuando se han olvidado las datas, cuando las ge-

(1) Luc. cap. XXIV. vers. 44.

(2) Joan. cap. V. vers. 46, 47.

neologias no son ya conocidas y que por lo tanto no hay remedio para los errores que el mas leve descuido en una copia, introduce tan fácilmente en tales cosas, ó que los hechos escapados á la memoria de los hombres dejan oscuridad en alguna parte de la historia. Pero en fin, ¿esa oscuridad consiste en la misma continuacion ó en el fondo de las cosas? De ninguna manera. Todo está allí seguido, y lo que queda oscuro, solo sirve para hacer ver en los libros sagrados una venerable antigüedad mas venerable.

Pero hay alteraciones en el texto: las versiones antiguas no concuerdan: el hebreo en varios lugares es diverso de sí mismo, y el texto de los samaritanos á mas de la palabra que se les acusa de haber mudado en él espresamente á favor de su templo de Garizim, discrepa tambien en otras partes del de los judíos (1). Y de esto ¿qué se concluirá? ¿Qué los judíos ó Esdras habrán supuesto el Pentateuco á la vuelta del cautiverio? Pues todo lo contrario es justamente lo que debería concluirse. Las diferencias del samaritano no sirven sino para confirmar lo que hemos ya establecido, que su texto es independiente del de los judíos. Tan lejos está de poder imaginarse que aquellos cismáticos hayan tomado algo de los judíos y de Esdras, que antes bien hemos visto que en ódio de los judíos y de Esdras, y en ódio del primero y del segundo templo, inventaron su quimera de Garizim. ¿Quién, pues, no conoce que antes habrían acusado que seguido las imposturas de los judíos? Aquellos rebeldes que despreciaron á Esdras y todos los profetas de los judíos con su Templo, y así á Salomon que le habia fabricado, como á David que habia señalado su sitio: ¿qué han respetado en su Pentateuco sino una antigüedad, no solo superior á la de Esdras y de los profetas sino tambien á la de Salomon y de David, en una palabra, la antigüedad de Moisés, en qué ambos pueblos concuerdan? ¿Qué incontestable es, pues, la autoridad de Moisés y del Pentateuco, cuando todas las objeciones no sirven mas que para asegurarla!

(1) Deut. cap. XXVII. vers. 4.

Pero en fin, ¿de dónde vienen estas variedades de textos y de versiones? De donde han de venir sino de la antigüedad del mismo libro, que ha pasado por las manos de tantos copiantes despues de tantos siglos, que dejó de ser comun la lengua en que se escribió. Pero dejemos disputas vanas y cortemos, en una palabra, la dificultad por la raíz. ¿Que se me diga, sino es constante, que de todas las versiones y de todo el texto, sea como fuere, resultarán siempre las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicciones, la misma continuacion de la historia, el mismo cuerpo de Doctrina, y en fin la misma sustancia? ¿En qué dañan, asegurado esto, las diversidades de los textos? ¿De qué mas necesitábamos, que de este fondo inalterable de los libros sagrados? ¿Y qué mas podíamos pedir á la divina Providencia? Y por lo que mira á las versiones, ¿es señal de suposicion ó de novedad, que la lengua de la Escritura haya perdido, por tan antigua, sus delicadezas y se halle dificultad en restituirle toda la elegancia con toda la fuerza en el último rigor? ¿No es antes una prueba de la mayor antigüedad? ¿Y si quisieren asirse de menudencias, que se me diga, si de tantos lugares, en que hay embarazo, se ha restablecido uno solo por discurso ó por congetura? Se ha seguido la fé de los ejemplares; y como la tradicion nunca permitió, que pudiese alterarse la santa doctrina, se ha creído que las demás faltas si quedaba alguna, solo servirian para probar, que nada se ha innovado de propio arbitrio.

Pero en fin, y he aquí lo fuerte de la obgecion. Si nada hay añadido al texto de Moisés, ¿de qué nace que se halle su muerte al fin del libro que se le atribuye? ¡Qué maravilla, que los que continuaron su Historia, añadiesen su dichoso fin al texto de sus acciones para reducirlo todo á un mismo cuerpo! Veamos lo que hay en cuanto á las demás adiciones. ¿Es alguna ley nueva ó alguna nueva ceremonia, algun dogma, algun milagro, alguna prediccion? Ni aun por imaginacion: no hay por esto la menor sospecha, ni el menor indicio: esto hubiera sido añadir á la obra de Dios: la ley lo habia prohibido, y el escándalo que habria causado hubiera sido horrible. (1) ¿Pues qué? Se habrá,

(1) Deut, IV, 3, XII, 12.

puede ser, continuado una genealogía comenzada; se habrá, puede ser, explicado el nombre de una ciudad mudado por el tiempo; en la ocasión del Maná, de que fué el pueblo alimentado cuarenta años, se habrá notado el tiempo, en que cesó aquella celestial vianda: y este hecho escrito despues en otro libro, habrá quedado por nota en el de Moisés, como un hecho constante y público, de que todo el pueblo era testigo: cuatro ó cinco observaciones de esta naturaleza, hechas por Josué, ó por Samuel ó por algun otro profeta de igual antigüedad; porque no miraban sino á hechos notorios y en que constantemente no habia dificultad alguna, habrán naturalmente pasado en el texto, y la misma tradicion nos la habrá traído con todo lo demas. ¿Estará por eso alterado lo restante? ¿Será acusado Esdras aunque el samaritano, en que se hallan estas observaciones, nos muestre que son de una antigüedad, no solamente superior á Esdras, sino tambien al cisma de las diez Tribus? No importa: es preciso que todo recaiga sobre Esdras. Si estas observaciones viniesen de mas arriba, el Pentateuco seria tambien mas antiguo de lo que debe ser y no podria bastantemente venerarse la antigüedad de un libro, cuyas notas tendrian asimismo una edad tan grande. Esdras, pues, habrálo fabricado todo: Esdrasse olvidaria de que queria hacer hablar á Moisés, y le habrá hecho incurrir en la torpeza de escribir, como ya ha sucedido, lo que despues de él ha pasado. ¿Será toda una obra convencida de supuesta por este lugar solo? ¿La autoridad de tantos siglos, y la fé publica no le servirán para nada? Como si al contrario no se viese, que estas observaciones de que se valen, son una nueva prueba de la sinceridad y buena fé, no solo de los que las hicieron, sino tambien de los que las copiaron. ¿Se ha juzgado jamás de la autoridad, no digo de un libro divino, sino de cualquier otro, sea el que fuere, por razones tan ligeras? No nos detengamos: todo está, en que tienen á la Escritura por un libro enemigo del género humano: quiere obligar á los hombres á sujetar su entendimiento á Dios, y reprimir sus pasiones desordenadas, pues es forzoso que perezca y á cualquier precio que sea, ha de ser sacrificado á la disolucion.

En cuanto á lo demás, no crea V. A. que la impiedad se empuña sin necesidad en todos los absurdos, que V. A. ha visto.

Si contra el testimonio del género humano, y contra todas las reglas de una razon bien ordenada, se obstinan en quitar al Pentateuco y á las profecias sus autores siempre reconocidos, y á contestarles sus datas; es que en ellas consiste todo en este asunto, por dos razones. La primera, porque libros llenos de tantos hechos milagrosos, que se vén allí revestidos de sus circunstancias las mas particulares, y espuestos no solo como públicos, sino aun como presentes, si hubiesen podido ser desmentidos, hubieran traído consigo su condenacion; y en vez de sostenerse por su propia fuerza, ha ya largo tiempo que hubieran caído por sí mismos. La segunda, porque siendo una vez fijadas sus datas no puede borrárseles la marca infalible de la inspiracion divina, que traen impresa en el grande número, y en la larga continuacion de profecias memorables de que se hallan llenos.

Por evitar, pues, estos milagros y estas predicciones, han caído los impíos en los absurdos de que estará admirado V. A. Pero no piensen escapar de Dios: que él ha reservado á su Escritura una señal de divinidad, incapáz de ser oscurecida. Esta es la relacion entre los dos Testamentos. A lo menos no se disputa, que todo el antiguo haya sido escrito antes del nuevo. Aquí no hay un nuevo Esdras que haya podido persuadir á los judíos á inventar ó falsificar su Escritura en favor de los cristianos, á quienes perseguían. No se necesita de mas. Por la relacion entre los dos Testamentos, se prueba, que uno y otro es divino. Ambos tienen la misma idea y la misma continuacion: el uno prepara la perfeccion que el otro manifiesta: el uno pone el fundamento, y el otro acaba el edificio: en una palabra, el uno predice lo que el otro hace ver cumplido.

Así todos los tiempos están entre sí unidos, y se nos ha revelado un designio eterno de la divina Providencia. La Tradicion del pueblo judaico y la del pueblo cristiano, solo hacen juntas una misma continuacion de religion; y las Escrituras de los dos Testamentos tampoco forman sino un mismo cuerpo y un mismo libro.

CAPÍTULO XXVIII.

LAS PREDICCIONES REDUCIDAS Á TRES HECHOS PALPABLES.

Y porque el exámen de las profecías particulares, aunque en sí lleno de luz, depende de muchos hechos, que no todos los hombres pueden igualmente comprender: Dios ha escogido algunos, que los ha hecho palpables á los mas ignorantes. Estos hechos ilustres, estos hechos magníficos, de que todo el Universo es testigo, son, Señor, los que he procurado hasta aquí hacer ver á V. A. quiero decir, la desolacion del pueblo judaico y la conversion de los gentiles, juntamente sucedidas y ambas precisamente en el mismo tiempo que Jesucristo vino y fué predicado el Evangelio.

Estas tres cosas unidas en el órden de los tiempos, aun mucho mas lo están en el de los consejos de Dios. V. A. las ha visto ir juntas en las antiguas profecías; pero Jesucristo fiel intérprete de ellas y de la voluntad de su Padre, aun nos ha explicado mejor en su Evangelio este enlace. Hácelo en la Parábola de la Viña tan familiar á los profetas. El Padre de Familias habia plantado esta Viña, que es la verdadera Religion, fundada sobre su alianza, y habíala dado á cultivar á los obreros, esto es, á los judíos. Para recoger sus frutos envió en varias veces sus criados, que son los profetas. Aquellos infieles obreros los hacen morir. Indúcele su bondad á enviársu propio Hijo. Ellos le tratan aun peor que á sus criados. Al fin quítales su Viña y la dá á otros obreros: quítales la gracia de su alianza para darla á los gentiles.

Estas tres cosas habian de concurrir juntamente; la Mision del Hijo de Dios, la reprobacion de los judíos, y la Vocacion de

los gentiles. No necesita de mas comentario una parábola que se halla interpretada por el suceso.

V. A. ha visto que los judíos confiesan, que el reino de Judá y el estado de su República empezó á caer en los tiempos de Herodes y cuando Jesucristo vino al mundo. Pero si las alteraciones que hacian en la ley de Dios les causaron una disminucion tan visible de su poder, su última desolacion que todavia dura, debia ser castigo de otro mayor delito.

Este es visiblemente su ingratitude á su Mesías que venia á instruirlos y libertarlos. Así desde aquel tiempo está sobre sus cervices un yugo de hierro, que ya hubiera con ellos acabado si Dios no los reservase á servir algun dia al Mesías que crucificaron.

He aquí, pues, un hecho ya verificado y público, que es la ruina total del pueblo judáico en el tiempo de Jesucristo. La conversion de los gentiles que habia de llegar entonces, no está menos verificada. Al mismo tiempo que el antiguo culto es en Jerusalem destruido con el Templo, es la idolatría combatida por todos lados; y los pueblos que por tantos millares de años habian olvidado su Creador, despiertan de tan profundo letargo.

Y á fin de que todo convenga, las promesas espirituales se descifran con la predicacion del Evangelio, en el tiempo que el pueblo judáico, que habíalas solamente recibido temporales, reprobado manifiestamente por su incredulidad y cautivo por toda la tierra, no tiene mas humana grandeza que esperar. Entonces fué el cielo prometido á los que padecen persecucion por la justicia: los secretos de la vida futura fueron predicados: y la bienaventuranza fué mostrada lejos de aquella mansion, en que reina la muerte y en que abundan el pecado y todos los males.

Quien aquí no descubriese un designio siempre sostenido y siempre continuado: quien no viere aquí un mismo orden en los consejos de Dios, que prepara desde el origen del mundo lo que al fin de los tiempos perfecciona; y que debajo de diversos estados, pero con una sucesion siempre constante, perpetúa á vista de todo el Universo la santa sociedad, en que quiere ser servido: merece no ver nada y ser abandonado á su propia dureza, como al mas justo y mas riguroso de todos los castigos.

Y á fin de que sea clara á los menos perspicaces esta continuacion del pueblo de Dios, se hace sensible y palpable con hechos, que nadie puede ignorar, si voluntariamente no cerrase los ojos á la verdad. El Mesías es esperado por los hebreos; viene y llama á los gentiles como habia predicho. El pueblo que le reconoce como venido, es incorporado con el que le esperaba; sin que haya en esto un solo momento de interrupcion: este pueblo se ha derramado por toda la tierra: los gentiles no cesan de agregársele; y esta Iglesia, que Jesucristo ha establecido sobre la piedra, á pesar de los esfuerzos del inferno, jamás ha sido derribada.

CAPITULO XXIX.

CONTINUACION DE LA IGLESIA CATÓLICA Y SU TRIUNFO SOBRE TODAS LAS SECTAS HERETICAS.

¡Qué consuelo para los hijos de Dios! Pero qué convencimiento de la verdad, cuando ven, que desde Inocencio XI, que llena el dia de hoy tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se sube sin interrupcion hasta San Pedro, establecido por Jesucristo, príncipe de los Apóstoles, desde donde contando los pontífices, que sirvieron debajo de la ley, se va hasta Aaron y hasta Moisés, y desde allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué continuacion! ¡Qué tradicion! ¡Qué maravilloso encaenamamiento! Si nuestro entendimiento naturalmente incierto, y hecho por sus incertidumbres juguete de sus propios discursos, necesita en las cuestiones en que va la salud de ser fijado, y determinado por alguna autoridad cierta: ¿qué mayor autoridad, que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda

la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?

Así la Congregacion que Jesucristo, esperado por tanto siglos pasados, fundó en fin sobre la piedra, y en que San Pedro y sus sucesores han de presidir de órden suyo: ella misma se justifica con su propia continuacion y lleva en su duracion eterna el carácter de la mano de Dios.

Es tambien tal esta sucesion, que ninguna heregía, ninguna secta, ninguna otra comunidad sino sola la Iglesia de Dios ha podido darse á sí misma. Las falsas religiones han podido imitar á la Iglesia en muchas cosas, y sobre todo la imitan en decir como ella que Dios es, quien las ha fundado; pero no pueden imitarla en la seguridad con que lo dice. Porque si Dios ha creado el género humano: si creándole á su imágen, no se ha desdeñado de enseñarle el medio de servirle y de agradarle; cualquiera secta que no muestre su sucesion desde el origen del mundo, cierto que no es de Dios.

Aquí caen á los pies de la Iglesia todas las congregaciones y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del cristianismo. Por egeemplo, bien pudo el falso profeta de los árabes decirse Enviado de Dios, y despues de haber engañado pueblos sumamente ignorantes, aprovecharse de las divisiones de sus vecinos, para dilatar con las armas una religion toda sensual, pero no se atrevió á suponer que hubiese sido esperado; y en fin, no pudo dar ni á su persona ni á su religion, algun enlace real ni aparente con los siglos pasados. El espediente que halló para eximirse de esto, es nuevo. Temiendo que quisiesen inquirir en las Escrituras de los cristianos testimonios de su mision, semejantes á los que hallaba Jesucristo en las de los judíos, dijo: que los cristianos y los judíos habian falsificado todos sus libros. Sussecuaces ignorantes le creyeron sobre su palabra, seiscientos años despues de Jesucristo; y él se anunció á sí mismo, no solo sin algun testimonio precedente, pero aun sin que él, ni los suyos haya osado suponer ó prometer algun milagro visible, que pudiese autorizar su mision. Del mismo modo los heresiarcas que han fundado entre los cristianos nuevas sectas, bien han podido hacer mas fácil la fé, negando los misterios supe-

riores á la esfera de los sentidos. Bien han podido deslumbrar los hombres con su elocuencia y con una apariencia de piedad, conmoverlos por sus pasiones, empeñarlos por sus intereses, atraerlos con la novedad y con la licencia, sea con la del entendimiento ó tambien con la de los sentidos: en una palabra, han podido fácilmente, ó engañarse ó engañar á los otros; porque no hay cosa mas natural: pero fuera de que tampoco han podido alabarse de haber hecho algun milagro en público, ni reducir su religion á hechos positivos de que fuesen testigos sus secuaces, tienen siempre contra sí un hecho infeliz, que es el de la novedad. Siempre será patente á los ojos de todo el Universo, que se han separado de este gran Cuerpo y de esta Iglesia antigua que fundó Jesucristo, donde San Pedro y sus sucesores tenían el primer lugar en que todas las sectas los han hallado establecidos. El punto de su separacion será siempre tan constante, que los hereges mismos no podrán dejar de confesarlo, ni aun osarán solamente intentar el haberse venir de aquel origen, por un curso que jamás se haya visto interrumpido. Esta debilidad inevitable tienen todas las sectas que los hombres han establecido. Nadie puede mudar los siglos pasados, ni darse predecesores ó hacer que los haya él hallado en posesion. Sola la Iglesia católica llena todos los siglos precedentes con una continuacion que no puede contrastársele; la ley viene delante del Evangelio, la sucesion de Moisés y de los patriarcas, no hace sino una misma continuacion con la de Jesucristo; ser esperado, venir, ser reconocido por una posteridad que dura al igual del mundo, es el carácter del Mesías en quien creemos. *Jesucristo es hoy, era ayer, y es por todos los siglos de los siglos* (1).

Así á mas de la ventaja que tiene la Iglesia de Jesucristo de ser la única fundada sobre hechos milagrosos y divinos, que altamente escribieron sus cronistas, y sin el temor de ser desmentidos en el tiempo que sucedieron: hé aquí en favor de los

(1) Heb. cap. XIII, vers. 8.

que no vivieron entonces un milagro siempre subsistente que confirma la verdad de todos los otros, este es la continuacion de la religion siempre victoriosa de los errores que han procurado destruirla, á que podrá tambien juntar V. A. otra, que es la continuacion visible de un incesante castigo sobre los judíos que no han recibido á Cristo prometido á sus Padres.

Espéranle aun no obstante; y su esperanza siempre frustrada hace una parte de su castigo. Espéranle, y hacen ver esperándole, que siempre ha sido esperado. Condenados por sus propios libros, aseguran la verdad de la Religion: llevan, por decirlo así, escrita sobre su frente, toda la continuacion de ella: á una sola ojeada se vé lo que han sido, porque son como se les vé, y están reservados, á ser siempre lo mismo.

Así cuatro ó cinco hechos auténticos y mas claros que la luz del sol, hacen ver nuestra Religion tan antigua como el mundo. Muestran por consecuencia, que no tiene otro autor que al fundador del Universo, que teniéndolo todo en su mano, pudo él solo, así comenzar como conducir un designio en que están todos los siglos comprendidos.

No hay, pues, ya que admirarse, como ordinariamente sucede, de que Dios nos dé á creer cosas dignas de su grandeza y juntamente tan impenetrables al entendimiento humano. De lo que debemos pasmarnos es, que habiendo establecido la fé sobre una autoridad tan firme y tan manifiesta, aun se hallen en el mundo ciegos é incrédulos.

Nuestras pasiones desordenadas, nuestro apego á nuestros sentidos y nuestra altivéz indomable, son la causa de esto. Mas queremos arriesgarlo todo que violentarnos, mas queremos cubrir nuestra ignorancia que confesarla: mas queremos satisfacer á una vana curiosidad y alimentar en nuestro indócil entendimiento la libertad de pensar todo lo que nos gusta, que rendirnos al yugo de la autoridad divina.

De aquí nace que haya tantos incrédulos; y Dios así lo permite para la instruccion de sus hijos. Sin los ciegos, sin los salvages, sin los infieles que permanecen aun dentro del seno mismo del cristianismo, no conoceríamos bastantemente la corrupcion profunda de nuestra naturaleza, ni el abismo de que nos ha sacado Jesucristo. Si la verdad santa no fuese contradi-

cha, no veríamos la maravilla de hacerla durar entre tantas contradicciones; y al fin nos olvidariamos de que estamos salvados por la gracia. Ahora la incredulidad de los unos humilla á los otros; y los rebeldes que se oponen á los designios de Dios, hacen resplander aquel poder independiente y supremo con que cumple las promesas que ha hecho á su Iglesia.

¿Qué esperamos, pues, para sujetarnos? ¿Esperamos que Dios haga siempre nuevos milagros, que los vuelva inútiles con la continuacion, que acostumbre á ellos nuestros ojos, como lo están á la carrera del sol y á todas las demás maravillas de la naturaleza? ¿O bien esperamos que los impíos obstinados enmudezcan? ¿Que los virtuosos y los licenciosos den igual testimonio de la verdad? ¿Que todo el mundo de comun acuerdo, la prefiera á su pasion, y que la falsa ciencia que solo debe á la novedad la admiracion, deje de sorprender á los hombres? ¿No es bastante que veamos que no puede combatirse la Religion, sin mostrar con prodigiosas estravagancias que se tiene trastornado el entendimiento y que sola la presuncion ó la ignorancia son motivos de tanta obstinacion? ¿La Iglesia victoriosa de los siglos y de los errores, no podrá vencer en nuestros entendimientos los lastimosos discursos que se le oponen? ¿Y las promesas divinas que vemos cumplirse cada dia, no podrán elevarnos sobre nuestros sentidos?

No se nos diga, que aun están suspensas estas promesas; y que como se estienden hasta el fin del mundo, entonces será cuando podremos gloriarnos de haber visto su cumplimiento. Porque antes bien lo que ha pasado, nos asegura de lo futuro: tantas predicciones antiguas tan visiblemente cumplidas, nos hacen ver que ninguna habrá que no se cumpla; y que la Iglesia, contra quien el infierno, segun la promesa del Hijo de Dios, no puede jamás prevalecer, subsistirá siempre hasta la consumacion de los siglos, pues que Jesucristo verdadero en todo, no ha dado otros límites á su duracion.

Las mismas promesas nos aseguran la vida futura. Dios que se ha mostrado tan fiel, cumpliendo lo que mira al siglo presente, no menos lo será en cumplir lo que pertenece al siglo futuro, cuya preparacion es solamente todo lo que vemos, y la Iglesia estará siempre sobre la tierra inmóvil é invencible,

hasta que reunidos sus hijos, sea toda entera trasportada al cielo que es su verdadera morada.

Para los que serán excluidos de aquella celestial ciudad, está reservado un rigor eterno, y despues de haber perdido por su culpa una bienaventurada eternidad, no les quedará mas que una eternidad infeliz.

Así se terminan los consejos de Dios en un estado inmutable, sus promesas y sus amenazas son igualmente ciertas, y lo que ejecuta dentro del tiempo, asegura lo que nos ordena que esperemos ó temamos en la eternidad.

Esto es, señor, lo que nos enseña la continuacion de la religion puesta en compendio á vista de V. A. Por el tiempo le conduce á la eternidad. V. A. vé un órden constante en todos los designios de Dios, y una señal visible de su poder en la duracion perpétua de su pueblo. V. A. reconoce que la Iglesia tiene una raiz siempre subsistente de que no puede separarse sin perderse, y que los que estando unidos á ella, hacen obras dignas de su fé, se aseguran la vida eterna.

Estudie, pues, V. A., pero estudie con atencion esta continuacion de la Iglesia, que tan claramente le asegura todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esta cadena, todo lo que sale de esta continuacion, todo lo que se levanta de sí mismo y no viene en virtud de las promesas hechas á la Iglesia desde el origen del mundo, deben horrorizar á V. A. Emplee, señor, V. A. todas sus fuerzas en volver á llamar á esta unidad todo lo que de ella se ha desviado, y en hacer que sea escuchada la Iglesia por quien el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos.

No consiste la gloria de los antepasados de V. A. solo en no haberla jamás abandonado, sino en haberla siempre sostenido y merecido por esto ser llamados sus hijos primogénitos: título, sin duda el mas glorioso de todos los títulos.

No necesito, señor, hablar de Clodoveo, de Carlo Magno, ni de San Luis. Considere solamente V. A. el tiempo en que vive y de qué padre Dios le ha hecho nacer. Un rey tan grande en todo, mas se distingue por su fé que por sus otras maravillosas cualidades. Él protege la Religion dentro y fuera del reino y hasta las estremidades del mundo. Sus leyes son uno de los mas firmes baluartes de la Iglesia. En autoridad reverenciada,

tanto por el mérito de su persona, como por la magestad de su cetro, nunca se sostiene mejor que cuando defiende la causa de Dios. Ya no se oye blasfemia alguna, la impiedad tiembla delante de él; este es el rey señalado por Salomon, que disipa todo lo malo con su vista. Si combate la herejía por tantos medios y aun mas que sus predecesores nunca han hecho, no es porque dude de la seguridad de su trono; todo está tranquilo á sus piés, y sus armas son formidables por toda la tierra, sino que ama sus pueblos, y viéndose elevado por la mano de Dios á un poder que no tiene igual en el universo, conoce que en nada puede mejor egercitarle, que en hacerle servir para curar las llagas de la Iglesia. Imite V. A. un tan noble egeemplo y déjele á sus descendientes. Recomiéndeles V. A. la Iglesia aun mas que este gran imperio, que há tantos siglos gobiernan sus antepasados, y que la augusta casa de V. A. la primera en dignidad que hay en el mundo, sea la primera en defender los derechos de Dios y en extender por todo el universo el reinado de Jesucristo que la hace reinar con tanta gloria.

TERCERA PARTE.

De los imperios.



CAPITULO I.

LAS REVOLUCIONES DE LOS IMPERIOS SON REGLADAS POR LA PROVIDENCIA Y SIRVEN DE HUMILLAR Á LOS PRÍNCIPES.

Aunque nada haya comparable con esta continuacion de la verdadera Iglesia que he representado á V. A., debo poner á su vista la sucesion de los imperios, que no es mucho menos útil á los grandes príncipes como V. A.

Tienen primeramente estos imperios por la mayor parte, un enlace necesario con la historia del pueblo de Dios. Sirvióse Dios de los asirios y de los babilonios para castigarle, de los persas para restablecerle, de Alejandro y de sus primeros sucesores para protegerle, de Antíoco el Ilustre y de sus sucesores para mortificarle, de los romanos para sostener su libertad contra los reyes de Siria que solo pensaban en destruirle. Los judíos permanecieron hasta Jesucristo debajo del poder de los mismos romanos. Cuando le desconocieron y crucificaron, los mismos romanos se hicieron sin advertirlo, instrumento de la venganza divina y exterminaron aquel pueblo ingrato. Dios que habia resuelto formar al mismo tiempo el nuevo pueblo de

todas las naciones, reunió primeramente las tierras y los mares debajo de aquel mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, estrangeros antes los unos y los otros, y despues reunidos bajo de la dominacion romana, fué uno de los mas poderosos medios de que se sirvió la Providencia para dar curso al Evangelio. Si el mismo imperio persiguió por el espacio de trescientos años á este nuevo pueblo que nacia de todos lados dentro de su recinto, esta persecucion confirmó la Iglesia cristiana é hizo resplandecer su gloria con su fé y su paciencia. En fin, cedió el imperio romano, y habiendo hallado cosa que fuese mas invencible que él, recibió pacíficamente en su seno aquella Iglesia á quien habia hecho tan larga y tan sangrienta guerra. Los emperadores romanos emplearon su poder en hacer que la Iglesia fuese obedecida, y Roma ha sido la cabeza del imperio espiritual, que Jesucristo ha querido estender por toda la tierra.

Quando llegó el tiempo en que habia de caer la potencia romana, y que aquel gran imperio que vanamente se habia prometido la eternidad, debía sujetarse á la suerte de losdemás, Roma hecha despojo de los bárbaros, conservó por la religion su antigua magestad. Las naciones que invadieron el imperio romano, aprendieron allí poco á poco la piedad cristiana que suavizó su barbarie, y cada uno de sus reyes ocupando en su nacion el lugar de los emperadores, no hallaron entre sus títulos otro mas glorioso que el de protectores de la Iglesia.

Pero aquí es forzoso descubrir á V. A. los secretos juicios de Dios sobre el imperio romano y sobre Roma misma; misterio que el Espiritu Santo reveló á San Juan, y que este grande hombre, apóstol, evangelista y profeta, ha explicado en su Apocalipsis. Roma que habia envejecido en el culto de los ídolos, tenia una extrema dificultad en deshacerse de ellos aun debajo de los emperadores cristianos, y el senado creía honrarse defendiendo los dioses de Rómulo, á quienes atribuían todas las victorias de la antigua Roma. Estaban fatigados los emperadores de las Legacias de aquel gran cuerpo que pedia el restablecimiento de sus ídolos, y creía que corregir á Roma de sus antiguas supersticiones, era hacer injuria al nombre romano.

Así aquella junta compuesta de lo mejor que tenia el imperio, y una inmensa multitud de pueblo en que se hallaban casi todos los mas poderosos de Roma, no podian ser sacados de sus errores, ni con la predicacion del Evangelio, ni con un tan visible cumplimiento de las antiguas profecías, ni con la conversion de casi todo el resto del imperio; ni en fin, con la de los príncipes, cuyos decretos todos autorizaban el cristianismo. Al contrario, continuaban en llenar de oprobios la Iglesia de Jesucristo á quien tambien acusaban á ejemplo de sus padres de todas las desgracias del imperio, prontos siempre á renovar las antiguas persecuciones sino hubiesen sido reprimidos por los emperadores. En este estado se hallan aun las cosas en el cuarto siglo de la Iglesia y cien años despues de Constantino; cuando, en fin, Dios se propuso acabar con los sangrientos decretos del senado contra los fieles, y juntamente con los gritos furiosos que todo el pueblo romano sediento de la sangre cristiana, habia tan frecuentemente hecho resonar en el anfiteatro. Entregó, pues, á los bárbaros aquella ciudad *embriagada de la sangre de los mártires*, como habla San Juan (1). Dios renovó sobre ella los terribles castigos que habia ejercitado sobre Babilonia: Roma tambien es llamada por este nombre. Esta nueva Babilonia, imitadora de la antigua, desvanecida como ella de sus victorias, triunfante en sus delicias y en sus riquezas, manchada de sus idolatrias y perseguidora del pueblo de Dios, da tambien como ella una gran caida, y San Juan canta su ruina. La gloria de sus conquistas que atribuia á sus dioses le es quitada, queda hecha despojo de los bárbaros, tomada tres ó cuatro veces, robada, saqueada, destruida (2). No perdona su espada sino á los cristianos. Otra Roma toda cristiana, se levanta de las ruinas de la primera: y despues de la irrupcion de los bárbaros, es cuando se perfecciona, enteramente la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, que se vén no solamente destruidos sino olvidados.

(1) Apoc. cap. XVII. vers. 6.

(2) Apoc. cap. XVII, XVII.

En esta forma, pues, han servido los imperios del mundo á la Religion y á la conservacion del pueblo de Dios; y por eso este mismo Dios que hizo predecir á sus profetas los diversos estados de su pueblo, les hizo profetizar tambien la sucesion de los imperios. V. A. ha visto los lugares en que Nabucodonosor fué señalado como el que habia de venir para castigar los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judáico ingrato á su autor. V. A. ha oido nombrar á Ciro doscientos años antes de su nacimiento como al que habia de restablecer el pueblo de Dios y castigar la soberbia de Babilonia. La ruina de Nínive no fué menos claramente predicha. Daniel, en sus admirables visiones, ha hecho pasar en un instante á vista de V. A. el imperio de Babilonia, el de los medos y de los persas, el de Alejandro y de los griegos. Las blasfemias y las crueldades de un Antíoco el Ilustre fueron allí profetizadas, así como las milagrosas victorias del pueblo de Dios contra tan violento perseguidor. Allí se vén aquellos famosos imperios caer los unos despues de los otros; y el nuevo imperio que habia de establecer Jesucristo, se halla tan espresamente denotado por sus propias señas, que es imposible desconocerle. Este es el imperio de los santos del Altísimo: este es el imperio del Hijo del Hombre: imperio que ha de subsistir entre las ruinas de los otros, y el único á quien está prometida la eternidad.

No nos han sido ocultos los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios del mundo, quiero decir, sobre el imperio romano. V. A. acaba de saberlos de la boca de San Juan. Roma misma ha sentido la mano de Dios, y sido como los demás un egemplo de su justicia. Pero su suerte era mas feliz que la de las otras ciudades. Purgada con sus infurtunios de las reliquias de la idolatria, solo subsiste por el cristianismo que anuncia á todo el universo.

Así todos los grandes imperios que V. A. ha visto sobre la tierra, han concurrido de varios modos al bien de la Religion y á la gloria de Dios, como él mismo lo ha declarado por sus profetas.

Cuando en sus escritos lee V. A. tan frecuentemente que los reyes entrarán de tropel en la Iglesia y que serán sus protectores y alimentadores, reconoce V. A. en estas palabras los

emperadores y demás príncipes cristianos: y como los reyes antepasados de V. A. se han señalado mas que todos en proteger y dilatar la Iglesia de Dios, no temeré asegurar á V. A. que ellos son entre todos los príncipes los mas claramente predichos en aquellas ilustres profecías.

Dios, pues, que tenia el designio de servirse de varios imperios para castigar ó ejercitar, para extender ó proteger su pueblo, queriendo hacerse conocer por autor de tan admirable consejo, descubrió este secreto á sus profetas y les hizo predicar lo que habia resuelto ejecutar. Por esto, como los imperios entraban en el orden de los designios de Dios sobre el pueblo que habia elegido, se halla la fortuna de aquellos imperios anunciada por los mismos oráculos del Espíritu Santo, que predicen la sucesion del pueblo fiel.

Cuanto mas se acostumbrare V. A. á observar las cosas grandes y á llamarlas á sus principios, tanto mas se admirará de los consejos de la Providencia. Es menester que V. A. tome desde luego estas ideas, que cada día se aclararán mas y mas en su entendimiento, y que V. A. aprenda á referir las cosas humanas á las órdenes de aquella eterna sabiduría de que dependen.

No declara Dios siempre su voluntad por los profetas en orden á los reyes y monarquías que engrandece ó destruye. Pero habiéndolo tantas veces hecho en aquellos grandes imperios de que acabamos de hablar, nos muestra con estos famosos ejemplos lo que obra en todos los demás, y enseña á los reyes estas dos verdades fundamentales: la primera, que él es quien forma los reinos para darlos á quien es de su agrado; y la segunda, que sabe hacerlos servir en los tiempos y segun el método que ha resuelto á lo que tiene decretado sobre su pueblo.

Esto, serenísimo Señor, debe tener á todos los príncipes enteramente dependientes y siempre atentos á las órdenes de Dios, á fin de concurrir á lo que dispone para su gloria en todas las ocasiones que les presenta.

Pero esta sucesion de los imperios considerándola tambien mas humanamente, produce grandes utilidades, particularmente á los príncipes, por quedar la arrogancia, compañera ordinaria de tan eminente condicion, tan fuertemente humi-

llada con este espectáculo. Porque si los hombres aprenden á moderarse al ver morir los reyes ¿cuánto mas escarmentados quedarán viendo morir los reinos mismos? ¿Y de dónde podrá sacarse mas útil enseñanza de lo que es la vanidad de las grandezas humanas?

Así cuando V. A. vé pasar como en un instante delante de sus ojos, no digo los reyes y los emperadores, sino aquellos grandes imperios que hicieron temblar á todo el universo; cuando V. A. vé los asirios antiguos y nuevos, los medos, los persas, los griegos, los romanos presentarse delante de V. A. sucesivamente y caer, por decirlo así, los unos sobre los otros; este espantoso fracaso hace conocer á V. A. que nada hay sólido entre los hombres, y que la inconstancia y la agitacion, es la propia dote de las cosas humanas.

CAPITULO II.

LAS REVOLUCIONES DE LOS IMPERIOS TIENEN CAUSAS PARTICULARES QUE LOS PRÍNCIPES DEBEN ESTUDIAR.

Pero lo que hará á V. A. mas útil y agradable este espectáculo, serán las reflexiones de V. A., no solo sobre la elevacion y caida de los imperios, sino tambien sobre las causas de sus progresos y de su decadencia.

Porque, serenísimo Señor, este Dios que ha hecho el encadenamiento del Universo y que omnipotente por sí mismo ha querido para establecer el orden que las partes de un todo tan grande dependiesen las unas de las otras, ese mismo Dios ha querido tambien que el curso de las cosas humanas tuviese su continuacion y sus proporciones; quiero decir, que los hombres y las naciones han tenido cualidades proporcionadas á la elevacion

á que estaban destinados; y que fuera de ciertos golpes extraordinarios en que Dios queria, que únicamente se descubriese su mano poderosa no han sucedido grandes mudanzas que no hayan tenido sus causas en los siglos precedentes.

Y como en todas las cosas hay lo que las prepara, lo que determina á emprenderlas y lo que consigue su logro, la verdadera ciencia de la historia es observar en cada tiempo aquellas secretas disposiciones que han preparado las grandes mudanzas y las circunstancias importantes que las han hecho llegar.

En efecto, no basta tener solamente presentes, esto es, considerar aquellos grandes sucesos que de repente deciden de la fortuna de los imperios. Quien fundamentalmente quisiere entender las cosas humanas, debe tomarlas de mas arriba y observar las inclinaciones y las costumbres; ó por decirlo todo en una palabra, el carácter así de los pueblos dominantes en general, como de los príncipes en particular; y en fin, de todos los hombres extraordinarios que por la importancia del papel que han debido hacer en el mundo, han contribuido en bien ó en mal á la mudanza de los estados y de la fortuna pública.

He procurado preparar el ánimo de V. A. á estas importantes reflexiones en la primera parte de este discurso: allí habrá podido V. A. observar el génio de los pueblos y el de los grandes hombres que los rigieron.

He mostrado los sucesos que estendieron á lo futuro sus influencias, y á fin de tener á V. A. atento al encadenamiento de los grandes negocios del mundo que yo queria principalmente hacerle entender, he omitido muchos hechos particulares cuyas consecuencias fueron tambien muy considerables. Pero por lo mismo que habiéndonos aplicado á la continuacion hemos pasado muy ligeramente por muchas cosas para poder hacer las reflexiones que merecian; debe V. A. ahora detenerse en ellas con atencion mas particular y acostumbrar su entendimiento á indagar los efectos por sus causas mas distantes.

Por este medio aprenderá V. A. lo que es tan necesario que sepa: que si bien al no mirar sino los accidentes particulares, parece que la fortuna sola decide del establecimiento y ruina de

los imperios; si se observa todo, sucede casi lo que en el juego, en que vence por último el mas hábil.

En efecto, en aquel juego sangriento en que los pueblos disputaron el imperio y el poder, el que de mas lejos lo previó, el que mas se aplicó, el que sufrió mas largo tiempo los trabajos; y en fin, el que supo mejor ó adelantarse ó detenerse segun la ocasion, tuvo al fin la ventaja é hizo servir á la misma fortuna para realizar sus designios.

No se canse, pues, V. A. de examinar las causas de las grandes mudanzas, porque nunca hallará cosa que tanto le instruya; pero inquíéralas V. A. principalmente en la sucesion de los grandes imperios donde la grandeza de los acontecimientos las hace mas palpables.

CAPITULO III.

LOS SCYTHAS, LOS ETIOPESES Y LOS EGIPCIOS.

No contaré aquí entre los grandes imperios el de Baco, ni el de Hércules, aquellos famosos vencedores de las Indias y de Oriente; porque sus historias nada tienen de cierto, y sus conquistas nada de seguido: célebrenles los poetas que han hecho de ellas el principal asunto de sus fábulas.

Tampoco hablaré del imperio que el Madyes de Herodoto que no tiene poca semejanza con el Indathirso de Megastenes, y con Tanao de Justino, estableció por breve tiempo en el Asia Mayor. Los scythas que aquel príncipe conducia á la guerra, mas hacian correrías que conquistas; y solo por accidente y apretando los cimerios, entraron en la Media, deshicieron los medos y les quitaron aquella parte de Asia en que habian fundado su dominacion. No reinaron allí estos nuevos conquistadores, sino veinte

y ocho años, porque su impiedad, su avaricia y su brutalidad fueron causa de que la perdiesen; y Cyaxares, hijo de Phraortes de quien la habian conquistado, los echó de ella, pero mas por industria que por fuerza. Reducido á un ángulo de su reino, que los vencedores, ó descuidaron de atacarle ó no pudieron vencerle, esperó con paciencia á que aquellos conquistadores brutales se conciliasen el ódio público y se deshiciesen ellos mismos por el desórden de su gobierno.

Hallamos tambien en Strabón, que sacó del mismo Megasthenes un Tearæón, rey de Etiopia, que será el Tharaca de la Escritura, cuyas armas fueron formidables en tiempo de Sennacherib, rey de Asiria. Este príncipe penetró hasta las columnas de Hércules, verosímilmente á lo largo de la costa de Africa y pasó hasta Europa. Pero ¿qué he de decir de un hombre, de quien no vemos en las historias, sino cuatro ó cinco palabras y que su dominacion no tuvo continuacion alguna?

Los Etiopes eran, segun Herodoto, los mas bien dispuestos de todos los hombres y del mejor talle. Su entendimiento era vivo y firme; pero aplicábanse con poco cuidado á cultivarle poniendo su confianza en sus cuerpos rubustos y en sus brazos nerviosos. Sus reyes eran electivos y elevaban al trono al mas alto y mas fuerte. Se puede hacer juicio de su humor por una accion que nos refiere Herodoto: Cuando Cambises, para sorprenderlos les envió embajadores y aquellos presentes que solian hacer los persas, de púrpura, de brazalates de oro y de composiciones de perfumes, no menos se burlaron de sus presentes en que nada veian útil á la vida, que del artificio de sus embajadores, conocidos luego por espías. Pero quiso su rey hacer tambien un presente á su estilo al rey de Persia; y tomando en la mano un arco, que apenas un persa habria podido sostener, cuanto menos disparar, le armó en presencia de los embajadores, y les dijo: Hé aquí el consejo que el rey de Etiopia dá al rey de Persia. «Cuando los persas podrán servirse tan fácilmente, como acabo de hacer, de un arco de esta grandeza y de esta fuerza, que vengan á atacar á los Ethiopes y que traigan mas tropas que las que tiene Cambises. Entre tanto, que dén gracias á los dioses, que no han puesto en el corazon de los Ethiopes el deseo de estenderse fuera de su pais.» Dicho esto, desarmó el arco y dióle

á los embajadores. No puede decirse cual habria sido el suceso de la guerra. Irritado Cambises de esta respuesta, se avanzó hácia la Ethiopia como un insensato, sin órden, sin convoyes, sin disciplina; y vió perecer su ejército por falta de víveres entre los arenales, antes de acercarse al enemigo.

No eran con todo eso estos pueblos de Ethiopia tan justos como blasonaban, ni tan contenidos en su país. Sus vecinos los egipcios habian frecuentemente probado sus fuerzas. Nada hay consiguiente en los consejos de estas naciones salvages y mal cultivadas: si la naturaleza empieza muchas veces á producir en ellos buenos dictámenes, jamás los perfecciona: y así poco vemos allí que aprender y que imitar. No hablemos mas de estas gentes y vamos á los pueblos bien cultivados.

Los egipcios son los primeros que hayan sabido las reglas del gobierno. Esta nacion grave y séria conoció desde luego el verdadero fin de la política, que es hacer cómoda la vida y felices los pueblos. El temperamento siempre uniforme del país, hacia los entendimientos sólidos y constantes. Como la virtud es el fundamento de la sociedad, la cultivaron con diligencia. Su principal virtud era el reconocimiento. La gloria que se les ha dado de ser los mas reconocidos de todos los hombres, hace ver que tambien éranlos mas sociables. Los beneficios son las ligaduras de la concordia pública y privada. Quien reconoce las gracias, desea hacerlas, y desterrada la ingratitude, el gusto de hacer bien queda tan vivo, que ninguno es capáz de no sentirle. Sus leyes eran sencillas, llenas de equidad y propias para unir entre sí los ciudadanos. El que pudiendo salvar á un hombre acometido no lo hacia, era castigado con la muerte como un asesino. Y si no podia socorrerle, debia á lo menos denunciar al autor de la violencia; y habia penas establecidas contra los que faltaban á esta obligacion. Así los ciudadanos estaban de guardia, los unos de los otros, y todo el cuerpo del Estado unido contra los malos. No era permitido ser inútil al Estado: la ley señalaba á cada uno su oficio, que se perpetuaba de padre á hijo. No se podian tener dos, ni mudar de profesion; pero eran tambien todas decentes.

Era preciso que hubiese empleos y personas mas considerables, como lo es, que haya en los cuerpos ojos: pero como el

resplandor de estos no hace despreciables los pies ni las partes mas infimas; así entre los egipcios, los sacerdotes y los soldados tenian distinciones particulares de honor; pero todas las ocupaciones hasta las menores, eran estimadas: y no se creia poder sin delinquir, despreciar los ciudadanos cuyas labores, cualesquiera que fuesen, contribuian al bien público. Por este medio llegaban todas las artes á su perfeccion: el honor que las mantenía, tocaba á todas: mejorábase lo que siempre se habia visto hacer, y en lo que cada uno se habia ejercitado desde su infancia.

Pero habia una ocupacion que debia ser comun: era esta el estudio de las leyes y de la sabiduría. La ignorancia de la religion y de la policia del pais, no se perdonaba á estado alguno. En cuanto á lo demás, cada profesion tenia su cierto ángulo que le era señalado, sin que esto causase incomodidad en un pais cuya anchura no era grande, y con tan buen orden, no sabian los holgazanes donde ocultarse.

Lo mejor que habia entre tan escelentes leyes, era que se criaban todos en la máxima de observarlas. Una costumbre nueva era en Egipto un prodigio: hacíase todo allí siempre de un modo; y la exactitud que se tenia en observar las cosas pequeñas, mantenía las grandes. Así jamás hubo pueblo, que mas largo tiempo conservase sus usos y sus leyes. El orden de sus juicios contribuía á mantener esta máxima. Eran entresacados treinta jueces de las principales ciudades para componer la junta que juzgaba á todo el reino. No solian verse en estas plazas sino las personas mas honradas del pais y las mas graves. El principe les señalaba ciertas rentas á fin de que libres de los embarazos domésticos pudiesen aplicar todo su tiempo al cuidado y la observancia de las leyes. Ninguna utilidad sacaban de los procesos: que aun no se habia discurrido en que la administracion de la justicia fuese lucrosa. Por no dejarse sorprender, tratábanse los negocios por escrito en esta junta. Temíase allí la falsa elocuencia que deslumbralos entendimientos y conmueve las pasiones; y no debia de esplicarse la verdad muy desnuda de adornos. Llevaba el presidente del senado un collar de oro y de piedras preciosas, de que pendía una figura sin ojos á quien llamaban la verdad. Cuando la tomaba, era la se-

ñal de empezar la sesion; y el aplicarla á la parte que debia ganar la causa, era la forma de pronunciar la sentencia. Uno de los mejores artificios de los egipcios para conservar sus antiguas máximas, era el revestirlas de ciertas ceremonias que las imprimian en los ánimos. Observábanse estas con reflexion, sin que permitiese la seriedad de los egipcios que se convirtiesen en simples formalidades. Los que no tenian negocios y profesaban una vida arreglada, podian evitar el exámen de aquel severo tribunal. Pero habia en Egipto una especie de juicio del todo extraordinario, de que nadie se eximía. Es de algun consuelo al morir dejar de sí buena memoria en el mundo; y de todos los bienes humanos, este es el único que no puede arrebatar nos la muerte. Pero no era permitido entre los egipcios alabar indistintamente á todos los difuntos; era preciso conseguir este honor por pública sentencia. Luego que un hombre moria era llevado á juicio. Escuchaban al acusador público: si probaba que la conducta del difunto hubiese sido mala, condenábase su memoria, y privábanle de sepultura. Admiraba el pueblo el poder de las leyes que se extendia hasta despues de la vida; y cada uno escarmentado con el ejemplo, temia dejar su memoria y familia deshonorada. Pero si el difunto no era convencido de culpa alguna, era honorificamente sepultado y hacíanle su Panegírico, pero sin decir nada de su nacimiento. Todo el Egipto era noble, y aun fuera de eso no gustaban de otras alabanzas que las que con el propio mérito se adquirian.

Todos saben con cuanta diligencia conservaban los egipcios los cuerpos muertos: aun se ven sus memorias. Así era inmortal su reconocimientto á sus padres: los hijos al ver los cuerpos de sus antepasados, acordábanse de sus virtudes, ejecutoriadas por autoridad pública, y se escitaban á amar las leyes que les habian dejado.

Para impedir los empréstitos de donde nacen la holgazaneria, los fraudes y las trampas, no permitia la Ordenanza del rey Asichis, que se prestase, sino es con condicion de quedar empeñado el cuerpo del padre del deudor á favor del que prestaba. Era una impiedad y juntamente una infamia, no desempeñar prontamente una prenda tan preciosa; y el que moria sin haber satisfecho á esta obligacion, era privado de sepultura.

El reino era hereditario, pero estaban los reyes mas obligados que los súbditos á vivir segun las leyes. Habíalas para ellos particulares, compiladas por un rey, y formaban una parte de los libros sagrados. No es porque se disputase algo á los reyes, ó porque alguno tuviese derecho de precisarlos, que antes bien eran respetados como dioses, sino porque una costumbre antigua lo habia todo reglado y no pensaban en vivir diversamente que sus antepasados. Así toleraban sin dificultad, que la calidad de los manjares y la medida del beber y del comer les fuese tasada (porque esto era una cosa ordinaria en Egipto, donde todos eran sobrios y donde el aire del pais inspiraba la frugalidad), sino que tambien les fuesen destinadas todas sus horas. Despertaban al amanecer, y entonces que está el entendimiento mas despejado y los pensamientos son mas puros, leian sus papeles, para formar un juicio mas recto y verdadero de los negocios que habian de decidir. Luego que estaban vestidos, iban al Templo á sacrificar. Allí rodeados de toda su córte y puestas las víctimas en el Altar, asistian á una rogativa llena de instruccion, en que el pontífice suplicaba á los dioses, diese al príncipe todas las virtudes reales, de modo, que fuese religioso con los dioses, benigno con los hombres, moderado, justo, magnánimo, sincero, enemigo de la mentira liberal, dueño de sí mismo, largo en el premio y escaso en el castigo. Hablaba despues el pontífice de las faltas en que podian incurrir los reyes: pero siempre suponía, que no caian en ellas sino por malicia agena ó ignorancia propia, llenando de maldiciones á los ministros que le daban malos consejos y les disfrazaban la verdad. Este era el modo de instruir á los reyes. Creíase que no sirviesen de mas las reprensiones que de exasperar sus ánimos; y que el medio mas eficaz de infundirles la virtud, fuese, mostrarles su obligacion en las alabanzas conformes á las leyes y pronunciadas gravemente delante de los dioses. Despues de la rogativa y del sacrificio, leíanse al rey y en los santos libros, los consejos y las acciones de los hombres grandes, á fin de que con sus máximas gobernase su Estado y mantuviese las leyes, que habian hecho á sus predecesores no menos felices que á sus vasallos.

El efecto que producian estas exhortaciones, manifiesta la se-

riedad con que se hacian y con que se escuchaban. Entre los Thebanos que era la dinastía principal, aquella en que las leyes estaban en su vigor y que en fin se hizo señora de todas las demás, los hombres mas plausibles fueron los reyes. Los dos Mercurios, autores de las ciencias y de todas las instituciones de los egipcios, el uno vecino á los tiempos del Diluvio, y el otro á quien llamaron el Trismegisto ó tres veces grande, contemporáneo de Moisés, fueron ambos reyes de Thebas. Todo el Egipto se aprovechó de sus luces; y Thebas debe á sus instrucciones haber tenido pocos príncipes malos. Eran estos durante su vida tolerados, por pedirlo así el público reposo; pero no quedaban exentos del juicio á que era preciso sujetarse despues de la vida. Algunos fueron privados de sepultura, pero vense de esto pocos ejemplares; al contrario, fueron los reyes por la mayor parte tan amados de los pueblos, que no menos lloraba cada uno su muerte, que la de su padre ó la de sus hijos.

Esta costumbre de juzgar á los reyes despues de su vida, pareció tan santa al pueblo de Dios, que la practicó siempre (1). En la Escritura vemos, que los malos reyes eran privados de la sepultura de sus antepasados, y sabemos de Josefo que duraba aun esta costumbre en tiempo de los asmoneos, costumbre que hacia comprender á los reyes que si la magestad los hace superiores á los juicios humanos durante su vida vuelven en fin á ellos cuando la muerte los ha igualado con los demás hombres.

Tenian los egipcios el entendimiento inventivo, pero aplicábanle siempre á las cosas útiles. Los dos Mercurios llenaron el Egipto de invenciones maravillosas, y casi nada le dejaron ignorar de lo que podia hacer cómoda y tranquila la vida. Pero no puedo dejar á los egipcios la gloria que dieron á su Osyris de haber inventado la labranza; porque en todos tiempos se halla en los países vecinos á la tierra, desde donde se fué der-

(1) Ant. XIII, 2, 3.

ramando el linage humano, y es indubitable que desde el origen del mundo fué conocida. Los mismos egipcios dán tambien á Osyris una tan gran antigüedad, que bien se conoce confundieron su tiempo con el de los principios del diluvio, y quisieron atribuirle cosas cuyo origen escede de mucho á todos los tiempos conocidos en su historia. Pero si los egipcios no inventaron la agricultura ni las demás artes que vemos antes del diluvio, las perfeccionaron de tal modo, y pusieron tan grande cuidado en restablecerlas entre los pueblos en que la barbárie había hecho olvidarlas, que no es menos grande su gloria que si hubiesen sido sus inventores.

Otras hay tambien importantes, cuya invencion les es indisputable. Como su país era unido y su cielo claro y sin nubes, fueron los primeros en observar el curso de los astros. Tambien lo fueron en reglar el año (1). Estas observaciones los introdujeron naturalmente en la Aritmética; y si es cierto lo que dice Platon, que el sol y la luna enseñaron á los hombres la ciencia de los números, esto es, que se empezaron las cuentas regladas por la de los días, de los meses y de los años, los egipcios son los primeros que escucharon á estos maravillosos maestros. No les fueron menos conocidos los planetas y demás astros; y hallaron aquel año grande que vuelve todo el cielo á su primer punto. Por reconocer sus tierras cubiertas todos los años de las inundaciones del Nilo, se vieron obligados á recurrir á la medida de las tierras, la cual les enseñó bien presto la geometría. Eran grandes observadores de la naturaleza, que en un clima tan sereno y debajo de un sol tan ardiente, era en aquel país fuerte y fecunda. Hízoles esto tambien inventar ó perfeccionar la medicina; así todas las ciencias merecieron allí un grande honor.

Los inventores de las cosas útiles recibian así en vida como despues de ella, recompensas dignas de sus trabajos. Esto es, lo que consagró los libros de los dos mercurios é hizo mirarlos

(1) Herod. lib. II.

como libros divinos. El primero de todos los pueblos en que se ven bibliotecas, es el Egipto. El título que se les daba, inspiraba deseo de entrar en ellas y de penetrar sus secretos, eran llamadas: *El tesoro de los remedios del alma*; porque allí se curaba de la ignorancia, la mas peligrosa de sus enfermedades y el origen de todas las demás.

Una de las cosas que mas fuertemente se imprimian en el ánimo de los egipcios, era la estimacion y el amor de su pátria. Ella era, decian, la mansion de los dioses, los cuales habian allí reinado infinitos millares de años: la madre de los hombres y de los animales que la tierra de Egipto habia producido, en tanto que lo restante de la naturaleza era estéril. Los sacerdotes que componian la historia de Egipto de esta série inmensa de siglos, que únicamente llenaban de fábulas, y de las genealogías de sus dioses, hacianlo por imprimir en el ánimo de los pueblos la antigüedad y nobleza de su pais. Por lo demás su verdadera historia estaba incluida en límites razonables; pero se deleitaban en perderse en un abismo infinito de tiempo que parecia rozarse con la eternidad.

Con todo eso, el amor de la pátria tenia fundamentos mas sólidos. Era Egipto en efecto, el mas bello pais del universo, el mas abundante por la naturaleza, el mas bien cultivado por el arte, el mas rico, mas cómodo y mas adornado por el cuidado y magnificencia de sus reyes.

No habia cosa que no fuese grande en sus designios y en sus labores. Lo que hicieron del Nilo es increíble. Llueve raras veces en Egipto; pero este rio que enteramente le riega con sus inundaciones regladas, le lleva las lluvias y las nieves de los demás paises. Para multiplicar un rio tan benéfico, estaba el Egipto atravesado de una infinidad de canales de longitud y anchura increíble. A todas partes llevaba el Nilo la fecundidad con sus aguas saludables: unia las ciudades entre sí; y el mar grande con el mar Bermejo, mantenía el comercio dentro y fuera del reino y le fortificaba contra el enemigo, de suerte, que era quien alimentaba y juntamente quien defendía el Egipto. Dejábale abandonada la campiña; pero encumbradas las ciudades con trabajos inmensos, y levantándose como islas en medio de las aguas, miraban con regocijo desde aquella altura todo lo

llano inundado y juntamente fertilizado por el Nilo. Cuando se hinchaba fuera de medida, los grandes lagos cavados de orden de los reyes, ofrecian su seno á las aguas derramadas por la campiña. Tenian sus desagüaderos preparados, que abrian ó cerraban, segun la necesidad, grandes compuertas; y teniendo las aguas su receptáculo, no permanecian sobre las tierras sino lo que era preciso para engrasarlas.

De esto servia el Lago que se llamaba de Myris ó de Mœris, que era el nombre del rey que habia ordenado hacerle. No puede leerse sin asombro, por ser cierto que tenia casi ciento y ochenta leguas francesas de circunferencia. Por no malograr muchas buenas tierras al cavarle, habíasele principalmente estendido del lado de Libia. Su pesca valía al príncipe sumas inmensas; y así cuando la tierra nada producía, sacábanse tesoros de ella cubriéndola de aguas (1). Dos pirámides, que cada una sostenia sobre un trono dos estatuas colosales, la una de Myris y la otra de su mujer, se elevaban hasta trescientos pies en medio del lago, y ocupaban sobre las aguas igual espacio. Así manifestaban haber sido erigidas antes, que aquella concavidad se hubiese llenado; y que un lago de tan gran estension habia sido hecho de mano de hombre, debajo de un solo príncipe.

Los que no saben hasta qué punto puede economizarse la tierra, tienen por fábula lo que se cuenta del número de las ciudades de Egipto. Su riqueza no es menos creíble. Ninguna habia que no estuviese llena de templos magníficos y de palacios soberbios. La arquitectura mostraba en todo aquella noble sencillez y aquella grandeza que llena el ánimo. Las largas galerías ostentaban esculturas que tomaba la Grecia por modelos. Podia Thebas competir con las mas bellas ciudades del universo. Sus cien puertas cantadas por Homero, son conocidas de todo el mundo. No era menor su poblacion que su grandeza, y se ha dicho que podia hacer salir al mismo tiempo

(1) Herod. cap. II. Diod. cap. I vers. 2.

diez mil combatientes por cada una de sus puertas; y aunque haya en esto algo de exageracion, siempre es cierto que era innumerable su pueblo. Los griegos y los romanos celebraron su magnificencia y su grandeza, aunque solo fueron testigos de sus ruinas: tan augustas eran sus reliquias.

Si nuestros peregrinantes hubiesen penetrado hasta el sitio en que aquella ciudad estaba fabricada, aun habrian sin duda hallado alguna cosa incomparable en sus ruinas, porque las obras de los egipcios estaban hechas para resistir al poder del tiempo. Sus estatuas eran colosales, sus columnas inmensas. Tenia el Egipto puesta su atencion en lo grande, y queria asombrar los ojos desde lejos, pero contentándolos siempre con lo justo de las proporciones.

Han descubierto en el Sayd (que bien sabe V. A. es el nombre de la Thebaida) templos y palacios aun casi enteros, en que estas columnas y estatuas son innumerables. Allí se admira sobre todo un palacio, cuyas ruinas parece no haber subsistido, sino para borrar la gloria de todos los mayores edificios. Cuatro calles en que se pierde la vista, ceñidas por una y otra parte de Sphinges de no menos rara materia que notable grandeza, sirven de entrada á cuatro pórticos, cuya altura pasma los ojos. ¡Qué magnificencia y qué extension! Los que nos han descrito este prodigioso edificio no tuvieron tiempo de girarle todo, ni están ciertos de haber visto la mitad, pero era asombroso cuanto vieron. Una sala que al parecer formaba el centro de este soberbio palacio, era sostenida de ciento y veinte columnas de seis brazas de corpulencia, grandes á proporcion, mezcladas de obeliscos que no habia podido abatir la fuerza de tantos siglos. Hasta los colores que es lo que mas presto experimenta el poder del tiempo, se mantienen tambien entre las ruinas de aquel maravilloso edificio y conservan su viveza; tanto sabia imprimir el Egipto en todas sus obras el carácter de la inmortalidad. Ahora que el nombre del rey penetra hasta las partes mas desconocidas del mundo, y que de orden suya se extienden los descubrimientos de las mas bellas obras de la naturaleza y del arte á regiones tan remotas, ¿no seria un objeto digno de aquella noble curiosidad el descubrir los primores que encierra la Thebaida en sus desiertos, y enriquecer nues-

tra arquitectura con las invenciones del Egipto? ¿Qué poder ó qué arte ha sido capaz de hacer de tal país la maravilla del universo? ¿Y qué perfecciones no se hallarian si se pudiese llegar á la corte, pues tan lejos de ella se descubren cosas tan maravillosas?

Solo era propio del Egipto, erigir monumentos para la posteridad. Sus obeliscos son el dia de hoy, así por su belleza como por su altura, el principal ornamento de Roma; y desesperando el poder romano de igualar á los egipcios, creyó hacer bastante por su grandeza en tomar prestados los monumentos de sus reyes.

Aun no habia visto el Egipto otros edificios grandes que la Torre de Babel, cuando ideó sus pirámides, que tanto por su figura como por su grandeza, triunfan del tiempo y de los bárbaros. El buen gusto de los egipcios les hizo desde entonces amar la solidéz y la regularidad totalmente desnuda. ¿No es esto que la naturaleza inclina por sí misma á aquel aire sencillo á que con tanta dificultad se vuelve cuando se ha viciado el gusto con novedades y osadías estravagantes? Sea como fuere, los egipcios no amaron sino los arrojos reglados; no buscaron lo nuevo, ni lo asombroso, sino en la variedad infinita de la naturaleza, y se gloriaban de ser los únicos que habian hecho como los dioses, obras inmortales. No eran menos nobles las inscripciones de las pirámides que su artificio (1). Hablaban con quien las miraba. Una de las pirámides fabricada de ladrillo, advertia con su título, que se abstudiesen de compararla con las demás, *y que era tan superior á todas las pirámides, como Júpiter á todos los dioses.*

Pero por mas que se esfuercen los hombres, en todo se descubre su nada. Eran esas pirámides sepulturas, y los reyes que las fabricaron, aun no tuvieron el poder de enterrarse allí, ni gozaron de su sepulcro.

No hablaria yo de aquel bello palacio que llamaban el Laberinto, si Heródoto que le vió, no asegurase, que era mas pas-

(1) Herod. cap. II.

moso que las pirámides. Estaba fabricado sobre la márgen del Lago de Miris, y tenia una vista proporcionada á su grandeza. En cuanto á lo demás, no era tanto un palacio solo, quanto un cúmulo magnífico de doce palacios regularmente dispuestos que se comunicaban entre sí. Mil y quinientos aposentos mezclados de terrados, estaban ordenados al rededor de doce salas, y no dejaban salida á los que se empeñaban en reconocerlos. Otra tanta fábrica habia debajo de tierra. Estos edificios subterráneos estaban destinados á la sepultura de los reyes, y tambien (¿quién podria decirlo sin rubor y sin lastimarse de la ceguedad del entendimiento humano?) á alimentar los cocodrilos sagrados, de quien una nacion, fuera de esto, tan sábia hacia sus dioses.

V. A. se pasma de ver tanta magnificencia en los sepulcros de Egipto. Esto era, señor, porque á mas de erigirlos como monumentos sagrados para llevar á los siglos futuros la memoria de tan grandes príncipes, eran tambien mirados como albergues eternos. Las casas eran llamadas posadas en que no se estaba sino de paso y duran e una vida muy corta, para terminar nuestros designios, pero las verdaderas casas eran los sepulcros que debiamos habitar por el espacio de infinitos siglos.

En cuanto á lo demás, no eran las cosas inanimadas en lo que mas trabajaban los Egipcios. Sus mas nobles fatigas y su arte mas escelente, consistia en formar los hombres. La Grecia estaba tan persuadida de esto, que sus mayores hombres, un Homero, un Pythágoras, un Platon, hasta el mismo Licurgo y Solon, aquellos dos grandes legisladores y otros que no es necesario nombrar, fueron á aprender en Egipto la sabiduría (1). Dios quiso que tambien Moisés *fuese instruido en toda la sabiduria de los egipcios*, y este fué el origen de que empezase á ser poderoso en palabras y en obras. La verdadera sabiduría se sirve de todo, y no quiere Dios que los que se hallan

(1) Act. cap. VII, vers. 22.

favorecidos de sus inspiraciones, omitan los medios humanos que en su modo tambien de él se derivan.

Aquellos sabios habian estudiado el régimen que hace los ánimos sólidos, los cuerpos robustos, las mugeres fecundas y los niños vigorosos. Por este medio crecia el pueblo en número y en fuerzas. Era sano el pais naturalmente, pero habiales enseñado la filosofía que quiere ser ayudada la naturaleza. Hay un arte de formar los cuerpos como los ánimos Este arte que nos ha hecho perder nuestro descuido, era bien conocido de los antiguos y habia sido hallado por los egipcios. La frugalidad y los demás ejercicios eran de lo que principalmente se servian para este admirable intento (1). En un gran campo de batalla que fué visto de Herodoto, los cráneos de los persas fáciles á ser penetrados, y los de los egipcios mas duros que las piedras con que estaban mezclados, mostraban la blandura de los unos y la robusta consistencia que un alimento frugal y los ejercicios vigorosos daban á los otros. La carrera á pié la de á caballo y en carros, se practicaban en Egipto con una maravillosa destreza, y no habia en todo el universo mejores hombres de á caballo que los egipcios. Cuando Diodoro nos dice, que desechaban la lucha como ejercicio, que daba una fuerza perjudicial y poco durable, habrá hablado de la lucha inmoderada de los atletas, que la misma Grecia que la coronaba en sus juegos, la habia vituperado como poco conveniente á las personas libres, pero con una cierta moderacion era digna de cualquier hombre de calidad: y el mismo Diodoro nos hace saber que el Mercurio de los egipcios habia inventado sus regias como tambien el arte de formar los cuerpos. Del mismo modo se ha de entender, lo que dice este autor tocante á la música. La que él hace despreciada de los egipcios, como capaz de ablandar los ánimos, es sin duda aquella música suave y afeminada, que no inspira sino placer y una falsa ternura. Porque la música generosa, cuyos nobles conciertos elevan el espíritu y el corazon, no estuvo sujeta al desprecio

(1) Herod. cap. III.

de los egipcios, pues segun el mismo Diodoro habíala inventado su Mercurio, como asimismo el mas grave de los instrumentos de la música. En la procesion solemne de los egipcios, en que se llevaban segun sus ritos los libros de Trimegisto, se vé al cantor marchar á la frente, llevando en la mano *un simbolo de la música* (no sé por qué) y el libro *de los himnos sagrados*. En fin, nada omitia el Egipto de lo que podia pulir el entendimiento, ennoblecer el corazon y fortificar el cuerpo. Cuatrocientos mil soldados que mantenía, eran los que entre sus ciudadanos ejercitaba con mayor diligencia. Las leyes de milicia se conservaban fácilmente y como por sí mismas, porque los padres las enseñaban á sus hijos, por la profesion de la guerra hereditaria como las otras; y despues de las familias sacerdotales, eran estimadas por mas ilustres como entre nosotros las destinadas á las armas. No quiero con todo eso decir, que fuese guerrero el Egipto. Por mas cuidado que se ponga en tener tropas regladas y mantenidas, y por mas diligencia que se aplique á ejercitarlas á la sombra, en los trabajos militares y entre las imágenes de los combates, sola la guerra y los combates verdaderos, son quien hace guerreros á los hombres. El Egipto amaba la paz, porque amaba la justicia, y solo tenia soldados para su defensa. Contento con su pais donde todo abundaba, no pensaba en conquistas. Estendíase de otro modo, enviando sus colonias por toda la tierra, y con ellas la policia y las leyes. Las ciudades mas célebres iban á aprender en Egipto sus antigüedades y el origen de sus mas escelentes instituciones. De todas partes era consultado sobre las reglas de la sabiduria (1).

Cuando los de Elide hubieron establecido los juegos olímpicos, las mas ilustres ciudades de Grecia solicitaron, por medio de una solemne embajada, la aprobacion de los egipcios; y aprendieron de ellos nuevos modos de animar á los combatientes. Reinaba el Egipto por sus consejos; y este imperio del en-

(1) Herod cap. II.

tendimiento le pareció mas noble y mas glorioso, que el que se establece por las armas. Aunque los reyes de Tebas fuesen sin comparacion los mas poderosos de todos los del Egipto, jamás inquietaron las dinastías vecinas, y solo las ocuparon, cuando fueron invadidas de los árabes: de modo, que en la verdad, mas las quitaron á los estrangeros, que desearon dominar á los naturales del pais. Pero cuando pensaron en ser conquistadores, escedieron á todos los demás. No hablo de Osiris, vencedor de las Indias, que al parecer es Baco, ó algun otro héroe igualmente fabuloso. El padre de Sesostris (los doctos quieren que este sea Amenófsi, ó por otro nombre Memnon) ó por instinto ó por génio, ó como dicen los egipcios, por la autoridad de un Oráculo, resolvió hacer á su hijo un gran conquistador. Aplicóse á esto á la manera de los egipcios, quiero decir, con grandes reflexiones. Todos los niños que nacieron el mismo dia que Sesostris, fueron llevados á la corte de órden del rey. Hízolos criar como á sus hijos, y con el mismo cuidado que á Sesostris, cerca del cual eran alimentados. No podia darle mas fieles ministros, ni mas celosos compañeros en sus combates. Cuando lo vió un poco adelantado en edad, hízole aprender los primeros rudimentos de la milicia en una guerra contra los árabes. Allí aprendió este jóven príncipe á sufrir el hambre y la sed, y sujetó aquella nacion hasta entonces indómita. Acostumbrado á los trabajos militares por esta conquista, hízole su padre volver hácia el Occidente del Egipto; atacó la Libia y sujetó la mayor parte de aquella dilatada region. Murió su padre en este tiempo, dejándole capáz de intentar cualquier designio. No fué menor el que concibió, que el de la conquista del mundo; pero antes de salir de su reino, proveyó á su seguridad interior, ganando el corazon de todos sus pueblos con la liberalidad y con la justicia, y reglando en lo demás el gobierno con una estremada prudencia. Entretanto hacia sus prevenciones: levantaba tropas y les daba por capitanes aquellos mancebos, que su padre habia hecho criar en su compañía. Tenia de estos mil y setecientos, capaces de repartir en todo el ejército el esfuerzo, la disciplina y el amor al príncipe. Hecho esto, entró en Etiopia y la hizo tributaria. Continuó las victorias en el Asia; y fué Jerusalem la primera en sentir la fuerza de sus armas. No pudo resistirle el temerario

Roboan; y Sesostris arrebató las riquezas de Salomon, las cuales por justo castigo puso Dios en sus manos. Penetró en las Indias mas lejos que Hércules y que Baco, y mas que despues hizo Alejandro: pues sujetó el pais de la otra parte del Ganges. Juzgue V. A. de esto, si los mas vecinos le resistirian. Los scytas obedecieron hasta el Tanais; la Armenia y la Capadocia le quedaron sujetas. Dejó una Colonia en el antiguo reino de Colchos, donde despues las costumbres de los ejercicios siempre han permanecido. Herodoto vió en el Asia Menor, del un mar al otro, monumentos de sus victorias, en las soberbias inscripciones de Sesostris, rey de los reyes y señor de los señores. Habíalas hasta en la Tracia, porque estendió su imperio desde el Ganges hasta el Danuvio. Impidióle la dificultad de los víveres entrar mas adelante en Europa, y despues de nueve años volvió cargado de despojos de todos los pueblos vencidos. Hubo algunos que defendieron vigorosamente su libertad, y otros que cedieron sin resistencia, y Sesostris tuvo cuidado de notar en sus monumentos las diferencias de aquellos pueblos vencidos en figuras geroglíficas á la manera de los egipcios. Para describir su imperio inventó los Mapas. Cien templos famosos erigidos en accion de gracias á los dioses tutelares de todas las ciudades, fueron así las primicias, como las mejores señales de sus victorias; y tuvo la advertencia de publicar por sus inscripciones, que todas aquellas obras se habian acabado sin fatiga de sus vasallos. Ponia él su gloria en conservarlos, y en no hacer trabajar en ellas sino á sus cautivos. Salomon le habia dado el ejemplo. Este sábio príncipe solo habia empleado los pueblos tributarios en las grandes obras, que han hecho inmortal su reinado. Estaban los ciudadanos aplicados á mas nobles egercicios: aprendian á hacer la guerra y á mandar en ella. No podia Sesostris reglarse por un modelo mas perfecto. Reinó treinta y tres años, y gozó largo tiempo de sus triunfos: mucho mas digno de gloria, si á impulsos de su vanidad no hubiese hecho tirar de su carro á los reyes vencidos. Parece que se desdenó de morir como los demás hombres. Habiendo cegado en su vejez, se dió la muerte él mismo, y dejó el Egipto rico para siempre. (1) Con

(1) Tad. Anal. II.

todo eso su imperio no pasó de su cuarta generacion. Pero aun duraban en tiempo de Tiberio monumentos magnificos que manifestaban su estension y la cantidad de los tributos. Volvió bien presto el Egipto á su humor pacifico; y tambien se ha escrito, que fué Sesostris el primero en suavizar despues de sus conquistas, las costumbres de los egipcios, temeroso de sus alteraciones. Si esto merece crédito, no podia ser sino una precaucion que tomaba para sus sucesores: porque siendo sábio y absoluto, parece que nada podia temer de unos pueblos que le adoraban. Por lo demás es este pensamiento poco digno de tan gran príncipe; y era mal modo de preveer á la seguridad de sus conquistas, dejar debilitar el brío de sus vasallos. Es cierto tambien, que este gran imperio no subsistió mucho: pero ¿qué cosa hay en el mundo que siempre dure y de un modo ú otro no se acabe? Introdújose la division de Egipto. Debajo de Anysis el Ciego, el Ethiope Sabacón invadió el reino: trató á los pueblos no menos bien que sus reyes naturales, y obró tan grandes cosas, como cualquiera de ellos. Jamás se vió moderacion igual á la suya; porque despues de un reinado feliz de cincuenta años volvió á Ethiopía, por obedecer á advertencias, que creyó divinas. Abandonado el reino, cayó en las manos de Sethón, sacerdote de Vulcano, príncipe religioso á su modo, pero poco guerrero, y que acabó de enervar la milicia, maltratando á los militares. Despues de este tiempo sólo se mantuvo el Egipto con tropas extranjeras. Hállase una especie de anarquía. Véanse doce reyes elegidos por el pueblo, que partieron entre sí el gobierno del reino. Estos son los que fabricaron aquellos doce palacios, que componian el laberinto. Aunque no pudiese el Egipto olvidar sus magnificencias, estuvo débil, dividido debajo de aquellos doce príncipes. Uno de ellos, que fué Psammetico, se hizo últimamente dueño de todo con el socorro de extranjeros. Restablecióse el Egipto y permaneció bastante poderoso por el curso de cinco ó seis reinados. En fin, despues de haber durado este antiguo reino cerca de mil y seiscientos años, debilitado por los reyes de Babilonia y por Ciro, fué hecho despojo de Cambyses, el mas insensato de todos los príncipes.

Los que penetraron el génio del Egipto, conocieron que no

era belicoso, y V. A. ha visto las razones (1). Habia vivido en paz cerca de mil y trescientos años cuando produjo su primer guerrero que fué Sesostris. Así no obstante, su milicia tan cuidadosamente mantenida, vemos hácia el fin que toda su fuerza consistia en tropas extranjeras, que es uno de los mayores defectos que puede tener un Estado. Pero no pueden ser cabales las cosas humanas, y es muy difícil tener en sumo grado de perfeccion las artes de la paz juntas con las ventajas de la guerra. Muy buena duracion es la de diez y seis siglos. Algunos ethiopes reinaron en Thebas en este intermedio, entre otros Sabacon, y segun se cree Tharaca. Pero el Egipto sacaba esta utilidad de la escelente constitucion de su Estado, que los extranjeros antes tomaban sus costumbres que introducian las propias, así mudando de señores no mudaba de gobierno. Tuvo dificultad en sufrir á los persas, cuyo yugo quiso sacudir muchas veces. Pero no era bastantemente belicoso para mantenerse por su propia fuerza contra una potencia tan grande; y los griegos que le defendian ocupados en otras partes, se veian obligados á abandonarle; de suerte, que siempre recaía debajo de sus antiguos señores; pero siempre obstinadamente asido á sus costumbres antiguas, é incapáz de degenerar de las máximas de sus primeros reyes. Mas aunque retuvo mucho de ellas en los tiempos de los Ptolomeos, fué tan grande entonces la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas, que ya casi no se reconocia el anciano Egipto.

No se debe olvidar que los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la misma historia de los egipcios. Hay dificultad en hacer lugar á Osymanduas de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan buenas señas de sus costumbres. Parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, el cual no ha sido nombrado por Herodoto ni Diodoro. Aun mas señalado ha quedado su poder por los monumentos que dejó por toda la tierra, que por las memorias de su

(1) Strab. lib. XVII.

pais; y estos motivos nos persuaden á que no creamos como algunos, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades fuese tan exacto como blasonaba, pues él mismo se halla tan incierto de los tiempos mas ilustres de su monarquía.

CAPITULO IV.

LOS ASYRIOS PRIMEROS Y SEGUNDOS, LOS MEDOS Y CYRO.

El gran imperio de los egipcios está como separado de todos los demás, y no tiene como V. A. vé larga continuacion. Lo que nos resta que decir ha sido mas durable y tiene datas mas precisas.

No obstante, tenemos tambien muy poco que sea cierto tocante al primer imperio de los asyrios; pero en fin, en cualquier tiempo que quieran colocarle sus principios, segun las diversas opiniones de los historiadores, verá V. A. que cuando estaba el mundo dividido en muchos estados pequenos, cuyos príncipes mas pensaban en mantenerse que en dilatarse, Nino, mas atrevido y mas poderoso que sus vecinos, oprimió á los unos despues de los otros, y extendió mucho sus conquistas de la parte de Oriente. Su muger Semíramis que juntó á la ambicion, muy ordinaria en su sexo, un valor y una firmeza de consejos que no suele hallarse en él, sostuvo los vastos designios de su marido, y acabó de formar aquella monarquía.

No puede disputársele su grandeza, y sola la de Ninive que suponen, escedia á la de Babilonia, pudiera acaso hacerle la competencia (1). Pero asi como los historiadores mas juiciosos no

(1) Herod. cap. I.

hacen á esta monarquía tan antigua como nos la representan otros, tampoco nos la figuran tan grande. Véanse durar muy largo tiempo los pequeños reinos de que era preciso componerla, si fuese tan antigua y tan dilatada como el fabuloso Eneas, y los que le han creído sobre su palabra nos la describen. Es cierto que Platon, curioso observador de las antigüedades, hace al reino de Troya en tiempo de Priamo, dependiente del imperio de los asyrios. Pero nada de esto se descubre en Homero, que deseoso de realzar la gloria de Grecia, no hubiera olvidado esta circunstancia; y puede creerse que los asyrios eran poco conocidos de la parte del Occidente, pues un poeta tan sábio y tan diligente en adornar su poema de todo lo que miraba á su asunto, no les dió en él lugar alguno.

Con todo eso, segun el cómputo que hemos juzgado mas razonable, el tiempo del sitio de Troya era el mas florido de los asyrios, pues es el de las conquistas de Semíramis; pero solo se estendieron hácia el Oriente, y los que mas la lisongeaban le hacen volver las armas de aquel lado. Habia ella tenido tanta parte en los consejos y en las victorias de Nino, que no es verosímil dejase de seguir sus designios tan convenientes fuera de eso á la situacion de su imperio, y tengo por indubitable que pondria Nino toda su atencion en el Oriente; pues tambien Justino que le favorece cuanto puede, le hace terminar en las fronteras de Lybia las empresas que hizo del lado del Occidente.

Tampoco sé en qué tiempo habria Nínive podido adelantar sus conquistas hasta Troya, habiendo tan poca apariencia, de que Nino ni Semíramis intentasen tal cosa, y todos sus sucesores, empezando desde su hijo Ninyas, vivieron con tal flojedad y con tan poca accion, que apenas ha llegado á nosotros su nombre; mas debemos maravillarnos de que su imperio pudiese subsistir, que creer que se pudiese dilatar.

Las conquistas de Sesostris sin duda le disminuyeron mucho: pero como fueron de corta duracion y poco mantenidas por sus sucesores, es creible, que los países que quitaron á los Asyrios, acostumbrados por largo tiempo á esta dominacion, volverian naturalmente á ella, de suerte que este imperio se mantuvo con gran poder y en gran paz, hasta que habiendo Ar-

baces descubierto la flogedad de sus reyes, tan largo tiempo oculta en lo secreto del palacio, Sardanápalo, célebre por sus infamias, se hizo no solamente despreciable á sus vasallos, sino aun insufrible:

Ya ha visto V. A. los reinos que se levantaron de las ruinas del primer imperio de los Asirios, entre otros el del Nínive, y el de Babilonia. Retuvieron los reyes de Nínive el nombre de reyes de Asiria, y fueron los mas poderosos. No hubo límites que bien presto no escudiese su orgullo con las conquistas que hicieron, entre las cuales se cuenta la del reino de los Israelitas ó Samaria. No fué menester menos que la mano de Dios y un milagro visible para impedir que acabasen con la Judea, dominada entonces de Ezechías; y ya no se halló barrera que ponerles, cuando un poco despues invadieron en su vecindad el reino de Babilonia en que la familia real habia faltado.

Parecia Babilonia haber nacido para mandar á todo el mundo. Sus pueblos estaban llenos de ingenio y de valor. Reinaba siempre entre ellos la filosofía con las buenas artes, y no tenia el oriente mejores soldados que los Caldeos. La antigüedad admira las ricas cosechas de un pais que la negligencia de sus habitantes deja en este tiempo sin cultura; y su abundancia le hizo mirar en el de los antiguos reyes de Persia como la tercera parte de tan gran imperio (1). Así los reyes de Asiria, desvanecidos de un aumento que añadía á su monarquía una ciudad tan opulenta, concibieron nuevos designios. Creyó Nabucodonosor I, indigno de su persona á su imperio, sino le agregaba todo el universo. Nabucodonosor II, mas soberbio que todos los reyes sus predecesores, despues de sucesos inauditos y de conquistas asombrosas, desdeñó el nombre de rey y quiso ser adorado como Dios. ¡Qué obras no emprendió en Babilonia! ¡Qué murallas, que torres, qué puertas, qué recinto se

(1) iHerod. cap. I.

vieron en ella! Parecía que la antigua torre de Babel quisiese renovarse en la altura prodigiosa del templo de Belo y que Nabucodonosor amenazase nuevamente al cielo. Su orgullo aunque abatido de la mano de Dios, no dejó de revivir en sus sucesores, que no pudiendo sufrir cerca de sí dominacion alguna y queriendo sujetarlo todo á su yugo, se hicieron intolerables á los pueblos vecinos. Estos celos reunieron contra ellos á los reyes de Media y los de Persia, con una gran parte de los pueblos de oriente. Su soberbia se convirtió fácilmente en crueldad. Como los reyes de Babilonia tratasen inhumanamente á sus vasallos, así pueblos enteros como señores principales de su imperio, se juntaron á Ciro y á los medos. Acostumbrada Babilonia á mandar y á vencer, miraba sin temor tantos enemigos coligados contra ella; y cuando se cree invencible, queda cautiva de los Medos á quienes queria sujetar, y perece en fin por su soberbia.

La suerte de esta ciudad fué extraordinaria, pues pereció con sus propias invenciones. Hacia el Eufrates en sus vastas llanuras casi el mismo efecto que el Nilo en las de Egipto; pero necesitaba para hacerle cómodo de mas industria y trabajo (1). Era el Eufrates derecho en su corriente, y jamás salia de sus limites. Fué preciso hacerle en todo el país un número infinito de canales á fin de que pudiese regar las tierras cuya fertilidad se hacia incomparable con este beneficio. Para romper la violencia de sus aguas muy impetuosas, fué necesario hacerle pasar por mil rodeos y cabarle grandes lagos que una sábia reina revistió con una magnificencia increíble. Nitocris, madre de Labinito, por otro nombre Nabonides ó Baltasar, último rey de Babilonia, hizo estas grandes obras. Pero otro trabajo mucho mas maravilloso emprendió esta reina: este fué de levantar sobre el Eufrates un puente de piedra á fin de que las dos partes de la ciudad que la imensa anchura del rio tenia muy separadas, pudiesen entre sí comunicarse. Fué, pues, necesario dejar en seco un rio tan rápido y tan profundo, torciendo sus aguas

(1) Herod. cap. I.

hacia un lago inmenso que había hecho cabar la reina. Al mismo tiempo se fabricó el puente cuyos sólidos materiales estaban preparados y fueron revestidas de ladrillo las dos orillas del rio hasta una prodigiosa altura, dejando en él bajadas igualmente revestidas y de no menos bello artificio que las murallas de la ciudad. La diligencia en el trabajo igualó á la grandeza. Pero una reina tan perspicáz, no advirtió que enseñaba á sus enemigos el modo de tomar la ciudad. Aquel mismo lago que había cavado fué donde Ciro divirtió el Eufrates, cuando desesperando de reducir á Babilonia por fuerza ó por hambre, se abrió entre las dos partes de la ciudad el paso que hemos visto tan señalado por los profetas.

Si Babilonia hubiese podido creer que era perecedera como todas las cosas humanas, y no hubiera cegádola una confianza insensata, no solo habria podido preveer lo que hizo Ciro, pues era reciente la memoria de semejante obra, sino que guardando todas las bajadas, hubiera acabado con los persas en el lecho del rio por donde pasaban. Pero ni allí habia órden, ni mando reglado, ni se pensaba sino en regocijos y bailes. Así perecen no solamente las más fuertes plazas, sino tambien los mayores imperios. (1) El espanto se apoderó de todo: el rey impío fué muerto; y Xenofonte, que dá este título al último rey de Babilonia, parece que denota con esta palabra los sacrificios de Baltasar que Daniel nos hace ver castigados con una caída tan pasmosa.

Los medos, que habian destruido el primer imperio de los asirios, destruyeron tambien el segundo; como si hubiese esta nacion debido ser siempre fatal á la grandeza Asiria. Pero esta última vez hizo el valor y el grande nombre de Ciro, que los persas sus vasallos tuviesen la gloria de esta conquista.

En efecto, debióse enteramente á este héroe, que habiendo sido criado debajo de una disciplina severa y regular, segun la costumbre de los persas, pueblos entonces tan moderados como despues viciosos, se acostumbrió desde su infancia á una vida

(1) Xenoph. c. VII.

sobria y militar. Los medos en otro tiempo tan laboriosos y guerreros, pero al fin estragados por la abundancia, como siempre sucede, tenían necesidad de tal general. Sirvióse Ciro de sus riquezas y de su nombre, siempre respetado en Oriente; pero ponía la esperanza del suceso en las tropas que había conducido de Persia. Desde la primera batalla fué muerto el rey de Babilonia y derrotados los asirios. Ofreció el vencedor el desafío al nuevo rey; y al paso que mostró su esfuerzo, se grangeó la reputación de un príncipe clemente, que conserva la sangre de sus vasallos. Juntó la política con el valor. Temiendo arruinar tan bello país, que ya miraba como propio, hizo resolver que no fuesen maltratados los labradores de una y otra parte. Supo despertar los celos de los pueblos vecinos contra la orgullosa potencia de Babilonia, que quería avasallarlos todo; y finalmente, habiendo la gloria que se había adquirido, tanto por su generosidad y su justicia, como por la felicidad de sus armas, reunió á todos debajo de sus estandartes, sujetó aquella vasta extensión de tierra, de que compuso su imperio.

De este modo se levantó aquella monarquía. Hízola Ciro tan poderosa, que no podía dejar de crecer debajo de sus sucesores. Pero para conocer lo que causó despues su ruina, basta comparar los persas y los sucesores de Ciro con griegos y sus generales, principalmente con Alejandro.

CAPITULO V.

LOS PERSAS, LOS GRIEGOS Y ALEJANDRO.

Cambises, hijo de Ciro, fué quien corrompió el humor de los persas. Su padre, aunque también criado entre los cuidados de la guerra, no le tuvo bastante de dar al sucesor de tan gran imperio una educación semejante á la suya; y por suerte ordina-

ria de las cosas humanas, la mucha grandeza dañó á la virtud. Dario, hijo de Histaspes, que de una vida privada fué exaltado al trono, subió con mejores disposiciones al poder supremo, é hizo algunos esfuerzos, para reparar los desórdenes. Pero la corrupcion era ya universal: la abundancia habia introducido mucho desreglamiento en las costumbres; y Dario mismo no habia conservado tanta fuerza en las suyas, que fuese capaz de enderezar enteramente las ajenas. Todo degeneró debajo de sus sucesores, y no tuvo ya límite alguno el lujo de los persianos.

Pero aunque estos pueblos hubiesen perdido con el poder mucho de su antigua virtud, abandonándose á las delicias, habian siempre conservado algunas señales de la grandeza y nobleza que tenian. ¿Qué mas puede serlo que el horror con que miraban la mentira, que estuvo siempre reputada entre ellos por vicio bajo y vergonzoso? Lo que despues de la mentira tenian por mas vil, era el vivir de empréstitos. Parecíales esta vida holgazana, afrentosa, servil, y tanto mas despreciable, cuanto abria la puerta á la mentira (1). Por una generosidad natural á su nación, trataban honestamente á los reyes vencidos. Por poco que los hijos de estos príncipes se acomodasen con los vencedores, les dejaban mandar en su país casi con todas las señas de su antigua autoridad. Eran los persas honestos, civiles, liberales con los estrangeros, y sabian servirse de ellos. Las personas de mérito eran entre ellos conocidas y procuraban ganarlas á cualquier precio. Es cierto que no llegaron al perfecto conocimiento de aquella sabiduría que enseña á gobernar bien, y que su gran imperio fué siempre regido con alguna confusion. Jamás hallaron aquel arte escelente, tan bien practicado despues por los romanos, de unir todas las partes de tan gran estado, y de hacer de ellas un todo perfecto. Así eran en él muy frecuentes y considerables las alteraciones. No les faltaba con todo eso la política. Conocian las reglas de la justicia, y tuvieron grandes reyes que hacian observarlas con admirable exactitud (2). Los delitos eran severamente casti-

(1) Herod. cap. III.

(2) Herod. cap I.

gados, pero con esta moderacion: que perdonando fácilmente las primeras culpas, se reprimian las recaidas con rigurosas penas. Tenian muchas buenas leyes casi todas recibidas de Ciro y de Dario, hijo de Histaspes. Tenian máximas de gobierno, consejos reglados para mantenerlas, y una grande subordinacion en todos los empleos. Cuando se decia que los grandes que componian el consejo eran los ojos y los oidos del príncipe, se advertia al príncipe que tenia él sus ministros como tenemos nosotros los órganos de nuestros sentidos, no para reposar, sino para obrar por su medio, y juntamente á los ministros que no debian obrar para sí mismos, sino para el príncipe que era su cabeza y para todo el cuerpo del Estado. Debian estos ministros ser instruidos de todas las antiguas máximas de la monarquía. El registro que se tenia de las cosas pasadas servia de regla á la posteridad. Allí se notaban los servicios que cada uno habia hecho, temiendo que con desdoro del príncipe y en gran perjuicio del Estado quedasen sin recompensa (1). Bello modo era de aplicar los particulares al bien público el enseñarles que jamás debian sacrificar por sí solos, sino por el rey y por todo el Estado en que cada uno se hallaba con todos los demás. Uno de los primeros cuidados del príncipe era de hacer florecer la agricultura; y los sátrapas, cuyos gobiernos eran los mejor cultivados, tenian la mayor parte en las gracias. Como habia cargos establecidos para la conducta de las armas, habíalos tambien para velar sobre las labores rústicas, y estas dos ocupaciones eran semejantes: pues si la una tenia cuidado de guardar el pais, la otra le tenia de cultivarle. El príncipe las protegia con un casi igual afecto, y hacíalas concurrir al bien público (2). Despues de los que habian conseguido alguna ventaja en la guerra, los mas favorecidos eran los que habian educado muchos niños. El respeto que se inspiraba á los persas desde su infancia á la autoridad real, llegaba

(1) Herod. cap. I.

(2) Herod. cap. I.

hasta el esceso porque estaba mezclado con la adoracion, y mas parecian esclavos que vasallos. sujetos por razon á un imperio legitimo: este era el espíritu de los orientales, y puede ser que el natural vivo y violento de aquellos pueblos pidiese un gobierno mas firme y mas absoluto.

El modo con que se criaban los hijos de los reyes, fué admirado de Platon y propuesto á los griegos como modelo de una educacion perfecta. Sacábanlos desde la edad de siete años de las manos de los eunucos para hacerles montar á caballo y egercitar en la caza. En la de ca'orce, entonces que el entendimiento empieza á formarse, dábansele para su instruccion cuatro hombres de los más virtuosos y sábios del Estado. El primero, dice Platon, les enseña la mágia, que quiere decir en su idioma el culto de los dioses, segun las máximas antiguas y segun las leyes de Zoroastres hijo de Omases. El segundo los acostumbra á decir la verdad y administrar la justicia. El tercero los instruía á no dejarse vencer de sus apetitos para ser siempre libres y verdaderamente reyes, dueños de sí mismo y de sus deseos. El cuarto fortificaba su ánimo contra el temor, para no dejarse cautivar de él ni quitar la confianza tan necesaria en quien gobierna. La juventud de la primera nobleza era criada en el palacio del rey en compañía de sus hijos. Aplicábase particular cuidado á que no viesen, ni entendiesen cosa indecente. Dábase cuenta al rey de su conducta, y seguíanse á ella de su órden los castigos y las recompensas. La demás juventud que los veia, aprendia desde luego con la virtud la ciencia de obedecer y de mandar. Con una tan excelente regla, que no debia esperarse de los reyes de Persia y de su nobleza, si hubiese tenidose tanto cuidado de dirigirlos bien en el progreso de su edad, cómo se tenia de instruirlos bien en su infancia? Mas las costumbres corrompidas de la nacion los arrastraban bien presto á los placeres á que no hubo educacion que resistiese. Pero es preciso confesar, que no obstante la flojedad de los persas, y no obstante el cuidado que tenian de su hermosura y de su adorno, no les faltaba el valor. Siempre se preciaron de esto y siempre dieron de él pruebas ilustres. Tenia entre ellos el arte militar la preferencia que merecia, á cuyo abrigo podian las demás pacíficamente ejercitarse. Pero jamás

conocieron el fundamento de ella, ni supieron lo que puede en un ejército la severidad, la disciplina, la ordenanza de las tropas, el orden de las marchas y de los campamentos; y en fin, una cierta conducta que hace mover estos grandes cuerpos sin confusión y á tiempo. Creían que todo estaba hecho cuando habian recogido sin eleccion un pueblo inmenso, que iba al combate con bastante resolucion, pero sin orden; y que se hallaba embarazado de una muchedumbre infinita de personas inútiles que el rey y los grandes solo conducian para sus deleites. Porque su delicadeza era tan grande, que querian encontrar en el ejército la misma magnificencia y las mismas delicias que en los lugares donde la corte hacia su residencia ordinaria: de suerte, que los reyes marchaban acompañados de sus mugeres y de sus concubinas, de sus eunucos y de todo lo que servia á sus gustos. La vajilla de oro y plata y los muebles preciosos seguian en una abundancia prodigiosa; y en fin, todo el aparato que pide semejante vida. Un ejército así compuesto y ya embarazado de la multitud escesiva de sus soldados, tenia de sobrecarga el número desmesurado de los que no peleaban. En aquella confusión no podian moverse de acuerdo: las órdenes jamás llegaban á tiempo; y en una función todo iba como podia, sin que nadie se hallase en estado de dar providencia. Juntábase tambien, que era forzoso concluir bien presto, y pasar rápidamente por el país: porque aquel cuerpo inmenso y codicioso, no solo de lo necesario á la vida, sino de lo que servia tambien al gusto, lo consumia todo en poco tiempo y es difícil de comprender, de donde podia sacar su subsistencia.

Con todo eso, los persas asombraban con aquel gran aparato á los pueblos que no sabian la guerra mejor que ellos. Algunos que la sabian, se hallaron ó debilitados por sus propias divisiones ú oprimidos de la multitud de sus enemigos; y así el Egipto, aunque tan ensoberbecido de su antigüedad, de sus sábias instituciones y de las conquistas de su Sesostris, quedó sujeto á los persas. No les fué difícil domar al Asia Menor, ni aun las Colonias Griegas, que habia contaminado la flogedad del Asia. Pero cuando llegaron á la Grecia misma, hallaron lo que no habian visto jamás, una milicia reglada: cabos entendidos, soldados acostumbrados á vivir de poco; cuerpos endurecidos al trabajo,

y adiestrados con la lucha y otros ejercicios ordinarios en aquel pais: ejércitos en la verdad medianos, pero semejantes á aquellos cuerpos vigorosos donde parece que todo sea nervio y todo esté lleno de espíritus; por lo demás tan bien mandados y tan dóciles á las órdenes de los generales, que podia creerse que no habia en todos los soldados sino un mismo espíritu: tanto concierto se veia en sus movimientos.

Pero lo mayor que la Grecia tenia era una política firme y prevenida, que sabia abandonar, arriesgar y defender lo que le importaba, y lo que aun es mas, un brio, que el amor de la libertad y de la pátria hacia invencible.

Los griegos naturalmente llenos de viveza y de valor habian sido cultivados con tiempo por los reyes y por las colonias idas del Egipto, que habiéndose en los primeros tiempos establecido en diversas partes del pais, habian por todo él difundido aquella escelente policia de los egipcios. Esta fué la causa de que aprendiesen los ejercicios del cuerpo, la lucha, la carrera á pié, la de á caballo y sobre carros, y los demás ejercicios que pusieron en su perfeccion con las gloriosas coronas de los juegos olímpicos. Pero lo mejor que les habian los egipcios enseñado, era á hacerse dóciles y dejarse instruir por las leyes para el bien público. No eran los griegos como aquellos particulares, que atentos solamente á sus cosas, no sienten los males del Estado, sino en cuanto estos los comprenden ó turban el reposo de su casa. Estaban anseñados á mirarse y mirar su familia como parte de un cuerpo mayor que era el del Estado. Los padres criaban á sus hijos en esta máxima, y los hijos aprendian desde la cuna á mirar la pátria como una madre comun, á quien aun mas que á sus padres pertenecian. La palabra civilidad no significaba solamente entre los griegos el agrado y mútua condescendencia que hace sociables los hombres: no era el hombre civil otra cosa, que un buen ciudadano, que se mira siempre como miembro del estado, que se deja dirigir por sus leyes, y conspira con ellas al bien público, sin ser molesto á nadie. Los antiguos reyes que la Grecia habia tenido en diversos paises, un Minos, un Cecropes, un Theseo, un Codro, un Temenes, un Cresfontes un Euristenes, un Patroclo, habian difundido esta máxima en toda la nacion. Todos ellos fueron populares; no lison-

geando al pueblo, sino procurando su bien y haciendo reinar la ley.

¿Qué diré de la severidad de los juicios? ¿Qué tribunal hubo nunca mas grave que el Areopago, tan reverenciado en toda la Grecia que se decía que los dioses mismos habian en él comparecido? Desde los primeros tiempos fué célebre; y Cecropes, segun la apariencia le habia fundado sobre el modelo de los tribunales de Egipto. No ha conservado congreso alguno por tan largo tiempo la reputacion de su antigua severidad, y siempre estuvo desterrada de él la engañosa elocuencia.

Cultivados así á los griegos, se creyeron poco á poco capaces de gobernarse por sí mismos, y la mayor parte de las ciudades se erigió en repúblicas. Pero los sábios legisladores que produjo la Grecia en cada pais, un Thales, un Pitágoras, un Pittaco, un Lycurgo, un Solon, un Philolao, y tantos otros que la historia señala, impidieron que la libertad degenerase en licencia. Unas leyes sencillamente escritas y en poco número, contenian los pueblos en su obligacion, y hacíanlos concurrir al bien comun del pais. La idea de libertad que semejante conducta inspiraba era admirable. Porque la libertad que se figuraban los griegos era una libertad sujeta á la ley, esto es, á la razon misma reconocida por todo el pueblo. No querian que los hombres tuviesen entre ellos poder. Los magistrados temidos durante el tiempo de su ministerio, volvían á ser particulares sin conservar mas autoridad que la que les daba su esperiencia. Era la ley mirada como la señora, ella era la que establecia los magistrados, la que reglaba su poder, y en fin, la que castigaba su mala administracion.

No se disputa aquí si estas ideas son tan sólidas como especiosas. En fin, la Grecia estaba pagada de ellas y prefería los inconvenientes de la libertad á los de la sujecion legitima aunque en efecto mucho menores. Pero como cada forma de gobierno tiene sus ventajas, la que Grecia sacaba de la suya era, que los ciudadanos tanto mas se aficionaban á su pais cuanto le regian en comun, y cada particular podia llegar á los primeros honores.

No es creible lo que hizo la filosofia por conservar el estado de la Grecia. Quanto mas libres eran aquellos pueblos, tanto

era mas necesario establecer en ellos con razones buenas las reglas de las costumbres y de la sociedad. Pitágoras, Thales, Anaxágoras, Sócrates, Archytas, Platon, Jenophonte, Aristóteles y una infinidad de otros, llenaron la Grecia de estos buenos preceptos. Hubo algunos extravagantes que tomaron el nombre de filósofos, pero los que fueron seguidos eran los que enseñaban á sacrificar el interés particular y aun la propia vida al interés general y á la salud del Estado, siendo su máxima mas comun que era necesario, ó retirarse de los negocios ó no mirar en ellos sino al bien público.

¿Por qué nos detenemos con los filósofos? Los poetas mismos que estaban entre las manos de todo el pueblo, aun mas los enseñaban que los divertian. El mas famoso de los conquistadores miraba á Homero como á un maestro que le instruía á reinar bien. Este gran poeta, no menos enseñaba á obedecer bien que á ser buen ciudadano. Él y tantos otros poetas, cuyas obras no son menos graves que agradables, no celebran sino las artes útiles á la vida humana, no respiran sino el bien público, la pátria, la sociedad, y aquella admirable civilidad que hemos esplicado.

Cuando la Grecia así educada miraba los asiáticos con su delicadeza, con su adorno, y con su hermosura semejante á la de las mugeres, solo le merecian el desprecio. Pero su forma de gobierno que no tenia otra regla que la voluntad del principe, señora de todas las leyes, aun de las mas sagradas les infundia horror, y el objeto mas odioso que tuvo toda la Grecia eran los bárbaros.

Este aborrecimiento habíales venido á los griegos desde los primeros tiempos y habíaseles hecho como natural. Una de las cosas que hacia amar la poesía de Homero, es que cantaba las victorias y las ventajas de Grecia sobre el Asia. De parte del Asia era Venus, como si dijésemos los placeres, los amores torpes y la delicadeza; de parte de la Grecia estaba Juno, esto es, la gravedad con el amor conyugal; Mercurio con la elocuencia; Júpiter y la sabiduría política. De parte del Asia estaba Marte, impetuoso y brutal, quiero decir, la guerra hecha con furor; de parte de la Grecia estaba Palas, esto es, el arte militar, y el valor conducido por el entendimiento. Habia desde

aquel tiempo creido siempre Grecia que la inteligencia y el verdadero brio eran sus dotes naturales. No podia sufrir que pensase el Asia en sujetarla, y hubiera creido rindiendo á este yugo que sujetaba la virtud al vicio, el espiritu al cuerpo, y el verdadero valor á una fuerza loca, que solo consistia en la multitud.

La Grecia estaba llena de estos dictámenes, cuando fué atacada por Dario, hijo de Histaspes, y por Xerxes con egércitos, cuya grandeza parece fabulosa, tanto tiene de desmesurada. Inmediatamente cada uno se previno para la defensa de su libertad. Aunque todas las ciudades de la Grecia formasen otras tantas repúblicas, el interés comun las reunió todas, y solo se trataba entre ellas de ver quien obraria mas por el bien público. Ningun dolor costó á los atenienses abandonar su ciudad al pillage y al incendio, y despues que salvaron sus ancianos y sus mujeres con sus hijos, embarcaron todos los que eran capaces de llevar armas. Para detener al egército persiano en un paso difícil y hacerle sentir lo que era la Grecia, trescientos lacedemonios corrieron con su rey á una muerte segura: contentos al morir de haber sacrificado á su patria un infinito número de aquellos bárbaros, y dejados á su compatriotas el egemplo de un arrojo inaudito. Contra tales egércitos y tal conducta, se halló débil la Persia, y probó muchas veces á su costa, lo que puede la disciplina contra la multitud y la confusion; y lo que puede el valor regido con arte contra un ímpetu ciego.

No quedaba mas recurso á la Persia tantas veces vencida, que sembrar la division entre los griegos, cuya empresa la facilitaba el mismo estado en que se hallaban por sus victorias. Así como el temor los habia unido, la victoria y la confianza habia roto esta union. Acostumbrados á pelear y vencer, cuando creyeron no tener ya que temer el poder de los persias, se volvieron los unos contra los otros. Pero es necesario esplicar un poco mas el estado de los griegos y el secreto de la política persiana.

Entre todas las repúblicas de que estaba compuesta la Grecia Athenas y Lacedemonia, eran sin comparacion las principales. No pedia hallarse ingenio superior al que habia en Athenas, ni

mayor fuerza que la de Lacedemonia. Athenas queria el placer: la vida de los Lacedemonios era áspera y laboriosa. Una y otra amaba la gloria y la libertad; pero en Athenas la libertad declinaba naturalmente á la licencia, y constreñida por leyes severas en Lacedemonia, cuanto mas reprimida estaba por dentro, tanto mas solicitaba estenderse dominando por defuera. Tambien queria Athenas dominar pero por otro principio. Mezclábase el interés con la gloria. Aventajábanse sus ciudadanos en el arte de navegar, y debian sus riquezas al mar, donde ella reinaba. Para quedar por única señora de todo el comercio nada habia que no quisiese sujetar; y sus riquezas que le infundian este deseo, le suministraban el medio de satisfacerle. Al contrario, en Lacedemonia era despreciado el dinero. Como todas sus leyes miraban á hacer una república guerrera, así la gloria de las armas era el único atractivo de las voluntades de sus ciudadanos. De aquí procedia naturalmente su deseo de dominar, y cuanto mas superior era al interés, tanto mas se abandonaba á la ambicion.

Era Lacedemonia por su vida reglada, firme en sus máximas y en sus designios. Athenas era mas viva; y el pueblo mandaba en ella demasiado. La filosofía y las leyes hacian en la verdad grandes efectos en unos naturales tan escelentes, pero la razon totalmente desacompañada, no era capáz de contenerlos. Un sábio ateniense, que admirablemente conocia el génio de su pais, nos enseña que el temor era necesario á aquellos espíritus muy vivos y muy libres; y que no hubo mas medio de gobernarlos desde que la victoria de Salamina los dejó asegurados de la Persia.

Dos cosas los perdieron entonces: la gloria de sus admirables acciones y la seguridad en que creian estar. Ya no querian dar oidos á los magistrados; de suerte, que como la Persia estaba afligida por una excesiva sujecion, así Athenas, dice Platon, sentia los males de una excesiva libertad.

Estas dos grandes repúblicas, tan contrarias en sus costumbres y en su conducta, se impedian la una á la otra en el designio que tenian ambas de sujetar á toda la Grecia; de modo, que eran siempre enemigas, aun mas por la contrariedad de sus intereses, que por la incompatibilidad de sus humores.

No querian las ciudades griegas la dominacion de una ni de otra; porque á mas de que cada una deseaba poder conservar su libertad, hallaban muy molesto el imperio de estas dos repúblicas. Era áspero el de Lacedemonia. Notábase en su pueblo un no sé qué de feróz: un gobierno demasiadamente rigido, y una vida sobradamente laboriosa, hacia aquel los ánimos muy fieros, muy austeros y muy imperiosos: juntábase á esto, que era necesario resolverse á no vivir jamás en paz debajo del dominio de una ciudad, que estando formada para la guerra no podia conservarse, sino continuándola sin cesar. Así los lacedemonios querian mandar y todos temian que mandasen. Los atenienses eran naturalmente mas benignos y mas agradables. No habia cosa mas deliciosa á la vista que su ciudad, en que las fiestas y los juegos eran perpétuos y en que el entendimiento, la libertad y las pasiones, daban todos los dias nuevos espectáculos. Pero su conducta desigual disgustaba á sus aliados y era aun mas intolerable á sus súbditos. Era preciso sufrir las extravagancias de un pueblo lisongeado, que segun Platon es mas perjudicial que un príncipe corrompido por la adulacion.

Estas dos ciudades no dejaban á la Grecia permanecer en reposo. V. A. ha visto la guerra del Peloponeso; y las demás siempre causadas ó mantenidas por los celos de Lacedemonia y de Atenas. Pero estos mismos celos que turbaban la Grecia, de algun modo la sostenian y embarazaban que quedase dependiente de una ú otra de estas repúblicas.

Advirtieron bien presto los persas esta constitucion de la Grecia. Así todo el secreto de su política era mantener estos celos y fomentar estas divisiones. Lacedemonia que era la mas ambiciosa, fué la primera en introducirlos en las contiendas de los griegos. Ellos abrazaron la ocasion con el designio de hacerse dueños de toda la nación; y cuidadosos de debilitar los griegos, los unos con los otros no esperaban sino el punto de oprimir á todos juntos. Y á las ciudades griegas no atendian en todas sus guerras, sino al rey de Persia á quien llamaban el gran rey ó el rey por excelencia, como si ya se reputasen por sus súbditos; pero no era posible que el antiguo espíritu de la Grecia no se despertase en vispera de caer en la servidumbre y en las manos de los bárbaros. Algunos pequeños reyes de Gre-

cia emprendieron oponerse á aquel gran rey y arruinar su imperio. Con un corto ejército, pero criado en la disciplina que hemos visto, Agesilao rey de Lacedemonia, hizo temblar los persas en el Asia Menor y mostró que podian ser abatidos. Solas las divisiones de la Grecia pudieron detener sus conquistas; pero sucedió en aquellos tiempos que el jóven Cirio, hermano de Artaxerxes se rebeló contra él. Habia en sus tropas diez mil griegos, que fueron los únicos que no pudieron ser deshechos en la derrota universal de su ejército. Murió él en la batalla y á manos de Artaxerxes segun se ha dicho. Hallábanse nuestros griegos sin protector en medio de los persas y en las vecindades de Babilonia. No obstante, el victorioso Artaxerxes no pudo obligarlos á deponer voluntariamente las armas ni compelerlos á rendirse. Formaron ellos el osado designio de atravesar en cuerpo de ejército todo su imperio para restituirse á su país, y lo consiguieron. Entonces vió la Grecia mas que nunca, que criaba una milicia invencible á que todo debia ceder; y que sus divisiones solas podian sujetarla á un enemigo muy débil para resistirla cuando estuviése unida. Filipo rey de Macedonia, igualmente hábil y valiente, manejó tambien las ventajas que le daba contra tantas ciudades y repúblicas divididas, un reino pequeño en la verdad, pero unido, y donde el poder Real era absoluto; que en fin, parte por industria, parte por fuerza, se hizo el mas poderoso de la Grecia y obligó á todos los griegos á marchar debajo de sus estandartes contra el enemigo comun. Fué muerto con esta coyuntura; pero Alejandro su hijo, sucedió en su reino y en sus designios.

Halló los macedones no solo aguerridos, sino tambien triunfantes; y hechos por tantos sucesos tan superiores en valor y disciplina á los demás griegos, como lo eran estos á los persas y sus semejantes.

Dáριο, que en su tiempo reinaba en Persia, era justo, valiente, generoso, amado de sus pueblos, y no le faltaba entendimiento ni vigor para ejecutar sus designios. Pero si V. A. le compara con Alejandro; su entendimiento con aquel ingenio penetrante y sublime; su valor con la grandeza y firmeza de aquel esfuerzo invencible que se sentia animado de los mismos impedimentos; con aquel ardor inmenso de estender todos los dias su

nombre, que le hacia preferir á todos los peligros, á todos los trabajos y á mil muertes el menor grado de gloria; en fin, con aquella confianza, que le hacia sentir en lo íntimo de su corazón que todo debía cederle como á hombre, á quien su destino hacia superior á los demás hombres; confianza que infundia él no solo á sus cabos, sino aun á sus menores soldados á quienes elevaba por este medio sobre todas las dificultades y aun sobre sí mismos, juzgará V. A. fácilmente á quien de los dos pertenecia la victoria. Y si á esto juntare V. A. las ventajas de los griegos y de los macedones sobre sus enemigos, confesará, que atacada la Persia por tal héroe y por tales ejércitos, érale ya inevitable la mudanza de dueño. Así descubrirá V. A. á un mismo tiempo lo que arruinó el imperio de los persas y lo que elevó el de Alejandro.

Para facilitar la victoria, sucedió que perdiese la Persia el único general que pudo oponer á los griegos que era Memnon Rhodiano. En tanto que Alejandro tuvo al frente tan famoso capitán, pudo gloriarse de haber vencido un enemigo digno de sí. En vez de arriesgar contra los griegos una batalla general, Memnon queria que se les disputasen los pasos, que se les cortasen los víveres, que se fuese á atacarles en su casa; y que con una invasion vigorosa se les forzase á volver á la defensa de su pais. Alejandro habia dejado en él providencia y tropas á Antipatro, bastantes para guardar la Grecia. Pero su buena fortuna le libró de una vez de este embarazo. Al comenzar una division que ya inquietaba toda la Grecia, Memnon murió, y Alejandro lo puso todo á sus pies.

Hizo este príncipe su entrada en Babilonia con un esplendor, que escedia á cuanto habia hasta entonces visto el universo; y despues de haber vengado la Grecia y sujetado con una celeridad increíble todas las tierras de la dominacion persiana, para asegurar por todos lados su nuevo imperio ó mas bien por contentar su ambicion y hacer su nombre mas famoso que el de Baco, entró en las Indias donde estendió sus conquistas mas lejos que aquel célebre conquistador. Pero aquel, á quien los desiertos, los rios, los montes no eran capaces de detener, fué obligado á ceder al disgusto de sus soldados que le pedian reposo: reducido á contentarse con los soberbios mo-

numentos que dejó sobre la márgen del Araspe, condujo su ejército por otra rota que la que habia tenido, y domó todos los países que halló en el paso.

Volvió á Babilonia tímido y respetado, no como conquistador, sino como un Dios. Pero aquel formidable imperio que habia conquistado, no tuvo mas larga vida que la suya, que fué muy corta. De edad de treinta y tres años en lo mejor de los mas vastos designios, que jamás hombre alguno hubiese concebido, y con las mas justas esperanzas de un feliz suceso, murió sin haber tenido lugar de establecer sólidamente las cosas, dejando un hermano inhábil y sus hijos en tierna edad, incapaces de sostener un tan gran peso. Pero lo mas funesto que habia para su casa y su imperio, era que dejaba capitanes á quienes habia enseñado á no respirar sino ambicion y guerra. Previó los escesos á que llegarían, cuando él no estuviese ya en el mundo: para contenerlos y de temor de desdecirse, no usó nombrar sucesor, ni tutor á sus hijos. Solamente predijo, que sus amigos celebrarían sus exequias con batallas sangrientas; y espiró en la flor de su edad, lleno de tristes imágenes de la confusion que habia de seguirse á su muerte.

En efecto, V. A. ha visto el repartimiento de su imperio y la ruina espantosa de su casa. La Macedonia su antiguo reino, poseidó de sus antepasados por tantos siglos, fué por todos lados invadida, como una sucesion vacante; y despues de haber sido largo tiempo la presa del mas fuerte, pasó en fin á otra familia. Así, aquel gran conquistador, el mas famoso y el mas ilustre que jamás hubo, fué el último rey de su linage. Si hubiera contentádose con la pacífica posesion de Macedonia, la grandeza de su imperio no habria tentado á sus capitanes, y hubiera podido dejar á sus hijos el reino de sus padres. Pero el haber sido muy poderoso fué causa de la ruina de todos los suyos: y he aquí el fruto glorioso de tantas conquistas.

Fué su muerte el único motivo de aquella grande revolucion. Porque es preciso decir en gloria suya, que si jamás hombre alguno ha sido capáz de sostener un tan vasto imperio, aunque nuevamente conquistado, lo fué sin duda Alejandro: pues tuvo un entendimiento que igualó con lo raro de su espíritu. No debe, pues, imputarse á culpa suya, aunque las cometiese

muy grandes la caída de su familia, sino á sola la mortalidad; sino es que quiera decirse que hombre de su génio y á quien su ambicion empeñaba todos los días en nuevas empresas, no habria jamás hallado lugar de establecer las cosas.

Sea como fuere, su ejemplo nos enseña, que á mas de los errores que los hombres podrian corregir como son los que, ó por cólera ó por ignorancia se cometen, hay un defecto irremediable, inseparablemente unido á los designios humanos, que es la mortalidad. Todo puede caer en un momento por este lado: lo cual nos obliga á confesar, que como el vicio mas inherente, si me es lícito hablar así y mas inseparable de las cosas humanas, es su propio caduco ser, así el que sabe conservar y afirmar un Estado, ha hallado un mas alto punto de sabiduría, que el que sabe conquistar y ganar batallas.

No necesito de referir menudamente á V. A. lo que hizo perecer á los reinos formados de los fragmentos del imperio de Alejandro como son el de Siria, el de Macedonia y el de Egipto. La causa comun de su ruina fué el haber sido precisados á ceder á otra mayor potencia que fué la romana. Con todo eso si quisiésemos considerar el último estado de aquellas monarquías, hallaríamos fácilmente las causas inmediatas de su caída; y entre otras cosas veríamos que la mas poderosa de todas, que fué la de Siria despues de haber estado vacilante por la delicadeza y lujo de la nacion, recibió en fin el golpe mortal por la division de sus príncipes.

CAPÍTULO VI.

EL IMPERIO DE LOS ROMANOS.

Hemos en fin llegado al gran imperio que se tragó todos los imperios del Universo, de cuyas ruinas salieron los mayo-

res reinos del mundo que habitamos, cuyas leyes respetamos aun, y á quien por consiguiente debemos conocer mejor que á todos los demás imperios. Bien entiende V. A. que hablo del imperio romano. V. A. ha visto toda su larga y memorable historia. Pero para entender perfectamente las causas de la elevacion de Roma y las de las grandes mudanzas que sucedieron en su Estado, considere V. A. atentamente con las costumbres de los romanos los tiempos de que dependen todos los movimientos de aquel vasto imperio.

De todos los pueblos del mundo, el mas fiero y el mas atrevido; pero juntamente el mas reglado en sus consejos, el mas advertido, el mas laborioso, y en fin, el mas paciente, fué el pueblo romano.

Formóse de todo esto la mejor milicia y la política mas prevenida, mas firme y mas seguida que jamás hubo.

El fondo de un romano por decirlo así, era el amor de su libertad y de su patria. Cada una de estas dos cosas haciale amar la otra: pues porque amaba la libertad, amaba tambien su patria como una madre, que le criaba con dictámenes igualmente generosos y libres.

Debajo de este nombre libertad se figuraban los romanos con los griegos un estado, en que nadie estuviese sujeto sino á la ley. y en que la ley fuese mas poderosa que los hombres.

En cuanto á lo demás, aunque Roma hubiese nacido debajo de un gobierno real, tenia tambien en tiempo de sus reyes una libertad poco conforme á una monarquía reglada. Porque á mas de ser los reyes electivos y hacerse la eleccion por todo el pueblo, pertenecia tambien al pueblo junto confirmar las leyes y resolver la paz ó la guerra. Habia asimismo casos particulares en que los reyes deferian al pueblo el juicio supremo Testigo Tulo Hostilio, que no osando condenar ni absolver á Horacio, colmado de honor por haber vencido á los curiacios, y juntamente de ignominia por haber muerto á su hermana, le hizo juzgar por el pueblo. Así los reyes no tenian propiamente sino el mando de los ejércitos y la autoridad de convocar las juntas legítimas de proponer en ellas los negocios, de mantener las leyes y de ejecutar los decretos públicos.

Cuando Servio Tulio formó el designio que V. A. ha visto de

reducir Roma á república, ¿cuánto aumentaría en un pueblo ya tan libre el amor de la libertad? Y de allí podrá juzgar V. A. cuan celosos de ella serian los romanos cuando enteramente la gozaron debajo de sus cónsules.

Horror causa aun ver en las historias la triste firmeza del cónsul Bruto, cuando á su vista hizo morir sus dos hijos que habian dejádose arrastrar á las ocultas pláticas que tenian en Roma los Tarquinos para restablecer en ella su dominacion: ¡Qué afirmado quedaría en el amor de la libertad un pueblo que veía á aquel cónsul severo sacrificar á la libertad su propia familia! No hay, pues, que admirarse despreciasen en Roma los esfuerzos de los pueblos vecinos, que intentaron el restablecimiento de los tarquinos desterrados. En vano el rey Porsena los admitió debajo de su proteccion. Casi muertos de hambre los romanos, hiciéronle conocer por su firmeza, que á lo menos querian morir libres. Mas firme estuvo aun el pueblo que el Senado, y toda Roma hizo decir á aquel rey poderoso que acababa de reducirla al extremo, que cesase de interceder por los tarquinos; porque resuelto á arriesgarlo todo por su libertad, antes recibiria sus enemigos que sus tiranos. Atónito Porsena de la firmeza de aquel pueblo y del arrojito mas que humano de algunos particulares, resolvió dejar á los romanos gozar en paz de una libertad que tan bien sabian defender.

Erales, pues, la libertad un tesoro que preferian á todas las riquezas del universo. Así V. A. ha visto en sus principios y aun bien en adelante en sus progresos, que no era para ellos trabajo la pobreza, antes bien la miraban como un medio de conservar su libertad mas entera, no habiendo cosa mas libre ni mas independiente, que un hombre que sabe vivir de poco, y que sin esperar nada de la proteccion ó liberalidad agena, solo funda su subsistencia en su trabajo y su industria.

Esto es lo que hacían los romanos. Alimentar ganado, cultivar la tierra, escasearse cada uno á sí mismo cuanto podia, vivir con economía y del trabajo; esta era su vida; de esto mantenían su familia y la acostumbraban á semejantes ejercicios.

Razon tiene Tito Livio en decir que no hubo jamás pueblo

en que la frugalidad, en que la economía y en que la pobreza hayan sido mas largo tiempo estimados. Los senadores mas ilustres, atendido solo el exterior, diferenciábanse poco de los labradores, y no se adornaban del esplendor ni de la magestad sino en público y en el Senado. En cuanto á lo demás hallávanlos ocupados en la labranza y en otros cuidados de la vida rústica, cuando iban á buscarlos para mandar los ejércitos. Frecuentes son estos egemplos en la historia romana. Curio y Fabricio, aquellos grandes capitanes que vencieron á Pirro, un rey tan rico, no tenian sino vagilla de barro; y habiendo los samnites ofrecidósele de oro y de plata á Curio, respondióles, que su gusto no consistia en tenerla, sino en mandar á quien la tenia. Despues de haber triunfado y enriquecido la república con los despojos de sus enemigos, no dejaban con que enterrarse. Aun duraba esta moderacion pendientes las guerras púnicas. En la primera se vé á Régulo, general de los ejércitos romanos, pedir licencia al Senado para ir á cultivar su quinta, abandonada durante su ausencia. Despues de la ruína de Cartago vense tambien grandes egemplos de la primera sinceridad. Emilio Paulo que aumentó el erario público con el rico tesoro de los reyes de Macedonia, vivia segun las reglas de la antigua frugalidad y murió pobre. Mummio, aruinando á Corinto, quiso que solo cediesen en provecho del público los tesoros de aquella ciudad opulenta y viciosa; así eran despreciadas las riquezas y así la moderacion y la sinceridad de los generales eran la admiracion de los pueblos vencidos.

No obstante; este gran amor á la pobreza, nada escusaban como sirviese para la grandeza y hermosura de la ciudad. Desde sus principios fueron tales las obras públicas, que Roma no se sonrojó de ellas aun despues que se vió señora del mundo. El capitolio fabricado por Tarquino el soberbio, y el templo que levantó á Júpiter en aquella fortaleza, eran desde entonces dignos de la magestad del mayor de sus dioses, y de la gloria futura del pueblo romano. Todo lo demás era correspondiente á esta grandeza. Los principales templos, los mercados, los baños, las plazas públicas, los caminos reales, los acueductos, las cloacas mismas y los albañales de la ciudad, tenian

una magnificencia que parecia increíble, sino se hallase testificada por todos los historiadores y confirmada por las reliquias que todavía vemos. ¿Qué diré de la pompa de los triunfos, de las ceremonias de la religion, de los juegos y de los espectáculos que se daban al pueblo? En una palabra, todo lo que servia al público y todo lo que podia dar al pueblo una gran idea de su patria comun, hacíase con toda la profusion que permitia el tiempo. El ahorro reinaba solo en las casas particulares. El que aumentaba sus rentas, y hacia con su industria y trabajo mas fértiles sus tierras, que era el mejor economo, y el mas escaso consigo mismo, se estimaba el mas libre, el mas poderoso y el mas feliz.

A semejante vida no hay cosa mas opuesta que la delicadeza; y en ellos todo se encaminaba al extremo contrario que es la austeridad. Así las costumbres romanas naturalmente tenian algo, no solo de áspero y rígido, sino de silvestre y feróz. Pero no hubo cosa que no hiciesen para reducirse á buenas leyes, y el pueblo mas celeso que jamás habia visto el universo, se halló al mismo tiempo el mas sumiso á sus magistrados y á la potestad legítima.

No podia dejar de ser maravillosa la milicia de semejante pueblo: pues se hallaba en ella con ánimos firmes y cuerpos vigorosos una tan pronta y tan exacta obediencia.

Duras eran las leyes de esta milicia, pero necesarias. La victoria era peligrosa y muchas veces mortal á los que contra los órdenes la ganaban. La vida iba no solo en huir, en dejar las armas, en abandonar su puesto, sino aun en moverse, por decirlo así, y en menearse un poco sin orden del general. Quien echaba las armas á tierra á vista del enemigo, quien queria mas dejarse prender que morir gloriosamente por su patria, era juzgado indigno de toda asistencia. De ordinario los prisioneros no eran ya contados entre los ciudadanos, sino dejados á los enemigos como miembros podridos de la república. V. A. ha visto en Ciceron y en Floro la historia de Régulo que persuadió al Senado, á costa de su propia vida, á abandonar los prisioneros á los cartagineses. En la guerra de Aníbal, y despues de la batalla de Cannas, esto es, en el tiempo que exhausta Roma por tantas pérdidas, le faltaban soldados

quiso mas el Senado armar contra su costumbre ocho mil esclavos, que rescatar ocho mil romanos, que no habrian sido mas costosos que la nueva milicia que queria levantar. Asi en el mayor ahogo quedó mas establecido que nunca como ley inviolable, que un soldado romano debia ó vencer ó morir.

Por esta máxima los ejércitos romanos, aunque deshechos y rotos peleaban y se rehacian hasta el último extremo; y como observa Salustio, mas gentes se hallan entre los romanos castigadas por haber peleado sin licencia, que por haber huido y dejado su puesto; de modo, que mas necesitaba el esfuerzo romano de ser reprimido, que la cobardía de ser estimulada.

Juntaron al valor el entendimiento y la invencion. A mas de ser por sí mismos ingeniosos y aplicados, sabian aprovecharse admirablemente de todo lo que veian en otros pueblos útil para los campamentos, para los órdenes de las batallas y hasta para el género de las armas; en una palabra, para facilitar tanto el acometimiento como la defensa. En Salustio y en los demás autores ha visto V. A. lo que aprendieron los romanos de sus vecinos y de sus mismos enemigos. ¿Quién ignora, que aprendieron de los cartagineses la invencion de las galeras, con las cuales despues los derrotaron, y en fin, que sacaron de todas las naciones que conocieron, con qué superar á todas?

En efecto, es constante por su propia confesion, que los galos les escedian en la fuerza del cuerpo y que no les cedian en el ánimo. Polibio nos hace ver, que en un reencuentro decisivo los galos, aun sin la ventaja de ser mas numerosos, mostraron mayor osadía que los romanos, por mas determinados que fuesen, y vemos no obstante en este mismo reencuentro aquellos romanos inferiores en todo lo demás, triunfar de los galos; porque sabian elegir mejores armas, ordenarse con mayor concierto y aprovecharse mas bien del tiempo en la refriega. Todo lo cual podrá V. A. ver algun dia mas exactamente en Polibio; y V. A. mismo frecuentemente ha observado en los comentarios de Cesar, que mandados los romanos por este grande hombre, sujetaron á los galos mas por los ardides del arte militar, que por su esfuerzo.

Los macedones tan celosos de conservar el antiguo orden de su familia, formada por Felipe y Alejandro, creian invencible

su falange, y no podian persuadirse que fuese capáz el entendimiento humano, de hallar cosa mas firme. Con todo eso, Polibio mismo y despues de él Tito Livio, han demostrado que considerando solamente la naturaleza de los ejércitos romanos y de los macedones, no podian estos por último de ser vencidos, porque la falange macedona, que no era otra cosa que un grueso batallon cuadrado, muy doble por todas partes, no podia moverse sino de una vez, cuando el ejército romano dividido en pequeños cuerpos estaba mas pronto y mas dispuesto á todo género de movimientos.

Hallaron, pues, los romanos ó aprendieron bien presto el arte de dividir los ejércitos en muchos batallones y escuadrones y de formar el cuerpo de reserva, cuyo movimiento es tan propio á ayudar en el avance ó á sostener en la defensa lo que en cualquiera parte del ejército vacila. Haga V. A. marchar contra tropas así dispuestas la falange macedona: esta gruesa y grave máquina, será en la verdad terrible á un ejército, sobre quien caiga de todo su peso; pero como habla Polibio, no puede conservar largo tiempo su natural propiedad, esto es, su solidéz y consistencia, porque necesita de lugares propios, y por decirlo así hechos espresamente, y no teniéndolos ella misma, se embaraza ó mas presto se rompe por su propio movimiento, fuera de que estando una vez desecha, no tendrá forma de reunirse. Pero el ejército romano, dividido en pequeños escuadrones se sirve de todos los lugares y se acomoda en ellos; se une y se separa como se quiere; desfila fácilmente, y sin dificultad vuelve á juntarse, es propio para los destacamentos, para las reuniones, para todo género de conversiones y devoluciones que hace ó todo entero ó en parte, segun conviene; en fin, tiene mas diversidad de movimientos, y por consiguiente mas accion y mas fuerza que la falange. Concluya, pues, V. A. con Polibio, que era preciso que la falange le cediese y que la Macedonia fuese vencida.

Con gusto, serenísimo señor, hablo con V. A. de estas cosas de que está tambien instruido por escelentes maestros, y que vé V. A. practicadas debajo de las órdenes de Luis el Grande, de un modo tan admirable que no sé si la milicia romana ha tenido jamás cosa tan buena. Pero sin querer que venga aquí

á las manos con la milicia francesa, yo me contento de que haya V. A. visto que la milicia romana ó mírese su ciencia de tomar sus ventajas ó quiérase considerar su extrema severidad en hacer observar todas los órdenes de la guerra, escedió en mucho á todo lo que se habia visto en los siglos precedentes.

Despues de la Macedonia, no hay que hablar á V. A. mas de la Grecia, porque teniendo allí como V. A. ha visto la superioridad, ella sola le enseña á formar juicio de lo restante. Athenas nada mas produjo desde los tiempos de Alejandro. Los etolios que se señalaron en diversas guerras, mas eran dóciles que libres y mas brutales que valientes. Lacedemonia habia hecho su último esfuerzo criando á Cleomenes; y la Liga de los acheos produciendo á Philopæmeno. No peleó Roma con estos dos grandes capitanes, pero el último, que vivia en tiempo de Aníbal y Scipion, al ver obrar los romanos en la Macedonia juzgó bien que estaba para espirar la libertad de Grecia, y que no le quedaba mas recurso que retardar el punto de su caída. Así los pueblos mas belicosos cedian á los romanos. Triunfaron los romanos del esfuerzo en los galos, del esfuerzo y del arte en los griegos, y de todo esto, sostenido de la conducta mas refinada, triunfando de Aníbal, de modo que jamás tuvo igual la gloria de su milicia.

Así nada hubo en todo su gobierno de que tanto se gloriasen, como de su disciplina militar, considerándola siempre el fundamento de su imperio; y es cierto que fué la primera cosa que se descubrió en su Estado, y la última que en él se perdió, tan unida estaba á la constitucion de su república.

Una de las mejores cualidades de la milicia romana, era, que el valor falso, ni era estimado ni aplaudido. Las máximas del falso honor que á tanta gente han hecho entre nosotros perecer, ni aun conocidas eran en una nacion tan codiciosa de gloria (1). Se observa de Scipion y de Cesar, los dos primeros hombres de guerra y los mas valerosos que hubo entre los roma-

(1) Pol. cap. X. vers. 13.

nos que jamás se espusieron sin precaucion y sin que lo pidiese una grande necesidad. No se esperaba cosa buena de un general que no sabia conocer el cuidado que debia tener de su persona y no reservaba para el verdadero servicio las acciones de un extraordinario arrojo. No querian los romanos batallas arriesgadas sin necesidad, ni victorias que costasen mucha sangre; de suerte, que no habia cosa mas atrevida ni juntamente mas detenida que los ejercicios romanos.

Pero como no basta saber perfectamente el arte de la guerra si prudentemente no se examina la ocasion oportuna de intentarla y no se tiene antes bien ordenado el interior del Estado, es tambien necesario hacer observar á V. A. la profunda política del senado romano. Si se le considera en el buen tiempo de la república, no hubo jamás junta alguna en que los negocios fuesen tratados, ni con mas madurez, ni con mas secreto, ni con mas larga previsison, ni en mayor concurso, ni con mayor celo del bien público (1).

No se ha desdeñado el Espíritu Santo de notar esto en el libro de los macabeos, ni de alabar la alta prudencia y los consejos vigorosos de aquel sábio congreso en que ninguna persona se atribuía mas autoridad que la que le daba la razon y cuyos miembros todos conspiraban á la utilidad pública sin parcialidad y sin envidia.

Por lo que mira al secreto, nos propone Tito Livio un raro ejemplo. En tanto que se meditaba la guerra contra Perseo, fué á Roma Eumenes, rey de Pergamo, á coligarse para ella con el senado. Hizo sus proposiciones en plena asamblea, y el negocio fué resuelto por los votos de una junta compuesta de trecientos hombres. ¿Quién creeria que hubiese guardádose el secreto y que nada se hubiese sabido de la deliberacion hasta cuatro años despues de acabada la guerra? Pero lo mas asombroso que hay es, que Perseo tenia en Roma sus embajadores para observar á Eumenes. Todas las ciudades de Grecia y Asia que temian ser

(1) Mach. cap. VIII. vers. 15. 16.

envueltas en aquella contienda, habian enviado los suyos, y todos juntamente procuraban descubrir un negocio de tan gran consecuencia. En medio de tan hábiles agentes estuvo elsenado impenetrable. Para hacer guardar el secreto, jamás se necesitó de castigo ni de prohibir el comercio con los extranjeros de bajo de penas rigurosas. Por sí mismo se recomendaba el secreto y por su propia importancia.

Cosa es que pasma en la conducta de Roma ver en ella al pueblo mirar casi siempre con celos al senado, y no obstante deferir á él enteramente en las grandes ocurrencias y principalmente en los grandes peligros. Vefase entónces á todó el pueblo volver los ojos á aquella sábia junta y esperar sus resoluciones como otros tantos oráculos.

Una larga esperiencia habia enseñado á los romanos que de allí habian salido todos los sábios consejos que habian salvado el Estado. En el senado era donde se guardaban las antiguas máximas y el espíritu por decirlo así de la nacion. Allí era donde se formaban los designios que se veian sostenerse por su propia continuacion; y lo mayor que habia en el senado es, que jamás se tomaban en él resoluciones mas vigorosas que en los mayores extremos.

Así sucedió en el mas funesto estado de la república, cuando débil aun y recién nacida, se vió por dentro dividida por los tribunos y por defuera juntamente apretada por los volsco que Coriolano irritado conducia contra su pátria. Estos pueblos siempre derrotados por los romanos, esperaban vengarse, teniendo á su frente al mayor hombre de Roma, el mas inteligente de la guerra, el mas liberal, el mas contrario á la injusticia, pero el mas rígido, el mas inexorable y el mas irritado. Querian ellos hacerse por fuerza ciudadanos, y despues de grandes conquistas, dueños de la campaña y del pais, amenazaban arruinarlo todo si no se les concedia su demanda. No tenia Roma ejército ni cabos, y no obstante en este calamitoso estado y cuando todo debia atemorizarla, se vió salir de improvisó aquel atrevido decreto del senado: que antes se pereceria, que ceder al enemigo armado; y que se le acordarian condiciones justas despues que hubiese retirado sus armas.

La madre de Coriolano, que fué enviada á aplácarles, deciale

entre otras razones: *¿No conoces tu los romanos? ¿No sabes, hijo mio, que nada conseguirás sino con los ruegos, y que ningun a cosa ni grande ni pequeña obtendrás por fuerza?* Dejóse vencer el severo Coriolano: costóle la vida y los volscos eligieron otros generales, pero el senado persistió firme en sus máximas y el decreto que espidió de no conceder por fuerza cosa alguna, pasó por una ley fundamental de la política romana, de que ni un solo ejemplo hay que los romanos se hayan desviado en todos los tiempos de la república. En sus mas calamitosos estados, ni aun oídos dieron nunca á los consejos débiles: siempre eran mas tratables victoriosos que vencidos; tanto sabia el senado mantener las antiguas máximas de la república: y tanto sabia confirmar en ellas á los demás ciudadanos.

De este mismo espíritu salieron las resoluciones tantas veces tomadas en el senado de vencer los enemigos con la fuerza abierta sin valerse de astucias ó artificios, aun de los permitidos en la guerra. Esto hacia el senado no por un vano pundonor ni por ignorar las leyes de la guerra, sino porque nada juzgaba mas eficaz para abatir un enemigo orgulloso, que el quitarle toda la opinion que podia haber concebido; á fin de que vencido hasta en el corazon, no viese mas salud que en la clemencia del vencedor.

Así, pues, se estableció por toda la tierra la alta opinion de las armas romanas. La creencia derramada por todas partes de que nada les resistia, hacia caer las armas de las manos á sus enemigos y daba un invencible socorro á sus aliados. V. A. vé lo que hace en Europa una semejante opinion de las armas francesas: y pasmado el mundo de las empresas del rey, confiesa que nadie es capaz sino él solo de poner límites á sus conquistas.

La conducta del senado romano tan fuerte contra sus enemigos, no era mas admirable en el gobierno interior. Aquellos sábios senadores tenían una justa atencion alguna vez al pueblo, como cuando en una estrema necesidad no solo se tasaban á sí mismos en mas que á los otros la cual hacian de ordinario, sino que tambien exoneraban el pueblo menudo de todas las imposiciones, diciendo: *que los pobres pagaban á la república un tributo bastantemente grande, alimentando sus hijos.*

Mostró el senado por esta ordenanza que sabia bien en qué consistian las verdaderas riquezas de un Estado; y este prudente dictámen, junto con las demostraciones de un paternal cariño, hizo tanta impresion en el ánimo de los pueblos, que se hicieron capaces de tolerar las mayores calamidades por la salud de su pátria.

Pero cuando el pueblo romano merecia ser vituperado, lo ejecutaba tambien el senado con una gravedad y un rigor, digno de aquel sábio congreso, como sucedió en la contienda entre los de Ardea y de Aricia. Es memorable esta historia y merece ser referida á V. A. Estaban en guerra estos dos pueblos por algunas tierras, que cada uno de ellos pretendia. Cansado en fin de ella, convinieron en sujetarse al juicio del pueblo romano, cuya equidad era reverenciada de todos sus vecinos. Juntáronse los tribunos, y habiendo el pueblo conocido en el exámen que hizo, que aquellas tierras pretendidas por otros, le pertenecian de derecho, se las adjudicó á sí. El senado, aunque convencido de que habia el pueblo sustancialmente juzgado bien, no pudo sufrir que hubiesen los romanos desmentido su generosidad natural, ni vilmente engañado la esperanza de sus vecinos, que habian sujetádose á su arbitrio. No hubo cosa que no hiciese aquella junta, por impedir un juicio de tan pernicioso ejemplo, en que tomaban para sí los jueces las tierras contestadas por las partes. Despues de dada la sentenciá, los de Ardea, cuyo derecho parecia el mas aparente, indignados de un juicio tan inicuo, estaban para vengarse con las armas. No tuvo el senado dificultad en declararles públicamente, que no le era menos sensible que á ellos la injuria que se les habia hecho: que en la verdad él no podia anular un decreto del pueblo, pero que si aun recibida aquella ofensa querian fiarse de él en la reparacion, que justamente podian pretender, tendria el senado tal cuidado de su satisfaccion, que no les quedaria motivo de lamentarse. Fiáronse los Ardeates de esta palabra. Sucedióles un caso capaz de arruinar del todo su ciudad y recibieron un tan pronto socorro de órden del senado, que se creyeron muy bien pagados de la tierra que se les habia quitado; y no cuidaban mas que de mostrarse agradecidos á tan fieles amigos. Pero no quedó contento el senado, hasta que haciendo volverles la tier-

ra, que el pueblo romano había adjudicádose, borró la memoria de tan infame juicio.

No intento referir aquí á V. A. cuantas acciones semejantes á esta hizo el senado: cuantos ciudadanos perjuros, que no querían cumplir su palabra ó que trampeaban sus juramentos, puso en poder de sus enemigos: cuantos malos consejos que tuvieron feliz suceso, condenó. Solamente diré á V. A. que aquel augusto congreso nada influía al pueblo romano, que no fuese grande y daba en todas ocasiones una alta idea de sus consejos, persuadido de que la reputacion solo era el mas firme apoyo de los estados.

Bien puedo creerse, que en un pueblo tan sábiamente dirigido, las recompensas y los castigos estarian ordenados con grande consideracion. A mas de que el servicio y el celo por el bien del Estado eran el medio mas seguro para adelantarse en los cargos: las acciones militares tenian mil recompensas que nada costaban al público y eran de infinito precio á los particulares; porque estaba en ellas fijada la gloria tan amada de aquel pueblo belicoso. Una corona de oro muy delgada y lo mas frecuente una corona de hojas de encina ó de laurel ó de alguna yerva aun mas vil, se hacia inestimable entre los soldados, que no conocia mas honrosas señas que las de la virtud; ni mas noble distincion que la que procedia de las acciones gloriosas.

El senado, cuya aprobacion tenia veces de recompensa, sabia alabar y vituperar cuando convenia. Inmediatamente despues del combate los cónsules y demás generales daban públicamente á los soldados y á los oficiales la alabanza ó el vituperio que merecian; y ellos mismos esperaban suspensos el juicio del senado, que juzgaba de la sabiduria de los consejos, sin dejarse deslumbrar de la felicidad de las acciones.

Eran preciosas las alabanzas, porque se daban con conocimiento; el vituperio picaba en lo vivo de los corazones generosos y contenian en su obligacion los flacos. Los castigos que seguian á las malas acciones, tenian á los soldados en temor, al paso que las recompensas y la gloria bien distribuidos, los hacian superiores á sí mismos.

Quien puede imprimir en el ánimo de los pueblos la gloria, la paciencia en los trabajos, la grandeza de la nacion y el amor de

la patria puede gloriarse de haber hallado la constitucion de Estadomas propia á producir grandes hombres; y los grandes hombres son sin duda, en quien consiste la fuerza de un imperio. No deja la naturaleza de criar en todos los paises espíritus y ánimos elevados; pero es necesario ayudarla á formarlos. Lo que los forma y los perfecciona son los sentimientos fuertes, y las nobles impresiones que se difunden en todos los ánimos y pasan del uno al otro. ¿Qué es lo que hace á nuestra nobleza tan fiera en los combates y tan atrevida en las empresas? Es la opinion recibida desde la infancia y establecida por dictámen unánime de la nacion, que un caballero sin valor se degrada él mismo y se hace indigno de ver mas la luz. Todos los romanos estaban criados con estos sentimientos y el pueblo disputaba con la nobleza, á quién obraria más por estas vigorosas máximas. Durante los buenos tiempos de Roma, era tambien la infancia ejercitada en los trabajos: no se oía hablar allí de otra cosa, que de la grandeza del nombre romano. Era preciso ir á la guerra cuando la república lo ordenaba, y trabajar en ella incesantemente, acamparse en el invierno y en el verano, obedecer sin resistencia, morir ó vencer. Los padres que no criaban á sus hijos con estas máximas y como debian, para hacerlos capaces de servir el Estado, eran llamados á juicio por los magistrados, y juzgados reos de un atentado contra el pueblo. Cuando se ha empezado á tomar este curso, unos á otros se hacen los grandes hombres, y si Roma ha tenido mayor número de ellos, que cualquier otra ciudad que haya habido antes ó despues de ella, no ha sido por fortuna sino porque el estado romano constituido del modo que hemos visto, era por decirlo así, de tal temperamento, que debia ser el mas fecundo en héroes.

Un Estado que se siente formado así, se siente tambien al mismo tiempo con una fuerza incomparable, y jamás se cree sin remedio. Así vemos, que los romanos nunca desesperaron de sus cosas, ni cuando Porsena rey de Etruria los mataba de hambre dentro de sus murallas, ni cuando los galos despues de haber abrasado su ciudad, inundaban todo su pais y los tenian cerrados en el Capitolio, ni cuando Pirro rey de los epirotas, no menos industrioso que atrevido, los atemorizaba con sus elefan-

tes y deshacía todos sus ejércitos, ni cuando Aníbal, ya tantas veces vencedor, les mató aun mas de cincuenta mil hombres de su mejor milicia en la batalla de Cannas.

Entonces el cónsul Terencio Varron, que acababa de perder por culpa suya una tan gran batalla, fué recibido en Roma como si hubiese quedado victorioso, solo porque en tan gran desgracia no habia desesperado de las cosas de la república. Dióle el senado públicamente las gracias, y resolvióse desde entonces, segun las antiguas máximas, no dar oídos en aquel triste estado á proposicion alguna de paz. Quedó el enemigo pasmado, recobró el ánimo el pueblo y creyó tener algunos remedios, que conoceria el senado con su prudencia.

En efecto, la constancia de aquella sabia junta en medio de tantas desgracias que llevaban una sobre otra, no procedia de una resolucion obstinada de no ceder jamás á la fortuna, sino de un profundo conocimiento de las fuerzas romanas y de las enemigas. Sabia Roma por su censo, esto es, por la descripcion de sus ciudadanos, siempre exacta desde Servio Tulio, sabia, digo, cuantos ciudadanos tenia capaces de tomar armas, y lo que podia esperar de la juventud que cada dia se criaba. Así conservaba sus fuerzas contra un enemigo que iba desde la costa de Africa, á quien solo el tiempo debia destruir en un país estrangero, á donde llegaban tan tardos los socorros y á quien sus mismas victorias que tanta sangre le cos'aban, eran fatales. Por eso sucedia cualquiera pérdida, el senado siempre noticioso de los buenos soldados que le quedaban, no debia hacer mas que acomodarse al tiempo y no rendirse nunca á las desgracias. Cuando por la derrota de Cannas y por las alteraciones que se siguieron, vió las fuerzas de la república de tal suerte disminuidas, que apenas habria podido defenderse si el enemigo hubiese apretado, se sostuvo con su esfuerzo, y sin turbarse de sus pérdidas, se puso á observar los movimientos del vencedor. Luego que advirtió que Anníbal en vez de seguir su victoria no pensaba durante algun tiempo, sino en regocijarse de ella, volvió á asegurarse el senado, y conoció bien que un enemigo capaz de no aprovecharse de su fortuna y de dejarse deslumbrar de sus grandes sucesos, no habia nacido para vencer los romanos. Desde entonces hizo Roma todos los dias

mayores progresos; y Aníbal aunque tan hábil, aunque tan esforzado y aunque tan victorioso, no pudo resistirla.

Fácil es de juzgar por este solo acaecimiento quien debía por último prevalecer. Aníbal desvanecido de sus grandes sucesos, creyó muy fácil tomar á Roma y relajó sus fuerzas. Roma en medio de sus desgracias, no perdió el valor ni la confianza, é intentó mayores cosas que nunca. Luego despues de la derrota de Cannas, fué cuando sitió á Siracusa y Capua: la una infiel á los tratados y la otra rebelde. No pudo Siracusa defenderse, ni con sus fortificaciones, ni con las invenciones de Archimedes. El ejército victorioso de Aníbal fué sin fruto al socorro de Capua. Pero hicieron los romanos levantar á este capitán el sitio de Noll. Un poco despues, los cartagineses deshicieron y mataron en España los dos Scipiones. No sucedió en toda aquella guerra cosa mas sensible ni mas funesta á los romanos. Obligólos esta pérdida á hacer los mayores esfuerzos; el jóven Scipion, hijo de uno de aquellos generales, no contento de haber restablecido en España las cosas de Roma, llevó la guerra á los cartagineses dentro de su propia ciudad; y dió el último golpe á su imperio.

No permitia el estado de aquella ciudad que hallase en ella Scipion la misma resistencia que Aníbal encontraba de la parte de Roma, y V. A. quedará de esto convencido por poco que considere la constitucion de aquellas dos ciudades.

Roma estaba en su fuerza, Cartago habia comenzado á declinar, sosteniase únicamente por Aníbal. Roma tenia unido su Senado; y era puntualmente en aquellos tiempos, cuando se halló en él aquel concierto tan alabado en el libro de los Macabeos. El senado de Cartago estaba dividido por antiguas facciones irreconciliables; y la ruina de Aníbal habria sido la alegría de la principal parte de los grandes señores. Roma pobre aun y dada á la agricultura, criaba una milicia admirable que solo respiraba gloria, y no cuidaba sino de engrandecer el nombre romano. Cartago enriquecida por su tráfico, veía todos sus ciudadanos asidos á sus riquezas y nada ejercitados en la guerra. Cuando los ejércitos romanos estaban casi todos compuestos de ciudadanos, Cartago al contrario, tenia por máxima no servirse sino de tropas estrangeras, de ordinario

tan para temidas de los que las pagan, como de aquellos contra quienes se emplean.

Estos defectos en parte venian de la primera institucion de la república de Cartago, y en parte se habian introducido con el tiempo. Cartago amó siempre las riquezas, y Aristóteles la acusa de estar tan asida á ellas, que daba lugar á sus ciudadanos de preferirlas á la virtud. Por eso una república toda hecha para la guerra como lo observa el mismo Aristóteles, al fin se descuidó de ejercitarla. No la reprende este filósofo de servirse solamente de tropas extranjeras, y así es creible que no cayese en este error hasta mucho tiempo despues. Pero las riquezas conducen naturalmente á esto una república mercantil, donde todos quieren gozar de sus bienes y creen hallarlo todo en su dinero. Creíase Cartago fuerte porque tenia muchos soldados, y no habia podido aprender de tantas alteraciones que habia visto suceder en los últimos tiempos, que no hay cosa mas infeliz que un Estado, que únicamente se sostiene por los extranjeros, en quienes ni se halla celo, ni seguridad, ni obediencia.

Verdad es que el gran génio de Aníbal parecia haber remediado los defectos de su república (1). Mírase como un prodigio que en un pais extranjero y por el curso de diez y seis años enteros, no hubiese jamás visto, no digo sedicion, pero ni aun murmullo en un ejército todo compuesto de pueblos diversos que sin entenderse entre sí, concordaban tambien en entender las órdenes de general. Pero nó podia la habilidad de Aníbal sostener á Cartago, cuando atacada dentro de sus murallas por un general como Scipion, se halló sin fuerzas. Fué preciso llamar á Aníbal, á quien ya no quedaban sino unas tropas debilitadas, mas por sus propias victorias que por las de los romanos, y que acabaron de arruinarse con tan largo viage. Así Aníbal fué derrotado; y Cartago antes señora de toda el Africa del mar Mediterráneo y de todo el comercio del universo, forzada á sujetarse al yugo que Scipion le puso.

(1) Polyb. cap. XI. vers. 17.

Hé aquí el fruto glorioso de la paciencia romana. Unos pueblos que se enardecían y fortificaban con sus desgracias, razón tenían de creer que todo se salvaría como no se perdiese la esperanza; y Polibio concluyó muy bien, que al fin Cartago había de obedecer á Roma por sola la naturaleza de las dos repúblicas.

Que si los romanos hubiesen solamente servidose de aquellas grandes calidades políticas y militares para conservar en paz su Estado ó para proteger sus aliados oprimidos como aparentemente manifestaban, no menos alabanzas se deberían á su equidad que á su prudencia y su valor. Pero despues que probaron de la dulzura de la victoria, quisieron que todo les cediese y no menos pretendieron que poner primero sus vecinos y despues todo el universo debajo de sus leyes.

Para llegar á este fin, supieron perfectamente conservar sus aliados, unirlos entre sí, sembrar discordia y celos entre los enemigos, penetrar sus consejos, descubrir sus inteligencias y prevenir sus intentos.

No solamente observaban los movimientos de sus enemigos, sino aun todos los progresos de sus vecinos: solícitos sobre todo ó de dividir ó de contrapesar por alguna parte las potencias que se hacian muy formidables ó que ponian grandes impedimentos á sus conquistas (1).

Así los griegos se persuadian sin razón en tiempo de Polibio que mas se engrandecía Roma por fortuna que por conducta. Estaban muy apasionados por su nación y eran muy celosos de los pueblos que veían elevarse sobre ellos: ó puede ser que viendo desde lejos adelantarse tan velozmente el imperio romano sin penetrar los consejos que hacían mover aquel gran cuerpo, atribuyesen á la suerte segun la costumbre de los hombres, los efectos cuyas causas ignoraban. Pero Polibio á quien su estrecha familiaridad con los romanos había hecho penetrar el secreto de los negocios y que tan de cerca observaba la política romana durante las guerras púnicas, tuvo mas equidad que

(1) Polyb. cap. I. vers. 63.

los demás griegos y vió que las conquistas de Roma eran consecuencia de un designio bien formado. Porque él veía los romanos en medio del Mediterráneo estender por todas partes la vista desde sus contornos hasta España y hasta la Siria: observar lo que allí pasaba; adelantarse regularmente y paso á paso: afirmarse antes de estenderse; no cargarse de muchos negocios: disimularse algun tiempo y declararse oportunamente: esperar que Aníbal fuese vencido, para desarmar á Felipe rey de Macedonia que habia favorecidole: despues de haber empezado un negocio, no cansarse ni contentarse hasta perfeccionarle enteramente: no dejar á los macedones instante alguno para recobrarle; y despues de haberlos vencido, restituir por un decreto público á la Grecia tan largo tiempo cautiva, la libertad en que ya no pensaba: esparcir de este modo, por una parte el terror y por otra la veneracion á su nombre; lo cual es bastante para concluir que los grandes progresos de los romanos en la conquista del mundo, no eran efectos de la suerte, sino consecuencia de su conducta.

Esto es lo que Polibio vió en el tiempo de los progresos de Roma. Dionisio Halicarnasio, que escribió despues del establecimiento del imperio y del tiempo de Augusto, concluyó lo mismo, tomando desde su origen las antiguas instituciones de la república romana tan propias por su naturaleza á formar un pueblo invencible y dominante. V. A. ha visto lo que basta para ser del mismo sentir que estos sábios historiadores y para condenar á Plutarco, que muy apasionado siempre por sus griegos, atribuye á la fortuna sola la grandeza romana y á sola la virtud la de Alejandro.

Pero quanto mas hacen ver estos historiadores el designio de Roma en sus conquistas, tanto mas declaran su injusticia. Es inseparable este vicio del deseo de dominar, y así se halla justamente condenado por las reglas del Evangelio. Pero la filosofía solo basta á hacernos entender, que no se nos ha dado la fuerza para usurpar el bien ageno, sino para conservar el propio. Ciceron lo reconoció, y las reglas que ha dado para hacer la guerra, son una manifiesta condenacion de la conducta romana.

Es cierto que al principio de su república se mostraron bas-

tantamente justos los romanos. Parecia que ellos mismos quisiesen moderar su genio guerrero, conteniéndole dentro de los límites que la equidad prescribia. ¿Qué cosa hay mas buena ni mas santa que el colegio de los feciales haya sido Numa su fundador como dice Dionisio Halicarnasio ó háyalo sido Anco Marcio como quiere Tito Livio? Era establecido este consejo para juzgar si la guerra era justa: antes que el senado la propusiese ó la resolviere el pueblo, este exámen de equidad procedia siempre. Cuando la justicia de la guerra era reconocida, tomaba el senado sus medidas para emprenderla; pero primero enviaban á pedir al usurpador con toda formalidad lo que injustamente habia quitado; y no llegaban al extremo del rigor hasta haber apurado todos los medios de la suavidad. ¡Santa institucion entre cuantas haya habido; y que avergüenza á los cristianos de no haberse dejado reducir á la caridad ni á la paz por un Dios venido al mundo á pacificarlo todo!

¿Pero de qué sirven las mejores instituciones cuando en fin degeneran en puras ceremonias? La dulzura de vencer y de dominar corrompió bien presto en los romanos lo que la equidad natural habia d'ídoles de rectitud. No fueron despues las deliberaciones de los feciales, sino una inútil formalidad, y aunque egercitasen con sus mayores enemigos acciones de equidad grande, y aun de grande clemencia, no permitia la ambicion á la justicia reinar en sus consejos.

Por lo demás, eran sus injusticias tanto mas perniciosas, cuanto mejor sabian cubrirlas con el velo de la equidad, y ponian insensiblemente debajo de su yugo los reyes y las naciones, con el color de ampararlas y defenderlas.

Añadamos tambien que eran crueles con quien les resistia; otra calidad muy natural á los conquistadores que saben que el espanto hace mas de la mitad de las conquistas. ¿Débese, pues, dominar á este precio? ¿Y es tan dulce el mando que los hombres quieran comprarle con acciones tan inhumanas? Los romanos por difundir en todas partes el terror, afectaban dejar en las ciudades tomadas espectáculos terribles de crueldad, y parecer desapiadados al que esperaba la fuerza; aun sin reservar los reyes á quienes hacian inhumanamente morir despues

de haberlos llevado en triunfo, cargados de hierros y atados á los carros como esclavos (1).

Pero si eran injustos y crueles para conquistar, gobernaban con equidad las naciones conquistadas. Procuraban hacer probar su gobierno á los pueblos sujetos, y creían que era este el mejor modo de asegurar sus conquistas. El senado tenia refrenados los gobernadores y hacia justicia á los pueblos. Era mirada esta junta como el asilo de los oprimidos: así los cohechos y las violencias no fueron conocidas entre los romanos, sino en los últimos tiempos de la república, y la moderacion de sus magistrados era la admiracion de todo el mundo.

No eran, pues, estas cualidades de aquellos conquistadores brutales y avaros, que no respiran sino pillage ó que establecen su dominacion sobre la ruina de los países vencidos. Mejoraban los romanos todos los que hacian suyos, haciendo florecer entre ellos la justicia, la agricultura, el comercio, y aun las artes y ciencias, despues que habíanlas una vez probado.

Esto es lo que les dió así el mas florido y mejor establecido imperio, como el mas estendido que jamás hubo. Desde el Eufrates y el Tanais, hasta las columnas de Hércules y el mar Atlántico, todas las tierras y los mares les obedecian. Desde el medio y como desde el centro del mar Mediterráneo abrazaban toda su estension; penetrando á lo largo y á lo ancho, todos los estados de su circunsferencia, y teniéndole entre ellos para lograr la comunicacion de su imperio. Aun causa espanto el considerar que las naciones que forman al presente reinos tan formidables, todas las Galias, todas las Españas, la gran Bretaña casi toda entera, el ilirico hasta el Danuvio, la Germania hasta el Albis, el Africa hasta los desiertos espantosos é impenetrables, la Grecia, la Thrasia, la Siria, el Egipto, todos los reinos del Asia Menor y los que están encerrados entre el Ponto Euxino, y el mar Caspio y otros que puede ser que yo olvide ó no sea

(1) Polyb. cap. X, vers. 15.

necesario que refiera, no hayan sido durante tantos siglos sino provincias romanas. Todos los pueblos de nuestro mundo, hasta los mas bárbaros, respetaron su poder; y los romanos establecieron casi por todo él con su imperio las leyes y la policía.

Especie es de prodigio, que en un imperio tan vasto, que abrazaba tantas naciones y reinos estuviesen los pueblos tan obedientes y fuesen tan raras las rebeliones. A todo había proveído la política romana por varios medios, que quiero referir á V. A. en pocas palabras.

Las colonias romanas, establecidas por todos lados en el imperio, hacian dos efectos maravillosos: el uno aliviar la ciudad de un gran número de ciudadanos, la mayor parte pobres; el otro guardar los puestos principales y acostumar poco á poco, los pueblos estrangeros á las costumbres romanas.

Aquellas colonias que llevaban consigo sus privilegios, permanecian siempre unidas al cuerpo de la república y poblaban todo el imperio de romanos.

Pero á mas de las colonias, un gran número de ciudades obtenia para sus ciudadanos el derecho de ciudadanos romanos; y unidas por su interés al pueblo dominante, tenia atentas á su obligacion las ciudades vecinas.

Sucedió finalmente, que todos los vasallos del pueblo romano se creyeron romanos. Comunicáronse poco á poco los honores del pueblo victorioso á los pueblos vencidos: fueles abierto el senado y podian aspirar hasta el imperio. Así por la clemencia romana todas las naciones no eran ya sino una nacion sola, y Roma era mirada como la pátria comun. ¡Qué facilidad no traería á la navegacion y al comercio aquella maravillosa union de todos los pueblos del mundo debajo de un mismo imperio! Todo lo abrazaba la sociedad romana; y fuera de ciertas fronteras, inquietadas alguna vez de los vecinos, gozaba de una paz profunda el resto del Universo. Ni la Grecia, ni el Asia Menor, ni la Siria, ni el Egipto, ni en fin, la mayor parte de las demás provincias han estado jamás sin guerra sino debajo del imperio romano, y es fácil de comprender, cuanto serviria un comercio tan agradable á las naciones á mantener en todo el cuerpo del imperio, la concordia y la obediencia.

Las legiones distribuidas para la guardia de las fronteras, defendiéndole por defuera, le afirmaban por de dentro. No solian los romanos tener ciudadelas en sus plazas, ni fortificar sus fronteras, ni veo que se aplicasen mucho á este cuidado, hasta Valentiniano I. Poníase antes toda la fuerza y seguridad del imperio en las tropas, de tal manera distribuidas, que se daban la mano las unas á las otras. Por lo demás, como el orden era que siempre campasen, no eran incómodas á los lugares, y la disciplina no permitia á los soldados derramarse por la campiña. Así los ejércitos romanos no turbaban el comercio ni la labranza. Hacian en su campo una especie de ciudades, que no se diferenciaban de las otras, sino en ser continuos los trabajos, la disciplina mas severa y el mando mas firme. Estaban siempre prontas al menor movimiento: y bastaba para contener los pueblos en su obligacion, mostrarles solamente en su vecindad aquella milicia invencible.

Pero nada mantenía tanto la paz del imperio como el orden de la justicia. Hábiale establecido la antigua república: los emperadores y los sábios le esplicaron sobre los mismos fundamentos: todos los pueblos hasta los mas bárbaros le miraban con admiracion: y á él debieron principalmente los romanos la opinion de ser dignos del dominio del mundo. Y si las leyes romanas han parecido tan santas, que aun dura su antigua magestad, á pesar de la ruina de su imperio, es porque la razon, que es la maestra de la vida humana, reina en todas ellas, y que no puede hallarse mejor aplicacion de los principios de la equidad natural.

No obstante, esta grandeza del nombre romano, y no obstante la política profunda y demás admirables instituciones de aquella famosa república, llevaba ella en su seno la causa de su ruina en los celos perpétuos del pueblo contra el senado, ó mas propiamente de los plebeyos contra los patricios. Había Rómulo establecido esta diferencia: siendo bien necesario que los reyes tuviesen personas distinguidas que uniesen á su persona con vínculos particulares, y que gobernasen por su medio lo restante del pueblo. Por eso Rómulo eligió los padres de que formó el cuerpo del senado. Llamábanlos así por su dignidad y por su edad, y de ellos descendieron las familias patricias.

En cuanto á lo demás, por grande autoridad que hubiese Rómulo reservado al pueblo, habia de muchos modos hecho á los plebeyos dependientes de los patricios; y esta subordinacion necesaria á la magestad, habia sido conservada no solo en tiempo de los reyes, sino tambien en el de la república. De los patricios se elegian siempre los senadores. A los patricios pertenecian los empleos, los comandos, las dignidades, hasta la del sacerdocio; y los padres que habian sido los autores de la libertad, no abandonaron jamás sus prerogativas. Pero bien presto se introdujeron los celos en los dos órdenes: que no necesito de hablar aquí de los caballeros romanos, tercer orden entre los patricios y el pueblo ordinario, que tan presto abrazaba el uno como el otro partido. Entre estos dos órdenes, pues, se introdujeron los celos que en diversas ocasiones se despertaron, pero la causa profunda que los mantenía, era el amor de la libertad.

La máxima fundamental de la república era mirar la libertad como una cosa inseparable del nombre romano. Un pueblo criado en este espíritu, digamos mas, un pueblo que se cria nacido para mandar á los demás pueblos, y á quien Virgilio por esta razon llama tan noblemente un pueblo rey, no queria recibir la ley sino de sí mismo.

Juzgábase necesaria la autoridad del senado para moderar los consejos públicos, que sin este temperamiento hubieran sido tumultuarios. Pero realmente pertenecía al pueblo dar los órdenes, establecer las leyes, y decidir sobre la paz y la guerra. Un pueblo que gozaba de los derechos mas esenciales de la magestad, participaba en algun modo del génio de los reyes. Quería ser aconsejado, pero no forzado por el senado. Todo lo que parecia muy imperioso, todo lo que descollaba sobre los demás, todo lo que violaba ó parecia violar la igualdad que pide un estado libre, hacíase sospechoso á aquel pueblo delicado. El amor de la libertad, el de la gloria y de las conquistas hacía difíciles de manejar semejantes ánimos; y la misma audacia, á cuyo impulso lo intentaban todo fuera de su casa, no podia dejar de traerles la division dentro de ella.

Así Roma tan celosa de su libertad, vió que este mismo amor de la libertad, que era el fundamento de su estado, introducía

la division entre los dos órdenes de que estaba compuesta. De allí nacieron los celos furiosos entre el senado y el pueblo, entre los patricios y los plebeyos: los unos alegando siempre que la libertad excesiva se destruye en fin ella misma, y los otros temiendo al contrario, que la autoridad que por su naturaleza siempre crece, degenerase al fin en tiranía.

Entre estos dos extremos, un pueblo fuera de esto tan sábio, no supo hallar el medio. El interés particular que arrastra los ánimos á que adelanten mas de lo preciso aun lo que se ha empezado por beneficio público, no permitia que se mantuviesen en los consejos moderados. Los espíritus ambiciosos é inquietos excitaban los celos por prevalerse de ellos; y estos celos ya mas cubiertos, y ya mas declarados segun los tiempos, pero siempre vivos en lo íntimo de los corazones, causaron en fin aquella grande mudanza que sucedió en tiempo de César y de los demás que le siguieron.

CAPÍTULO VII.

ESPLÍCASE LA CONTINUACION DE LAS MUDANZAS DE ROMA.

Fácil será á V. A. el descubrir todas las causas de ella si despues de haber comprendido bien el génio de los romanos y la constitucion de su república tuviere V. A. cuidado de observar cierto número de acaecimientos principales, que aunque sucedidos en tiempos entre sí muy distantes, tienen un enlace manifiesto. Véalos aquí V. A. todos juntos para mayor facilidad.

Rómulo criado en la guerra y reputado por hijo de Marte, fabricó á Roma y la pobló de gentes, que allí se recogieron pastores, esclavos, ladrones, que habian ido á buscar la franqueza y la libertad en el asilo que habia abierto á cuantos llegasen;

fueron tambien algunos mas calificados y de mejores costumbres.

Crió á este pueblo feróz en la máxima de intentarlo todo por la fuerza, y por este medio tuvieron hasta las mugeres con quienes se casaron (1).

Poco á poco estableció el órden y reprimió los espíritus con leyes muy santas. Empezó por la religion mirándola como el fundamento de los estados. Hízola tan séria, tan grave y tan modesta, cuanto lo permitian las tinieblas de la idolatría. Fueron prohibidas las religiones estrangeras y los sacrificios que no estuviesen establecidos por las costumbres romanas. Con el tiempo se dispensó de esta ley, pero la intencion de Rómulo era que fuese observada, y siempre lo fué en algo.

Escogió entre todo el pueblo lo mejor que habia para formar el consejo público á que llamó el senado. Compúsole de doscientos senadores, cuyo número fué despues aumentado, y de allí salieron las familias nobles que se llamaban patricias: las demás se llamaban plebeyas, esto es, el comun del pueblo.

El senado debia examinar y proponer todos los negocios. Reglaba algunos supremamente con el rey, pero los mas generales eran referidos al pueblo que decidia sobre ellos.

Rómulo en una junta en que de repente sobrevino una gran tempestad, fué hecho pedazos por los senadores, por reconocerle sobradamente imperioso, y desde entonces empezó á descubrirse en este órden el deseo de la independencía.

Por aplacar al pueblo que amaba á su príncipe y dar una gran idea del fundador de la ciudad, publicaron los senadores que habian los dioses arrebatádole al cielo, é hicieron erigirle altares.

Numa Pompilio, segundo rey, en una larga y profunda paz acabó de formar las costumbres y reglar la milicia sobre los mismos fundamentos que habia Rómulo puesto.

(1) Dion. Hal. cap. II.

Tulio Hostilio estableció con severos reglamentos la disciplina militar y los órdenes de la guerra que su sucesor Anco Marcio acompañó de ceremonias sagradas, á fin de hacer la milicia santa y religiosa.

Despues de él, Tarquino Prisco por hacerse criaturas, aumentó el número de senadores hasta el de trescientos, en que permanecieron fijos por muchos siglos, y empezó las grandes obras que habian de servir á la comodidad pública.

Servio Tulio proyectó el establecimiento de una república debajo del mando de dos magistrados anuales que serían elegidos por el pueblo.

En odio de Tarquino el Soberbio, fué la dignidad real anulada con maldiciones horribles contra los que intentasen restablcerla; y Bruto hizo jurar al pueblo, que se mantendría eternamente en su libertad.

Sirviéronles de regla en esta mudanza las memorias de Servio Tulio. Los cónsules elegidos por el pueblo entre los patricios, eran iguales á los reyes, escepto que eran dos que tenían un turno reglado para mandar, y que todos los años se mudaban.

Collatino, nombrado cónsul con Bruto por haber sido juntamente con él autor de la libertad como marido de Lucrecia, cuya muerte habia causado la mudanza é interesado mas que todos en la venganza del ultrage que habia recibido, se hizo sospechoso por ser de la familia real y fué expelido.

Sustituido Valerio en su lugar, á la vuelta de una expedicion en que habia librado su patria de los vejentos y etrurios, hizo entrar al pueblo en la sospecha de que afectase la tiranía por fabricar su casa en una eminencia; y no solo cesó en la obra, sino que vuelto todo popular, aunque patricio, estableció la ley que permite apelar al pueblo, y le atribuye en ciertos casos el derecho de juzgar en último recurso.

Por esta nueva ley el poder consular fué debilitado en su origen, y el pueblo extendió sus derechos.

Con ocasion de las extorsiones que por cobrar de los pobres les hacian los ricos, sublevado el pueblo contra el poder de los

cónsules y del senado, hizo aquella famosa retirada al monte Aventino (1).

No se hablaba en aquellas juntas sino de libertad, ni se creía con ella el pueblo romano, no teniendo medios legítimos con que resistir al senado. Fué forzoso concederle magistrados particulares llamados Tribunos del pueblo, que pudiesen juntarle y socorrerle contra la autoridad de los cónsules, por oposicion ó por apelacion.

Por adquirirse mayor autoridad, fomentaban estos Magistrados la division entre los dos órdenes y no cesaban de lisongear al pueblo, proponiendo que las tierras de los países vencidos ó el precio que procediese de su venta, fuese repartido entre los ciudadanos.

Oponíase siempre el senado constantemente á estas leyes aruinadoras del Estado, y queria que fuese adjudicado al Erario público el precio de las tierras.

Dejábase el pueblo llevar de sus sediciosos magistrados, y sin embargo, conservaba bastante equidad para admirar la virtud de aquellos grandes hombres que le resistian.

Contra estas disensiones domésticas no hallaba el Senado mejor remedio, que el hacer nacer contiúas ocasiones de guerras forasteras, las cuales impedian que las divisiones llegasen al extremo, y reunian los órdenes en defensa de la pátria.

En tanto que las guerras son felices y se aumentan las conquistas, los celos se despiertan.

Fatigados los dos partidos de tantas divisiones que amenazaban ruina al Estado, convienen en hacer leyes para dar reposo á unos y á otros, y establecer la igualdad que debia haber en una ciudad libre.

Pretende cada uno de los órdenes tocarle el establecimiento de estas leyes.

Alimentados los celos de estas pretensiones, hacen que de comun acuerdo vaya á Grecia una embajada para buscar las

(1) Dion. Hal. cap. VI.

instituciones de las ciudades de aquel país, y principalmente las leyes de Solon que eran las mas populares. Establécense en consecuencia de esto las leyes de las XII tablas y los decemviros que habíamlas coordinado, fueron privados del poder de que abusaban.

Pero cuando daba todo señas de gran tranquilidad y parecia que unas leyes tan santas establecerían para siempre el público reposo, vuelven á encenderse las disensiones con nuevas pretensiones del pueblo que aspira á los honores y al consulado reservado hasta entónces al primer órden.

Propónese la ley para admitirle. Pero antes que en envilecer el consulado, consienten los padres en la creacion de tres nuevos magistrados que tengan la autoridad de cónsules debajo del nombre de tribunos militares, á cuyo honor es admitido el pueblo.

Contento de establecer su derecho, usa moderadamente de su victoria y continúa algun tiempo en dar el mando á solos los patricios.

Despues de largas disputas, vuélvese á la pretension del consulado, y poco á poco hácense comunes los honores entre los dos órdenes, aunque los patricios sean siempre mas atendidos en las elecciones.

Las guerras continúan, y los romanos despues de quinientos años sujetan los galos cisalpinos sus principales enemigos y toda la Italia.

Empiezan entónces las guerras púnicas, y toman tal altura las cosas, que cada uno de aquellos dos pueblos celosos cree no poder subsistir sin la ruina del otro.

Próxima Roma á ceder, sostiénese principalmente por la constancia y sabiduría del senado.

Triunfa finalmente la paciencia romana; queda Aníbal vencido, y Cartago sujeta por Scipion Africano.

Victoriosa Roma, extiéndese prodigiosamente en el curso de docientos años por mar y tierra, y reduce todo el universo debajo de su poder.

En aquellos tiempos y despues de la ruina de Cartago, los cargos, cuya dignidad no menos se aumentaba con el imperio, que el provecho fueron codiciados con furor. Los pretendien-

tes ambiciosos no cuidaban sino de lisongear al pueblo, y la concordia de los órdenes mantenida por la ocupacion de las guerras púnicas, se turbó mas que nunca. Pusieronlo todo en confusion los gracos, y sus sediciosas proposiciones fueron el principio de todas las guerras civiles.

Empezóse entonces á llevar armas y á obrar con fuerza abierta en las juntas del pueblo romano, donde antes cada uno queria obtener por solos los medios legítimos y con la libertad de las opiniones.

La sabia conducta del senado y las grandes guerras sobrevenidas moderaron las alteraciones.

Mario Plebeyo, gran hombre de guerra con su elocuencia militar y con sus arengas sediciosas en que no cesaba de impugnar la altivez de la nobleza, despertó los celos del pueblo y levantóse por este medio á los mayores honores.

Púsose á la frente del partido Silla patricio, y se hizo el objeto de los celos de Mario.

Las negociaciones y la corrupcion lo pueden todo en Roma y se extingue el amor á la patria y el respeto á las leyes.

Para colmo de las desgracias, las guerras de Asia enseñan á los romanos el lujo y aumentan la avaricia.

Empezaron los generales en este tiempo á ganarse los soldados, los cuales hasta entónces no habian mirado en ellos, sino el carácter de la autoridad pública.

Silla en la guerra contra Mitridates dejaba enriquecer los suyos con este fin.

Mario de su parte, proponia á sus parciales repartimientos de dinero y de tierra.

Dueños por este medio de sus tropas, el uno con el pretexto de sostener al senado, y el otro con el nombre del pueblo, se hicieron una guerra furiosa hasta dentro del recinto de Roma.

El partido de Mario y del pueblo fué enteramente abatido, y Silla debajo del nombre de Dictador se hizo soberano.

Hizo estragos espantosos y trató rígidamente al pueblo, así con obras como con palabras, hasta en las juntas legítimas.

Mas poderoso y mejor establecido que nunca, se redujo por

si mismo á la vida privada, pero despues de haber hecho ver que el pueblo romano podia sufrir señor.

Pompeyo, á quien habia Silla elevado, sucedió en una gran parte de su poder, y por establecerse ya lisongeaba al pueblo ó ya al senado, pero su inclinacion y su interés le fijaron por fin en el último partido.

Vencedor de los Piratas, de las Españas y de todo el oriente, se hace el todo poderoso en la república y principalmente en el senado.

César que por lo menos quiere ser su igual, se vuelve de la parte del pueblo, é imitando en su consulado á los mas sediciosos tribunos, propone con los repartimientos de tierras las leyes mas populares que pudo inventar.

La conquista de las Galias levantó al mas alto punto su gloria y su poder.

Únense él y Pompeyo por interés, y desúnense por celos. Enciéndese la guerra civil. Cree Pompeyo que solo su nombre lo sostendrá todo y se descuida. César, activo y perspicáz, consigue la victoria y se hace él dueño.

Hace varias pruebas por ver si los romanos podrian acostumbrarse al nombre de rey, y no sirvieron sino para hacerle aborrecible. El senado por aumentar el ódio público, le decreta honores hasta entónces inauditos en Roma; de suerte que le matan en pleno senado como á tirano.

Antonio su hechura, que se halló cónsul al tiempo de su muerte, conmovió al pueblo contra los matadores y procuró aprovecharse de aquellos alborotos para usurpar la autoridad suprema. Lepido que ocupaba tambien un gran puesto debajo de César, solicitó mantenerle. En fin, el jóven César, á la edad de diez y nueve años, prometió vengar la muerte de su padre y buscó la ocasion de sucederle en el poder.

Supo servirse para sus intereses de los enemigos de su casa y aun de sus competidores.

Entregáronsele las tropas de su padre movidas del nombre de César y de las prodigiosas liberalidades que les hizo.

Nada puede ya el senado, todo se hace por la fuerza y por los soldados que se dán á quien mas les dá.

En esta funesta coyuntura abatió el Triunvirato todo lo mas

animoso y opuesto á su partido que Roma criaba. César y Antonio derrotaron á Bruto y Casio, y la libertad espiró con ellos. Los vencedores, despues de haberse deshecho del débil Lepido, hicieron diversos acuerdos y repartimientos en que hallando siempre César como mas industrioso el modo de tener la mejor parte, incluyó á Roma en sus intereses y adquirió la superioridad. Antonio intenta en vano volver á levantarse, y la batalla Acciaca sujeta todo el imperio al poder de Augusto César. Roma fatigada y exhausta por tantas guerras civiles, se vé precisada para tener reposo á renunciar á su libertad.

Apropiándose la casa de los césares debajo del grande nombre de emperadores el mando de los ejércitos, usa de un poder absoluto.

Roma debajo de los césares, mas cuidadosa de conservarse que de extenderse, no hace casi mas conquistas que para tener distantes los bárbaros que querian entrar en el imperio.

Hallándose el senado á la muerte de Calígula en el punto de restablecer la libertad y el poder consular, vése impedido por los militares que quieren un gefe perpétuo, y que éste sea el señor.

En los alborotos causados por las violencias de Neron, cada ejército elige un emperador, y conocen los soldados que ellos son los dueños de dar el imperio.

Llegan hasta venderle públicamente al mayor postor, y se acostumbran á sacudir el yugo. Con la obediencia se pierde la disciplina. Los buenos príncipes porfian inútilmente en conservarla, y su celo por mantener el orden antiguo de la milicia, no sirve sino para exponerlos al furor de los soldados.

En las mudanzas de emperador intentando cada ejército hacer el suyo, suceden guerras civiles y sangrientos y espantosos estragos.

Así el imperio se enerva por la relajacion de la disciplina, y juntamente pierde su esencia por tantas guerras intestinas.

Entre tantos desórdenes vése disminuyendo el temor y la magestad del nombre romano. Los partos, frecuentemente vencidos, se hacen formidables en la parte del oriente, debajo de nombre antiguo de persas que vuelven á tomar. Las naciones septentrionales que habitaban tierras frias é incultas, atraídas

por la hermosura y riqueza de las del imperio, tientan por todas partes la entrada.

No basta ya un hombre solo á sostener la carga de un imperio tan vasto y tan fuertemente atacado.

La prodigiosa multitud de las guerras y el génio de les soldados que querian vér á su frente emperadores y césares, obliga á multiplicarlos.

Mirado tambien el imperio como un bien hereditario, se multiplican naturalmente los emperadores por la muchedumbre de los hijos de los príncipes.

Marco Aurelio eligió á su hermano por su compañero en el imperio. Severo hace emperadores á sus dos hijos. La urgencia de los negocios obliga á Diocleciano á partir el oriente y occidente entre él y Maximiano, y gravado cada uno de ellos del demasiado peso, se alivia de él eligiendo dos césares.

Con esta multitud de emperadores y césares, se halla el Estado oprimido de un gasto excesivo, el cuerpo del imperio desunido y las guerras civiles se multiplican.

Constantino, hijo del emperador Constantino Cloro, reparte el imperio como si fuese un bien hereditario entre sus hijos: sigue la posteridad estos malos ejemplos y casi nunca se vé ya un emperador solo.

La flojedad de Honorio y de Valentiniano III, emperadores de occidente, ausa una total ruina.

La Italia y Roma son diversas veces saqueadas y se hacen despojo de los bárbaros.

Todo el occidente queda abandonado. Ocupan el Africa los vándalos; España los visigodos; la Galia los francos; la gran Bretaña los Sajones; Roma y tambien la Italia los herules y despues los ostrogodos. Enciérranse en el oriente los emperadores romanos y abandonan lo demás hasta Roma ó Italia.

Vuelve el imperio á tomar alguna forma en tiempo de Justiniano por el valor de Belisario y de Narses. Roma tomada y recobrada frecuentemente, queda en fin por los emperadores. Los sarracenos hechos poderosos por la division de sus vecinos y por la negligencia de los emperadores, les quitan la mayor parte del oriente, y de tal modo los atormentan de aquel lado, que no se cuidan mas de la Italia. Los lombardos ocupan las mas bellas

y ricas provincias de ella. Roma reducida al extremo por sus continuas invasiones y dejada sin defensa por sus emperadores, se vé precisada á eeharse en los brazos de los franceses. Pipino rey de Francia pasa los montes y reduce á los lombardos. Cárlo-Magno despues de haber estinguido su dominacion, se hace coronar rey de Italia, donde sola su moderacion conserva algunas pequeñas reliquias á los sucesores de los césares; y en el año 800, elegido emperador por los romanos, funda el nuevo imperio.

Ahora, serenísimo señor, será fácil á V. A. el conocimiento de las causas de la elevacion y de la caida de Roma.

V. A. vé, que aquel estado fundado sobre la guerra, y así naturalmente dispuesto á dominar á sus vecinos, puso á todo el universo debajo de su yugo, por haber levantado al mas alto punto la política y el arte militar.

V. A. halla las causas de las divisiones de la república, y finalmente las de su caida en los celos de sus ciudadanos y en el amor de la libertad adelantando hasta un esceso y una delicadeza insufrible.

Ya no tiene dificultad V. A. en distinguir todos los tiempos de Roma, ya quiera considerarla en sí misma, ya la cotege con los otros pueblos; y V. A. ve las mudanzas que deben en cada tiempo ser consecuencia de la disposicion de las cosas.

En sí misma la ve V. A. al principio en un estado monárquico, establecido segun sus leyes primitivas; mas adelante en el goce de su libertad; y en fin sujeta otra vez al gobierno monárquico; pero por fuerza y por violencia.

Fácil es á V. A. concebir de qué modo se formó el estado popular en consecuencia de los principios que tenia desde los tiempos de los reyes, no con menor evidencia halla V. A. como poco á poco se establecian en la libertad los fundamentos de la nueva monarquía.

Porque del mismo modo que ha visto V. A. el proyecto de la república formado en la monarquía por Servilio Tulio que dió como una primera prueba de la libertad al pueblo romano, así ha observado que la tiranía de Silla aunque pasagera, aunque breve, hizo ver que Roma, á pesar de su fiereza, era tan capáz de sufrir el yugo, como los pueblos á quien se le tenia puesto.

Para conocer lo que obraron sucesivamente aquellos celos furiosos entre los dos órdenes, solamente debe V. A. distinguir los dos tiempos que le he señalado espresamente: el uno, en que el pueblo estaba contenido dentro de ciertos límites por los peligros que de todos lados le cercaban; y el otro, en que no teniendo que temer por defuera, se abandonó sin reserva á su pasion.

El carácter esencial de cada uno de estos dos tiempos, es, que en el uno el amor de la pátria y de las leyes, contenia los ánimos; y en el otro todo se decidia por el interés y por la fuerza.

Seguíase tambien de eso, que en el primero de estos dos tiempos, los generales que aspiraban á los honores por medios legitimos, tenian refrenados los soldados y afectos á la república; y al contrario en el otro, en que todo lo hacia la violencia, no cuidaban sino de contemporizarlos para atraerlos á sus designios, á pesar de la autoridad del senado.

En este último estado era ya en Roma inevitable la guerra; y como en ella nada pueden las leyes y cede todo á la fuerza, era preciso que el mas fuerte quedase por señor, y por consiguiente que el imperio volviese al poder de uno solo.

Y disponianse de tal modo por sí mismo las cosas, que Polibio que vivió en el tiempo mas florido de la república, previó por sola su disposicion, que el estado de Roma volveria por último á ser monárquico.

La razon de esta mudanza es, que la division entre los órdenes no podia cesar entre los romanos, sino por la autoridad de un señor absoluto, y era fuera de esto tan amada la libertad, que no podia esperarse que voluntariamente la abandonasen. Era, pues, necesario ir la debilitando poco á poco con pretestos especiosos, y facilitar de este modo que pudiese ser arruinada por la fuerza abierta.

El engaño segun Aristóteles, habia de empezar lisonjeando al pueblo y ser naturalmente seguido de la violencia (1).

(1) Pol. cap. V. vers. 4.

Pero era preciso que de aquí se cayese en otro inconveniente por el poder de los soldados, mal inevitable en aquel estado.

En efecto, habiendo aquella monarquía que formaron los césares, erigidose por las armas, debia forzosamente ser toda militar, y por eso se estableció debajo del nombre de emperador: titulo propio y natural del mando de los ejércitos.

De esto ha podido conocer V. A. que como la república tenia un defecto inevitable en los celos entre el pueblo y el senado, así la monarquía de los césares tenia tambien el suyo en la licencia de los soldados que habian sido autores de su elevacion.

Porque no era posible que la milicia que habia mudado el gobierno y establecido los emperadores, estuviese largo tiempo sin advertir que ella era en efecto la árbitra del imperio.

Ahora puede V. A. juntar á los tiempos que acaba de observar los que le muestran el estado y la mudanza de la milicia: aquel en que está sujeta y afecta al senado y al pueblo romano; aquel en que está entregada á la voluntad de sus generales; aquel en que se levanta al poder absoluto debajo del titulo militar de emperadores, y aquel en que señora en algun modo de los propios emperadores que creaba, los hacia y los deshacia á su fantasía. De allí nació la relajacion; de allí las sediciones y las guerras que V. A. ha visto; de allí en fin, la ruina de la milicia con la del imperio.

Tales son los tiempos memorables que nos muestran las mudanzas del estado de Roma, considerada en sí misma. Los que nos hacen conocerla cotejándola con los demás pueblos, no son menos fáciles de discernir.

Hay un tiempo en que guerrea contra sus iguales con peligro, el cual dura poco mas de 500 años y acaba con la ruina de los galos en Italia y del imperio de los cartagineses.

Hay aquel en que pelea siempre mas fuerte y sin riesgo por grandes que sean las guerras que emprende, y este dura 200 años y llega hasta el establecimiento del imperio de los césares.

Hay otro en que conserva su imperio y magestad, que dura 400 años y fenece en el reinado de Teodosio el Grande.

Y hay aquel en fin, en que su imperio desmoronado por todos

los lados, cae poco á poco. Este estado que tambien dura 400 años, empieza en los hijos de Teodosio, y acaba por último en Cárlo-Magno.

No ignoro, serenísimo señor, que podrian añadirse á las causas de la ruina de Roma muchos incidentes particulares. Los rigores de los acreedores contra sus deudores escitaron grandes y frecuentes revoluciones. La prodigiosa cantidad de gladiadores y de esclavos de que Roma é Italia estaban escesivamente cargadas, causaron espantosas violencias y aun guerras sangrientas. Roma exhausta por tantas guerras civiles y estrangeiras, se hizo tantos nuevos ciudadanos por negociacion y por razon, que apenas podia conocerse á sí misma entre tantos estrangeros que habia naturalizado. Llenábase el senado de bárbaros: la sangre romana se mezclaba con la suya: el amor de la patria, á cuyo impulso se habia Roma elevado sobre todos los pueblos del mundo, no era natural á aquellos ciudadanos forasteros, y enfriábase el de los otros con su mezcla. Multiplicábanse las parcialidades con aquella prodigiosa multitud de ciudadanos nuevos, y los espíritus inquietos hallaban en ellas nuevos medios de escitar turbaciones y practicar sus intentos.

Aumentábase con esto sin fin el número de los pobres por el lujo, por los desórdenes y por la holgazaneria que se introducía. Los que se veian arruinados, no hallaban remedio, sino en las sediciones, dándoles poco cuidado, que en cualquiera caso pereciese todo, despues de ellos. V. A. sabe lo que causó la conjuracion de Catilina. Los grandes ambiciosos y los pobres que nada tienen que perder, aman siempre la novedad. Estas dos especies de ciudadanos prevalecian en Roma, y siendo el mas débil el orden mediano, que sirve para tenerlo todo en equilibrio en los estados populares; era preciso que la república cayese.

Puédese tambien juntar á esto el humor y génio particular de los que causaron las grandes inquietudes, quiero decir de los Gracos, de Mario, de Silla, de Pompeyo, de Julio Cesar, de Antonio y de Augusto. Algo tengo ya notado, pero principalmente me he aplicado á descubrir á V. A. las causas universales y la raiz verdadera del mal, esto es, aquellos celos furiosos entre los dos órdenes, cuyas consecuencias todas le era importante considerar.

CAPITULO VIII.

CONCLUSION DE TODO EL DISCURSO PRECEDENTE, EN DONDE
SE MUESTRA QUE ES NECESARIO REMONTARSE A UNA
PROVIDENCIA.

Pero acuérdesese V. A. de que este largo encadenamiento de causas particulares, que hacen y deshacen los imperios, depende de los designios secretos de la Providencia divina. Dios tiene desde lo mas alto de los cielos las riendas de todos los reinos, tiene los corazones en su mano, ya contiene las pasiones, ya les suelta el freno y conmueve así todo el género humano. Quiere hacer conquistadores, hace marchar delante de ellos el terror é infúndeles, como tambien á sus soldados una audacia invencible. Quiere hacer legisladores, envíales su espíritu de sabiduría y de prevision, háceles prevenir los males que amenazan á los estados y poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce la sabiduría humana siempre corta en todo, la aclara, le dilata sus luces y despues la abandona á sus ignorancias; la ciega, la precipita, la confunde por sí misma; ella se enreda, se embaraza en sus propias sutilezas y le sirven de lazo sus precauciones. Dios ejerce de este modo sus formidables juicios, segun las reglas de su justicia, siempre infalibles. Él es quien prepara los efectos en las causas mas distantes y el que despide aquellos grandes golpes, cuyas resultas tanto se estienden. Cuando quiere disparar el último y trastornar los imperios, todo es débil é irregular en los consejos. El Egipto en otro tiempo tan sabio, vive ahora embriagado, aturdido y vacilante, porque el Señor ha derramado el espíritu de aturdimiento en sus consejos, no sabe ya lo que hace, está perdido. Pero no se engañen en esto los hombres. Dios endereza cuando quiere la razon descaminada, y el que in-

sultaba á la ceguedad de los otros, cae en mas espesas tinieblas, sin que ordinariamente sea necesaria otra cosa, para desordenarle la razon, que sus largas prosperidades.

Así reina Dios sobre todos los pueblos. No hablemos mas de suerte ni de fortuna ó hablemos solamente, como de un nombre, con que encubrimos nuestra ignorancia. Lo que es casualidad respecto de nuestros consejos inciertos, es un designio concertado en un consejo mas alto, esto es, en un consejo eterno que incluye todas las causas y todos los efectos en un mismo orden. Todo de esta suerte concurre al mismo fin; y es defecto de nuestra inteligencia en todo, que hallemos casualidad ó irregularidad en las ocurrencias particulares.

De aquí se verifica lo que dice el Apóstol, que «Dios es feliz y él solo poderoso Rey de los reyes y Señor de los señores.» Feliz, cuyo reposo es inalterable, que ve mudarse todo, sin mudarse él mismo, y que hace todas las mudanzas por un consejo inmóvil, que da y que quita el poder; que le transfiere de un hombre á otro, de una casa á otra, de un pueblo á otro, para mostrar que ninguno de ellos le tiene sino prestado, y que él solo es, en quien naturalmente reside.

Por eso todos los que gobiernan se sienten sujetos á una fuerza superior: hacen mas ó menos de lo que piensan y sus consejos jamás han dejado de tener efectos inopinados. Ni ellos son dueños de las disposiciones que los siglos pasados pusieron en las cosas, ni son capaces de preveer el curso que tomará lo porvenir y mucho menos de forzarle. Aquel solo lo tiene todo en su mano, que sabe el nombre de lo que es y de lo que aun no es: que preside á todos los tiempos y previene todos los consejos.

No creia Alejandro trabajar para sus capitanes ni arruinar su casa con sus conquistas. Cuando Bruto encendia en el pueblo romano un amor inmenso á la libertad, no pensaba que infundia en los ánimos el principio de aquella licencia desenfrenada que habia algun dia de restablecer mas dura que debajo de los tarquinos, la tiranía que procuraba entónces destruir. Cuando los césares lisongeaban los soldados, no ideaban dar señores á sus sucesores y al imperio. En una palabra, ningun poder humano hay que no sirva á su pesar á otros designios

que los suyos. Dios solo sabe reducirlo todo á su voluntad. Todo es por eso pasmoso, á no mirar sino las causas particulares; y sin embargo, todo camina con una rigurosa continuacion. Muéstraselo claramente á V. A. este discurso; y para no hablarle mas de los otros imperios, V. A. vé por cuantos consejos inopinados, pero siempre seguidos en sí mismos, ha sido conducida desde Rómulo la fortuna de Roma hasta Cárlo-Magno.

Puede ser que V. A. crea que hubiera sido necesario decirle algo mas de sus franceses y de Cárlo-Magno que fundó el nuevo imperio. Pero á mas de que su historia hace una parte de la de Francia que V. A. mismo está escribiendo y que tiene ya tan adelantada, yo me reservo hacerle un segundo discurso en que tendré razon precisa de hablarle de la Francia y de aquel gran conquistador que siendo igual á los mas gloriosos de la antigüedad, los escede en piedad, en sabiduría y en justicia.

Este mismo discurso descubrirá á V. A. las causas de los extraordinarios sucesos de Mahoma y de sus sucesores. Este imperio que empezó doscientos años antes de Cárlo-Magno, podia tener lugar en este discurso; pero he creido por mas acertado hacer ver de una vez sus principios y su decadencia.

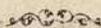
Así no tengo ya al presente mas que decirs sobre la primera parte de la Historia Universal. V. A. descubre todos sus secretos, y únicamente dependerá ahora de su atencion observar en ella la continuacion perpétua de la religion y la vana alteracion ó inconstancia de los grandes imperios hasta Cárlo-Magno.

Mientras los veais caer casi todos por sí mismos, vereis la religion sostenerse firme é inalterable constantemente por su propia fuerza, y fácilmente conoceréis qual es la sólida grandeza y donde debemos poner nuestra mas segura esperanza para conseguir la verdadera felicidad.

FIN.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO.



PRIMERA PARTE.—LAS ÉPOCAS.



PRIMERA ÉPOCA.—ADAN Ó LA CREACION DEL MUNDO.

	<i>Pág.</i>
Primera edad del mundo.	5

SEGUNDA ÉPOCA.—NOÉ Ó EL DILUVIO.

Segunda edad del mundo.	7
---------------------------------	---

TERCERA ÉPOCA.—LA VOCACION DE ABRAHAM.

Tercera edad del mundo.	10
---------------------------------	----

CUARTA ÉPOCA.—MOISÉS Ó LA LEY ESCRITA.

Cuarta edad del mundo.	13
--------------------------------	----

QUINTA ÉPOCA.—LA TOMA DE TROYA.

Quinta edad del mundo.	16
--------------------------------	----

SEXTA ÉPOCA.

Salomon ó la fundacion del templo de Jerusalem.	18
---	----

SEPTIMA ÉPOCA.

Rómulo ó la fundacion de Roma.	22
--	----

OCTAVA ÉPOCA.—CYRO Ó LOS JUDÍOS LIBERTADOS DE LA CAUTIVIDAD DE BABILONIA.

Sexta edad del mundo.	34
-------------------------------	----

II

ÉPOCA NOVENA.

Scipion ó Cartago vencida.	53
------------------------------------	----

DÉCIMA ÉPOCA.—NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

Séptima y última edad del mundo.	65
--	----

UNDÉCIMA ÉPOCA.

Constantino ó la paz de la Iglesia.	81
---	----

DUODÉCIMA ÉPOCA.

Cárlo-Magno ó el establecimiento del imperio romano de occidente.	109
--	-----

SEGUNDA PARTE.—LA CONTINUACION DE LA RELIGION.

Capítulo I. La creacion y los primeros tiempos.	112
Cap. II. Abraham y los patriarcas.	130
Cap. III. Moisés, la ley escrita y la introduccion del pueblo en la tierra prometida.	139
Cap. IV. David, Salomon, los reyes y los profetas.	155
Cap. V. La vida y el ministerio de los profetas.—Los juicios de Dios declarados por las profecías.	166
Cap. VI. Juicios de Dios sobre Nabucodonosor, sobre los reyes sus sucesores y sobre todo el imperio de Babilonia.	170
Cap. VII. Diversidad de los juicios de Dios.—Juicio de rigor sobre Babilonia.—Juicio de misericordia sobre Jerusalem.	174
Cap. VIII. Vuelta del pueblo de Dios conducido por Zorobabel, Esdras y Nehemias.	176
Cap. IX. Dios pronto á hacer cesar las profecías, di- funde sus luces mas abundantes que nunca.	177
Cap. X. Profecías de Zacarías y de Ageo.	180
Cap. XI. Profecías de Malaquías, último de los profe- tas.—Conclusion del segundo templo de Jerusalem.	183
Cap. XII. Los tiempos del segundo templo de Jerusa- len, frutos de los castigos y de las profecías prece- dentes.—Conclusion de la idolatría y de los falsos profetas.	185

Cap. XIII. De cómo había sido ya anunciada la larga paz que gozan los israelitas.	186
Cap. XIV. Interrupcion y restablecimiento de la paz.— Division en el pueblo santo.—Persecucion de Antio- co.—Como todo esto había sido profetizado.	188
Cap. XV. De cómo esperaban al Mesías y de la prepa- racion á su reino y á la conversion de los gentiles.	193
Cap. XVI. Prodigiosa ceguera de la idolatría antes de la venida del Mesías.	196
Cap. XVII. Corrupcion y supersticiones entre los ju- díos.—Falsas doctrinas de los Fariseos.	199
Cap. XVIII. Continuacion de las corrupciones entre los judíos.—Señal de su decadencia segun había anunciado el profeta Zacarías.	200
Cap. XIX. Jesucristo y su doctrina.	202
Cap. XX. Venida del Espíritu Santo.—Establecimien- to de la iglesia, juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.	225
Cap. XXI. Reflexiones particulares sobre el castigo de los judíos y sobre las profecías de Jesucristo que le habían previsto.	238
Cap. XXII. Esplicanse dos memorables profecías de Nuestro Señor Jesucristo y se justifica su cumpli- miento por la historia.	248
Cap. XXIII. Continuacion de los errores de los judíos y el modo con que esplican las profecías.	258
Cap. XXIV. Circunstancias memorables de la caída de los judíos.—Continuacion de sus falsas interpre- taciones.	269
Cap. XXV. Reflexiones particulares sobre la conver- sion de los gentiles, profundo consejo de Dios que quería convertirlos por la cruz de Jesucristo. Razo- namiento de San Pablo sobre este modo de conver- sion.	274
Cap. XXVI. Diversas formas de idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, un falso respeto de la an- tigüedad, la política, la filosofía y las heregías vie- nen en su socorro: la iglesia triunfa de todo.	281

IV

Cap. XXVI. Reflexion general sobre la continuacion de la religion y sobre la relacion que hay entre los libros de la escritura.	298
Cap. XXVII. Las dificultades que se han formado contra la escritura son fácilmente vencidas por los hombres de recto sentido y buena fé.	307
Cap. XXVIII. Las predicciones reducidas á tres hechos palpables.	113
Cap. XXIX. Continuacion de la iglesia católica y su triunfo sobre todas las sectas heréticas.	315

TERCERA PARTE.—DE LOS IMPERIOS.

Cap. I. Las revoluciones de los imperios son regladas por la providencia y sirven para humillar á los príncipes.	322
Cap. II. Las revoluciones de los imperios tienen causas particulares que los príncipes deben estudiar.	327
Cap. III. Los scythas, los etiopes y los egipcios.	329
Cap. IV. Los asyrios primeros y segundos, los medos y Cyro.	348
Cap. V. Los persas, los griegos y Alejandro.	353
Cap. VI. El imperio de los romanos.	367
Cap. VII. Esplicase la continuacion de las mudanzas de Roma.	391
Cap. VIII. Conclusion de todo el discurso precedente, en donde se muestra que es necesario remontarse á una providencia.	404



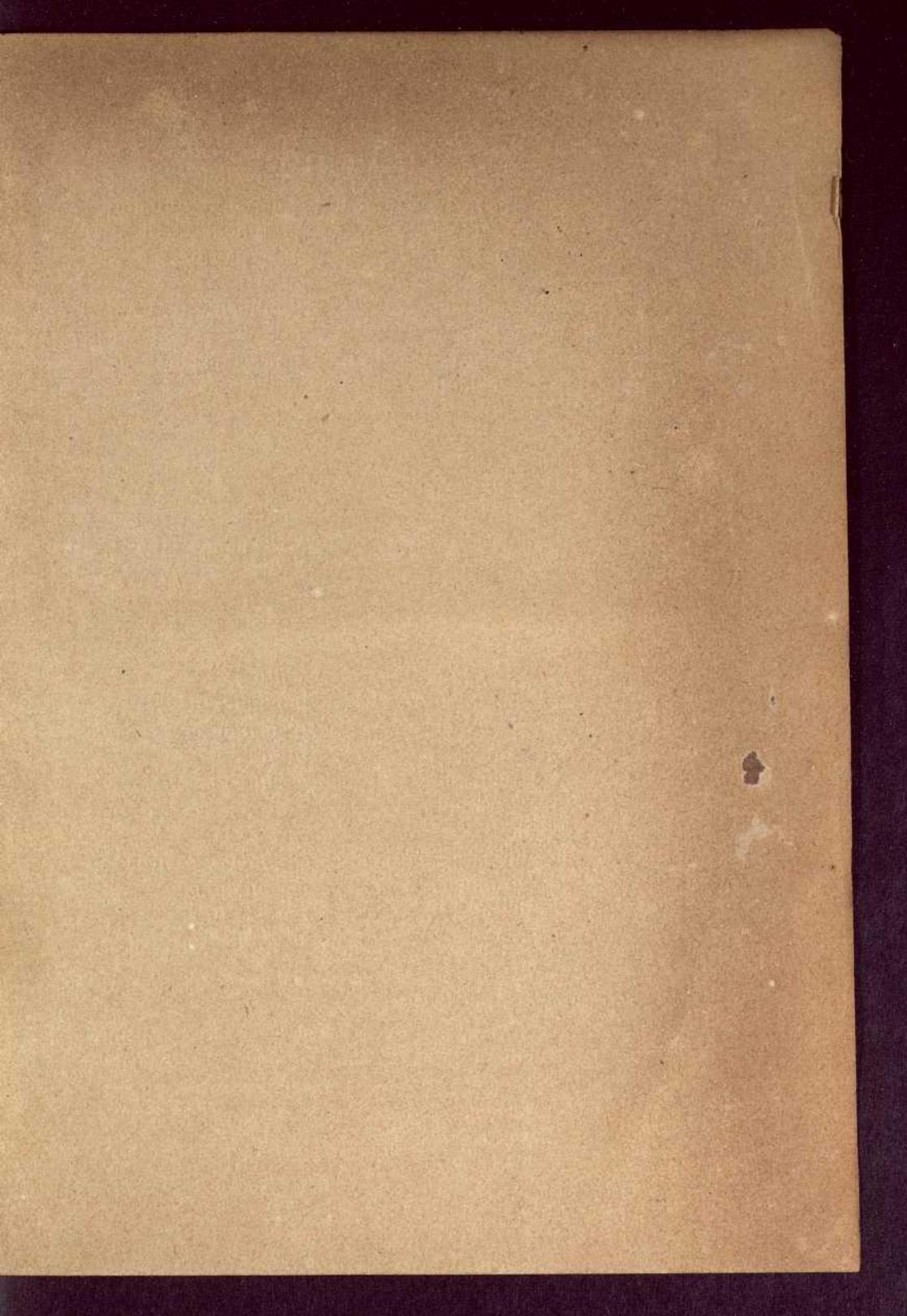
ERRATAS.

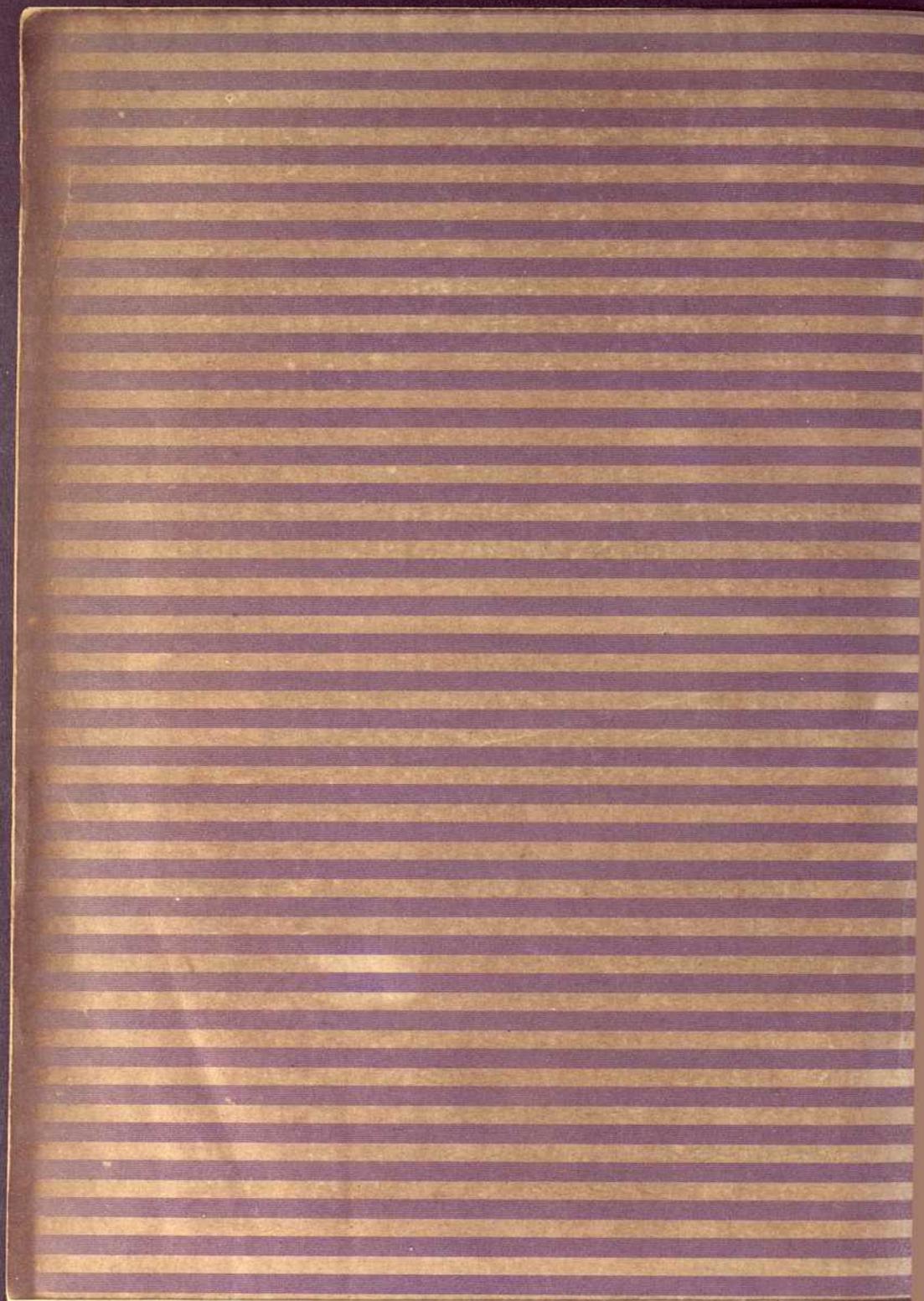


Pág.	Linea.	Dice	Debe declr.
6	6	1827	1627
8	4	la sensacion la intoligencia	la sensacion y la (inteligencia)
11	35	hace que no domine	hace que domine
15	14	Godeon	Gedeon
21	34	mas notables	los mas notables
24	10	Oscas	Oseas
24	18	he hizieron	y formaron
26	8	Psamótico	Psamético
41	33	Agesilas	Agesilao
47	16	Solecuo	Seleuco
74	8	per este	por este
76	16	Pontus Euxinus	Pontus Euxinus
84	33	Valentiano	Valentiniano
85	33	que le llamó	le llamó
89	36	francos saliseos	francos saliscos
89	12	Zózimo	Zósimo
94	33	Austrafia	Austrasia
99	6	Honorio	Honorio I
108	38	La crítica historia	La crítica histórica
109	27	nobilísimos	notabilísimos
132	18	infectase	inficionase
144	5	todos	todo
152	31	y al	y del
167	25	y hacer cesar	y hacer cesar su culto
167	26	Anfocho	Antiocho
173	18	vuestra	vuestro
176	3	conducico	conducido
188	14	por orden	por orden de
196	18	haber	beber
196	23	La Percia	La Persia

217	16	entendiéndose	estendiéndose
222	34	componen	componen
230	2	del género humado	del género humano
238	9	profundos	profundas
241	35	miricordia	misericordia
242	8	ofreeió	ofreció
243	2	totalmene	totalmente
248	46	Iglesia	Iglesia
250	9	sobrevendránles	sobrevendrán
251	36	considerarse	considerase
253	20	la	las
260	11	ese	esta
274	20	Jadaica	Judaica
278	28	dulde.	dulce.
280	4	lucura	locura
293	3	estrachado	estrechado
294	24	basa	base
298	21	ancianos	antíguos
299	32	sea	se ha
301	8	lueg	luego
306	32	sanlos	santos
307	19	movinientos	movimientos
319	6	resplander	resplandecer
331	23	eranlos	eran los
349	34	conquista	conquistas
353	27	corrumpió	corrompió
361	21	de	con
375	30	hubiese guardadose	se hubiese guardado
387	25	circunsferencia	circunferencia
387	31	Thrasia	Thracia
396	17	á la	al











Univ
B

ROSADETT

DISCURSO

SOBRE

UNIVERSITARIA

UNIVERSAL

Universitat de València
Biblioteca Històrica

5

1452